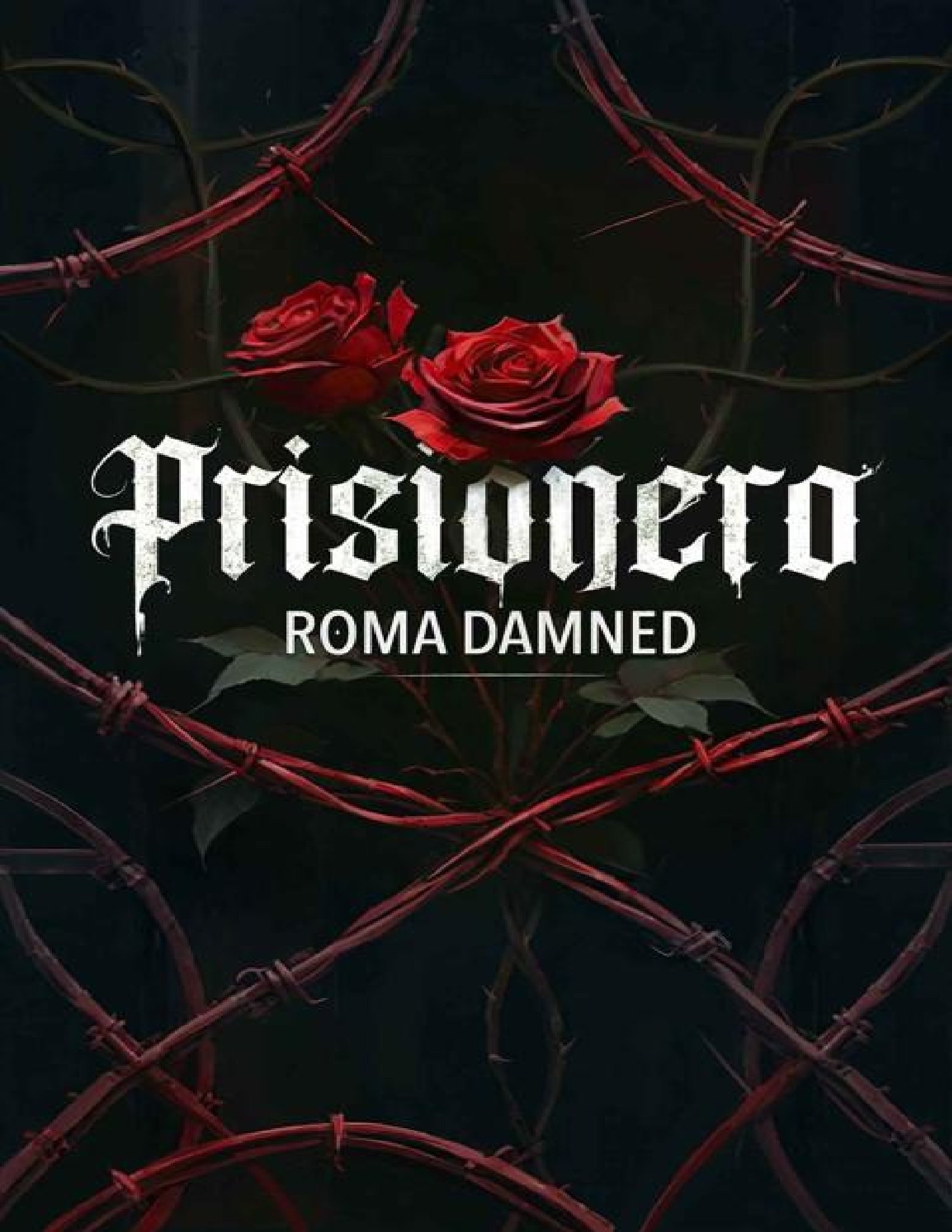
Prisionero
ROMA DAMNED

Prisionero

Roma Damned

Ilustración de portada: Mei Ivens

Edición: Levi Bellamy

Maquetación y diseño interior: Roma Damned

© 2024, Roma Damned

Todos los derechos de este libro están reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos de autor. El autor y el editor han realizado todos los esfuerzos posibles para garantizar la exactitud de la información presentada en este libro. Sin embargo, ni el autor ni el editor asumen ninguna responsabilidad legal o de otra índole por errores u omisiones, o por cualquier resultado derivado del uso de la información contenida en este libro.

INTRODUCCIÓN

“Culpable”.

Cuando Alois Thompson escuchó la sentencia del jurado, la tierra se abrió y el mundo se desmoronó ante sus ojos cansados y vidriosos. Condenado a cinco años de prisión por una negligencia médica que no cometió, sería trasladado hasta una penitenciaría de máxima seguridad.

Tenía sus días contados, lo sabía. Sería una presa fácil para aquellos carroñeros dispuestos a desgarrar su cuerpo y quebrantar su espíritu. Un eslabón débil, de aquellos que caían con facilidad y eran pisoteados al no tener la condición física necesaria para defenderse.

Alois era simplemente demasiado soberbio y refinado, con una vida llena de ostentosidades y lujos. ¿Cómo iba a sobrevivir en aquel ambiente hostil? Donde su esbelto cuerpo de carne fresca recibiría injustos golpes, donde lo despojarían de sus finas ropas y lo vestirían con harapos viejos. Cortarían su cabello y le darían el más sentido pésame, seguros de que Alois no duraría más de una semana en aquel putrefacto lugar, en el cual los lamentos eran absorbidos por las paredes, proyectándose malditas.

Alois caminaría por los pasillos de la prisión escuchando las obscenidades y amenazas de aquellos hombres que no dudarían en destrozarlo. Los guardias se reirían a su espalda mofándose de su desgracia.

Si era honesto, si debía confesar qué sentimientos lo comían por dentro en aquella inescapable situación, era la simple diversión que un pobre infeliz tendría por su propia situación y la inexplicable calma que tendría un hereje antes de postrar la cabeza en la guillotina.

Como si llevara grilletes, arrastraría sus pies hasta la celda donde sería arrojado sin cuidado alguno. Y sería en ese húmedo lugar con aroma a moho y el frío corroyendo el tuétano de sus huesos, que lo conocería. A Hendrik Stone, su compañero de celda y el monarca de la prisión; un sádico como solo podían ser aquellos seres mitológicos destinados a devorar el mundo, con ojos hambrientos de venganza y manos besadas por la sangre de incontables demonios derrotados. De labios torcidos por una sonrisa deshonesta y con un vaho que salía de su boca pareciendo veneno puro, amargo y llameante.

Alois tragaría saliva con dificultad, con el corazón en la garganta y el cuerpo tembloroso, preguntándose si esa sería la última vez que podría respirar. Su cuerpo se rendiría ante el miedo, le quitaría potestad a sus piernas y lengua, impidiéndole mantenerse de pie o hablar frente al subyugador de ojos verdes que lo miraría desde su trono con la corona en una mano y todo un reino en la otra.

“Cuando solicité un compañero de celda para divertirme, no imaginé que me traerían a un corderito”.

CAPÍTULO I

—Alois Thompson, esta corte lo encuentra culpable de la muerte por negligencia médica del menor Jason Moore y lo sentencia a cinco años de prisión en la penitenciaría North Collan.

El martillazo del juez hizo un eco sordo en su cabeza y una silenciosa lágrima descendió desde sus ojos rojos e hinchados, surcando a través de su mejilla húmeda y muriendo bajo el filo de su mandíbula.

—Lo siento —susurró con voz quebrada su mejor amigo y abogado, Ian Hale, mientras lo abrazaba aguantándose las lágrimas—. Hice todo lo que pude.

Alois vio a su alrededor, sintiéndose un espectador de su propia situación; al llanto de su madre y amigos, a la sonrisa cruel de quienes lo inculparon y los murmullos de los presentes. Se sintió deleznable, como si en cualquier momento su piel fuese a agrietarse, transformándose en tierra seca que caería a pedazos hasta no dejar más que un rastro de polvo.

Miró de soslayo a su antiguo novio, al culpable de que estuviese siendo sepultado en vida por un crimen que no cometió. Todo por un nimio error, una infidelidad que desembocó en una amenaza sobre hundirlo. Qué arrogante fue al pensar que solo eran palabras vacías.

Aún recordaba cómo se había mofado de su exnovio cuando este le dijo que lo aplastaría, que lo destrozaría. A sus ojos, Alex solamente se había despotricado debido a la ira en un último y patético recurso. Poco le importó que el padre de Alex fuera el director del hospital donde trabajaba, pues jamás supuso que ese hombre, serio y razonable, se dejaría llevar por las malsanas palabras de su hijo, quien incriminaría a Alois sobre la muerte de uno de sus pacientes.

Sí, Alois había pecado de soberbio e ingenuo. Siendo destacado en su trabajo como pediatra, de facciones sensuales y hermosas, con una elocuencia digna de envidia y anhelo, simplemente estaba acostumbrado a una vida donde todos a su alrededor caían ante él como un feligrés frente a su santo. Donde con cada cosa que hacía o decía se ganaba el placer de sonrisas y afectos fortuitos, de amantes que, habiendo perdido la cuenta, podía barajar caprichosamente durante las noches.

Pensó que su aventura de unas cuantas noches con el lindo enfermero de la planta de cirugía no tendría importancia, y cuando Alex lo descubrió en aquella fría estancia con el chico montándolo como un profesional, supuso que simplemente significaría el término de su relación sentimental. Nada que realmente le importase. No obstante, ahora viviría en carne el alcance de su error.

—Alois, haremos todo lo posible para sacarte cuanto antes. —Ian lo apretó en un abrazo, no queriendo dejarlo ir—. Esto es una maldita injusticia. Buscaré una solución, te lo prometo.

—Ian —musitó con la voz quebrada y la mirada fija en su pobre y agotada madre—.

Necesito pedirte un favor.

—Lo que sea, pídeme lo que sea.

—No quiero que Lily vaya a verme a prisión. No lo soportaría.

¿Cómo permitir que su madre sufriera aquel calvario? No podía ser tan egoísta.

Ian paseó la mirada entre Alois y su madre con un nerviosismo advertible, retuvo las lágrimas y, repasando con las palmas las inexistentes arrugas de su impecable traje de dos piezas, asintió con un movimiento lánguido de cabeza.

—De acuerdo. No irá, lo prometo.

—Bien —respondió con la vista fija en el suelo—. Gracias.

Dos guardias se colocaron detrás de Alois e Ian, quienes, al notar la presencia de los hombres, rompieron su abrazo. No dejaron de mirarse por cuanto les fue posible, y Alois limpió con sus pulgares fríos las mejillas húmedas de su mejor amigo.

—Alois Thompson, debe acompañarnos.

—Debo irme. —Un tirón de las comisuras de sus labios fue lo mayor que logró esbozar en similitud a una sonrisa alentadora.

—Iré a verte. Sé fuerte.

—Lo sé. Cuídate y cuida a mi madre, por favor.

Contó los pasos que retrocedió; fueron tres, y aunque sabía que aquel salón judicial no era más grande que el vestíbulo del hospital, se sintió absurdamente grande. Era casi nauseabundo cómo sus sentidos percibían todo a su alrededor.

Observó a su madre por última vez. Cuando ella se levantó impulsada por la desesperación y la llegada del adiós, apretando su húmedo pañuelo con los labios temblorosos, Alois le indicó con un movimiento de cabeza que no se acercara, porque no era tan fuerte a final de cuentas. Tuvieron la intimidad del luto en sus miradas, en aquellos robados treinta segundos donde se dijeron de todo.

Ella era la persona más importante en su vida, quizá la única importante en realidad. Su peor castigo y la verdadera sentencia era que esa mujer, entrada en años y con manos gastadas, que había dedicado su mejor época a sembrar un pedazo de paraíso en la tierra para él, sería quien más sufriría por todo lo que a Alois estaba por ocurrirle.

—Ya es suficiente, debes venir con nosotros.

—Sí, sí —respondió vagamente, sin apartar los ojos de la mujer.

Sintió el tirón en su brazo, brusco como tantos otros que le habían obsequiado desde que conoció la prisión preventiva. Las miradas acusadoras de los gendarmes le atravesaron la piel y lo forzaron a pisar la realidad que había intentado evadir durante esa fracción de minuto. Lo escoltaron para que saliese del tribunal, haciendo sonar sus grotescas botas militares a espalda de Alois.

Se volteó una última vez y miró de reojo lo que dejaba atrás.

Ya no le quedaban más lágrimas, solo un vacío lacerante en su pecho y los músculos de su

garganta resentidos por la cantidad de gritos y lamentos de la noche anterior. El fin de su vida estaba a punto de comenzar.

◆ ◆ ◆

La prisión de North Collan era conocida como una leyenda urbana. Las bromas que buscaban infundir miedo siempre se basaban en aquella mazmorra, tétrica y aterradora. Un leviatán hecho de concreto y barrotes metálicos que se alimentaba de aquellos desdichados infractores de la ley y el orden.

El aire a su alrededor era seco y denso. Alois apenas si podía observar la inmensa y macabra estructura sin largarse a llorar como un mocoso enfrentándose al temible monstruo de sus pesadillas. Sus pisadas crujieron en la tierra mohosa y pútrida, un lugar donde no llegaba el sol. Todo allí indicaba muerte, y el desasosiego y la melancolía desgarradora de los muertos, caídos por la dureza de aquella ergástula, fue palpable.

Sin poder dejar de observar a su alrededor, Alois tomó cada uno de sus sentimientos y los ahogó. Arrancó de su corazón la palabra esperanza y, con la insensatez de un cachorro que se había escapado de casa, decidió arrojarse ciegamente a lo que su caprichoso destino le tuviera preparado. Pasaría frío y hambre; aquello sería tolerable. Sería abusado, y estaba consciente de eso. Podría morir y ya lo había aceptado.

—¡Camina, recluso! —Lo zarandeó un gendarme, intentando apurar sus lánguidos pasos. Aunque Alois no llevaba grilletes, sus pies pesaban como si los tuviera.

El chirrido metálico de las rejas al cerrarse tras él lo hizo estremecer. Miró de reojo todo el lugar, tan desahuciado como repugnante. Cuando el olor a orines llegó a su pequeña y respingada nariz, quiso vaciar su estómago por la boca.

Lo empujaron hasta una especie de recepción donde uno de los guardias de la prisión lo hizo firmar y llenar un formulario. Le indicaron el reglamento interno, algo estúpido, ya que en aquel lugar la única regla vigente era: *«sobrevive como puedas»*.

—A las duchas. Te cambiarás de ropa y serás llevado a tu celda.

Alois asintió con la cabeza gacha y mansa. No quiso mostrarse desobediente con los gendarmes, porque ellos podían hacer de su estadía un infierno si se lo proponían. De cualquier forma, no se iba a hacer ilusiones falsas, ya que pensar en ganarse el favor de los uniformados era simplemente imposible. Podía verlo en sus rostros, cómo ellos disfrutaban del dolor ajeno al igual que quienes lo ocasionaban.

Sus estilizadas ropas se veían sucias y añejas, resultado de haberlas llevado puestas durante la semana que pasó en prisión preventiva a espera del juicio. Olía mal. Sus ojos estaban hinchados y surcados por ojeras, y sus labios se sentían secos y agrietados por el frío de las noches. Su piel había adquirido un semblante grisáceo y apagado. Poco tenía que ver con el Alois Thompson de semanas atrás, a aquel despampanante y cautivador médico que sonsacaba suspiros con solo caminar por los pasillos del hospital.

—Ahí. —El guardia señaló con su luma hacia una de las regaderas—. Abre la llave y sácate ese olor a puerco.

Alois tragó grueso, comenzando a quitarse sus ropas ante la atenta mirada de los hombres y con la impotencia de quien se sabía débil palpitando en sus sienes. La realidad era cruda y despiadada. Si decidían abusar de él, no habría nada que Alois pudiera hacer; quizá forcejear un poco, a pesar de que aquella resistencia solamente prolongaría su sufrimiento.

Dejó caer la última prenda de su cuerpo y, con sus rojizos dedos de los pies enroscados al helado suelo mientras se abrazaba a sí mismo, pudo volver a respirar cuando nadie asaltó su cuerpo de piel caramelizada. Se adentró en el agua gélida con un quejido cuando esta golpeó sobre él como un primer castigo, como un látigo de espinas que parecía quemar y rasgar su piel. Dolía, Dios, cómo dolía.

Respiró hondo y fraccionado, haciendo un buen trabajo en ignorar las lágrimas que se filtraban desde sus ojos. No hizo nada para reprimirlas, ya que pasaban inadvertidas debido a la lluvia artificial. ¿Qué daño hacía mostrar algo de humanidad y sufrimiento antes de que todo le fuese arrebatado?

—Estás listo. Sal del agua.

Alois obedeció aún con restos de jabón en su cuerpo. Se colocó las prendas de vestir otorgadas en la recepción que esperaban por él sobre una banqueta oxidada; eran viejas, hoscas, y olían a humedad. Eran algunas tallas más grandes que él y, por suerte, ocultaban la delgadez de su cuerpo curvilíneo.

Con un gesto lacónico, le fue señalada una silla donde se sentó. Cerró los ojos al escuchar el ruido de la máquina para cortar cabello, al sentirla correr desde su nuca hasta el comienzo de su frente y por los costados. Al terminar y colocarse de pie, se vio en un sucio espejo y se maldijo a sí mismo por su rostro infantil y femenino.

—Vamos, conocerás a tu compañero de celda.

Sin decir palabra alguna, caminó entre los guardias. De repente, todo él poco coraje que había reunido lo abandonó al llegar al área de los calabozos compartidos.

—¡Hey, tú, cosita linda! Voy a joder tu trasero hasta que se te salgan los intestinos.

—¡Venga, pero si nos han traído una princesita!

—No necesitamos más perras en esta prisión. Para mañana ya estarás muerto.

—Oye, preciosidad, ¿qué opinas de convertirte en mi putito personal?

—¡Pero qué ojazos! Será una lástima cuando te los saque con mis propios dedos.

Alois bajó la vista al suelo, comenzó a contar sus pasos en un intento por dejar de escuchar las insinuaciones y amenazas. Sintió el estómago revuelto y temió vomitar de no hacerlo.

—Oye. —Volteó al escuchar la voz de un guardia—. No dejes que te intimiden, muchacho. —Y realmente no esperaba aquella muestra de humanidad en ese lugar.

Inclinó su cabeza en un gesto asertivo.

No, no estaba intimidado, solo se había resignado a lo peor, pero aun así le daba asco ver a qué nivel podía llegar a denigrarse el ser humano, cómo podían renunciar a todo aquello que los separaba de ser un simple animal. Y lo que más lo atemorizaba, lo que aprisionaba su corazón y le hacía doler el pecho, era la nimia pero existente posibilidad de terminar como ellos, de

sobrevivir lo suficiente para convertirse en uno más de esa manada.

Detuvo sus agonizantes pasos cuando uno de los guardias que caminaba por delante de él, dejó su andar.

—Es aquí. —Sacó un manojo de gruesas llaves metálicas del enganche que tenía en su cinturón e introdujo una en la cerradura, girándola y abriendo la puerta e indicándole a Alois con un gesto simple que entrara. No hizo nada por disimular la torcedura de su sonrisa y la diversión que le causaba el destino de Alois—. Disfruta tu estancia en North Collan, Alois Thompson.

No eran celdas de barrotes nada más, eran habitaciones aisladas con murallas de concreto y cuyas puertas de metal tenían una rendija que ejercía como ventana. Dio unos cuantos pasos al interior, aferrándose a las mantas de cama que sostenía con recelo entre sus brazos.

La puerta tras él se cerró y escuchó las risas viles de algunos gendarmes al irse.

Recorrió el lugar entre respiraciones contenidas y fatigados ojos devorados por el miedo. No era especialmente pequeño, pero sí repulsivo, como la cueva de un demonio que apila los cadáveres de sus víctimas. Las paredes estaban rayadas y el suelo desnivelado. Había una litera vieja, un inodoro y un lavamanos bañado en óxido y sarro de alcantarilla. Del techo colgaba una bombilla que centelleaba de vez en vez, haciendo que el lugar se sumiera entre tétricas sombras cada par de segundos. También había un enorme saco de boxeo y unas pesas que se aglomeraban en un rincón.

Vio un cuerpo removerse de la litera superior, una silueta con el porte de un felino grande que, con movimientos sigilosos, escapaba de la escasa luz en la celda para quedar bajo el velo de la oscuridad.

Retrocedió un paso de manera instintiva.

—Mmm... ¿Pero qué tenemos aquí? —preguntó el hombre. Su voz fue ronca y rasposa. Cargaba las notas de quien se había despertado de una apacible siesta, tono que latigueó en los oídos de Alois.

Si no hubiese sido porque mordió su lengua y apretó los dientes con tanta fuerza que dolió, hubiera dejado escapar un lastimero gimoteo.

El hombre saltó de la cama, haciendo que sus pies enfundados por botas militares chocaran en un ruido tosco contra el suelo. Los ojos de Alois bajaron inmediatamente al enladrillado piso, pues no quería mirar al hombre y demostrarle lo que era innegable. Tenía miedo, pese a que no temblaba.

Respiró tan bajo como le fue posible; no obstante, los latidos de su corazón ejercieron presión contra sus costillas debido a la intensidad con la que su músculo cardíaco bombeó sangre. Todo su cuerpo estaba tenso y alerta, a la espera de convertirse en presa de aquel desconocido depredador, tal como ocurriría para un ciervo en campo abierto.

Los pasos del hombre resonaron en sus oídos y la percepción de él acercándose hizo que su piel se erizara. Los dedos de sus manos se crisparon en torno a las mantas que sostenía y, en un impulso irracional, cerró los ojos, abandonándose al resto de sus sentidos.

Podía escuchar la respiración foránea, densa y pesada, que parecía sepultar la propia.

—Pregunté: ¿qué tenemos aquí?... ¿No te vas a presentar? —Alois hundió su rostro entre las

mantas que abrazaba con tanta fuerza que le hacía temblar los brazos. Sabía que debía responder, mas no encontraba en su lengua palabra alguna.

Se forzó a respirar, a colectar las partes de sí mismo necesarias para no desmoronarse frente a aquel hombre.

—Lo siento —se disculpó finalmente y de manera casi inaudible, con la voz quebrada y subyugada ante el miedo.

Teniendo el rostro escondido, no pudo prever el ligero empujón que provino de los firmes dedos del hombre, su espalda chocando contra la puerta metálica mientras una vibrante risa acompañó aquel golpe mudo.

—Mírame —ordenó. La voz del desconocido fue como un ronroneo amenazador. No hubo emoción alguna en sus palabras, solo un fetén veneno que se adhería a la dermis de Alois.

Las tupidas y generosas pestañas de Alois se batieron con lentitud mientras procesaba la orden de su verdugo personal. Su labio inferior tembló y los segundos pasaron como horas al ejecutar lo mandado. Levantó la vista, enfocando sus ojos en el hombre frente a él.

La luz encima de sus cabezas parpadeó mientras se mantuvieron las miradas.

—Así que tú eres el desafortunado puto que me han mandado. —Alois advirtió su apariencia. El desconocido era mucho más grande que él, de complexión maciza e inconcebiblemente trabajada; tenía el cabello corto a los lados y más largo en su parte superior, levemente despeinado y con unos rizos rebeldes formándose en las puntas. Sus facciones eran duras y atrapantes. Ojos verdes y opacos que destilaban una obscena avidez de carne, con una pronunciada mandíbula cuadrada que se veía pulcramente rasurada y que Alois estaba seguro que el hombre apretaba con rigidez.

Paso a paso se acercó con lentitud a Alois, entrecerrando los ojos e inspeccionándolo sin mesura alguna. Repasó sutilmente el filo de sus caninos con la lengua, barriendo la punta de su nariz con los nudillos y respirando a través de esta de manera audible. Lo estaba analizando al igual que un depredador lo haría antes de cazar a su presa. El atisbo de una sonrisa tiraba la comisura de su boca y Alois se encontró imposibilitado de apartar la mirada.

Era un terror hipnótico, la posibilidad de la catástrofe ante el más mínimo error.

El hombre ladeó la cabeza y se inclinó hacia él, quedando tan cerca que Alois pudo sentir la húmeda respiración de sus labios erizarle la piel.

—Cuando solicité un compañero de celda para divertirme, no imaginé que me traerían a un corderito.

La respuesta de Alois quedó sepultada bajo la mano irreverente del contrario, cerrada de manera inesperada en torno a su delicada garganta. Apretó lo suficiente para arrancar de Alois un jadeo y obligarlo a levantar el rostro.

Alois sintió la presión justo por debajo de su mandíbula y, de manera inconsciente, le sostuvo la muñeca.

—Nombre —exigió.

—Alois Thompson —respondió en un susurro afónico y sin titubear, manteniéndose tan sereno como le fue posible aparentar.

Las pupilas del hombre frente a él se dilataron, y debido a la cercanía y al encierro de aquel pútrido lugar, su calor corporal llegó hasta la nariz de Alois. Fue espeso y húmedo como miel caliente.

—¿Tienes miedo, Alois? —preguntó con un atisbo de diversión, sin quitarle los ojos de encima en ningún momento y usando su pulgar para barrer sobre aquel punto donde le latía el pulso.

—Sí —se limitó a responder, soltando erráticas respiraciones a medida que el firme agarre en su garganta se lo permitió.

—¿Por qué estás aquí?

—Yo… no lo sé. —Apartó la vista—. Me… Me inculparon. Me inculparon de una negligencia médica que no cometí.

Aquello pareció divertir al hombre, ya que arrugó su nariz y se pasó los dedos por su espesa amalgama de cabellos, ladeando una sonrisa ácida que pareció tener como mecenas todas las palabras de Alois.

—Así que eres un pobre inocente arrojado en esta fosa de bestias hambrientas. —Alois asintió débilmente y tragó duro—. Pobre de ti. Y para tu mala suerte, te han puesto a compartir celda con el desquiciado Hendrik Stone.

Repitió el nombre en su cabeza, repasándolo por su lengua y paladar a labios cerrados. Así que Hendrik Stone era el nombre de su verdugo, del que con la mano en su garganta se impuso como su amo, al menos esa noche.

Alois presionó los labios juntos para evitar cualquier sonido. No debía aventurarse, si era ya bastante bueno que el hombre aún no lo hubiese golpeado o incluso peor, lanzarlo a la cama para abusar de él.

—¿Médico?

—S-sí. Especializado en pediatría —contestó en un susurro decadente y dudando que sus estudios fueran a servir en ese lugar.

—Mmm —tarareó con desinterés—. Ya, qué putada porque te han cagado la vida. —Se encogió de hombros—. En fin, supongo que sabes cómo funcionan los lugares como este, ¿verdad?

Alois asintió en silencio.

Hendrik subió la mano a su mandíbula, le volteó el rostro de un lado a otro y terminó levantando un hombro como quien se conformaría con un premio de consolación.

—Pues perfecto, porque no me gustan los escándalos ni obligar a nadie. Me quita el morbo —Arrugó su nariz ocultando una sonrisa deshonesta—, y si eres bueno no me aburro pronto, y si no me aburro no me veo obligado a romperte el cuello como a tantos otros cabrones que vinieron a ocupar el oxígeno de mi celda.

Alois intentó tragar, pero la saliva quedó atrapada en el camino de su garganta. La vorágine de sensaciones que nacieron alternadamente de su cuerpo, producto del miedo, le impidieron siquiera formular una respuesta.

Así que, efectivamente, tendría que follar con alguien para mantenerse vivo en aquel asqueroso lugar. No quería hacerlo, no así. No en ese momento y no para salvarse a sí mismo.

Era demasiado humillante el reconocerse como un simple pañuelo desechable.

—¿Qué dices?

Alois humedeció sus agrietados labios y asintió.

—Sí… Com-comprendo.

Y no supo qué lo sorprendió más, si la calma que aparentaba en ese instante o la forma en la que Hendrik lo miraba.

—Bueno, entonces venga. Vamos a estrenar tu nueva cama. —Alois de manera inconsciente negó con la cabeza y Hendrik abrió sus ojos, sorprendido—. Aah, hijo de puta… ¿Te acabas de negar?

Alois miró en dirección a la litera doble y luego a Hendrik.

—Uhm. Y-yo, ¿y qué gano yo? —intentó negociar, con la voz quebrada y balbuceante, pensando internamente que no llevaba ni un día en aquella prisión y ya con seguridad se había ganado el título de idiota supremo.

—¿Qué ganas tú?

—Sí, ¿o estás tan, tan desesperado que no puedes obtener una follada si no es por la fuerza?

La mandíbula de Hendrik se tensó en ese instante, y levantó su rostro en un gesto altivo y firme, como quien ha sido golpeado en el centro de su orgullo. Su mano, que todavía se encontraba en la mandíbula de Alois, pasó a tirar de su barbilla para forzarlo a acercarse a él.

—Por la fuerza —coreó en una risa que carecía de todo humor—. Alois es tu nombre, ¿verdad? —El nombrado asintió con un movimiento pobre de cabeza—. Déjame explicarte algo, hijo de puta. El único que estará rogándome, desesperado por que lo folle serás tú en unos cuantos días. Cuando decenas de cerdos te hayan tomado por turnos, hasta rasgarte el trasero.

Alois no supo qué responder a eso. Por supuesto que, si no era Hendrik, sería alguien más o muchos más. Durante su tiempo en prisión preventiva y su viaje a North Collan, había estado tan resignado a ello que incluso se juró a sí mismo no oponer resistencia; sin embargo, su boca formuló aquellas palabras antes de poder procesarlas y retenerlas.

—Si me acuesto contigo… ¿Me liberaré de ser abusado por otros?

Hendrik se encogió de hombros y soltó su mandíbula.

—No, ya no quiero. —Volteó y le hizo un gesto vago con la mano—. Que te folle otro.

—¡No! Espera… Ne-negociar… Podemos negociar.

—No podemos, pero… —Se volteó en dirección a Alois—. Quizá si me abres las piernas y me mantienes feliz, te liberarás de ser el nuevo puto de North Collan.

Bien, eso sería suficiente. La barra estaba muy baja, pero podía aguantarlo. Podía hacer de sus tripas corazón y mantener “feliz” a ese demonio.

Miró la entrepierna de Hendrik y este lo imitó con una expresión que indicaba: “*¿Qué hay de malo ahí*?”

—Con… preservativo, por favor —negoció. No sabía si Hendrik tenía enfermedades y no iba a confiar en su palabra. Lo que sí sabía era que en teoría los condones eran entregados de manera gratuita en las penitenciarías para evitar las enfermedades de transmisión sexual en los reclusos.

Hendrik soltó una risa sardónica, cruzándose de brazos y negando con la cabeza.

—¿Crees que estás en posición de negociar todo, hijo de puta? —Su voz sonó más áspera.

De un solo par de pasos llegó hasta Alois, y con sus manos de grandes proporciones lo levantó por el cuello de su camiseta para aventarlo contra la fría y dura pared. Alois soltó un gimoteo de dolor y cerró sus fatigados ojos ante el fuerte impacto de su espalda contra el concreto.

Bueno, había tentado demasiado su suerte.

—Contesta —exigió Hendrik.

—N-no —respondió en un balbuceo lloroso y melancólico.

—Escúchame bien, Alois. Me gusta tu carita y me gusta tu actitud, pero no me gustan los bastardos que se creen más de lo que son. Quien manda en este infierno de mierda soy yo. Tú aquí eres nada, una simple basura traída hasta mi celda para dejarse follar y mantenerme satisfecho.

Alois lo sabía, cuán verídicas eran esas palabras. Él solo era un cordero mancebo lanzado a los pies de ese bestial verdugo; a pesar de eso, le había hervido la sangre escuchar a Hendrik. Aparentemente, el haber vivido toda una vida con el mundo a sus pies le había forjado un orgullo difícil de destruir de la noche a la mañana. Incluso si su lado racional se lo imploraba.

—Y aun así…, tú quieres follarte a esa basura —lo incriminó, queriendo sonar seguro; sin embargo, su voz no fue otra cosa sino palabras temerosas y susurrantes.

Hendrik lo soltó con desprecio y no demoró en volver a adueñarse de su cuello al tirar de él, quedando con sus rostros a una peligrosa distancia.

—No intentes jugar conmigo, Alois. —Su mano comenzó a ejercer más presión—. No si quieres sobrevivir.

Los músculos del antebrazo de Hendrik se delinearon por debajo de la piel y algunas venas sobresalieron entre ellos. Sus ojos parecieron irradiar veneno, y Alois estuvo seguro de que Hendrik podría haberlo matado en ese momento sin hacer el más mínimo esfuerzo.

—He-Hendrik —se las arregló para decir con dificultad y con la voz estrangulada, temiendo que esa fuera la última palabra que saliese de sus fríos labios resquebrajados.

Su garganta dejó de doler cuando el agarre de Hendrik se soltó. Se deslizó sobre la muralla de concreto, tosiendo con dificultad y sobando lo lastimado de su piel. Sus ojos estaban levemente vidriosos debido a las lágrimas que querían dejarse ver.

—¿Vas a volver a negociar, Alois?

Sacudió su cabeza de un lado a otro, sin dejar de acariciar su magullada piel y con la vista clavada en el suelo.

—Enfermedades... ¿Ti-tienes enfermedades? —preguntó con voz temblorosa, sin saber qué

tanto podía confiar en las palabras de un convicto desquiciado.

Hendrik lo observó con el ceño fruncido y viéndose casi ofendido por la pregunta.

—Por supuesto que no. Elijo bien a quien tomo.

Alois sorbió su nariz, percatándose solo en ese instante de que había sido derrotado, que sus pestañas ya se enseñaban húmedas y sus mejillas rojas.

—¿Cómo sabes que…? —Hendrik levantó una ceja y Alois se atragantó—. ¿Cómo sabes que yo no tengo algo?

Y fue la sonrisa confiada de Hendrik y la forma en que sus pómulos se levantaron dejando a la vista dos perfectos hoyuelos, lo que desató un torrente eléctrico y chispeante por su columna vertebral. Algo le dijo que iba a lamentar haber hecho esa pregunta.

Hendrik se agachó, quedando a su altura y apoyando un codo sobre su rodilla para poder acunarse la barbilla con los dedos.

—¿Me vas a decir que tú...? —Tomó una mano de Alois y deslizó su pulgar sobre la palma de esta—. Una cosita sin una sola cicatriz en su piel, que parece un maniquí confeccionado a mano... Con tu carita de putito elegante y que seguramente podrías conseguir una follada del mismo Dios si así lo quisieras, ¿tienes una jodida enfermedad?, ¿que te has dejado mancillar como los prostitutos baratos que uno se pilla bajo las piedras? No lo creo, Alois.

La férrea aseveración de Hendrik, su sonrisa torcida y la insistente y rasposa caricia en la palma de su mano, ahogó cualquier posible respuesta por parte de Alois. Con las mejillas y orejas en rojo, balbuceó vocales inconexas.

Si antes de hacer la pregunta tenía miedo, luego de las palabras de Hendrik quedó completamente intimidado, amedrentado por la desvergonzada premisa con la que Hendrik se presentó ante él y cómo le robó el aliento con ella. Fue vil y vulgar, y jamás nadie le había dicho algo así, jamás quiso que le dijeran algo así. No obstante, ahí estaba él, sonrojado de una forma que jamás admitiría.

Pudo sentir la boca amarga, como si su saliva fuese hiel envenenada. Necesitaba que el oxígeno llegara a sus pulmones y a su cerebro, y mientras eso no ocurría y tras segundos de silencio, la sonrisa de Hendrik creció como fuego en un bosque seco, quemando a Alois en el proceso.

—Esta prisión es un reino, Alois. Y yo soy el maldito emperador. —Las manos de Hendrik se ahuecaron en el rostro de Alois, acunando sus mejillas—. Ahora, vas a abrir esa lujosa boca rosadita que te gastas o te arrancaré los labios de un mordisco.

Alois inconscientemente frunció los labios, logrando que el entrecejo de Hendrik se arrugara y que en un arrebato le presionara el mentón con fuerza, hundiendo sus dígitos en su aterciopelada piel.

—No te gusta, ¿verdad? —se mofó—. ¿Y qué puedes hacer al respecto? Nada. Porque este es un jodido infierno, y si quieres vivir en él, serás mi puto. —El tembloroso chico asintió, rogándole a su cuerpo que dejara de sacudirse—. Repítelo.

—Tu… —No quiso decirlo. No quiso decretar la humillante realidad—. T-tu…

—¿Mi? —interrumpió Hendrik.

—No puedo. —Y su voz sonó tan devastada, tal como se sentía en ese momento—. Yo no…

No terminó de hablar. La mano de Hendrik le surcó el rostro en una bofetada. La quemazón no se hizo demorar y fue fugaz el tiempo que tomó en resentirle y enrojecerle la piel.

—Mi puto —insistió Hendrik, como si estuviese dándole una segunda oportunidad.

—Sí.

—Mi prisionero.

Alois boqueó como un pez, tratando de crear aquel morfema que, al parecer, su verdugo estaba ansioso de escuchar.

—Tu prisionero —murmuró finalmente, con la voz en un hilo y comenzando a sentir cómo se desmoronaba su muralla de orgullo.

La sonrisa plena y satisfecha de Hendrik se lo dijo todo. Cuán fácil había sido para ese hombre pisotearlo y encadenarlo. Alois jamás había sentido una envidia tan enfermiza como en ese momento. Envidia de lo que significaba ser el amo; el dueño.

—Abre la boca —exigió Hendrik.

Alois obedeció dócil y con los párpados flojos. Sus largas pestañas hacían sombra bajo sus ojos y sus fríos labios, resquebrajados y de un matiz coral, se entreabrieron a la espera. Hendrik simplemente lo observó, con un amago indescifrable que llevó a Alois a cerrar los ojos y esperar que el contrario le devorara la boca. La expectativa de lo que vendría le tensó el cuerpo y lo hicieron enroscar los dedos en torno a las mantas que durante todo ese tiempo habían sido para él la única fuente de desahogo.

—Huh. —Una risa áspera vibró desde su garganta.

Alois no abrió los ojos, y un temblor involuntario consumió su cuerpo cuando sintió la punta de la lengua de Hendrik deslizarse sobre la extensión de sus labios. Fue un simple roce, húmedo y caliente. No duró más de dos segundos y ya había desaparecido.

El delgado chico, víctima de la incertidumbre y de la imprevista risa de Hendrik, corrió el velo de sus párpados para saber qué ocurría, de dónde nacía aquella inesperada y ronca diversión. Sus ojos azules se encontraron con los verdes de Hendrik, con la mirada desquiciada que le ofreció tras aquella lasciva intimidad compartida. Como si fuese un pirata que hubiera encontrado el cofre de un tesoro, uno que llevaba demasiado tiempo buscando y que ahora iba a disfrutar hasta que no quedara objeto de valor alguno en su interior.

—Eres un maldito corderito coqueto.

CAPÍTULO II

Alois no sobreviviría, no a esa noche en la que el agudo frío lo hizo retorcerse en su duro y escueto camastro en una necesidad desesperada por entrar en calor. Poca diferencia tuvo su cama con el mismo suelo, pues, sin importar cuánto lo intentara y cuánto se acurrucara contra el colchón, no lograba calentar su cuerpo. La suave respiración de su compañero de celda llegaba burlona e irritante a sus oídos, recordándole que aquel hombre lo había despojado de sus mantas de cama luego de haber probado su boca.

Pasó horas de la noche contando segundos y minutos, temblando a la espera de que pronto llegara la mañana y así pudiera recibir algo del calor del sol, si era que este no se ocultaba tras las nubes. Se preguntó cuántas noches aguantaría antes de morir congelado, todo por culpa de Hendrik; su anfitrión personal, quien para sorpresa de Alois, no lo empotró contra la cama ni se acostó con él como había estado seguro de que ocurriría. Por el contrario, presenció en silencio como aquel arrogante emperador, luego de aquel roce de sus bocas con la burla cruel asomándose en su rostro, tomaba las mantas de la cama asignada a Alois y las ordenaba pulcramente sobre la que era su propia cama, mirando de reojo a Alois y ladeando una sonrisa cínica. El castaño no tuvo el coraje para reprochar tal degradación y, encogido en sí mismo mientras abrazaba sus rodillas y apartaba la mirada, simplemente se resignó a la idea de que pasaría frío por las noches.

Pese a todo, frío era decir poco, ya que seguramente hubiese tenido más calor estando a la intemperie. No sentía los dedos de sus pies aun cuando llevaba puesto sus zapatos y se cubría el rostro con su antebrazo en un intento por entibiar el aire que entraba por su nariz; nada servía.

Se removió una vez más, ocasionando que uno de los resortes de su cama rechinara. Escuchó a Hendrik carraspear y maldijo a labios cerrados, encogido en sí mismo, con un eco insistente vicioso donde se repitió: "*Que no se despierte, que no se despierte, que no se despierte*".

—¿Tienes frío? —Hendrik preguntó con voz ronca y adormilada.

—Sí —suspiró en respuesta y tras un par de segundos.

—Hm.

Eso fue todo, no dijeron más. Alois escuchó cómo Hendrik volvía al mundo de Morfeo, desechando con facilidad su respuesta e ignorando su martirio. Ronroneó con pereza mientras se removía en su cama y hacía sonar las mantas que lo envolvían, manteniéndolo apartado del crudo frío que a esa hora buscaba víctimas fáciles para morderles el cuerpo.

Maldito bastardo.

Cuando el cansancio finalmente logró vencer en aquella desgastante batalla, se dejó llevar

por el sueño y cerró los ojos. Despertó de vez en vez por el gélido, pero milagrosamente volvía a dormirse a los minutos posteriores. Entre sus últimos pensamientos pasó la idea de conseguir una manta para su cama y buscar la forma para que Hendrik no se la quitara.

¿No dijo él que era su puto? ¿Quién trataría así a su puto? Ciertamente, él.

Eso fue muy, muy vil. Y, mierda, Alois tenía demasiado que aprender.

◆ ◆ ◆

—¡Arriba, bastardos! Es hora del desayuno. ¡Vamos, vamos!

Los ojos de Alois se removieron por debajo de sus párpados, siendo consciente que debía despertar, pero encontrándose demasiado fatigado como para hacerlo. Estaba agotado, física y mentalmente. Sin fuerzas para llevar a cabo las órdenes que su cerebro dictaba.

Escuchó una respiración jadeante, unos golpes secos y unos gruñidos que llamaron su atención. Con sumo esfuerzo, y alabándose a sí mismo por ello, logró abrir sus ojos azules y pasearlos por la estancia que se conformaba por esas cuatro paredes. Cuando logró enfocar la vista, apoyándose en los codos mientras soltaba un último espasmo debido al frío que había traspasado su piel y que se había alojado en el interior de su cuerpo, pudo ver a Hendrik.

La garganta de Alois estaba seca e irritada, y no quiso pronunciar fonema alguno por temor de lo que resultaría.

Sus ojos recorrieron por completo al hombre y un nudo se alojó en lo profundo de su vientre, tirante y doloroso. Reparó en su complexión varonil y recia, la forma en que cada uno de los músculos se apreciaban en su cuerpo excepcionalmente trabajado y tonificado. De hombros anchos y esbeltos, de largos brazos y piernas torneadas, envuelto en una capa de sudor perlado que hizo lucir el pálido de su piel y resaltar la amalgama de tatuajes que llevaba con estoicismo.

Alois parpadeó entre sus respiraciones silenciosas, sin dejar de analizar al espécimen salvaje con morfología humana que tenía frente a él. ¿Ese era el hombre que lo había hecho su prisionero? ¿Ese era su dueño? *Wow.*

Hendrik tenía las manos enguantadas y su torso al desnudo. Daba pequeños saltos con sus pies vendados, encorvándose para levantar sus firmes piernas alternadamente y golpear el saco de boxeo frente a él. Los jadeos animales que dejaba escapar estremecieron a Alois. Un solo golpe de ese hombre y podría decirle adiós a su vida. Sintió lástima por ese saco de boxeo, y rogó por no convertirse nunca en su reemplazo.

Los golpes que Hendrik asestaba eran rápidos y certeros. Lució como un maldito profesional, inclinándose de un lado a otro, golpeando con sus codos, rodillas y puños, y ladeando su cabeza como si esquivara golpes imaginarios. Alois ahogó un gimoteo cuando Hendrik, vociferando un rugido bestial, usó su talón para golpear con una patada alta el saco de boxeo; ejerció demasiada fuerza y rompió la gruesa tela de cuero. Por desgracia, Hendrik se percató de su lastimero intento de pasar desapercibido cuando detuvo su embiste contra el pobre instrumento de práctica.

Se volteó en dirección a Alois, secándose el sudor de la frente y escupiendo al suelo. Lo observó con soberbia, con su mandíbula tensa y una carga de irritación palpable en su romano rostro.

Alois se encogió en su lugar, cuestionándose si había hecho algo mal.

—Pareces un cadáver. Qué jodido asco —le recriminó despectivo.

Alois le preguntó con un gesto a qué se refería con eso y Hendrik le indicó el trozo de espejo roto que había sobre el lavamanos. Alois, sintiendo su cuerpo pesado y lánguido, se arrastró hasta el lugar.

Lo que reflejó el espejo fue simplemente desesperanzador. ¿Cadáver? Eso era ser optimista. Sus pómulos resaltaban, su piel estaba opaca y las ojeras violáceas que adornaban sus ojos, eran grotescas. Sus labios lucieron una mezcolanza de rojo, morado y azul, producto de la bofetada que Hendrik le había propinado la noche anterior. Fue como si finalmente estuviera reflejando en su exterior cómo se sentía por dentro. Eso lo hizo sentir vulnerable y expuesto.

Miró por el rabillo del ojo a Hendrik, quien sacaba de una maleta oculta bajo la litera una rasuradora y una pieza de jabón.

—Ten. —Se las extendió a Alois—. Rasúrate y haz algo para dejar de parecer un puto muerto.

Alois tuvo ganas de protestar, ya que Hendrik tenía gran parte de la culpa, pues lucía así después de haber sido víctima del frío de la noche. No obstante, permaneció en silencio y aceptó la rasuradora y el jabón. Abrió el paso del agua, que salía a borbotones y luego se detenía en un flujo inconstante. Bajo la mirada escudriñadora de Hendrik, procedió a afeitarse. La hoja metálica pasó por todo su medio rostro y en distintas direcciones. Lavó su cara, orgulloso de sí mismo por no haberse cortado, pese a que sus manos temblaban persistentes.

Tanteó a toquecitos con las yemas de sus dedos el cardenal en su boca, con un pequeño quejido traidor escapando de sus labios. Vio por el reflejo del espejo cómo Hendrik lo observaba con descontento.

—¿Qué? ¿Vas a llorar por una puta bofetada? Esto es una maldita prisión, corderito. No un hotel cinco estrellas.

—Lo sé —concedió. No era un estúpido, sabía que en una prisión los golpes y las peleas eran normales, pero tampoco podían pedirle que se acostumbrara de buena gana—. Lo siento.

—Fue solo una bofetada —protestó.

—Sí.

—No debería doler tanto, mamón. —Hendrik gruñó, molesto por algo que Alois no logró comprender qué era.

Alois se mantuvo mirando a su verdugo como un perro amaestrado a espera de una nueva orden, sintiendo asco de sí mismo.

Hendrik volvió a su maleta y maldijo por lo bajo mientras rebuscaba en ella nuevamente.

—Toma. Úsalo en tu boca. —Con hastío, estiró su brazo en dirección al de ojos azules y colocó una vieja barra de manteca de cacao sobre una de las pequeñas manos de Alois—. Es la única que tengo, así que la cuidas.

Los ojos de Alois se abrieron en asombro ante esa pequeña pieza usada de bálsamo labial. Definitivamente, sus labios agrietados lo agradecerían.

—Oh. —No halló qué decir.

—Ya, ¿acaso nadie te enseñó a dar las gracias? —Hendrik se mofó con cinismo mientras guardaba su maleta nuevamente.

—Gracias, Hendrik.

Alois no supo si se estaba tomando demasiados atrevimientos al llamarlo por su nombre, sin embargo, Hendrik pareció complacido. Se acercó a Alois, acechándolo con sus cruentos ojos verdes y dejándole a Alois el paso libre para que sintiera el olor de su cuerpo.

Hendrik olía a sal y vinagre, y seguramente tenía ese sabor.

Tragó con dificultad debido a sus propios pensamientos. Y el problema de Alois era que pensaba con su sexo la mayor parte del tiempo. Lo cual no, no era bueno considerando que allí se alojaba la razón principal por la que estaba en prisión.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —cuestionó a través de un balbuceo tintado por la cobardía.

—Ocurre, corderito…, que has pasado la noche conmigo. Para todos aquí ya eres mi puto, ¿te ha quedado claro? —Alois asintió más veces de lo necesario—. No te quiero ver hablando con nadie, no te quiero ver mirando a nadie, porque no me gusta compartir.

—Bi-bien. Sí. Yo… —Tragó, sintiéndose avergonzado y afiebrado a partes iguales. La voz de Hendrik era peligrosa, posesiva y demandante. Hacía desaparecer el frío arraigado en su cuerpo. Jamás nadie lo había tratado así, jamás se había permitido ser un objeto de posesión, mucho menos de vulgares y mundanos celos, sin embargo, no estaba en condiciones de protestar —. No miraré a nadie. Lo prometo.

—Perfecto.

La puerta de su celda se abrió y un gendarme entró, observándolos con el ceño fruncido y un gesto de disconformidad. Seguramente, no era un gran amante de su trabajo y Alois no lo culpaba.

—A las duchas, ahora.

Hendrik se separó de Alois, volteándose y saliendo de la celda.

El guardia bajó la mirada cuando Hendrik pasó a su lado, gesto que no pasó desapercibido para Alois. En el momento en que el hombre comprobó que Hendrik ya había desaparecido, le dio una mirada al castaño.

—¿Necesitas ir al médico?

La boca de Alois se abrió para responder, pero se detuvo cuando se dio cuenta de que no sabía qué decir. Claramente, el hombre pensaba que Hendrik había abusado de él y no sabía hasta qué punto eso era malo.

¿Qué decir? ¿Fue o no fue tomado? Decisiones difíciles de la vida. Si se corría el rumor de que Hendrik ya se lo había follado, no haría más que concretar el hecho de que le pertenecía y nadie más podría tocarlo, ¿verdad?

Esperó estar en lo correcto.

—N-no... No es tan grave —mintió.

El hombre entrecerró los ojos para demostrar que desconfiaba de él, sin embargo, no dijo más. Le indicó que saliera de la celda y Alois obedeció con el rostro al suelo. A diferencia de la noche anterior, donde no hubo nadie en los pasillos, en ese instante el sitio se encontraba aglomerado de convictos.

Las miradas de todos estuvieron en él y Alois caminó ajeno a ellas, con la vista fija en sus pies y levantándola de vez en vez para no chocar con nadie. Dio un pequeño salto cuando sintió una nalgada, pero maldijo en su interior y siguió caminando, haciendo oído sordo a las obscenidades que se murmuraron a su alrededor.

Que sí, que sabía que tenía buen trasero, que estaba follable y todo. Sí, también sabía que era bajito y delgado. ¿Había necesidad en que los mastodontes de los reos recalcaran su nimia estatura?

Logró llegar a las duchas en una sola pieza, gracias a... a lo que fuese; que en definitiva no era Dios porque ese bastardo no existía, y de existir, entonces en definitiva odiaba a Alois.

Miró el lugar y al vapor cubriendo los cuerpos. ¡Había agua caliente! Podría haber bailado de felicidad.

Se le entregó una toalla y un nuevo cambio de ropas, las cuales dejó dobladas con más cuidado del que merecían en una de las tantas gavetas del lugar.

Su estómago se sintió revuelto al saber que debía desnudarse en presencia de aquellas miradas lascivas de esos hombres de gran complexión, que esperaban atentos a que comenzara a despojarse de sus ropas. Pese a ello, ninguno se le acercó, o así fue hasta que un desconocido rapado, que medía más de un metro con noventa, se colocó a su espalda.

—Hueles a puto fino —le susurró al oído. La mandíbula de Alois se tensó—. Nombre.

Esta vez, no respondió. Permaneció en silencio y se sacó su suéter, sintiendo un alivio cuando la tela dejó de escocerle la piel. ¿De qué demonios hacían esa ropa? ¿Espigas?

—Crasson, ya déjalo. Dicen que es el nuevo chico de Hendrik.

—Ah, ¿es así? —preguntó con implícita burla en la voz. Alois siguió sin responder—. ¡Te estoy hablando! —Volteó a Alois por los hombros y lo azotó contra las gavetas.

El castaño cerró los ojos y dejó escapar un quejido. Las palabras de Hendrik resonaron en su cabeza en ese instante.

No debía mirar a nadie, no debía hablar con nadie.

Condenado Hendrik, más le valía que ser su puto le trajera algo bueno. Cosa que, hasta ese momento, no estaba ocurriendo.

—¿Así que me vas a ignorar? —Volvió a azotar a Alois, obligándolo a apoyarse sobre las gavetas.

—¡No! —el chico exclamó con voz agónica cuando sintió las manos del energúmeno posarse sobre su trasero, bajándole los pantalones y dejando su trasero desnudo al aire—. ¡No me toques, suéltame!

Se removió desesperado y con la risa vil del rapado taladrándole los oídos. Las manos foráneas sobre su carne se sintieron repulsivas, nauseabundas de una manera que Alois jamás

había experimentado con anterioridad, y cuando aquellas sensaciones lo desbordaron y amenazaron con salir desde sus ojos, advirtió a lo lejos que su salvación, que Hendrik, había llegado a las regaderas.

Su nombrado dueño los observó en silencio durante unos cuantos segundos, sin inmutarse de ninguna manera. Con su expresión seca e indescifrable, caminó hasta las regaderas donde la lluvia artificial caía. Nadie hablaba y el aire podría haberse cortado con un cuchillo. Alois finalmente sintió sus lágrimas en sus mejillas al escuchar cómo el rapado volvía a carcajearse con una repugnancia inhumana y solo para que él lo escuchara.

—Parece que ya se cansó de ti —le susurró al oído, y Alois se hundió en un angustioso pánico cuando sintió sus glúteos siendo separados, cómo presionaba su cuerpo y le impedía moverse o escaparse de su agarre nauseabundo.

Todos volvieron a sus actividades e ignoraron que él sería vilmente abusado.

Sollozó desde la miseria, con la garganta cerrada y mordiendo su labio interior para evitar darle a cualquiera la satisfacción de escucharlo llorar.

—Crasson —voceó Hendrik, provocando que el rapado detuviera el abuso a perpetuar y se volteara en su dirección.

—¿Qué ocurre, emperador?

—Está bueno, ¿verdad? El corderito que tienes ahí —preguntó con tono burlón.

El hombre sonrió desquiciado. Asintió, y seguro de que Hendrik no iba a interrumpirlo, se volvió en dirección de Alois. Con el cuerpo inmovilizado y resistiéndose cuanto pudo entre hipidos bajos mientras repetía como mantra que lo soltase, el castaño observó a Hendrik bajo sus pestañas empapadas y labios entreabiertos.

—Jodidamente bueno. Podría ser el puto de un rey —continuó Hendrik. Salió del agua y caminó hasta donde Alois se encontraba. Palmeó el hombro del rapado y, con una sonrisa deshonesta que cavaba en su mejilla un hoyuelo, se acercó a su rostro—. Ahora dime, Crasson… ¿Acaso tú eres un maldito rey?

En ese momento, la mayoría de los convictos comenzaron a salir de las regaderas. Todos con apremio, el miedo destilando de sus ojos y entorpeciendo sus movimientos.

La manzana de adán de Crasson bajó y subió, con el sonido de la saliva que pasó por su garganta llegando a los oídos de Alois.

—Respóndeme, Crasson. ¿Eres un rey? —El nombrado negó, mostrándose aterrado de la tranquilidad y diversión con la que Hendrik le hablaba—. Sí, no lo eres... Entonces, ¿por qué has puesto tus repugnantes manos en lo que le pertenece a tu emperador, cerdo hijo de puta?

—He-Hendrik, yo no… —Soltó a Alois, levantando las manos en bandera blanca y mostrándose tan sumiso como a un simple perro le correspondía.

—Tú no, ¿qué? —insistió con voz afilada por metal caliente, usando una de sus manos para darle un empujón—. ¿No sabías que lo mío nadie lo toca? ¿que a mí se me desafía en el under y no en las putas regaderas?

—No volverá a pasar. Hendrik, tú sabes que soy leal, yo… Esto fue un error.

Hendrik encerró al contrario contra una pared, levantó los brazos y hundió los dígitos de sus manos en las sienes del hombre que segundos antes había querido abusar de Alois con orgullo. Tiró de su cabeza hacia él, ante la vista de los pocos valientes que permanecieron en el lugar como testigos del castigo del emperador, y sonrió amplio y fácil con una tranquilidad que se yuxtapuso al desenlace que todos estuvieron prontos a presenciar.

—Y quién te dijo a ti que yo perdono los errores, ¿hm?

Alois se encogió cuando escuchó el golpe que Hendrik le propinó en la mandíbula al hombre. Mantuvo los ojos firmemente cerrados, repitiendo con desesperación un *"Todo está bien"* en su cabeza para así mitigar los gritos y bramidos de dolor de Crasson.

Ningún gendarme interfirió, simplemente observaron a la distancia cómo Hendrik hizo crujir los huesos del hombre, destrozándolo con sus puños. Los pocos valientes que se quedaron para presenciar tal atrocidad miraron en silencio cómo la sangre esparcida por montones en el suelo de pavimento agrietado se extendía bajo sus pies.

Hendrik recorrió el cuerpo de Alois con la mirada, tomándole el mentón con sus dedos para revisarle el rostro.

—E-estoy bien —mintió.

Hendrik asintió y volvió su vista a los reclusos.

—Esto… —exclamó, usando el pulgar para barrer la sangre que había salpicado sobre la comisura de su boca—. Esto es para que les quede claro que nadie... ¡Nadie! ¡Absolutamente, nadie tiene permitido tocar lo que es mío!

Estiró sus brazos y giró sobre sus pies, las manos y el cuerpo pincelados de aquel líquido rojo.

Alois gimoteó en protesta cuando sintió una mano de Hendrik ceñirse a su cintura y cavar sobre su fría piel.

—Díganme, pedazos de mierda… ¡¿Alguien más quiere poner sus manos sobre él?! —Lo apretó con fuerza y Alois se removió por el dolor.

Varios negaron, algunos otros vitoreando al emperador, quien se jactaba de su dominio en aquel pútrido lugar.

Hendrik soltó a Alois y volvió a la regadera, se lavó la sangre ajena y salió del agua. Con un amago de irritación, pasó por el lado del contrario, mirándolo por el rabillo del ojo y chasqueando la lengua.

—Báñate —le ordenó.

Alois, entre labios acalambrados por el frío y el cuerpo temblando en espasmos, asintió.

Pasaron unos largos minutos antes que todo volviera a una relativa normalidad. Hombres caminando a las regaderas y otros cuantos observando al castaño, quien se bañó con rapidez sin disfrutar en lo más mínimo del cálido contacto del agua en su piel maltrecha.

Con ropa nueva y limpia, algo menos desagradable que la usada la noche anterior, caminó hasta el comedor donde hizo una larga fila para obtener sus alimentos.

Las miradas se centraron en él. ¿Qué? ¿No tenían nada más que hacer?

Obtuvo una porción pobre de comida y una rebanada de pan. Con bandeja en mano, encontró una mesa donde milagrosamente no había nadie. No quería compartir la mesa con alguno de esos criminales, realmente no quería tener contacto alguno con aquellos convictos.

Se sentó y comió en silencio, masticando con esfuerzo y desagrado la comida. Mientras lo hacía, escuchó unas cuantas risitas y algunas murmuraciones por lo bajo. Levantó la vista de su plato al ver cómo Hendrik, acompañado de otros dos sujetos que lo seguían como perros fieles a su amo, caminaba en dirección a él.

¿Ahora qué? ¿Iban a sentarse juntos y tener una comida romántica con besitos?

—Estás en mi mesa. Vete.

Oh... Bien, sí. Estúpido Alois, ¿en qué demonios había pensado? Por supuesto que el maldito de su dueño no iba a sentarse con él.

Alois asintió y tomó su bandeja, levantándose y buscando otro lugar para comer. Las miradas despectivas y amenazantes le indicaron que no poseía buena suerte. Al parecer, los demás convictos tampoco querían compartir mesa con él.

—Allá. —Volteó cuando escuchó la voz de Hendrik, ya sentado y bebiendo un café.

¿Café? Mierda, qué injusticia. A Alois solamente le habían dado una taza de agua caliente y azúcar.

—¿Eh? —Vio hacia donde Hendrik le señaló con la cabeza.

Era un grupo de chicos algo llamativos, que bromeaban y hacían gestos extravagantes con las manos. No demoró mucho en comprender qué grupo era ese.

Hendrik lo estaba mandando con las perras.

Se tragó el orgullo y caminó en esa dirección, oyendo las risitas de los machitos quienes seguramente se los follaban, pero que aun así se sentían muy hombres y heterosexuales.

—Uhm. ¿Disculpen...?

Los afeminados hombres detuvieron su plática y observaron a Alois, todos con sus depiladas y muy delgadas cejas, perfectamente arqueadas.

Las mejillas del ojiazul se pintaron de rojo.

—Siéntate y come. Aquí nadie va a molestarte —le dijo un hombre de cabello corto y castaño con unos bonitos ojos azules que se encontraba a la cabecera de la mesa—. ¿Cómo te llamas?

—Alois. —Se sentó y bajó la vista a su comida. Había tenido la intención de comer en silencio, pero supo que no sería posible. Era prácticamente la nueva atracción en ese desquiciado circo.

—Así que tu novio te ha mandado aquí… ¿Te folló muy duro? Tengo pomada antiséptica para tu trasero…, pero te costará caro. —Alois se atragantó con la comida.

Le dio un sorbo a su tazón de agua y buscó a la persona que había dicho eso.

—No la… —Succionó su labio inferior y apretó su agarre en el tazón— necesito, pero gracias —respondió formalmente.

Y seguramente la plática hubiera continuado de no haber sido por una pelea que se desató a unas cuantas mesas más allá.

—Oh Dios, ¿es que no pueden dejar de comportarse como mandriles? —dijo un chico con voz aguda y un disgusto advertible en el rostro.

—Prefiero que descarguen energía así.

Alois sintió a alguien sentándose a su lado. Volteó la mirada y encontró a un sonriente chico de cabello rubio y ojos cian. Le pareció distinto a lo que se veía en ese lugar, pulcramente limpio, con una suave sonrisa y un aire de distinción.

—Hola, mucho gusto. —Le extendió una mano a Alois—. Soy Nevin Cooper.

—Alois Thompson. —Respondió al gesto.

—Lo sé. No hay nadie que no sepa tu nombre. —El ojiazul rodó los ojos, pero sonrió. Por alguna razón, las palabras del rubio no le sentaron mal, no veía desdén o maldad en él—. ¿Estás bien?

—¿Cómo?

Nevin se encogió de hombros y le dio una mordida a su hogaza de pan.

—Eres el puto de Hendrik, y todos sabemos que él es una jodida bestia.

—Oh, uhm. No, yo… —Tragó—. Bueno... Soy resistente —mintió nuevamente.

Para su fortuna, Nevin pareció creerle.

—Eso es bueno. Y cuéntame, Alois, ¿por qué estás aquí? —Alois separó los labios para responder cuando de repente vio a Nevin cambiar el color de su rostro. De un pálido notable, sus mejillas pasaron a un rojo violento con sus puños apretándose—. Maldito hijo de puta —murmuró el rubio con la vista fija en la mesa de Hendrik.

Todos los de la mesa siguieron la vista de Nevin. En la mesa donde Hendrik comía, uno de sus acompañantes reía y bromeaba con otro chico. De no haber sido un experto, Alois quizá no lo hubiera notado, pero fue demasiado obvio que esos dos estaban coqueteando.

—¿Tu novio? —preguntó a tientas y con la taza de agua presionándose en su labio inferior.

—Sí —respondió Nevin en un gruñido molesto y dejando a Alois sorprendido. Ni siquiera dudó—. Es mi novio, aunque el hijo de puta vive olvidando eso.

—Déjalo, Nevin. Zev es un cabrón y no deberías perder tu tiempo con él —comentó el chico que se encontraba a la cabecera de la mesa. Sus ojos se dejaban apreciar nobles y sabios, y emanaba aquel conocimiento que solamente se podía ganar con los años y el dolor.

Alois sintió un leve respeto por ese desconocido.

—Soy Elián —respondió como si realmente pudiera leer la mente de Alois—. Llevo unos cuantos años aquí.

Alois asintió en silencio, volviendo a su comida y dejando de lado las maldiciones que Nevin le propinaba a distancia a ese tal Zev.

—No lo entiendo. ¿Qué tiene esa perra sucia que los vuelve locos? Primero Hendrik y ahora… —Nevin se detuvo. Vio de reojo a Alois, quien lo observó con cierta curiosidad—. Es

Francesco, un puto francés que hasta hace poco era el favorito de Hendrik. Se creía muy importante, pero cuando Hendrik lo botó... quedó desamparado, y ahora quiere a mi hombre.

Nevin negó con la cabeza y apartó la vista de la escena frente a sus ojos.

—Sabes que Zev no va a dejarte —lo alentó otro chico.

Nevin hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—Ya no me importa. Cuéntame, Alois, ¿qué sabes de North Collan?

—¿Uh? —Alois hizo una pausa, pensando en qué responder—. Bueno, llegué ayer, así que no sé mucho. Al parecer, el emperador es mi dueño y… —Le dio un sorbo a su taza de agua—. Eso es todo.

—Realmente no sabes nada. —Nevin le obsequió una risilla con todos lo acompañándolo—. A ver, te cuento… North Collan no es una simple prisión; aquí los guardias nos ven como una puta entretención, la corrupción es la ley y el poder es la moneda de pago. Y sí, podríamos decir que Hendrik es el emperador de esta mierda de lugar. Nadie lo desobedece, y si logras mantenerlo contigo puede que hasta vivas bien.

Alois soltó un suspiro lacónico. Nada de eso era nuevo para él debido a lo ocurrido en las regaderas, donde un cadáver quedó en el suelo como si nada gracias a Hendrik. Había comprobado ya que nadie le llevaba la contraria.

—¿Y sabes de los torneos?

—¿Torneos? —preguntó Alois. Eso sí era nuevo.

—Claro, los torneos... Hendrik no es el emperador por ser un simple matón, Alois. Hendrik es el emperador porque se ha mantenido invicto desde que llegó hace tres años.

—Ya, pero no entiendo. —Realmente no lo hacía—. ¿Son peleas?, ¿Dónde hacen los torneos?

—En el under.

—¿Qué es eso?

Nevin rodó los ojos y le dio un codazo por lo bajo.

—Pronto vas a verlo con tus propios ojos.

Luego de eso, y con la duda quedando como residente en la cabeza de Alois, comieron en una plática mayormente amena. El ojiazul no se sintió para nada en su ambiente de confort con esos chicos, pero fue mejor que nada. Al menos, ninguno de ellos resultó ser en extremo desagradable.

Poco después, llegó la hora de salir al patio y Alois no se separó de Nevin. Buscó la aprobación en los ojos de Hendrik cuando salió del comedor. Su dueño pareció no estar en contra, ya que, con una leve inclinación de cabeza, le indicó que podía acompañar al rubio.

Maldito loco, sintiéndose todopoderoso solo porque unos cuantos criminales lo obedecían. Ojalá se quemara la lengua con el café.

◆ ◆ ◆

Alois lo admitía, que hablar con el ruidoso y excéntrico rubio fue como una brisa de aire fresco. Nevin Cooper, realmente imprudente, escandaloso y un poco raro, cayó en prisión por haber chocado a una familia en auto. Iba en estado de ebriedad y conducía su flamante Ferrari a más de cien kilómetros por hora. Llevaba casi un año en North Collan y unos seis meses siendo el puto de Zev Reed, el príncipe de la penitenciaría.

Después de Hendrik Stone, la autoridad máxima era Zev Reed, un famoso narcotraficante que cayó por una redada en Guantánamo. Nevin le aseguró que no era mal hombre, quizá sí demasiado bruto y tosco, pero que se podía confiar en él.

Alois, a su vez, le contó por qué estaba allí. La historia con su exnovio, Alex, y la injusticia que se cometió en su contra. Nevin le aseguró que varios de los convictos en North Collan también estaban ahí por injusticias del sistema judicial; la conclusión de ambos fue que la justicia era una mierda. Luego, tras haber descubierto esa inesperada afinidad y compartido confidenciales sonrisas, ambos se hallaron sentados sobre una deteriorada mesa mientras Nevin aclaraba con valiente facilidad todas las preguntas que Alois le hacía sobre Hendrik.

Descubrió que su dueño había sido un militar de alto rango y que cargaba con la culpa de una misión gubernamental fallida. También escuchó con menor sorpresa que la estabilidad mental de Hendrik dejaba mucho que desear y que debía cuidarse, porque nadie podría hacer nada para defenderlo si el emperador decidía acabar con él.

En un arranque de honestidad, Alois le contó sobre la noche anterior, omitiendo la parte donde no tuvieron sexo. Para su suerte, Nevin le prometió unas mantas de cama y una chaqueta para el frío, algo que Alois le agradeció sinceramente.

—¿Quieres uno? —preguntó Nevin, ofreciéndole un cigarrillo.

—¡Sí! Dios, sí. Gracias. —Alois estiró la mano con tanta rapidez que arrancó una risa exagerada del contrario. Se aclaró la garganta y apartó la vista para evitar que advirtiese el rubor de sus mejillas.

En el patio los reclusos hacían algo de deporte y ejercicio, otros platicaban y unos cuantos peleaban a gritos y empujones. Alois encendió su cigarrillo y le dio una calada, mirando a su alrededor y pensando demasiado como respuesta a todo aquel nuevo ambiente.

—Entonces, ¿eres pediatra? —Alois asintió.

—El mejor. —Sonrió con orgullo.

—Yo también quise ser médico.

—¿Y qué ocurrió?

—Soy rubio.

Rieron nuevamente, disfrutando la compañía del otro hasta que escucharon unas pisadas y, ante la mirada cautelosa de Nevin, detuvieron su amena plática.

Hendrik, Zev y otro hombre llamado Norman se encontraban frente a ellos.

Alois le dio una calada a su cigarrillo y fijó sus ojos en Hendrik. ¿Qué quería de él?

—Ven conmigo.

Alois miró a Nevin, quien con un gesto le insinuó que obedeciera.

No demoró en colocarse de pie, y tras sacudir el polvo de su trasero, comenzó a caminar detrás de Hendrik. La ancha espalda del hombre era como una muralla indestructible y sus estrechas caderas parecían haber sido esculpidas a mano.

Entraron a una zona que Alois desconocía y que estaba conformada por unas cuantas habitaciones, con estropeadas máquinas deportivas y sacos de boxeo. Parecía un gimnasio, uno muy viejo y deteriorado.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó en un susurro tentativo, no queriendo ser escuchado por nadie más. Hendrik no respondió.

Caminaron por un pasillo y llegaron hasta un camerino que tenía una placa metálica con el nombre de Hendrik grabado en ella. Al entrar, Alois visualizó un maltrecho sofá de dos cuerpos, unas sillas plegables y una ducha sin cortina. Estaba helado y húmedo.

Hendrik cerró la puerta tras Alois y, estirando su mano, tomó posesión del cigarrillo que Nevin le había obsequiado.

—¿Te divertiste, corderito? —Se inclinó hacia él e inhaló el humo desde el filtro, reteniéndolo en el interior de su boca solamente para dejarlo escapar segundos después sobre los labios de Alois.

—Nevin es… es muy amable —tanteó, mirando desde la boca de Hendrik al suelo y nuevamente hacia su boca.

—¿Es así? —ronroneó con un cinismo tintado de calma—. ¿Por eso te reías como un puto payaso con él?

Alois frunció el ceño, silenciosamente ofendido y sin autoridad para reclamar.

—Eso creo. Sí.

—¿Y yo?

—¿Tú?

—¿Acaso yo no he sido amable? —reclamó con irritación y la mandíbula tensa—. ¿No cuidé tu jodido trasero en las regaderas?

—Lo… Lo hiciste, sí.

—Pero a mí no me sonríes.

Hendrik le dio una última calada al cigarrillo y lo dejó caer al suelo para apagarlo con la suela de su zapato. Alois se removió en su lugar y usó las mangas de su mano para fijar su atención en algo que no fuera el contrario.

—Lo siento, no es… Lo que ocurrió fue horrible, Hendrik. No podría haber sonreído —confesó—, pero lo agradezco.

Hendrik lo observó en silencio y el corazón le dio un brinco cuando vio aparecer uno de sus hoyuelos.

—¿Cómo me lo vas a agradecer?

Alois pasó saliva, tirando más y más de las mangas de su suéter.

—Como… Como quieras —ofreció.

—¿Lo que yo quiera, corderito?

—S-sí. —Su corazón se aceleró de golpe cuando Hendrik, con una sonrisa obscena y sin apartarle la vista, comenzó a desnudarse frente a él, desprendiéndose de su ceñida camiseta negra y desabrochándose el pantalón—. ¿Qué? ¿Qué haces?

—¿Qué crees que hago?

—Uhm. Y-yo, no… no lo sé —Carraspeó.

—Lo que yo quiera —se jactó lanzando su camiseta al rostro de Alois—. Así que voy a follarte. Quítate la ropa.

Los ojos de Alois se fijaron en el piso. De repente, toda su comida pareció querer devolvérsele por la boca. Era obvio que eso iba a pasar, y aun así, no podía dejar de sentir miedo.

Recordó algunas palabras de los chicos durante el desayuno, cómo todos aseguraron entre bromas que Hendrik era una bestia despiadada en la cama, que sus parejas de sexo siempre terminaban en enfermería cuando no lograban complacerlo.

Mierda, no quería sentir dolor.

Con manos temblorosas y el alma escapándosele en cada respiración, obedeció. Agarró el dobladillo de su suéter y se lo sacó. Hendrik se sentó en el sofá y observó el seductor espectáculo que su lázaro personal estaba brindándole. Repasó su mandíbula con la mano y se relamió el labio inferior al chuparlo hacia el interior de su boca. Las curvas de Alois se mostraban deliciosas y nobles, cada parte de su cuerpo viéndose tierna y suave, como si fuese una fruta madura robada del edén.

Alois pateó con su pequeño pie los pantalones, ya encontrándose completamente desnudo con su escaso vello púbico, su prominente trasero, sus pezones erectos por el frío y su plano abdomen tenso al igual que el resto de su cuerpo.

Se había desnudado mil veces en su vida y jamás se había sentido tan expuesto… Y era culpa de la mirada de Hendrik, porque ningún otro hombre lo había mirado así antes.

—Ven aquí, corderito. —Palmeó su regazo. Hendrik no sonreía, inescrutable. Incluso se le podía apreciar rígido.

Alois negó con la cabeza y, antes que Hendrik pudiera reaccionar mal, se adelantó a decir:

—N-no me gusta el dolor.

—Hm. —La pronta sonrisa tatuada en su boca se hizo grande.

—No quiero que duela, por favor.

El emperador ladeó la cabeza, llevando sus brazos a cruzarse a la altura de su pecho.

—Y yo no quiero que me digas qué hacer.

—Te lo estoy pidiendo de favor, Hendrik. Si vamos a hacerlo… —Comenzó a frotar los dedos de sus manos entre sí. Estaba nervioso, tenía miedo—. Puede… —Tragó—. *Uhm.* Puede ser... placentero para ambos —intentó.

Y Alois sabía que no tenía derecho alguno para pedir aquello, pero no perdía nada con arriesgarse. Después de todo, Hendrik iba a tomarlo igual. ¿Qué daño hacía pedir el pequeñito

favor que no le partiera el trasero en dos?

—Quieres que sea placentero, ¿eh? —Alois asintió. A pesar de todo, se sintió levemente abochornado. Incluso en aquel ambiente frío, las palmas de sus manos sudaron y su rostro se sintió caliente—. ¿Realmente crees que podrías sentir placer conmigo?

Hendrik y su sonrisa mordaz provocaron que el vientre de Alois se sintiera contraído.

—Quizá. S-si eres... tú. —Su voz se impuso como un balbuceo tartamudo—. Puedo…, si eres tú.

Bueno, era Hendrik o alguno de esos grasosos cerdos que habían estado mirándolo desde que había llegado. Definitivamente, no había punto de comparación.

—Hm. ¿Sabes, corderito? Vas a arrepentirte de haberme pedido eso —Hendrik alcanzó su muñeca con la mano y tiró de él, abriendo las piernas y dejando espacio para que encajara entre ellas—, porque puedo ser muy bueno cuando quiero. —Aplanó su mano en el abdomen bajo de Alois e inclinó su cabeza lo suficiente para acortar la distancia—. Y terminarás rogándome como una perra en celo para que te folle todo el jodido tiempo.

Empujó su lengua por encima de uno de los pezones de Alois, dándole un lánguido lametón y mirándolo hacia arriba. Alois estranguló un gemido, pensando seriamente que quizá tendría un ataque al corazón.

CAPÍTULO III

Alois siempre había sido susceptible a los estímulos y un enamorado de todas las sensaciones que en el cuerpo podían percibirse. Jamás cubrió su sexualidad y mucho menos la limitó, con los placeres de la intimidad siendo su credo personal. En ese momento, sin embargo, se imponía sobre él algo completamente nuevo.

Cubriendo su boca con una mano en un intento por acallar su respiración fragmentada, miró hacia abajo, al exmilitar que se abandonaba con lengua húmeda y labios calientes sobre su pecho, y que lo torturaba entre mordiscos y succiones. Para empeorar todo tiritaba y, contrario a esto, su cuerpo permanecía afiebrado.

La culpa era de Hendrik, de su mirada obscena y perspicaz.

—¿Te gusta? —preguntó con su pezón entre los dientes.

Alois cerró los ojos y negó, trayendo de la garganta de Hendrik una risa de bordes filosos y que aseguraba no le había creído en lo más mínimo—. Entonces supongo que no quieres continuar…

—*Ngh.* No… no quiero —gimoteó, consumido por apremiantes sensaciones y enroscando los dedos de los pies sobre el suelo. Puede que no estuviese siendo del todo honesto, o quizá sí, en ese momento no estaba precisamente seguro de nada.

Hendrik descendió hasta su abdomen y rodeó su ombligo con la lengua, dejando un cardenal apreciable

—Vístete —le indicó finalmente tras apartarse, colocándose de pie, limpiando los restos de saliva de las comisuras de su boca y tomando su propia camiseta. Alois ladeó la cabeza sin comprender el actuar de Hendrik—. ¿No me escuchaste, corderito? Vístete o me arrepentiré de esto.

—Uhm, sí sí. Por supuesto.

Alois tomó su ropa del suelo y con una rapidez apremiante comenzó a vestirse. Sin levantar el rostro observó a su dueño a través de sus largas pestañas. Hendrik fue el primero en estar listo, naturalmente.

El esbelto convicto se apoyó en una pared y, con manos guardadas en los bolsillos de su chándal, esperó a que Alois estuviese completamente envuelto en sus viejos harapos.

—Vamos —indicó cuando Alois terminó de amarrarse los cordones de sus zapatos, y él asintió en silencio. No iba a preguntar por el cambio de opinión de Hendrik. ¿Había sido porque él dijo que no quería? Bueno, quizá estaba siendo engreído, pero no dañaba a nadie más que a sus propias expectativas el pensar así, después de todo era la segunda vez que el hombre estaba a

punto de follárselo y no lo hacía debido a sus palabras.

Bendito fuera su lindo trasero que aún estaba a salvo.

Hendrik aferró su mano al pomo de la puerta, con Alois pisándole los talones y pensando que saldrían del camerino, no obstante, sus pensamientos fueron arrasados cuando Hendrik, en un movimiento súbito y violento, lo azotó contra la pared más cercana.

—Beso —gruñó sobre su boca.

Con manos ágiles sometió a Alois, haciéndolo levantar sus brazos y apresándole las muñecas por encima de la cabeza con una mano. Alois gimió con voz ahogada y sintiéndose liado, sin alcanzar a reaccionar cuando los labios de Hendrik se empujaron contra los propios.

Los sentidos de Alois se incendiaron y una corriente vertiginosa revolvió todo dentro de él, haciendo latir violentamente el tramo donde su pulso se encontraba. El aire quedó retenido en sus pulmones y sus piernas cedieron cuando Hendrik las separó con su rodilla y se encajó entre ellas.

El monarca de North Collan respiraba jadeante y lento sobre los labios del contrario, queriendo imponer sobre él una batalla perdida; un anhelo animal, indecente y mundano parecía empaparlo. Alois podía paladear el deseo de Hendrik en ese beso.

Los labios de su dueño se sentían calientes y llenos, sabían a tierra y sal; obscenos de una manera difícil de explicar. Entreabrió los propios cuando la lengua de Hendrik lo demandó, rodando sobre su comisura derecha y queriendo abrirse paso en su boca. Gimoteó en ansiedad al sentir a Hendrik presionándose contra él y presionar con los dedos en su cadera con fuerza. Creía que, de continuar, ese beso lo rompería en cualquier momento.

—*Ungh* —gimió en una mezcla de placer y dolor, impulsando su cadera hacia adelante por instinto.

Con sus bocas fusionadas y la lengua de Hendrik recorriendo los dominios que ese beso podía ofrecer. Era lascivo y hambriento, una unión escabrosa e inmoral donde sus salivas espesas se mezclaban en una sola, donde sus respiraciones salían entrecortadas.

Alois jamás había sido besado de esa forma, tan animal y vulgar. Hendrik se follaba su boca con aquel beso y no le daba la oportunidad de pelear, de siquiera intentar mover su lengua por voluntad propia. Lo guiaba con malicia; succionando, mordiendo y tironeando.

En un punto Hendrik soltó sus muñecas y Alois, sometido y dócil las llevó hasta el cuello de Hendrik, rodeándolo como un pecador borracho que debía sostenerse para no caer. Bien decía, estaba embriagado de Hendrik.

El contrario gruñó, áspero y aparentemente fastidiado ante la cercanía que Alois demandaba, y aun cuando debería haberse retractado, quitar sus brazos del cuello del exmilitar, no lo hizo. Se restregó aún más en él, gimiendo notas dulces y sumisas. Hendrik llevó sus manos hasta los glúteos de Alois, levantándolo del suelo y haciendo que este enredada las piernas en torno a su cadera.

—Dulce —susurró Hendrik barriendo el borde del labio superior de Alois con la punta de su lengua.

—¿S-sí?

—Demasiado —contestó con una sonrisa de raíces profanas y dos marcados hoyuelos—.

Como el buen veneno.

Sus erecciones podían sentirse por debajo de la ropa, duras y calientes. Alois arqueó su espalda y tembló al sentir a Hendrik comenzar a frotarse contra él, con un sadismo salvaje que provocaba que todo lo que hacía en Alois fuese hiriente y placentero a la vez.

—N-necesito respirar —pidió inclinando la cabeza hacia atrás para escapar de la bestia nacida de ese beso.

Hendrik lo siguió y mordió su mejilla.

—No lo necesitas.

Sin haber tenido tiempo para protestar, volvieron a juntar sus bocas en un beso profano.

Alois sentía que su lengua en cualquier momento se derretiría y que su corazón dejaría de funcionar, agotado por la cantidad de latidos, por la fuerza ejercida en cada desesperado golpeteo. Y la sensación de estar encajado en el cuerpo de Hendrik, de ser sometido a su voluntad, estaba creando un sentimiento vertiginoso y ardiente en su vientre.

Hundió sus dedos en la corta y rizada cabellera del hombre, presionando con las yemas en un gesto que indicaba quería, necesitaba, más. Hendrik tironeó de su labio inferior, ronroneando de placer ante el descaro de Alois.

La puerta que les proporcionaba intimidad sonó cuando alguien al otro lado de esta comenzó a golpear. Alois soltó un gemido ahogado y Hendrik simplemente ignoró la presencia invasora. Los golpes continuaron, sacándole a Hendrik un pesado gruñido de molestia. Terminó el beso y giró el rostro en dirección a la puerta.

—¡Váyanse! —gritó con voz demandante una sola vez antes de atacar nuevamente los rojos y abusados labios de Alois. Se empujó sobre su erección y rodó las caderas mientras chupaba de su lengua y le robaba la respiración

—Emperador. Llegaron los nuevos —dijo una voz temerosa al otro lado de la puerta.

Alois sintió la pérdida cuando Hendrik se apartó de golpe y lo dejó con los pies sobre el suelo, limpiándose la comisura de sus labios y volteándose para salir del camerino. Abrió la puerta mientras Alois entre respiraciones agitadas se desmoronaba, aferrándose como podía a la pared y con la vista desenfocada.

El beso había terminado, pero el fantasma de los dientes de Hendrik le seguía quemando los labios.

—¿Ya están aquí? —preguntó Hendrik.

—Sí, el bus ya se estacionó, pero aún no bajan.

—De acuerdo. Vamos.

Hendrik no volteó a verlo y simplemente salió del lugar, dejando a Alois hecho un desastre y en una confidente soledad, con una horrible erección en su entrepierna y demasiado confundido. Alois se llevó una temblorosa mano al pecho y exhaló una enorme cantidad de aire, con los ojos fijos en el techo y sus pensamientos disparados en distintas direcciones.

¡Lo había disfrutado!

¿Cómo podía estar tan jodido para disfrutar un beso con un convicto, criminal y despiadado

hombre?

Sacudió su cabeza. No era su culpa, era culpa de Hendrik por lucir así, por besar así y por... por ser Hendrik.

Salió del camerino, con la mirada al suelo y observando por el rabillo del ojo a uno que otro criminal ejercitándose. Que desperdicio pensó, tan buenos cuerpos y todos perteneciente a personas podridas.

En el patio advirtió a Nevin, quien miraba el cielo fingiendo ignorar al exquisito semental que a su lado le susurraba cosas al oído. Alois casi sonrió al verlos, honestamente feliz por el rubio que no había dudado en quejarse de las actitudes desleales de Zev; y al parecer a este ya se le había pasado el gusto por el antiguo puto de Hendrik.

Nevin se percató de Alois mientras él caminaba perezoso hacia ellos, saltó de la mesa y fue por él para tomarlo de la muñeca.

—¡Hey, ven aquí! se demoraron poco. *Wow*, nuevo récord para Hendrik ¿O te dejó sin acabar? —preguntó Nevin levantando las cejas sugerentemente.

—*Uh. Uhm*. Es precoz. —Dulce venganza.

Zev y Nevin parpadearon sorprendidos. Alois no pudo evitar sonreír amplio y brillante.

—Bien, como sea —comentó el rubio con los ojos cerrados y negando con la cabeza, como si quisiera sacar una imagen mental de su cabeza—. ¿Aún quieres saber qué son los torneos? —le preguntó emocionado.

Alois asintió con un gesto de cabeza.

Sí, ahora más que nunca quería saber sobre el mundo de su dueño; maldito infeliz.

—¿Van a ir a la pasarela? —les preguntó Zev, mirándolos con el ceño fruncido.

Alois pudo detallar algunas características de la fisionomía del hombre. Como sus ojos miel, sus largas y gruesas pestañas, sus pómulos bien marcados y su rostro angular cubierto por una floja barba. Era levemente más alto que ellos y aun cuando no tenía la complexión de Hendrik, se veía increíblemente tonificado. Sí, estaba bueno el hijo de puta.

—¡Por supuesto! Quizá y encontramos algo nuevo y emocionante, carne fresca. —Nevin le guiñó un ojo a Alois y este pestañeó sin comprender.

Zev negó con la cabeza. Su ceño viéndose fruncido en desaprobación a las palabras del rubio.

—Por tu propio bienestar físico y emocional, bebé, espero que no encuentres carne fresca. —Le dio una nalgada, algo exagerada y que hizo a Nevin quejarse. Antes que el rubio pudiera quejarse, girando sobre sus talones, comenzó a alejarse.

—De acuerdo. —Alois le hizo una señal de *"Stop"* al rubio con la palma de su mano extendida—. Primero explícame, ¿qué mierda es eso de la pasarela y a que te refieres con carne fresca?

—Oh, Alois. Créeme, debes verlo con tus ojos. —Nevin le indicó que lo siguiera y comenzaron a caminar. A mitad de camino el rubio se volteó y lo señaló, inquisidor—. Lo de encontrar carne fresca es broma. Si Hendrik o Zev nos descubren coqueteando, puedes ir

despidiéndote de tu trasero.

—*Uhm…*

—No lo olvides. —Nevin se encogió de hombros y continuaron su trayecto.

Llegaron hasta un extremo del patio donde unas altas rejas metálicas cercaban el lugar. Varios hombres se amontonaban ahí, todos vitoreando y gritando cosas incomprensibles para el Alois. Logró visualizar a Hendrik y a su lado estaba Zev, ambos conversaban con un amago serio y discreto.

Frente a Alois se presentó una especie de pasillo cercado con las mismas rejas. Era largo y conducía al exterior, donde unos buses se encontraban estacionados. No fue difícil deducir que era la entrada trasera a North Collan.

—¿Esa es la pasarela? —preguntó apuntando el pasillo cercano. Nevin asintió, con ojos brillantes ante la expectativa—. ¿Y por qué todos están tan emocionados?

—Eso es porque... ¡Ahí vienen! —gritó y señaló los buses cuando sus puertas se abrían.

Alois volteó en dirección a los vehículos y sus ojos se abrieron con sorpresa al ver bajar a diversos reclusos. Todos esposados y con grilletes, encadenados en filas. Caminaban erguidos, algunos con miedo y otros con un semblante soberbio y atemorizante.

—Mira a ese, mira al de pelo largo. —Alois miró a donde el dedo de Nevin apuntaba. Un hombre alto y de duras facciones orientales, piel blanca y con una complexión física envidiable.

Los hombres comenzaron a caminar por el pasillo, escuchando las risillas y palabrotas de los convictos internos. Alois analizó a varios de los hombres, algunos de ellos lucían bestiales y atemorizantes, otros parecían pobres diablos y uno que otro lucía normal.

—¿Quiénes son y porque les hacen este carnaval? —le preguntó a Nevin. Realmente se confundía más con cada segundo que pasaba en ese lugar.

—Son los contrincantes que han traído para los peleadores de North Collan, Alois. Son los oponentes de Hendrik.

Los ojos de Nevin brillaron y Alois giró su rostro en busca de su dueño. La mirada desquiciada y demente de Hendrik lo hizo estremecerse. El emperador de aquella penitenciaría miraba a los nuevos reclusos como un asesino mira a sus víctimas antes de cometer el crimen.

Tan absorto se encontraba viendo a Hendrik que no advirtió como uno de los nuevos reclusos se detenía a su lado, quedando separados solamente por la reja metálica.

—Mierda —susurró Nevin tirando de Alois.

—¿Eh? ¿Qué? —Observó el rostro de su amigo y posteriormente a donde este veía. Tragó saliva con dificultad.

Un mastodonte de casi dos metros lo miraba fijo, relamiéndose la comisura de los labios y respirando como un toro. Alois quería apartar la mirada, pero estaba demasiado asustado para hacerlo. Por suerte no fue necesario que lo hiciera.

Un guardia empujó al enorme hombre y le gritó que no dejara de caminar. La bestia volteó para ver a Alois una última vez y continuó su camino por la pasarela.

—Creo que me hice pis —susurró Nevin con una voz particularmente aguda—. Gracias al

cielo que Hendrik es el dueño de tu trasero, Lulú.

El infantil, extraño y muy ridículo apodo hizo al médico salir de su espanto, olvidarse del incómodo momento y enfocarse en el contrario.

—Espera… ¿Qué? ¿Lulú?

—Sí, como… —agitó una mano con desdén— un diminutivo para Alois, pero más lindo. Y no te atrevas a decir algo, perra. Aún no tienes derechos aquí.

Alois rodó los ojos y negó con la cabeza.

¿Qué más daba? Ya le habían puesto mil sobrenombres en ese lugar y Lulú era sin lugar a duda el menos nocivo.

"Corderito coqueto".

Sus mejillas se encendieron y rápidamente apartó ese pensamiento de su cabeza. Al parecer la locura de Hendrik era contagiosa.

◆ ◆ ◆

Alois había visto incontables películas de prisión en su vida, así mismo leído cómics, novelas y cuando estaba en el hospital, entregado su atención a algunas noticias en los canales de televisión, pero nada se comparaba a vivirlo en carne propia. Los días pasaban como un tiempo muerto y él comenzaba a comprender el sistema jerárquico del infierno en el que estaba sumido.

No era difícil, su papel consistía en obedecer a la bestia indómita de su dueño, a ceder sus labios cada vez que Hendrik entraba en la celda y, con manos precipitadas e ignorantes en lo que a caricias delicadas respectaba, lo agarraba con apremio para congregar su boca sobre la de Alois en un beso de fuego calcinante.

No hablaban mucho, Hendrik no parecía abrir la boca más que para dar órdenes y Alois tampoco intentaba afianzar el extraño vínculo que ambos compartían. Sin embargo, Hendrik no necesitaba palabras ya que con besos y mordidas, con dientes chocando, con lenguas enredándose cada vez con más intensidad, más conocedoras de la boca contraria; comenzaba a desarmar lentamente a Alois.

No hablaban mucho, pero se besaban demasiado.

Ese extraño emperador que funcionaba como un robot militarizado, uno que Alois veía entrenar hasta el agotamiento día tras día. Hendrik no sonreía, no parecía tener mayores emociones que las mostradas en contadas ocasiones cuando se imponía ante los reclusos, subyugándolos con sus propios puños.

A él, por su parte, se le indicó su labor en la prisión. Debido a sus conocimientos médicos ayudaría en enfermería. Decir que se sintió humillado era disminuir el impacto emocional que le provocó pasar de un importante pediatra a ser ayudante de enfermería. Beneficiosamente y para su fortuna, el ambiente en ese lugar no era tan horrible, y tanto los enfermeros como los médicos de turno resultaron ser agradables con él. Cuando Alois les contó el motivo de su condena en prisión, sintieron verdadera lástima por él. No le molestó, él también sentía lástima por sí mismo.

Ayudó cuanto pudo, medicinando y limpiando las heridas de los pobres diablos que llegaban a la estancia médica. Se ganó unas cuantas palabras de gratitud y unas cuantas ofertas

para tener sexo que declinó amablemente diciendo que Hendrik no lo compartía. Comenzaba a gustarle eso de usar a Hendrik como escudo, era simple, solo debía decir su nombre y todos temblaban. Seguramente que su dueño ya hubiese matado a un individuo por ponerle las manos encima tenía algo que ver.

Y tras haber pensado en ello, dedicado horas de aburrimiento a sus propios pensamientos buscando una excusa, algo, que lo ayudase a justificar la razón por la que cada beso de Hendrik le era más deseable y cada una de sus barbaridades menos horripilantes, llegó a la conclusión de que quizá el impacto emocional de haber visto al rapado caer ante sus propios ojos y a manos de su dueño habría sido mayor de no haber pasado años en el hospital, viendo a hombres y niños morir todos los días.

—Bien, Alois. Has terminado por hoy, muchas gracias hombre. —El médico de turno le estrechó una mano.

—Nos has ayudado un montón.

—Gracias a ustedes, ha sido un placer estar aquí. ¿Debo volver mañana?

—Por favor, sí —le respondió un enfermero con las palmas juntas en una súplica. No era exagerar y es que la cantidad de reclusos que se atendían al día sobrepasaba sus capacidades.

—De acuerdo, volveré mañana entonces.

Se despidió de todos, incluso de unos cuantos reos que quedaron hospitalizados y caminó con una extraña calma hasta su celda. A diferencia del desayuno y el almuerzo, la cena era servida en las mazmorras, no los encerraban y les permitían entrar y salir a gusto. Quizá era una forma de quitarle trabajo a quienes limpiaban los deplorables comedores comunitarios.

Al llegar vio su comida y la de Hendrik.

¿Debería esperarlo? Realmente no sabía cómo debía comportarse en esa extraña relación de dueño y esclavo que el militar había impuesto, pero si comenzaba a pensar en las veces anteriores, Alois tendía a esperar por él para cenar y jamás tenía el resultado esperado.

Se sentó en su cama y miró sus pies, apoyando sus codos sobre sus rodillas y acunando su rostro con las palmas de las manos. Hendrik llegó en ese instante.

—No has comido —afirmó, mirando las dos bandejas sobre el escueto escritorio.

Alois negó con la cabeza.

—Pensé que debía esperarte. —Se rascó la nuca al sentirse nervioso. Encontrándose extrañamente avergonzado de sus palabras—. *Uhm*… Ya sabes. Como las otras veces.

—Hm. —Hendrik no dijo nada más. Tomó su bandeja de comida y salió de la celda.

Alois se sintió ridículo e ingenuo una vez más.

No podían culparlo, venía del mundo exterior donde las personas socializaban con normalidad. No era su culpa actuar así, era culpa de Hendrik, era culpa del sistema judicial, de su exnovio, del puto enfermero.

Bufó molesto consigo mismo y tomó la bandeja para comer en solitario. Debería preguntarle a Nevin dónde estaba su celda y así hacerle compañía, ya que al parecer el día en que cenara con Hendrik no estaba cercano.

Al finalizar su comida y con un sabor amargo en la boca, se recostó en el colchón para pasar el resto de la noche mirando el techo del camastro. Entrelazó los dedos sobre su vientre y se cruzó de piernas, pensando cosas vagas y que de ninguna forma admitiría jamás, por ejemplo, ¿qué pensaría Hendrik de sus besos? ¿Por qué razón siempre se detenía a la mitad? ¿Por qué lo miraba con esa mezcla de frustración y deseo que contradecía por completo su forma de ser con Alois?

Suspiró, encontrando una sola respuesta a todo eso: Debía dejar de pensar estupideces.

A los pocos minutos de su elocuente conclusión, un gendarme pasó a retirar la bandeja de su celda. Alois se bajó de la cama y se la entregó agradeciéndole con los suaves modales que lo caracterizaban.

—¿Te quedas o sales? —le preguntó el hombre tras guardar la bandeja y Alois no supo a qué se refería, algo que al parecer se demostró en su expresión—. El torneo. ¿Irás a verlo o cierro la puerta?

—¡Voy! —se apresuró a decir.

Llevaba días con la intriga sobre los torneos, naturalmente no perdería la oportunidad de finalmente asistir a uno.

El hombre salió de la celda acompañado de Alois, quien vio cómo toda la multitud de convictos caminaba en la misma dirección. Animó a sus pies para seguir la corriente y de un momento a otro se vio bajando unas enormes y oxidadas escaleras. Visualizó a Nevin y a uno de los chicos que había conocido su primer día por lo que, entre empujones e insultantes agarres, se apuró a llegar a ellos.

—¡Hey! ¿Dónde estamos? —preguntó cuándo alcanzó al rubio.

—¡Alois! Pensé que no vendrías. Ven conmigo, tenemos que buscar un buen lugar. —Nevin lo tomó del brazo y siguieron bajando la enorme escalinata.

El aire era húmedo y frío, el aroma del moho realmente desagradable y Alois se comenzaba a arrepentir de haber ido. Escuchaba vociferaciones, gritos y el sonido de cuerpos chocando contra metal. Se confesaba con miedo, sin embargo, la curiosidad era su peor enemiga esa noche.

Llegaron a una espaciosa habitación donde cientos de cuerpos se constreñían arrimados. El olor a sudor, a mugre y dióxido de carbono hacía que el ambiente se sintiera pesado, casi insoportable.

Alois estrechó los ojos, siendo llevado por Nevin hasta una zona levemente apartada donde se encontraba Zev y otros hombres.

Tras Zev y siendo respaldados por gendarmes armados, había opulentos hombres en traje, sentados en toscos sofás. Con vasos de licor en sus manos y sonriendo arrogantes mientras conversaban.

—¿Quiénes son? —le preguntó en un susurró a Nevin. Esos hombres obviamente no eran convictos.

Nevin los miró de reojo y se acercó a una oreja de Alois.

—Son quienes organizan estos torneos. La mafia de los bajos mundos, Lulú. Mira... ¿Ves al viejo de traje gris? —Alois asintió—. Se llama Nicholas, es el mecenas de Hendrik.

En ese instante Alois no podía salir de su estupor. ¿Cómo podían permitirse tales actividades en los recintos penitenciarios?

—Los tipos que viste desfilar por la pasarela son peleadores de los mafiosos que se encuentran junto a Nicholas. Se corren grandes apuestas, cientos de miles de dólares Lulú. Zev también pelea, es el peleador de Reynolds, pero está en un viaje y le dijo a Zev que no participara hasta su regreso.

—¿Por qué lo hacen? —fue lo único que quiso saber.

—¿Pelear? —Nevin se apartó, mirando a Alois con seriedad y la tristeza dejándose reflejar en sus ojos celestes—. Para sobrevivir.

—¡Bienvenidos sean esta noche! —La fuerte voz de un hombre que se encontraba sobre el ring los hizo voltear el rostro. Vestía un traje de dos piezas y sostenía un micrófono en la mano. Todos aclamaron, aplaudiendo y rugiendo como bestias. La adrenalina brotaba de cada uno de los presentes. Estaban frenéticos, expectantes por la pelea a realizarse—. ¡Esta noche North Collan llenará sus paredes de sangre!

Alois sintió náuseas y quiso vomitar.

Incluso Nevin saltaba, gritando como un animal privado de toda sensatez.

—Joder —susurró.

—¡Los mejores peleadores se enfrentarán con nuestro campeón! Traídos de todo el mundo, profesionales en el combate... ¡Sedientos de dolor! —Los mafiosos se colocaron de pie, aplaudiendo con sorna y palmeándose las espaldas entre ellos. Con sus bocas adornadas con puros y sonrisas macabras—. ¡Esto es Underground!

Los ojos de Alois, perdidos y aturdidos por el barullo, por las sensaciones mezcladas que lo embargaban, se pasearon por todo el lugar. Quería salir de ahí. Su vocación, la pasión de su vida, era salvar vidas, no verlas destruirse para diversión de unos pocos.

Un ruido tronó en sus oídos y volvió los ojos al ring. Magnetizado al hombre que se había subido en la tarima, rugiendo como un león y girándose como un cristo redentor en dirección al público. Su dueño.

—Con ustedes, nuestro campeón invicto, el emperador de North Collan. La pesadilla del diablo, ¡Hendrik Stone!

El cuerpo de Alois se rindió ante los empujones, encontrándose estremecido por lo que veía, aterrado en el conocimiento de que se encontraba encadenado a ese hombre, a esos despiadados ojos verdes y esa boca que lo hizo encontrar el paraíso y soltar suspiros de placer incontables veces, en cada beso compartido.

Crispó los dedos de una mano sobre su suéter justo a la altura de su corazón, rogándole porque no se arrancara de su pecho.

—Y directamente desde Alemania... Excampeón de boxeo y lucha libre. Dispuesto a todo para arrebatarle el título a nuestro emperador... ¡El lobo!

Los abucheos y aplausos se mezclaban caóticamente. Alois quiso tapar sus pobres oídos para no escuchar aquella algarabía ensordecedora.

El presentador explicó las normas que poco tenían de normas, era un “todo vale” donde el campeón era quien sobrevivía. Los peleadores se colocaron protectores bucales y sin quitarse la vista de encima comenzaron a calentar.

Zev vociferaba a Hendrik, animándolo con palabras cruentas a que ganase. Nevin solamente gritaba que dejaría al campeón follárselo, o eso gritó antes de que Zev se volteara y lo asesinara con la mirada.

Una especie de réferi apareció en el ring, colocándose entre ambos hombres y haciendo el conteo. Cuando sonó la campana Alois perdió la noción de lo que aparecía frente a sus ojos. Todo se veía en cámara lenta.

Hendrik se movía como una pantera y atacaba como un tigre. Sus puños destrozaban al contrincante en cada golpe, haciéndole crujir los huesos del cuerpo. Esquivaba golpes con relativa facilidad y conectaba gancho tras gancho en la mandíbula del contrario. Sus piernas lanzaban patadas firmes en el diafragma del alemán, haciéndolo retorcerse una y otra vez mientras intentaba esquivarlo.

No había un maldito punto de comparación. El alemán no tenía oportunidad contra Hendrik, probablemente nadie ahí lo hacía.

Alois observaba desde su lugar en silencio, sin moverse siquiera. Abrumado y con toda la musculatura de su cuerpo contraída.

Vio a Hendrik tumbar al hombre al suelo, aplicarle una llave de lucha y posteriormente comenzar a golpearlo sin clemencia en todo el rostro. Quería gritarle que se detuviera, que ya había ganado y que si seguía haciendo eso lo mataría. No pudo decir palabra alguna, había perdido su voz. No quería estar ahí.

Se dio media vuelta y, haciéndose más pequeño conforme caminaba, se forjó un lugar entre el mar de gente. Logró llegar a las escaleras y le pidió permiso a un gendarme para retirarse.

No sabía si fue por piedad, pero el hombre no le denegó la salida. Lo escoltó hasta su celda donde Alois al verse a solas, se lanzó sobre el inodoro y vació su estómago por la boca.

Sintió el ácido quemarle la garganta y sus manos temblar mientras se abrazaba a la taza de baño. El pestilente aroma le producía más arcadas y pensó que moriría ahogado. Se sentía enfermo por haberse dejado seducir por ese monstruo que disfrutaba con el dolor ajeno. ¿Cómo pudo caer tan bajo para haber disfrutado del contacto de sus bocas?

Finalmente pudo separarse del inodoro. Enjuagó incontables veces su boca con agua y luego de unos cuantos minutos con la vista perdida en el lavamanos, se lavó los dientes.

El vacío en su estómago le sentaba mal, era doloroso.

Sacó unas cuantas mantas de la cama de Hendrik y se envolvió en ellas, acurrucándose en su cama y permitiendo en la confidencia de su celda que unas cuantas lágrimas escaparan de sus ojos y le humedecieran las mejillas.

El recuerdo de Hendrik no lo abandonaba. La sonrisa bélica en su rostro al destruir a su oponente, la forma en que al parecer disfrutaba los gritos de dolor del alemán. ¿Cómo podía haber alguien tan cruel? ¿Cómo podía ese hombre ser su dueño?

Cerró los ojos, obligándose a calmar su respiración y los pequeños hipidos que escapaban

de sus labios juntos. Estaba agotado, solo unos días en prisión y sentía que no sobreviviría más tiempo.

—Quizá eso no sería tan malo —murmuró en un susurro melancólico, suplicando entre pensamientos desesperados por hundirse en un sueño eterno y no despertar jamás.

◆ ◆ ◆

Sintió su hombro ser sacudido con brusquedad y por el instinto, o temor, adquirido en prisión, Alois abrió los ojos con rapidez, acostumbrándose a la poca luz que le proporcionaba a la celda esa infeliz bombilla.

Hendrik estaba inclinado en dirección a él, con una cortadura decorándole la mejilla y notoriamente molesto. No, estaba furioso.

—Dejaste la pelea —le reprochó. Alois encontrándose aún medio adormilado asintió. Se restregó los ojos con los nudillos y enderezó su cuerpo, sentándose en el duro colchón—. ¿Por qué? —demandó saber.

Hendrik se apartó de la cama, cruzándose de brazos a la espera de una respuesta.

Alois tragó, reparando en el aspecto salvaje que cargaba el emperador en ese instante. Aún llevaba las vendas maltrechas sobre sus manos y lo único que lo cubría de una obscena desnudez era el pantalón de combate que había usado arriba del ring y que se amarraba a sus caderas por debajo de un par de tatuajes.

—No sabía que era mi obligación estar ahí —se defendió. Su voz salió bajita y temerosa.

Volteó el rostro para quitarle la mirada. Hendrik estaba completamente sucio, con la sangre seca que se pegaba a su piel y el aroma pestilente del Underground permaneciendo en él.

De un brazo arrastró a Alois fuera de la cama, las piernas de él flaquearon y tuvo que sostenerse del desnudo pecho de Hendrik para no caer al suelo.

—¿No lo sabías? —Lo tomó del mentón, presionando su dedo pulgar sobre la tierna piel de Alois por debajo de su labio inferior—. ¿Aún no sabías que tu obligación es estar donde yo estoy? ¡Caminar por donde yo camino, maldito puto!

Alois bajó la mirada y con los dientes atrapó su labio inferior para evitar que temblara. Sí, lo sabía. No había que ser un genio para saber que como el juguete de Hendrik debía seguirlo como un perrito adiestrado sigue a su amo.

—No podía —se sinceró—. No pude permanecer ahí, l-lo siento.

Se encogió de hombros sin querer buscar una excusa. Sí Hendrik iba a golpearlo por eso, pues que lo hiciera.

—¡Gané para ti! —exclamó entonces el emperador, buscando su mirada y sin dejar de sostener su rostro.

Alois negó, sintiéndose sobrepasado por las perversas emociones que parecían querer apoderarse de él, de sus palabras y acciones.

—¡No quiero eso! —se sinceró—. No quiero ver peleas, hombres… Personas quitándose la vida como perros de pelea. ¡No puedo quedarme ahí aun si me lo ordenas!

—No puedes... —coreó.

—¡Trata de entenderme!

—¿Entenderte? ¡Me jodiste, como un perro traicionero de mierda, que busca comprensión después de morder a quien le lleva la maldita comida! —Lo soltó de improvisto, quedando con su mano libre parar empujar hacia atrás los rizos que se formaban sobre su frente—. Y todos lo vieron… demonios. Eso querías, ¿verdad?

—¡No! No es así —insistió, intentando sostenerlo por el antebrazo.

Hendrik tomó su muñeca y lo forzó a apartar la mano.

—¿No? ¡¿Y cómo es entonces?! ¡Dime qué buscabas porque no entiendo una mierda de lo que haces! —Alois dejó escapar un quejido ante la presión en su muñeca—. ¡Mírame! —le ordenó, causando que el contrario levantara la mirada, aterrado de encontrarse con esa sonrisa macabra que había usado Hendrik frente a su oponente.

No vio eso. Vio furia, despecho y amargura. Una amalgama de sentimientos desastrosos y melancólicos pintados en las injustamente hermosas facciones de su dueño. ¿Por qué se veía tan traicionado?

Separó los labios y sintió como el inferior le temblaba. Hizo su mejor esfuerzo y con sus tristes ojos de Bambi le mantuvo la mirada a Hendrik durante un par de segundos, sin saber qué responder.

—Tenía miedo —confesó una vez más.

Hendrik pareció ser golpeado directo en el abdomen.

—¿Miedo?

—De ti...

—Miedo de mí... —bufó, recorriéndolo con la mirada e intentando leer en Alois algo incomprensible—. ¿He hecho algo para que me temas, Alois? Llevas días aquí y tu trasero ha permanecido intacto, cuidadito de cualquier cerdo que intente poner sus manos en él. —Con su brazo extendido apuntó hacia la puerta de la celda—. Nadie te ha molestado, has estado protegido gracias a mí... ¿Y dices que me tienes miedo? —La voz de Hendrik era tranquila y rasposa, lo suficientemente lenta para apreciarse calculada—. He sido un imbécil que ni siquiera cena en su puta celda para que te sientas cómodo, y es así como me pagas.

—No, no. No es así, por favor… No me estás escuchando.

—Sí te escucho. Escucho que eres un cabrón malagradecido. Un perro rastrero que necesita aprender a no morder la mano de quien le da de comer.

—No, Hendrik… —Gritó de dolor cuando una enorme mano de Hendrik tiró de sus cabellos, haciéndolo exponer su cuello.

—Voy a darte motivos para que me tengas miedo, Alois.

—Eres un imbécil —sollozó, con ojos y mejillas empapados en lágrimas. Intentando apartarse de Hendrik con las manos.

Quería explicarse, pero sabía que poco importaría lo que dijera.

Hendrik chasqueó con la lengua, de un empujón lo hizo caer a la cama y golpearse la cabeza contra la pared. Alois se encogió en su lugar, retrocediendo con los pies contra el colchón y haciéndose un ovillo mientras observaba aterrado como el hombre comenzaba a sacarse las vendas de las manos, mirándolo desde arriba.

Quizá así era mejor. Si abusaba de él, entonces no sentiría lo que sintió cada vez que se besaban. No habría riesgo de que pudiera caer por ese demente. Si Hendrik lo destruía, estaría a salvo.

A salvo de su propio y rebelde corazón. Ese que no escuchaba razones, que se aceleraba aun cuando Alois le exigiera que no lo hiciera. Porque algo de cordura quedaba en él, esa pizca de sensatez que le decía que no debía sentir absolutamente nada por Hendrik, que no lo valía.

Hendrik se subió a la cama y tiró de Alois, volteándolo con sus manos y bajándole el pantalón. El menudo chico mantenía su boca firmemente cerrada, sus dedos se crispaban entre las mantas y sus ojos miraban una descascarada pared de concreto.

No iba a suplicar, por el contrario, iba a dejar que Hendrik hiciera lo que quisiera. Que su dueño disfrutara de tales menesteres a su antojo. Hasta que se aburriera de él y lo lanzara como a otro más. Así su conciencia prevalecería, limpia y ajena a ese caprichoso sentimiento que amenazaba con formarse.

Hendrik tenía los ojos fijos en Alois. Sus pupilas dilatadas y sus dedos hundidos en las tiernas caderas del chico, quien no se movía. No había diferencia alguna con follarse a un cadáver.

—¿Y quieres que te folle así? ¿Cómo a un puto muerto? —inquirió. Alois no replicó, no se movió y aparentemente eso lo irritó. Tiró nuevamente del cabello de Alois e, inclinándose hacia adelante, llegó hasta el oído de él—. ¿Qué pasa? ¿Ya no te interesa que sea placentero para ambos?

—N-no —susurró con voz rota y un sollozo contenido—. Haz lo que quieras.

—Siempre dices la misma mierda —resopló con una irritación tomando su entrecejo. Soltó a Alois de improviso y tomó una de sus manos—. Y el que se jode al final soy yo.

Mordió su muñeca y chupó la pálida piel hasta que en esta se apreció un rojizo cardenal.

Alois hipó, apretando los labios con fuerza y no queriendo observar a la bestia que deslizaba su mano por debajo del borde su pantalón.

Sintió como Hendrik se llevaba dos sus dedos a la boca y los succionaba obscenamente, rodeándolos con su lengua y empapándolos con su saliva.

Usó su mano libre para cubrirse la boca y atrapar ahí cualquier traicionero gemido.

—Hm. —Una sonrisa cavó en la esquina de la boca de Hendrik y Alois maldijo cada uno de sus muertos. Mordió las puntas de sus dedos y los liberó para, con ambas manos, tirar del pantalón de Alois y hacerlo voltear, dejando al chico y a su desnudez frente a él. Alois giró la cabeza y se abrió de piernas, resignado a ser tomado por Hendrik de aquella humillante forma—. ¿No tenías miedo de mí? Que mal lo demuestras. Abriéndote de piernas como una perra en celo.

Se acomodó entre las piernas del contrario y, tomándolo del tobillo, levantó su pierna y la acomodó sobre su hombro. Alois arqueó la espalda contra su propia voluntad cuando Hendrik

succionó un tramo de piel de su muslo interno.

—Admite que lo quieres —demandó mientras descubría su propio sexo.

Alois negó.

—Solo hazlo. —Tragó un hipido—. ¿Qué te importa lo que yo quiera? —le respondió sin encontrar sus miradas. Reprochándose a sí mismo por no permanecer en silencio—. No soy nada para ti, ¿verdad? Vamos, demuéstramelo para que pueda odiarte.

Hendrik frunció el ceño y resopló nuevamente. Todo rastro de burla había desaparecido de su rostro.

—Estás hablando estupideces.

Alois volvió a negar y revelándose contra sus propios deseos, giró el rostro para encontrarse con los verdes ojos de Hendrik.

—¿Por qué no lo haces de una vez? Solo métela y elimina cualquier posibilidad de que termines gustándome.

El desconcierto en el exmilitar fue advertible y tan abierto que Alois se sintió repentinamente en ventaja.

—¿Qué?

—Tengo miedo de ti Hendrik... Porque eres un enfermo, un desquiciado que disfruta haciendo sufrir a las personas y aun así, besarte se siente como tocar la puta gloria.

Sí, nada tenía sentido y por lo visto las palabras de Alois no estaban de acuerdo con lo que pensaba, pero considerando que en su vida había estado en la cárcel, que el desquiciado emperador de esta lo había reclamado como su propiedad y que mencionado sujeto, que era absurdamente caliente y atractivo para los estándares más altos, se las había arreglado para meterse bajo su piel y hacerlo desear todo aquello que no debía, para encenderlo en cada beso e incluso joderlo en incontables ocasiones, dejándolo excitado y queriendo más; estaba justificado.

Hendrik tomó el rostro de Alois y se inclinó a él.

—¿Alguien te drogó?

La expresión desorientada de Hendrik le demostraba que su confesión estaba completamente fuera de lugar. Alois tragó y negó con la cabeza.

—Eh, no. Creo que... no. No lo sé. ¿Cómo se siente cuando te drogan?

Hendrik enarcó ambas cejas y con un perezoso parpadeo recorrió a Alois con la mirada.

—Pues... ¿Qué ves?

—A ti.

—Ya…

El convicto asintió y lentamente comenzó a apartarse. Bajó la pierna de Alois de su hombro y se acomodó la erección dentro de la ropa, robando indiscretas y confundidas miradas a Alois.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Dijiste algo raro.

Alois agradeció mentalmente cuando Hendrik salió de la cama. El aroma que mantenía el hombre prácticamente le daba nauseas. ¿Podría pedirle que se bañara?

—¿Qu-? ¿Qué dije?

—¿Acabas de decir que te gusto? —escudriñó con el entrecejo arrugado y una acusación firme. Se inclinó nuevamente en dirección al camastro doble y apoyó ambas manos en el lateral de este.

Las mejillas de Alois se amoscaron en un tentador y acusador rojo.

—No. —Sacudió su cabeza en negación incontables veces y se echó hacia atrás. Necesitaba que Hendrik tomara distancia o el demente podría escuchar las feroces pulsaciones de su corazón.

—Sí. Dijiste que mis besos te saben a puta gloria.

Lo dijo, pero debía dejar constancia de que no era su culpa. Alois no era la persona más racional del mundo. Si lo fuera no estaría en esa situación en ese preciso instante, ni siquiera estaría en prisión. Lamentablemente a veces su boca trabajaba demasiado rápido. Y no en el buen sentido.

—No. No... Yo no…

Hendrik lo tomó de la barbilla, relamiéndose una esquina de su labio inferior donde una pequeña cortada reciente se dejaba ver como una medalla de combate.

—¿Me estás diciendo mentiroso?

—Uh. ¿No? Pero yo no, es decir… Sí dije, pero... —Mierda.

Hendrik entrecerró los ojos y ambos permanecieron en silencio unos agonizantes e incómodos segundos. Finalmente el hombre soltó su barbilla. Miró a Alois por sobre el hombro y chasqueó con la lengua.

—Zorro astuto —gruñó antes de salir de la celda.

Alois se cubrió la boca con ambas manos, exhalando una profunda bocanada de aire y colocándose de pie. Se asomó a la entrada de la celda y vio la dominante espalda de Hendrik alejarse con cada paso que daba.

Demonios, eso había estado cerca... Y nuevamente Hendrik no lo había tomado. Lo cual era muy bueno y, a su vez, ponía en jaque su muy elaborado plan. ¿Por qué Hendrik no podía ser un criminal normal? De esos abusivos y malditos, feos, sucios y con cicatrices en la cara. ¡Como en las películas! Así Alois podría odiarlo.

Arrugó la nariz y volviendo a la cama se tiró de espalda, quejándose por la dura consistencia de lo que se suponía, era un colchón.

Bien, al menos ya había sobrevivido veinticuatro horas más. Solo le quedaban cuatro años y más de trescientos días en North Collan.

CAPÍTULO IV

Increíblemente, ese día se cumplían tres semanas desde su llegada a prisión y no, no estaba bien. Sentía que se quebraría en cualquier momento. Nevin le decía que debía dejar de preocuparse de lo que ocurría a su alrededor y enfocarse en mantener su propio pellejo a salvo. Alois lo intentaba, pero era su vocación el ayudar a las personas, y tener que ignorar los constantes abusos cometidos en aquella penitenciaría estaba consumiéndole el alma.

Hendrik prácticamente lo ignoraba. Eso era bastante bueno, o quizá no tanto... Al menos había dejado de perseguirlo como un animal hambriento.

El hombre de salvajes ojos verdes se la pasaba entrenando, Alois lo sabía porque en las mañanas lo veía a escondidas mientras fingía dormir, y en las noches Hendrik llegaba oliendo a sudor y con una expresión cansada. Estuvo a punto de felicitarlo por encontrar una manera sana para descargar su testosterona; por amor a su propia vida no lo hizo.

Ya había comenzado a comprender algunas cosas de prisión que Nevin le iba explicando conforme los días pasaban. Como el hecho de que las peleas eran casi siempre semanales y que, al ser invicto, Hendrik tenía bastantes privilegios en la prisión. Alois quiso mofarse, pero la realidad le pegó duro cuando comprobó que Nevin no mentía. Hendrik tenía acceso a licores, cigarrillos y productos de limpieza que Alois daría un ojo por obtener. Comía carne y pan fresco todos los días. Bebía café y tenía ropas limpias y nuevas que le eran suministradas por su mecenas.

Hendrik era quien ponía orden y controlaba los conflictos de los bandos internos, y como odiaba las drogas, Zev era el encargado de vigilar y mantener a raya su tráfico. Nevin le contó cómo el emperador en un arrebato eliminó a toda una cuadrilla de nazis, los molió a golpes y después quemó con fuego la piel donde lucían orgullosamente sus tatuajes con la simbología Nazi. Desde esa vez los nazis ya no buscaban pelea con los latinos u hombres de color. Eso era bueno... el método, quizá, no muy ortodoxo.

Sin embargo, ese era su dueño y lentamente Alois se hacía a la idea de que le pertenecía al hombre. Los denominados “putos” de North Collan bromeaban al respecto. Y es que había que ser ciego para no ver que Hendrik era condenadamente caliente, Alois también lo sabía y eso le dificultaba un poco su plan de mantenerse a distancia del peleador.

Justo como en ese momento.

Hendrik lo observaba luciendo casi ofendido, caminando de un extremo de la celda al otro y negando con la cabeza. Alois estaba hecho un ovillo en la cama, enterrando su rostro en la almohada y su cuerpo retorciéndose de dolor.

—Creo que te estás muriendo —comentó Hendrik como explicación viable al padecimiento

de estómago que tenía Alois en ese momento.

—No, Hendrik. Solo me duele. —Suspiró, aferrándose a su vientre por el dolor. La cena de la noche anterior realmente le había caído mal. ¡Sabía que esa cosa que parecía puré estaba algo rara!

Y realmente hubiera agradecido al cielo que Hendrik no notara su malestar, pero le había sido imposible ocultarlo. Por lo que ahí estaban. Con Hendrik dando por desahuciado a Alois, quien solo quería un té caliente y reposar durante el día. Comer algo ligero y darle a su estómago algo de tranquilidad.

—No, no. Yo vi esto antes. Te estás muriendo, mamón.

Alois bufó y, con algo de dificultad, levantó la vista para protestar a Hendrik.

—Me duele la panza.

—Vale.

—Como... Hendrik, me siento mal.

—Hm. Ya. —Hendrik se repasó el cabello con los dedos de una mano—. ¿Seguro que no quieres cagar?

—¡No! —exclamó espantado ante la fácil vulgaridad con la que Hendrik se enfermaba. ¿Cómo ese animal no podía entender que, si Alois estaba enfermo, lo que necesitaba era descansar? — Es un dolor de estómago Hendrik. No cólicos intestinales.

—¡¿Y qué cojones voy a saber yo?! El médico aquí eres tú.

Alois desde su cansancio botó un suspiro y volvió a recostarse de costado, sosteniendo su afiebrado estómago.

—Solo quiero un té caliente y dormir. ¿Por favor?

—*Pff*. ¿Me viste cara de sirviente? —preguntó enarcando una ceja. Alois cerró los ojos, sintiéndose estúpido por haber pensado que Hendrik le demostraría un poco de empatía, de humanidad—. Además... esa cosa del té no sirve para nada. Es como pasto seco.

Hendrik hizo una expresión de desagrado y Alois quiso reírse. ¿Qué podía saber ese maldito criminal sobre cuidados médicos? Ya bastante le sorprendía que Hendrik supiera leer y escribir.

—¿Entonces qué recomiendas? —preguntó con cinismo. Uno que, para su fortuna, pasó desapercibido para Hendrik.

—Hm. Ya... A ver, estírate con la panza hacia arriba. —Alois pestañeó y con algo de recelo obedeció al contrario, quedando completamente estirado sobre la cama—. Veamos... ¿Cómo era? Bueno, es como…

El emperador se sentó al lado de Alois. Rascó su ceja izquierda, observando el estómago de este como alguien que está viviendo una verdadera encrucijada. Era casi divertido ver su expresión.

—¿Hendrik?

Finalmente Hendrik colocó una mano sobre el estómago del ojiazul, quien ahora tenía sus manos a los costados. Se aclaró la garganta y sí, Alois como que podía estar muriendo en ese

preciso instante.

Hendrik le estaba acariciando la panza.

Ya. Mierda.

—*Uhm*. ¿Qu-qué estás…?

—Shhh —siseó. Lucía concentrado. Sus ojos verdes fijos en el estómago de Alois, el cual estaba acariciando con movimientos circulares—. Levántate el suéter.

Alois pasó saliva y con un movimiento de cabeza accedió a la petición de su dueño, tomando los bordes de su suéter y levantándolo hasta la altura de sus costillas. Tuvo que cerrar los ojos cuando la áspera mano de Hendrik se posó sobre su piel. Y no era una caricia suave, era tosca y torpe; digna de un amateur.

Fueron solo unos cuantos minutos, con la palma de la mano de Hendrik aplanándose sobre su vientre en movimientos circulares. Alois mantuvo su labio inferior atrapado por el filo de los dientes y podía sentir un fuerte rubor apoderarse de sus mejillas; seguro tenía fiebre.

Quizá Hendrik tenía razón y estaba muriéndose.

—¡A las duchas, cretinos! —gritó una voz fuera de la celda de ambos. Hendrik gruñó y se colocó de pie de inmediato.

Su rostro estaba tenso y miraba a Alois de manera inescrutable, él tampoco estaba mejor. Hendrik lo había besado incontables veces, sin embargo, era la primera vez que realmente sentía que habían intimado.

—Gracias —susurró en un subtono fantasma que acompañaba la vergüenza que sentía.

Hendrik gruñó en respuesta y salió de la celda, dejando solo a un muy confundido Alois, quien ahora no solo tenía un dolor de estómago sino también el corazón acelerado.

Salió de su celda y pasó rápidamente por la unidad médica donde le dieron unas tabletas para el dolor. Gracias al cielo los retortijones disminuyeron y pudo dirigirse a las regaderas donde, por decisión propia y para evitar ponerse en riesgo innecesario, solamente se adentraba cuando lo hacía Hendrik. Al parecer a su dueño eso lo tenía complacido ya que Alois lo había pillado en más de una ocasión observándolo de reojo con un amago de sonrisa.

Vio a Hendrik, quien ya se encontraba bajo el agua, ojos cerrados y frotando sus perfectamente esculpidos músculos abdominales con una barra de jabón. Alois ignoró a unos hombres que se estaban morreando cerca de la gaveta que se había asignado a sí mismo y que estaba al lado de la de Hendrik. Comenzó a desvestirse rápidamente para poder bañarse con un poco de tranquilidad al saber que nadie intentaría nada con él mientras Hendrik estuviera ahí.

Su cuerpo se estremeció de frío cuando quedó desnudo y con pasos lentos caminó hasta el agua caliente, cerrando los ojos y arrugando el entrecejo al sentir como su cabello, el cual siempre había sido sedoso, ahora era áspero y seco.

Para cuando saliera iba a ser un estropajo, feo y marchito. Seguramente con el trasero abierto y una mentalidad enfermiza similar a la de esos criminales; estaba siendo optimista.

—Alois. —La ronca voz de Hendrik lo hizo salir de sus pensamientos de inmediato. Bajó las manos de su cabeza y las dejó caer a los costados de sus muslos. Hendrik le había hablado y

era imposible no percatarse de que casi todos guardaron silencio—. Ten. A ver si usando esto dejas de apestar a mofeta vieja.

Estiró las manos para recibir lo que Hendrik le ofrecía. Sus ojos parecieron prontos a salirse de sus cuencas oculares cuando vio que se trataba de una botella de champú.

¡No! No... No, no.

—Gracias, Hendrik.

¡Mierda! Estaba sonriendo. Y no, no quería sonreír, pero bueno, sí lo estaba haciendo.

Levantó la vista en dirección al fastuoso peleador. Con líneas de expresión cavadas en los costados de sus ojos y los pómulos en alto debido a la sonrisa que surcaba su rostro y no mostraba sus dientes. No podía evitarlo, quizá era algo estúpido por parte de su corazón el acelerarse de esa manera, pero Hendrik, su desquiciado dueño, estaba teniendo un gesto amable con él.

La manzana de adán del exmilitar bajó y subió, su ceño se frunció. Miró en dirección a los otros convictos y soltó un gruñido bajo.

—¡Salgan! —les demandó.

El médico agitó sus pestañas y retrocedió repentinamente asustado. ¿Había hecho o dicho algo mal?

Se aferró a su más preciada y nueva posesión, su botellita de champú, mientras los hombres se apresuraban a ejecutar la orden de su emperador. Alois no sabía si él también estaba incluido en el paquete, pero por si acaso, con la mirada en el suelo dio unos cuantos pasos para salir de la regadera y obedecer a Hendrik, no obstante, fue detenido por el tosco agarre del hombre.

—Tú no.

Mierda. Bien. Por alguna razón había firmado su sentencia de muerte. Genial, Alois.

Hendrik finalmente hacía algo bueno por él y la había jodido. ¿De qué forma? No tenía idea, quizá dar las gracias era una especie de insulto o algo; tendría que hablarlo con Nevin después. Si es que sobrevivía.

—Hendrik, yo… ¿Hice algo mal? —preguntó con el corazón en la mano. Atrapó con los dientes su labio inferior a la espera de una sentencia.

Hendrik comenzó a avanzar, haciendo a Alois retroceder hasta que estuvo nuevamente bajo la lluvia artificial.

—¿Tu panza?

—Uh. Es-está mejor. —Hendrik asintió.

—Voltéate —le exigió.

Alois pasó saliva con dificultad.

—Hendrik... si te molesté, lo siento. Yo no quería…

—Voltéate, Alois —repitió—. ¿O aún me tienes miedo?

Alois frunció los labios y obedeció. Dócil y sumiso como era su única alternativa. Su espalda se arqueó y un espasmo lo hizo brincar cuando sintió las duras y ásperas manos de

Hendrik presionándose en sus caderas con posesividad.

—Hendrik-

—Shhh —lo silenció—. Deja que este infeliz bastardo te disfrute un poco. —Alois gimió sin poder evitarlo—. ¿O no lo quieres? Tocar la puta gloria.

Asintió rindiéndose con facilidad, murmurando un *"sí, dios sí"* que se mezcló con rápidos e insensatos gemidos. ¡Que no era fácil controlarse en una situación así, maldición!

Sus piernas se sintieron trémulas y la botellita de champú, que tanto había llegado a amar en esos pocos segundos, rodó en el suelo mojado cuando Alois la soltó para apoyar las palmas de sus manos en la pared de baldosas. Temía caer al suelo de no sostenerse.

Hendrik rodó las caderas y tiró de Alois hacia él, hizo al más bajo sentir su despierta y dura hombría contra el pliegue de su trasero. Alois quiso gemir más alto, había visto el inmenso pene de Hendrik incontables veces y saber que tal magnánimo miembro estaba restregándose contra su trasero de una manera impúdica y obscena lo hizo temblar.

—Hendrik, *ngh*, a-aquí no. *¡Ah!* — Hendrik ronroneó en su oído y posteriormente le dio un lametón en la nuca. Frotándose afanosamente contra sus tiernos y redondos glúteos, apretando con ahínco y dejando huellas que tardarían días en desaparecer.

—¿No?

—Vamos, *haa*… vamos a nuestra celda —pidió, siendo un manojo de nervios susceptibles y alterados. Sentía la erección de Hendrik frotándose con insistencia contra él, al hombre respirar denso y caliente sobre su oído y su espalda rozar todo su empapado pecho y abdomen.

—Después —respondió tirando del filo de su oreja con los dientes.

—Nos… nos van a ver.

—No te verá nadie. Solo yo —Mordió su nuca—. Solo para mí.

El calor se expandió rápidamente por todo su cuerpo, pequeños hipidos y jadeos abochornados lo traicionaban a cada segundo. Su propia hombría se había erguido excitada y reclamaba atención. Una combustión incandescente se alojaba en su vientre y el pecho le dolía por la dificultad que tenía para respirar.

Dejó caer su cabeza hacía atrás, con absurdos pensamientos apareciendo en su cabeza. Quería ser besado, tanto. Y eso estaba mal. Mierda, todo estaba mal con él.

Maldito Hendrik que no lo besaba. No, no. Mejor que no lo besara.

Solo un beso… ¡No, Alois!

La mano de Hendrik se cerró en su garganta, ejerciendo la presión suficiente para poder arrancarle un jadeo necesitado de aire.

—Tócate. —le suspiró al oído.

Y Alois debería haber dicho que no, realmente debería hacerse de rogar, pero no. No en ese preciso instante, no cuando todo en él rogaba por más, cuando tenía una maldita erección porque su cuerpo simplemente se mandaba solo, ignorando las súplicas de su cabeza.

Llevó una mano hasta su adolorida erección y la apretó en la punta, soltando un placentero

gemido pintado de notas dulces y desesperadas. Hendrik comenzó a esparcir obstinados besos en su nuca y hombros, levantando y apretando el trasero de Alois mientras se impulsaba con los talones para darle más intensidad a la fricción de su erecto y grueso pene.

—*Mmm, ngh* — tarareó con el agua bajando desde su cabello y empapándole el rostro. Bombeaba con su mano apretada, dejándose seducir por el hombre que se encontraba tras él. El vapor del agua alteraba sus sentidos, el contacto con la fibrosa piel de Hendrik lo hacía retorcerse como un puto virgen en los juegos previos antes de perder la virginidad. Su pene comenzó a gotear aquel transparente y viscoso líquido preseminal. No aguantaría mucho.

—¿Te gusta esto, ¿no? —Alois tarareó en respuesta—. Sé que te gusta. Porque gimes. Mierda, gimes tan dulce, corderito.

—D-Dios, sí.

—¿Quieres que te folle, Alois? ¿Qué te tome tan duro hasta que no puedas sentir las piernas? —Presionó la punta de su dedo pulgar en la zona del perineo del chico en sus brazos.

Alois cimbró su espalda y comenzó a masturbarse más rápido, a anhelar más besos en sus hombros y cuello.

—Q-quiero, *ah*… —Jadeó, botando todo el aire de sus pulmones.

—¿Qué quieres?

—Beso.

—¿Gimes por un beso? Putito fácil.

Hendrik y su lenguaje obsceno lo llevaron al borde. Hipó el nombre de su dueño, tensándose por completo antes de que el calor descendiera por su cuerpo, alojándose en el sur y llevándolo a un delicioso y febril orgasmo.

Se corrió, con el vientre apretado, burbujeándole, y la respiración apenas saliendo de su sonrojada nariz. Sintiendo que en cualquier momento caería al suelo.

—¿Por qué no me lo dijiste, hm? —acusó Hendrik mientras separaba los muslos de Alois y embestía contra estos con su propia erección.

—¿Qu-qué cosa? —jadeó con ojos cerrados y embriagado en su efímero orgasmo.

—Que te pone cuando te trato como a una perra. —Alois para ese instante era un muñeco maleable en las manos de su dueño. Sumiso y agotado, con el cuerpo flojo y extenuado. Suspiraba con pesadez mientras Hendrik se hundía entre sus muslos, frotándose en un delicioso y experto vaivén.

—No. No me gusta… —mintió.

—Puto mentiroso. —Soltó una de las caderas de Alois y con la crudeza de su palma le dio un azote en la prominencia de su trasero.

—¡*Ah*, Mierda! —sollozó ante la adictiva y borrosa línea de placer y dolor.

—¿Quién es tu dueño, Alois?

—Tú —se las arregló para decir, atragantado en sus respiraciones. Sus cuerdas vocales irritadas por la fuerza que ejerció para acallar sus escandalosos gemidos.

—No te atrevas a olvidarlo. Eres mío, Alois, y como pienses en dejarle este trasero a otro... Te corto la puta la garganta.

Asintió reiteradas veces, queriendo decirle a Hendrik que era imposible que se dejara tocar por algunas de esas ratas que habitaban en North Collan.

—Solo tú. Mi dueño, mi… —Se quedó sin aire.

—Mierda... Maldito puto, me traes loco. —Hendrik dejó caer su cabeza en el hombro de Alois y se tensó, tomando su erección y corriéndose duro sobre la sonrosada piel del trasero de su amante.

Permanecieron así unos cuantos segundos, quizá minutos. Alois no estaba precisamente consciente del tiempo. El agua caliente corría por sus cuerpos mientras ambos lograban normalizar el flujo de oxígeno que entraba en sus pulmones.

Hendrik se apartó sin decirle una sola palabra a Alois, quien rogaba misericordia divina para no caer de rodillas cuando se soltara de la pared. Se sentía mareado y quizá haber estado demasiado tiempo bajo el agua caliente no había sido muy buena idea.

—Sal de ahí y vístete —lo sermoneó el peleador cuando ya se encontraba con su ropa interior puesta. El bóxer apretando sus filosas caderas y resaltando el largo de sus firmes piernas.

—*Uhm*. Mi.… mi cabello —protestó. Con sus ojos merodeando el suelo de pavimento mohoso en busca de su botellita de champú. No podía perderla, quizá cuándo obtendría otra así. La encontró a pocos pasos y con una lentitud torpe caminó hasta ella, agachándose para tomarla en sus manos. Las yemas de sus dedos estaban arrugadas y sus mejillas ruborizadas.

Hendrik se relamió obscenamente al verlo, con marcas de besos en su cuello y abusados labios que gritaban habían sido besados hasta el cansancio, luciendo una fragilidad sensual y exquisita.

—Apresúrate, quiero ir a desayunar.

Alois no iba a preguntarle por qué demonios lo estaba esperando, pero la duda no se iría rápidamente y ese era el problema, todo lo que hacía Hendrik lo desconcertaba.

Lavó su cabello con premura, agobiado por la fijación de la mirada de Hendrik en él.

¿Qué? ¿Acaso le gustaba tanto que no podía quitarle los ojos de encima?

Algún día le diría a Hendrik lo que pensaba. O quizá no... Definitivamente no.

◆ ◆ ◆

Llegó al comedor, se formó para hacer la fila y obtener su miserable desayuno. Ese día tocaba avena con leche. Al menos era más decente que las rebanadas de pan añejo y el té frío que les daban la mayoría de los días.

Las miradas se posaron en él. Ya había aprendido a ignorarlas, o a fingir que las ignoraba al menos. Nevin se encontraba en la mesa de los otros putos, comiendo y riéndose a carcajadas de alguna estupidez que hizo a Alois rodar los ojos. No comprendía cómo el rubio podía mantenerse tan alegre y optimista en ese lugar.

Pasó por la mesa de Hendrik y sintió asco al ver como el antiguo puto de Hendrik,

Francesco, se encontraba colgado al brazo de su dueño.

No, no estaba celoso. Para nada. Solo le molestaba porque podría malinterpretarse. ¿Qué ocurriría si algún depravado pensaba que Hendrik había vuelto con Francesco y ya no estaba con él? Se lo comerían vivo.

Chasqueó con la lengua tras los dientes y continuó su camino, o así fue hasta que una mano se alojó en su trasero. Dio un salto, volteando su porción de avena y ensuciándose completo. Inmediatamente giró el rostro para ver de quién se trataba.

Mierda.

Era el energúmeno, el gigante de dos metros que parecía una mutación mal hecha de toro y humano. Alois casi gimoteó de miedo y se apartó de inmediato. No le respondería, no cuando ese hombre podría quebrarle el cráneo con un apretón de sus enormes manos.

Sabía que Hendrik no lo defendería, no de algo tan estúpido y en público. Una cosa era demostrar que Alois era suyo y otra era comportarse como un mamón guardaespaldas de su amante.

—¿Todo bien? —preguntó Nevin mordiéndose el pulgar. Había presenciado la escena.

—Sí, pero quedaré con hambre. Esto es un asco. —Se limpió su suéter con la mano y negó con la cabeza. Tendría que esperar hasta el almuerzo para obtener algo de comer.

—Ese tipo me pone de los nervios. Les prometo que, si se me acerca, no respondo de mí —comentó con exageración uno de los chicos de la mesa llamado Ryan.

Y Alois quería reír porque Ryan era casi tan grande como una hormiga y tan delgado como su jodido cepillo dental.

—Si sigue molestándote, Hendrik terminará metiéndole una paliza. Ya lo veo venir —aseguró Nevin intentando darle seguridad a Alois.

—Lo dudo. Está demasiado ocupado con el otro puto. —Señaló con el rostro la mesa de Hendrik. El desdén pintando sus bonitas facciones.

—¿Acaso huelo a celos? —se burló otro chico. Uno muy maquillado y con el cabello trenzado.

—Sí. Al celo de esa perra—escupió Alois, tomando la taza de té con leche que Nevin le ofrecía y bebiéndosela.

Nevin tenía ciertos privilegios al ser la pareja de Zev, y Alois se preguntaba cuando comenzarían los suyos. Hasta el momento llevaba a su favor una botella de champú y sexo público en las regaderas.

Todos rieron y continuaron su amena plática. Algunos se apiadaron de Alois y le otorgaron parte de su desayuno. Prometió compensárselos luego.

—¿Vas a la pelea de hoy? —preguntó el jefe de mesa y Alois negó. No iba a ir y tenía el leve presentimiento que Hendrik ya no se opondría—. No creo que a Hendrik le guste que faltes a sus torneos.

—Hm... Bueno, le dije que... ya saben. No me gusta y si voy, terminaré vomitando en el lugar.

—Es una lástima. Hoy pelea Zev contra el oriental. —Nevin le regaló un puchero y Alois rodó sus ojos antes de palmear su hombro—. Y Hendrik peleará con un ruso.

—No me gustan las peleas, Nevin. Me gusta cuidar de las personas, no verlas lastimarse.

—Ay, bebé. A veces tu manera de pensar me asusta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eres demasiado bueno. Y los buenos nunca salen con vida de North Collan.

El silencio se hizo presente. Nadie refutó las palabras de Nevin y eso formó un nudo en la garganta del médico. ¿Acaso pensar como él lo hacía era causal de muerte?

Miró a Hendrik una vez más y para su sorpresa el hombre también lo observaba. Alois sintió ganas de hablar con él, de preguntarle si realmente iba a morir por tener sus propias convicciones. Se resignó a bajar la mirada y aguantar la picazón en la parte posterior de su garganta.

Cuando tras el fallido desayuno volvió a su celda, vio sobre su cama una bolsa de papel café. La tomó con cierto recelo, entrecerrando los ojos al abrirla.

—Oh, mierda. No puede ser… —negó con una sonrisa. La bolsa contenía unos sobres de leche, una barra de chocolate y tres magdalenas con chispas de colores.

Se sentó en la cama. Vació el contenido de la bolsa sobre sus muslos y, mordisqueando su labio inferior, con manos vivaces rasgó el envoltorio del chocolate. Se llevó una pieza a la boca y cerró sus ojos para deleitar aquel dulce y empalagoso sabor. El cacao se fundió en su paladar y un suspiro de placer abandonó su pequeña y rosada boca. Oh, imbécil emperador, esas sí eran maneras de ganar puntos.

Comió tres piezas de chocolate y una magdalena antes de guardar su tesoro bajo la estropeada y miserable almohada de su cama. Bueno, al menos ya tenía almohada. Una que Hendrik dejó caer de su cama y Alois agarró silenciosamente. Al parecer a su dueño no le hacía falta ya que no se la exigió de vuelta, y lo mismo ocurrió con las mantas de la cama.

Llevó sus ojos a la arcaica puerta metálica cuando Hendrik apareció por esta. Lucía su cuerpo sudado y llevaba una toalla sobre sus hombros. Perfectamente afeitado y con aquella expresión feroz que lo caracterizaba.

—Hola. —Alois lo saludó con la mano y Hendrik bufó en respuesta—. De acuerdo... Uhm, gracias por el chocolate y las cosas.

—Hm. Ya.

Alois rascó su nuca y se colocó de pie. Si Hendrik no quería hablar con él, entonces saldría al patio con los demás reclusos. Había escuchado a Nevin algo sobre un torneo de cartas y no pensaba participar, pero sería más divertido de ver que a su gruñón dueño ignorándolo.

—¿Dónde vas? —preguntó Hendrik antes de que saliera. Se había colocado una camiseta de tirantes que, pegándose a su marcado abdomen, dejaba a la vista sus hombros y brazos.

Alois sintió su boca salivar y por acto reflejo rehuyó la mirada.

—*Uh*. Al... patio. Nevin dijo q-que, bueno. Uhm, sí.

¿Por qué estaba ruborizándose?

—¿Ahora también eres tartamudo, corderito? —se burló Hendrik, apoyando su espalda baja en la destartalada mesa de la celda. Tamborileó con sus dedos sobre la superficie de madera y esperó por una respuesta con una media sonrisa altanera.

Alois se encogió de hombros y respondió:

—Me pones nervioso.

Maravilloso. ¿Podía alguien simplemente ponerle un tapón en la boca?

Se mordió la lengua apenas farfulló esas palabras. Al parecer la subida de azúcar lo había vuelto tonto. Hendrik arqueó una ceja y se frotó su labio inferior con un dedo pulgar.

—¿Alguna vez piensas antes de hablar?

—Uh, ¿sí? Suelo hacerlo... Pensar, quiero decir.

En realidad, no. Aunque sabía que debía hacerlo, esa cosa... Usar la materia gris y dejar de darle el control de su vida a sus hormonas.

—¿Y qué pasa entonces? ¿La prisión te está jodiendo el cerebro? —Alois negó, la mirada fija en el disparejo y feo suelo—. Eres demasiado sincero, Alois. Como alguien se ensañe contigo por ser así, la tendrás fea.

—No. —Ladeó su cabeza y barrió sobre su nariz con la articulación de su dedo índice.

Las palabras de Hendrik no tenían demasiado sentido para él en ese momento.

—¿No? ¿Y cómo lo evitarás? ¿Acaso piensas que con ese cuerpecito débil podrás liberarte de todas las palizas en North Collan? ¿O crees que andaré tras tuyo? —Hendrik caminó hasta Alois. El verde de sus ojos era prácticamente invisible; sus pupilas dilatadas ocupaban un diámetro considerable—. Una cosita como tú. Mansito y de carne tierna... ¿Qué podrás hacer para defenderte de las bestias de este infierno?

—Estar contigo.

—¿Conmigo? ¿Piensas que soy tu maldito perro guardián? —Hendrik estaba frente a Alois. Su semblante hastiado hizo al más bajo abrazarse a sí mismo para no temblar.

¿Por qué siempre terminaban en ese tipo de situaciones? Con Hendrik confrontándolo como si fueran némesis.

—No, pero tú…

—¿Yo?

—Eres mi dueño, Hendrik. —Los dedos de Alois se enredaron en la camiseta del rizado. Cargó el peso de su cuerpo en las puntitas de sus pies y se izó para alcanzar la boca del otro—. Beso.

Dejó caer en los calientes labios de Hendrik un corto beso antes de apartarse. El hombre frente a él lucía descolocado y parpadeaba sin expresión alguna.

Alois se celebró a sí mismo mentalmente.

Había aprendido tras tantas partidas de ajedrez perdidas, la forma en que debía mover sus piezas para ganarle a su dueño.

—Puto insolente... —Hendrik tomó el rostro de Alois con ambas manos, presionándole las

sienes con sus pulgares. Se acercó lo suficiente como para poder respirar directamente de los labios de Alois—. Como te atrevas a decirle estas palabras a alguien más, te juro que desearás no haber nacido.

Alois no alcanzó a responder cuando Hendrik se lanzó sobre su boca, devorándolo con vehemencia. Llevó los brazos al cuello de su dueño, rodeándolo y colocándose nuevamente de puntitas para poder estar más cerca de él, sentirlo más.

Ese era el jodido problema, era el peligro que podía sentir acecharlo todo el tiempo; Hendrik hacía que su mundo diera vueltas con un solo beso.

—Tus besos son míos, mamón. Todos —gruñó en el beso, tironeando del labio inferior de Alois con los dientes.

—L-lo son.

—Bien. Dímelo, que eres mío.

—S-soy tuyo.

—Dime que te gusta ser mío.

—Te gusta que sea tuyo —respondió en su lugar y con un jadeo atragantado.

Hendrik ladeó una sonrisa y se hundió en sus labios nuevamente. Dejó al peleador comerle la boca una vez más, le regaló sus más dulces gemidos y ronroneos. Se deshizo en sus brazos igual que el chocolate que había comido hacía poco.

Besar a Hendrik era besar el pecado, desear a Hendrik era desear la demencia.

Tragó con deleite la saliva del contrario y sonrió en medio del beso al sentir como sus labios hormigueaban afiebrados por la intensidad con la que sus bocas se congregaban necesitadas.

Se separaron cuando una voz carraspeó a la entrada de la mazmorra. Alois ocultó su rostro en el pecho de Hendrik y su gran sorpresa fue que Hendrik lo sujetó por la parte posterior de la cabeza, como si quisiera ocultarlo de la presencia invasora.

—Se solicita al recluso Alois Thompson en la unidad médica. De inmediato —masculló un gendarme con voz seria y una atemorizada mirada delatadora.

Alois se separó de Hendrik y asintió en dirección al gendarme, quien le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera. Miró a Hendrik por última vez y lo tomó del cuello para presionar sobre él un pequeño beso travieso antes de salir de la celda. Lo escuchó vociferar maldiciones a distancia y apretó los labios para no sonreír. Estaba pisando terreno peligroso, lo sabía e incluso así, no iba a retroceder. No hasta que Hendrik le diera un motivo, o rompiera su corazón.

CAPÍTULO V

Ese día marcaba su primer mes en North Collan. El frío era intolerable y doloroso, mordía su cuerpo a pesar de las varias capas de ropa que se había puesto antes para ir por el desayuno. Se hallaba cansado, agotado de los constantes espasmos que lo recorrían desde los pies hasta la cabeza, la cual le dolía debido a esto. El resto de los reclusos parecía ya acostumbrados a la mísera condición en la que los tenían subsistiendo en el interior de la penitenciaría.

Mientras caminaba a pasos apresurados hacia el patio donde los reos se juntaban, Alois sopló sobre las puntas de sus dedos en un intento por descongelar sus manos. El cielo se admiraba gris debido a la cantidad de nubes que lo cubrían, y la humedad era tal que traspasaba la suela de sus zapatillas y le enfriaba los pies.

Advirtió a poca distancia a Hendrik, rodeado de sus lacayos de siempre y haciendo levantamientos con una barra de acero que marcaba los músculos de su espalda y hacía sobresalir las venas por debajo de su piel. Zev se encontraba fumando allí, con una expresión tan descolocada que hizo evidente la cantidad de drogas que llevaba encima. Se percató de su presencia y sonrió con un gesto bobo que casi contagió a Alois.

—Eh, Hendrik, tu nene está aquí.

Hendrik soltó las barras y volteó su cuerpo para buscarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó al verlo acercarse, dando un par de sorbos a su botella de agua y limpiando el sudor de su frente.

—¿Puedo… puedo usar algo de tu ropa? —preguntó con voz cortada por el temblor de sus labios mientras se abrazaba a sí mismo—. Hace demasiado frío y…

—No —lo detuvo—. Te jodes como el resto.

Alois sostuvo su muñeca.

—Por favor.

Los amigos de Hendrik silbaron entre risas.

—Cállense, pedazos de mierda. —Rascó la esquina de su ceja y se aclaró la garganta, inclinándose hacia la oreja de Alois—. Haz lo que quieras, mamón.

Soltó a Hendrik y sonrió discretamente contra la manga de su suéter, intentando no demostrar ante los idiotas presentes lo feliz que se ponía por algo que fuera de la prisión, y quizá también dentro de esta, sería considerado como algo tonto.

—Gracias —murmuró buscando su mirada.

Hendrik maldijo entre dientes y le indicó a Alois con palabras poco amables que dejara de

interrumpir su entrenamiento, acomodándose las vendas de las manos para retomar las flexiones en la barra.

Alois estuvo a escasos metros de volver al interior de la penitenciaría, pero, al visualizar a Nevin junto al resto de los chicos, se desvió hacia él en busca de un cigarrillo.

—¡Alois! —lo saludó Nevin, sosteniendo entre ambas manos un tazón humeante—. Ven a sentarte con nosotros.

—Dios, cómo pueden estar aquí con este maldito frío —se quejó tomando lugar junto a Nevin, sin dejar de abrazarse en ningún momento.

—Con el tiempo te irás acostumbrando.

—Imposible. Casi no siento los dedos de los pies.

—Es porque eres un puto princesito —se burló el contrario, sacando del bolsillo de su chaqueta una cajetilla maltrecha de cigarros—. Estoy en la ruina, a ver si algún día dejas de quitarme los cigarrillos.

—Dile eso a Hendrik —bufó, tomando el cigarrillo y llevándolo a sus labios.

—¿Aún nada?

Se inclinó hacia uno de los chicos que le ofrecía su encendedor.

—Nada de esto al menos. Dice que no va a andar gastando favores en mierdas que te arruinan la vida. —Expulsó el humo tras una profunda calada.

—Estás en prisión y te eligió un maldito desquiciado, tu vida ya está bastante arruinada.

Alois rodó los ojos, sin poder protestar a eso.

—Idiota.

—Sí, es mi cosa de los miércoles.

—Es jueves, baboso —se burló otro de los chicos, provocando que la sonrisa de Nevin desapareciera, dando lugar a una expresión confundida.

—No me jodas… —Saltó de su sitio sobre la mesa—. ¡Mierda, mierda, mierda! Los jueves toca inspección en las celdas de mi pasillo.

Alois lo vio correr con rapidez mientras daba una calada a su cigarrillo, evitando reír como el resto de los putos cerca de él.

—Cuando se entere de que es miércoles… —agoró otro, negando con un gesto vago y sin ser consciente de la forma en que sonreía.

—Nah, con la cabeza de mierda que tiene, se habrá olvidado para mañana.

Y aunque no respondió en defensa de Nevin, algo le dijo que su amigo no era la clase de persona que olvidaba con facilidad.

Pasó por la pequeña biblioteca en su camino de regreso, la cual también funcionaba como almacén de ropas, y tomó prestado un libro. No hubo mucho para elegir entre unos cien títulos para los miles de reos que allí se pudrían, pero supuso que a nadie más le molestaba la falta de material literario al ver la cantidad de polvo que se acumulaba en las olvidadas estanterías. Un escueto ejemplar de poesía lo acompañó por los pasillos de la prisión.

Cuando cruzó el umbral de la celda donde pasaba la mayor parte del tiempo, se encontró con la figura de Hendrik. Pasaba un paño mojado por su torso y brazos, barriendo los restos de sudor producto de las flexiones que había hecho. Vio a Alois de soslayo y desde la esquina de su boca pudo apreciarse una leve inclinación. El maldito le estaba sonriendo.

—¿Qué traes ahí? —preguntó al advertir el libro en la mano de Alois.

—Un libro. —Se lo enseñó—. Son páginas de papel con muchas palabras. No sé si los conoc-...

El paño de Hendrik le dio de lleno en el rostro.

—Puto insolente.

Alois retiró el paño de su rostro con la nariz arrugada y los dedos en pinza.

—Desagradable.

—Lo dice el que seguramente caga con olor a rosas.

—¡No…! ¿Qué…? ¡¿Por qué sales con eso?! —se quejó con ojos horrorizados, un rubor inmediato posicionándose en sus mejillas.

Hendrik comenzó a reírse abiertamente, colocándose una camiseta y peinando su mojado cabello hacia atrás con los dedos.

—Ya dime de qué es tu jodido libro.

—No. —Lo metió bajo su almohada.

—¿No?

—Te vas a burlar.

—No lo haré.

—Sí lo harás. Eres un idiota y por eso no le agradas a nadie.

Hendrik bufó con el ceño fruncido, luciendo extraordinariamente ofendido.

—¿A quién no le agrado?

Alois no respondió, se sentó en la cama y cubrió su cuerpo con la almohada.

—Da igual, es algo personal.

—Sabes que lo voy a ver de todas formas, ¿no? —Le indicó que le pasara el libro con un movimiento oscilante con dos de sus dedos—. Dame el libro.

—Pareces un matón.

—Peor para ti, soy un matón asesino.

Alois apartó la mirada. Repentinamente, el buen humor había desaparecido.

Entendía que Hendrik no poseía resquemor al hablar de sus propios crímenes, de referirse a sí mismo como un asesino o un demente y Alois también pensaba con certeza de esa manera; no obstante, tras un mes compartiendo más besos que palabras y más miradas que besos, había algo en lo que Alois había reparado: cada vez que Hendrik decía que era un asesino, un monstruo sin corazón, su mirada se apagaba, perdida y nostálgica, tal como si abriera alguna puerta de su pasado.

—No digas esas cosas.

—¿Qué importa? No estoy mintiendo.

Alois presionó sus labios juntos y negó.

—Te dejaré el libro si prometes no decir eso de nuevo.

—Eso no cambiará lo que soy, Alois. Lo sabes.

—Eres más que eso —murmuró para sí mismo, sin notar cómo Hendrik acortó la distancia y se encontraba frente a él, inclinándose y aplanando ambas manos sobre el camastro a los costados de los muslos de Alois—. ¿Eh? ¿Qué ocurre?

—Beso —demandó el peleador, empujando su nariz contra la de Alois y posteriormente presionando un beso sobre su boca.

Alois se abandonó con facilidad como un lázaro de los menesteres sensuales sobre los labios foráneos, entreabriendo los suyos para recibir la lengua de su dueño. Levantó los brazos y los cruzó sobre la nuca contraria, ronroneando con placentera tonalidad al tenerlo recorriendo cada rincón de su boca. Sin embargo, la intimidad entre ellos no duró demasiado, pues sintió la sonrisa de Hendrik en el beso y lo perdió por completo antes de poder prever sus movimientos.

—¡Ah! —Hendrik exclamó victorioso, sosteniendo el libro con una mano.

—¡No! ¡Hiciste trampa! —Saltó de la cama para arrebatarle el libro, pero la diferencia de estatura ya había decidido quién sería el ganador. El contrario lo apartó con un brazo, enfocando la vista en el libro y permitiéndose reír con sorna—. ¡Dijiste que no te burlarías!

—¿Qué mierda es esto, corderito? —se mofó—. ¿Poesía? ¿De verdad?

Alois cubrió su rostro, siendo el invicto perdedor entre ambos.

—No digas nada.

—Joder… “Dentro de este inquieto, apresurado y moderno mundo, arrancamos todo el placer de nuestros corazones, tú y yo” —citó con un dramatismo exagerado y una mano sobre el corazón. Alois quiso enterrarse bajo tierra—. Me hubieras dicho que te pone caliente lo cursi.

—Por favor, basta.

—Podría haberte hecho yo un poema.

—Quiero morir —murmuró contra las palmas de sus manos.

—Corderito, corderito, pero mira qué culo tan bonito —vociferó con sorna.

—*Dios.*… Acepto la reclusión solitaria.

Hendrik negó con una risa, contagiando a Alois a pesar de la vergüenza que este sentía.

El rizado le dio un golpe en la cabeza con el libro, y cuando Alois descubrió su rostro, la risa ajena había menguado para dar lugar a una discreta sonrisa.

—¿Cómo mierda es que terminaste aquí, mamón? Este lugar… no es para ti. —Empujó el libro hacia el pecho del otro—. Deberías estar allá afuera, con un novio forrado que pueda leerte poesía y llevarte a sitios costosos. No aquí, siendo el puto de un asesi-...

Alois cubrió su boca, mirando a Hendrik con grandes ojos melancólicos y una petición

muda.

—No.

Hendrik envolvió la muñeca de Alois con sus dedos. Besó la palma de su mano y negó.

—Deja de mirarme así. Me vuelves loco.

Alois no dejó de mirarlo en ningún momento.

◆ ◆ ◆

Tal como los días anteriores, el frío se hacía insoportable para Alois. No quiso salir de la cama y mucho menos de la celda, apenas si dejaba la reclusión autoimpuesta para ir por sus alimentos del día. Aunque se aburría de una manera infernal, lo consideraba mejor opción que forzarse a estar en el gélido patio solo para conversar un poco con los chicos.

Hendrik, como el representante oficial de los imbéciles, no entendía la situación de Alois en lo absoluto. Le decía que tenía que fortalecer el cuerpo, adaptarse al ambiente, y una cantidad tan grande de basura digna de manual militar que Alois ya ni siquiera podía recordar. Por supuesto que se había quejado de eso, de la falta de empatía de Hendrik y cómo no estaba bien invalidar al otro. Su cavernícola dueño le preguntó qué mierda era empatía y Alois comprendió que era una batalla perdida.

Pero estaba bien, una batalla no era nada comparado con la guerra y él definitivamente iba a ganar esa. ¿Qué guerra? Aún no lo tenía claro, aunque pronto lo sabría; tenía más de cuatro años para hacerlo. Sin contar ese día, claro estaba. Porque el plan era, a grandes rasgos y aprovechando que no debía ir a la unidad médica, dormir tres siestas y pasar el resto de su tarde leyendo y quejándose de las malas e indignas condiciones de North Collan.

Sabía que Hendrik no lo molestaría más, estaba ocupado lidiando con lo que parecía ser una guerrilla interna de pandillas. Nevin le había dicho que era normal, que cada cierto tiempo aparecían nuevos reclusos intentando hacerse con la prisión como desconocedores del emperador y su potestad sobre los demonios que cumplían condena. Alois había hecho su parte para ayudar, sugiriendo en la unidad médica la inclusión de un grupo de psicólogos que trabajasen en la reinserción de los reos. No era difícil imaginar qué hicieron con su sugerencia. Las excusas no fueron pocas y Alois incluso simpatizó con algunas, siendo la más compleja la falta de presupuesto financiero que experimentaba el departamento de salud al interior de North Collan, razón principal por la que estaban tan agradecidos de que él pudiera ayudarlos cuando sobrepasaban de pacientes.

Se removió en la cama, tirando de las mantas para que estas le cubrieran hasta su pecho y lamió su pulgar para dar vuelta a la página del libro de poesía que seguía leyendo, a pesar de las burlas de Hendrik. Nunca se interesó en la literatura romántica antes de caer en prisión; su librería personal solo contaba con pesados tomos de anatomía, medicina y estudios investigativos, así como de psicología y pediatría infantil. Siempre adjudicó su falta de tiempo como la razón por la cual el romance no le era apetecible. Ahora tenía mucho tiempo.

Bostezó con pereza, cubriendo su boca con el dorso de una mano y percatándose de que un cansado Hendrik entraba por el umbral de la puerta metálica. Su cabello estaba oculto bajo una bandana roja y su firme y tonificado cuerpo quedaba oculto bajo un enorme suéter que Alois

esperaba usurpar en algún momento. Cargaba en los brazos un par de mantas y, al encontrarse con Alois, chasqueó con la lengua.

—¿Cómo demonios es que sigues aquí, mamón? No has salido en todo el puto día.

—Hace frío —se defendió, saliendo de la cama y estirando los brazos para recibir las mantas—. ¿Son para mí?

—Olvídalo. —Hizo el ademán de retirarlas de su alcance—. Ya te conseguí suficientes de estas.

—¿Y para quién son?

—Francesco. —Alois frunció el ceño—. Tranquilo, fiera. Se las mandó Nicholas.

—¿Y por qué tienes que llevárselas tú?

—Ah, puto insolente —recriminó con latente molestia, acomodando las mantas en una esquina de la celda—. ¿Qué te hace creer que puedes pedirme explicaciones?

—Comprendo… —Volvió a la cama, retomando su libro y repitiéndose mil veces que no le daría ni una sola mirada más a Hendrik.

—Oye —lo llamó el contrario al cabo de unos segundos. Alois respondió con un simple quejido que, sin lugar a dudas, no fue suficiente—. Venga, hijo de puta, que te estoy hablando. Mírame.

Levantó la vista de su libro y enfrentó la mirada desaprobatoria de Hendrik. Nada nuevo.

—¿Sí?

Hendrik tragó visiblemente. Destinó su mirada a las pulseras de cuero amarradas en una de sus muñecas e hizo el amago de tirar de una de ellas.

—Bueno… ¿Qué haces? —le preguntó con una torpeza ya característica en él. Su dueño parecía no saber cómo comenzar una condenada conversación sin un par de insultos de por medio o quizá una amenaza.

—Leo. —Enseñó su libro—. ¿Y tú?

—Pues hablo contigo —respondió con un tono condescendiente, como si Alois fuera un idiota por preguntar lo obvio.

Quiso rodar los ojos; sin embargo, ya pronosticando el desenlace que ocurriría de hacerlo, se limitó a sonreír con una diplomacia publicitaria, la misma que usaba antes cuando le tocaba lidiar con padres molestos.

—No, eso no… Me refiero a qué has hecho el día de hoy. Cuéntame. —Alois palmeó a su lado y Hendrik lo miró como si le hubiesen salido tres cabezas—. Ven a sentarte conmigo.

—Aquí estoy bien.

—No tengas miedo, no muerdo —bromeó con una media sonrisa, ganando un resoplido.

—Pero yo sí, parece que siempre lo olvidas.

—No lo hago —le aseguró, palmeando una vez más sobre la cama. Hendrik miró hacia la puerta de la celda que se encontraba abierta. Su rostro se endureció y caminó en silencio hasta ella para cerrarla. Repasó su nuca con la palma de la mano y miró a Alois de soslayo—. Solo

serán unos minutos, Hendrik.

Su dueño asintió, luciendo por completo incómodo e incluso nervioso. Se sentó al lado de Alois y miró hacia la esquina opuesta de la celda.

—Ahora dime, ¿qué hiciste hoy?

—Ya sabes… —Se encogió de hombros—. Los nuevos han estado causando problemas y tuve que encargarme de ellos para que dejen de joder.

—¿Ya está todo arreglado? —Hendrik asintió—. Eso es bueno, ¿no hubo heridos?

—No.

—Bien, eso es genial.

Alois sintió una extraña calma.

—Están muertos. —Y la calma desapareció—. No todos, pero sí los que eran peligrosos.

El castaño bajó la mirada a su regazo, enfocándose en sus dígitos, los cuales comenzó a pellizcar entre sí. No debería haber preguntado, ¿por qué lo había hecho?

—¿Lo… Lo hiciste tú? —preguntó en un susurro fraccionado.

Desde los labios de Hendrik se apreció una risa de labios juntos, sardónica y vil.

—¿Qué importa si fui yo o si fue por mis órdenes? Es lo mismo, Alois. —Volteó el rostro hacia él—. A ver si comienzas a entender la mierda que soy.

—No hablemos más de eso.

—Ya. Como siempre…

—Hoy leí un buen poema —cambió de tema, pasando la resequedad de su garganta con dificultad y buscando el libro para enseñárselo—. ¿Quieres que te lo lea?

—No, me aburre esa mierda.

Alois no pudo evitar reír. A momentos, muy puntuales y que bien podrían contarse con los dedos de una mano, la honestidad bruta de Hendrik le parecía adorable.

Ah, joder. Qué mal le estaba haciendo la prisión.

—¿No hay nada que te guste leer?

—No lo sé. Nunca tuve… —Dejó la frase en el aire y Alois tiró de su suéter.

—Hace frío. Acuéstate conmigo. —Hendrik negó—. Por favor, solo esta vez.

—Solo esta vez —coreó.

—Ujum.

—Si me lo vuelves a pedir, te echo de la puta celda.

—No volverá a ocurrir, lo prometo.

—Y no se lo puedes contar a nadie.

—Será nuestro secreto.

—Vale… Sí. —Removió las mantas, luciendo tenso e irritado. Alois le hizo lugar,

recostándose de costado y sin querer hacer algo, lo que fuese, que rompiera aquel frágil momento—. ¿Qué haces? —preguntó Hendrik a la defensiva al sentir cómo las manos de Alois se deslizaban por debajo de su camiseta y se alojaban sobre su vientre.

Alois escondió su rostro entre el hombro de Hendrik y el colchón.

—Tengo las manos frías.

Hendrik bufó, pero no le hizo quitar las manos. Simplemente, permaneció en silencio con su cabeza apoyada en su antebrazo y mirando hacia la segunda cama por encima de ellos.

—¿Estás durmiendo? —Alois no respondió y Hendrik rio a labios juntos—. No lo intentes, sé que estás despierto.

—No lo estoy.

—Ya.

—Hendrik…

—Hm.

—¿Cuándo lograste acostumbrarte a este lugar? —preguntó contra la tela de su suéter.

Su dueño guardó silencio por largos segundos.

—¿Qué te hace pensar que alguna vez conocí algo diferente?

Alois no respondió, se tragó la tristeza y se escondió mucho más en Hendrik, quien de manera completamente inesperada y congelándole hasta la respiración, se inclinó sobre su frente y dejó caer un fugaz beso sobre su piel.

◆ ◆ ◆

Pasaron dos semanas desde la tarde en la que Hendrik le aseguró que la guerrilla con los nuevos reclusos hubo terminado, y a diferencia de lo que su dueño le dijo en su momento, el conflicto parecía lejos de terminar.

Eran un jodido dolor de cabeza. Decenas de ellos. Armaban peleas todo el maldito tiempo y los guardias ya parecían pólvora lista para explotar, recorriendo North Collan con fusiles en mano y esperando tan solo una mirada equivocada para disparar.

Alois tenía prohibido salir de la celda hasta que todo hubiese acabado, y era responsabilidad de algunos subordinados de Hendrik llevarle comida y ropas limpias de manera diaria. El emperador, por su parte, parecía haber sido consumido por una maldición. Se la pasaba fumando, llevaba profundas ojeras y una irritación permanente en el rostro. No hablaba con Alois más que unas cuantas y secas palabras, y si Alois intentaba buscarlo o tener de él aquella intimidad que parecían haber desarrollado durante ese mes, lo alejaba con palabras crueles y una expresión de amargura espesa.

Intentó sacar información de los subordinados de Hendrik y todos le aseguraron lo mismo, que estaba como siempre. Y, de acuerdo, quizá para ellos eso era habitual en Hendrik, pero no para él. Sabía que Hendrik estaba pasando por un momento difícil, que descargaba su frustración en el saco de boxear y que paseaba al interior de la celda de un lado a otro como un tigre enjaulado mientras creía que Alois dormía. Y no poder hacer nada le estaba jodiendo la cabeza.

Era la segunda vez en su vida que se sentía tan inútil.

Lavó su rostro con el agua congelada del grifo que hizo doler sus pálidos y huesudos dedos. Hendrik debía estar de regreso, faltaba solo media hora para el toque de queda y debido a los cruentos enfrentamientos entre los reos, incluso él debía obedecer.

Alois decidió que tomaría oportunidad de ello, que si bien no podía decir lo que Hendrik necesitaba escuchar o ser un apoyo útil para él, le demostraría que estaba ahí. Que no era tan débil, que podía compartir con él algo de la pesada carga que conllevaba ser el maldito emperador de ese infierno podrido. Sin embargo, todos sus dulces y bien elaborados planes se fueron al demonio en cuanto la puerta se abrió.

Dos de los subordinados de Hendrik lo sostenían con dificultad mientras él, con la ropa hecha jirones y salpicada en sangre, cojeaba con dificultad hacia el interior de la celda. Respiraba entre jadeos con el rostro consumido por el dolor y con una mano presionada sobre la cadera desde donde se apreciaba un enorme manchón de sangre. El rostro de Alois palideció por completo.

—¡¿Qué demonios pasó?! —gritó conmocionado por el miedo mientras sentaban a Hendrik con cuidado sobre su cama. Llegó a los pies de esta en una fracción de segundo y estiró las manos queriendo revisar sus heridas, pero la cantidad de sangre esparcida no le dio una clara idea de dónde se hallaban estas—. Mierda, Hendrik. Levanta tu camiseta

—*Ugh.* No me des órdenes —reclamó en un quejido áspero y sacándose la camiseta con dificultad—. Puta mierda, esto duele.

—¡¿Cómo…?! —no pudo terminar de preguntar. Vio las dos puñaladas abriendo la piel del contrario, una en su músculo intercostal derecho y otra en la esquina de su cadera. Maldijo con una sensación sobrecogiéndole el pecho—. Déjame ver.

Hendrik negó con su mano empapada en sangre y un notorio dolor consumiéndole el rostro.

—Estoy, *agh*… bien.

Alois apartó su mano de un manotazo.

—¿Tocó algún órgano? —uno de los subordinados preguntó.

Negó, revisando con cuidado y sintiendo cómo sus pestañas se humedecían por las retenidas lágrimas y la inquietante opresión en su garganta.

Comenzó a evaluar las heridas de manera precaria al no tener las herramientas necesarias, usando únicamente la palpación de sus dedos sobre las zonas apuñaladas. Calculó la profundidad de las laceraciones cortopunzantes haciendo presión con las manos.

—Aquí está, en las costillas, entre un punto medio de la región del hipocondrio y el flanco del abdomen. Al menos, no es una zona delicada. La punción ocurrió en la fosa ilíaca —murmuró, sintiendo que le volvía el alma al maldito cuerpo al comprobar que no había daño de órganos y que podría tratarlo con sutura y primeros auxilios.

—¿Qué significa eso, mamón? ¿Me muero o no?

—¡No digas eso! —exclamó sobresaltado, sorbiendo de su nariz con la mirada enfocada en las costillas de Hendrik.

—Ya, ya, puto llorón. Esto no es nada…

—Te apuñalaron, Hendrik —acusó con rabia—. ¿Cómo demonios ocurrió esto? ¿No estaban con él?

Miró hacia uno de los subordinados de Hendrik.

—Deja de preguntar basura. Eso da igual.

—¡No da igual! —insistió, ya siendo imposible esconder un sollozo entre sus palabras—. Hendrik, podría haber sido contra un órgano vital. Podrías haber muerto.

Hendrik gruñó un par de maldiciones y dirigió su atención hacia los hombres que lo habían llevado hasta la celda.

—Salgan de aquí y cierren la puerta.

Los reclusos a su mando obedecieron, no sin antes avisar que volverían al día siguiente con analgésicos y medicinas nuevas. Le pidieron a Alois que mantuviera especial cuidado y que no se dejara engañar por los “estoy bien” de Hendrik. El peleador les aseguró que después los haría pagar por insolentes. Y Alois, a diferencia de su dueño que aparentaba una confiada calma, se mantuvo en un forzoso silencio hasta que se encontraron solos en la confidencia que les entregaba las cuatro paredes.

Limpió con su hombro las lágrimas que habían rodado sin timidez por su mejilla y tragó duro al ver que Hendrik lo observaba con un rostro indescifrable.

—¿Por qué me miras así? —cuestionó con voz llorosa.

—No vuelvas a hacerlo, Alois. —Sostuvo la extensión de su mandíbula, su mano presionando con tanta fuerza que dolió—. No llores por mí delante de alguien más, ¿entendido?

Alois sorbió su nariz, restregándola con la manga de su suéter y manteniendo la mirada en el suelo.

—Estás herido —acusó.

—Eso importa un demonio. Si te pones a llorar como una mierdecilla asustada cada vez que pase algo así, al único que vas a joder es a mí. ¿Crees que a esos cerdos de afuera les importa si recibo una puta bala? Porque no lo hacen, lo único que les importa es si puedo levantarme después de recibirla. ¿Sabes lo que a mí me importa? —Alois negó, entrecerrando uno de sus ojos cuando Hendrik barrió las lágrimas bajo este con su pulgar—. Que ellos sepan que me voy a levantar. Me importa que nadie se atreva a tener la maldita duda de ello ni mucho menos a sentir lástima por mí. Si me ven débil, esto —Apuntó a su cadera— pasaría más veces de las que crees.

—Pero yo no soy ellos. No quiero ser como ellos… —protestó limpiándose la otra mejilla.

—Ah, mierda, Alois. —Rodeó a Alois con un brazo y lo tiró hacia él, permitiendo que el contrario se escondiera en el espacio de su hombro y cuello—. No me tires esa porquería ahora. ¿Por qué mejor no coses esto antes que se me salga el puto intestino?

Alois asintió, sus dedos clavados en la camiseta de Hendrik a la altura de su pecho.

—Se llama sutura. Y la puñalada no está en tus intestinos.

—Cabrón de mierda —resopló con una diversión que lo delató, sin poder borrar el dolor de su rostro—. Siempre tienes la última palabra.

—Dime cómo ocurrió esto —volvió a preguntar Alois, buscando bajo la cama de Hendrik el botiquín de primeros auxilios que siempre mantenía oculto en ese lugar. Sacó todo lo necesario para hacer el procedimiento médico, entre eso unos paquetes de gasa. Rasgó uno de ellos para sacar un trozo lo suficientemente grande como para cubrir la zona herida de la costilla.

—Por imbécil —escupió el rizado con rabia, seguramente culpándose de haber acabado así —. Me descuidé y me acorralaron entre varios. ¿Veinte? ¿O quizá treinta? No los conté.

—¡¿Treinta?! ¿Qué mierda…? —No terminó su reclamo, el crudo dolor en el rostro de Hendrik amarró su lengua—. Esto va a doler… —advirtió, ganando como respuesta una risa extenuada.

—No me jodas, corderito, y yo que lo estaba disfru-... ¡Ah, mierda! ¡¿Qué demonios haces?!

Alois negó, presionando la gasa dentro de la herida intercostal de Hendrik.

—Detengo la hemorragia y desinfecto la herida. ¿Viste el cuchillo? ¿Estaba oxidado? —Hendrik sacudió la cabeza—. Bien. —Continuó ejerciendo presión y cambiando las gasas hasta que la hemorragia disminuyó—. Voy a comenzar a suturar, ¿de acuerdo?

Consideró la posición de la laceración antes de elegir el tipo de sutura, y al no tener las pinzas quirúrgicas, no le quedó más remedio que hacerlo con sus propias manos. Hendrik guardó silencio, endureciendo el abdomen mientras Alois suturaba su músculo intercostal.

—Pues le dejé varios a la puta parca, pero no imaginé que habría tantos peleadores entre ellos. Me apuñalaron antes que llegaran los míos. —Jadeó con una maldición entre dientes, aguantando con la vista enfocada en el corroído techo de la celda mientras Alois terminaba con su costilla.

—¿Qué ocurrirá ahora? —Comenzó la sutura de su cadera, haciendo uno a uno los puntos necesarios hasta llegar al final de la herida y desinfectando por última vez antes de cubrir con un paño de la gasa.

—Zev se encargará de los cuerpos. —Alois presionó la gasa en su cadera y la pegó con esparadrapo médico—. *Argh*, ten cuidado, cordero diabólico.

Definitivamente no tendría cuidado.

—Y con los sobrevivientes… —No hubo respuesta.

Alois entendió sin que le dijera nada en lo absoluto. Nadie había sobrevivido.

—Al menos, ya todo terminó —aseguró su dueño, colocándose de pie y caminando lento hasta el espejo arriba del lavabo para limpiar su rostro.

Era una mentira, ambos lo sabían. Mientras estuvieran ahí, eso jamás terminaría.

CAPÍTULO VI

Tres meses en prisión y seguía vivo, aguantado más de lo que él mismo se había creído capaz en un comienzo. Es que era un tipo duro, uno de los machos de pelo en pecho y barba de leñador. Se merecía una medalla de honor por su valentía y…

—¡No, Hendrik! ¡Me duele! —gimoteó, un poco más agudo de lo que le hubiese gustado.

Su dueño tenía una mueca ácida en el rostro y quizá no era para menos, pues la situación no era de lo más agradable. Ahí estaban, en la celda de ambos en vez de estar comiendo el almuerzo.

El paño húmedo que Hendrik presionaba contra la mejilla golpeada de Alois, en un intento por bajar la hinchazón, comenzaba a entibiarse debido a la fiebre que emanaba de la zona lastimada.

—Puto exagerado. Mira que lloriquear por un golpe.

—Pero duele —se defendió.

—A ver si así aprendes a no meterte en peleas que no te conciernen, cabrón intruso.

Y quizá, solo quizá, Hendrik tenía razón. Porque Alois en definitiva no debió haber actuado como un superhéroe y haber intentado detener una pelea entre dos de los chicos con los que se sentaba a comer. El suceso fue mayor a él. Cuando los vio tirándose el pelo y gritando como dos locos dementes, saltó para separarlos y a cambio obtuvo un empujón que lo hizo trastabillar con los pies y golpearse el rostro con la esquina de una mesa.

—Solo quería ayudar —gimoteó por el dolor punzante.

—Ayuda a tu trasero a permanecer lejos de problemas, mamón.

—*Ugh.*

Algunas veces, o siempre, Hendrik podía ser realmente desagradable.

—Ya. Me aburrí de jugar al doctor. —Soltó sobre los muslos de Alois el paño que había estado presionando sobre la mejilla de este y se colocó de pie, caminando hasta el corroído lavamanos.

—Me duele —refunfuñó con insistencia, un mohín formándose en sus labios mientras presionaba el paño sobre su propia mejilla lastimada—. Y ahora luzco feo.

Hendrik lo vio a través del reflejo del espejo, presionando la punta de su lengua en la comisura izquierda de su boca.

—Joder, mamón. ¿Acaso te estás poniendo todo maricón para que te diga lo lindo que luces? Porque no lo haré, luces como la mierda.

—Gracias. —Rodó los ojos.

Hendrik enjuagó sus manos y volteó para ver a Alois.

—En realidad, no lo entiendo. Dices que no te agradan los putos problemas y ahí vas, metiéndote en ellos y luego soy yo el que tiene que lidiar con tu mierda, jodiendo a media prisión para que aprendan a no meterse contigo.

Alois bajó la mirada. Intentó tomar una bocanada de aire y su garganta se negó a ello, dificultándole la acción. El recuerdo del último conflicto que vivieron, cuando Hendrik terminó con dos puñaladas y Alois sintiéndose completamente inepto, permanecía tatuado en su pecho.

A su dueño le había costado un mes reponerse lo suficiente para retomar las peleas, y aunque después de eso la situación se calmó y nadie intentó rebelarse contra Hendrik nuevamente, la sensación de inseguridad no era algo de lo que Alois se desprendería con facilidad. Le aterraba cuando Hendrik desaparecía demasiado tiempo, cuando eran las noches del *under* y su infernal peleador debía enfrentarse nuevamente a la muerte solo para entretener a unos bastardos que hacían sus vidas del sufrimiento ajeno.

—No lo hago —respondió con pesadumbre—. No, yo… No quiero que te veas envuelto en más peleas, Hendrik. No por mí.

—Ya. ¿No lo haces? ¿Y qué es eso en tu mejilla entonces?

—Lo siento.

Tal vez solo quería ser valiente, al igual que él.

—Da igual. No espero nada de ti. —Se encogió de hombros y tomó sus guantes de entrenamiento—. Me voy a entrenar.

Alois levantó el rostro, sus bonitas y largas pestañas agitándose con pereza mientras su mirada, aún avergonzada, se enfocaba en el peleador y en cómo se colocaba los guantes.

—Puedo… —Tragó saliva—. ¿Puedo ir contigo?

—No.

—B-bien. De acuerdo.

—Si tú vienes, no me concentro.

Dios. ¿Cómo Hendrik podía soltar cosas así de la nada? ¿No entendía cuán perjudicial era para el frágil equilibrio emocional de Alois que este escuchar algo como eso?

—Está bien, no importa —mintió el castaño con las mejillas rojas mientras jugaba con sus dedos de forma vaga.

Iría a buscar a Nevin u ofrecer ayuda en la unidad médica para pasar el día. Demasiado tiempo libre era simplemente demasiado, el suficiente para hacer que una persona normal comenzara a desesperarse.

Hendrik avanzó hasta quedar cerca de Alois, se agachó y aplanó sus manos sobre las rodillas de este, quien lo miró en silencio sin comprender qué quería su dueño.

—Beso —fue todo lo que Hendrik dijo.

Y Alois no debió de haber sonreído, pero lo hizo. No debió de haberse humedecido los

labios, pero lo hizo.

—Beso —repitió, llevando sus manos hasta las mejillas de Hendrik para sostenerle el rostro.

Cerró los ojos y juntó sus labios en un suave beso. Y se sintió como el primero, con sabor a inocencia y a primavera.

Asaltó los labios de Hendrik con tres veces picos fugaces antes de apartarse. Ninguno dijo nada, comportándose como eternos cobardes jugando a ser valientes.

—De nuevo —exigió el emperador. Había un brillo malsano en sus ojos, como quien ha descubierto una nueva droga y se ha vuelto adicto a ella.

—Sí. —Alois obedeció y volvió a presionar un beso suave y casto sobre los labios de Hendrik. Fue tan simple, un acto nimio que no debió de haber provocado un burbujeo en su vientre o un temblor en sus manos, pero lo hizo. Duró cientos de segundos, minutos, hasta que Alois necesitó boquear por aire—. ¿Suficiente?

Hendrik negó con la cabeza.

—No —gruñó—. Beso.

Alois sonrió y lo besó, una y otra vez. En unos encuentros tibios y cuidadosos, los labios de Hendrik se sintieron como almohadas perfumadas en las cuales alojarse.

—Cuando no estás siendo un gruñón, eres lindo —susurró sobre los labios de Hendrik.

—Coqueto. —Hendrik sonrió en respuesta. Se separó y se colocó de pie en cuanto escuchó un golpe en la puerta.

Alois lo vio apartarse y abrir el portón oxidado. Escuchó a Hendrik murmurar algo incomprensible y luego observó cómo se marchaba. No estaba esperando que su dueño se despidiera, ya estaba demasiado acostumbrado a que no lo hiciera.

Al poco tiempo, fue a ver a Nevin a su celda. Sabía que el excéntrico rubio estaría allí, ya que este había mencionado algo sobre una tarde de belleza para chicos finos. Sí, cosas de Nevin.

A esa hora ya había varios convictos transitando por los pasillos de North Collan, buscando sin mucho éxito alguna actividad en la que ocupar su tiempo. Todos simplemente vagaban de allá para acá en un bucle.

Uno de los reos, un hombre a quien recordaba porque días atrás le regaló unos analgésicos en la unidad médica, lo interceptó en el camino. Lucía un poco pálido y menoscabado, y se restregaba el cuello con ansiedad. Vestía con un ligero suéter y zapatos rotos, luciendo miserable como casi todos.

—¿Sí? —preguntó Alois con un poco de inseguridad. El hombre miró en distintas direcciones antes de volver a centrar sus ojos en él—. ¿Ocurre algo?

—No, no. Yo solo quería darte las gracias por los analgésicos.

—Oh, está bien. No hay problema. —Se encogió de hombros e intentó seguir su trayecto a la celda de Nevin cuando una mano ceñida a su muñeca se lo impidió—. Oye, amigo…

Giró en dirección al reo con un rictus molesto plantado en sus facciones.

—Sí, sí. Lo siento. Es que quería darte algo en agradecimiento.

—No, así está bien. No tienes que darme nada.

—De verdad, quiero hacerlo.

—Y yo de verdad te digo que no es necesario.

—Solo tómalo, ¿sí? —El hombre soltó a Alois y rebuscó en un bolsillo de su pantalón. Una cajetilla de cigarros apareció ante los ojos de Alois—. Es lo menos que puedo hacer.

—Uhm…

—No me gusta estar en deuda. Solo acéptalo.

—Bien. De acuerdo, gracias. —Tomó la cajetilla, guardándola en su propio pantalón y agradeció varias veces al convicto antes de continuar su paseo hasta la celda del rubio.

Ignoró las miradas que se posaron en él, inquisidoras y burlescas por partes iguales.

¿Por qué siempre parecía estar siendo observado? Bien, sabía por qué. Hendrik era el por qué. El problema era que no entendía por qué era importante lo que él hiciera. Él tenía una especie de… ¿relación?, o lo que fuera, junto a Hendrik y no junto a los miles de convictos. Además, era la primera vez que le daban algo en agradecimiento y se sentía bien. Una simple cajetilla de cigarros en North Collan era como un pequeño tesoro.

Sin más contratiempos, llegó a la celda de Nevin. Su puerta estaba abierta, por lo que ingresó sin necesidad de tocar.

—¡Oh, mierda! —Tapó sus ojos con una mano aplanada sobre su rostro, retrocediendo tres pasos y chocando contra el umbral de la puerta.

—¡Alois! Justo estaba pensando en ti.

—Bien. No sé cómo deba tomarme eso, considerando que te están rasurando el trasero.

Mil demonios. ¡Que alguien vertiera ácido sobre sus ojos!... Acababa de ver cómo Ryan, un recluso parte del grupo, pasaba una rasuradora entre los pliegues del trasero de Nevin. Iba a tener pesadillas por el resto de su vida.

—¡Exagerado! Es algo normal. Ya deja de taparte los ojos.

—No hasta que hayas tapado tu trasero y la rasuradora esté a mil metros mí. —Escuchó a Nevin bufar y una risa cómplice por parte del otro convicto.

—Bien. Ya estoy tapado. —Alois se destapó los ojos con recelo, entreabriéndolos y parpadeando con un mohín de asco. Nevin rodó los ojos a eso, sentado con piernas cruzadas y su entrepierna cubierta por una camiseta—. Pobre de tu novio, tener que comerte con pelo y todo.

—¿Es en serio? Estamos en una puta prisión. No creo que tener el trasero depilado sea importante.

El rubio se llevó las manos al pecho, luciendo horrorizado por las palabras de Alois. Ryan, mientras tanto, lavaba la rasuradora en el lavamanos sin dejar de sonreír.

Alois se dejó caer a un lado de Nevin, apoyando su espalda en el frío concreto de la pared.

—¿Les parece si hacemos algo hoy? —el rubio ofreció.

—¿Qué tienes en mente?

—Yo no puedo, ya debo irme. Tengo un trabajo pendiente.

—De acuerdo, cuídate, ¿sí? Usa condón. —Nevin le lanzó un sonoro beso a Ryan.

—Lo intentaré —bromeó este con un amago de tristeza delator en la mirada—. Nos vemos luego —se despidió Ryan, dejando la rasuradora en una arcaica mesa al lado de la litera.

Alois y Nevin se despidieron con un movimiento de mano mientras sonreían condescendientes al reo, cuyo trabajo implicaba tomar hombres por alguna limosna.

—¿Por qué no tiene a nadie que vea por él? —preguntó Alois, sintiendo un molesto pinchazo en su pecho al pensar en el miserable reo—. Es lindo.

—No es tan fácil, Alois. No es como si todos aquí pudieran tener un cabrón que los proteja. La mayoría debe valérselas por sí mismo, ya que no hay muchos hombres dispuestos a cuidar de otro, ni siquiera a cambio de sexo.

—Pero…

—No pienses más en eso. Así es la vida aquí, te acostumbrarás. —Alois dudaba bastante que eso llegara a ocurrir, sin embargo, no dijo nada. Bajó su rostro y se encogió de hombros, apretando los labios y enfocando la vista en el suelo—. Ahora, volviendo a lo que es importante, Lulú… —*Oh, no.* No el apodo de nuevo—. Si crees que puedes andar sucio como un puerco y no cuidarte solo porque estamos en una prisión… Entonces, déjame decirte que estás en el grupo equivocado de amistades.

Alois miró a Nevin, parpadeando lentamente porque no podía creer lo que le estaba diciendo el rubio y mucho menos la forma en que lo decía. Casi sonaba a amenaza y sí, era un poco divertido.

—¿Sabes? Pareces una maldita porrista popular, de esas abusivas que tienen nombres como Casey en las películas.

La sonrisa de Nevin se hizo imposiblemente más grande.

—¡Ay, sí! ¿Ves que puedes ser lindo conmigo si lo intentas, Lulú?

—No te estoy halagando —ironizó con una sonrisa traidora.

—Me da igual, yo elijo qué es un halago y qué es una ofensa. Ahora, ven y ayúdame a tener el trasero lindo y suave. —Se intentó destapar sin éxito, ya que Alois de inmediato colocó una mano sobre la cubierta entrepierna de Nevin, negando con la cabeza.

—No, olvídalo. —El rubio bufó y rodó los ojos al techo rebeldemente—. Grosero. ¿Tienes un encendedor? —Tanteó su bolsillo izquierdo y sacó la cajetilla de cigarros.

—Sí, en mi pantalón. Ese de ahí. —Señaló un sucio pantalón gris que se encontraba en el suelo. Alois llegó a él de un salto y sacó el encendedor para prender un cigarrillo.

—¿Quieres uno?

—Oh, pero qué elegante, ya incluso puedes ofrecer —bromeó, aceptando el cigarrillo que Alois estiraba hacia él—. Asumo que las cosas con Hendrik van bien.

—No es… —Se sofocó con las palabras en su garganta—. Es decir, sí van bien… Creo. —

Arrugó la nariz al recordar el carácter apático de su dueño. Prendió el cigarrillo, dándole una profunda calada para llenar sus pulmones de aquel humo—. Pero esto no me lo dio él.

Y estaba casi orgulloso por eso; no obstante, el rostro de Nevin se contrajo en una mueca de desaprobación. Ya no había rastro alguno de diversión en sus facciones.

Sacó el cigarrillo de su boca y se remojó los labios con su lengua, confundido.

—Alois… ¿Cómo que no te los dio Hendrik? —Nevin preguntó con cierta cautela.

Y él, algo perdido por el notorio cambio en el tono de voz del rubio, no supo por qué todo se había tornado repentinamente serio cuando pocos segundos antes habían estado hablando de traseros depilados.

—¿Cuál es el problema? Son solo cigarrillos, y me los dio uno de los hombres que traté en la unidad médica como agradecimiento.

—¿Alguien te vio? —Alois le hizo un gesto con las manos, indicándole que no comprendía su pregunta—. ¡Te estoy preguntando si alguien vio cuando el sujeto te dio los cigarrillos!

—Sí, bueno. Eso es obvio, ¿no?

—Oh, mierda. —Nevin pellizcó el puente de su nariz y se colocó de pie, tomó su pantalón gris del suelo y se lo colocó rápidamente—. Vamos.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Devolverás estos malditos cigarrillos. —Arrebató el cigarrillo de la boca de Alois y lo pisó con la suela de uno de sus zapatos.

—No, Nevin, ¿por qué? Dios, estás actuando como un demente. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Alois, no estás entendiendo!… ¿No recuerdas cómo es que se obtienen las cosas en North Collan? —Alois parpadeó y se mantuvo en silencio. El rubio soltó un gruñido desesperado y dejó caer su cabeza hacia atrás, como si estuviera resignándose—. Eres tan idiota, mierda.

—Nevin, no estoy entendiendo tu mierda. Son unos putos cigarrillos.

—¡Y te los dio un hombre que no es Hendrik!

—¡¿Y cuál es el problema con eso?!

—¿De verdad no ves el problema? No lo puedo creer... —Negó, cruzándose de brazos con el entrecejo arrugado. Lucía molesto y su voz era dos octavas más altas—. El maldito problema es que ahora todos en North Collan deben estar esparciendo el rumor de que te estás prostituyendo, imbécil.

—¡¿Qué?! No, yo jamás…

—¡¿Ahora logras entender el problema?! —gritó, alzando los brazos—. Aquí nadie regala nada, Alois. Nadie. Si te ven aceptando cosas de un reo, van a pensar que te estás abriendo de piernas para él y le llevarán la mentira a Hendrik.

Alois bajó la mirada, lágrimas formándose en sus ojos debido a la impotencia. Todo su cuerpo se puso rígido y sus manos quedaron hechas puños a los costados de sus caderas. ¿Cómo podían decir eso solo por haberlo visto recibiendo una maldita cajetilla de cigarros? No tenía lógica.

—¿Por qué? —preguntó ahogando un hipido—. Solo quise… Solo intentaba ser amable.

Nevin pareció suavizarse ante el tono vulnerable y arrepentido de Alois.

—Pero aquí no existe la amabilidad, Alois. Aquí necesitas tener un medio de pago para obtener cosas. Yo tengo a Zev y Zev pelea, así obtiene las cosas que él necesita y que yo le pido, pero no tengo otra forma de obtener beneficios si no es a través de él. Todos lo saben y lo mismo ocurre contigo. Tú quieres algo, se lo pides a Hendrik. De esta manera es como funciona para nosotros.

—So-solo era una cajetilla de cigarros. No quiere decir que… —Hipó—. A veces acepto cosas de ustedes, ¿no? E-es lo mismo. —Nevin negó con la cabeza.

—Lulú, puedes aceptar cosas, regalos… de mí, de Zev y de los cercanos a Hendrik, pero no debes confiar en sujetos que no conoces. No sabes… —Se detuvo de golpe. La figura de Hendrik estaba en el marco de la puerta. Su rostro no lucía expresión alguna—. Hendrik.

Alois se volteó, sintiendo un frío calarle los huesos al ver a su dueño ahí.

—Entrégame los putos cigarrillos. —Alois ahogó un jadeo. La voz de Hendrik nunca había sonado tan profunda y fría. No le gustaba, no quería ser la razón de su rabia. Estiró su mano temblorosa en dirección al emperador. La cajetilla de cigarros apenas podía ser sostenida entre sus dedos—. ¿Sabes lo que anda diciendo tu amigo?

Hendrik ladeó una sonrisa, una que marcaba su hoyuelo izquierdo. Y Alois solo quiso que dejara de verlo así, con aquella malsana diversión pintando sus atractivas facciones.

—Y-yo… —Nevin se paró a su lado y tomó su mano, quizá intentando darle valor, quizá intentando apoyarlo.

—Dijo que se había acostado con mi puto a cambio de una cajetilla de cigarros.

—¡No! —sollozó, negando con la cabeza—. Yo jamás…

—Que cualquiera puede venir y follarse a mi perra, incluso un cerdo. —Apretó la cajetilla hasta que esta se rompió—. ¿Es eso lo que buscabas?

—Por favor —pidió dando un paso en dirección al emperador, cuyo veneno pudo sentirse como un perfume tóxico—. Solo quería…

—Ser amable, sí. Lo escuché. —Se acercó y tomó el mentón de Alois, sus dedos apretando con vesania la piel del más bajo—. Y tu amabilidad me está jodiendo los sesos.

—No lo haré nunca más…

—Por supuesto que no lo volverás a hacer, maldito. Como vuelvas a andar aceptando mierdas de otro, te cortaré los cojones. —Hendrik soltó a Alois y lo recorrió con la mirada. Decir que irradiaba cólera era bajar de perfil al enojo del emperador—. Odio que seas tan ingenuo.

Alois negó con tanta fuerza que su cuello dolió. No quería pelear con Hendrik, y por nada del mundo quería volver a lo que tuvieron durante los primeros días. Habían demasiados besos y caricias de por medio como para hacerlo y realmente no podía arruinarse todo por su culpa.

—No sabía —intentó justificarse, limpiándose las mejillas con el dorso de la mano.

Hendrik alzó el mentón, mirándolo con reproche. Esos mismos labios que Alois había besado horas antes, estaban apretados con amargura.

—Hoy no te quiero en la celda. Ya verás tú dónde vas a dormir.

Alois abrió la boca para protestar, pero Nevin le apretó la mano, indicándole que guardara silencio. Aceptó con un movimiento leve de cabeza y Hendrik salió de la celda sin decir una sola palabra más.

Nevin sobó su espalda baja durante algunos minutos, susurrando palabras consoladoras.

—Vas a estar bien, Alois. Vas a estar bien —suspiró Nevin, apoyando su cabeza en el hombro de Alois.

—Voy a volverme loco, Nevin. Esta prisión va a volverme loco. —Se jaló los cabellos con rabia.

No podía ser parte de eso, nunca encajaría y seguramente iba a terminar pagando el precio por ello.

◆ ◆ ◆

Fue difícil retomar el ritmo después de eso. Alois estaba demasiado asustado de hacer cualquier cosa que molestara a Hendrik y este parecía no querer hablarle siquiera. Habían tenido demasiados encuentros desde la última vez. Sentía que Hendrik buscaba motivos para alejarse de él y Alois no encontraba la forma de mejorar la situación.

Para empeorar las cosas, estaba enfermo con una gripe que se sentía como una tortura en vida y que lo tenía transpirando en frío debido a la fiebre. Por lo que ahí estaba, envuelto en mantas y temblando como una hoja al viento, su frente mojada por el sudor y sus cuerdas vocales irritadas. Ni siquiera se había levantado para ir a desayunar, mucho menos a almorzar. El mareo se hacía presente apenas se intentaba sentar en la cama, por lo que ya se había resignado a morir de hambre.

Y como Hendrik no le hablaba, este no sabía del precario estado en el que se encontraba él. Alois tampoco se hacía falsas esperanzas con que a su cruel dueño le importase.

Sí, miserable. Ese era él. Un aplauso, por favor.

Estornudó, sorbiendo su nariz roja e irritada, hecho un ovillo y recordando cómo su mamá lo cuidaba siempre que se enfermaba. Para hacerlo mucho peor, se estaba poniendo sensible.

En realidad, y si se permitía ser honesto al escudarse en la delirante fiebre, Alois era de por sí demasiado sensible, emotivo y blando, y eso no era bueno. No cuando se encontraba en una de las peores penitenciarias del gobierno, cumpliendo una condena por cinco malditos años.

Hundió su rostro en la almohada para ahogar un grito de frustración y tristeza. Se sentía insoportablemente solo y vulnerable, algo a lo que no estaba acostumbrado.

Escuchó unas pisadas y cómo cerraban la puerta de la celda. Quiso salir de su escondite para ver quién era, pero simplemente no pudo. Las mantas sobre su cabeza pesaban demasiado y su cuerpo no tenía fuerzas.

—¿Ya estás muerto o qué?

Hendrik, naturalmente…

Alois se acurrucó en sí mismo y no respondió a la molesta pregunta. La cabeza le dolía

demasiado y lo último que necesitaba era tener una discusión en ese momento.

—Oh, así que anda valiente el cabrón. No respondes, perfecto. —Las mantas sobre su cuerpo fueron removidas bruscamente. Sorbió su nariz y levantó la vista, pestañeando con pereza debido al cansancio—. ¿Qué demonios te pasó, mamón?

Hendrik lo observó con labios entreabiertos y ceño fruncido, notoriamente sorprendido por el mal estado en el que se encontraba Alois.

—Me… —Tragó—. Me enfermé.

—Sí, eso veo. Estás horrible y apestas —se burló, pinchándose la nariz con dos dedos. El labio inferior de Alois tembló y un hipido escapó de su afiebrada boca. Hendrik dejó de sonreír en ese momento—. Oye, ya. No vas a llorar por eso, ¿verdad?

—Eres… —Sorbió su nariz. Frotándose los ojos con las palmas de sus pálidas manos—. E-eres ta-tan malo conmigo.

—Venga…

—N-ni siquiera… —balbuceó, tragando su llanto—. Ni siquiera te importa que, que me sienta mal…

Hendrik parpadeó, llevándose una mano a la nuca para frotársela en un gesto que denotaba incomodidad.

—Joder, ya. Uhm, ¿quieres agua o algo? —Y Alois detonó en un llanto dramático, volteándose y escondiendo el rostro en su pequeña almohada. Era simplemente demasiado y la fiebre no ayudaba. Hendrik tampoco—. ¿Pero qué…?

—Me odias —sollozó, negando con la cabeza y sus hombros sacudiéndose en pequeños espasmos debido al llanto—. ¡Todos me odian!

—Hombre…

Alois permaneció sollozando unos cuantos minutos más, siendo consciente de que se veía patético, pero no le pudo importar menos. En ese momento nada le importaba, ni siquiera el idiota sin sentimientos de su dueño, al cual seguía recriminando entre balbuceos e hipidos.

Escuchó la puerta ser abierta y cerrada nuevamente.

—I-idiota —lloriqueó—. Tonto, ins-insensible.

No quiso dormir. Quiso seguir maldiciendo a Hendrik hasta que no le quedara voz; sin embargo, su cuerpo tuvo otros planes contrarios, por lo que se quedó dormido al cabo de unos cuantos minutos, preso de la fiebre y de su pobre condición física.

Para el momento en el que se debatía entre la inconsciencia y el pesaroso despertar, Alois no comprendió con exactitud qué ocurría. Era como una caricia en su rostro, de manos frías. Aun cuando tiritaba y respiraba con pesadez, se sintió bien. Quizá solamente estaba teniendo un buen sueño.

Alois se removió, jadeando al sentir el indescriptible contacto sobre su frente más real.

—¿Estás despierto, insolente?

Pestañeó, haciendo uso de sus pocas facultades motrices. Y sí, estaba malditamente

alucinando. No, quizá ya estaba muerto. Eso era mucho más probable que tener a Hendrik sentado a su lado, limpiándole el rostro con un paño mojado y una expresión de preocupación en el rostro.

Quería llorar nuevamente.

—L-lo sien…

—Shhh —lo silenció su dueño—. No hables. Mira que ya casi y te mueres.

Asintió débilmente. Cerró los ojos y dejó que la cruel bestia siguiera cuidándolo; una parte de él insistía en que estaba soñando, pero la sensación de alivio en su cabeza al tener un paño bajándole la fiebre, le demostraba que sí era real.

Hendrik estaba cuidando de él. Después de todo, su dueño seguía ahí. ¿Cómo debía de sentirse al respecto? ¿Cómo iba a racionalizar lo que ese imbécil encendía en él?

Escuchó unos ligeros golpes en la puerta y sintió cómo el colchón dejaba de estar hundido en el lugar donde Hendrik se encontraba. Gimoteó lastimeramente al sentir la pérdida de contacto, porque en ese momento necesitó más. Necesitaba todo.

Hendrik abrió la puerta, encontrándose con su compañero de crimen, Zev, al otro lado. El moreno estiró una bolsa de papel al emperador, quien la abrió en el acto, revisando su contenido.

—¿Me trajiste todo lo que te pedí?

—Sabes que sí. Ahora le traen comida y Nevin manda sus condolencias por el muerto.

—Imbéciles. Se me muere el mamón y quemaré toda la prisión, con ustedes dentro.

—Qué bello es el amor —suspiró Zev dramáticamente.

—Saca tu culo de aquí antes de que te demuestre mi amor con golpes, imbécil —gruñó, indicándole con la cabeza que desapareciera o llevaría a cabo su amenaza.

Zev se carcajeó y palmeó el hombro de Hendrik antes de retirarse, gritando cómo nadie lo valoraba y lo poco amado que se sentía.

Alois tosió, quizá exagerando un poquito, pero no podían culparlo. Quería toda la atención del mundo. Quería sentirse querido y ser acurrucado, que le dieran mimos y besos por el rostro y…

—Ya, pedazo de mierda. Levanta el culo para que pueda tomarte la temperatura.

—¡No! —gritó con pánico, llevándose ambas manos a su trasero de manera protectora. Hendrik chasqueó con la lengua y sacó un termómetro de la bolsa, caminando hasta la cama donde un tembloroso y sollozante Alois negaba débilmente—. No quiero, no quiero, no quiero.

Hendrik lanzó la bolsa de papel sobre la mesa que estaba al lado de la litera.

—¡¿Pero y a mí qué me importa lo que tú quieras?! Más encima eres un desagradecido. Levanta el culo y deja que te tome la puta temperatura. —Comenzó a forcejear con el pantalón de Alois, incrustando los dedos en el borde de este mientras sostenía el termómetro con su mano contraria. Alois se removió intentando soltarse del agarre de Hendrik, sollozando que iba a doler y que no quería nada en su trasero—. ¡Deja de moverte, hijo de puta!

—¡No lo quiero así! —lloriqueó, plantando sus pies en el colchón e intentando alejar a

Hendrik sin éxito—. ¡Puedes ponerlo en mi boca!

—¡Venga y más encima te pones puta!

Naturalmente, y para no variar, no se estaban entendiendo, por lo que continuaron en aquella extraña y nada fructífera discusión hasta que Alois se sintió demasiado mareado para continuar y tuvo que dejarse caer sobre el colchón con peso muerto. Sus mejillas estaban rojas y sus ojos vidriosos e hinchados, sus labios partidos debido a la fiebre y todo el cuerpo le dolía.

—N-no quiero —gimoteó en un último intento y Hendrik bufó, pasándose los dedos de una mano por el cabello y maldiciendo en un murmullo—. Por favor...

—Mierda. Eres imposible, corderito. —Alois hizo sobresalir su labio inferior, sorbiendo su nariz. Sí, estaba usando la artillería pesada, pero era una situación extrema; en ese momento, no quería tener nada metido en su trasero—. Ya, entonces te mueres y listo.

—¿P-puedo? —preguntó estirando su mano al termómetro. Hendrik puso los ojos en blanco y se lo entregó, sin decir una sola palabra al respecto.

Alois comprobó que el mercurio estuviera en la temperatura adecuada y abrió un poco la boca, acomodando la punta metálica del termómetro bajo su lengua.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Hendrik con una ceja perfectamente enarcada y rascándose la mandíbula con una mano. Alois, con su rostro hecho un desastre, se encogió de hombros y palpó el termómetro con su dedo índice—. No soy un puto adivino, Alois.

Alois exhaló pesadamente por la nariz y cerró los ojos. Esperó unos cuantos minutos antes de abrir la boca y sacar el termómetro. No alcanzó a ver los grados marcados, ya que Hendrik le arrebató el fino artilugio de un manotazo.

—¿Ves?

—¿Es en serio? —preguntó realmente sorprendido el exmilitar—. ¿Puedes saber tu temperatura poniéndote esta mierda en la boca?

—Uh, sí… Generalmente, así es como funciona, Hendrik.

—Ya. —Se rascó la esquina de una ceja, la curiosidad reflejada en las líneas de su rostro al igual que ocurriría con un niño pequeño—. Me hubieras dicho antes.

—Lo intenté.

—Bueno, no me puedes culpar. Meter esta cosa en tu trasero sigue pareciéndome una mejor idea. —Sonrió triunfal, agitando el termómetro entre sus dedos. Llevó una mano a la frente de Alois, borrando la sonrisa de su rostro—. Esto dice que estás con mucha fiebre, corderito. Voy a darte una pastilla, de esas que te bajan la temperatura.

—¿Cómo se llama?

—¿Qué importa? La conseguí para ti y vas a tomarla. —Abrió la boca para contestar, pero la mirada poco amistosa de Hendrik le dijo que no era buena idea, por lo que se limitó a asentir —. Así me gusta, cuando eres un buen corderito. ¿Ves? Te pones bonito y obediente, y dejamos de pelear.

—Eres tú el que pelea.

—Voy a perdonarte eso solo porque estás enfermo. Seguro es la fiebre. —Se colocó de pie y

caminó hasta el lavamanos, girando la llave del agua y llenando un vaso con esta.

—No es la fiebre quien me ha estado ignorando.

—Mierda. Me jodes como no tienes idea —gruñó, tomando la bolsa de papel y haciendo crujir el material. Se acercó nuevamente a Alois con la bolsa en una mano y el vaso de agua en la otra, la cual le entregó al castaño.

—Lo siento. —Hendrik hizo un sonido ronco en respuesta, sus ojos fijos en la bolsa que curioseaba.

—Aquí está. Ten, este remedio es bueno… Abre la boca. —Alois sonrió, recordando la primera noche que llegó a North Collan—. ¿De qué te ríes ahora?

—Cuando… Cuando recién llegué, me dijiste eso. —Hendrik frunció el ceño como si intentase recordar. Colocó la tableta sobre los labios de Alois, quien aceptó el medicamento. El vaso de agua regresó a la mano del ojiverde cuando se la quitó a Alois en su distracción.

—¿Eso?

—Abre la boca —respondió Alois.

Bebió del agua que Hendrik colocaba frente a sus labios, su garganta sintiéndose áspera e inflamada. Gimió bajito a causa del dolor, sintiendo cómo Hendrik no le quitaba los ojos de encima; lucía preocupado, o tal vez era la fiebre que lo hacía ver cosas que no existían.

—Hm.

—Luego lamiste mis labios.

—Sí. Lo hice, ¿verdad? —Se miraron unos segundos en silencio. Era la primera conversación decente que tenían desde la pelea a causa del malparido mentiroso que inventó que Alois se prostituía—. ¿Cómo no hacerlo? Tienes esa boquita de puta que me calienta tanto.

—Entonces, ¿por qué no me has besado?

—¿Quieres que te bese?

—Quiero. Siempre, aun cuando estemos enojados.

—No tienes derecho a enojarte, mamón. Lo sabes.

—¿Vas a besarme o no? —preguntó Alois con un puchero en labios y ojitos vidriosos debido a la gripe.

—La fiebre te vuelve un insolente.

Hendrik se acercó, y lo besó, simples labios encontrándose gentilmente, casi con timidez. Alois respiró el aliento de Hendrik unos segundos hasta que tuvo que separarse para respirar profundo a través de la boca. Maldita nariz congestionada.

—¿Otro? —preguntó casi sin voz.

—No puedo decirle que no a un enfermo.

Y se besaron nuevamente, con la mano de Hendrik acunando el rostro de Alois y acariciando su mejilla con dedos ásperos y fríos. Se sintió como tocar el paraíso tras mil años en el infierno.

—No quiero pelear contigo. —Llevó una mano al pecho de Hendrik, aplanándola sobre su pectoral izquierdo, justo a la altura del corazón—. Porque duele aquí.

Hendrik sonrió con aquel hoyuelo protagonista marcándose en su mejilla, pese a que sus ojos no mostraron diversión alguna.

—¿Sí? Me gustaría saber qué se siente tener uno de esos.

Alois correspondió y curvó sus labios con tristeza, porque no sabía hasta qué punto eso era una broma o la innegable verdad.

◆ ◆ ◆

Alois se preguntaba constantemente qué hubiera ocurrido si en vez de Hendrik, le tocaba otro compañero de celda. La conclusión siempre era la misma: hubiera terminado muerto.

Para los que eran como él, débiles o tranquilos, la estadía en North Collan era prácticamente una tortura. Iba más allá de una simple restricción de la libertad y mal entorno; era un infierno. Eran abusados por otros reos y vivían a base de migajas que lograban obtener de los que llevaban las riendas de la prisión.

Los guardias eran tan inútiles como despiadados, y solo por obtener algo de diversión eran capaces de permitir las más viles atrocidades. Alois ya lo sabía; los había visto mofarse de un chico siendo abusado y apostando cuánto duraría antes de desmayarse.

Era horrible y había días en los que no tenía ni fuerzas para salir de la cama, a sabiendas de lo que encontraría afuera. A Hendrik parecía no importarle en lo más mínimo lo que ocurría en North Collan y Alois no tenía el valor para pedirle que hiciera algo al respecto. Tampoco era tan ingenuo para creer que algo iba a cambiar si hablaba con Hendrik sobre sus miedos y lo mal que dormía pensando en que podía ser él quien terminaría siendo abusado en algún momento.

Nevin le decía constantemente que dejara el miedo de lado, que nadie se acercaría a él porque Hendrik siempre le tenía un ojo encima, y Alois no podía fingir que no lo había visto, cómo siempre parecía haber algún perro deHendrik a su espalda, cuidándolo o vigilándolo. La diferencia no importaba.

Tal como sucedía en ese instante. Alois se encontraba en el patio con un cigarrillo en su boca y su menudo cuerpo estando cubierto por las enormes ropas de Hendrik.

—Creo que voy a comenzar a pelear —comentó Nevin de la nada, ignorando al subordinado de Hendrik, quien a poca distancia los miraba fijamente y apenas parpadeaba.

—Nevin… —suspiró Alois en respuesta.

—¡¿Qué?! Es una idea maravillosa, Alois. Seré el emperador y créeme… —Apuntó a un grupo de hombres que peleaban en ese momento—. Esas mierdas dejarán de ocurrir.

—… Como digas, Nini.

—¿Nini?

—¿Te suena Lulú? Sí, ¿ese ridículo apodo que tú me pusiste? Bien, esto es simplemente la venganza.

—Tu corazón es negro, no me gusta, pero Nini es lindo… *Duh*, yo soy lindo, obviamente

todo me queda. —Sonrió socarrón y guiñó un ojo a Alois—. Buen intento, Lulú.

—Tu ego es más grande que mi trasero.

—Dios me libre.

Se mantuvieron en silencio unos cuantos segundos hasta que Nevin, quien por naturaleza no era bueno manteniéndose callado, decidió volver a hablar.

—¿Y cómo va tu cosa esa? La de ser médico.

—Pues bien, creo. —Suspiró, intentando en vano ordenarse el flequillo que caía frente a sus ojos—. Es increíble la cantidad de reos que llegan a medio morir.

—Qué desagradable. No entiendo cómo puedes trabajar en eso… Realmente eres tan raro.

—No soy el único médico en el mundo, ¿sabes? Es una vocación. Todos merecen la oportunidad de tener una salud decente, incluso los criminales.

—¡Ay, basta! Odio cuando haces que me sienta mal… Eres como una conciencia, pero enana. —Alois rodó los ojos. Nevin desde un tiempo había comenzado a meterse con su estatura, lo cual no era agradable—. Pero bueno, al loco de tu dueño le gusta… Zev dice que Hendrik siempre anda como un cabrón orgulloso, hablando sobre lo inteligente que es el mamón que llegó a su celda.

—¿En serio? —preguntó con las mejillas ruborizadas y su labio inferior siendo mordisqueado.

—Sí. —Nevin se recogió de hombros y estrechó los ojos al ver a Zev apareciendo en su campo de visión con un delgado moreno intentando colgársele del brazo—. Ese hijo de puta…

—¿No piensas detenerlo?

—Nah. Ni siquiera me importa. —Hizo un desdén con la mano—. Por mí, que se muera ahogado en semen.

—Creo que tú eres más cercano a ese tipo de muerte —bromeó.

—Ojalá Hendrik te pegue las pulgas.

—Le mencionaré tus buenos deseos —contestó Alois triunfal, ganándose un golpe en el hombro.

—Genial, y de paso le das el cuchillo, perra traidora.

—Perro traidor, gracias.

—¡No en mi reino! —exclamó exageradamente, tan normal en él. Típico de Nevin—. Eres de las mías o eres de esos… —Apuntó al moreno con el que estaba Zev, casi con indignación.

—Sí, sí. Como digas…

Nevin le puso una mano en la boca y lo obligó a callar, comenzando a protestar sobre cómo Alois era el peor amigo del mundo. El castaño ya se había acostumbrado al carácter excéntrico y exagerado de su amigo Nevin. Amigo, sí. Nevin lo era, ¿verdad? Dentro de aquel averno, era la única persona en la que Alois confiaba. Bueno, no la única, quizá había un exmilitar en quien Alois también confiaba, pero se negaba a admitirlo.

Hendrik, maldito idiota. Sí, maldito estúpido idiota, con su cabello mojado y su cuerpo bien

tonificado. Con esos ojos tan verdes y esas grandes manos que lo tocaban como si…

¡Dios! ¿Podía dejar de usar su miembro para pensar?

—Hey, ahí viene Hendrik —avisó Nevin.

Genial, simplemente genial.

Ahí estaba su dueño, caminando hacia él con largos pasos y espalda erguida. Los demás reos bajaban la cabeza por inercia cuando Hendrik pasaba por su lado. Tétrico.

Era un hombre horrible, tan macabro. ¡El peor!

Y Alois estaba sonriendo como estúpido en su dirección. ¡Bravo!

—¿Por qué cojones estás sonriendo, mamón? —gruñó Hendrik al quedar a poca distancia de Alois.

Tan divino. ¿Cómo podía existir un hombre tan encantador?

—No era por ti —respondió bajando la vista—. Nevin, él… acaba de contarme un chiste, ¿verdad, Nini?

El rubio bufó y asintió lento, como si no quisiera seguir la mentira de Alois.

—Ya… ¿Me ves cara de imbécil?

Alois apretó los labios para no decir algo de lo que después se arrepentiría.

—Sí, todos en realidad —respondió el rubio, dando un brinco de su asiento para luego salir corriendo apresurado.

Hendrik intentó agarrarlo, pero no fue lo suficientemente rápido.

—Ese hijo de puta…

—¿Necesitas algo? —indagó el castaño velozmente, buscando su atención. Sujetó con los dedos de su mano izquierda la muñeca de Hendrik en un intento por sostenerlo.

Hendrik se soltó bruscamente y lo recorrió con la mirada.

—No te he visto en todo el día. No me gusta —dijo como si nada. Y no, no era nada, era mucho, tanto que el corazón de Alois dolió por la rapidez con la que comenzó a latir—. No lo hagas.

—Uhm… Estuve, ya sabes, ayudando en la unidad médica —intentó justificarse. Su voz fue un arrullo avergonzado, a la par de sus mejillas sonrojadas—. Y después vine por un cigarrillo con Nevin.

—Ya… ¿Y no hay tiempo para mí?

Oh, bien, si lo ponía de esa manera...

—¿Me extrañabas, quizá? —preguntó Alois, tentando su suerte.

Hendrik sonrió en respuesta, labios estirados e inmorales hoyuelos a la vista.

—Es que eres algo especial… Lo eres. —Se pasó una mano por la extensión de su barbilla, sin dejar de sonreír. Sus ojos esmeraldas permanecieron fijos en Alois—. No creo que alguien alguna vez, además de ti, haya insinuado que yo podría hacer eso, extrañar a alguien.

—*Uh*. Es normal hacerlo, ¿sí? Eres humano…

—Estás tan loco, corderito. Con razón terminaste aquí. —Se inclinó para sujetar el rostro de Alois mediante su mentón, y dejó un rastro brillante de saliva sobre sus propios labios al humedecerlos con la lengua. Ahí frente a todo el resto de convictos, que desde lejos silbaron y exclamaron una sordidez de vulgaridades sobre su dueño y él—. Hijos de puta —bufó sobre la boca de Alois antes de apartarse, alzando su brazo con la mano hecha puño y dejando a la vista su dedo corazón en dirección al público—. ¿Por qué no vamos a nuestra celda? —ofreció, ladeando fugazmente el rostro y tirando de Alois desde su cintura—. Así te demuestro cuánto este humano te ha extrañado.

Y Alois no sintió mariposas. Fue hierro caliente atravesándole el vientre. ¿Lo peor? Comenzaba a gustarle la sensación.

Se dejó llevar por Hendrik de regreso a las cuatro paredes que, como testigos silenciosos, habían presenciado cada uno de sus momentos más dulces y amargos. Solo necesitó poner un pie dentro para que la bestia de su dueño hiciera de él un desastre de besos, de mordidas y ávidas caricias; que de caricias tenían poco, pues más se asemejaban a una bestia salvaje saboreando a su presa antes de devorarla por completa.

Lo azotó contra la pared más cercana, cerrando la puerta con tal descuido que el sonido metálico y chirriante tronó en las orejas de Alois. Sus manos se cerraron en el rostro de Hendrik y su boca se abrió cuanto pudo para recibir todo lo que ese cruel emperador quería darle. Degustó directamente su saliva y lo caliente de su lengua, olisqueando casi con desesperación animal aquel aroma obsceno de su piel de colonia y sudor, característicos de Hendrik.

Jadeó de en una mezcla de dolor y placer cuando sintió las manos de Hendrik cerrarse en su trasero y clavar sus uñas, empujándolo hacia arriba y forzándolo sobre la pared. Cerró sus muslos en las caderas del otro y rodó sus caderas buscando que sus entrepiernas rozasen.

—Deja de hacer eso—demandó Hendrik en el beso, hundiendo más sus dígitos en su pronunciado trasero. Se apartó de su boca y encontró un tramo de su cuello para explorar con los dientes, cerrando los labios en torno a él y tirando de la afiebrada piel con fuerza.

—Mierda, Dios —gimoteó Alois, llevado por la sensación punzante sobre su piel y ladeando el rostro para darle más espacio. Se abrazó a él con la suficiente fuerza para no caerse.

¿Que si era un masoca? Comenzaba a aceptar la idea.

Sintió la erección de Hendrik contra la propia y sonrió para sí mismo, su labio inferior firmemente atrapado entre los dientes mientras sus ojos se mantenían cerrados. Se sintió victorioso por despertar en Hendrik aquella sucia y primitiva acción lascivia sin siquiera intentarlo, por ser para su dueño la mayor de sus frustraciones.

—Deja que te tome —jadeó con aspereza mientras chupaba la extensión de su cuello.

Alois negó.

—*Ngh.* N-no, aún no —susurró como respuesta entre respiraciones irregulares.

Sintió el gruñido de Hendrik vibrar sobre su garganta.

—¿Por qué?

—No quiero —mintió, deseándolo como jamás antes había podido desear a otro hombre y

sintiendo que el corazón se le saldría de la boca en cualquier momento—. No todavía… Por favor.

Hendrik soltó uno de sus glúteos para, por encima de la cabeza de Alois, golpear directamente sobre la pared.

—Bastardo insolente. —Mordisqueó el lóbulo de su oreja y presionó su erecta hombría sobre la de Alois—. Me vas a volver malditamente loco.

—Eso… —gimió sin aire, el calor de los cuerpos de ambos afiebrándole el rostro—. Eso estaría bien… Seamos dos locos, Hendrik.

Apoyó sus pies en el suelo cuando Hendrik lo soltó, sintiendo las rodillas débiles y un mareo embriagador que le impidió enfocar la vista.

—Deja de jugar conmigo. —Tomó el suéter de Alois desde su borde inferior y lo metió entre sus labios, indicándole en silencio que lo mantuviera sujeto entre los dientes—. De actuar como una puta y seducirme con tus palabras de mierda, mientras me jodo por dentro…

Alois jadeó abierta y desvergonzadamente cuando la mano de Hendrik se presionó en su vientre, deslizándose hasta su entrepierna.

Mirando el techo, con sus gemidos acallados contra la tela del suéter, dejó que el contrario lo recorriese con su mano. Dejó que sujetase su erección y la de él entre aquellos largos y firmes dígitos que por las noches, en las que los demonios eran desatados, usaba para arrebatar vidas.

Buscó aferrarse a él, pero aquel impulso le fue denegado cuando Hendrik atrapó sus muñecas con su mano libre y las esclavizó contra la pared, por encima de su cabeza.

—No —fue todo lo que dijo antes de volver a enterrarse en su cuello, a marcar posesivos cardenales mientras que con un movimiento desordenado, pero experto, los masturbaba a ambos en el diminuto espacio entre sus cuerpos.

El orgasmo no tardó en alcanzarlos a ambos, en incendiar a Alois de pies a cabeza y hacerlo retorcerse bajo el firme agarre de Hendrik. No pudo ver su rostro, pero los suaves jadeos que desde sus oídos se pudieron apreciar, llegaron a tomar un lugar entre los recuerdos inolvidables de su consciencia.

Sintió la corrida espesa y tibia sobre todo su abdomen, y soltó una respiración prolongada y lenta, dejando ir su suéter para limpiar los restos de saliva acumulados en las esquinas de su boca.

Hendrik se apartó de él con una sonrisa cabrona y satisfecha, que bien se asemejaba a la de un rey después de su coronación.

—No estuvo mal —murmuró con la voz más ronca de lo usual, repasando con las yemas de su índice y corazón la línea bajo el ombligo de Alois. Atrapó entre ellos vestigios de la corrida de ambos y los llevó hasta los labios de Alois, empujándolos entre estos—. Abre.

Alois obedeció con la mandíbula floja y un abrir lánguido, salivando de más debido al movimiento oscilante de los dedos de Hendrik sobre su lengua. El sabor quedó impregnado en su paladar y pareció dormirle el rostro. Se dejó follar la boca durante largos segundos, hasta que su dueño finalmente pareció satisfecho y cambió sus dedos por un último beso, flojo y amargo.

—Vamos por una ducha —ordenó, dándole una poco discreta palmada en el trasero y

apartándose de él.

Alois frunció el ceño, demorando en volver a sí mismo como para responder.

—¿Ahora? —preguntó finalmente—. ¿Es posible?

Hendrik le dio una sonrisa de soslayo en respuesta, y antes de que Alois recobrara el total control de sus pensamientos, se encontró a sí mismo en el baño del lugar.

Un grupo de reclusos, cuya pandilla era fácilmente advertible por sus cabezas rapadas y los rostros tatuados, se encontraba allí con los brazos picoteados por incontables agujas y perdidos en la adictiva tranquilidad que desde la heroína se podía alcanzar. Hendrik había pasado por su lado sin darles una sola mirada, ignorando con arrogancia el resentimiento con el que lo observaron desde su sitio en una esquina.

Uno de ellos codeó a su semejante cuando divisó a Alois y este se mantuvo tan tranquilo como le fue posible mientras pasaba por delante de ellos. Ellos rieron por lo bajo, con aquellos dientes corroídos y amarillentos que complementaban lo grisáceo de su piel.

Hendrik dejó todas sus pertenencias en uno de los casilleros; ropas limpias, una toalla y jabón. Se sacó su camiseta sin mangas y volteó a ver a Alois.

—Ordénales a esos cerdos de mierda que se vayan.

Alois tragó.

—No puedo… —susurró sin devolverle la mirada a Hendrik.

—*Ahora*.

Dejó a Alois por su cuenta, dándole la espalda para llegar hasta las regaderas donde abrió el paso del agua. El castaño repasó su nuca, sin moverse de su sitio y simplemente volteando la mitad del cuerpo para dirigirse a ellos.

—Las regaderas están ocupadas. Vayan a otro lado… —intentó.

Los sujetos, descolocados a causa de las drogas, simplemente se rieron alto en respuesta.

—¡Eh! —los llamó Hendrik, haciendo tronar sus dedos en tres chasquidos rápidos—. ¿No escucharon a mi puto? Si les dice que se piren, lo hacen. Si les dice que no lo miren, cierran los putos ojos. —Uno de los drogadictos limpió su nariz y se colocó de pie, mirando a Alois y luego a Hendrik con una pesada desaprobación y relamiendo un brillante diente de oro en su boca con socarronería. Hendrik, aún sin haber entrado y con su pantalón de chándal amarrándose a sus caderas, metió la cabeza bajo el agua y la sacudió tras sacarla, quedando con su rostro y torso empapados. Peinó su cabello con sus dedos—. Ya. ¿Desde cuándo tengo que repetir las cosas, hijos de perra?

Permaneciendo en completo silencio, prácticamente petrificados por unos segundos.

Alois observó a los drogadictos intercambiar miradas entre sí con quien parecía ser su líder.

—Vamos —dijo este finalmente, con una combinación de gestos entre cabeza y mano que les indicó a sus pares que se fueran junto a él.

Alois botó el aire retenido en su pecho cuando los vio salir por el marco de la doble puerta.

—¿Te vas a bañar o no? —preguntó Hendrik, sacándose el pantalón y dejándolo tirado en el

suelo. Alois asintió en respuesta, removiendo sus ropas con premura y sin poder eliminar aquella sensación que siempre quedaba en él tras un conflicto o tras la posibilidad de este—. Trae el champú.

—Sí, jefe —intentó bromear, rodando los ojos y negando con una expresión de pocos amigos que, por suerte, Hendrik no vio al encontrarse con los ojos cerrados bajo las regaderas.

Alois no demoró en llegar a su lado y comenzar a bañarse, dejando caer una generosa cantidad de champú entre sus dedos.

Escuchó un bufido y volteó el rostro.

—No me jodas. Que ahí tienes toda una botella.

Alois miró la palma de su mano con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¿Qué tiene?

—Eso es para dos o tres personas, corderito.

—No es cierto —replicó, sin entender cómo esa pequeña cantidad podía alcanzar para tres personas. Cosas de militares, supuso; como ese mito de las duchas en treinta segundos—. Siempre uso lo mismo.

—Pues ahora te jodes. Dame la mitad de eso —demandó el rizado, utilizando las puntas de sus dedos para robar, de manera delictual, prácticamente todo el producto.

Alois protestó con un mohín, viendo cómo lo aplicaba sobre su propio pelo.

—¡¿Pero y cómo me lo lavo yo?! —Hendrik chistó con la lengua, sacando el restante de los dedos de Alois y provocando que este pensara ya no habría más botellita de champú para él—. No, espera. ¿Qué haces?

Una de las manos de Hendrik lo hizo voltear.

—Déjame lavar tu cabello, puto derrochador... Que me cuesta dos cojones conseguir una botella de champú.

De acuerdo, eso no lo esperaba.

Alois tiró de su labio inferior al interior de la boca, bajando la vista a sus pies y guardando completo silencio mientras los dedos de Hendrik comenzaban a recorrer con torpeza y una brusquedad casi adorable, toda la extensión de su cabello castaño.

—Zorro astuto.

—... ¿Qué hice?

—No necesito verte para saber que estás sonriendo.

—No lo hago —mintió.

Sonreía como pocas veces lo había hecho en su vida.

CAPÍTULO VII

Alois tenía defectos, difíciles de reconocer y no muchos que estuviera dispuesto a admitir, pero los tenía. Quizá parte de la responsabilidad recaía en su madre o en su mejor amigo, tal vez en la grandiosa vida que tuvo y en lo poco que le faltaba. Y entre los no mencionados defectos había uno que no era precisamente conveniente para él, considerando su incierta condición actual.

Alois odiaba compartir.

Desde pequeño jamás había tenido la necesidad de hacerlo. Era hijo único y mejor amigo. Tuvo toda la atención y devoción a su alrededor desde que nació. Si quería algo, se lo compraban; si necesitaba quien lo escuchara, se amontonaban para hacerlo; y si quería un romance efímero, pero que dejara un buen gusto en su boca, solo tenía que mirar a la persona indicada.

Un coqueto privilegiado y sin remedio que jamás había probado la amargura de saberse segundo, de sentirse uno más. Hasta que entró a North Collan y entendió de forma cruel que la fortuna parecía haberse aburrido de él, lanzándolo a las quimeras de la miseria sin una sola advertencia, al hambre, el dolor y la humillación. Y peor que eso, lo había dejado a merced del amo de estas: Hendrik, quien sostenía la correa amarrada a su collar y ostentaba el poder suficiente para llevarlo a dónde él quisiera. A veces al paraíso y otras al maldito infierno, tal como ocurría en ese momento.

Mordisqueaba la esquina de su pulgar, apoyado en el balcón enrejado de un segundo piso que daba al patio trasero de la enorme penitenciaría mientras observaba como Francesco se encontraba en el regazo de Hendrik y se reía abiertamente de las cosas que su dueño le decía a Zev.

Nevin estaba con ellos, fumaba en silencio y mirando a Francesco con una expresión aburrida.

No sabía qué demonios hablaban que fuera tan gracioso, y mucho menos por qué Nevin tenía que estar ahí. Eso era una traición casi peor que la de Hendrik.

—¿Por qué no bajas y pones a esa puta en su lugar? —preguntó Elián, uno de los primeros chicos que Alois había conocido en la prisión.

Alois se encogió de hombros.

—Bah. Me da igual lo que haga.

—Ya, por eso te estás comiendo el puto dedo.

—*Aish* —articuló con frustración, sacándose el pulgar de la boca y dándole una mala

mirada al contrario—. No me jodas, Elián. Sabes que no puedo… Además, de verdad no me interesa a quienes se esté cogiendo Hendrik —mintió nuevamente, devolviendo su atención al patio bajo—. No somos nada.

—Si tú lo dices… —Sacó una cajetilla de cigarros y le ofreció uno a Alois—. Luego me lo devuelves.

—Gracias.

Recibió el cigarrillo y lo encendió con el fuego que Elián le ofrecía.

—Al menos ahora solo es Francesco —intentó consolarlo.

Alois rodó los ojos y dio un par de caladas desde el filtro antes de relamerse los labios, una pregunta dejándose asomar por sus ojos expresivos y labios entreabiertos.

—¿Cómo…? —Carraspeó, cruzándose de brazos sobre el barandal metálico—. ¿Cómo era antes?

—¿Hendrik?

—*Ujum.*

Elián sonrió, levantando un hombro con aparente desinterés.

—Era una bestia. Es difícil de explicar. Todos queríamos coger con él, ¿sabes? Y supongo que él simplemente dejaba que pasara. Si alguno de nosotros lo buscaba, pues nada… Rara vez decía que no.

Alois demoró más que un par de segundos en comprender las implicaciones de aquella confesión. Se atoró con el humo del cigarrillo y sintió la necesidad de toser un par de veces.

Elián palmeó su espalda, riendo con poco disimulo.

—Es-espera —balbuceó con la voz aún atrapada por la tos— ¿Qué mierda? ¿Te acostaste con Hendrik?

—Hace más de un año —se defendió entre risas—, y solo una vez. Ya es historia vieja.

—Claro.

—No te enojes, prácticamente todos lo hicimos. Nadie habla de eso porque sabemos que eres…

—¿Qué? —se apresuró en preguntar—. ¿Qué soy?

Elián sonrió desde la esquina de su boca.

—Celoso.

—¡¿Yo?! ¿Celoso? *Puff.*

—Uh, Hendrik está besando a Fran-...

Alois volteó de manera inmediata.

Muy contrario a lo que Elián dijo, Francesco ya no se encontraba con ellos y Hendrik practicaba algunos golpes con Zev.

—No me agradas, Elián.

Resopló ante la risilla del contrario, dando por cerrado el tema y terminando su cigarrillo mientras su vista permanecía fija en Hendrik.

No estaba celoso. Ni siquiera le gustaba Hendrik, nada más tenía… una fijación por él. Algo físico, un desbalance hormonal causado por las atroces experiencias a las que se había visto expuesto desde su ingreso a la prisión. No le gustaba. Solo le gustaba besarlo, hablar con él, tomar su mano y perderse mirándolo más tiempo del debido. No le gustaba…, ¿verdad?

—*Aah.* Mierda.

◆ ◆ ◆

Ya faltaba poco para el toque de queda y tras haber hecho su turno en la unidad médica, encontrándose agotado y con el cuerpo pesado, Alois volvió a su celda con la necesidad de un té caliente y dormir lo más pronto posible.

—Hey, hola —saludó al encontrar a Hendrik y ver que se preparaba para su pelea de esa noche.

Cubría su cabello con su tradicional bandana y llevaba puesto únicamente un pantalón corto deportivo mientras vendaba sus tobillos y talones sentado sobre una desgastada silla de madera.

Hendrik no respondió, asintió con un gesto vago y continuó en lo suyo. Era común en él, parecía sumergirse en trance cada vez que le tocaba pelear. Su mirada se oscurecía y solamente respondía lo necesario a las preguntas y conversaciones que Alois intentaba comenzar.

Se sentó en la cama, cruzando un tobillo por delante del otro y mirando a su dueño mientras terminaba de prepararse para esa noche. Sus dedos jugaban sobre su regazo y desde sus ojos podía apreciarse cierta inquietud que Hendrik no demoró en percibir.

—¿Qué quieres? —preguntó con aspereza.

Alois se aclaró la garganta.

—No es nada —mintió.—Ah, mierda —se quejó, dándole una nueva vuelta a la venda alrededor de su talón—. Solo dilo.

—Hoy te vi… —Hendrik frunció el ceño, deteniéndose y luciendo confundido. Le dio una mirada a Alois que implicaba que debía terminar la oración—. En el patio, estabas con Francesco.

La aburrida expresión de “no esta mierda de nuevo” en su dueño lo hizo avergonzarse.

—Ya. —Continuó con el vendado.

—¿Sigues acostándote con él?

—No.

—No te creo…

—Y me llamas mentiroso, puto insolente. —Negó, terminando de alistarse.

—Estaba en tu regazo —acusó.

Hendrik se colocó de pie y comenzó a echar en un bolso de tela desgastada una toalla de

manos, su botella de agua, más vendas y un protector bucal.

—Tenía mis motivos.

—No me gusta… que hagas eso —le confesó con tintes de timidez, levantándose de la cama para tomar, desde las prendas de ropa que a los pies de su cama se acumulaban, la chaqueta de chándal que Hendrik solía usar cuando bajaba a las peleas del under—. Al estar con él frente a todos, van a pensar que siguen cogiendo.

Se colocó tras Hendrik y este metió los brazos en las mangas de la chaqueta.

—¿Y qué si lo hacen? —preguntó con desinterés.

— Se van a reír de mí.

La ronca y burlesca risa de Hendrik golpeó directo sobre su vientre.

—¿Y qué demonios te importa a ti, mamón? —Volteó y le dio un golpecito ficticio sobre el pómulo—. Mientras no se metan contigo, da igual.

—Aun así, no me gusta.

—Te aguantas —sentenció él, levantando un hombro y sosteniendo su bolso por encima de este, tres de sus dedos ensortijándose en las correas—. Y aprovecha para dejarme de joder con tus mariconerías de celos.

—¡No son celos! —se defendió de manera inmediata—. Yo no… No estoy celoso.

—Lo demuestras bien. —Enseñó con orgullo aquel par de hoyuelos que Alois muy secretamente adoraba con locura.

—¡No miento! —mintió, su corazón galopando sobre su pulso y sintiendo una vergüenza imposible de contener—. Ni… Ni siquiera tenemos algo —continuó, apartando la vista para que Hendrik no pudiera ver a través de él—. No somos nada.

Alois demoró solo un par de segundos en darse cuenta de lo que había dicho y en lo que estaba seguro que ocasionaría.

La sonrisa de Hendrik cayó.

—Ya… —Asintió este, habiendo perdido cualquier indicio de broma y con una tirantez dejándose apreciar en su postura y expresión—. Venga, tienes razón. No somos nada y yo puedo acostarme con quien quiera, cuando puto quiera. Que aquí el único que está jodido eres tú. —Le dio un forzoso toque en el pecho con su índice.

Negó como respuesta inmediata, con una desesperación visible.

—Me… Me expliqué mal —susurró con la voz quebrada y tragando entre palabras.

Hendrik enarcó ambas cejas, parpadeando flojo y apartándose de Alois para salir de la celda.

—Me da igual, que me da igual, Alois. Suelta la mierda que quieras.

—Espera… —lo intentó detener, cerrando sus dedos en la chaqueta ajena—. Tienes que dejar que te explique.

Hendrik, volteándose y de un manotazo, lo hizo soltar su chaqueta.

—No me jodas, cabrón.

—Hendrik, no… Por favor.

—¿Por favor qué? —escudriñó con una burla cínica—. ¡¿Por favor qué, bastardo?! ¡¿Por favor, no te sientas como la mierda porque te recuerdo todo el maldito tiempo que solo estoy contigo para mantener mi culo a salvo?!

—¡Jamás he dicho eso! —respondió con la misma exasperación que Hendrik.

—¡¿Y no es así?!

Alois negó, pasándose una mano por el rostro y sintiéndose frustrado por el fuego que siempre, y de manera súbita, llegaba a quemar la tierra donde Hendrik y él habían puesto sus sentimientos, deseando como dos tontos sin sensatez que algo naciera de allí.

—Es… Es complicado.

Y lo era, demasiado complicado para ponerlo en palabras.

No podía asegurar que estaría con Hendrik si no hubiese sido por las cadenas que este puso en él desde el primer momento. Eran simplemente diferentes y a veces, en los peores momentos, Alois lo recordaba. Era complicado porque los sentimientos de Alois eran complicados. Él tampoco era un experto en ellos después de todo, y todo era demasiado nuevo, fresco como una fruta estival recién germinada en pleno invierno.

Alois solo había hecho lo de siempre, se había dejado llevar de manera insensata y pasional, se había dejado besar y había besado, culpándose por hacerlo, pero jamás poniéndose un verdadero límite. Cayendo y cayendo hasta darse cuenta que, poco a poco y de manera silenciosa, residían en él sentimientos diferentes de los que alguna vez hubo tenido con anterioridad por cualquiera de sus otros novios. Sentimientos que no quería admitir y mucho menos confesar.

Hendrik lo recorrió con la mirada, manteniendo aquel semblante severo y disgustado que a Alois siempre le enfriaba hasta el corazón

—Complicado, sí. —Negó, dándole la espalda y caminando los pocos pasos que lo separaban de la salida de la celda—. Como digas, hijo de puta.

Un “no te vayas” quedó atrapado en el precipicio de sus labios. Sin embargo, no pudo volver a detenerlo. Y quizá era mejor así, que se descargara dando golpes en el *under* y luego, cuando volviera y no tuviese más remedio que escuchar a Alois, él podría intentar explicarse nuevamente.

Se recostó en la cama, pensando parte a parte en todo lo que le diría. Ideó un buen detallado discurso con los pros y los contras que consideraba importantes en la inexistente relación de ambos y la forma en que se lo revelaría.

Eran dos adultos, podían entenderse como tal. Sin gritarse o terminar soltando palabras hirientes de las que después se arrepentirían, sin sacar a flote las biliosas raíces que los había llevado a enrollarse.

Tenía tanto por decirle, no obstante, todo fue desechado en un abismo sin retorno. Hendrik volvió a la celda con Francesco colgando de su brazo.

Alois quiso morir.

—*Bonsoir!* —lo saludó el francés con su irritante voz, sonriendo imposiblemente ancho y mirando a Alois con un deleite enfermizo.

Bien, de acuerdo. Alois había escuchó la sentencia del juez sin derramar una sola lágrima; esto no era nada comparado con eso.

—Hola, Francesco —correspondió en algo similar a un susurro desganado, relamiéndose los labios entre sí y llevando la mirada hasta un punto vago del suelo a sus pies.

Maldito Hendrik. Maldito psicópata desquiciado.

Por supuesto, su retorcido dueño había elegido la forma más cruel para castigarlo, sin siquiera darle la oportunidad de resolver la estúpida pelea que tuvieron.

—Esta noche me quedaré con ustedes. No te molesta, ¿verdad? —Puso su mano sobre el pecho de Hendrik.

—Por mí —la frase quedó atorada entre sus labios y su lengua. Tomó coraje de sus propios y destrozados sentimientos y se encogió de hombros—, puedes hacer lo que quieras.

—¡Ay, gracias! Tan lindo —exageró, estirando el brazo para alcanzar con el dedo pulgar e índice la mejilla de Alois. Él se apartó en un ademán poco amable que Francesco no tuvo problema en pasar por alto, sin perder su sonrisa o su cinismo en ningún momento—. ¡Y qué conveniente! Con razón Hendrik te mantiene aquí.

—Con razón —coreó en una risa apagada.

Volvió a su cama. No le dijo una sola palabra a Hendrik, no lo miró una sola vez.

Temía que se le quebrara la voz si lo hacía, que desde su propia ira y celos naciera algo aún peor, quizá un sollozo roto y lastimero. No sabía cuándo o cómo empezó, pero Hendrik tenía una facilidad aterradora para lastimarlo, y podía desmoronar a Alois sin siquiera intentarlo, justo como en ese momento. Y Alois se odiaba por ello. Por haber entregado tan fácilmente la verdad de sus ojos y el anhelo en su voz, por haber buscado sus besos y caricias. Porque mientras Hendrik parecía ya saber todo de él, Alois no tenía la más mínima idea de los monstruos que habitaban en el alma de su dueño.

La cama hizo aquel molesto y característico rechinido cuando el francés se subió a la parte superior de la litera, haciendo que el colchón se hundiese debajo de él.

—¡Ya termina eso, corazón! —le dijo a Hendrik, quien quitaba las vendas de sus manos y pies como cada noche tras una pelea en el under—. Y ven conmigo, que ya sabes que me aburro rápido.

—Ah. Cállate un puto segundo —gruñó con molestia.

—Pues ven tú a callarme.

Alois se acomodó y cubrió sus ojos con el antebrazo, sin importarle la exagerada plática que Francesco mantenía por su cuenta, e ignorándolo cada vez que se dirigía a él. Comenzó a repetir en su cabeza todas las cosas que debía hacer al día siguiente y el siguiente a ese. Las ropas que tenía que cambiar y los pacientes que debía revisar. No les quedaba mucho antiséptico y…

Una escandalosa risa lo sacó de sus pensamientos.

—Ya dame un beso —pidió Francesco.

Alois quiso vomitar. Saltó de la cama y se dirigió al umbral de la puerta. Pero antes que su triunfal escapada tuviese éxito, la mano de Hendrik se cerró en su brazo.

—¿Dónde demonios vas? —Alois se soltó de su agarre de un tirón.

—Me voy de aquí.

La mandíbula de Hendrik se apretó. Se le veía incómodo, fastidiado e incluso un poco nervioso. Sin embargo, no le importaba. Que se jodiera por bastardo.

—Ya —se relamió la esquina de la boca—, ¿y dónde piensas pasar la noche?

Alois bufó, rodando los ojos.

—¿Acaso eso te preocupó la vez que me echaste de la celda? —le recriminó con dientes apretados y la irritación carcomiéndolo por dentro, recordando los baños abandonados en los que tuvo que esconderse cuando Hendrik lo echó de la celda la primera vez. En ese entonces, estaba aterrado de los gendarmes, quienes lo hubieran molido a golpes de haberlo pillado. Fue así como había llegado a unos baños viejos, unas instalaciones putrefactas que ya nadie usaba y que lo dejaron con un dolor de estómago por una semana. Sí, ese día comprendió que su labor como médico debía limitarse a sus escuetas horas en la unidad médica—. No pienso quedarme aquí y escucharte coger con ese maldito.

La risa de Francesco los interrumpió.

—Mejor para mí. —Saltó de la parte superior de litera—. Me gusta hacerlo en la cama de abajo.

—Es toda tuya —escupió con rabia, alternando la mirada entre él y Hendrik—. Que se diviertan.

Salió de la celda, sintiéndose victorioso en aquella batalla perdida. No obstante, no estaba en sus planes que Hendrik no fuera tras él.

—¡Ya, desgraciados, va a ser el toque de queda! ¡A sus celdas! —gritó un guardia, golpeando con su bastón retráctil las puertas metálicas de aquel pabellón.

Alois tragó nervioso, se abrazó a sí mismo y miró a todos lados, sin saber dónde podía pasar la noche. No volvería a pisar los baños viejos.

—De acuerdo, no tengo nada que perder —murmuró para sí mismo, entre pasos rápidos.

Llegó a la celda de Nevin y Zev, quienes lo miraron con desconcierto.

—¿Alois? —preguntó Nevin, levantándose de la cama desde donde le había estado pintando las uñas a Zev—. ¿Qué ocurre? Ya está por comenzar el toque de queda.

—Hendrik… —Carraspeó, sus mejillas ruborizándose—. Está con Francesco en la celda y no quiero volver a dormir en los baños viejos.

—Ah, mierda.

Nevin miró a Zev.

—No —respondió Zev a una pregunta aún no hecha.

—Vamos, mi amor. Déjalo que se esconda aquí.

—Nevin… No quiero meterme en los líos de Hendrik y lo sabes.

—¡No tiene por qué enterarse!

—Zev, por favor —pidió Alois—. De verdad, no quiero volver a la celda.

El novio de Nevin suspiró, dejando los ojos en el techo mientras parecía maldecir en silencio y meditar su respuesta.

—Vale —bufó finalmente—, pero me juran que de aquí no sale, ¿eh, bastardos?

Alois y Nevin asintieron a la par, mirándose de soslayo con una complicidad que hizo a Zev rodar los ojos.

Nevin tomó un par de mantas de un baúl que decoraba su celda. Se las tendió a Alois con una sonrisa amable.

—Puedes usar la cama de arriba, Lulú.

—Gracias…

—Y ya quita esa jodida carita de gato bajo la lluvia, Dios. —Le dio un ligero azote en el trasero con la palma de su mano.

El castaño intentó sonreír, pero falló miserablemente. La humillación, que sentía en ese momento, ejercía una presión dolorosa en su pecho.

—Lo intentaré.

—Alois. —Zev, sin moverse de su lugar en la cama, repasó la punta de su nariz con el pulgar—. Hendrik… Las razones por las que no se puede alejar del todo de Francesco no son… no son lo que estás pensando.

—Preferiría oírlo de él.

—Apoyo a Alois, y… ¿Qué tienes que estar defendiéndolo? Ahora hay, no sé, ¿una camaradería entre infieles o algo?

No, no era ese el problema. Hendrik no lo era infiel, porque ellos eran nada. Y, además, él mismo siendo el bastardo que era, fue infiel incontables veces en el pasado y siempre se preguntó por qué exageraban con eso. Lo de Hendrik no se sentía como una infidelidad, era algo distinto… Una traición.

Era él cercenando una y otra vez la confianza que Alois ganaba de aquellos momentos robados donde compartían algo prohibido y abrasador, a escondidas de las quimeras del sufrimiento que existía por todos lados en North Collan.

Lo peor era pensar que solamente él se sentía así.

—Vamos, bebé. No es así…

—Como bebé está la piel de mi culo. Al otro puerco no lo defiendes en mi presencia.

—Sí, seguro. Y no es que, ya sabes, esté intentando justificarlo porque no lo merece, pero, *ah*, no lo sé, es un idiota y no sabe cómo arreglar las cosas; solo romperlas.

"*El problema es que me está rompiendo a mí*", pensó, dándole una mirada honesta y marchita a Zev. El amigo de Hendrik no dijo más y Alois lo agradeció.

Nevin intentó hablar con él un par de minutos más, desistiendo al obtener solo respuestas cortas y forzadas. No lo hizo sentir mal por eso y, por el contrario, le dio un abrazo tan largo y cálido, que por unos segundos Alois olvidó que tenía frío.

Durmió a lapsos cortos por el resto de la noche, siendo martirizado por un ciclo viciado de pensamientos donde Hendrik era el único protagonista. Y a la mañana siguiente, cuando tras despedirse de Nevin y Zev volvió a su celda, la realidad lo empujó directamente hacia la más dolorosa de las miserias.

Francesco se encontraba durmiendo desnudo en su cama.

Hendrik no se veía por ningún lado y en cierta forma era mejor así. Mejor que no pudiera ver el desastre que era Alois en ese instante, con sus enormes ojeras y ojos rojos, con el cansancio que le era imposible ocultar.

Se removió a través de la celda para buscar sus artículos de aseo, decidido a pedir en la unidad médica que hicieran una excepción y lo dejasen usar el baño del personal para darse una ducha y evitar de ese modo las regaderas del pabellón general.

—Mmm… —tarareó Francesco, despertando y desperezándose con una sonrisa nauseabunda—. Dios, siento que no dormí nada. Oh, hola, Alois.

—Hey —respondió sin mirarlo, echando en una bolsa de tela sus cosas.

—¿Y Hendrik?

—No lo sé.

—Mierda. —Se colocó de pie y tomó su pantalón del suelo—. Me duele el culo.

—Luego pasas por la unidad médica y te doy algo —ofreció con absoluta indiferencia, con un tono profesional que ocultaba cómo se sentía en realidad.

—Eres un ángel, cariño.

—No lo soy.

La conversación se detuvo ahí cuando cierto emperador, luciendo recién bañado y oliendo a jabón, entró a la celda. Alois lo observó brevemente y volvió la vista a su muy importante pasta dental, echándola en una bolsa deportiva que se había obsequiado a sí mismo y que esperaba su dueño no extrañase.

La sensación al verlo fue peor de lo que imaginó. Ni siquiera pudo catalogar bien qué emociones lo mordían en ese momento, eran demasiadas y ninguna siendo buena.

Rogó por no estarlo demostrando en su rostro.

—¡Ya te bañaste! Me hubieras esperado y… ¡Hey! —Hendrik tomó a Francesco del brazo y lo lanzó de la celda—. ¡Hendrik, bastardo!

—Largo.

—¡Hijo de puta! —se escuchó desde el pasillo, acompañado de una serie de insultos y silbidos que estuvo seguro que componían todo un espectáculo entre los reos y Francesco.

Hendrik se volteó y centró su atención en Alois. Fueron indefinidos segundos los que se mantuvieron así, consumidos por un silencio agrietado, con Hendrik mirando a Alois y él

mirando al suelo.

Alois moría por preguntarle si realmente se lo había follado en su cama. Lo único que lo detuvo fue que ya sabía la respuesta.

—Ya debo irme. —Se abrazó a su bolsa e intentó pasar por el lado de Hendrik.

La mano de Hendrik aplanada sobre su vientre lo detuvo.

—Yo…

—No —lo detuvo en un susurro carente de voz—. Por favor, no.

Hendrik miró a Alois, apretó la mandíbula y pateó la silla de madera que se encontraba cercana a él, rompiendo una de sus patas y dejándola inutilizable.

—Como quieras.

Alois salió de la celda a grandes pasos, con una angustia carcomiéndole la cabeza e interviniendo en sus respiraciones y provocando que no pudiese pensar con claridad.

Ese día no dejó de cometer errores en la unidad médica. Todos le preguntaron por lo ocurrido y más allá de un “dormí mal”, se vio imposibilitado a compartir la humillante situación causada por su dueño que lo pisoteaba.

Apenas, y forzándose a sí mismo, almorzó. Se sintió mal por los intentos del personal para que diera más de tres bocados, pero su estómago se mantuvo resentido y apretado, y la simple idea de llenarlo le fue desagradable.

Tras volver al infierno que era su celda, se encontró a Hendrik sentado sobre su propia cama y garabateando sobre lo que parecía ser una vieja y desgastada libreta de cuero marrón. Alois no lo saludó. En silencio, depositó sus pertenencias sobre la única y vieja mesa que decoraba la habitación, y comenzó a sacar un par de mantas de la cama que jamás se atrevería a usar.

—¿Qué demonios haces? —preguntó Hendrik al ver como Alois se acomodaba a un lado de la mesa, utilizando viejas prendas amontonadas entre sí como almohadón para su trasero.

—Voy a dormir aquí. —Se cubrió con las mantas y, sabiendo que no dormiría en lo que restaba de la noche, cerró los ojos.

Escuchó las maldiciones por parte de Hendrik.

—Haz lo que se te dé la puta gana.

Transcurrieron tres días de esa forma, en un silencio molesto y pegajoso que lo mantuvo sin apetito y con mucho frío.

Hendrik simplemente lo miraba, se movía a su alrededor en silencio como una bestia herida, dispuesta a atacar en cualquier momento, antes de ser agredida primero.

Por suerte, no coincidían mucho. Cada uno tenía su lugar, Hendrik debía hacerse cargo de mantener a tres mil convictos controlados y Alois debía hacerse cargo de tratarlos cuando llegaran a él con los huesos rotos. Almorzaban en diferentes mesas, tenían compañías disímiles, y más allá de las horas que se encontraban ambos en el patio, no se veían durante el resto del día. Fue debido a todo eso que pudo pasar tres días sin dirigirle una sola palabra, evitándolo con cuestionable facilidad.

Hasta ese momento.

Con la vaga idea de conseguir un libro con el cual distraer los intrusivos pensamientos que lo atacaban a distintas horas, Alois avisó a sus chicos que iría hasta el almacén que funcionaba como biblioteca. El sitio estaba generalmente vacío y por los alrededores solamente estaba el personal de seguridad y los reos que ingenuamente, como él, buscaban ganar puntos por buena conducta y trabajo voluntario.

Nunca había visto a Hendrik por ahí, por supuesto. Su dueño no tenía razones para pasearse por ese pabellón y, sin embargo, ahí estaba. Apoyando la espalda en una de las estanterías, sostenía un libro en una de sus manos. Y lo observaba con tanta concentración, con el ceño fruncido y los labios presionados en un rictus firme que hizo saber a Alois de inmediato que Hendrik solo fingía leerlo.

—¿Qué… haces aquí? —cuestionó. Hendrik levantó la vista del libro y miró en distintas direcciones. Dios, era un idiota—. Sí, Hendrik. Te pregunto a ti.

—¿Qué? —gruñó—. ¿Ahora solo tú puedes venir a buscar esta mierda? ¿Acaso yo no tengo derechos?

—Dios. —Tomó un profundo suspiro, pellizcándose los lagrimales—. Sí, por supuesto que tienes derechos y puedes venir a buscar libros.

—¿Y tú? —Hendrik se humedeció rápidamente los labios, tosiendo y volviendo la vista a su libro. Alois pudo leer su actuación forzada, como si no fuera la gran cosa, como si Hendrik no hubiera sido un completo bastardo unos días antes—. ¿A qué vienes?... Es decir, ¿qué libro?...

Ahora sí que quería conversar.

—Este. —Tomó un libro al azar—. Bueno…, nos vemos a la noche, supongo.

—No, espera.

Se detuvo y giró para ver a Hendrik por encima de su hombro.

—¿Qué ocurre?

Hendrik rascó el costado de su cuello y acortó la distancia.

—La cama… —Alois se encogió de hombros, luciendo perdido y sin entender a qué cama se refería—. Tu cama…

—Ah.

—Hoy… —Empujó su lengua sobre la pared de su mejilla interna—. Hoy llega un colchón nuevo.

—¿Qué?

—El otro se rompió —aseguró, mirando fijo a Alois.

—¿Se rompió?

—Sí. —Le dio un golpecito a la portada de su libro con los nudillos—. También llegan mantas.

—Las mantas que había… ¿Igualmente se rompieron?

—Sí.

La respuesta de Hendrik, absurda por lo demás, lo hizo reír bajo, pero no de la manera cruel y cínica que le hubiese gustado. Fue una risa honesta y suave, un rumor acompañado de dos medialunas que intentó cubrir con la manga de su suéter.

Hubiera amado poder seguir molesto con su dueño, llegar a él con exigencias y diciendo con orgullo que si no aceptaba lo que pidiese entonces lo de ellos se terminaba. Sin embargo, aun si Alois era un idiota, no era imbécil. El único que perdía si lo de ellos se acababa era él, y perdía más de lo que podía aceptar.

—Eres un tonto. —Los ojos de Hendrik brillaron con un orgullo casi infantil. De cualquier forma, permaneció firme en su postura—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Mi mecenas me debía unos cuantos pagos.

—No deberías haberlo hecho… Sé que odias pedirle cosas.

—Ya, ¿y ver cómo se me muere el mamón por dormir en el suelo?

—Eso no habría ocurrido si no hubieses… —Hendrik le cubrió la boca y negó.

Alois arrugó el entrecejo.

—¿Qué? —se burló el rizado—. Es lo que tú siempre haces, ¿no?

Colocó su mano sobre la de Hendrik para que descubriera su boca.

—¿Quizá podamos hablar luego?

Hendrik asintió, relamiéndose los labios y mirando la boca de Alois. Cerró su mano en la cintura del médico e intentó tirar de él.

—Beso —ordenó.

—No. Hoy no. —Era demasiado pronto para eso.

Los ojos de Hendrik demostraron su sorpresa, ya que Alois jamás se había negado a uno. Aquella palabra era un credo al que ambos, sin decirlo en voz alta, se habían abandonado desde la primera vez.

—¿Me has dicho que no, puto insolente? —cuestionó, con un tono bajo y demasiado peligroso.

Alois pasó saliva y comenzó a pellizcar sus dedos entre sí.

—Es… Es demasiado pronto. Lo que hiciste con Francesco…

—¡Ah, joder! —maldijo Hendrik, interrumpiéndolo y pasándose la mano por el rostro con exasperación—. ¡¿Qué demonios, mamón?! ¿Me vas a seguir enfermando con tus putos celos?

—¡¿Celos?! —exclamó con un bufido y ambas cejas levantadas, encontrando frustrante que Hendrik no pudiera deducir de todos sus problemas, nada más que eso—. ¡Te lo cogiste en mi cama!

—¡Dijiste que somos nada, puto infeliz!

—¡¿Por qué crees que dije eso?!

—¡No lo sé, y no me importa una mierda! —aseguró, con ambos brazos abiertas y luciendo tan irritado como Alois—. ¡¿Sabes por qué, hijo de puta?! ¡Porque si te digo que me des un beso,

me lo das!

Hendrik lanzó su mano para sujetarle el mentón, con la agresividad que lo caracterizaba y que, cuando Alois volteó el rostro en una negativa, provocó que le diera de lleno sobre su mejilla y labio superior.

—¡No, argh! ¡Mierda, Hendrik! —se quejó ante el dolor, llevándose una mano a la boca y palpando con sus dedos sobre la cortadura.

—¡¿Por… Por qué demonios tenías que voltear el rostro, hijo de puta?!

—¡No me grites! —le gritó—. Demonios, está sangrando.

—Fue tu culpa por mover el rostro —insistió, con sus cejas fruncidas y la mandíbula rígida.

—Me duele…

Hendrik le agarró el mentón y sacudió la cabeza.

—Ve la unidad médica. Un poco de antiséptico y ya.

Alois cerró los ojos, contando mentalmente hasta diez.

¿Quién lo había mandado a esperar empatía o arrepentimiento de una bestia bruta como Hendrik?

Se soltó cuidadosamente de su agarre, sin querer comenzar una nueva discusión.

—Eso haré. —Hendrik asintió, con la vista fija en su labio superior y luciendo aún más irritado—. ¿Qué ocurre?

—Nada. También voy.

—¿Para qué?

Hendrik le dio una mirada de advertencia que provocó que Alois cerrara la boca.

En la estancia médica, sus colegas le otorgaron la pomada sin realizar ninguna clase de pregunta y Alois lo agradeció en silencio. Odiaba tener que verse expuesto y hablar con ellos sobre algo que consideraba tan personal como vergonzoso.

Fue así como desde esa última discusión, su relación con Hendrik se volvió algo extraña y difícil de definir. Estaban en una especie de limbo donde ninguno quería ser el primero en acercarse. Y aunque debía admitir que dormir en un colchón nuevo de calidad, con sábanas y mantas de algodón, fue algo que pensó que no obtendría jamás y que ello había mejorado bastante su humor, aún no sabía si eran razones suficientes para perdonarlo. Pese a todo, ya podía saludar e intercambiar algunas palabras con su dueño sin pensar en lo ocurrido con él.

Sus muy poco decentes amigos se burlaron en su rostro cuando les contó, de manera superficial, el por qué Hendrik le había obsequiado un nuevo colchón. Al parecer, a nadie le sorprendía o siquiera molestaba lo que hizo. Nevin era una excepción, pues le dijo a Alois que no lo perdonara fácilmente si luego no quería que tomara los malos hábitos de Zev. Alois se excusó diciendo que ellos no eran novios y Nevin, con su elegante léxico, le respondió: “árbol meado, árbol marcado”.

Quizá no era tan malo en realidad. Quedarse como estaban era mucho más racional y seguro que volver a caer ciegamente por él. Todos en North Collan seguían respetándolo por ser

“propiedad” de Hendrik, y su dueño, sin embargo, no reclamaba ninguno de los beneficios que desde el comienzo le había exigido a cambio. Ya no había besos, caricias ni mucho menos respiraciones erráticas entrelazadas. No se miraban durante minutos en un deseo ávido donde lo único que los separaba de follar como animales, era el egoísta deseo alojado en el corazón de Alois.

Así estaba bien. Estaba seguro…

Y extrañaba malditamente tanto a su dueño que comenzaba a entender al jodido de Nevin.

Había decidido que hablaría con él esa misma noche, tras volver de su voluntariado, pero no fue necesario.

Hendrik llegó por su cuenta a la unidad médica. Su mano estaba envuelta en una venda que desde sus costuras se apreciaba roja, empapada de sangre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al verlo, secándose las manos con un paño de algodón esterilizado.

Hendrik levantó su mano.

—Tengo una cortadura.

Asintió en respuesta.

—Puedes esperar al médico de turno, él es el encargado de-...

—Trátala —le ordenó.

Alois suspiró, indicándole con la palma de la mano que tomara asiento en una de las camillas. Escuchó a Hendrik aclararse la garganta y, al mirarlo por encima de su hombro, lo vio moverse por el diminuto espacio de la habitación con una mueca de fastidio tomando protagonismo en su atractivo rostro.

Tomó todos los enceres necesarios y se sentó frente a él. Se colocó los guantes y robó un par de miradas en dirección a su dueño.

—Voy a desinfectar y luego veremos si necesita puntos.

—Vale.

Comenzó a quitar las vendas y frunció las cejas al ver que la cortada era más superficial de lo que había creído en un comienzo.

—¿Hendrik…? —preguntó mientras usaba una mota de algodón con yodo antiséptico para tratar la herida.

—¿Qué?

Alois levantó la vista y lo observó por debajo de las pestañas.

—¿Te hiciste tú la cortadura?

Las cejas de Hendrik se fruncieron.

—… No, ¿qué dices? Por supuesto que no.

—Comprendo. —Continuó desinfectando. No necesitaba puntos de sutura—. Entonces, no te cortaste solo para venir aquí.

Hendrik resopló exageradamente.

—Puff. Ya. —Rodó los ojos y su sonrisa se pronunció al empujar la punta de su lengua sobre la esquina de su boca, en aquel característico e indecente gesto suyo—. Ahora insinúas que me hice una jodida cortada, como un maricón arrastrado, solo para venir a verte.

No, Alois jamás dijo eso…

—¿Qué haces aquí, Hendrik? —volvió a preguntarle.

—Ya te dije, tengo una herida.

—Has tenido heridas peores y jamás has venido.

Se levantó un largo silencio entre ellos.

—No lo sé —confesó finalmente—. No sé a qué mierda vine.

—Zev… Él dijo que no puedes deshacerte de Francesco, ¿por qué?

Hendrik hizo el ademán de apartar su mano y Alois lo retuvo.

—Tengo mis motivos, corderito. —Lo miró fijamente a los ojos—. Es algo mío y de Nicholas.

—¿Del under? —cuestionó mientras le vendaba la herida, sin entender qué relación tenían las peleas con Francesco.

—Las peleas no son el único trabajo que tengo aquí.

—¿Por eso tienes que dejar que se te monte encima todo el tiempo?

—Tú andas como puta con todos los cabrones que vienen aquí y no te digo nada.

—Dios santo —gimoteó, mirando brevemente al techo—. Eres imposible.

Hendrik, en una protesta poco delicada, le dio una patada leve al asiento en el que Alois estaba sentado.

—Si, bueno, te jodes. Sigo siendo tu dueño.

—¿Lo eres? —La mirada severa y carente de humor que Hendrik le destinó, casi lo hizo arrepentirse de sus palabras. Sabía que estaba jugando todas sus fichas y que debía hacerlo bien —. Pensé… Pensé que el trato era que fueses mi dueño a cambio de mantenerte satisfecho.

Hendrik repasó su dentadura superior con la lengua. Negó con una resignación notoria y, colocándose de pie, utilizó su rodilla para abrirle las piernas a Alois y encajarse entre estas.

—Zorro astuto —lo maldijo entre dientes apretados, cerrando su mano recién vendada alrededor de su cuello—, no sé qué demonios voy a hacer contigo.

—Sí lo sabes —respondió susurrante y mirándolo hacia arriba.

—De acuerdo, juguemos así. —Se empujó hacia los labios de Alois—. ¿Quieres hacer de mí el demonio que te tiene prisionero? Hazlo. —Dio un lametón a la cicatriz que aún no terminaba de desaparecer de su labio superior—. Pero te lo advierto, corderito, aun si te arrepientes, te quedas en el condenado infierno.

Alois asintió, aplanando sus manos en el pecho de Hendrik, cerrando los ojos y recibiendo sus labios en un beso que no demoró más que un par de segundos en convertirse en una marea de

jadeos y lenguas entrelazadas, de salivas mezcladas lascivamente y manos que parecían haberse extrañado demasiado. Sus bocas encajaron con la facilidad de dos piezas rotas que vuelven a unirse, tragándose con alevosía y sin recato alguno.

Respiró sus jadeos y gimió en respuesta, mordió su lengua y lo recibió con mandíbula floja cuando quiso embestirlo con la misma.

—Eres mi puta —Hendrik susurró entre el beso, y Alois ni siquiera pudo encontrarse molesto con ello. Ni siquiera le importó. Al menos, no en ese momento, no cuando estaba saboreando el mencionado infierno tras tantos días lejos de él.

CAPÍTULO VIII

Una teoría bien fundamentada y argumentada era la del que el ser humano era un animal de costumbre, que adquirirá respuestas condicionadas si se le expone a ciertos estímulos durante un periodo prolongado de tiempo. Alois Thompson era un ejemplo de ello. Su estímulo era Hendrik y su respuesta condicionada era… Bueno, eso se vería más adelante.

Ese día cumplía cuatro meses en North Collan y ya se había adaptado a su estadía no tan temporal en la cárcel. Sus días transcurrían en un antagonismo de sosiego y adrenalina; por una parte, se centraba en su trabajo como ayudante en la unidad médica y, por otro lado, en su dueño.

Hendrik, su desequilibrado e insensato dueño.

Alois ya había perdido la cuenta de las veces que estuvieron a punto de coger, siempre siendo él quien se acobardaba y por alguna razón, que honestamente no tenía explicación, Hendrik siendo el que se detenía. El peleador gruñía, pateaba cosas y maldecía por los alrededores de la prisión, quebraba unos cuantos huesos en el *under* debido a la frustración y cuando su mal humor se imponía, amenazaba a Alois con dejarlo con cada maldito recluso de North Collan. Pero eso no ocurría. Dios, no.

El médico incluso podía apostar que Hendrik había impuesto alguna clase de barrera invisible a su alrededor, ya que absolutamente nadie, además de su grupo de amistades, se acercaba a él. Hasta su amigo el toro mutante le quitó los ojos de encima después de cabrear a Hendrik y que este le fracturara todos los dedos de ambas manos, le botara unos cuantos dientes y amenazara con castrarlo; se lo merecía, había intentado acorralar a Alois en el patio.

Nevin era quien más disfrutaba de la situación, incluso se pavoneaba como un loco histérico diciendo que Alois y él eran como las cortesanas de la realeza, protegidas por la corte imperial. ¿Demente? Sí, Alois ya se había resignado a eso.

Por su parte, él intentaba mantener un perfil bajo, no incitar problemas y mantenerse al margen de situaciones que podían llegar a cabrear a su dueño. El problema era que Hendrik se cabreaba por todo. Y, por alguna razón, los problemas siempre perseguían a Alois. Así mismo, ocurrieron ciertas situaciones que colocaron a Hendrik como una bestia y que fustigaron a Alois, pero maldita era la debilidad del médico que siempre terminaba perdonando, mentalmente, a su siniestro dueño. Y eso era debido a que Hendrik seguía haciendo cosas que le impedían a Alois odiarlo del todo.

Hendrik sabía cuándo lo arruinaba en grande, y aunque jamás lo llegase a aceptar, Alois estaba seguro de que, de alguna forma, el demente emperador buscaba disculparse con sus acciones aparentemente desinteresadas y caprichosas. Hendrik actuaba como un niño a los ojos de Alois; como un niño que no comprendía la magnitud de sus acciones hasta que el daño ya

estaba hecho y luego no sabía cómo remediarlo.

De cualquier forma, Alois tenía sus propias maneras para demostrar su descontento, como por ejemplo: no dejar que Hendrik se lo follara. Era un secreto de ambos, algo que nadie en North Collan hubiera podido siquiera imaginar. El aterrador Hendrik Stone sucumbía ante los lloriqueos de Alois cuando llegados a la intimidad, tras demasiados besos y caricias, el castaño se negaba a que lo tomara. Y Alois sabía que no lo haría hasta que estuviera completamente seguro de que su corazón no corría riesgo alguno si se entregaba a ese hombre. O ese era su plan, mas no lo estaba llevando muy bien con Hendrik arriba de él, comiéndole la boca mientras se masturbaban y frotaban sus cuerpos semidesnudos bajo las mantas de la cama de Alois.

Sus uñas se enterraron en la sudada espalda de Hendrik y su cadera rodó contra él con una necesidad obscena. Los gemidos que se formaban en su garganta, por la contracción de sus músculos vocales, eran tragados con avidez por el contrario. El aroma de Hendrik, varonil y sensual, con sus toques ahumados y salinos, embriagaba sus sentidos.

Estaba absorto en él, sumido en la deliciosa y agonizante sensación de tener a su dueño, su hombre, encima. Lo enjaulaba con su enorme cuerpo, hundiendo las plantas de sus pies en el colchón para simular duras y violentas embestidas contra Alois mientras que sus manos se presionaban sobre los pectorales del castaño, atrapando y frotando sus pequeños y sonrosados pezones, sensibles por la sobre estimulación.

El cabello de Alois se pegaba a su frente por el sudor, todo su cuerpo quemando y las pulsaciones de su corazón pareciendo golpear, como un eco ensordecedor, sobre las paredes de su pecho.

¿Cómo habían terminado así?

Se suponía que estaba enojado con Hendrik. ¿Por qué estaba enojado con Hendrik? Le costaba un poco recordarlo teniendo a Hendrik jadeando en su oído.

Oh, ya recordaba. Fue un caso fortuito en el que un paciente en la unidad médica bromeó sobre Alois dejando a Hendrik para irse con él. Fue una maldita broma y Alois supo que era una. Porque sí, se carcajeó, ya que no había posibilidad de que su paciente lo dijera en serio y mucho menos de que eso ocurriera. Para desgracia del convicto, Hendrik entró a la unidad médica justo cuando el comentario salió de su boca. Y sí, quizá el hombre hubiera tenido una estadía mucho más larga de no ser porque Hendrik le prohibió la entrada a dicha estancia.

Discutieron al respecto, Hendrik le repitió incontables veces que solo estaba cuidando de lo que le pertenecía, no obstante, para Alois eran estúpidos y simples celos. Los conocía, y ahora sabía reconocerlos. Algún día se lo diría… Quizá. O simplemente se tatuaría una “H” en el trasero para hacerlo feliz.

Dios. Estaba comenzando a desquiciarse.

—*Mmm.* Mi dueño, *¡ah!* —gimió ido de placer cuando Hendrik finalmente dejó libre sus labios para enfocarse en su cuello. Sintió la succión de su piel, a sabiendas de que al día siguiente presumiría furiosos cardenales de besos con matices rojizas y violáceas.

El placer desnudo en su voz parecía complacer a Hendrik, hacerlo ronronear.

—¿Qué voy a hacer contigo, zorro coqueto? —Llevó una mano a las mejillas del trasero de Alois y apretó con fuerza—. Te gusta, ¿verdad? Que ande rompiendo los huesos de todos en esta

puta prisión, solo porque no puedes dejar de moverle este culo a esos bastardos.

—*Ah*. N-no. —Sacudió la cabeza.

Se retorció cuando Hendrik comenzó a jugar con el borde de su bóxer.

—Sí. Te gusta que te busque, que todos sepan que eres mi perra, Alois. No mientas.

—N-no me gusta la... *Agh.* No quiero que lastimes a mis pa-pacientes.

—¿Pacientes? —se mofó, presionando su erección contra él—. No te engañes, Alois. Ninguno de esos hombres te ve como un médico. Para ellos no eres más que una puta fácil que se escuda en mí.

—No soy una… —Gimió asfixiado, levantando los brazos para aferrarse a la almohada con sus dedos temblorosos. Hundió su cabeza en ella, abriendo más las piernas y empujando la entrepierna hacia Hendrik—. *Dios*... No, n-no soy una puta fácil.

—Ah, ¿no? —Introdujo su mano en el bóxer de Alois y sacó su erección. El líquido preseminal goteaba desde su punta y el simple roce del pulgar de Hendrik sobre esta, le hizo estremecer.

—No. *Mierda*, no.

—¿Y qué eres, Alois? —incriminó, posándose sobre su boca y dándole un lametón a sus labios—. Porque yo solo veo un jodido cabrón que quiere dejarme en vergüenza, comportándose como si estuviera buscando dueño. —Mordió su mejilla. Abandonó su miembro y deslizó sus dedos índice y corazón por la división de los glúteos de Alois, presionando con las yemas el rosado orificio.

—Soy tuyo.

—Hm… ¿Qué dijiste? —ronroneó sobre su oído, dándole un tirón a su oreja con los dientes —. Repítelo.

—Soy tuyo, mi… dueño —jadeó sin aire, llevando una de sus manos a las erecciones de ambos para comenzar a masturbarlos en un vaivén lánguido e impúdico—. Tu Alois, tu corderi-... *¡Mierda! ¡Ah!*

Hendrik forzó su dedo en él, provocando que su entrada palpitase en anticipación.

Llevaban todo ese tiempo entre salvajes juegos sin consumar el sexo. Y Alois comenzaba a necesitarlo más de lo que podía admitir.

—¿Eres mío?

—*Mmm.* Sí, sí —aseguró, sintiéndose sobrepasado por la fiebre que se construía en su vientre—. Lo soy.

—Entonces respétame, Alois —demandó, mordiendo una de sus clavículas—. O me obligarás a encadenarte a esta cama.

Quiso responder, pero en ese momento las amenazas de Hendrik poco efecto tuvieron en él. En su cabeza lo único que circundaba era la intensa necesidad por volver a sentir los llenos y suaves labios de Hendrik. Llevó su mano temblorosa al rostro del otro y tiró de él para que volviera a besarlo.

—¿Quieres que te bese?

Alois asintió.

El deseo se retrataba en su rostro, en cada pincelada de sus finas y delicadas facciones.

Hendrik hubiera podido castigarlo y negarle tan ansiado beso, mas no lo hizo. El hombre volvió a subir, lamiendo la dulce piel del cuello de Alois y depositando besos en su barbilla. Le perfiló los labios con la mojada punta de su caliente y rosada lengua antes de introducirse de lleno en su boca.

Volvió a perpetuar bestiales estocadas para friccionar sus pelvis, deleitándose en un jadeo lento y ronco por la forma en que las piernas de Alois se enredaban a su cadera, como si no quisiera dejarlo ir. Su apetito por Alois, de manera innegable y notoria, crecía de manera desmesurada cada día y poco a poco parecía ir perdiendo el control sobre lo que ese ingenuo y amable médico le hacía sentir.

—Hendrik. *Por favor*… Ya n-no aguanto —le susurró agónico, presionando con sus dedos las erecciones de ambos y tratando de respirar a través sus labios entreabiertos.

Hendrik lo observó como si fuese una imagen digna de un dios, un capricho de la creación humana con sus mejillas ruborizadas y sus labios de cereza luciendo afiebrados y llenos. El modo en que el aire salía de su pequeña y respingona nariz, dulzón y espeso. Y la manera en que, por medio de sus ojos añil, Alois expresaba todo lo que sentía.

—Ruégame, Alois. —Con una sonrisa lasciva ladeándose en la esquina de perfecta su boca, deslizó sus dedos desde el trasero de Alois hasta los miembros de ambos. Apartó la mano del castaño y encerró sus duras erecciones entre sus dígitos, apretándolos con fuerza a medida que comenzaba a subir y bajar en un movimiento envolvente. Su dócil corderito arqueó su espalda y jadeó en anticipación, sintiendo las pulsaciones de las venas en el miembro de Hendrik—. Si quieres correrte, ruégame.

Alois chupó su labio inferior y negó con la cabeza, aunque no era que no quisiera rogar. En realidad, le daba igual, pero le gustaba desafiar a Hendrik en momentos así, en la intimidad donde su dueño no se sentiría amenazado. Pudo ver cómo Hendrik se encendió lascivamente con aquel sórdido juego, con sus provocaciones.

—Alois —amenazó con voz ronca y seca.

—*Mm, aah.*… Voy a llegar —insistió, cerrando los ojos y rodando sus caderas en busca de más placer.

—No te atrevas…

—Beso, Hendrik. Quiero un beso.

—No voy a… —No pudo terminar. Alois se presionó contra sus labios y demandó un beso, convirtiendo a Hendrik en un sirviente de sus caprichos.

Alois jamás tomaba la iniciativa en un beso, siempre dejaba a Hendrik follar su boca a gusto, pero no quiso hacerlo en ese momento. Se movió provocativamente en las fauces de su dueño, tomando el control del contacto de sus bocas. Lamió su paladar, succionó su lengua y mordió sus labios.

La excitación los estaba consumiendo como un fuego calcinador, tórrido y peligroso;

amenazaba con no dejar nada a su paso.

Alois se tensó bajo Hendrik y pegó sus frentes cuando no pudo contener más el cosquilleo de su ingle. Los dedos de sus pies se encogieron y su mandíbula se apretó al sentir cómo el orgasmo lo alcanzaba. Abrió los ojos, corriéndose al ver la forma en que Hendrik alcanzaba su propio placer.

Podía haber muerto en ese preciso instante.

Hendrik se dejó caer sobre Alois, respirando agitadamente y removiéndose como un pesado felino que acababa de comer y necesitaba una buena siesta.

Alois llevó sus manos a la espalda de Hendrik y comenzó a acariciarle la piel con movimientos lentos, deslizando las yemas de sus dedos en distintas direcciones y respirando pesadamente por sus fosas nasales.

La garganta le dolía. Puto Hendrik, aún estaba enojado con él.

◆ ◆ ◆

Aquel día Alois se encontraba junto a su círculo de amistades. Estaban al interior del recinto donde Hendrik y los otros peleadores entrenaban. Alois se encontraba dándole una calada a su cigarrillo mientras escuchaba las idioteces que decían los otros. Sus ojos se desviaban de vez en cuando en dirección al rizado, quien golpeaba con fuerza un saco de boxeo que Zev sostenía.

Afuera llovía como nunca, dándoles a saber que la época de lluvias había llegado. Eso significaba encierro y encierro era sinónimo de hombres más irritados, peleas y muertes.

—¿Vas a ir a la pelea de esta noche? —preguntó Noah, un chico recién llegado y muy bonito que Alois había tomado bajo su alero.

Hendrik no había estado de acuerdo, sobre todo cuando Alois lo defendió en las duchas de ser abusado por unos hijos de perra y se ganó a cambio algunos golpes que no llegaron a mayores por la intervención de su dueño. Hendrik le gritó a Alois aproximadamente una hora, reprochándolo por su actitud de mamá gallina y al final Alois le prometió que no volvería a hacerlo. No fue necesario, porque el propio Noah fue lo suficientemente inteligente para envolverse con un atractivo e intimidante latino llamado José, quien cumplía una condena de diez años por tráfico de armas. Quizá la diferencia de edad le hubiera molestado antes a Alois, pero no en North Collan.

—Ya te dije que no voy a las peleas de Hendrik, Noah. —Rodó los ojos.

No comprendía esa insistencia de todos para que bajara a ese pútrido lugar solo para ver seres humanos masacrarse.

Noah se encogió de hombros y le arrebató el cigarrillo a Alois.

—Es divertido. Ayuda a eliminar tensión.

Nevin asintió junto al resto, dándole la razón al inglés de tan solo diecinueve años que había obtenido una sentencia de 2 años por estafa; en realidad, había cobrado un seguro por enfermedad que no le correspondía.

—Yo no pienso así... —Todos guardaron silencio y eso hizo a Alois girar el rostro.

El oriental, llamado Ley Han, acababa de ingresar. Llevaba guantes protectores y los pies descalzos, su larga cabellera en una coleta baja y su torso al descubierto.

Alois sintió sus mejillas calentarse cuando el hombre le obsequió una mirada.

Ley Han era el segundo peleador que Nicholas, el mecenas de Hendrik, había introducido en North Collan. Era un artista marcial profesional que había derrotado a Zev, ganándose así el respeto de los convictos de la penitenciaría.

Alois siempre pillaba a Ley mirándolo de lejos.

Era extraño. Se veía siempre calmado y en control, algo que distaba bastante de los reclusos de North Collan. Todos los de su círculo bromeaban respecto al aura misteriosa que envolvía al peleador y al hecho de que no parecía interesado en obtener ningún tipo de placer carnal. Y era pues que el hombre tenía un cuerpo de increíbles proporciones y un rostro estoico. Quizá no tan apuesto como su dueño, pero sí un digno ejemplar. A Alois le llamaba la atención su indiferencia y miradas de soslayo.

Alois volteó el rostro con indiferencia fingida. No sabía si Hendrik lo había vislumbrado mirando al oriental, pero no quería arriesgarse. Ya llevaba demasiado construido con su demente peleador como para destruirlo todo solamente porque su miembro no podía permanecer quieto ante un hombre sexi, de grandes músculos, bonitos labios, cabello largo y…

Mierda.

Carraspeó al darse cuenta de sus pensamientos. Algunas costumbres eran difíciles de erradicar.

—Creo que está enamorado de mí —soltó Nevin de repente.

—¿Qué? —Pestañeó incrédulo y Nevin le señaló con la cabeza en dirección a Ley Han—. ¿Ley Han? Estás loco.

—¡No estoy loco! Ese hombre me desea. Alguien debería multarme por ser tan sexi. —Una pequeña carcajada emergió de la boca de Alois, la cual ocultó con su mano para no llamar atención indeseada—. Pobrecito de Ley. Debe ser tan doloroso estar enamorado de alguien como yo.

—Nevin, a veces me pregunto si no se equivocaron contigo. Lo que tú necesitas es un psiquiátrico —comentó Noah con una enorme sonrisa.

Alois sacó otro cigarrillo de su cajetilla. Ya no los atesoraba tanto como antes, pues Hendrik lo suministraba de todos sus pequeños caprichos. Lejos había quedado la época donde pasaba hambre y se lavaba el cabello con jabón de barra. Quizá no tan lejos, pero ya llevaba unas tres semanas siendo cada vez más y más consentido.

—Joder, ahí viene Francesco. —Alois bufó y prendió su cigarrillo, llevando su mirada al francés que caminaba hacia Hendrik con un movimiento exagerado de caderas.

Alois no entendía cómo Hendrik le aguantaba tal descaro. Él ni siquiera podía sentarse en la misma mesa que Hendrik y Francesco incluso se le colgaba del brazo cada vez que quería.

Desde aquella pelea que les costó a ambos más de lo que podían admitir, no habían vuelto a tocar el tema de Francesco. Alois se quedaba con las palabras de su dueño, con aquel “tengo mis motivos” que había dicho mirándolo directamente a los ojos.

—Deberías hablar con Hendrik. Es humillante verte compartirlo con esa zorra. —Alois se encogió de hombros.

En ese momento, escuchó un quejido de dolor. Llevó su mirada a todas direcciones y, al ver que Ley Han se encontraba sobando su tobillo con un amago de dolor en su rostro, se colocó de pie y caminó en su dirección.

Llevaba el cigarrillo en su boca, respirando a través del filtro para la nicotina.

—Déjame ver —dijo colocándose de rodillas frente al peleador.

No podía evitarlo, estaba en su naturaleza ser médico. Tal vez también había un poquito de interés personal. Quizá, y solo quizá, quería provocarle celos a Hendrik.

—¿Sabes de medicina? —preguntó el oriental con una ceja arqueada.

Alois asintió y tomó el pie del hombre, haciendo una mueca con los labios al verlo fruncir el ceño.

—Soy médico pediatra. Dime qué estabas haciendo para provocarte un esguince.

—Ejercitando patadas laterales. ¿Se me pasará pronto? —Alois negó y le palmeó el torso del pie con la mano.

—Lo siento, campeón. Es un esguince por desgaste. Puedo decirlo porque este tipo de lesiones se provoca cuando ha habido daño previo y no ha sanado como es debido. Debes hacer un tratamiento como corresponde, de lo contrario cada vez sufrirás más lesiones en tu tobillo y… —Un jalón lo hizo colocarse de pie de golpe.

Volteó el rostro y el colérico rostro de Hendrik lo saludó.

Mierda.

◆ ◆ ◆

Alois secaba los restos de lágrimas que nacían en sus ojos sin poder evitarlo.

En definitiva, esa había sido la peor pelea que había tenido con Hendrik. Su dueño lo había lastimado con palabras y acciones. Rompió los libros que Alois tanto se había esmerado en conseguir, el calentador de agua en el que Alois preparaba el té que tomaban todas las mañanas y lanzó fuera de la celda todos los productos de limpieza y comestibles que le había dado.

Las palabras de Hendrik se repetían en la cabeza de Alois, llevándolo una y otra vez a un rincón de angustia y sufrimiento. Había sido cruel y humillante al atar los sentimientos de Alois, burlándose en su cara de su miserable condición de reo y esclavo. Lo comparó con un animal rastrero y utilizó todas las palabras de Alois en su contra, trastornándolas y haciéndolo ver como si realmente fuera un prostituto. Lo peor fue la manera en que Hendrik lo miró todo el tiempo, como si Alois lo hubiese traicionado y lastimado.

Alois nunca se disculpó, no sintió la obligación de hacerlo aun cuando las manos de Hendrik se presionaron sobre su garganta, asfixiándolo. No cedió. No estaba de acuerdo con el actuar de Hendrik, y no iba a fingir estarlo solo para evitar otra pelea entre ambos.

Hendrik le dijo que buscara otra celda, que ya había tenido suficiente de su infantil juego de perra barata, que si tanto quería la atención de Ley se fuera con él de una vez por todas. Le

restregó la misericordia que tuvo con él al no follárselo y luego desecharlo para el disfrute de los otros prisioneros. Rompió a Alois una y otra vez antes de irse a su pelea de esa noche, dejando a su prisionero desmoronado en un lastimero llanto.

Alois se hizo un ovillo en la cama, buscando la forma de calmarse y no entrar en pánico. Temía por su sanidad mental y por su estabilidad emocional. Debía de estar furioso, sentirse encolerizado por el trato de Hendrik, incluso sentirse aliviado de que el hombre le hubiera dicho que ya no quería nada más con él, sin embargo, no se sentía así. El dolor que se expandía por su pecho, que le hacía dificultosa la respiración, estaba ligado a las últimas palabras de Hendrik y al fin de su relación.

¿Por qué le gustaba un hombre tan cruel? ¿Podía seguir usando el ambiente de la prisión como excusa para lo que estaba comenzando a sentir por Hendrik?

El ruido de la oxidada puerta metálica se hizo escuchar y Alois sorbió su nariz antes de sentarse, limpiando el mar salado que le recorría las mejillas. Salió de la cama, ahogado en emociones contradictorias que lo empujaban a los brazos de ese hombre bestia que tanto lo había lastimado.

Sus humedecidos ojos cayeron en el desasosiego al ver a Hendrik frente a él. El hombre lucía un rostro lleno de magulladuras. Su labio tenía una horrible cortada y su ojo izquierdo estaba hinchado, prácticamente no lo podía abrir. Hendrik jamás había lucido tan mal después de una pelea en el *under*. Y Alois quiso preguntarle el motivo por el cual lo habían golpeado así. ¿Podía ser un poquito engreído y pensar que fue debido a la pelea de ambos? Que de alguna forma, Hendrik también estaba afectado por lo ocurrido.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el lastimado peleador antes de girarse en dirección al lavamanos y abrir el paso del agua para sacarse la sangre de su rostro.

Alois miró a Hendrik, agitando sus empapadas pestañas y sin saber qué responder. Quiso lanzarse sobre él, curar sus heridas como tantas veces antes y hacerle jurar que nunca más iba a pelear. Le estaba estrujando el corazón verlo así.

—¿Q-qué te pasó?

—Como si te interesara —gruñó en respuesta.

—Me interesa —murmuró apenas. No mentía.

—Puto mentiroso —bufó antes de beber agua del grifo y enjuagarse la boca—. Estoy seguro de que dije que te largaras, que ya no me interesa ser tu dueño. Búscate otro, ve con Ley.

Alois sintió sus piernas flaquear cuando Hendrik repitió las palabras malditas. ¿Cómo iba a dejar de ser su dueño? Eso era inconcebible, puesto que se necesitaban.

Una verdad que prevalecía en la historia de la humanidad; un esclavo no viviría sin un dueño, y un dueño no sería nada sin su esclavo.

Y Alois no era idiota, sabía lo que se encontraba oculto bajo las palabras venenosas de Hendrik. Miedo, celos...

—N-no me iré.

—No me enfrentes, Alois. No estoy de humor, y como vuelvas a joderme, quebraré cada hueso de tu pequeño cuerpecito. —Colocó la boca bajo el grifo y tomó agua para hacer gárgaras,

botando la mezcla de agua y sangre en el lavamanos.

—De… —Tragó—. De todas formas…, no me iré, Hendrik.

Hendrik negó con la cabeza y cerró el paso del agua, secándose el rostro con una vieja y usada toalla. Miró a Alois una última vez antes de encogerse de hombros y caminar hasta su cama.

—Haz lo que quieras, pero ten presente que ya no soy tu dueño. No es mi deber protegerte.

CAPÍTULO IX

Alois, desde su vocación, siempre fue la clase de persona que colocaba las necesidades de los demás por delante de las propias y eso lo enorgullecía tremendamente. Destacaba en su trabajo por la pasión férrea que mostraba tener, y sus pacientes lo adoraban por la dedicación y entrega que tenía. Podía jactarse de ser el mejor pediatra, y que todos los niños del hospital donde trabajaba corrieran hacia él apenas lo visualizaban, era la mejor prueba.

Porque al ser gay, y uno muy promiscuo, Alois ni siquiera podía soñar con la idea de formar una familia. Era demasiado inestable para tener una relación normal y la única vez que lo intentó, terminó en prisión. Y, de acuerdo, era medianamente su culpa por haber sido infiel y haberse reído de las amenazas de su psicópata exnovio Alex, pero si todas las infidelidades tuvieran por condena la prisión, ufff...

Y Alois siempre fue la clase de hombre que aceptaba su culpa en las situaciones desfavorables de la vida. Era un ferviente creyente de que todo acto conllevaba una responsabilidad, por ello fue que pudo resignarse y no caer en la locura cuando el juez dictó la sentencia. Así mismo, estaba consciente de la imprudencia a la que estaba dejándose arrastrar en North Collan.

Meses de besos robados y forzosos, de caricias lascivas y posesivas, siendo el objeto de una vehemente mirada de ojos verdes y sintiendo el calor corporal del único hombre que hasta el momento lo había atrapado, de su dueño… ¿Cómo iba a eliminar los recuerdos que Hendrik había dejado en él? ¿Cómo enfrentaría aquellas consecuencias? Era imposible, y Alois lo sabía.

Seguramente pasarían las estaciones, los años y él seguiría recordando cada maldito beso, cada palabra susurrada en su oído y cada situación a la que Hendrik lo llevó.

Si él era una rosa, Hendrik se había convertido en las espinas que la acompañaban.

—Eres mi dueño —insistió con su labio tembloroso y la mirada baja.

No iba a dejar que Hendrik rompiera el lazo que los unía. Más allá del pavor que le daba pensar en el incierto futuro sin Hendrik como su escudo, no quería perderlo. ¿Qué iba a hacer su dueño sin él? No podían estar el uno sin el otro. Porque si Hendrik era la enfermedad, Alois era la cura.

El emperador golpeó la pared con su puño. Los nudillos crujieron y Alois dio un leve salto sin despegar los pies completamente del suelo. No retrocedió, y de su boca no salió retractación alguna.

—¿Es que no lo entiendes, puta barata? —Su voz era amenazante. Volteó en dirección a Alois, con el rostro hinchado por golpes y sus dientes moliéndose debido a la fuerza con la que los apretaba—. Tú no decides. No eres nadie para venir a reclamarme como tu dueño. Solo eres

el infeliz con el que pretendía tener una buena follada y luego botar a la basura, porque... ¿Adivina qué? Es ahí donde perteneces.

—Pero n-no me follaste. ¿Por… Por qué? —Vio a Hendrik pasar saliva.

—¿Qué importa? Ya todo se fue a la mierda —respondió al cabo de unos segundos.

—N-no. No es así…

—¡¿Que no es así?! —le recriminó con renovada ira—. ¡¿Sabes el puto infierno que vivo por tu culpa?! ¡¿La forma en que todo lo que haces me jode la cabeza?! ¡¿Y qué importa si no te follé?! —La cortada en su labio volvió a abrirse y Hendrik la cubrió con su mano—. Mierda, argh.

Alois succionó su labio inferior para no soltar un sollozo. Las palabras de Hendrik dolían más que cualquier golpe certero. Negó con la cabeza y sorbió su nariz, sintiéndose perdido y sin más respuestas para dar.

—Hendrik… —sollozó, dando un paso hacia él y viéndolo retroceder—. No quiero tener otro dueño. A nadie más…

—Seamos honestos, corderito —se mofó, limpiando la cortada de su boca—. Yo, Ley, cualquier otro… Soy igual al resto de los monstruos de esta mierda de lugar, y en cuando te vayas y sigas tu vida, yo…

No terminó, se encogió de hombros y pasó por su lado, empujándolo por el hombro. Se subió a la parte superior de la litera y fingió caer en el sueño con el rostro frente a la pared.

Alois permaneció tiempo incalculable de pie, experimentando por primera vez las emociones que se ligaban al corazón.

No iba a admitir cuánto le gustaba Hendrik, pero tampoco podía negárselo a sí mismo. Era un duro golpe a su orgullo, que ya estaba lo suficiente mancillado y herido, el tener que reconocer el origen de su dependencia emocional por Hendrik. Era absurdo. Había besado a infinidad de hombres. Entonces, ¿por qué solamente podía recordar el sabor de los besos de Hendrik? ¿Eso también era un efecto colateral de su estadía en la prisión?

No quería respuestas, aun cuando las necesitaba.

—Hendrik. —Hipó, secándose las nuevas lágrimas que hicieron su miserable aparición y le empaparon las pestañas. Su dueño ignoró la súplica en su voz—. He-Hendrik.

—¡Que te calles, joder!

El grito de Hendrik retumbó en las húmedas y frías paredes. El invierno se hacía sentir y Alois necesitaba a su dueño o moriría congelado; su corazón moriría congelado.

Caminó hasta la litera de ambos e impulsándose con ambas manos y pies, se subió a la cama de Hendrik. Nunca había subido, no se sintió con el derecho de hacerlo, pero estaba desesperado. Si el emperador lo dejaba, no sería más que uno de los tantos súbditos, pobres mortales que veían a la realeza desde lejos, sin posibilidad de acercarse o de tenerlo entre sus brazos.

Hendrik se irguió con la irritación plasmada en su rostro. Recorrió a Alois con la mirada y negó con un movimiento de cabeza.

—Maldito insolente. ¡Fuera de mi cama!

—No. —Intentó tomar las manos de Hendrik entre las suyas.

—¡Bájate, Alois!

—¡No!

Y lo siguiente que sintió fue el duro suelo de pavimento contra su frágil espalda. Su cabeza sintió un martillazo en la parte posterior que lo dejó desorientado. Pestañeó algunas veces, comprendiendo lo ocurrido: Hendrik lo había empujado de la cama con una patada.

Todo se veía levemente borroso y su cuerpo dolió demasiado como para moverlo. Repentinamente, las fuerzas lo abandonaron. El hecho irrefutable se repitió como un vinilo atrapado en un tocadiscos. Hendrik lo había lastimado.

Se sentó, soltando un quejido de dolor por la punzada que sentía en la cabeza. Llevó una mano hasta la zona del golpe y palpó la sangre caliente enredada en las hebras de su cabello. Hendrik lo observaba de arriba, sumido en un completo silencio y con una expresión indescifrable.

Alois vio su mano, las puntas de sus dedos teñidas de escarlata. Sabía lo que debía hacer, era médico. Había un protocolo en caso de un golpe en la cabeza y... Mierda, no podía moverse.

—¿Vas a quedarte ahí? —el emperador preguntó con un tono duro. Alois levantó la mirada y negó con la cabeza—. Ve a que te curen eso. No quiero despertar con un cadáver en mi celda.

—No puedo... —Las palabras se sintieron pesadas. Sus labios no quisieron moverse—. Mo-moverme.

Hendrik rodó los ojos y bufó antes de volver a darle la espalda a Alois, quien permaneció sentado en el suelo con la sangre entibiándole la nuca y provocándole un mareo. Su mirada en Hendrik descendió cuando la fuerza para mantener sus ojos abiertos desapareció.

—Puto cordero.

El salto de Hendrik, quien llegó a su lado en pocos segundos, lo hizo renovar fuerzas. Abrió los ojos cuando sintió su cuerpo despegarse del suelo. Hendrik lo sostenía en brazos, cargándolo cual estilo nupcial. Su calor y aroma confortaron a Alois. Su respuesta condicionada lo hizo arrimarse aún más al cuerpo de Hendrik, quien llevó a Alois por los pasillos de North Collan mientras ignoraba a los gendarmes que le decían que debía volver a su celda.

Alois se vio seducido por aquello que su cuerpo tanto clamaba, por la seguridad que solamente lograba sentir estando en los brazos de su dueño. Porque durante meses Hendrik lo había protegido y nada iba a cambiar ese hecho, ni las duras palabras del ojiverde.

—¿Puede alguien revisarle la maldita cabeza? —escuchó a Hendrik preguntar.

Abrió los ojos una vez más y miró a su alrededor. Se encontraban en la unidad médica.

El enfermero llegó rápidamente y le indicó a Hendrik que dejara a Alois sobre la camilla. A los pocos segundos, llegó el médico de turno. Alois le intentó esbozar una sonrisa, pero le fue imposible.

—¿Qué ocurrió? —preguntó el hombre, colocándose los guantes esterilizados.

—Lo empujé de la cama y se azotó la cabeza contra el suelo. —La voz de Hendrik no tenía arrepentimiento alguno.

El médico soltó un suspiro y comenzó a examinar a Alois.

—Quiero vomitar —murmuró bajito.

—Tráele un balde —pidió el médico al enfermero.

Cuando tuvo el cubo frente a su rostro, vació hasta los jugos gástricos de su estómago. No había nada más y el ácido quemó todo a su paso, haciéndolo gemir de dolor.

—Lo bueno es que no necesitará puntadas, solo desinfección. Te daré unos analgésicos para después y te inyectaré un antiinflamatorio.

Hendrik se sentó en una silla, los brazos cruzados y el tobillo de un pie apoyado en la pierna adyacente. Observó con amargura cómo el médico realizaba su labor, limpiando la herida de la cabeza de Alois y posteriormente colocando un parche sobre esta.

Alois arrugó la nariz cuando el hombre le indicó que se postrara de estómago sobre la camilla para inyectarle el antiinflamatorio.

—Quedará en observación esta noche —finalizó el médico.

—Bien —dijo Hendrik sin moverse de su lugar.

—Puedes irte a la celda, Hendrik. Está en buenas manos.

Hendrik hizo sonar las vértebras de su cuello cuando ladeó la cabeza en un movimiento brusco.

—Me quedo —fue lo único que dijo.

El médico asintió, tartamudeando sobre avisar a los gendarmes para evitar conflictos y buscar algo de comida para que los medicamentos no dañaran el estómago del recluso Thompson.

—Hendrik…

—Hm.

—¿De verdad debo buscar otro dueño? —Las palabras de Alois parecieron abofetear a Hendrik.

Si iba a dejarlo, entonces Alois debía de buscar a otro que lo mantuviera protegido.

Hendrik permaneció en silencio, pero fue como si Alois pudiera leer sus pensamientos. Quizá pensaba en Ley Han, en que él estaría más que dispuesto a ser el nuevo dueño de Alois. Porque sin dudar, Hendrik había visto cómo el oriental lo miraba.

Lucía asqueado.

—¿Qué mierda pretendes? ¿No tienes dignidad o es que te gusta ser miserable? —se mofó con una sonrisa ladina y ojos bien abiertos—. ¿Te pone que te humille? ¿Es eso? Me hubieras dicho antes, así me ahorrabas toda esa mamonería de conseguirte comodidades y cuidarte como a un putito fino.

Alois negó, sin tragarse toda esa actuación.

—¿A quién quieres engañar? Y si es así, ¿por qué estás aquí, Hendrik? —La pregunta de Alois buscó ser una estocada en la muralla inquebrantable de Hendrik, un golpe certero que de haberse repetido, hubiera comenzado a agrietarla—. ¿Por qué esto te importa?

Se acomodó en la cama con lentitud, teniendo cuidado de no realizar ningún movimiento brusco que pudiera marearlo. Observó a Hendrik en silencio, esperando una respuesta.

—Vete a la mierda.

Hendrik se colocó de pie y salió de la unidad médica, dando fuertes pisadas y botando todo a su alrededor.

Alois se cubrió el rostro con ambas manos y soltó un grueso suspiro.

—Es porque me necesitas —se respondió a sí mismo.

Solo esperaba que para el momento en que Hendrik se diera cuenta, no fuera demasiado tarde.

◆ ◆ ◆

Alois estaba frente a Ian, separados por un vidrio antibalas entre ellos.

Su abogado y mejor amigo le había llevado infinidad de noticias.

Su madre estaba bien, asistía a terapia psicológica para poder sobrellevar el encarcelamiento de su hijo. Al principio, fue horrible para ella, según palabras del propio Ian. Incluso desarrolló episodios de pánico, pero las terapias comenzaban a dar resultado y ella misma se notaba más tranquila y alegre.

Ian le contó sobre lo ocurrido con su caso, sobre las pruebas que había ido adquiriendo a su favor y que presentaría en la apelación del juicio otorgado por el tribunal supremo, que sería en cuatro meses más. También informó a Alois sobre la libertad por buena conducta y que podría solicitarla luego de un año de condena.

—Alois, sé honesto conmigo, ¿qué tan mal estás? —El ojeroso castaño se encogió de hombros y negó con la cabeza.

¿Cómo poner en palabras el tormento de su cabeza y la agonía de su corazón?

Estaba sucio y más delgado. Llevaba una semana desde que su dueño lo dejó en libertad, y si se había librado de algún abuso fue porque logró convencer a un médico simpatizante de que lo mantuviera hospitalizado por unos cuantos días más.

—Sobrevivo, Ian. Eso es todo lo que voy a decirte.

—De acuerdo. —Su abogado apretó los labios. No estaba listo para escuchar las crueldades que seguramente estaban haciéndole a su amigo en ese funesto lugar—. Pero te tengo buenas noticias... Logré sobornar a un gendarme.

Los ojos de Alois tomaron vida por primera vez. Apretó el teléfono intercomunicador con fuerza. Ahora más que nunca necesitaba protección.

—¿Lo hiciste?

—Sí, pero no conseguí mucho. Los tipos aquí son huesos duros de roer. Al menos, podré mandarte comida y algunos artículos de aseo.

Alois pasó saliva como si hubiese sido condenado a muerte, una vez más.

¿Comida? ¿Artículos de aseo? No. Lo que necesitaba era un puto perro guardián para que esos caníbales no se lo comieran vivo.

—Ian, necesito obtener protección —se sinceró.

—Por Dios, Alois. Dime que no están abusando de ti.

Quiso reírse ante las palabras de su amigo. Quizá la crueldad ya comenzaba a impregnarse en él. No sería extraño, pues sin importar cuán limpia estuviera una fruta, terminaría pudriéndose si era dejada en un cajón lleno de otros alimentos putrefactos.

—Solo ayúdame a conseguir protección —se limitó a responder.

—Lo intentaré, lo prometo. —El rostro serio de Ian no mentía. Su amigo movería mar y tierra para ayudarlo.

Un gendarme les indicó que el tiempo de visitas había concluido, por lo que Alois se despidió escuetamente con palabras lacónicas que no expusieran el miedo que estaba sintiendo en ese preciso instante. Se retiró con sus manos esposadas como era la regla.

Las miradas mordaces y hambrientas de otros convictos se posaron sobre él.

—Listo. Puedes proseguir —musitó un guardia que lo liberó de las esposas y abrió la reja que lo adentraba a aquel infierno.

—Gracias.

En el camino se topó con algunos reclusos. Malditos idiotas que lo hicieron tropezar o que se burlaron de su funesto destino ahora que Hendrik lo había abandonado. Alois quiso reírse en el rostro de ellos y decirles que no tentaran su suerte, ya que Hendrik volvería por él.

No pudo hacerlo, no tenía la seguridad de que sus palabras fueran ciertas.

Su cuerpo picaba por la necesidad de una ducha caliente y su pelo apestaba. Eso era natural, puesto que rehuía de las regaderas, del lugar propicio para cometer las barbaries más inhumanas. Pero su tiempo se agotaba, no podía seguir resguardándose en la unidad médica. El hambre ya comenzaba a resentirse en su cuerpo, ya que sobrevivir con las miserias que lograba obtener de los enfermeros y médicos, no bastaba.

Salió al patio, buscando a Nevin y su grupo con la mirada. Los visualizó a lo lejos en su efusiva charla de siempre. Con pasos rápidos y anhelando aquello que tuvo antes de ser abandonado, llegó hasta ellos. Sin embargo, no lo recibieron como esperaba. Todos guardaron silencio.

El rubio, quien siempre farfullaba a todo pulmón, tenía la mirada baja y el entrecejo fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alois con miedo.

Nevin sacudió su cabeza de un lado a otro, y sin levantar la mirada, decidió responder:

—Hendrik nos ha prohibido hablarte, Lulú. Lo siento…

—Chicos, no, por favor… No pueden hacerme esto. —Miró a Noah. Él lo había salvado, era el momento de que Noah hiciera lo mismo por él.

—Lo siento, Alois. Hendrik amenazó a José con quebrarle los brazos y piernas si yo no me

mantenía alejado de ti.

—… Nevin. —Su voz era un ruego desesperado.

¿Había quedado completamente solo?

—Deberías intentar solucionarlo con Hendrik. No puedo hacer nada... Zev amenazó con encerrarme en la celda si lo desobedecía.

Alois tragó su amargura. Se limpió las lágrimas porque no iba a soportar derrumbarse ahí, frente a todos.

Miró el cielo, grisáceo y deprimente, miserable como él. Giró sobre sus talones y arrastró sus pies con grilletes imaginarios. Volvería a su celda, si aún podía considerarla suya.

No había visto a Hendrik desde esa noche.

Cuando pasó por la improvisada cancha de básquetbol, donde los reclusos jugaban un partido, captó la atención de un hombre.

—¡Oye! —Alois siguió caminando—. ¡Eh, putita!

El desconocido llegó hasta él, agarrándolo del brazo con fuerza. Alois se volvió en su dirección con su puño cerrado y tomando el impulso suficiente para encajarle un golpe certero en la nariz. El hombre cayó al suelo por el impacto que lo había tomado con la guardia baja.

El golpazo hizo doler la mano de Alois, pero supo ignorarlo. No esperó a que el hombre se colocará de pie, giró y se echó a correr en dirección a su celda, su vida dependiendo de ello. Y sin saber que un par de ojos verdes habían observado toda la situación.

Corrió, esquivando a los reclusos y empujando a quienes intentaban agarrarlo. El pavor de no saber hasta cuándo se libraría de lo inevitable lo estaba ahogando. Finalmente, fue sostenido por unos fuertes brazos de los que no pudo escapar.

Forcejeó sin ver el rostro de su captor.

—¡Suéltame! —exigió en un grito.

—¡Alois, soy yo! —Detuvo su forcejeo cuando escuchó esa conocida voz.

Levantó la mirada y vio al pelinegro culpable de sus desgracias.

—¿Ley?

—¿Estás bien? Dios, no he sabido de ti en días. Pensé que te habían asesinado o algo.

—S-sí. Yo… —En ese momento, se quebró y se odió por ello. Escondió su rostro en sus manos, avergonzado de su debilidad y de las lágrimas que salían de sus ojos añil. Ley intentó sostenerlo en un abrazo, pero Alois se removió rápidamente, sacudiendo sus extremidades y negando con el ceño fruncido. Apuntó a Ley, inquisidor—. ¡No te atrevas a tocarme, no puedes! ¡No eres mi maldito dueño!

Estaba aterrado, en un estado de desconcierto temporal que no le permitía razonar.

—¿Qué?

—No eres Hendrik, no puedes tocarme.

—De acuerdo, estás demente. —Ley curvó las comisuras de sus labios en una sonrisa

divertida. Intentó acercarse a Alois una vez más, pero este retrocedió.

—¡No te acerques, Ley, te lo advierto!

—Oh Dios. ¿Qué demonios te ocurre? Pensé que eras diferente a toda esta tropa de desequilibrados.

Alois negó, encerrado en una caja demencial.

Se sintió atacado, como un zorro entre una manada de sabuesos. No pudo distinguir nada, el miedo comenzando a jugar un juego enfermizo en su cabeza. Pero había una cosa que sí sabía: no quería a Ley cerca de él.

—Aléjate.

—Escúchame, Alois. Sé que tuviste problemas con Hendrik por haberme ayudado esa vez, así que quiero ayudarte... No sé, puedo protegerte. —Ley juntó las palmas de sus manos y se inclinó levemente en dirección a Alois.

—No quiero.

—¿Cómo dices?

—Quiero a mi dueño —insistió aturdido, desviado de su lado racional como un menesteroso en busca de agua en el desierto, que sucumbe ante el calor antes de encontrar el oasis prometido.

—¿Tu dueño? ¿Hablas de Hendrik? Bueno, lamento ser quien te dé la noticia, pero Hendrik se está enrollando con otro chico, uno llamado Ashton o algo así. —Dio otro paso hacia Alois, pero este no retrocedió. Ley le levantó el mentón con el dedo índice—. Déjame cuidarte. Puedo hacerlo.

—No eres Hendrik.

—Alois, por favor, entra en razón... Hendrik te dejó. Sé un buen chico y déjame cuidarte.

—Dije que no.

—Sí. Te dejó y ya todo North Collan sabe que pueden abusar de ti. —Alois tapó sus orejas. Las palabras de Ley dolían, porque sacaban a la luz la verdad que había encerrado en un rincón de su cabeza—. Eres mejor que esto, Alois. Hendrik no te merece. Voy a cuidarte, seré tu dueño y tú serás bueno para mí.

Las manos de Ley se aferraron al rostro de Alois, tomándolo con fuerza y alzándolo. Intentó soltarse, ejerciendo fuerza en los músculos de su cuello que se sintieron desgarrar. Intentó empujarlo con sus delgados brazos, gritándole que se apartara, pero Ley no lo hacía.

Colocó su boca sobre la de Alois, mordiéndolo en el labio inferior y comenzando un choque que distaba bastante de ser un beso.

—¡No! ¡Suéltame, Ley!

Él se apartó, sin soltar a Alois. Su rostro no lucía molesto, se mantenía serio y en calma. Entornó los ojos y soltó un suspiro. Los reclusos transitaban alrededor de ellos, observándolos con perspicacia. No se entrometerían, puesto que Ley ya se había hecho de un lugar en North Collan.

—No voy a apartarme. —Se relamió los labios de manera nauseabunda—. Desde ahora,

eres mi responsabilidad.

Alois intentó soltarse con toda la fuerza que aún tenía.

¿Acaso él no tenía decisión alguna? ¿Cualquier hombre podía llegar y reclamarse como su dueño?

Si la luna le pertenecía al sol, ¿cómo podía venir cualquier astro y demandarla? No podía ser. Hendrik estaba equivocado, porque las cadenas que había puesto alrededor de Alois no podían romperse tan fácilmente.

—No… N-no quiero ser tuyo —rogó con voz trémula por el llanto contenido.

—No tienes muchas opciones. Lo siento.

—Quiero a Hendrik, a mi verdadero dueño. Tú no eres él. —El agarre de Ley se apretó en su rostro. Podía apreciarse que las palabras de Alois comenzaban a molestarle—. Su-suéltame, me haces daño…

—Mierda, eres difícil… ¿No entiendes lo que pasará si te abandono a tu suerte? Estoy haciéndote un favor. Sé bueno y acéptalo.

Alois negó con la cabeza.

—Mientes. Y e-eres un hipócrita... ¿Por qué mientes? Aquí nadie hace favores. ¿Qué quieres? No soy estúpido.

—¿Qué? Alois, te estoy ofreciendo salvar tu trasero. ¿Eso es ser hipócrita? —Ley bufó y soltó a Alois, cruzándose de brazos y arqueando ambas cejas.

Alois lo enfrentó con la mirada.

No quería confiar en las buenas intenciones del hombre. Prefería la cruda verdad que palabras dulces encubriendo mentiras.

—¿Por qué?

—Porque fue mi culpa que Hendrik te dejara.

—Sabes que eso no es verdad. ¿Por qué lo haces ver así? No fue tu culpa, tú y yo no somos nada. Hendrik no me dejó por ti, estás desquiciado.

—Por favor, Alois. Todos saben que sintió celos porque me ayudaste en el gimnasio. Pero está bien, lo entiendo... Eres lindo, muy lindo, y te ves tan pequeño. Necesitas que alguien te cuide.

—No, y-yo... Eres un imbécil. —Alois soltó una repentina risa carente de gracia y negó con la cabeza—. Si Hendrik hubiera estado celoso de ti, ya estarías muerto. Tú no eres nada para mí y él lo sabe. ¿Crees que no lo conozco?

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué demonios te dejó?

—Porque me necesita y eso lo vuelve loco. —Apartó la mirada, pensando en los orígenes de todas sus discusiones—. Porque está sintiendo por mí… lo mismo que yo estoy sintiendo por él. Y eso lo aterra.

Ley rodó los ojos, sin poder evitar lucir desconcertado y con el orgullo herido a partes iguales. Tomó a Alois de las muñecas, quedando a una corta distancia de él.

Alois pudo sentir su tibia respiración. Sintió náuseas.

—De acuerdo. ¿Sabes qué? Sí, tienes razón, quizá no quiero solamente cuidarte... O sea, mírate, tan delicado y lindo, desprotegido… Solo un ciego no querría poner sus manos en ti, pero tú también estás mintiendo, porque sabes que ese animal de Hendrik no siente nada por ti.

El corazón de Alois se desbocaba con cada latido. No quería escuchar las palabras de ese hombre, no quería ver sus ojos pardos y saber que no podía hacer nada para escapar de él.

—Nunca dije que Hendrik siente algo por mí.

—¿Entonces?

—Hendrik me necesita.

—Vaya que sabe ocultarlo —se burló, soltando un suspiro exagerado—. ¿No te cansa hablar de esa bestia? A mí sí, porque ahora eres mío, Alois, y no quiero que sigas hablando de él. ¿Ha quedado claro? No quieres verme enojado, te lo aseguro. —Gimió bajito cuando las manos de Ley se apretaron en sus muñecas. Negó con la cabeza. Si Ley quería imponerse a él, debía ser a base de golpes—. ¿No? Mierda... No me gusta la violencia innecesaria, pero si insistes me harás usarla y créeme, sé cómo hacerlo. Mejor que muchos otros. —Tiró de Alois hacia él—. ¿Tan terrible te parezco?

—Ley, déjame ir. Vas a arrepentirte, no miento.

La risa sardónica del peleador le erizó la piel. El agarre de sus manos quemaba y la cercanía de su cuerpo le era molesta. El hombre se estaba proclamando a sí mismo como su dueño y Alois no encontraba la forma para detenerlo.

—¿Arrepentirme? Debe ser una broma. No hay nada que puedas hacer para que me arrepienta. Soy tu nuevo dueño, Alois, solo debes hacerte la idea y todo será más fácil.

Ley miró en distintas direcciones y, tomando a Alois por el brazo, comenzó a caminar y a tirar de él por los pasillos.

Alois se removió intentando resistirse, tratando de pegar sus pies al suelo, pero le fue imposible. Estaba siendo arrastrado y los gritos de auxilio que desgarraban su garganta eran fatídicamente ignorados por los reclusos. Si pudiera elegir un momento para morir, hubiera sido ese. No era estúpido, sabía que estaba siendo llevado al lugar donde Ley reclamaría el derecho de ser su dueño.

¿Por qué nadie lo ayudaba? De todos los hombres que había sanado en North Collan durante esos meses, ninguno se alzaba por él. ¿No les remordía la conciencia?

—Deja de resistirte, Alois. No soy un monstruo. Te voy a cuidar bien y serás un buen chico, ¿sí? No me hagas castigarte, ¿de acuerdo?

—¡Solo suéltame!

—No puedo hacer eso.

Llegaron a la celda que, Alois supuso, era la de Ley. Un hombre se encontraba en ella y al ver al oriental, salió de inmediato. Alois seguía gritando entre lágrimas, jurando vengarse de Ley por tomar algo que no le pertenecía.

Y su mente macabra, que había desarrollado un lado sádico, lo torturaba con recuerdos de

su tiempo junto a Hendrik. Como la primera mañana que despertó con el ojiverde a su lado y cómo en una coquetería traviesa se sentó a horcajadas de Hendrik para despertarlo con besos. O la vez en donde, sin saber que Alois fingía dormir, Hendrik le acarició las facciones de su rostro repasando las tupidas pestañas de Alois y reprochándole por su cara de niño bonito.

Porque Hendrik había sido metal caliente inyectado en su cuerpo y no había manera de sacarlo de allí sin matar a Alois en el proceso.

—¡No! —Se aferró a la puerta metálica, raspando el metal oxidado con sus uñas y yemas de sus dedos.

—Por Dios, Alois, deja de hacer tanto escándalo. ¿Acaso eres virgen?

—¡Hendrik! —Sus brazos comenzaron a lanzar manotazos ciegos. Sus piernas se flexionaban con desesperación, sumido en un desasosiego lacerante—. ¡Hendrik! ¡Hendrik!

—Joder. —Ley bufó y lo tiró sobre la cama—. ¡Que guardes silencio!

Alois no escuchaba, se negaba a hacerlo.

—¡Hendrik!

—¡Alois, escúchame! —Agarró su rostro con una mano, apretando con demasiada fuerza—. No quiero tener que castigarte, ¿de acuerdo? Eres pequeño y frágil, necesitas que te cuide… —Sonrió cuando Alois negó y continuó resistiéndose, como si lo disfrutara.

—¡Aléjate! —continuó intentando con desesperación—. ¡Hendrik!

Y cuando el sonido de la puerta al ser abierta de golpe les hizo girar el rostro, el semblante de Ley palideció y finalmente pareció comprender las advertencias de Alois.

—He venido por lo que me pertenece.

Su dueño.

CAPÍTULO X

Hendrik, durante toda su vida, invariablemente tuvo que pelear. No conocía otro camino, era como un animal de pelea, adiestrado para atacar a quien se le pusiera por delante. Sin reglas, sin reconcomios ni espacio para las emociones. Su vida era una pelea y él era el peleador.

Los golpes recibidos solamente lo hicieron más resistente. Las murallas que le impedían avanzar se convirtieron en sacos de boxeo que golpeó hasta destruir, fortaleciendo sus puños e ímpetu. Y las personas a su alrededor solo sirvieron como meras entretenciones pasajeras, como un opio que conseguía hacerlo olvidar por momentos la monstruosidad que era su vida.

North Collan solamente fue la consumación de los sucesos de su vida, el lugar donde pudo soltar a la bestia interna que reprimió durante años en la milicia. Poco importó que fuese injusta su condena, que tuviese que cargar con la responsabilidad de los altos mandos cuando la misión en Guantánamo falló. La prisión de los miserables, de los bastardos sin gloria. Lo habían desterrado al único lugar donde podían retenerlo y darle un propósito.

Cuando desfiló por la pasarela, obteniendo burlas de los reos locatarios y promesas de muerte segura, Hendrik supo que ese sitio se convertiría en su reino. Fue Nicholas, un mafioso amante de las peleas, quien lo descubrió al poco tiempo. Tras su primera pelea en el *Underground*, se ofreció para ser su mecenas y él, saboreando la calidez de la sangre ajena recorrer su cuerpo, aceptó.

Hendrik Stone se convirtió en el emperador de aquel reino caído, del sitio donde los demonios no se atrevían a entrar por miedo a ser devorados, donde cualquier hombre podía llegar a ser capaz de dar un ojo a cambio de una pieza de pan. Cosas tan simples como una barra de chocolate podían ser el trofeo de una pelea a muerte.

Allí los fuertes no abusaban de los débiles, los esclavizaban. Los menesterosos no sufrían necesidades, se ahogaban en ellas hasta que morían congelados en sus camas. Ese lugar no era un reformatorio, era el Hades de la desesperación, de los lamentos y desgracias. Volvía loco al más cuerdo y acababa con los sueños del más creyente. Hendrik podía ver cómo el espíritu de los convictos se caía a pedazos con cada día, olvidándose así de su condición humana. Los veía luchar en un intento por salvar sus vidas. Pelear contra sus demonios internos, pelear contra otros convictos, contra los guardias, contra la prisión. En algún punto, todos peleaban. Todos eran sus semejantes, sus desamparados súbditos… Todos, menos el corderito que le fue designado.

El hombre de ojos añil y voz aguda, con mejillas filosas y un pequeño cuerpo tibio que olía a sol y miel. El chico dócil de mirada melancólica e inocente. Alois Thompson, el médico de sonrisas coquetas y frondosas pestañas, que no peleaba. Sin importar cuánto Hendrik lo intentara, cuánto lo orillara para hacerlo batallar, Alois no luchaba. Se dejaba golpear, humillar y mancillar, pidiendo con un llanto lastimero y desgarrador, con ojos clamorosos a Hendrik, que se

detuviera. Y eso lo abrumaba, lo descolocaba en tantas formas que no podía siquiera racionalizar.

Alois lo desafiaba con palabras y luego cedía, lo alejaba y luego buscaba acercarse. Se exponía a Hendrik con el pecho abierto, con el corazón en mano y sin esperar nada a cambio. Bordeaba la estupidez con su idea de ayudar a los demás, sin comprender que en North Collan tu mejor amigo podía matarte por una cajetilla de cigarros; eso lo enfurecía, lo desquiciaba, y él actuaba en consecuencia a ello.

El emperador se veía arrastrado por las acciones de su mascota. Se ofuscaba por sus movimientos, por el sacudir de sus pestañas y por la preocupación en sus palabras, como si estuviera con Hendrik por voluntad propia. Como si no hubiera una cadena alrededor de sus pies, atándolo al ojiverde.

Se aferraba a Hendrik como ningún otro lo había hecho antes, con manos suaves y caricias cuidadosas, buscando no lastimar a su dueño.

Estaba llevando a Hendrik por senderos desconocidos. Imponía sus sentimientos al hombre de sangre metálica, demostrando que no le importaba morir, que no iba a pelear contra él y, por el contrario, iba a reclamarlo hasta el final como la vertiente de sus emociones infantiles.

Hendrik se burló de él en un intento desesperado para no caer en aquel hechizo que prometía la más dulce miel y la desazón de un final fatídico del cual jamás iba a poder recuperarse.

Alois se ofrecía a sí mismo, tal como un cordero en sacrificio, y era Hendrik quien sostenía la daga con su mano apretada al puñal, consciente de que no podía clavarla.

◆ ◆ ◆

Alois se llevó ambas manos a la boca para acallar su gimoteo.

Hendrik se encontraba en el marco de la puerta con sus ojos brillantes y de pupilas dilatadas, acompañado de su sonrisa amplia que dejaba a la vista sus dos perfectos hoyuelos.

El profanador de sus sentimientos y su adalid personal, justo allí.

Sintió el acre de la hiel propagarse por su boca, el paroxismo en su corazón y una tribulación en sus manos.

¿Cuánto valor le había tomado reunir a su dueño para estar ahí? Para un hombre que podía lastimar a otros fácilmente porque de bestia tenía el corazón, ¿cuán mortífero fue asumir su condición humana y botar su orgullo para volver a ese que él mismo desechó? Porque botar un juguete a la basura ante la vista de sus súbditos y luego escarbar en esta para recuperarlo, era más humillante que ser botado. Alois no tenía elección, Hendrik sí, y había decidido tragarse su orgullo y volver por él.

No existían solamente las personas buenas o malas; no existía solamente el blanco y el negro. Quizá nadie más podía verlo, porque estaban ciegos de dolor, pero en su dueño, donde todos veían negro, Alois veía color.

—Entrégamelo —demandó el emperador.

—No es tuyo. Lo tiraste, ¿recuerdas? —Ley se cruzó de brazos y se colocó por delante de

Alois.

—No me provoques, Ley, que olvidaré las palabras de Nicholas y te destrozaré aquí mismo.

—Inténtalo.

Hendrik avanzó hasta quedar frente al oriental. Sus portes similares los hacían ver como dos grandes bestias a punto de enfrentarse. El duelo parecía inevitable para el rey que volvía a reclamar a su esclavo y para el nuevo dueño que se negaba a entregarlo; Alois no lo iba a permitir.

Se colocó de pie y caminó hasta darle la espalda al peleador oriental. Posó una mano en su propio pecho y con un suspiro, con espinas escabrosas enredándose en su cuerpo, dijo la única verdad:

—No puedes pelear por alguien que no te pertenece. No lo hagas, Ley. No te pertenezco.

Alois no quería un nuevo dueño, sin importar qué tan bondadoso se presentara. No aceptaría un reemplazo para el único emperador por el que estaba dispuesto a arrodillarse.

—¿Es esto lo que quieres, Alois? —preguntó sin dejar de observar a Hendrik.

—Es lo que necesito. No puedes competir contra Hendrik —masculló, saliendo de la celda de Ley sin mirar hacia atrás.

Solo dio tres pisadas para cuando sintió unos toscos y pesados pasos. Su dueño caminaba tras él.

Giró el rostro por sobre su hombro y lo vio, la mirada fija en el frente y un rictus amargo pincelado en sus bellas facciones.

Llegaron a su celda y Alois vio su cama, su pequeña almohada y el viejo edredón azul marino de pluma que tanta envidia les había provocado a sus amigos. Sobre el escritorio había un termo y un nuevo calentador de agua, dos tazas y una cesta de mimbre que Alois había intercambiado con otro recluso por una cajetilla de cigarros. En esa cesta había colocado el pan y dulces que Hendrik obtenía a base de extorsiones y amenazas. Era su pequeño refugio en ese luctuoso infierno.

Se volteó en dirección a Hendrik, con un escozor esparciéndose por su garganta. El hombre lo miraba en silencio y Alois sabía que no obtendría disculpa alguna. No la necesitaba.

—No vuelvas a lastimarme —dijo con sus índigos fijos en los bosques verdes de su dueño. No era una petición, era una demanda. Porque no pensaba volverse a adentrar en ese espiral de dolor al que ambos se veían arrastrados por las palabras de Hendrik.

Hendrik molió sus dientes y alzó el mentón. La respiración de sus fosas nasales se tornó pastosa y lenta. Giró sobre sus talones y comenzó a golpear la muralla en un arranque de ira, sus puños impactando en el concreto y la piel de sus manos desgarrándose a cada golpe. La adrenalina parecía salir como vaho de su boca. Golpeó hasta que el desasosiego de su cabeza hubo disminuido.

Con las extremidades a sus costados, apoyó su frente en la muralla. El goteo de la sangre hizo un eco sordo al chocar contra el mohoso suelo.

—De acuerdo —murmuró con ojos cerrados, humedeciéndose los labios.

Cedió, por primera vez...

Alois obtuvo su redención en esas dos palabras.

—Déjame curar eso —susurró con timidez, dando pasos lentos hasta el ojiverde.

Respiró hondo cuando tuvo la espalda de Hendrik frente a él. El aroma picante y varonil de su dueño seguía ahí, guiándolo hacia la lujuria de las muchas noches que pasaron juntos, de los días donde se dieron placer como dos amantes del Edén.

—No te acerques, Alois.

—No vas a lastimarme —le aseguró. Deslizó su mano por los brazos de Hendrik y llegó hasta las ensangrentadas manos de este. Dio gracias al cielo de que el rizado había peleado el día anterior y que eso le daría una semana para recuperarse—. Ven, vamos a limpiar la sangre.

Tiró de Hendrik hasta el viejo lavamanos. El agua helada le iba a servir para bajar la inflamación, en vista de que Alois no tenía medicamentos consigo para tratarlo y no estaba seguro de si Hendrik lo dejaría salir a la unidad médica en busca de ellos.

Su dueño gruñó levemente ante el dolor y Alois tuvo ganas de decirle que lo soportara por idiota, pero solo apretó los labios para no sonreír.

—Ya es suficiente —reclamó Hendrik luego de unos cuantos minutos. Sus manos estaban rojas por el frío.

—¿Tienes vendas? ¿Pomada antiséptica?

—Quizá en mi maleta.

—Bien.

Alois caminó hasta las camas y se agachó para tomar la maleta de Hendrik. Una traicionera angustia se dispuso en su pecho cuando recordó que él también había tenido una llena de regalos que Hendrik le hizo.

Acabó abriendo el bolso sobre la cama y tomó unas vendas y un recipiente de ungüento. Escaneó rápidamente todo lo que había ahí, reparando en los paquetes de condones que le hicieron fruncir el ceño. Aún tenía algunas cosas que aclarar con Hendrik.

Lo curó y le vendó las manos en silencio. Sus mejillas se ruborizaron cuando la respiración de Hendrik estuvo cerca de su rostro.

—¿Quién es Ashton? —preguntó cuando terminó su labor.

Guardó nuevamente la maleta bajo la litera y se sentó en su cama. Dios, cuánto la había extrañado.

Sus manos se friccionaban entre sí. El frío era cada vez más acérrimo y pronto sus ligeras ropas no serían suficiente para mantenerlo caliente.

—Es solo un chico que me follé. No es importante.

—¿Y yo sí lo soy? —Hendrik no respondió. Alois levantó la mirada de sus manos para vislumbrar a su dueño, pero nuevamente no obtuvo de él más que una mirada incierta y lejana—. Necesito una ducha.

—Y comer... Debes comer primero. Quédate aquí, iré a buscar algo de comer.

Alois lo vio salir de la celda y sonrió, por primera vez luego de aquellos días en angustia. Como un infante al que se le había levantado su castigo y esperaba poder compensar el tiempo perdido.

Estaba feliz de haber vuelto a su dueño, no iba a mentir. ¿Para qué caer en una andrómina jactanciosa? En North Collan, su papel era el de un esclavo, y si podía aferrarse a ser el prisionero del emperador, iba a hacerlo.

◆ ◆ ◆

Con su estómago satisfecho por la cantidad de comida que Hendrik consiguió para él, fue a las regaderas. Los gendarmes se negaron a dejarlo pasar hasta que dijo que era una orden de Hendrik. A esa hora no había agua caliente, pero incluso así, era mejor que permanecer sucio.

Se lavó con paciencia, a consciencia de que no sería molestado. Todos habían visto su paseo con Hendrik a través de los pasillos de North Collan y era muy poco probable que alguien se arriesgara a tocarlo a sabiendas de que Hendrik había vuelto a reclamarlo.

Finalmente, podía respirar con tranquilidad.

—¡Alois! —Una voz chilló a sus espaldas

Dejó de frotarse el cuerpo con la barra de jabón de vainilla que Hendrik le suministró antes de salir de la celda. Lamentablemente, no había champú, pero eso era definitivamente mejor que el jabón pestilente y tóxico que había para los reclusos comunes.

—¿Nevin? —Se volteó y vio al rubio, quien agitaba su mano efusivamente. Tenía un ojo levemente hinchado y cubierto por un enorme cardenal—. Por Dios, ¿qué te pasó?

—¿Esto? No te preocupes, no es nada. —Negó con la cabeza—. Apresúrate, que necesito darte un maldito abrazo. Estoy tan feliz de que el idiota de Hendrik al fin haya reaccionado. Yo lo sabía, se lo dije a los chicos. Lo de ustedes es amor del maricón, del bueno.

Alois terminó de lavarse con rapidez. Se enjuagó con agua helada entre quejidos, su cuerpo sacudiéndose por los espasmos consecuentes del frío.

Nevin, con su rostro triste y una enorme sonrisa, le tendió una toalla para que se secara.

—Gracias, pero dime, ¿quién te golpeó? ¿Zev lo sabe? —Con el cuerpo entumecido, comenzó a vestirse.

Nevin se sentó en un banquillo a la espera, de piernas cruzadas y apoyando un codo en la rodilla para sostener su mentón con la mano.

—Sí, se está encargando de eso, pero en serio, Alois, ya déjalo. No quiero hablar de mis problemas. Háblame de ti, perra loca. Me sentí tan mal cuando Hendrik no nos dejó hablarte. No tienes idea de la pelea que tuve con Zev —confesó, rodando los ojos y sacudiendo la cabeza—. Dios, no vuelvas a hacerme esto.

—Debe haber sido muy difícil… para ti —ironizó con una risa.

—¡Pensé que moriría de un ataque, idiota! —Abrió los brazos con exageración.

—Créeme, para mí no fue nada divertido. Me sentí horrible cuando me rechazaron en el patio.

Y aunque podía hacerlo, Alois no iba a enojarse. Sabía que no había sido culpa de ellos.

—Sí. Tu pelea con Hendrik armó todo un purgatorio en North Collan. En esa semana que desapareciste, Hendrik era un verdadero animal. No tienes ni idea... Incluso lo llevaron a confinamiento solitario por apuñalar a unos guardias.

Alois parpadeó con lentitud, sopesando las palabras de su amigo.

—Pensé que simplemente se había buscado a otro, a un tal Ashton.

—¿Ashton? Joder, no. Es un prostituto vulgar, imposible que Hendrik lo tomara como su exclusivo. Hasta Francesco se llevó una paliza, tal parece que le pidió tu lugar en la celda a Hendrik…, pero solo son rumores. —Le guiñó un ojo a Alois y este esbozó una sonrisa cómplice en respuesta.

—Tenemos mucho de que hablar.

—¡Lo sé! Estaba pensando que podríamos hacer una pijamada en mi celda. Zev no se molestará si eres tú.

—Nevin…

—¡Será divertido!

—Nevin, en este momento lo único que quiero es ir a descansar. Lo siento, pero he tenido unos días de mierda. —El rubio soltó un suspiro y asintió. Era fácil ver el agotamiento en el rostro de Alois y Nevin no pudo hacer más que comprenderlo—. Gracias. Te prometo que mañana hablaremos.

—No te preocupes, tenemos tiempo. —Nevin se colocó de pie y envolvió a Alois en un abrazo.

El rubio era lo más cercano que podía tener a un amigo y, en realidad, ya lo era. Y lo agradecía.

—Bien, vamos.

Se despidieron a mitad de camino, ya que sus celdas quedaban en direcciones contrarias.

Alois ignoró las peleas suscitándose en los pasillos, los abusos de los más miserables e indefensos. Esa semana sin Hendrik le enseñó una pequeña lección. Su dueño tenía razón, a nadie le importaba su labor como médico, nadie lo veía por lo que era más allá de ser la perra del emperador. Eran lecciones duras, pero necesarias, y ahora lo sabía.

Entró a la celda, dejando la ropa sucia amontonada en un rincón junto a otra ya arrinconada. Hendrik no estaba, había salido a una reunión con su mecenas y Alois solamente podía esperar.

Llegó con pasos cortos hasta la vieja mesa donde se encontraba el hervidor; luego de un baño frío necesitaba una taza de té. Colocó agua y se sentó en su cama a la espera, mirando hacia la pared, hacia las manchas de sangre que Hendrik pintó en ella con sus propios puños. El sonido burbujeante del agua hirviendo lo sacó de su trance. La vertió en una taza y agregó una bolsita de té ya usada, pues Hendrik bebía su té liviano, por lo que aún debía quedarle tinta. Sin azúcar, se resignó a beberlo sin nada más, deleitándose con el vapor que se adentraba por su respingada nariz de botón.

Terminó de beber en silencio, sintiéndose somnoliento de un momento a otro. Dejó la taza

que lavaría después a un lado, se sacó los zapatos y se metió bajo las mantas de su cama, haciéndose un ovillo para guardar el calor de su cuerpo.

Los ojos no se le demoraron en cerrar, su respiración comenzando a ser pausada y silenciosa; el sueño se apoderó de cada músculo de su cuerpo y lo llevó a los brazos de Morfeo durante horas.

◆ ◆ ◆

En algún momento, y tras horas de descanso, Alois se removió, incómodo por el poco espacio que tenía. Su cuerpo estaba tibio y siendo posesivamente inmovilizado. Carraspeó por la aspereza de su garganta y entornó los ojos. La oscuridad bañaba la habitación y la pequeña luz proveniente de la rendija de la puerta lo dejaba entrever una increíble panorámica.

Hendrik dormía a su lado, su frente pegada a la sien de Alois mientras respiraba apacible y con una calma poco usual en él. Alois no pudo y no quiso evitar la curvatura de sus labios en una sonrisa abochornada. El brazo de Hendrik le cruzaba la cintura y su mano se presionaba en el arco de esta. Tenían sus piernas entrelazadas y el aliento cálido de la boca del ojiverde seducía los oídos de Alois.

¿En qué momento Hendrik se había dormido en su lecho?

Alois remojó sus labios y se acomodó de costado con toda la intención de despertarlo, quedando con su rostro frente al de su emperador. Sacó una mano de las mantas y comenzó a perfilar con las yemas de sus dedos todo el rostro de Hendrik; sus labios llenos, que siempre tenían un sabor fuerte y perdurable; el diámetro de sus ojos, simétricos y sensualmente acompañados de un par de cejas en tonos chocolate; su recta nariz romana, varonil y que encajaba con sus pronunciados pómulos; y su barbilla cuadrada y cómo desembarcaba en un cuello largo y ancho.

Delineó las clavículas de Hendrik con la boca aguándosele en una necesidad por comenzar a dejar besos en toda su extensión. ¿Cómo iba a querer a otro dueño habiendo probado a Hendrik?

Acercó su pequeña y rosada boca a la del contrario, desenroscando la punta de su húmeda y caliente lengua para deslizarla sobre sus labios. Cerró los ojos, sintiendo un placer arrebatador. Supo que Hendrik había despertado cuando la mano de este se aferró a su cintura, aprisionándolo.

Hendrik pegó su torso al de Alois y mezcló las respiraciones de ambos, aún con los ojos cerrados. El médico se desmoronó debido a las cosquillas en su vientre, y se aferró con dedos ansiosos a los macizos brazos del ojiverde, cavando en su piel al enterrarle las uñas.

Adosó sus labios, ronroneando en un jadeo suplicante para que Hendrik le devorase la boca. Lo necesitaba con premura, sin motivo más que la desesperación de su propio cuerpo, como la puta babilónica de un dios y menesterosa de su amor. Hendrik no demoró en terminar su martirio, izándose sobre un antebrazo y ladeando su cabeza para poder encajarse a la perfección sobre Alois, quebrantándolo en un beso obsceno. Alois se acomodó con Hendrik encima, enredándolo con sus brazos y manos, siendo cuidadoso del tacto de sus dedos.

La respiración afiebrada de ambos era música para pecadores, y el movimiento descompasado y animal de sus bocas no dejaba espacio para razonamiento alguno.

Hendrik llevó sus manos a los cabellos castaños que nacían desde la nuca de Alois, jalándolos con fuerza mientras bebía de sus labios. Los miembros de ambos despertaron juguetones bajo las mantas y Alois movió su cadera para que Hendrik lo sintiera, para que pudiera palpar lo que provocaba con solo uno de sus besos.

El rizado sonrió en el beso y le dio un lametón a los labios de Alois. Dejó su boca a los pocos segundos y comenzó a bajar por su cuello. Alois respondió retorciéndose ansioso, anhelando las caricias de su dueño sin vergüenza alguna.

Hendrik se detuvo de golpe e inclinó su rostro en dirección a Alois, toda la diversión desapareciendo de su rostro.

—Esto no cambia nada, Alois. No pienses que voy a andar de maricón contigo, tomándote de la mano o alguna mierda como esas.

—Lo sé. —Alois mordió su labio inferior para no sonreír.

—Solo has vuelto a ser mi puta.

—Hendrik…, ¿esto me lo estás diciendo a mí o a ti mismo?

Hendrik arqueó una ceja y posteriormente tiró de las esquinas de sus labios, sonriendo otra vez con socarronería.

—Puto engreído, ven aquí.

Volvieron a romper en una marejada de besos y caricias.

Alois enganchó sus piernas alrededor de la cintura de Hendrik, frotándose impúdicamente contra su dueño. El rizado ronroneó entre besos, barriendo con sus dedos las amables curvas de su amante, explorando como un aventurero en tierras vírgenes.

—Hendrik —suspiró, jadeante y excitado.

—¿Hm?

—Detente…

Hendrik se detuvo en ese instante. Se apartó de Alois, y antes de que pudiera decir algo, el castaño se apoyó en el colchón, hundiendo sus manos en la suave textura de las sábanas para sentarse.

Hendrik permaneció en silencio, Alois no quitando sus ojos índigos de él con un miedo visible a través de ellos. Sus manos temblorosas y torpes comenzaron a deslizarse hacia el borde de su suéter, sin apartar la mirada.

Hendrik parecía estar en un precipicio con su corazón expuesto. El rizado tuvo que detenerse a sí mismo para no abalanzarse sobre Alois. Del mismo modo, Alois estaba usando todo su valor al desnudarse lentamente frente a Hendrik, exponiéndose una vez más ante su dueño, quien sin importar cuántas veces viera su cuerpo, siempre reaccionaba como si fuera la primera vez.

Se dejó caer de espaldas y estrechó los ojos cuando las manos de Hendrik, calientes y ásperas, le recorrieron el torso. Lento y sensualmente.

—Voy a follarte. —Hundió sus dedos en el borde del pantalón de Alois

—Sí. —Levantó sus caderas para que Hendrik lo terminara de despojar de tan molesta prenda. La convicción inquebrantable en su voz hizo al ojiverde pasar saliva audiblemente.

—Lo quieres, ¿verdad? —Hendrik se inclinó hasta el vientre de Alois, presionó su frente contra este y comenzó a abrirse paso en un camino de besos.

—Lo quiero, lo necesito… Te necesito.

—¿Por qué?

—Porque eres mi dueño. —Hendrik sonrió, luciendo satisfecho por aquellas palabras. Por el título honorífico que su amante clamaba entre gemidos.

—Dime que quieres esto. Necesito que lo quieras.

—Lo quiero. Quiero que me folles, por favor —imploró.

—¿No me mientes?

—Nunca.

Hendrik esbozó una mueca similar a una sonrisa, luciendo un poco cohibido, lo cual era ridículo. ¿De qué tenía miedo el emperador?

El ojiverde colocó sus manos sobre la parte posterior del cuello de su jersey y se lo sacó por encima de la cabeza, dejando su perfecto y fibroso abdomen al desnudo; las pequeñas cicatrices en su piel desaparecieron entre las sombras de la oscuridad. Hendrik inclinó la cabeza hacia atrás cuando Alois comenzó a acariciar su torso, mirándolo maravillado, como si no fuese sino una creación divina.

El calor de ambos fue robado rápidamente por el gélido de las paredes.

—Dios, amo tu cuerpo —confesó Alois.

—Puedes tocarlo hasta que te aburra.

Negó, recorriendo sus costados con ambas manos y presionando su pulgar sobre un pezón de Hendrik.

—Eso no va a pasar. —Sus palabras provocaron que la sonrisa de Hendrik se hiciera más grande.

El rizado tomó la mano de él y mordió las puntas de sus dedos.

—Voltéate, corderito —ordenó, deslizando la lengua entre dos de sus dígitos—. Tu dueño va a darte placer.

El castaño barrió su labio inferior con los dientes y obedeció a las palabras de Hendrik, volteando en su lugar, pegando su pecho al colchón y alzando su cadera. Se aferró a las sábanas y hundió su frente en la almohada, gimiendo bocanadas de respiración caliente cuando las manos de Hendrik apretaron su trasero.

Quería sudar, ser tocado, arañar y morder. Quería gritar, desbocado de placer y ser llevado al terreno del pecado por Hendrik.

Hendrik hundió su lengua en los hoyuelos de su espalda y, recorriendo las curvas de su anatomía, llegó hasta su trasero donde lamió, mordió y chupó. Dejó cardenales entre sus glúteos rojos que provocaron espasmos de placer en Alois.

El ojiverde estiró sus brazos y los hizo descender por toda la espalda de su dócil compañero, rasguñándole la espalda mientras lamía el pliegue que dividía su trasero, su lengua presionándose de forma insistente y dejando a su paso un rastro de saliva. Alois se removió entre quejidos placenteros y unas caderas desobedientes que se ganaron un azote por parte de la mano de su dueño.

—No te alejes —reprochó Hendrik con voz ronca, separando los glúteos de Alois y olisqueando el aroma que todo su cuerpo desprendía debido a la ducha previa.

Alois, entre respiraciones jadeantes, volteó el rostro para observar de soslayo por encima de su hombro, encontrando a Hendrik sosteniendo su dura y caliente erección por encima de la ropa. Por el modo en que presionaba su miembro mientras las venas de su mano sobresalían, excitado como el castaño nunca antes lo había visto, quedaba claro que necesitaba alivio con desesperación.

Hendrik dio un lametón a la franja de piel frente a él, hundiendo la lengua en la suave capa de vello que tenía su amante en el lugar. Alois ahogó un quejido y Hendrik gruñó, adentrándose de lleno en aquel rosado orificio que palpitaba con anticipación.

—*Agh,* mierda —maldijo Alois al sentir que la lengua de Hendrik se adentraba más en su estrecha y caliente entrada, empapando su intimidad con saliva y llenándose el paladar con el sabor de las notas en su piel.

Alois impulsó el trasero hacia atrás, buscando mayor contacto con su dueño. Hendrik, soltando un gruñido áspero vibrando desde sus labios, le propinó una nueva nalgada y enroscó su lengua, respirando con dificultad mientras se abandonaba a comerle el trasero a su amante entre lánguidas succiones y obscenos lametones.

Para ese momento, Alois estaba ido, sintiendo como su sensible anillo muscular era distendido entre lamidas húmedas y la inesperada introducción de un dedo. La humedad caliente que Hendrik le proporcionó hizo que el dolor se minimizara, que la quemazón por la fricción en su rosado orificio se mezclara con un placer abrumante.

Alois presionó más sus rodillas en el colchón y alzó la cadera para deslizar su propia mano hasta su olvidada erección, cerrando sus afiebrados dedos en torno a ella y utilizando el pulgar para rodar una caricia sobre la húmeda punta.

—¿Te estás tocando, puto impaciente? —preguntó Hendrik, mordiendo su trasero con tal bestialidad que Alois tuvo que asfixiar un gemido de dolor y placer contra la almohada—. ¿No me vas a responder?

Alois asintió débilmente, exponiendo su sudada y sonrojada nuca mientras su rostro se escondía por completo entre la almohada y su antebrazo. No encontraba fuerza suficiente en su voz para poder siquiera formular una palabra.

—*Ah,* ¿qué voy a hacer contigo, corderito? ¿Hm? —Se apartó del trasero de Alois, volviendo a los hoyuelos en su espalda baja con besos y mojados mordiscos que lo encaminaron hasta su nuca.

Se acomodó en el espacio entre su cuello y hombros y, con los dientes, tiró del borde de su oreja.

—*¡Mmm!* —Alois gimió en respuesta contra su antebrazo, con su mano libre siendo

secuestrada por los dedos de Hendrik.

Tiró de su muñeca hasta el impúdico sitio donde lo penetraba con tres de sus dedos, forzándolo a palpar con sus propias yemas cómo su orificio se dilataba para recibirlo.

—¿Sientes eso? —susurró sobre su oído—. Estás tomándome por completo, succionando mis dedos como un puto insaciable.

Arqueó su espalda cuando los dedos de Hendrik comenzaron a tocar su próstata con insistencia, en un movimiento envolvente que lo tuvo retorciéndose contra las sábanas ya húmedas a causa del sudor.

"*Mierda, no voy a aguantar*", pensó. Su vista se desenfocó hacia la pared frente a él y la constante estimulación lo hizo enroscar los dedos de sus pies.

Tanto tiempo sin tener ese deleitable e indecente contacto carnal. ¿Cómo había hecho para aguantar?

—Estás listo —sentenció Hendrik—. Gira hacia mí, Alois.

Hendrik sacó sus dedos de la deliciosa estrechez a la que su amante lo invitaba y lo ayudó a voltear su cuerpo. El rostro de Alois se dejó ver gracias a los pequeños rayos de luz que entraban en la pieza. Mostró el arrebolado en sus mejillas, las gotas de sudor que hacían a su cabello pegarse a su frente. Y la manera en que su pecho subía y bajaba con rapidez, dejando a la vista un juego de costillas sobre la piel, incitó a que Hendrik relamiera sus labios, saboreando con la vista la exquisitez que se le ofrecía esa noche.

—*Ah…* Hendrik, *p-por favor* —le rogó con impaciencia y avergonzado de la necesidad palpable en su voz.

Hendrik sonrió, enseñando las hendiduras en sus mejillas y su mirada devorada por la lujuria.

—Jodido puto —se jactó con arrogancia y sin perder su sonrisa, tomando una pierna de Alois por la parte posterior de su rodilla y llevándosela al hombro—. Te voy a follar hasta que pierdas la voz.

El rizado volteó el rostro para, mediante una succión lasciva, dejar un rojo cardenal en la cara interna del muslo de Alois. Llevó la otra pierna a su cadera mientras apoyaba una mano al costado de aquella cabeza llena de finos cabellos castaños.

Dejó caer un hilo de saliva sobre sus dedos y, tras lubricar su erección, se alineó sobre la entrada del contrario.

—Abre la boca. —Buscó sus labios, urgiendo un beso antes de hundirse en él.

Alois, entre respiraciones irregulares y con el sudor bailando sobre su nariz, lo tomó del rostro y ahuecó sus manos para poder tener el control del beso. Recibió la lengua de Hendrik y cerró los ojos, arqueando la espalda mientras su cuerpo se erizaba de la anticipación.

Sintió como comenzaba a penetrarlo, introduciéndose lentamente en la intimidad de su caliente interior. La sensación de ardor punzante en su entrada no le impidió disfrutar de la fusión de sus cuerpos, de sentir la forma de la hombría de Hendrik y la manera en que su propio cuerpo se acomodaba a ella.

—*Mierda* —jadeó Hendrik al abandonar su boca, sonriendo alterando con sus dientes a la vista y dejando caer la cabeza hacia atrás. Rodó sus caderas hacia adelante con fuerza y mordió su labio inferior en lo que parecía ser la necesidad de acallar su propio placer.

Alois, con la vista completamente perdida en él, correspondió su sonrisa entre gemidos. Y, en una irracional necesidad, lo envolvió con los brazos a la altura de las costillas para poder abrazarlo, para intimar emocionalmente con el hombre que se había hecho su dueño.

Hendrik bajó la pierna de Alois de su hombro y la acomodó para que pudiera rodearlo con sus muslos.

—¿Cómo demonios estás tan estrecho? —susurró con voz pastosa y ronca. Pegó su frente a la de Alois y se impulsó con los talones en el colchón, hundiéndolos para poder comenzar a embestir.

—*¡Ah! ¡Hmm!* —tarareó errático ante la imposición con la que Hendrik había comenzado a penetrarlo.

Sus piernas se aferraron firmemente al contrario. Ambos cuerpos estaban tan pegados como les era posible y el sudor que emanaba de ambos no era sino un seductor perfume para los sentidos.

La erección de Alois se friccionaba entre el abdomen de Hendrik y el suyo propio, acrecentando su excitación con cada acometida que le proporcionaba el contrario.

—*Ah*… Eres mío —le ronroneó este al oído.

Alois no pudo responder.

Prontamente, se vio perdido entre las duras y toscas embestidas de Hendrik. Lo penetraba en un vaivén profundo, haciendo a su cuerpo contorsionarse cada vez que se impulsaba hacia adelante.

—Be-beso —pidió con labios brillantes por saliva—. Mi dueño, bésame.

Las chispas de luz salpicaban tras sus párpados cerrados. Su boca entreabierta dejaba escapar agudos gemidos y toda su piel estaba sensible al tacto. El calor de Hendrik se impregnaba en él, lo atrapaba como caramelo derretido y Alois disfrutaba su encarcelamiento.

—Maldito cabrón, *aah*… Me vas a volver loco —acusó antes de cursar una nueva y ávida travesía por su boca.

Alois perdió la noción entre besos febriles y avaros. Hendrik era egoísta, apropiándose de él completamente.

Las penetraciones se volvieron más rápidas y profundas. Hendrik encontró el punto dulce de Alois y este gimió el nombre de su dueño por todo lo alto. El líquido preseminal goteaba obscenamente de su erección y generaba una fricción húmeda y viscosa entre sus vientres.

Era sexo caliente y duro.

Hendrik se impulsó violentamente, abriéndose paso una y otra vez entre deliciosas estocadas que enloquecían a Alois. Las lágrimas aparecieron en los ojos de este cuando se vio sobrepasado por demasiadas emociones y por el placer.

—*Joder*. ¿Sientes cómo me succionas? —jadeó en un susurro y con la respiración

alborotada—. Tu trasero me chupa para que te folle más profundo.

—S-sí —se encontró respondiendo—. *¡Ah!* Más. *Ngh…* Quiero más —sollozó bajito, rogándole a Hendrik y dejando de lado cualquier rastro de orgullo únicamente para que su dueño lo follara más fuerte.

Hendrik apretó sus muslos, lamió y mordió su cuello mientras desarmaban la cama entre movimientos certeros y animales.

—Levanta más el culo, Alois —demandó—. Levántalo para mí. —Lamió la esquina de su boca, sonriendo como un maldito rey tras ganar la guerra por un imperio—. Déjame atravesarte.

—No puedo. *Ah*, Dios. No pue-… No puedo moverme —confesó con voz jadeante y agónica, siendo penetrado una y otra vez por la hombría de Hendrik que chocaba maliciosamente contra su próstata—. Hendrik… Mi dueño…, voy a llegar. *Por favor… Mhng…*

La súplica de Alois detonó en los oídos del emperador, quien se apartó de él y lo afirmó de las caderas, llevándose ambas piernas de Alois a los hombros. Se apoyó en las rodillas y lo sujetó con dureza antes de comenzar a hundirse con bestialidad en él. Enseguida, los sofocados gritos y gemidos de Alois resonaron en la habitación y demostraron llenar el pecho de Hendrik de una satisfacción desconocida. Lució tan complacido al ver a Alois ahí, desarmado y perdido en el goce que él estaba otorgándole. Con su rostro de putita dócil y el cuerpo cubierto de sudor.

—¡*Ah*! ¡Dios, Hendrik! —Alois se aferró a las sábanas y arqueó su espalda.

El fuego del orgasmo le quemó el vientre. Se corrió sobre su piel, ensuciándose completamente y retorciéndose ante Hendrik, quien mantuvo el ritmo de sus arremetidas estocadas, no mostrando clemencia alguna por su extenuado estado.

Hendrik tenía sus ojos fijos en Alois, queriendo aplacar su propio orgasmo que ya quemaba en él. Apretó el trasero de Alois y llevó su boca hasta la cara interna de uno de los muslos foráneos que reposaba sobre su hombro. Mordió la tierna carne y gruñó cuando el orgasmo le fue imposible de contener. Cerró los ojos y con dientes apretados, con todo su cuerpo rígido y las venas marcándose en sus antebrazos, pegó su frente al muslo de Alois, penetrándole hasta que alcanzó el maldito orgasmo y su erección hubo bajado completamente.

—Ah —jadeó, respirando al mismo ritmo agitado que Alois—. Déjame ver…

Salió de su interior. Sosteniéndolo de los tobillos, lo hizo levantar sus piernas para poder gozar con la vista de ese sonrojado y abusado trasero goteante de su semen.

Alois ni siquiera intentó detenerlo, conocía a Hendrik y sabía que era su orgullo el que lo guiaba, su instinto animal de dominio. Además, para ese momento era un cuerpo sin fuerzas, ido por el fuerte orgasmo que lo hubo embargado. Se dejó avasallar por Hendrik, inspeccionar y besar. Su dueño quería reclamarlo después del sexo y él no iba a ser quien se lo negara.

—Voy a marcarte —murmuró el ojiverde tras haber tenido suficiente, saliendo de la cama en busca de un paño para limpiar el desastre de fluidos que eran sus cuerpos.

Alois giró el rostro, intentando enfocarlo con la mirada.

—¿Eh?

—Dije que voy a marcarte. Pondré un tatuaje en ti.

Alois batió sus pestañas, tomándose un tiempo considerable para asimilar las palabras de Hendrik. ¿Había escuchado bien?

Hendrik volvió a la cama y deslizó el paño por el abdomen de Alois, quien se crispó por el frío de la tela húmeda.

—Hendrik…

—Dime.

—Yo también quiero marcarte. Quiero que seas mío.

CAPÍTULO XI

—¿Qué tal un pez y una caña de pescar? Creo que va bastante bien con lo nuestro.

—Alois…

—Uhm. No, mejor no. —Se dio unos toquecitos en la frente con el índice—. ¡Ya sé! Un león y un domador de leones.

Hendrik le dio un último golpe al saco antes de voltearse en dirección al castaño que yacía desnudo sobre la cama, tapado únicamente por el edredón de pluma azul. Arqueó una ceja y se limpió el sudor de la frente con el dorso de su mano.

—¿Un león y un domador? —repitió con incredulidad—. ¿Y cuál se supone que eres tú?

—Hm... El león, obviamente. —Hendrik soltó una burlesca carcajada, inclinándose hacia adelante y aferrándose a su sudado y desnudo abdomen—. Tengo la leve impresión de que te estás riendo de mí.

El ojiverde dejó escapar entre risas las últimas bocanadas de aire entrecortado y se enderezó. Alois lo observó con sus mejillas ruborizadas y un pequeño puchero, teniendo una expresión cansada y unas violáceas ojeras.

—Deberías estar durmiendo —le reprochó Hendrik.

—¿Dormir? —inquirió él, abrazándose a su almohadón con su desnuda espalda al descubierto—. ¿Teniendo a mi dueño sudado y semidesnudo frente a mí? No lo creo.

Hendrik ladeó la cabeza mientras una sonrisa sutil se esbozó en su boca. Comenzó a sacarse los guantes y caminó hasta la cama, inclinándose para quedar a una distancia mínima de él. Alois humedeció sus labios, a la espera del beso que estuvo seguro de que Hendrik iba a darle, pero no fue así; el ojiverde apenas si rozó sus labios antes de deslizarse a su oído.

—Eres un maldito adicto al sexo —le ronroneó.

Su voz ronca y sensual provocó un espasmo en el contrario.

Hendrik se apartó con una sonrisa victoriosa. Caminó hasta el lavamanos para lavar su cuerpo, ya que no iba a ducharse, puesto que las regaderas estaban cerradas. Un maldito loco asesinó a tres reclusos dentro, por lo que debían hacer una “investigación”. Todos sabían que era mentira, porque nadie daba un mísero centavo por aquellas almas podridas.

Alois permaneció en silencio unos cuantos segundos, acariciando el lóbulo de su oreja con una expresión seria.

—¡Un lobo y un cordero! —masculló chasqueando sus dedos, seguro de que había tenido la mejor idea del mundo.

Hendrik rodó los ojos y soltó un gruñido en respuesta.

—Alois, me estás comenzando a joder. ¿No puedes permanecer callado un maldito segundo?

—Podría, si me ayudaras. Fuiste tú quien mencionó la idea de tatuarnos.

Salió de la cama y, consciente de que Hendrik se comía su cuerpo con la mirada, comenzó a vestirse. Las marcas de besos que se apreciaban abundantes parecían estrellas de una constelación lujuriosa.

—No, yo dije que iba a marcarte con un tatuaje y tú fuiste el atrevido que salió con la idea de hacer lo mismo conmigo. Algo que no ocurrirá, por cierto.

Alois chasqueó con la lengua, colocándose un pantalón de chándal perteneciente a Hendrik.

—Sería lindo —susurró para sí mismo.

Ya habían transcurrido diez días desde que Hendrik volvió a él. Diez días que podían resumirse en una palabra: sexo. Decir que Alois había sorprendido a Hendrik con su desbordada lascivia y su amor insaciable al sexo, sería tapar el sol con un dedo.

Habían tenido sexo en la celda; contra la pared y a veces sobre la cama. También en su camerino personal y en el mismo salón de entrenamiento cuando se encontraron a solas. Asimismo, follaron en la unidad médica cuando Alois quedó a cargo mientras el personal médico iba por algo de comer, e incluso lo hicieron en las regaderas donde fueron vistos por un recluso que salió corriendo en un intento por resguardar su vida.

En solo diez días, Hendrik se sentía drenado.

Por otro lado, el chico de ojos añiles se acercaba progresivamente más a su dueño. Aun con su actitud suave y sosegada, ya podía mantener una leve discusión con Hendrik sin que este terminara gritando y desquitándose con el primer recluso que se le pasara en frente. El militar aceptaba renuente a sus caricias, a los besos esporádicos y las bromas sensuales que Alois dejaba caer en su oído.

Todos en North Collan habían notado el leve cambio, aunque no era como si Hendrik anduviese sonriendo por los pasillos de la prisión, pero ya no buscaba amedrentarlos sin motivo. Tenía algo más importante en lo que ocupar su tiempo y Alois era en gran parte el responsable.

Imploraban porque se mantuviese así y se debía a que, si bien la gloria los abrazaba cuando Hendrik estaba “de buen humor”, el infierno se hacía presente cuando era el caso contrario. Como la vez en que una pelea en el comedor, a la hora del desayuno, terminó por involucrar a Alois, quien hacía la fila para obtener su comida y terminó siendo golpeado por la espalda de un enorme recluso que peleaba cerca de él. El agua hirviendo de la taza de Alois se desparramó sobre sus muslos y su quejido de dolor fue una señal para la bestia de su dueño. El resultado terminó con los reclusos siendo asesinados en las regaderas a sangre fría. Lo bueno era que comenzaban a evitar las peleas cerca del médico.

—Tal vez una sirena y un marinero.

—Ya está, me has cabreado, hijo de puta. Sal de aquí. —Alois apretó los labios para no reírse cuando Hendrik, notoriamente molesto, lo tomó por los hombros—. Como sigas de mamón con lo de los tatuajes, te tatuaré mi jodido pene en la frente.

Lo empujó hacia la salida de la celda y Alois, quien no llevaba zapatos, se removió intentando que Hendrik no lo botase fuera.

—¡Hendrik! —Tropezó con sus pies y cayó de trastes al suelo cuando logró echarlo. Su entrecejo se frunció y su dedo corazón se tentó por alzarse en dirección al emperador—. Eso ha sido de muy mal gusto.

—Cállate y ve a molestar a Nevin o algo. —Hendrik volvió a entrar, cerrando la puerta tras él para que Alois no lo siguiera.

El castaño se colocó de pie y, ante la mirada divertida de otros reos, comenzó a golpear la puerta metálica.

—¡Necesito mis zapatos, Hendrik! No puedo ir descalzo. —No obtuvo respuesta alguna.

Resignado y con una amago de molestia, se sentó de espaldas a la pared adyacente a la puerta, aferrándose a sus piernas mientras sus dedos se encogían. La puerta se abrió en ese momento y un par de zapatos salieron disparados del interior de la celda antes de que volviera a cerrarse. Alois suspiró y se colocó de pie, apresurándose para agarrar sus zapatos antes que alguien más se los robara

—¡Gracias! —gritó en dirección a Hendrik antes de comenzar a alejarse.

Su cuerpo dio un tiritón por el frío y maldijo internamente por no haberse puesto una chaqueta. Si se enfermaba, iba a hacer todo lo posible por contagiar al culpable.

A paso airado y quizá con un poco de suntuosidad, caminó hasta el comedor donde seguramente alguno de sus cercanos estaría desayunando. Pudo percibir el desprecio, repudio y la dentera en las miradas que le daban los otros reclusos mientras seguía su paso; simplemente fingió ignorarlas.

¿Cómo no iban a detestarlo? Para los reos era simplemente inaudito que el eslabón más bajo del lugar tuviera tanto poder a su alcance. Quienes respetaban a Hendrik, por consiguiente, lo respetaban a él. Quienes le temían, prevenían dañarlo a él y sufrir una muerte segura por ello.

El rizado no lo decía, pero sus acciones hablaban por sí solas. Él no veía a su borrego como un puto más de los muchos que tuvo en North Collan, y Alois lo sabía.

—Hey, ¿qué tenemos hoy? —preguntó Alois en cuanto llegó al comedor, sentándose al lado de Jack, un tranquilo chico con el que había hecho buenas migas. Al principio, este estuvo algo reacio a hablarle, pues Nevin no fue muy discreto cuando chilló a todo pulmón que Jack, así como varios, había pasado por el miembro de Hendrik y que eso lo convertía en el “hermano de leche” de Alois.

—Langostinos y caviar —se burló el chico, señalando a su bandeja empobrecida de comida, a una sustancia viscosa dulce que parecía contener avena y una taza de agua con azúcar.

—Pero qué puto asco... ¿Y Nevin?

Jack se encogió de hombros.

—No creo que venga a comer con nosotros. Tuvo una pelea con Zev y eso significa que no saldrá de su celda hasta que su esposo le pida perdón.

—¿Qué hizo el príncipe ahora? —Alois sacó un sobre de leche que había en el bolsillo de su

pantalón de chándal.

Vio hacia la fila y arrugó la nariz por la cantidad de reos.

—Parece que se metió con un puto y se pegó algo... En realidad, no sé mucho.

—Pues ojalá se le caiga el pene por infiel. —Alois le guiñó un ojo a Jack y se colocó de pie.

Volvió a los pocos segundos con una taza de agua hirviendo. Los reos en la fila se quejaron de lo ocurrido con palabras groseras y amenazas sutiles en dirección a la espalda de Alois.

—Quién como la puta del emperador. Ni siquiera has tenido que hacer la fila.

—La habría hecho de no ser porque quería únicamente una maldita taza de agua caliente —se defendió Alois, abriendo el sobre de leche encima de su taza y revolviéndolo con la pequeña cuchara plástica.

Tomó asiento al lado de Jack una vez más y sopló sobre su vaso.

—Eres demasiado blando. Ya llevas algo de tiempo aquí y aún no pierdes tus buenas maneras —le reprochó el contrario, llevándose una cucharada de su pasta dulce a la boca—. Esto tiene sabor a orina de vaca con azúcar.

Alois hizo una arcada y llevó una mano a la boca para no botar lo que se había bebido.

Iba a quejarse por ese comentario cuando vio a Nevin aparecer por la puerta principal. Tenía los ojos rojos e hinchados y llevaba un enorme suéter que definitivamente no era suyo. El rubio caminó hasta ellos y se dejó caer dramáticamente en la mesa, cruzándose de piernas y acomodándose el cabello con una mano.

—Estoy soltero —dijo con un gesto indiferente y la barbilla en alto.

—Dos días. —Alois estiró su mano en dirección a Jack.

—Hoy a la noche. —Este recibió la mano de Alois y la estrechó.

—Tres días —soltó de la nada Noah, quien recién llegaba.

—¡Son unos malditos insensibles y los odio! ¡Que les den por culo, perras mugrosas! —Nevin se bajó de la mesa y salió nuevamente del comedor, contorneando sus caderas en un vaivén pomposo que obtuvo unos cuantos silbidos coquetos.

—¿De qué hablamos? —preguntó Noah, sonriendo y apuntando con la cabeza en dirección a la salida del rubio.

—Nevin dijo que está soltero y apostábamos cuánto tiempo durará así.

—Oh. —Noah se frotó la barbilla y entornó los ojos—. Hoy a la noche.

Alois bufó y bebió el contenido de su taza.

Cuando Hendrik apareció por la puerta principal, con sus botas militares, su ceñido suéter de cuello alto en negro y unos desgastados pantalones rasgados en ciertas partes que pertenecía al uniforme de la prisión, Alois tuvo un maldito orgasmo visual. Se saboreó inconscientemente, deslizando la lengua al interior de su boca por el paladar.

—¿Por qué al maricón de tu novio todo le queda bien? —refunfuñó Noah.

Los otros reos lucían los harapos de prisión, alguno que otro tenía ropa propia al igual que Hendrik, pero definitivamente no les lucía como al emperador.

El ojiverde se sentó en su mesa y a los pocos segundos llegó uno de sus súbditos con una bandeja de comida para él.

—Genial. Consiéntanle el trasero, que después el que paga las consecuencias soy yo —susurró Alois con los ojos entornados en dirección a Hendrik.

No mentía, su dueño tenía esa actitud aristócrata incluso en la intimidad, ya que al parecer estaba tan acostumbrado a que lo hicieran todo por él que no veía la necesidad de mover un puto dedo para servirse una taza de té. Era mucho más sencillo gruñir lo que quería en vez de moverse y obtenerlo él mismo.

Alois siguió con su plática, escuchando y respondiendo de vez en cuando. Su mirada se desviaba hacia su dueño para ver como este comía a sus anchas, con una pose de chulo que hacía suspirar a alguno que otro loco.

Fue cuando los nuevos llegaron que el silencio se hizo amargamente presente. Alois de inmediato bajó la vista, sin querer impregnarse de la miseria en los nuevos rostros.

—Mierda, a ese rubio se lo van a comer vivo —susurró Noah con pesar.

Alois ignoró la situación y quedamente todos volvieron a hablar.

Miró en dirección a Hendrik y se sintió extrañamente relajado al ver que este no le daba mayor importancia a los nuevos.

—Ay no... Pobre. —Fue el turno de Jack, y Alois ya no pudo seguir fingiendo que no le importaba.

Levantó la vista, sus manos aferradas a la taza, y pudo distinguir de inmediato al chico del que sus cercanos hablaban. Un alto y pálido chico rubio con el rostro amoratado se encontraba en la fila de los alimentos siendo intimidado por otros reos.

Alois tragó saliva con dificultad.

—Alois, podrías ir por él o llamarlo. Si lo haces, nadie se interpondrá. —El nombrado negó de inmediato a las palabras de Noah.

—No. La última vez le prometí a Hendrik que ya no me metería en problemas por defender a alguien. Lo siento. —Jack y Noah le regalaron una mirada de empatía. Estaban en la misma situación que él, no podían usar a sus dueños para ir por North Collan dándoselas de justicieros.

Alois escuchó un estruendo y levantó la mirada de inmediato. Se encogió en su lugar cuando vio al rubio sobre la mesa de Hendrik. El desayuno del emperador se encontraba desparramado, su ropa sucia con restos de leche y su mandíbula apretada.

—Dios. —Noah se llevó ambas manos a la boca y Jack giró el rostro.

Alois estaba petrificado.

Hendrik se colocó de pie, moliendo sus dientes y limpiando con las manos la suciedad de su suéter. El delgado rubio le pedía perdón con los ojos llenos de lágrimas y su labio inferior tembloroso. Intentaba limpiar la mesa de Hendrik, rogando para que no lo mataran.

—Alois, tienes que hacer algo.

—No puedo. —Sus propios ojos se llenaron de lágrimas y su garganta comenzó a escocer.

¿Qué podía hacer?

Una ansiedad desoladora se implantó en su pecho. El asco que sintió por sí mismo lo hizo tener arcadas. Ese hombre, el mismo que tronaba sus dedos para destrozar a un indefenso convicto, era quien lo poseía cada noche y quien se hacía un camino hacia su corazón.

—Hendrik —murmuró apenas. La voz salió como un suspiro errático y apenas si pudo oírse a sí mismo.

No quería ver esa escena, no quería toparse con la realidad donde el hombre que besaba su cuerpo y acariciaba cada rincón de su piel, era un monstruo.

El emperador tomó al rubio por el cuello de su harapienta camisa. Lo levantó y antes de asestar el primer golpe, dirigió una mirada de soslayo a Alois, quien observaba la escena aterrorizado.

—¡Maldita sea! —exclamó Hendrik a todo pulmón.

Miró a su alrededor. Todos los otros prisioneros esperaban ver al emperador en acción, ansiosos por observar a ese bastardo morir a base de golpes.

Jack se aferró a él, escondiendo el rostro tras la espalda de Alois. Él, por su parte, se tapó los oídos y cerró los ojos cuando vio como el puño de Hendrik tomaba impulso. Pero sin importar cuánto cubriera sus orejas, los gritos de dolor del rubio se filtraban provocando que su cabeza martillara. El ácido salado de las lágrimas recorría sus mejillas y todo su cuerpo era un temblor constante.

Lo próximo que escuchó fue el pitido de un silbato.

Los gendarmes hicieron su aparición indicándole a Hendrik que soltara al recluso. Y Alois pudo escucharlo maldecir y amenazar con quemar North Collan. Cuando finalmente tuvo el valor de abrir los ojos, Hendrik ya no estaba en el comedor.

Vio al golpeado chico ser arrastrado por dos guardias y de inmediato se levantó. Su férrea vocación le gritaba que corriera a la unidad médica y atendiera al herido, pero su lado racional, aquel que había aprendido a escuchar a base de malas experiencias, lo detenía. Si llegaba a los oídos de Hendrik que Alois había ido a la unidad médica, especialmente para tratar al recién llegado que él apaleó frente a todos como una demostración de su jerarquía, tendría problemas.

—Voy a ver a Hendrik.

—No deberías. Va a estar cabreado y seguro la toma contigo —le aconsejó Jack.

Alois atrapó su labio inferior y volvió a su asiento.

—Tienes razón... —Se cubrió el rostro con ambas manos—. Odio esto.

Eso era todo lo que podía hacer, hundirse en sus propios valores y convicciones para resguardar su vida. Sentir como día a día se transformaba en uno más de North Collan, en alguien egoísta que se anteponía a sí mismo por encima del resto. Odiaba a ese nuevo Alois.

◆ ◆ ◆

—Hola —susurró al llegar al camerino donde Hendrik acababa de tomar una ducha.

Su dueño lo vio por el rabillo del ojo, sin responderle. Secaba su cuerpo con una toalla y su cabello goteaba perladas gotas de agua.

Ya era casi la hora de volver a la celda y, de alguna forma, Alois había conseguido evitar a Hendrik todo el día. No iba a responsabilizarse por ello, era la única opción, ya que no se sentía estable para hacerle frente.

Se abrazó a sí mismo y permaneció en el marco de la puerta, mirando la gloriosa complexión muscular del ojiverde. Sentía las pulsaciones de su corazón y como las molestas mariposas se alborotaban en su vientre.

—Te estuve esperando para cenar —intentó una vez más, pero nuevamente Hendrik no le respondió. Llevó su mirada al suelo mojado y se mantuvo a la espera.

Hendrik comenzó a vestirse, sin inmutarse en lo más mínimo. Ignoró completamente la presencia de Alois y para cuando estuvo listo, se colocó frente al chico de ojos azules y lo empujó con la mano.

—Muévete —ordenó.

Alois le dio el paso y caminó tras Hendrik hasta la celda compartida de ambos. Los reos los miraban de soslayo, algunos incluso divirtiéndose a sus costas.

Al llegar, el rizado se topó con las dos bandejas de comida intactas y bufó.

—¿Por qué no comiste?

—Quería cenar contigo.

—¿Lo dices en serio? ¿Después de que te la pasaste escondido de mí durante todo el día? Peor que una maldita rata.

Alois se encogió de hombros y se sentó en la cama mientras Hendrik lo observaba con ojos entornados. La respiración de ambos salía como vapor de sus bocas. Era una maldita noche helada.

—Lo siento.

No quiso confesar que estaba endemoniadamente aterrado por lo ocurrido en el desayuno.

El ojiverde refunfuñó y se pasó una mano por el cabello. Miró la comida y le entregó una bandeja a Alois.

—Come. No quiero terminar follándome a un puto saco de huesos.

—Gracias. —Recibió la bandeja y, a través de sus largas y densas pestañas, miró a Hendrik. Mejillas arreboladas y una sutil sonrisa traicionaron al castaño.

Hendrik frunció el ceño y le dio una mordida a la rebanada de pan que tenía en sus manos. Se encontraba apoyado contra pared.

—¿Por qué me miras así? —inquirió este en un gruñido—. Pedazo de mamón, que ni para comer te guardes esa cara de zorra caliente.

—¡Oh, joder! —exclamó de súbito—. ¡Estaba tratando de ser tierno, Hendrik! Tierno, no caliente. —El rostro de espanto y bochorno de Alois sonsacó una sonrisa divertida en su dueño.

—Es lo mismo, me miras así para que te folle.

—¡No! —Cubrió su rostro con la palma abierta de su mano—. Por amor al cielo, solo quería que pensaras que soy lindo o algo así.

Tal vez también quería aligerar el ambiente o hacer más llevadera esa horrible noche… Lo que fuera.

—Hm. —Hendrik terminó de comer su pan y ladeó su cabeza con ambas cejas enarcadas. No podía borrar la sonrisa socarrona de su rostro—. ¿Lindo? Venga, que la humildad no es lo tuyo.

Alois negó, tomando una profunda respiración y considerándose medianamente victorioso. Al menos la posibilidad de una discusión se veía más lejana.

Le dio una cucharada a su sopa, ya fría por el tiempo de espera.

—Soy muy humilde —murmuró, chupando la cuchara—. Humilde y lindo.

Hendrik enarcó ambas cejas y resopló una risa.

—Y caliente.

—Muy caliente. Tan perfecto que soy… —Lo apuntó con la cuchara—. Deberías agradecerle a mi mamá.

Los bordes de sus ojos se arrugaron cuando sonrió de manera infantil. Hendrik sacudió su cabeza y lo miró con párpados flojos y remojándose los labios.

—Créeme que lo haré —bromeó—. ¿Todavía vas a decir que no quieres que te folle?

—Jamás diría eso —protestó—. Quiero que me encuentres lindo... y que me folles. —Ronroneó las últimas palabras lenta y quedamente.

Estiró su bandeja con la comida casi intacta en dirección a Hendrik, quien dio unos cuantos pasos para obtenerla. Una vez libre del objeto, Alois se recostó sobre la cama, apoyándose en sus antebrazos y cruzándose de piernas.

—Creo que podría hacer eso por ti. Como un favor, ya sabes.

—Hendrik el generoso Stone.

—Alois el humilde Thompson.

Hendrik llegó hasta él y los ojos azules del contrario se cerraron cuando los labios de su dueño comenzaron a jugar en su cuello. Para ese momento, los recuerdos del desayuno no eran más que una de las tantas vivencias que North Collan le había mostrado.

◆ ◆ ◆

—Ten cuidado y recuerda seguir mis indicaciones. Si el dolor persiste, intenta bajar la inflamación aplicando frío. —Alois se despidió de su último paciente.

En realidad, le hubiera gustado otorgar algo de medicación para ese pobre anciano, pero los medicamentos eran tan escasos que debían guardarlos para situaciones especiales.

El castaño destensó su cuello, inclinándolo de un lado a otro y movió sus hombros en una rotación circular. Estaba algo extenuado debido a la cantidad de reos que había atendido ese día.

Sus días en la unidad médica habían descendido a petición de su dueño, por lo que se

limitaba a ir tres veces a la semana. Alois jamás comprendería cómo era que Hendrik tenía la autoridad para modificar su horario de trabajo comunitario. Al parecer, nadie se salvaba de ello a excepción de los peleadores, ya que ellos empleaban la mayor parte del día en entrenar. No obstante, los simples súbditos debían desempeñarse en labores no muy agraciadas, y la peor de todas era sin lugar a duda la limpieza de las alcantarillas de North Collan.

Jamás había descendido a las fosas de los residuos fecales y, si de él dependiera, no lo haría nunca. Los chicos a veces bromeaban con que ese sería el lugar perfecto para esconderse, pero el estómago de Alois se revolvía de solo pensar en poner un pie allí.

Miró el reloj de la pared y sonrió al ver que solo faltaba media hora para que pudiera volver con Hendrik. Ese día, si fueran una pareja normal y no dos reos en una malsana relación de dueño y esclavo, cumplían un mes de relación formal.

—¿Feliz? —preguntó un enfermero que se encontraba guardando utensilios quirúrgicos.

—En realidad, sí…

—¿Interrumpo? —Una chillona y molesta voz, cuyo acento marcado Alois ya conocía, se hizo oír.

Se giró en dirección a la puerta y llevó sus dos perfectas cejas al techo al ver al antiguo puto de Hendrik ahí. Francesco lo miraba de regreso con un amago de superioridad, barriendo sus ojos con desdén en el cuerpo de Alois.

—Necesito que me des algo para el culo. Hendrik folla tan duro… Tú sabes. —Francesco se encogió de hombros y se recostó en la camilla.

Alois chasqueó la lengua con las ganas de vomitar haciéndose presentes al imaginar a su dueño buscando carne putrefacta fuera de sus brazos.

—¿Hemorroides? —preguntó el enfermero con una risilla contenida.

—No lo sé. Supongo que el doctor tendrá que revisarme. —Levantó sus caderas y bajó su pantalón gris para que Alois hiciera su trabajo.

—Hm. —El ojiazul buscó un salvavidas en el enfermero, quien le guiñó un ojo con complicidad.

—Bueno, el recluso Thompson ya ha terminado su turno, pero pronto llegará el médico oficial. Puedes esperarlo aquí de momento.

—¿No puede simplemente revisarme y ya? Tengo cosas más importantes que hacer.

—No, lo siento... Yo ya me tengo que ir. —Se encogió de hombros y dio media vuelta para salir de la estancia.

No quiso dar mayores explicaciones.

Seguramente Francesco se hubiera burlado en su rostro de haber dicho que quería irse temprano y hacer algo especial para Hendrik por el “mes de relación formal” que cumplían ese día. Sí, era absurdo e infantil, pero aun así era una de las pocas situaciones normales a las que podía aferrarse en ese averno. No se lo había comentado a Hendrik, sin embargo, tenía la esperanza de que la idea le gustara.

Qué remedio, era un tonto.

Caminó hasta el gimnasio donde, al no ver a Hendrik, preguntó a los otros peleadores por él.

Ley se encontraba ahí y como de costumbre, Alois lo ignoró. Aun cuando lo había pillado viéndolo algunas veces, prefería fingir que no se daba cuenta. Su estómago se apretaba de solo recordar sus palabras. Aquella conocida sensación, ese presentimiento de que algo no estaba bien cada vez que el oriental se quedaba mirándolo fijamente, con tanta calma, como un depredador a la espera… ¿Por qué le era tan familiar?

Sacudió su cabeza y saludó de lejos a unos cuantos conocidos, fieles a su dueño, y llegó hasta la celda donde Hendrik se encontraba recostado en la litera de arriba con un libro entre sus manos.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Alois encaramándose para llegar hasta él.

Gateó desde los pies de la cama, con su dueño viéndolo por encima del libro, hasta quedar a horcajadas de Hendrik. Deslizó sus manos por sus firmes pectorales, seducido con la idea de dejar sus uñas marcadas en voraces rasguños.

—Ni idea. Lo encontré botado en el patio. —Lo cerró y le mostró la cubierta a Alois, una desgastada tapa de cuero con letras borrosas.

“Rojo y negro” de Stendhal.

—¿Te gustó?

—Es interesante —murmuró Hendrik, dejando caer el libro al suelo.

Alois esbozó una pequeña sonrisa, inclinándose para besar a su dueño, sin embargo, el recuerdo de las palabras de Francesco lo detuvo.

—¿Es verdad que te sigues acostando con el puto de Francesco? —preguntó sin titubear. Su expresión seria demostraba que no estaba para nada de acuerdo con eso.

—¿Qué? ¿De dónde sacaste eso?

—Él mismo me lo dijo. —Alois se alejó y encogió de hombros. Bajó la mirada hasta el borde del pantalón de Hendrik, el cual trazó con tres de sus dedos.

No podía fingir que las palabras del francés no le habían afectado. El dolor era real, todo en él se desmoronaba de solo pensar que su dueño podía seguir con otro. No quería, la idea era insoportable.

Si Hendrik admitía su desliz, seguramente rompería a llorar ahí mismo.

Hendrik colocó sus manos en las caderas de Alois y presionó sus dedos, remojándose el labio inferior.

—Quizá si te bajaras de mi pene en algún momento… —comenzó— podría haberme metido en otro culo, maldito puto insaciable.

—¿Eso es un no?

—Eso es un... debes estar malditamente bromeando.

Y fue como si le volviera el alma al cuerpo. Su dueño seguía siendo suyo.

Se inclinó hacia Hendrik, quien dejó su cuello expuesto para que Alois se encajara en él. Le

dio un lametón a la piel salada y caliente, de perfume varonil, que se tensaba por la suavidad y humedad de su lengua.

—Eres mío, Hendrik. Mi dueño —ronroneó casi sin voz, comenzando a mover sus caderas para hacer fricción entre sus ingles.

—Maricón arrogante... ¿Quieres reclamarme? —Alejó una mano y obligó a Alois a levantar su trasero, lo suficientemente alto como para poder azotarle con una fuerte nalgada.

Alois gimió un quejido de dolor y placer, encorvándose.

—¡Sí, mío! —exigió.

Se aferró a las sábanas, moviendo su trasero hacia atrás para incitar un segundo azote.

—Maldición —rio, usando su pulgar para acariciar el hueso de la cadera de Alois—. ¿Por qué me pone tanto verte celoso?

—Porque quieres ser mío, mi dueño.

Hendrik negó.

—No te confundas, Alois. El único con dueño aquí, eres tú.

—Dios, Hendrik —masculló en protesta—, solo cállate y fóllame. Quiero que esta noche sea inolvidable.

—¿Y eso? ¿Nevin te dio drogas? Sabes que no me gusta esa mierda… —Alois rodó los ojos y negó con la cabeza. Se apartó para poder encontrar las esmeraldas en la mirada de Hendrik—. ¿Entonces?

Carraspeó, un rubor poco discreto tomando vida en sus mejillas.

—Hoy cumplimos un mes.

—¿De qué mierda estás hablando? —Entornó los ojos y hundió la parte posterior de su cabeza en la almohada para poder apartarse del Alois, como si quisiera leer por completo su expresión.

—Un mes desde que me hiciste realmente tuyo —Le dio un apretón en el moflete—, dueño.

—Jodido demente. La prisión te fundió el cerebro... —Pero sus palabras no iban con la sonrisa perfilada en sus labios, ni con el brillo posesivo de sus ojos, mucho menos con los sensuales hoyuelos que adornaron su rostro.

Alois deslizó su mano desde la muñeca de Hendrik y hasta su antebrazo, observando el espacio sin tatuar que se apreciaba en un generoso tramo de su piel.

—Una rosa y una daga, Hendrik —susurró, dibujando la flor con la punta de su dedo índice.

Hendrik rodó los ojos.

—No de nuevo.

—Eso es lo que somos… —Sonrió amplio, sin apartar la vista del brazo de Hendrik—. ¿No lo ves de esa forma?

Hendrik se sentó de súbito, cavando con más fuerza sobre las caderas de Alois.

—Tú ganas.

Y Alois, recibiendo el beso que Hendrik le ofrecía en ese momento como rendición a una petición irracional, pensó que quizá lo de ellos podía ser algo más que una tragedia fatídica.

CAPÍTULO XII

Desde la miseria y la mustia parábola que era su vida, desde la maldita comedia atañida a sus infortunios que parecía ser el guion escrito por un caprichoso Dios, Hendrik jamás pudo ni tuvo la oportunidad de arrojarse irracionalmente a algo. De desbocar su corazón sobre alguien, de sentir placer afectivo al tocar a alguien o que se le acelerara el corazón por algo más que miedo y adrenalina. Anhelaba las incontrolables ganas de sonreír ante una simple plática o que simplemente le cosquilleara el vientre ante la expectativa de un beso; todo, absolutamente todo lo que hacía de un humano algo más que una vasija de carne y huesos, era nuevo para él.

Y se sentía tonto, como un idiota, por no saber la forma en que debía vivir todo lo que Alois le estaba enseñando. Era como un jodido sabueso sin olfato ni vista, persiguiendo a un zorro en medio de un bosque totalmente desconocido.

Toda su vida se preparó para enfrentar a cualquier escuadrón de fusilamiento, como un soldado al pecho descubierto, sin miedo y dispuesto a recibir todas las balas, sin caer de rodillas en ningún momento. Pero jamás se preparó para encontrar a Alois, a esa criatura insensata e irremediablemente coqueta que lo volvía loco con tanta facilidad que Hendrik se preguntaba si lo había hechizado mediante ese par de zafiros que portaba bajo sus generosas pestañas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alois mientras terminaba de desinfectar una herida superficial en el abdomen de Hendrik, producto de una pelea pasada.

Hendrik se encogió de hombros, sin saber cómo explicarle que le ocurrían demasiadas cosas.

—Que verte de rodillas me pone —susurró con el tono insolente y libertino que acostumbraba a usar, y que provocaba que Alois rodara los ojos sin falta.

—Eres un tonto.

La risilla bajita de Alois contagió a Hendrik, cavó en sus mejillas dos hoyuelos mientras sus labios se curvaban y dejaban sus dientes a la vista.

—¿Eso quiere decir que no quieres? —Presionó su pie desnudo en la entrepierna de Alois y él, en un gruñido molesto y con la mota de algodón aún entre sus dedos, pegó su frente a la rodilla de Hendrik—. ¿Hm, corderito?

—Hendrik, estoy tratando tu herida —remarcó en un gruñido de frustración, negando y apartando su pie de un manotazo suave—. Quédate quieto y déjame terminar mi trabajo.

—No me des órdenes-…

—Puto insolente —lo interrumpió, terminando la frase por él con una amplia sonrisa y la vista enfocada en su herida. Hendrik resopló, tensando el abdomen al sentir el antiséptico quemar

sobre la punzante laceración—. Me dijiste que no usaban armas en el under… Aún no entiendo cómo se les pasó que un peleador llevara cuchillo.

—Ya. Quizá es porque no se les pasó y simplemente me querían joder.

—Tu mecenas no permitiría eso…, ¿verdad?

La incertidumbre y visible miedo en los ojos de Alois lo hizo negar, llevándolo a encogerse de hombros sin ningún pudor. Si era por Alois, Hendrik no tenía problemas en tapar la mierda en la que estaba hundido.

—*Nah.* Cuando se trata de peleas, ese bastardo es justo —mintió con facilidad. La tensión en el rostro de Alois aflojó y Hendrik levantó su mano para pellizcarle una mejilla—. Deja de preocuparte, mamón. Que ese es mi trabajo, cuidar de tu bonito trasero mientras estés aquí.

—No puedo dejar de preocuparme —protestó el otro, ya habiendo terminado de tratar la herida y comenzando a guardar todo—. Siempre que demoras en llegar…, no puedo evitar pensar que algo malo ocurrió. Y cuando finalmente apareces, resulta que tenía razón.

Alois se colocó de pie, pero antes de poder apartarse, Hendrik lo sostuvo por la cintura con una mano. Se abrió de piernas y Alois encajó perfectamente entre estas.

—No ocurrirá nada malo.

—No puedes asegurar eso. Pueden lastimarte o hacer algo en tu contra… Tienes demasiados enemigos y-...

—¡Eh! —Tiró de él, guiando sus movimientos para que terminara sentado a horcajadas sobre su regazo. Cerró su mano en la nuca de Alois y, sintiendo todo el cuerpo rígido y una jodida angustia recorriendo el centro de su pecho, observó al contrario con una expresión dura e inquebrantable—. Deja de andar tirando mierda maricona como si nada —le ordenó, siendo esa la única forma en que sabía hablar. De niño recibía órdenes, ahora las daba—. No soy un maldito debilucho que necesita que su puta se preocupe por él, y si se llega a correr el rumor de que es así, te rompo el culo de un azote.

Saber que Alois se preocupaba por él, que temía por él, que lo veía en su calidad de simple humano y no como a un animal del cual disponer cuando ya no pudiese seguir mordiendo, le revolvía el vientre. Lo aterraba de una manera que jamás le admitiría a nadie, mucho menos a sí mismo.

Alois suspiró con una expresión resignada que solo hizo expandir el malestar que Hendrik sentía y que no sabía cómo etiquetar.

—Hendrik, quizá no te has dado cuenta, pero si pones tu mano aquí —Alois llevó la mano de Hendrik hasta su propio pecho, a la zona donde se ocultaba el corazón de este—, te darás cuenta de que también tienes un corazón. Soy doctor, sé de estas cosas.

Su dueño sonrió con arrogancia, arrugando el entrecejo y chasqueando con la lengua.

—¿Ves, corderito? Es porque dices cosas así que debo cuidar tu culo.

—Hendrik, estoy intentando ser romántico.

—¿Ah, sí? Pues yo estoy siendo realista. Y odio esta mariconería sentimental, pero... cuando lo dices tú, me excita.

—Es porque soy tuyo.

—Lo eres. Y no dejaré que nadie te ponga un puto dedo encima mientras lo seas. —Tomó la mano de Alois y mordió sus nudillos, manteniéndole la mirada mientras una promesa se formaba en sus labios—. Nada malo ocurrirá, tienes mi jodida palabra.

Alois mordió su labio en medio de su sonrisa, atrapándolo con sus bonitos dientes y dándole a Hendrik esa expresión soñadora e ingenua que lo atormentaba hasta en sus pesadillas, aquella que lo atrapó por completo desde la primera vez que lo vio.

—De acuerdo, te creeré. —Lo apuntó con un dedo—. Pero intentarás no hacer estupideces, ¿de acuerdo?

—Por ahora, solo hay una cosa que quiero hacer… —Sonrió desde la esquina de su boca, con aquella deshonesta diversión y coquetería que sabía manejar a la perfección para seducir a Alois—. Y es follar a mi corderito en esta misma silla.

Los labios de Alois se presionaron en un intento por esconder su sonrisa y, mierda, Hendrik estaba fascinado con cada maldito gesto de él.

—Pero, ugh. —Bajó la mirada a la mano que Hendrik deslizaba por debajo de su ropa—. ¿No tienes entrenamiento con Zev?

Hendrik encogió los hombros.

—Que se vaya a la mierda.

—*Oh*, chico malo —se burló Alois, colocando ambas manos sobre los hombros de Hendrik y acercándose para tomar de sus labios un beso fugaz—. ¿Qué haremos si viene a buscarte?

—Dejar que se pudra esperando —indicó obvio, colando sus manos hasta la cintura de Alois y dejando al descubierto su vientre, con el suéter del castaño escondiendo hasta sus muñecas—. ¿O quieres dejarlo entrar? ¿Hm?

Alois negó, rodando sus caderas y mirando a Hendrik con un lívido honesto, flojo desde sus parpados caídos y labios entreabiertos.

—No quiero…

Hendrik se inclinó sobre él, lamió la nuez de adán en su cuello e hizo viajar una mano hasta el botón del pantalón que Alois llevaba, desabrochándolo para poder introducir su mano a gusto en su entrepierna.

—¿Mostrarle lo masoca que te pones cuando estás caliente? —Sostuvo la hombría de Alois entre sus dedos y presionó con fuerza sobre la punta, arrancando del otro un jadeo de dolor que encendió su propia excitación.

—*Mmm.*.. —Negó, dejando caer su frente en el hombro de Hendrik—. No, soy solo para ti.

Hendrik sonrió discretamente, sintiendo aquel extraño e incomprensible deleite que nacía de la ilógica devoción de Alois hacia él, de la forma en que se le ofrecía sin recelo ni cautela.

Desde un comienzo se repitió a sí mismo que Alois era un idiota ingenuo, que si supiera realmente la clase de monstruo que él era, no volvería a decir algo así nunca más. No obstante, ¿y si él ya lo sabía?, ¿y si había visto bajo la piel de Hendrik y encontrado a sus mil demonios?

Hendrik acomodó su rostro para quedar con los labios cerca de la oreja de Alois, tiró de esta

y le dio un lametón

—¿Solo para tu dueño? —reiteró, levantando a Alois desde su trasero en un movimiento experto para bajarle el pantalón hasta los muslos.

Alois asintió sobre su hombro.

—… Sí. —La respuesta de Alois fue un susurro afónico y tembloroso que hizo a Hendrik sentir una chispa de fuego expandirse por todo su cuerpo.

Lo apartó de su hombro para recorrerle el rostro con la vista, encontrándose con un chico sonrojado hasta las orejas y de mirada desenfocada, con labios brillantes en saliva y una excitación tan intensa y notoria, fácil de saborear, que soltó la correa de su propia cordura.

La mano de Hendrik se cerró justo por debajo de la línea de su mandíbula. Empujó su dedo índice y corazón en el centro del labio inferior de Alois y los deslizó a través de sus dientes hasta barrer sobre la superficie de su lengua.

—Chupa —ordenó.

Alois obedeció, succionando con mandíbula floja y lengua caliente, atragantado con los dedos de Hendrik que acariciaban hasta el fondo de su garganta y frotaban su paladar.

El peleador sintió como la boca ajena se ocupaba con saliva y vio como esta comenzaba a agolparse en las esquinas de sus rojizos labios hasta rodar por su barbilla. Su hombría latió por debajo del pantalón y con su mano libre forzó su entrepierna contra la de Alois, necesitando con avidez animal algo de fricción. Bajó la vista a la erección desnuda y húmeda que Alois le ofrecía, y se relamió los caninos.

—Ramera —acusó con una sonrisa infame y como un bastardo de lenguaje despreciable—. Ni siquiera te he tocado y ya estás así, listo para correrte. —Sacó los dedos de la boca de Alois —. ¿Eso quieres? ¿Correrte con mi mano? —preguntó en un rumor reservado, llevando sus ensalivados dedos hasta la punta de la erección contraria—. ¿Aquí los quieres?

Alois negó, su pecho subiendo y bajando de manera errática

—No… —Tomó la mano de Hendrik con dedos débiles y pálidos, escondiéndose en el interior de su cuello mientras guiaba la mano foránea hacia su trasero—. Atrás… Fóllame con… con tus dedos.

Los ojos de Hendrik se opacaron por la lujuria y, privado de una mejor vista, tanteó la división entre los glúteos del castaño.

—¿Aquí? —Rozó la entrada de Alois.

Lo percibió asentir contra su hombro y lo sintió caliente contra sus dedos desde su rosado orificio, invitándolo a entrar a pesar de esa resistencia primeriza que para Hendrik no era sino una deliciosa excusa para extender el tiempo que estaban así, como si fuesen las únicas personas en el maldito mundo, sin un incierto mañana o un doloroso ayer.

Olisqueó ese aroma a jabón barato y piel limpia que Alois siempre llevaba en él; olía fresco y dulce a pesar de estar hundido al igual que el resto, en la mierda más profunda. O quizá Hendrik ya estaba completamente loco, pero honestamente, poco le importaba en realidad.

Hendrik comenzó a introducir uno de sus dedos en el rosado anillo del menudo chico que se

retorcía y gemía sobre su regazo. Buscó con la yema de su dedo el punto dulce que este tenía dentro de sus paredes internas y advirtió haberlo encontrado cuando Alois arqueó la espalda y dejó caer su cabeza hacia atrás, separándose del pecho del rizado con labios entreabiertos para que escapase una fracturada bocanada de aire. El de cabellos rizados sonrió con arrogancia al verlo, realizando un movimiento oscilante con sus dedos y haciendo rodar su propia cadera.

—Beso —ordenó.

Alois buscó a tientas sus labios y se abandonó sobre él como solía hacerlo, tal como a Hendrik lo obsesionaba, con una lengua dócil y ávida por más, sin refinamiento de ningún tipo y dejándose follar la boca mientras intentaba respirar con dificultad. Era un maldito desastre de movimientos erráticos y mejillas rojas, de ojos vidriosos y pupilas dilatadas que parecían consumir el azul de su mirada.

—Hendrik, *aah* —jadeó sobre su boca, empujando las caderas para poder frotar su rojiza erección contra el vientre de Hendrik.

—Pensé que no querías correrte sin mí… —La acusación fue acompañada del movimiento silencioso de su otra mano a través del trasero de Alois, y sus dedos, fieles intermediarios de sus deseos y lujuria, se unieron al otro par de la mano contraria que ya lo penetraban.

—*Nhm*. ¿Qué…? —Mordió su hombro cuando aumentó el ritmo de las penetraciones—. ¿Qué haces…? No…

Hendrik sonrió ante la exquisita obstinación que, desde la entrada de Alois, apretaba sus dedos.

—¿Que qué hago, corderito? —repitió en un susurro, haciendo rodar sus dedos al interior de Alois, sintiéndolos viscosos y calientes—. Te lleno por completo, ¿lo sientes?

Alois asintió, acumulando fiebre en su sonrojada nuca y tarareando un gemido tras otro.

Introdujo otro dedo, quedando con sus dígitos impares dentro de la dilatada intimidad del castaño. Las estocadas fueron lentas y profundas, haciéndolo recibir hasta la base de los dedos de cada mano en un movimiento oscilante donde con insistencia barría sobre su punto dulce.

Era irreal la forma en que parecía estar obsesionado con cada parte del cuerpo de Alois, el cómo deseaba poder follarlo todo el tiempo. Siempre había considerado el sexo como algo donde meramente descargarse, mojar la polla y listo, nada que pudiese ocupar tan solo un pensamiento en su cabeza.

Ahora no podía sino reírse de sí mismo.

—Hendrik, por favor…

—¿Hm? —Besó el punto de su cuello donde le latía el pulso—. ¿Qué quieres?

—No más de tus dedos. Quiero… —Empujó su mano sobre la hombría del contrario—. Dios… Quiero que la metas.

—¿Ves? Si eres una puta para mí… Ni siquiera lo escondes, corderito.

—De ti… —Besó su mejilla, jadeando con dificultad y rodando las caderas, dejándose follar por los dedos de Hendrik en un ritmo acompasado—. Jamás escondería lo que deseo.

Hendrik sacó los dedos de su trasero y, haciendo que Alois levantara las caderas, se alineó

en su entrada. Su propia erección se encontraba lubricada por el viscoso líquido preseminal que se había escurrido ante la extensión de aquel juego previo, caliente y dura, enseñando gruesas venas bajo su piel. Se introdujo en él con la envolvente sensación dando un latigazo caliente en su vientre.

Debía de admitir que a momentos le aterraba lo familiar que se sentía el peso de Alois en su regazo, lo conocido que le era su aroma y la calidez de su piel. Sus manos ya habían hecho del muchacho un mapa y él lo había memorizado a la perfección.

—¿Lo sientes? —preguntó, repasando sus labios con la lengua y dejándolos brillantes mientras su mano se encajaba en la curvatura de violín que la cintura de Alois le obsequiaba.

Tomó el miembro de Alois y lo apretó con fuerza. Se sentía caliente y pulsaba en su propia mano.

Alois asintió, luciendo ido por el placer.

—*Ngh*, demasiado grande…

—Y aun así, tu bonito trasero me succiona queriendo más. —Empujó la cadera hacia arriba, contrarrestando el peso de Alois sobre él y llegando lo suficientemente profundo como para sentirlo en la base de su pene. Rodeó la punta de la erección contraria y un músculo pulsó en su mejilla al ver el animal deseo y placer consumiendo por completo a Alois—. Muévete. Haz que me corra.

Los temblorosos dedos de Alois se afianzaron sobre sus hombros y el vaivén de sus menudas caderas lo hizo morder su mejilla interna. Se veía ahogado, absorto entre jadeos al ser llenado por su gran erección con aquel delgado cuerpo de curvas esbeltas y sensuales.

Hendrik amaba el cuerpo de Alois con locura. Todo en él era extrañamente suave y varonil, y se acoplaba perfectamente.

—Be-beso —pidió Alois con sus ojos cerrados y pegando su frente sobre la de Hendrik.

—Abre la boca —ordenó él, metiendo su lengua entre los bonitos y calientes labios de Alois para darle ese beso deseado.

Lo folló con ese bestial carácter que lo definía y, clavando en él dedos que luego dejarían profusas marcas, forzó sobre su abusada y empapada entrada firmes penetraciones.

La forma en que Alois gemía abierta y desvergonzadamente, consumido en el calor del sexo, lo condujo por un sendero de libido y sordidez. Hendrik le lamió la boca y sus estocadas comenzaron a perder el ritmo, a volverse erráticas y tan intensas que Alois se aferró a él para no caerse, como un muñeco de trapo.

Desde su boca salieron vagas obscenidades. Hendrik le repitió al oído lo delicioso que se veía cada vez que le abría las piernas y como su trasero de puto fácil parecía haber sido creado solo para él, para su disfrute personal. Le advirtió que, si seguía así, terminaría como una ninfómana, rogándole todo el tiempo para ser follado, sin importarle dónde o cuándo. Y, mierda, jamás conoció a alguien que se excitara tanto con aquella plática sucia como Alois.

Le frotó los pezones y dejó alrededor de él marcas de mordidas y chupetones tan notorios que sintió algo extraño en su pecho.

—Hendrik… —susurró Alois, envolviendo su hombría con su mano para intentar

masturbarse en un movimiento envolvente y débil—. Dios, es demasiado. No puedo… No puedo moverme más.

—Sí puedes —contradijo el otro—. Mírate, ya ni siquiera te esfuerzas. —Alejó una mano y, tras tomar impulso, la dejó caer sobre el trasero de Alois en un azote bestial que arrancó de la garganta del casto un gimoteo matizado de dolor—. Estás acostumbrado a que lo haga yo por ti, ¿verdad? Puto consentido.

Alois negó con su labio inferior firmemente atrapado entre sus dientes.

La esquina de la boca de Hendrik se torció en una sonrisa y desde la palma de su mano le profesó un segundo y tercer azote.

—¿Le dices que no a tu dueño mientras te quedas ahí, flojo y esperando a que te folle duro? —Un último azote y tuvo a Alois corriéndose duro sobre su vientre, recogiendo los dedos de las manos y de los pies, mirándolo con parpados caídos y entre necesitadas bocanadas de aire—. Puto masoquista.

Su risa vibró contra los labios de Alois mientras intentaba desembocar sobre estos un último beso.

Continuó embistiendo contra él hasta que en su vientre se construyó aquel delicioso y conocido placer. Endureció el cuerpo, soltó la hombría del castaño y se corrió en él, con nariz y boca presionadas sobre el punto exacto donde le martillaba el pulso a Alois, sin poder respirar nada que no fuese aquella intoxicante mezcla de sudor y piel.

—Ah, mierda… —maldijo con su ya floja hombría aún en el interior de Alois—. No sé cómo lo haces, pero me tienes caliente todo el maldito tiempo.

—Adoro… tus momentos románticos —ironizó el contrario, desparramado sobre él como mantequilla derretida.

Hendrik, sin necesidad de verlo, sabía que estaba rodando los ojos.

—Y eso que todavía no te llevo a la cama…

Alois se separó de él, sonriendo extenuado y aún sonrojado hasta las orejas.

—¡No! No puedo más… —Por los ojos de Alois pasó un brillo deshonesto.

Hendrik sabía perfectamente qué hacer con eso.

—Yo haré que puedas durante toda la tarde.

◆ ◆ ◆

Se acercaba el medio día y Alois se encontraba con un libro entre las manos, de piernas cruzadas y el ceño fruncido mientras leía con concentración. Bajo sus piernas un muy molesto emperador contaba entre respiraciones jadeantes mientras realizaba flexiones de brazos.

—¿Qué mierda…? —preguntó Zev al cruzar el marco de la celda, viendo a Hendrik con Alois sobre su espalda.

—Perdió una apuesta —respondió el médico, lamiendo su pulgar para darle vuelta a una hoja.

Hendrik se detuvo, habiendo llegado al número ochenta y con el sudor empapándole el rostro, espalda y brazos.

—Abajo —ordenó, provocando que Alois se bajara de él. Se colocó de pie, tomó la toalla que el castaño le ofrecía y limpió con ella el sudor de su rostro.

—¿Y de qué iba? —preguntó Zev con aquella sonrisa relajada que lo caracterizaba, tomando del borde de su oreja un cigarrillo.

Alois correspondió a la complicidad con la que lo miraba el compañero de Hendrik.

—Bueno-...

—Ni una maldita palabra, Alois —lo detuvo su dueño, tomando su botella de agua y echándose la toalla al hombro.

Alois hizo el ademán de pellizcar el aire y pasar sus dedos por encima de los labios.

—Soy una tumba —prometió con buen humor, considerándose ganador como pocas veces.

La mirada fastidiada de Hendrik solo hizo crecer su sonrisa.

—En una tumba terminarás si cuentas lo que pasó.

—Sí, señor. —Volteó hacia Zev, que encendía su cigarrillo con un desgastado encendedor entre los dedos—. ¿Y Nevin?

—Hoy le toca voluntariado en las cocinas. ¿Irás a verlo?

Alois asintió.

—Sí, es eso o morir de aburrimiento.

—Vuelves para la cena —ordenó Hendrik, saliendo de la celda y sin darle una segunda mirada.

Zev se relamió los labios y tras darle una calada a su cigarrillo, se lo ofreció a Alois.

—Confiesa.

—Le dije que no podía pasar todo un día sin enfadarse —reveló en un susurro, tomando el cigarrillo para llevárselo a los labios.

—Y recién es medio día.

—En realidad, perdió la apuesta quince minutos después de hacerla.

—¡Zev! —se escuchó a poca distancia.

El nombrado peleador le dio una palmada en el hombro antes de salir trotando de la celda, dejando a Alois por su cuenta entre risas que intentó apagar contra la manga de su suéter.

Sin más por hacer en su celda, cruzó los pabellones de North Collan y llegó a las cocinas media hora después.

Sus pasos se detuvieron de golpe cuando vio a Nevin con un hombre escoltado por militares y extrañamente familiar. Usaba un traje costoso y fumaba un puro desde la esquina de su boca. Nevin se percató de su presencia y con el rostro rígido y una mirada severa que Alois no acostumbraba a ver en él, murmuró un par de palabras inaudibles más al desconocido, apartándose luego para caminar a pasos rápidos hasta él.

—¡Lulú! —lo saludó con su semblante volviendo a ser el de siempre.

—Hey, ¿él…? —Apuntó en dirección al hombre que ahora les daba la espalda y se alejaba de ellos.

—Es el mecenas de Zev —respondió con facilidad—, vino a preguntar si quería algo.

—¿Puede estar aquí dentro?

—Sí, son los que financian este podrido lugar después de todo. Pero no le prestes atención —Sacudió su mano—, mejor dime a qué viniste, ¿es por mí? ¿Me harás compañía para que no me aburra?

Alois rodó los ojos.

—Tú me harás compañía a mí —lo corrigió, dejándose arrastrar por el brazo de Nevin enganchado al suyo y mirando por encima de su hombro a la enorme silueta del mecenas de Zev.

Realmente se le hacía familiar. ¿Dónde lo había visto antes?

—¡Hey, idiota! ¡¿Me estás escuchando!? —reclamó su rubio, ya habiendo ingresado a una de las cocinas donde el calor se dispersaba desde los grandes fuegos.

—Sí, sí. Por supuesto… —mintió.

—Pues nada, como te decía… Trabajar aquí tiene sus beneficios.

—¿Cuáles?

—Puedes tener algunos gustitos secretos. —Abrió uno de las grandes neveras y sacó de esta un paquete de queso sellado al vacío. Se lo lanzó a Alois.

—Pensaba que aquí se guardaba comida para los reclusos —acusó, revisando el paquete por ambos lados.

—Sí, pero se pierde antes de que pueda llegar a los comedores. —Le señaló el queso con un gesto vago—. Guárdalo bien que a veces vienen a inspeccionar.

—¿Qué haré si me atrapan?

—Te escudas con Hendrik, ¿qué podrían hacer? —Le dio una sonrisa cómplice—. ¿Pedirle que te adiestre para que no robes?

—No soy su perro.

—No, pero eres su perra.

Alois bufó, guardando el queso tal como Nevin le había indicado y sin reclamar por el insulto, porque era un insulto. Por supuesto que no había comenzado a sentir un extraño hormigueo en su vientre cada vez que mencionaban que le pertenecía a Hendrik. No era un puto enfermo, por Dios.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Nevin.

—No lo hago.

—Sí, como digas. Ven a ayudarme con los platos sucios.

Por supuesto, Alois como el increíble amigo que era no solamente lo ayudó, sino que también hizo la mayor parte del trabajo. Para cuando ya eran las siete de la tarde, no solamente

estaba agotado y oliendo a comidas varias, también tenía entre sus manos un pequeño muffin hecho con los restos de las masas dulces que algunos cocineros le dieron.

No podía prometer que tenía un buen sabor, pero supuso que después de haber comido por años la comida de la prisión, Hendrik no sería muy quisquilloso al respecto, o al menos eso esperaba.

Sabía que a esa hora su dueño se encontraba en el *under* practicando sobre la tarima con quienes habían resultado perdedores en peleas pasadas. Le hubiera gustado decir que eran enfrentamientos amistosos, pero al ver como el emperador hundía su rodilla en el diafragma del adversario y prácticamente le reventaba la cabeza contra uno de los cuatro pilares del cuadrilátero, dedujo que la amistad no estaba muy presente.

—¡Hendrik! —lo llamó.

Su dueño volteó a él, usando un trapo viejo para sacarse la sangre ajena de las manos.

—¿Qué ocurre?

—Llegó un paquete para ti —mintió. Jamás admitiría que lo buscaba por decisión propia delante de otros reos—. Los guardias dijeron que es importante.

Hendrik frunció el ceño y pasó entre las cuerdas elásticas, dando un salto y bajando del cuadrilátero.

—Lleven a ese pobre diablo a la enfermería —ordenó, saliendo del *under* con Alois pisando sus talones.

Al pasar por la entrada de la celda, Hendrik miró a todos lados con su usual expresión severa, buscando el supuesto paquete que habían dejado para él.

—Aquí —le indicó, ofreciendo la bolsita de papel marrón que en su interior contenía el muffin—. Yo lo hice…

Eso dejaba expuesta su mentira.

Una expresión ilegible pasó por el rostro de Hendrik. Sacó el muffin y lo sostuvo entre sus ásperos dedos tiempo suficiente para provocar en las orejas de Alois un notorio sonrojo.

Alois se aclaró la garganta, sintiendo que ya no era tan buena idea. Debió de haber esperado a la noche y dejar el muffin ahí, ¿por qué siquiera había pensado en algo tan tonto? Era cursi y Hendrik odiaba las cosas cursis…

—Ven aquí —le ordenó.

Y todo desde ahí se desfiguró en sus bordes.

Hendrik lo folló por horas y en posiciones que Alois ni siquiera hubiera considerado posible meses atrás. Lo besó hasta que su boca se sintió adormecida, chupó incontables tramos de su piel y mordió sus muslos y vientre hasta transformarlo en el cuadro de amapolas de Van Gogh, con aquellos botones de flores esparciéndose por todo su cuerpo. Ni siquiera habían cenado y por primera vez no le importó.

Se sintió satisfecho en algo más, con el cuerpo lánguido prácticamente sobre el de Hendrik, cubiertos por sudor y en los viscosos fluidos de ambos. Luego le pediría que lo limpiara. De momento, no tenía fuerza para levantar una mano.

—No te comiste el muffin —acusó con voz adormecida. Hendrik dejaba caricias sobre su espalda y él, como un felino perezoso, simplemente se dejaba consentir.

—Lo haré luego.

—No tienes que hacerlo. En realidad, debe saber horrible.

—Lo hiciste tú —fue todo lo que dijo, como si fuese razón suficiente para cualquier cosa.

El corazón de Alois dio un brinco.

—Algún día… —comenzó tentativamente, utilizando sus antebrazos sobre el pecho de Hendrik como apoyo—. Si no estamos aquí…, podría cocinar para ti. Un pastel de verdad.

—¿Sabes hacer pasteles?

—Puedo aprender. —Encogió los hombros.

—¿Y dónde estaríamos? —Hendrik continuó su juego, apartando un mechón de cabello que caía sobre uno de los párpados de Alois.

—Donde tú quieras.

—Me da igual el lugar.

—¿No tienes un lugar especial? Ya sabes, algo que recuerdes y pienses: mierda, quiero volver allí.

Hendrik permaneció en silencio durante unos cuantos minutos, recorriendo el rostro de Alois con una expresión que poco y nada dejaba para el castaño. A veces su dueño era simplemente imposible de descifrar.

—Grand Anse —contestó en un susurro áspero.

—¿Dónde queda?

—Es una isla. Fui ahí hace unos años y… me gustó el mar.

—¿Cómo era?

—Como tus ojos. —Barrió su dedo corazón sobre las pestañas de Alois—. Así de azul y tan grande… Respirar ahí fue como… tomar una bocanada de libertad.

Alois recostó nuevamente su cabeza en el pecho de Hendrik, intentando ocultar su sonrisa y fallando. Aquello se sintió como un momento robado, algo que no debían estar compartiendo.

—Haces que imagine un lugar hermoso… Me gustaría ir.

La grande y pesada mano de Hendrik se acomodó sobre su nuca.

—Ese lugar es como el cielo... Algún día te llevaré porque mereces verlo. Mereces ver el paraíso porque tú perteneces a él.

Alois cerró los ojos, el sueño robando partes de su consciencia.

—¿Y tú? —preguntó en un último murmuro antes de caer dormido, sin alcanzar a oír el rumor de las palabras de Hendrik.

—Los hombres como yo estamos condenados al infierno.

CAPÍTULO XIII

Sus dedos se presionaban dolorosamente contra la áspera pared. Tenía resentidas las yemas de sus dedos y aun así no podía despegar sus manos del concreto frío. La desesperación con la que el vapor caliente salía de su boca entreabierta, las gotas de sudor perlado que hacían un camino por su piel tibia y el frío de la noche que contrarrestaba el fuego de su sangre, lo volvía loco.

Quería con desesperación sacarse el corazón para no sentir aquellos frenéticos latidos.

—No te lo guardes, corderito…. Gime para mí —le demandó Hendrik quedamente—. Muéstrame lo que te gusta.

Alois soltó su labio inferior, dejando emerger los agudos y suaves gemidos que nacían en su garganta. Estaba en una vertiente de placer y hedonismo, con su dueño reclamándolo mientras se hundía en él.

Las manos de Hendrik se clavaban en sus caderas, posesivas y mundanas.

—M-más, dueño. *Ah*… *Hendrik* —imploró agonizante.

El sudor de Hendrik caía por su espalda, traspasó su piel como ácido y se fusionó con su propia sangre, quedándose en él.

Estaba al borde de un precipicio, llevado por la forma bestial y pérfida que tenía su dueño para follarlo. Un moribundo sediento que era lanzado a un manantial de aguas dulces, bebiendo hasta saciar su sed y ahogándose al mismo tiempo.

Las penetraciones eran lentas y profundas, haciéndolo necesitar más. Su punto dulce enviaba descargas eléctricas cada vez que el sexo de Hendrik lo rozaba. Y la quemazón en su pequeña y rosada entrada, apenas dilatada antes de que Hendrik se adentrara en él, provocaba espasmos en su cuerpo.

—Mierda, Alois… —maldijo entre dientes apretados—. Me encanta tu trasero. —Alois tarareó un gemido, con la infernal insistencia de las acometidas de Hendrik robándole hasta el aliento—. Joder, muévete para mí, tu dueño. —Rasguñó la carne del trasero de Alois—. Solo para mí.

Alois arqueó su espalda, obedeciendo a la exigencia de Hendrik y jadeando en necesidad de aire.

Se sentía lleno, saciado en deliciosas sensaciones. El dolor del trato bruto de Hendrik contraponiéndose al placer que su propio cuerpo había encontrado en ello.

—*Aah*… *Ngh*… Quiero… Quiero tocarme —confesó con su olvidada erección necesitando

algo de fricción—. Por favor, ne-necesito. Yo necesito, mi dueño...

Hendrik rodó las caderas y se hundió con fuerza en su interior, sacándole un jadeo suplicante.

—¿Quieres tocarte? Puto insaciable. ¿No te basta conmigo llenándote? ¿Aún quieres más? —gruñó, levantando sus talones del suelo en cada estocada para impulsar con fuerza el movimiento de su pelvis sobre Alois.

El sonido de la piel húmeda chocando, la respiración pesada de Hendrik cerca de su nuca, el calor que ambos emanaban y el aroma de la sal picante que provenía del sudor de sus cuerpos, todo era simplemente descomunal.

Alois bajó una mano hasta su propia erección, doblando un antebrazo en la pared para dejar descansar su frente sobre este. Su hombría palpitaba dolorosamente y comenzó a masturbarla, retorciéndose y alzando su trasero para que Hendrik pudiera follarlo a gusto.

—¿Te estás tocando?

—S-sí.

—¿Se siente bien? Mi erección hundiéndose en tu trasero mientras follas tu mano. —Llevó su boca hasta el hombro de Alois y, abarcando una generosa cantidad de piel, hundió los dientes. Mordió hasta que el sabor metálico de la sangre ajena se hizo sentir en su paladar.

—¡Sí! —sollozó—. T-te necesito, mucho más —pidió, con lágrimas agolpándose en el límite inferior de sus enrojecidos ojos.

La lengua de Hendrik se deslizó por la zona de piel lastimada, lamiendo y haciéndola arder.

—Voy a malditamente llenarte de mí —susurró el ojiverde sobre el oído de Alois, tironeando del lóbulo de su oreja—. Voy a correrme tan duro en ti. —Alois se estremeció por las palabras de Hendrik, tan sucias y carnales. El emperador llevó una mano hasta la erección de Alois, abarcando la mano de este y ayudándolo a masturbarse más rápido—. Te gusta esto, ¿verdad? Ser una maldita ramera y tenerme dentro de ti.

Alois gimoteó en respuesta. Su capacidad del habla yacía extraviada en alguna parte de su cabeza. Solo podía limitarse a asentir con esfuerzo. Porque, ¿para qué mentir? Lo quería todo de Hendrik.

El sexo con su dueño siempre era así, al borde de lo animal, inmoralmente sucio y pecaminoso. Las palabras eran obscenas y Hendrik parecía disfrutar subyugándolo, recordándole a Alois cuan suyo era.

—M-me corro —lloriqueó lastimero, tensándose y recogiendo los dedos de los pies. Cerró los ojos con fuerza mientras alcanzaba el orgasmo.

Sus paredes internas se estrecharon alrededor de la erección de Hendrik, haciéndolo jadear rasposo de placer ante la resistencia.

Se sostuvo gracias a la mano que el rizado presionó sobre su abdomen, no teniendo fuerza aparente en sus piernas y con la visión borrosa para cuando abrió los ojos. Todo pensamiento coherente se encontraba nublado por una capa de placer al encontrarse en el cielo de los orgasmos.

Hendrik se impulsó sobre su trasero con embestidas rápidas y duras, buscando llegar a su propio orgasmo, el cual alcanzó luego de unas cuantas penetraciones más. Apoyó su frente en la nuca de Alois e inclinó su pelvis hacia adelante para correrse en su interior.

—Mierda. Se siente tan bien... —confesó con una sonrisa extenuada y satisfecha—. Tu trasero es jodidamente perfecto. —Hendrik salió de su interior y el cuerpo de Alois se sacudió levemente en respuesta—. Ven, te llevo a la cama, que pareces un maldito cadáver tembloroso ahí.

—T-tan romántico —murmuró el otro, exhalando.

Hendrik soltó una risilla mientras guardaba su exhausto pene dentro de su bóxer y se subía el pantalón de chándal.

—Es lo que me haces, me pones como un amariconado mamón. —Aplanó una mano sobre un glúteo de Alois en una fuerte nalgada que hizo al castaño dar un salto.

—¡Bestia! —exclamó Alois, sobándose su adolorido trasero—. Joder, casi me rompes la cadera.

—Qué te quejas, maricón, si te encanta que te azote. —Se inclinó y tomó el pantalón de Alois de sus tobillos. Enganchó el borde a sus dedos y lo subió, no sin antes dar un lametón en la roja y lastimada piel de su trasero.

Lo cargó hasta la cama, donde Alois se terminó de vestir y se acomodó de costado. Vio a Hendrik lavarse las manos, el rostro y limpiar su entrepierna con agua fría mientras él apenas podía moverse con un esfuerzo sobre humano.

—Ten. —Hendrik le ofreció un mojado paño—. Luego te lavas bien, cordero sucio.

—Mmm.

Lo recibió, introduciéndolo por el borde de su pantalón y utilizándolo para limpiar su vientre bajo y los restos de la corrida de Hendrik que salía de su trasero.

Dios, no necesitaba lavarse bien. Necesitaba una ducha, o mejor aún, un baño en una tina con hidromasaje y sales aromáticas…

Hendrik se colocó una vieja camiseta de mangas largas y un chaleco. Giró el seguro interno y abrió la puerta de la celda para que entrara algo de ventilación. Algunos reclusos que pasaban lo saludaron con temor y otros simplemente pasaban con la cabeza gacha.

—¿Es tarde? —preguntó Alois al ver que Hendrik observaba su reloj de muñeca.

—Las seis. —Arrugó la nariz al ver que se había pasado tres jodidas horas encerrado, follándose a Alois. No había ido a entrenar y al día siguiente desfilaban nuevos peleadores para el torneo a realizarse en la noche—. Voy al gimnasio —murmuró tomando sus guantes de entrenamiento.

—Sí… —Alois asintió perezosamente, el sueño haciendo que sus párpados pesaran.

—Si te vas a dormir, cierra la maldita puerta con seguro —le gruñó—. No quiero volver y ver que te violaron sobre la puta cama.

—Hm. —Pero Alois ya estaba durmiendo.

—Zorro insolente. —Hendrik ladeó una sonrisa y acomodó su cabello. Al salir vio a sus

leales perros esperándolo. Caminó hasta ellos, empujando a los infelices que invadían su espacio personal al caminar demasiado cerca de él—. Tú, te quedas aquí y te aseguras de que nadie se meta a mi celda.

—Como ordenes.

◆ ◆ ◆

Hendrik sabía que sus precauciones con Alois eran algo excedidas, puesto que creía que jamás nadie se iba a atrever a entrar a su celda, pero no iba a arriesgarse. La idea de otro recluso poniéndole las manos encima a su corderito le hacía hervir la sangre.

Hizo su camino hasta el gimnasio, dando pasos firmes y con las manos en los bolsillos de su pantalón. Los reclusos se abrían paso a su alrededor, rogándole a un dios inexistente por no despertar su ira.

Al entrar al gimnasio se sorprendió al ver a Nicholas, su mecenas. Mantenía una conversación calmada con Ley y fumaba un cigarrillo. Llevaba un costoso traje con su cabello cubierto de canas engominadas hacia atrás, sonriendo con ese rostro de rata traicionera que tanto enervaba a Hendrik.

El ojiverde los ignoró y se colocó los guantes, visualizando a Zev, quien coqueteaba descaradamente con Nevin en un extremo del área de entrenamiento.

—¡Zev, a entrenar! —demandó. Su compañero inmediatamente se despegó de Nevin, desordenándole sus rubios cabellos con una mano. Trotó hasta Hendrik, ambos saludándose con un gesto de cabeza. Zev se puso los guantes y comenzó a calentar. El moreno miraba de reojo a Ley, gesticulando muecas de desagrado ante aquel que lo había vencido—. De tanto que lo miras, pensará que quieres comerle la polla —se burló Hendrik con una sonrisa bufona.

—Como no te calles, Nevin me arrancará la mía.

—Maricón dominado.

—¿Y qué? ¿Te excita o alguna mierda así?

Con una carcajada saliendo desde sus labios, Hendrik levantó una mano y la dejó caer en la nuca de Zev, golpeándolo con fuerza a modo de venganza. Su moreno amigo se apartó, sobándose la nuca y maldiciendo por lo bajo.

Estaban listos para comenzar su entrenamiento cuando la voz de Nicholas detuvo a Hendrik de lanzar el primer golpe.

—¡¿Qué?! —gritó en dirección a su mecenas.

—Ven aquí. Tengo que discutir algunos negocios contigo. —Hendrik miró por el rabillo del ojo a Zev, quien se encogió de hombros.

Llegó hasta Nicholas en unos cuantos pasos, donde Ley también se encontraba.

Hendrik los inspeccionó a ambos, repasándose la nariz con su dedo pulgar.

—¿Qué mierda quieres?

—Tus modales están cada día peor, Hendrik. ¿No te alegras de verme? Traigo buenas noticias. —El hombre abrió su chaqueta y sacó un sobre blanco. Se lo extendió a Hendrik y

sonrió, mostrando entre sus dientes aquella prótesis dental de oro—. Un pequeño trabajo. No es nada en comparación a todo lo que he hecho por ustedes.

Hendrik arrugó el sobre y se lo lanzó a la cara.

—No seas hipócrita. Te llenas los bolsillos gracias a mí —masculló golpeándose el pecho con rabia.

Nicholas siseó, agachándose para tomar el sobre del suelo. Lo estiró y se lo entregó a Ley. Posteriormente, volvió su rostro sonriente a Hendrik.

—Hendrik, parece que olvidas tu situación. Tú ganas tanto como yo gracias a estas peleas, ¿o es que quieres perder tus facilidades en prisión? —Colocó sus manos sobre los hombros del rizado—. Supe que te buscaste un putito, ¿qué harías si ya no puedes darle de comer? Sabes que no es fácil para mí suministrarte de todos tus caprichos. ¿Cuántos hombres de aquí no matarían a sus propios hijos para tener tus regalías?

Hendrik miró hacia una de las manos sobre su hombro y levantó una ceja.

—¿Me estás amenazando?

—Te estoy recordando cómo funcionan las cosas. Tú eres el emperador de este lugar, pero sin mi dinero... no eres diferente al resto. —Se apartó de Hendrik y le lanzó la colilla de cigarro al pecho—. Además, las apuestas no han estado dando mucho. Los peleadores están comenzando a escasear.

—Ese no es mi problema.

—Quizá no, pero no querrás que me quede en la calle, ¿verdad? —Pisó la colilla frente a Hendrik—. Sin mí, puedes ir despidiéndote de tu estatus. No más Hendrik intocable. Los guardias podrán hacer lo que gusten contigo. Comerás mierda y pasarás frío, e incluso puede que te quiten a tu putito... Eso sería un infortunio, ¿no lo crees así?

Hendrik molió sus dientes. La sonrisa triunfadora de Ley se clavó en sus facciones.

Algún día iba a romperle el cuello al infeliz de Nicholas; era un juramento interno.

—¿Qué tengo que hacer?

◆ ◆ ◆

Alois se despertó al escuchar un golpe en su celda. Restregó sus ojos y, con cuidado de no tropezar con nada, llegó hasta la puerta. Encendió la luz y pestañeó un par de veces para acostumbrarse al cambio.

Carraspeó y pasó saliva, aún medio dormido y con su estómago despertando. Tenía hambre.

Recordó unas latas de frutas en conserva que Hendrik le había entregado dos noches atrás. Podía comerlas antes de la cena.

Mierda... ¿Qué hora era? No se había saltado la cena, ¿verdad?

Abrió la puerta y se sobresaltó al escuchar un agudo grito:

—¡Noche de amigas! —gritó Nevin en compañía de otros dos reclusos, Noah y Jack.

Alois se llevó una mano al pecho por el susto, mirándolos con un desconcierto advertible y

pestañeando en dirección de ambos.

—¿Qué demo-...?

—¡Vamos a cenar juntos! —lo interrumpió—. Ya avisamos a un guardia que comeríamos juntos. —Nevin pasó su brazo por el hombro de Jack—. Todo gracias a Jack, que da las mejores mamadas y tiene al idiota que distribuye la comida como un baboso a sus pies.

Jack estiró una mano y revisó sus uñas, soplándolas y llevándoselas al pecho para frotarlas contra su chaqueta.

—Perras locas... —Alois esbozó una sonrisa y se movió de la puerta, permitiéndoles la entrada. Se sentó sobre la mesa y apoyó sus codos sobre las rodillas—. ¿Y de dónde ha salido esto?

—Bueno, estaba jodidamente aburrido en mi celda y pensé... ¿Por qué no alegrarles la noche a mis perras favoritas?

—¿Y Zev?

—Me da igual. Ese hombre no es asunto mío.

Noah rodó los ojos y abrió su overol, sacando una botella de ron de su interior. Los ojos de sus amigos se iluminaron.

—Regalo de José por mi cumpleaños.

—¡Sí! Dios, podría follarme a tu hombre en agradecimiento —murmuró Jack, tomando la botella para darle un beso.

—Quiero verte intentarlo —gruñó Noah con los ojos entornados.

—Ay, cabrón celoso. ¡Ni que estuviera tan bueno! —exclamó Nevin con una mano en el pecho.

—Mejor que el cabrón que te come el culo.

—¡Eh! ¡Con mi hombre no, perra! —Apuntó a Noah.

Alois ladeó su cabeza, sonriendo ante la plática sin sentido de sus amigos.

En ese momento, un gendarme los interrumpió al entrar de golpe a la celda mientras cargaba una caja de un tamaño considerable.

—Thompson, se te ha enviado esto. —Dejó la caja en el suelo y salió sin decir palabra alguna.

—De acuerdo, eso ha sido extraño —musitó Jack con los ojos en dirección a la caja.

Alois bajó de la mesa y caminó hasta el paquete de cartón. Un sobre blanco se encontraba pegado por encima con una gruesa capa de cinta adhesiva. Lo sacó con cuidado, ignorando las palabras desesperadas de sus amigos y sus chillidos a su espalda.

Abrió el sobre y vio la letra de Ian plasmada sobre un papel blanco.

“Alois, me ha costado un riñón mandarte esto. No creo que pueda enviarte más hasta los próximos meses. No ha sido como en las películas... Casi me disparan cuando mencioné la brillante idea de pagarles para que cuiden tu trasero. Espero que esto sea suficiente por un

tiempo. Hay de todo lo que puedas necesitar.

Solo sé fuerte. Pronto podremos presentar la apelación.

Iré a verte la próxima semana. Tengo una carta de tu madre, pero quiero entregártela personalmente.

Mantente firme y recuerda que hay personas que te aman.

Te quiero, hermano".

Unos meses atrás, hubiera llorado.

Dobló la carta y la devolvió a su sobre. Con una sonrisa tranquila, se tomó su tiempo para abrir la caja. Nunca le agradecería lo suficiente a Ian.

—¡Ay, maldito suertudo! ¡Te odio! —exclamó Nevin, cayendo de rodillas sobre la caja. Alois se cruzó de brazos y vio como esos tres bastardos registraban todo su contenido—. ¡Atún!

Hicieron un caos de todo, desordenando el contenido de la caja y lloriqueando por la suerte de Alois.

—Mierda. Mi papá también podría enviarme algo si no fuera porque me gritó en la cara que tendría que vérmelas por mí mismo —murmuró Nevin con pesar. Alois palmeó su hombro y se arrodilló a su lado—. No le gusta que esté aquí.

Latas de alimentos en conserva, medicamentos, vendas, un par de zapatillas, ropa interior, un gorro y guantes para el frío. Una botella de whiskey y una de vodka. Encendedores y cajetillas de cigarros. Y finalmente, algo que Alois apreciaba por sobre todas las demás cosas, artículos de higiene personal; barras de jabón, tres cepillos dentales, dos botellas de champú y dos antitranspirantes. Alois inspeccionó todo, sonriendo ante las ocurrencias de Ian.

Tomó el pequeño frasco de vidrio que contenía aquel perfume que tanto le gustaba. Lo olió, dejándose llevar a los buenos recuerdos de su antigua vida. Cómo había cambiado todo; su vida, su corazón, sus anhelos para el mañana y las personas que quería en su vida.

Hendrik…

—Chicos, creo que por hoy la fiesta tendrá que pasar —murmuró Alois con la botella de perfume en la mano.

Realmente quería tener una fiesta, pero una que solamente lo involucrara a Hendrik y a él.

—¡¿Qué?! ¡No! No seas maldito —rogó Nevin con un puchero.

—Les prometo que los compensaré. Es más, tomen… —Sacó tres latas de atún de la caja y se las dio a sus amigos—. Mi deuda está pagada.

—Te odio —murmuró Jack, guardándose la lata de atún en el bolsillo de su ancho pantalón.

—¡Por favor!, ¿sí? Solo dejémoslo para mañana. Esta noche quiero... hacer algo especial para Hendrik.

—Ay, maricón enamorado —acusó Nevin, mirándolo de arriba abajo con un profuso reproche—. No puedo con sujetos como tú, de verdad no puedo.

—¿Por favor?

Nevin suspiró, rodando los ojos.

—De acuerdo, vamos, chicos... Hay que avisarle al de la comida que comeremos en mi celda. —Se colocó de pie y les indicó a sus compañeros con un gesto de cabeza que salieran de la celda de Alois.

—¡Gracias!

Alois sonrió al pensar en la sorpresa que se llevaría Hendrik.

Vio las cosas en el interior de la caja y mordisqueó su labio inferior. Iba a preparar algo especial.

Cerró la puerta de su celda y rápidamente se desvistió. Tomó un paño que descansaba al lado del lavamanos y lo humedeció. Limpió todo su cuerpo con la barra de jabón humectante, temblando de frío al enjuagarse con el paño y el agua fría de la llave.

Puto Hendrik.

Humectó su piel, suspirando de placer al sentir la cremosidad en su propia dermis, el aroma a miel y vainilla adhiriéndose a él. También se colocó ropa interior nueva y usó unas cuantas gotas de perfume en sus muñecas.

Tomó un suéter y un chaleco de la ropa de Hendrik, porque a diferencia de la ropa destinada a los reos, la de Hendrik siempre estaba bien lavada.

Se afeitó y peinó con la punta de sus dedos, observándose en el espejo y quedando satisfecho con su apariencia.

El sonido del guardia que entregaba las bandejas de comida lo hizo salir de la celda.

Tomó la bandeja de Hendrik y la propia, arrugando la nariz al ver la miseria de comida que le tocaba a los reos comunes ese día.

De regreso a lo suyo, acomodó todo lustrosamente sobre la única mesita que tenían, utilizando una sábana como mantel. Los cubiertos a los lados de los platos de plástico, su canastilla de mimbre con rebanadas de pan y dos vasitos plásticos, y la botella de Whisky al medio de la mesa.

Abrió dos latas de frutas en conserva y las vació sobre una fuente plástica, hundiendo dos cucharillas en ella.

—¿Qué más? —Frotó su mentón unos segundos y chasqueó los dedos al imaginar el detalle faltante para su velada.

Sacó un cepillo dental, una cajetilla de cigarros y un antitranspirante de su caja. Llegó a trote rápido a la celda del abuelo, un anciano medianamente importante de North Collan. Fue senador en su tiempo, antes de ser encarcelado por corrupción y malversación de fondos fiscales.

—Abuelo, necesito velas, dos copas y dos sillas —dijo con una enorme sonrisa.

El anciano arqueó ambas cejas y gruñó, tomando las posesiones que Alois le ofrecía.

—Una silla.

—Oh vamos... Por favor, es para Hendrik. —El hombre soltó un bufido y le señaló dos banquillos de madera viejos. Rebuscó entre sus cosas y le entregó un paquete de velas y el par de

copas dentro de una bolsa plástica—. Gracias, gracias.

Alois, con algo de esfuerzo, colgó la bolsa en su muñeca y tomó los banquillos encajados entre sí.

Podía escuchar a su propio corazón brincando por la emoción. Ahora Hendrik no podría decirle que no hacía nada por él.

Volvió a su celda con las mejillas ruborizadas por las burlas de otros convictos al verlo cargar los banquillos de madera. ¡No es como si fuera un debilucho!

—Y ya estamos —murmuró cuando finalmente terminó de acomodar todo. Posicionó las manos sobre su cintura y sonrió complacido con el resultado final.

Hendrik siempre volvía para la cena, era una promesa muda, o así le gustaba pensar.

Se sentó en un banquillo, encendiendo las velas y sin poder borrar la sonrisa soñadora de sus labios ante el reflejo anaranjado de las llamas sobre las copas.

Fue así como, esperando por Hendrik, el tiempo comenzó a pasar. Sus dedos golpeaban la mesa y su rostro se giraba de vez en vez a la puerta por la que Hendrik debió haber aparecido. Las velas se consumían frente a sus ojos y la comida lucía fría.

Bufó, pensando en que su dueño seguramente se había quedado más tiempo entrenando.

¿Por qué no podía tomarse unos cuantos días? No era como si los sacos de boxeo fueran a marcharse de la jodida prisión.

Cruzó sus brazos sobre la mesa, aburrido de esperar a que su dueño apareciera.

Nada, el bastardo no llegaba.

Tras lo que se sintió como una hora, Alois se colocó de pie, salió de la celda y miró en diversas direcciones. Algunos reclusos lo molestaron haciendo bromas sobre un perro esperando a su dueño. Simplemente los ignoró.

Al cabo de un buen tiempo, el guardia encargado pasó a buscar las bandejas de comida. Alois le indicó que Hendrik no había vuelto, por lo que entregaría los platos de ambos al día siguiente.

—De acuerdo, pero si mañana no los entregas, no tendrán comida.

—Sí, sí. Como sea. —Rodó los ojos y cerró la puerta.

La irritación comenzaba a abrirse paso en su cabeza.

¿Y si iba por él? No, eso era patético. Alois jamás buscaba a Hendrik en público. Aquello era una regla que él mismo se había impuesto para salvaguardar un poco su dignidad.

Dentro de la celda podía ser todo lo cariñoso e infantil que quisiera, arrimarse a Hendrik con insistencia sin esperar una caricia de vuelta, pero fuera de esta, lo trataba como si fuese otro recluso más. Al parecer a su dueño no le molestaba, ya que jamás le había reclamado por eso.

Se recostó en su cama, sus ojos fijos en la puerta mientras jugaba con sus dedos.

La llama de las velas se sacudía de un lugar a otro y Alois comenzó a sentirse vacío.

¿Cómo había dejado que su tranquilidad dependiera tanto de una persona? De una persona como Hendrik. Ese criminal que con manos de hierro había apretado el corazón seco de Alois

hasta trizar su capa y hacerlo sangrar. El criminal que Alois aceptaba y demandaba como su amo.

Seguramente todos los hombres que utilizó y botó en el pasado se reirían si lo vieran así, arrastrado y dócil por un desequilibrado que jamás llegaría a sentir lo que él sentía, a corresponderlo. Pero era algo que simplemente estaba fuera de su autoridad.

Cada fracaso con Hendrik le enseñaba algo nuevo, algo que necesitaba aprender. Cada día sentía las cadenas más tirantes y los grilletes más pesados. No podía escapar, Hendrik había puesto un collar de ahorque en su corazón y sentía que mientras más intentara escapar, más cerca estaría de asfixiarse, de morir en un intento fallido por apartarse de su dueño. Aterrador, porque Alois sabía que ese collar, que el poder que tenía Hendrik sobre él, lo había cedido él mismo como una ofrenda de lealtad.

Se despertó al rato, tallando sus ojos y con el cuerpo entero temblando por el frío.

¿Qué hora era? ¿Se había quedado dormido?

Se sentó en la cama, sin ver mucho debido a la poca luz. Los guardias de North Collan cortaban el suministro eléctrico de las mazmorras a medianoche, por lo que debía ser de madrugada.

—Mierda. —Rebuscó a tientas el pequeño reloj de mesa que había en algún lugar del suelo, al lado de su cama. Lo encontró luego de acostumbrarse a la oscuridad. Llegó hasta la puerta de la celda con su cuerpo medio adormilado, de la cual se filtraban restos de luz a través de la rendija—. No, no puede ser.

Las cuatro de la madrugada, observó en el reloj.

Corrió hasta la cama de Hendrik, palpándola con sus brazos levantados y comprobando que no se encontraba en ella. ¿Dónde estaba su dueño?

¿Y si le había ocurrido algo? ¿Y si finalmente se había visto superado y nuevamente habían atentado contra él? El recuerdo de cuando lo llevaron a la celda tras recibir dos puñaladas, lo atacó.

Inmediatamente, volvió hasta la puerta de su celda y comenzó a golpearla.

—¡Hey, guardias! —gritó, golpeando con sus dos puños—. ¡Abran la puerta! ¡¿Dónde está Hendrik?!

Su dueño no podía haber desaparecido. Él jamás había hecho eso antes y Alois no podía dejar de pensar en negro, en lo peor. Si algo le había pasado a Hendrik…, su mundo se quebraría.

Sus puños continuaron impactando sobre el metal una y otra vez. Su garganta se desgarraba en gritos, despertando a otros reclusos quienes le exigían que se callara.

Pasaron minutos eternos, con vaticinios funestos creándose en su imaginación.

—¡Alguien debe responderme!

—¡Silencio! —le respondió un hombre al otro lado, golpeando con su bastón retráctil la puerta—. ¡Vuelve a gritar y de la paliza no te salva nadie!

—¡No voy a callarme hasta que me digan dónde está Hendrik! ¡¿Qué le ocurrió?!

Impulsó su pie contra la puerta, lanzando patadas duras, ya que sus manos comenzaban a doler.

El corazón le latía a mil y la adrenalina ya se había apoderado de gran parte de su cuerpo. El miedo estaba consumiendo sus pensamientos. No saber qué ocurría lo desconcertaba y el terror implicado en la posibilidad de perder a Hendrik no lo dejaba razonar sanamente.

—¡Cállate!

—¡Hendrik! ¡¿Dónde está?!

—¡Que te calles!

—¡No! ¡Vete a la mierda! —Dio otra patada más—. ¡Hijo de puta! ¡Que me respondas! ¡¿Dónde está?!

Escuchó un murmullo cerca de la puerta y se colocó de puntitas para ver a través de la rendija. Vio a cinco gendarmes afuera de la celda. Retrocedió por inercia, buscando algo para defenderse. No encontró nada.

Los hombres abrieron la puerta, adentrándose tres de ellos y alumbrando a Alois con sus linternas. Alois entrecerró los ojos, cegado por el brillo de las luces que intentó evadir con sus manos.

—… ¿Dónde está Hendrik? —insistió, con su voz siendo un balbuceo débil.

—¿Por qué no gritas ahora, eh? —Uno de los hombres caminó hasta él con luma en mano y golpeando su hombro con ella.

Alois retrocedió, chocando con la mesa a su espalda.

No pudo prever el golpe, solo sintió el impacto en su quijada. La sangre no demoró en brotar de su labio roto.

Soltó un quejido e intentó cubrirse de los golpes que sabía que le caerían.

—Dale unos cuantos golpes para que deje de gritar —susurró con diversión uno de los bastardos.

Alois cayó de rodillas cuando un golpe impactó en su diafragma, haciéndolo perder la capacidad de respirar. Los músculos de su abdomen se resintieron por el golpe.

¿Dónde estaba Hendrik? ¿Por qué no estaba con él? Debía estar con él.

—*N-no*, ¿dónde está? —formuló con voz hecha un hilo roto, entrecortada por el dolor de los golpes.

Las primeras lágrimas no demoraron en aparecer, como una señal de su patético y vulnerable estado, de lo débil que era.

Gritó con aspereza cuando su cabello fue jalado con fuerza, haciéndolo levantar la cabeza. La respiración del hombre chocó contra su rostro y las náuseas instantáneas lo hicieron querer vomitar.

—Ah, mierda. Nadie me dijo que la perra de Stone era masoquista. —Una nueva bofetada le surcó el rostro—. Le decimos que se calle y nada. Hace lo que quiere.

—No respeta, el muy bastardo. ¿Y si lo llevamos a la celda de aislamiento?

Las risas morbosas y crueles martillaron en los oídos de Alois. Agarró las muñecas del hombre que jalaba sus cabellos, intentando soltarse.

—Sí, dejémoslo ahí unos días y no avisemos a nadie. Ya quiero ver la cara del puto de Hendrik cuando vea que su perra desapareció.

—¡No! ¡Que me sueltes! —Alois se removió, haciendo uso de todas sus fuerzas para que el hombre lo soltara, mas no fue suficiente.

—Joder, golpéalo para que se calle un poco. Este maricón chilla como una rata.

Sus pies se aplanaron en el suelo en un intento por colocarse de pie.

Las risas de los otros actuaban como motores de adrenalina, aterrándolo y enviando señales a todo su cuerpo para que intentara escapar de ellos.

Otro de los hombres llegó hasta él y dejó caer una patada sobre sus costillas. Alois bramó de dolor, sus huesos crujiendo por los golpes certeros en su delicada contextura.

—Siempre quise ponerle las manos encima a este maricón, pero con el bulldog de Hendrik…, *aah*, se me hacía difícil —jadeó entre palabras, pisando el cuerpo de Alois que yacía en el suelo.

Entre lágrimas recibió golpe tras golpe, sintiendo el desgarro de uno de sus hombros y el zumbido en su cabeza cuando un impacto cayó en la parte posterior de esta.

—Ya, pero no te excedas, que si lo matas tendremos problemas.

Gritó ante un agudo dolor, como nunca lo había hecho antes, cuando de un golpe le fracturaron la muñeca.

—Solo un poco más —siguió jadeando el guardia—. Tú sabes que yo odio a estos maricones.

—No, hombre. Ya está. Arrastrémoslo a la sala de aislamiento y si se muere, no es nuestro problema.

Alois tragó la sangre que brotó de las cortaduras internas en su boca. No sentía el cuerpo y apenas si pudo entornar los ojos al ver cómo era arrastrado como un animal por los pasillos de North Collan.

La fatiga lo venció, el dolor hizo lo suyo exigiéndole que cerrara los ojos.

Un último recuerdo lo hizo sonreír, y sintió lástima de sí mismo, de su propia ingenuidad...

—*No dejaré que nadie te ponga un puto dedo encima mientras lo seas.*

Oh Hendrik, bastardo mentiroso.

CAPÍTULO XIV

El frío invernal se colaba en sus huesos y el dispositivo de rastreo en su cuello se apretaba de manera insufrible. Vio la hora en su reloj y comprobó que ya había esperado bastante. Francesco seguramente ya había hecho lo suyo.

Estaba en un callejón de mala muerte, esperando oculto entre las sombras al momento en que Luciano Vetucci, un antiguo socio de Nicholas, se viera despojado de sus guardaespaldas bien armados.

Frotó sus manos entre sí, la fricción de su piel entregándole algo de calor. Subió el cierre de la chaqueta de cuero que se le proporcionaba cada que debía hacer aquellos trabajos para su mecenas. El collar que revelaba su condición de reo quedó oculto bajo el grueso cuero negro.

—Bien, aquí vamos —susurró por lo bajo con voz ronca.

Salió del callejón con las manos ocultas en los bolsillos de su chaqueta. No llevaba armas; si uno de los guardaespaldas de Luciano lo detenía para inspeccionarlo, portar una lo delataría y estropearía el plan. Seguramente también saldría herido con alguno que otro balazo.

¿Morir? No tenía tanta suerte.

Al entrar al hotel vio a la rubia recepcionista con la que se había registrado en una habitación anteriormente. Ignoró el descarado coqueteo de esta e hizo su camino hasta los elevadores. Las personas dentro lo observaron con algo de recelo, quizá su rostro atestado de veneno era la razón. Pero no le molestaba, pues todos siempre lo habían mirado así, como si fuese una bestia incontrolable a la que debían temer y odiar por igual.

No, no todos. Había un par de inocentes ojos azules que jamás lo miraban de esa forma.

Al salir del elevador vio a cuatro gorilas fuera de la habitación doscientos uno; él tenía la llave del cuarto contiguo. Las miradas de los hombres inmediatamente se colocaron sobre Hendrik, quien comenzó a caminar en dirección a ellos. No demoró en tener dos armas apuntándolo.

—Esta zona está reservada. ¿Quién eres y por qué estás aquí?

El ojiverde frunció el ceño y sacó la llave de su habitación.

—Uhm... Llevo aquí unos días, hospedándome. —Se encogió de hombros y levantó las manos, mostrando sus palmas desnudas—. Mira, amigo, no quiero problemas... Solo estoy aquí de paso, así que déjame ir a mi habitación, por favor.

—Revísalo —indicó uno de los hombres enfundado en un suntuoso traje negro.

Ocurrió tal como Hendrik predijo. Lo revisaron completamente entre dos gorilas, haciéndolo gruñir al sentir las manos ajenas tocar cada rincón de su cuerpo por encima de la

ropa.

—Está limpio. Puedes pasar, pero si se te ocurre hacer ruido o molestar, descargaré cada bala que tengo en tu cráneo —amenazó uno con su arma presionándose sobre la sien de Hendrik.

—Comprendo. No haré ningún ruido, solamente iré a dormir.

Ante la atenta mirada de los hombres, entró a su habitación.

Destensó sus hombros y cuello, frotando su nuca y mirando hacia el enorme ventanal que daba al balcón. Se sentó en la cama con parsimonia, donde descansaba una pequeña maleta plateada que dejó sobre sus piernas. Al abrirla se encontró con un par de guantes negros, los cuales se colocó con cuidado, y una conocida amiga. Tomó su revólver, colocando el cargador y quitando el seguro.

Hubiera sido tan simple como disparar, pero el bastardo de Nicholas quería a Luciano vivo para poder torturarlo él mismo. El trabajo de Hendrik era solo proporcionárselo.

Sus dígitos tronaron cuando apretó los puños. El flujo sanguíneo de su corazón se vio incrementado por la adrenalina que comenzó a hacerse presente. Ya había sido suficiente espera y no sabía cuánto tiempo Francesco podía entretener al vejestorio.

Esa era la verdadera relación de ambos y una de la cual Hendrik no podía prescindir. Era su compañero en los trabajos que Nicholas le designaba, un simple peón al igual que él.

Salió por el balcón tomando una medición mental de la distancia que lo separaba de la habitación junto a la suya. No era mucha, por lo que tomó algo de impulso con las piernas flexionadas sobre el barandal y saltó. Cayó de cuclillas, como un felino grande al bajar de un árbol.

Los ventanales estaban cerrados y las cortinas levemente corridas. Entornó los ojos y buscó la fisionomía de su víctima a través del cristal, y una sonrisa macabra se plantó en sus fríos labios cuando lo halló. Francesco se encontraba encima de Luciano, jugando y moviendo sus caderas sobre el hombre que lucía plenamente satisfecho con la vista.

Sacó una pequeña caja metálica del bolsillo de su chaqueta, donde guardaba dos pinzas especiales. Con el entrecejo junto y un amago de concentración, las introdujo en la cerradura del ventanal, buscando hacer el menor ruido posible.

El clic del seguro al ceder provocó que Luciano volteara su rostro.

—Mmm... Quizá los ángeles ya vienen por mí —coqueteó Francesco en un intento por volver a llamar la atención del hombre.

—Oh, ya lo creo. —respondió el otro con facilidad, regresando su vista al francés.

Hendrik esperó al momento oportuno. Cuando Francesco se removió para que Luciano quedara de espaldas al ventanal, se adentró rápidamente con la respiración contenida en sus pulmones. Los bíceps del brazo donde portaba el arma se tensaron cuando la alzó a una distancia suficiente para concretar el golpe letal en la nuca de Luciano, quien cayó inconsciente sobre Francesco.

—Joder —susurró el convicto francés, empujando a Luciano para poder removerse de la cama—. Te demoras un poco más y hubiera tenido que follármelo, imbécil.

—Ya cállate —reprochó Hendrik—. Tu pañoleta, dámela.

Francesco rodó los ojos y desató la pañoleta de seda negra que cubría el collar de rastreo en su cuello. La estiró en dirección a Hendrik.

—¿Cómo lo vamos a hacer para salir? Estamos en un maldito segundo piso —dijo el chico, colocándose de pie.

Hendrik amarró la pañoleta sobre la boca de Luciano en caso de que despertara; no quería gritos. Tomó uno de los cordeles que ataban las cortinas y con ellos maniató a su víctima. No creía que fuese necesario, pues aquel golpe lo mantendría inconsciente unas cuantas horas, pero no iba a arriesgarse.

—Yo saltaré y me lanzarás el cuerpo —fue lo único que respondió. Pensó que seguramente el peso de Luciano lo haría caer de espaldas y terminaría con algún desgarro, pero era la única opción que en ese momento podía sacarlos de allí sin provocar una masacre.

—¿Es una maldita broma? Creí que te ibas a encargar de los guardaespaldas.

—Así será más fácil.

—Pero…

Hendrik apretó la mandíbula y se colocó de pie con su arma apuntando en dirección a Francesco. El único motivo por el cual lo soportaba y le cedía ciertos privilegios era porque el hombre le servía para situaciones como esa. Francesco era el único reo en North Collan al que podía usar como cortina de humo en los trabajos que Nicholas le encargaba. No se ponía nervioso ni cometía errores, simplemente hacía todo lo que Hendrik ordenara. Sería perfecto, si no fuera porque tenía esa maldita costumbre de abrir su boca a cada instante.

—Guarda silencio o apenas salgamos de aquí, tendrás un agujero en la cabeza.

El francés no opuso queja alguna. Sabía que Hendrik no bromeaba, y si bien el hombre podía ser condescendiente con él, no iba a arriesgarse.

Concretaron el plan siguiendo las instrucciones que Hendrik iba dando y entre los dos llevaron a Luciano hasta el balcón. Hendrik bajó con rapidez, afirmándose de las paredes y los recovecos en estas. Sus botas militares sonaban ásperas contra las murallas, con la pintura del hotel descascarándose bajo estas.

El frío de sus dedos congelados lo hizo apoyarse mal y, sin remedio alguno, cayó al suelo poco antes de poder hacer un descenso victorioso. Francesco tiró de sus labios en una sonrisa burlesca al verlo, y Hendrik realmente quiso dispararle.

Le hizo gestos con la mano para que le lanzara el cuerpo de Luciano de la baranda del balcón desde donde se encontraba con las piernas hacia afuera y la mitad superior del cuerpo siendo sostenido por el francés. Francesco lanzó lentamente el cuerpo, ejerciendo toda la fuerza posible para aminorar el impacto y supo que fue suficiente cuando el hombre cayó sobre Hendrik. Si él hubiera sido menos obeso, quizá hubiera resultado menos complicado.

Con Francesco abajo y Luciano sobre su hombro, Hendrik dio por concretado su trabajo. A pocas calles de distancia se encontraba la camioneta blindada de su mecenas.

—Vamos —demandó.

Ya había cumplido con su trabajo. Lo que ocurriera con los hombres que le entregaba a Nicholas no era su asunto. Solo quería volver a North Collan y que le sacaran el maldito collar.

◆ ◆ ◆

El camino de regreso tomó dos largas horas. El cielo se teñía en las tonalidades brillantes del alba mientras el sol aparecía lentamente, indicando que por primera vez en días, habría algo de sol.

La irritación picaba en sus dedos por desquitarse con algún desafortunado. De cualquier forma, no pensaba hacerlo; la prisa que sentía por volver a su celda y hundirse en ese tibio cuerpo pequeño era por mucho superior.

Al entrar vio a algunos reclusos, aquellos ingenuos que creían que por levantarse primero obtendrían algún beneficio. Hendrik simplemente los ignoraba y se mofaba en su interior. En un lugar como ese, el único beneficio al que se podía apelar era a una muerte rápida e indolora.

Caminó por la prisión con los párpados pesados, frotándose el cuello. Realmente necesitaba algo de sueño o esa noche no estaría en sus cinco sentidos para las peleas. Lo único bueno, y por lo cual podía relajarse, era que los peleadores designados eran mierda musculosa. Nada por lo que preocuparse.

Ley, por otro lado, seguramente estaba igual que él. Había tenido su primer encargo y Hendrik deseaba fervientemente que lo hubieran asesinado en lo que intentaba concretar su misión. Le había tocado un ministro, hermano de Luciano, al parecer, también enemigo de Nicholas.

Si Hendrik no tuviese tantos enemigos como los que tenía, le hubiera sorprendido la facilidad con la que su mecenas encontraba disidentes.

De repente, la expresión vagamente relajada y agotada de su rostro desapareció al ver a uno de sus hombres fuera de su celda. Temblaba y se jalaba los cabellos mientras miraba hacia el interior.

Hendrik no demoró en comenzar a correr, sintiendo un ardor punzante en su pecho y como la sangre de su cuerpo era drenada. No habló con el hombre, simplemente lo empujó para adentrarse al lugar donde su corderito debía estar. Donde debía estar durmiendo, sano y seguro.

Ahogó una bocanada de aire al ver la sangre en el pavimento. Paseó sus ojos por todo el lugar, encontrando que la comida estaba tirada en el suelo, que había un banquillo de madera roto y que los vidrios de una botella estaban esparcidos por todos lados, mezclando el aroma del whisky con el de la humedad.

Se paralizó con miles de pensamientos sin rumbo fijo vagando por su cabeza. Miraba la escena frente a él con ojos perdidos, la sangre en el suelo volviendo a cada segundo para ser el centro de su atención. ¿Qué era esa opresión en su pecho? ¿Por qué demonios comenzaba a tener frío?

Y Hendrik, quien desconocía tanto del corazón humano, simplemente se perdió. Se halló confundido por la abrumante cantidad de emociones que comenzaban a manifestarse rebeldes en él, tal como un hombre cuya vida entera había transcurrido en una caverna oscura y de un momento a otro era expuesto a una nociva luz cegadora.

—Hendrik —la voz de Zev se escuchó a su espalda—. Fueron a buscarme. Algunos de los reos escucharon lo que ocurrió anoche y me contaron lo sucedido.

Parpadeó, aturdido. No podía dejar de ver la sangre en el suelo, como un imán escarlata a sus ojos esmeraldas. ¿Qué hacía aquel valioso líquido bermellón en el suelo? Una sola gota de esa sangre valía más que todas las almas de esa maldita penitenciaría.

—Al parecer no le informaron a Alois que no llegarías y... se despertó en la madrugada. —Zev no supo cómo continuar, podía apreciársele aterrado de convertirse en el recipiente de la ira del emperador—. Entró en una especie de crisis de pánico... y los guardias decidieron amonestarlo.

—¿Amonestarlo? —preguntó, soltando una risa.

Las imágenes de lo ocurrido se presentaron en su cabeza, tortuosas y demenciales. Era como si pudiera verlo con sus propios ojos, estar presente en el momento en que esos bastardos abusaban de su aniñado chico. Los gritos de Alois se enraizaron en sus oídos, clamando por él, y las risas crueles de los gendarmes lo hicieron retorcerse en su lugar.

La sangre dejó de llegarle al corazón y en su lugar solo hubo lava.

—Le pregunté a los guardias y nadie sabe dónde lo llevaron. —Zev se rascó la nuca y soltó un suspiro exasperado. Nadie quería imaginar la calamidad que se levantaría sobre North Collan si algo le ocurría a su protegido.

Hendrik bajó la vista al suelo y toda su ira salió disparada en una carcajada rasposa y alta. Los presentes temieron por sus vidas, porque Hendrik jamás reía.

El rizado sacudió su cabeza en negación, ignorando a su alrededor y limpiando las lágrimas de las esquinas de sus ojos que brotaban debido a la risa, la cual también hizo temblar levemente a sus labios.

—Esto... —suspiró—. Dios, esto va a ser tan divertido.

Inhaló profundo por la nariz, su caja torácica hinchándose.

Hendrik nunca había disfrutado asesinar. Era algo simplemente necesario para sobrevivir, el recurso que se le entregaba para mantenerse con vida en aquel putrefacto mundo de alimañas. Le gustaba el poder que se le confería, mas no era un sádico que gozaba al ver como los hombres respiraban por última vez. Al menos, así fue hasta ese momento, ya que, por primera vez, sintió el dulce placer embriagarlo al saber que tomaría en sus manos las vidas de esos hombres.

Las ideas de tortura pasaron traviesas por su cabeza. ¿Cómo empezaría? ¿Iría directamente por los huesos o mejor desgarraría sus miembros? Uno a uno...

—¿Dónde está? —preguntó cuando el raciocinio volvió a él. Lo primero era recuperar a Alois.

—Iremos de inmediato a buscar…

—¡Lo tienen en aislamiento! —gritó cierto rubio. Sus ojos estaban empapados en lágrimas y Noah, junto a José, lo acompañaban—. Uno de los hombres de limpieza vio cómo lo arrastraban hasta las celdas de confinamiento solitario.

Hendrik hizo crujir sus vértebras cervicales en un movimiento rápido de cabeza y, girando

sobre sus talones, salió de la celda.

No estaba enojado, aquella palabra no abarcaba todo lo que invadía su interior en ese momento. Si el diablo había creado la maldad, entonces Hendrik comenzaba a crear algo muy superior a eso.

Todos en la prisión lo presintieron, el infierno próximo a desatarse. No era secreto que el recluso Alois Thompson era el protegido del emperador, tampoco era secreto que las manos que se atrevieran a tocarlo sufrirían un fatídico destino.

Y el rumor ya se había expandido… Habían robado al amante del emperador.

Con los gritos de Alois torturando su cabeza, Hendrik atravesó los pasillos de North Collan. Nevin, Zev y unos cuantos hombres más lo seguían. Nadie hablaba, lo único audible eran los suaves sollozos del rubio, reprimidos por la mano que sostenía sobre su boca.

Llegaron a la zona apartada de las celdas de aislamiento donde una enorme reja metálica las separaba del resto del pabellón. Eran espacios diminutos, cajas de confinamiento donde los reclusos apenas si podían sentarse con las piernas flectadas. Nadie quería caer ahí. El aroma era pestilente a orines y restos fecales. La humedad era aplastante, sórdida, ya que apenas se podía respirar sin vomitar.

Dos hombres armados se encontraban resguardando la entrada. Sus cuerpos se tensaron al ver al recluso Stone acercarse. Uno de ellos lució pronto a orinarse en los pantalones al ver como el emperador de ojos verdes sonreía fuera de sí.

—N-no, no pueden es-estar aquí —balbuceó uno de los hombres.

—Vengo por lo que es mío. Abran la puerta.

Se miraron entre ellos. Las órdenes eran claras, nadie podía pasar a las celdas de aislamiento, pero, nuevamente, Stone era un caso especial.

—¿A qué vienen? —se envalentonó a preguntar otro de los gendarmes, apuntando su fusil en dirección al recluso.

Quizá si no estuvieran tras las rejas no fueran tan valientes.

—Ya lo dije. Vengo a recuperar lo que es mío, a Alois Thompson.

Uno de los hombres, de cabello claro y ojos azules, frunció el ceño y caminó hasta la lista de reclusos confinados. Buscó con la mirada el nombre dicho y negó con la cabeza al no encontrarlo.

—No hay nadie aquí con ese nombre.

Hendrik sintió un tirón en una comisura de sus labios. Sonreía cada vez más.

—Por supuesto que sí. Testigos vieron a otros guardias traerlo en la madrugada. Ahora…, ¿van a dejarme entrar o no? —Los escuchó murmurar entre ellos y, luego de informarle que necesitaban un permiso superior para permitirle la entrada, los vio desaparecer. Volvieron a los pocos minutos, Hendrik prácticamente podía apreciar el alivio en sus facciones—. ¿Y bien?

—Puedes pasar. Solamente tú, el resto se queda fuera.

El chirrido metálico de la reja al ser abierta picó en sus dientes. Su cuerpo estaba tenso, expectante de lo que ocurriría.

Los hombres le dijeron algo sobre revisar en las celdas donde no había reclusos asignados. Hendrik permaneció en silencio en todo momento. Aun así, su corazón se detenía cada vez que abrían una puerta y en el interior de los calabozos no había nada. Fue en la quinta puerta, cuando escuchó el jadeo sofocado del guardia que abrió esta, que supo había encontrado a Alois. Lanzó al hombre lejos de un solo empujón y en solo tres pasos estuvo frente a la imagen que perversamente había torturado sus pensamientos. Su rostro se deformó y un peso de plomo se dejó caer sobre sus hombros cuando lo vio.

Su corderito, aquel coqueto e inofensivo chico de ojos añil, se encontraba en el suelo encogido como un animal herido, a la espera de su inminente final. Sus ropas estaban mojadas y su cuerpo convulsionaba en pequeños espasmos por el frío.

Hendrik no pudo caminar hasta estar cerca de él. Todo su valor e ira desapareció de golpe, dejándolo vacío. La angustia y una desolación lacerante fue lo único que tuvo lugar en su cuerpo. Sentía que no respiraba, que los latidos de su corazón disminuían alarmantemente.

Hendrik tuvo que admitir su condición humana y bajar de su altar, por primera vez.

—Alois —susurró con voz cauta.

Cerró los ojos y botó el aire retenido en su pecho cuando no hubo respuesta.

Podía sentir las heridas de Alois en carne propia como un castigo, todas alojándose en su músculo cardiaco.

Dio un paso y otro, dejándose de caer de rodillas para tomar al pequeño y lastimado chico entre sus brazos.

El rostro de Alois era una composición caótica de cardenales y sangre seca. Una de sus manos estaba hinchada y amoratada. Hendrik tuvo que tragar saliva para evitar el escozor de la parte posterior de su garganta.

Y realmente no estuvo preparado para que Alois abriera los ojos y lo mirase con aquel océano en el que Hendrik siempre terminaba perdiéndose, el único piélago donde podía encontrar la redención de su miserable alma.

—Ho-hola, He-… Hendrik.

—Hola, corderito. Ya estoy aquí —le dijo colocándose de pie, cargándolo como a una novia y apegándolo a su cuerpo. La cabeza de Alois descansó sobre su hombro, y todo el tembloroso cuerpo del muchacho se sintió como un peso muerto en sus brazos—. Vas a estar bien.

Alois soltó un quejido de dolor cuando Hendrik comenzó a caminar. Se mantuvo consciente de lo que ocurría a su alrededor con esfuerzo sobrehumano. Vio unos cuantos rostros que no pudo distinguir, pero aquella cabellera rubia platinada hizo que quisiera sonreír. No pudo hacerlo, las heridas internas de su boca se lo impidieron.

—Joder... —murmuró Zev, jalándose el cabello con una mano—. Malditos hijos de puta.

Hendrik no respondió, en su cabeza el único pensamiento era llevar a Alois a la unidad médica y hacer lo que fuera necesario para que lo trataran. El peso ligero de Alois en sus brazos hacía que le temblaran las manos. Su dócil corderito se arrimaba a él, respirando con dificultad.

Jamás había sentido nada similar, era un completo novato en lo que respectaba a emociones y estaba atormentado por la cantidad de cosas que lo invadían.

—He-Hendrik —susurró Alois con voz áspera y desgastada. El emperador no contestó, temía que le temblara la voz—. Yo... hi-hice… —Tomó aire, dándose fuerzas para continuar. Hendrik quiso decirle que se callara, que no se esforzara, mas no pudo pedírselo—. Hice... una cena.

—Lo sé.

—Para... los dos. —Los jadeos agotados de Alois entre palabras eran desgarradores—. Para no-nosotros.

Nevin lloraba audiblemente tras ellos, aferrándose a Zev con sus dedos crispados.

Hendrik caminaba a paso rápido para llegar a la unidad médica, pero aun cuando habían sido solo unos minutos de travesía, para él se sintieron como inexorables años.

—Con... velitas y… —Bramó de dolor cuando su muñeca rozó el pecho de Hendrik—. Usé… Usé pe-perfume.

—Lo sé. —Hendrik apretó su mandíbula con tanta fuerza que sintió sus dientes molerse.

Cada palabra de Alois le atravesaba la piel como un hierro caliente.

—Me puse... —Soltó un último suspiro mientras sus dientes castañeaban por el frío, su último esfuerzo antes de caer una vez más—, lindo... para ti, mi… mi du-dueño.

◆ ◆ ◆

Hendrik armó un verdadero infierno al llegar a la unidad médica. Exigió entre gritos encolerizados que atendieran a Alois y quiso lanzar más de un golpe al ver como lo sacudían sin cuidado. ¡¿Cómo no entendían que podían romperlo?!

Zev intentó calmarlo con palabras apaciguadoras, pero Hendrik ni siquiera le prestó atención. Todos sus sentidos estaban alertas en Alois, en su respiración, en las heridas de su cuerpo que el médico dejaba expuestas a medida que lo desvestía completamente. Un enfermero le sostuvo una muda de ropa limpia al lastimado recluso a la espera de las indicaciones del médico.

Nevin no aguantó mucho y abandonó el lugar a los pocos minutos. Zev lo acompañó, asegurándole a Hendrik que volvería pronto.

—¡Que tengas cuidado, hijo de perra! —gritó Hendrik en un arrebato cuando, por un movimiento brusco, tocaron la muñeca fracturada de Alois.

El castaño despertó dando un quejido de dolor con las lágrimas agolpándose en las esquinas de sus ojos y el miedo retratado en sus hermosas y lastimadas facciones. Y Hendrik vio en rojo al médico, tal como un toro miraría al bastardo intentando clavarle lanzas en aquella inhumana práctica llamada tauromaquia.

Los gritos y súplicas de Alois lo estaban haciendo perder el juicio a medida que lo trataban. Salió incontables veces de la unidad médica, queriendo golpear las paredes y negándose a ello al recordar que necesitaba estar en una pieza para la pelea de esa noche. Y para su venganza.

Finalmente, y gracias a la anestesia que el médico usó debido a las amenazas mortales de Hendrik, Alois dejó de sentir algo de dolor.

No hubo necesidad de sacar radiografías, aunque tampoco tenían la tecnología para hacerlo. Igualmente, enyesaron su muñeca, trataron sus heridas y vendaron sus costillas. Su hombro dislocado fue colocado en su lugar y posteriormente inmovilizado con vendajes. Alois lloró, aferrándose a Hendrik cuando raparon la parte posterior de su cabeza, puesto que la herida abierta en su cráneo necesitaba desinfección y sutura.

El médico no dejaba de hablar y eso parecía marear a Alois, quien buscó con desesperación la mirada de Hendrik. Por su parte, el peleador mantuvo sus frívolos ojos en distintos puntos de la habitación, fingiendo oír las indicaciones del médico para la recuperación de Alois.

—¿Va a estar bien? —preguntó cuando Alois hubo cerrado los ojos, cedido ante la extenuación de su maltratado cuerpo y a causa de los medicamentos.

—Sí. Tendrá que permanecer en observación unos días, ya que no podemos hacer un escáner de su cabeza. —Hendrik observó a Alois extendido en la camilla como un muñeco roto a partes—. Necesito que le traigas mantas y ropa. No puede permanecer solamente con esa camiseta y en ropa interior.

—Bien. —Hendrik acomodó su cabello, y se acercó a Alois a pasos escamados—. Vas a estar bien.

—Sí.

—Volveré de inmediato con ropa y mantas.

Alois no respondió. Se encontraba demasiado agotado como para enunciar algún morfema en respuesta a las palabras de Hendrik. Aun así, no estaba enojado con su dueño, y aun si quisiera estarlo, le era imposible.

De ese modo, Hendrik se alejó, casi tan derrotado y tan herido como lo estaba Alois. Quiso expiarlo de toda culpa, pero sus labios no se abrieron mientras lo veía desaparecer.

Hendrik no estaba roto, solo le faltaban piezas; unos cuantos engranajes necesarios para hacerlo funcionar correctamente. Y Alois se estaba rompiendo inconscientemente en fragmentos para convertirse en las piezas faltantes de Hendrik, sin importarle que de sí mismo no quedara más que un rastro de polvo de estrellas.

◆ ◆ ◆

El emperador arregló todos sus pendientes con una tranquilidad fascinante. Llevó la ropa que Alois necesitaba y observó al enfermero mientras se la colocaba. Se cercioró de que las mantas fueran puestas sobre Alois, quien descansaba con una respiración dificultosa. Quería permanecer ahí y vigilar que nadie le pusiera un maldito dedo encima, pero no podía darse tal lujo.

Volvió a su celda y ordenó todo, dándose un tiempo para ver la caja que se le había entregado a Alois y leer la carta que un tal Ian había enviado. Acabó quemando aquel trozo de papel. No sabía quién era Ian, pero si pudiera... Si lo tuviese frente a él, probablemente los jodidos celos tomarían lo mejor de él y lo asesinaría con sus propias manos.

Se bañó en las regaderas, sin importar que el agua estuviese prácticamente congelada y que los músculos de su cuerpo se agarrotaran por ello. Durante ese tiempo, los pensamientos

maquiavélicos se estructuraron en su cabeza en un orden creciente en cuanto a importancia.

Cuando estuvo finalmente listo, se sintió renovado. Se dispuso a ejercer su jurisdicción en North Collan y demostrar lo que ocurría cuando se desobedecía a Hendrik Stone. Así, caminó hasta el área administrativa de la penitenciaría, siendo escoltado por algunos gendarmes como dictaba el protocolo.

Llegó hasta las afueras del despacho de Jhon Conread, el prefecto encargado de North Collan. Como era de suponer, el hombre lo recibió a través de su secretaria. Los escoltas no eran necesarios, porque tanto Jhon como Hendrik sabían que el reo no lo lastimaría, no mientras fuera innecesario.

En cuanto pudo, el rizado abrió la puerta con prepotencia. Los gendarmes tras él se colocaron a la defensiva inmediatamente, pero no pudieron proceder a nada para cuando la puerta ya estuvo cerrada delante de ellos.

—Entrégamelos —le exigió Hendrik con una voz peligrosamente tranquila.

Jhon rascó la barba de su mentón con las comisuras de sus agrietados labios hacia abajo.

—Sabes que no puedo hacer eso, Hendrik. Son cinco de mis hombres, levantará sospechas. Ya he tenido a más de un fiscalizador gubernamental y…

—Te lo diré una vez más… Entrégamelos.

—Hendrik, vamos. Sé razonable.

El ojiverde ladeó la cabeza e hizo sonar las vértebras de su cuello, intentando eliminar la tensión. Apretaba con tanta fuerza sus puños que las uñas se le enterraban en la piel.

Se sentó frente a Jhon, de piernas abiertas y con los ojos entrecerrados en dirección al techo. El hombre comenzó a sudar.

—¿Sabes qué se siente tener algo malditamente bueno por primera vez en tu vida y que alguien lo rompa?

—He-Hendrik, sé que estás molesto...

—No tienes ni puta idea. —Se acomodó en su silla, respirando pesado por la nariz—. Maldita sea que no te lo imaginas… Sus manos siempre están frías como si fuera una excusa para poder meterlas bajo mi ropa y calentarlas con mi piel. Y el tonto se me muere de hambre si no ceno con él, ¿puedes creerlo? Es casi una extorsión...

—Hombre, venga ya... Podemos arreglarlo de otra forma.

—Oh, sí. Además, tiene esa reacción tan mona… —Hendrik frotó su dedo pulgar contra los restantes de su mano, intentando encontrar las palabras correctas. Mantenía una sonrisa ladina con un hoyuelo a la vista, y sus ojos consumidos por un brillo vil no mostraron cordura alguna —. Se me pone todo coqueto el mamón. Le doy un beso y es como si le apareciera una colita imaginaria que mueve de un lado a otro. —La sonrisa en su rostro se borró. El recuerdo de Alois lo cegó, su cachorro mimado en esa fría camilla, llorando de dolor mientras el médico le examinaba las múltiples fracturas y hematomas. Sus ojitos azulados que siempre brillaban al mirar a Hendrik ahora estaban completamente opacos y sin vida—. ¿Sabes qué es lo divertido? Que prácticamente puedo imaginarlo. Seguro y el tonto ni siquiera se defendió. —Hendrik bajó la mirada y se inclinó en dirección de Jhon con los ojos enfermizamente abiertos y con una

sonrisa escabrosa—. Y no lo comprendo. ¿Te imaginas a esa cosita suave y llorosa siendo golpeada?

—Stone…

Hendrik golpeó su puño contra el escritorio frente a él.

—¡Pero lo hicieron! ¡Tus hombres han entrado a mi celda y han golpeado a mi maldito protegido! —Su voz fue un rugido amenazante. Estaba completamente fuera de sí.

La sed de venganza se propagaba por todo su cuerpo como nunca había ocurrido antes, e iba a obtenerla aun si debía romperle el cuello a cada guardia de North Collan.

—Actuaron m-mal y serán sancionados, Hendrik. N-no dudes de eso.

—No estás entendiendo, Jhon. —Hendrik se colocó de pie. Comenzó a caminar por la oficina con las manos en sus caderas y respirando jadeante por la nariz—. Si no me los entregas, asesinaré a cada uno de tus guardias. No dejaré a ningún maldito con vida... Aun si muero, te juro que volveré del infierno.

Jhon sabía que Hendrik no bromeaba y lo peor era que no poseía control alguno sobre las acciones del hombre. Su mecenas lo tenía cogido hasta de los cojones, y Hendrik sabía que si Jhon desafiaba la palabra de Nicholas, podía comenzar a despedirse de su vida y temer por la de su familia. Hendrik sabía que no podían matarlo o siquiera dañarlo. Al ser el peleador estrella de los torneos que tantas ganancias les proporcionaba a Nicholas y a él, no había manera de que le pusiera las manos encima por sus acciones.

El prefecto botó un suspiro y se repasó su canosa cabellera con los dedos.

—De acuerdo, pero necesito que después los quemes o algo, hazlos desaparecer… Habrá que culpar a alguien, ese es tu problema. No me importa a quién, pero debe haber alguien para culpar cuando vengan a fiscalizar por la baja de hombres. —El hombre apretó un botón del intercomunicador que lo conectaba directamente con su asistente—. Ya sabes qué hacer —murmuró hacia la persona al otro lado de la línea.

—Como usted ordene —sonó a través del altavoz.

—Me imaginé que esto podría pasar. Y contigo no se puede negociar, Stone. Los hombres estarán en las alcantarillas a medianoche, puedes ir por ellos después de tu pelea en el *under*.

—De acuerdo. —Repasó su dentadura interna con la lengua.

Ya podía sentir los huesos ajenos quebrándose bajo sus puños, la sangre desparramada en aquel pestilente lugar. Iba a disfrutarlo tanto.

Buscó la salida con los ojos y caminó hacia la puerta.

—Y, Hendrik… —El nombrado se detuvo, sin embargo, no se giró en dirección a Jhon—. Realmente lo lamento, y espero que el muchachito se ponga bien. Sabes que yo jamás haría nada para perjudicarte.

—Yo espero que no se repita, porque a la próxima vez no me conformaré solo con unos cuantos cadáveres.

CAPÍTULO XV

Los rugidos del público crearon ondas vibratorias en todo el lugar. El aroma del sudor y de la sangre se aunaba en el aire y entraba en las fosas nasales de los espectadores. La voz del réferi indicando a los ganadores y perdedores de cada round se alzaba por el resto y producía oleadas de adrenalina cada que gritaba el nombre de los indiscutibles campeones.

Hendrik secó el sudor de su frente, escupiendo al suelo la sangre que brotó de las cortaduras internas en su boca. El hombre frente a él, un peleador de Brasil del cual Hendrik había escuchado varios rumores, sonreía. No había esperado la participación de un rival digno esa noche, Nicholas iba a tener que darle explicaciones.

El árbitro indicó que podían continuar la pelea, y Hendrik hizo oscilar sus hombros y levantó los puños en defensa, preparado. Cuando su contrincante se abalanzó contra él con un juego de patadas bajas y rodillazos, Hendrik conectó un golpe en el diafragma del hombre. El público gritó su nombre.

Esquivaba algunos golpes, recibía otros, pero el destino de esa pelea ya estaba escrito. Hendrik iba a destrozarlo.

Cayó al suelo y se levantó de golpe, impulsándose con sus manos a los costados de su cabeza y curvando su espalda, sus piernas sirviendo de resorte. Giró sobre su eje y con una pierna a la altura de su pecho, lanzó una patada que encajó directamente en la quijada del contrario.

Pudo sentir como el aire que entraba a sus pulmones quemaba todo a su paso. Su cuerpo secretaba adrenalina y fuego, soliviantado por el sabor metálico de su propia sangre y por el dolor nimio de su cuerpo. Quería destrozar al hombre frente a él.

Lo tomó del cuello, alzándolo en el aire y haciéndolo caer sobre sus hombros. Se enredó en el cuerpo del brasileño en una llave y logró capturar su pierna izquierda. Las vociferaciones del público exigieron que terminara con la vida de su oponente.

Sonrió, sabiendo que por esa noche la corona seguía perteneciendo a su cabeza.

El bramido de dolor del hombre cuando le rompió una pierna fue la señal de que la pelea había terminado. Todos alabaron a su emperador, entregando sus pútridas almas al rey de aquel infierno. Hendrik alzó los brazos, rugiendo y girando en todas direcciones.

Vio a Ley en una esquina, aplaudiendo con ambas cejas enarcadas y una sonrisa complaciente. Hendrik quiso retarlo ahí mismo, acabar de una vez con los rumores que comenzaban a aparecer de que el oriental era incluso mejor que Hendrik.

—Bien hecho, Hendrik. —El réferi palmeó su hombro y bajó del ring.

Se vistió con rapidez mientras las felicitaciones de su mecenas a su espalda sonaban como un molesto zumbido. Sin responder, abandonó el sector apartado para los peces gordos.

Gruñó y golpeó a aquellos que intentaron acercarse a él. En ese momento solo había un pensamiento en su cabeza: venganza. Los escalones que conducían a la salida de aquel antro se le hicieron eternos, quizá por la ansiedad de saber que cada segundo que pasaba era un segundo menos que podía usar torturando a esos bastardos.

Vio a Zev fuera de las puertas que guiaban hacia el *under*. Sostenía un cigarrillo en la boca y su esculpido torso estaba al desnudo y sudado. Esa noche también había peleado, llevándose dos vidas con sus manos.

—Ya están ahí —masculló calmadamente.

Hendrik asintió y vio la venda en el tobillo de Zev. Gruñó por lo bajo.

—Tu pie —exigió saber. No era normal en él preocuparse por otros.

Uno de los peleadores que luchó contra Zev, al verse humillado por este y en un acto de desesperación, agarró el pie del príncipe desde el suelo y lo desgarró con sus dientes por encima del tobillo cual caníbal. Era la primera vez que se veía algo así, pero seguramente no iba a ser la última.

—Nada de lo que preocuparse. Vamos. —Hendrik no insistió.

El camino hacia las alcantarillas fue en completo silencio por parte de Hendrik. Zev le comentaba algunas cosas de la prisión, algunos ajustes de cuentas que debían hacerse y cobros de insumos que el emperador dio en su momento a algunos súbditos. También le informó sobre los preparativos para la realización de la fosa, a lo cual Hendrik escuchó atentamente. Zev siempre era el primero en enterarse de todo respecto a los sórdidos juegos que sus mecenas creaban para ellos. Uno de esos era la fosa.

No era un simple torneo de los bajos mundos, era una guerra de supervivencia animal. Zev no participaba, Reynolds sabía que su peleador no tenía posibilidades si Hendrik se presentaba, y el emperador estaba lejanamente agradecido de no tener que asesinar a su compañero.

La fosa se realizaba una vez al año en una locación secreta fuera de North Collan. Los peleadores luchaban en una fosa de tierra como si fueran gladiadores de la antigua Roma con armas otorgadas a capricho de los mecenas y con un solo vencedor, un único sobreviviente. Hendrik había peleado dos veces, ambas resultando victorioso.

Se sospechaba que Nicholas estaba aplazando su enfrentamiento con Ley para hacerlos pelear a ambos en la fosa. No era idiota, Nicholas no necesitaba dos peleadores, y si los mantenía era para obtener algún gran beneficio de ello. La reputación de Ley crecía cada día y seguramente muchos apostarían a favor de él cuando les tocara enfrentarse en la fosa. Lo único que Hendrik no sabía era por quién apostaría su mecenas.

Hendrik vio a sus hombres fuera del umbral que conducía hacia las alcantarillas. Recibió sus guantes de castigo, aquellos trozos de tela en cuero con nudillos metálicos que usaba para castigar a los súbditos que osaban a desobedecerlo. También tomó el fierro con punta oxidada que Zev le ofrecía y remojó sus labios, colocándose una pañoleta negra por encima del tabique nasal que cubrió la mitad de su rostro.

Respiró por última vez el aire húmedo antes de descender a aquellas cloacas podridas.

—Ahí están. —Zev señaló a cinco hombres encapuchados. También cubría su rostro.

—¿Encontraste un chivo expiatorio? —preguntó Hendrik en dirección a su compañero.

—Sí. Tranquilo, que el príncipe lo tiene todo cubierto. Tú solo diviértete.

El paladar de Hendrik cosquilleó cuando pasó la punta de su lengua por él. Poco importaba el tóxico olor de aquel lugar, todo su cuerpo vibraba de la emoción. Ver a los guardias con grilletes en los pies y de manos atadas, igual como había estado él tantas veces, le daba una sensación de placer enfermizo.

—Hm. Vaya, ¿qué me han dejado aquí? —Hendrik caminó alrededor de los hombres, sacándoles las capuchas de sus rostros uno por uno. Sintió el aroma del miedo emanar por sus cuerpos, los temblores en los que se retorcían.

Detuvo sus pasos, quedando frente a uno de ellos. El rostro gordo y lloroso de este lo hizo curvar sus labios en una sonrisa tan amable como aterradora.

—Y-yo, yo no lo golpeé, lo juro. P-por favor, perdóneme la vida —suplicó en un balbuceo.

Hendrik no escuchó sus palabras. Su cabeza viajaba de vuelta en el tiempo, al momento en que vio a su corderito, cuando Alois se arrimó a su pecho buscando ser protegido por él.

—Voy a contarles una historia… Es una maldita mariconería, pero espero que escuchen en silencio o tendré que cortarles la lengua. —Retomó su camino, con la vista fija en el suelo donde el fango se incrustaba en sus botas militares—. Hace mucho tiempo, el diablo convenció a Dios para que una vez cada mil años le enviara uno de sus ángeles. Prometió que si una de esas divinas criaturas descendía al infierno, él dejaría libres las almas de mil hombres; una por año. Y Dios aceptó ciegamente, pero no quiso ser quien decidiera qué ángel descendería y sufriría aquel tormento, así que reunió a todos sus querubines y les preguntó si alguno de ellos tenía el valor para tomar el lugar de un cordero de sacrificio. Naturalmente, nadie quiso, y fue entonces donde pensaron que lo mejor sería dejarlo a la suerte. Cada uno sacó una pluma de sus alas y decidieron que aquel que tuviera la pluma más pequeña, sería el desafortunado. La suerte escogió a un pequeño ángel de ojos turquesa para ser el cordero del diablo. —El recuerdo de Alois se hizo presente y no pudo evitar sonreír bajo la pañoleta—. El infierno lo quebrantó con su maldita oscuridad; los demonios le cortaron las alas y lo cubrieron en lamentos. El desdichado ángel lloró mares de diamantes y creyó que moriría antes de que se cumplieran los mil años. El diablo lo reclamó en ese momento, hechizado por las pequeñas chispas de luz que su ángel dejaba al paso, resplandeciendo cada lugar en el que se encontraba. Pero el diablo no tenía ni puta idea de cómo tratar a un ángel…, así que lo lastimó. Se desesperaba al no poder tocarlo, porque sus manos estaban hechas para arrebatar almas y sus garras para lastimar a quien tocase. Pensó en deshacerse del pequeño ángel antes de enloquecer al no poder tenerlo; sin embargo, algo que los celestiales llamarían un milagro, ocurrió… Su pequeño ángel quiso ser tocado, aun cuando sabía que sería lastimado.

Recordó las primeras semanas, como todo era tan extraño y nuevo para él, y como no lograba comprender que sus acciones podían lastimar al chico nuevo.

—¿Pueden creerlo? Ese ángel quiso que el hijo de puta del diablo lo tocara. Es que era tonto el mamón. —Soltó una corta risa entre dientes—. ¿Y saben qué ocurrió? El infierno se congeló

en ese momento, justo cuando el diablo enterró sus garras en la tersa piel de su ángel por vez primera. Se sepultó a sí mismo en el acto, porque sin darse cuenta, mientras él tocaba al ángel, este lo tocaba a él… y nadie jamás había tocado al diablo. —Hendrik soltó un suspiro y se encogió de hombros—. Ahora... ¿Qué debería hacer el diablo si algunos de los demonios que habitan en el infierno lastiman al ángel que está aprendiendo a cuidar? ¿Qué castigo sería apropiado para quienes osaron robar las lágrimas de su querubín? —Hendrik presionó un dedo índice en el borde derecho de sus labios, rascando la pequeña comezón que se había instalado ahí. El silencio de los hombres era su respuesta—. ¿Qué opinas, Zev?

Su amigo se hallaba de brazos cruzados a la altura de su pecho. Se encogió de hombros y aun cuando Hendrik no podía ver su boca debido a la pañoleta, sabía que el hijo de puta sonreía.

—P-por favor...

Hendrik giró su rostro en dirección al hombre que le había hablado.

—Tengo una pregunta... ¿Qué les hizo pensar que podrían joderse a mi protegido y seguir con vida? —Realmente no lo entendía.

—P-perd…

—Oh, vamos. ¿Es lo mejor que tienes? —El hombre abrió su boca, pero no pudo hacer otra cosa sino romper en llanto—. Venga, maricón... ¿Es en serio? ¿Llorar? —Hendrik chasqueó con la lengua. El llanto de su víctima colmó su paciencia y en un acto despiadado, se abalanzó sobre él. Apretó la garganta del hombre, estrangulándolo—. Zev, córtale la lengua —ordenó.

—Como gustes. —Zev sacó una navaja que guardaba celosamente en un bolsillo de su viejo pantalón deportivo y se acercó a Hendrik.

El gendarme se resistió, ganándose un rodillazo en las costillas que lo hizo caer al suelo. Hendrik se colocó tras él, sostuvo su cabeza y golpeó su quijada reiteradas veces con los nudillos metálicos de una mano, provocando que se moliera y dislocara.

—Ya. Ahora sí, córtale la puta lengua. —Lo sostuvo con fuerza mientras Zev tomaba el órgano muscular del hombre y enterraba su cuchillo en él. Torció el cuchillo en un movimiento limpio, cortando la carne del hombre que pronto comenzó a retorcerse en el suelo. Se colocó de pie y mostró la lengua a Hendrik antes de soltarla en uno de los pozos de restos fecales.

Los gritos llenaron las cloacas. Los otros gendarmes suplicaban, ofrecían lo que no tenían y aullaban como ratas al fuego.

—¿Saben que Alois terminó con dos costillas rotas? —preguntó con calma y mirando al que sería el siguiente en sufrir. Se acercó con paso sigiloso, saboreando el rostro de pánico del hombre—. Con lo que le gusta montarme. Me han jodido toda la puta diversión.

—No te olvides de la cena.

—¡Verdad! —Hendrik apuntó a Zev con su dedo índice y asintió con la cabeza—. Ya... Es que esto es lo divertido. Vale, mi cordero se ha puesto bien mamón, ¿saben? Le gustan todas esas mariconerías románticas. —Zev rodó los ojos, y Hendrik hubiera jurado con sangre que su hermano estaba recordando a cierto rubio que incluso le hacía recordar fechas tan estúpidas como la vez que se dieron su primer beso. Hendrik solía burlarse de él, ya no—. Y al parecer quiso hacerme una maldita cena romántica. A mí...

—Con velitas —mencionó Zev, agregando leña al fuego.

—Con velitas —repitió—. Si es que me lo imagino y todo, emocionado como un puto maricón mientras ordenaba nuestra celda y se ponía como a mí me gusta. Pero yo no pude llegar... Tuve un pequeño inconveniente. —Hendrik se encogió y tomó por los hombros al hombre que había estado mirando. Lo hizo doblegarse en el suelo de un rodillazo en el abdomen. El hombre sintió su respiración cortada a través de su garganta—. El problema es que ahora me he quedado sin cena… y con mi maldito cordero a medio morir. —Hendrik conectó su puño en la nariz del hombre, rompiéndosela y haciéndolo caer de espaldas—. Y estoy muy molesto.

—¿Necesitas algo?

—El fierro y una navaja. Vamos a hacer esto bien, ¿de acuerdo? No quiero que mueran antes de tiempo. —Señaló al hombre con el rostro cubierto de fango y sangre que seguía en el suelo, chillando por su lengua cortada—. O no estaré satisfecho con sus muertes y tendré que ir por sus jodidas familias, así como ustedes fueron por lo mío.

Zev le extendió la navaja a Hendrik, quien con un gesto de cabeza le indicó que sujetara al guardia. El moreno obedeció y lo hizo caer de espalda al suelo con una patada de costado.

—Todo tuyo. —El ojiverde se sentó a horcajadas del hombre mientras Zev lo sujetaba por los brazos. Las otras víctimas intentaban desesperadamente soltarse de sus cadenas—. Voy a necesitar una ducha y una buena mamada después de esto.

—Bueno, igual y le pones una correa a tu perra que hoy lo vi muy coqueto con Heinz —se mofó de su compañero mientras levantaba la camisa del guardia, dejando su torso descubierto.

—Ya, humorista y te mueres de hambre, bastardo —gruñó el otro en respuesta.

Hendrik soltó una risilla mientras sus verdes brillantes permanecían sobre la piel del hombre retorciéndose bajo él.

Deslizó su cuchillo hasta que la punta quedó sobre la zona torácica. Lamió su labio inferior cuando una sonrisa mordaz se le dibujó mientras enterraba el cuchillo, sus dedos apretándose al puñal y su brazo ejerciendo presión sobre la carne mutilada. La enorme incisión dejó a la vista las costillas del hombre y Hendrik soltó la navaja para hundir sus dedos enguantados en el río de sangre y órganos del agonizante guardia. Crispó sus dedos alrededor de una costilla y con un gruñido hastiado le exigió a Zev que sujetara mejor al bastardo. Cerró los ojos, llenándose los pulmones de aire y tensando la muñeca para jalar aquel hueso torácico.

Arrancó un total de cuatro costillas del pecho del hombre y sonrió al ver como la luz se apagaba en sus ojos debido a la hemorragia. Se inclinó hacia adelante, lo suficiente para poder susurrarle al oído:

—Cuando llegues al infierno, dile a mi impostor que Hendrik Stone le manda saludos.

Se colocó de pie y miró a los desafortunados que esperaban su turno. Algo le decía que esa noche tampoco dormiría.

◆ ◆ ◆

Alois despertó dos días después. Tenía una intravenosa en su antebrazo y sentía todo el cuerpo de plomo. Agitó las frondosas pestañas que abrazaban a sus ojos y lentamente logró

acostumbrarse a la luz.

No recordaba mucho, solo vagas imágenes de los golpes recibidos por esos gendarmes y a Hendrik llevándolo a la unidad médica.

Intentó girar su rostro, pero no tenía las fuerzas necesarias. Su garganta estaba inflamada, por lo que alzar la voz tampoco era una opción. Gracias al cielo, no tuvo que esperar mucho, ya que un médico con el que se llevaba bastante bien lo vio mientras cruzaba por el lugar.

—Oh, despertaste. Bienvenido al mundo de los vivos. —El hombre se acercó a Alois y le dio una mirada empática—. Vaya que sabes cómo provocar caos, Alois.

—¿C-cuánto... dormí?

—Dos días, pero deberás quedarse aquí un poco más. —Alois iba a abrir la boca para preguntar por el único hombre que ocupaba sus pensamientos—. Y antes que preguntes, Hendrik sí ha venido a verte. Todos los días, de hecho. Ya tiene que estar por llegar.

—Gracias.

—No te preocupes. Voy a ir a ver si puedo conseguir que te preparen algo nutritivo de comer.

Alois quiso devolverle la sonrisa que le dio, mas le fue imposible, así que solamente lo vio alejarse.

No demoró en escuchar unos murmullos, y a los pocos segundos vio aparecer la imponente figura de Hendrik frente a sus ojos. Su hermoso y cruel dueño.

—¿Cómo te sientes? —preguntó el ojiverde, sentándose a un lado de la camilla.

Alois quiso preguntar por las ojeras bajo sus ojos, pero prefirió no hacerlo.

—Mejor —respondió en un suspiro.

La presencia de Hendrik lo hacía sentir menos miserable y alejaba el frío que intentaba arraigarse en el tuétano de sus huesos. No iba a decirle que el solo hecho de hablar le provocaba un dolor como el infierno en sus costillas.

—¿De verdad? Porque luces como la mierda.

Alois rodó los ojos y esbozó una suave sonrisa.

Usando los nuevos depósitos de fuerza que iba recuperando, estiró sus dedos sobre las mantas para acariciar el dorso de la mano de Hendrik. Fue un movimiento lento y sutil, pero sus mejillas igualmente se tiñeron de carmín por aquella íntima muestra de afecto.

Su dueño frunció el ceño con una sonrisa perspicaz desde la esquina de su boca que dejó a la vista uno de sus sensuales hoyuelos.

—Pequeña ramera, ni con medio pie dentro del cementerio se te quita lo coqueto.

—Y te encanta.

—Ya. Los golpes te dejaron tonto.

—Por ti.

—¡Joder! ¿Quién demonios eres tú, cabrón? —Hendrik ni siquiera intentó evitar la risa

ronca que brotó de su garganta.

Alois quiso imitarlo, pero se limitó a admirar la escena frente a sus ojos. Estaba dispuesto con todo gusto de volver a vivir todo ese martirio con tal de ver a Hendrik sonreír de aquella forma.

¿Cuánto tiempo llevaba ya en North Collan? Honestamente, había perdido la cuenta. La libertad ya no lucía tan dulce y su propio bienestar perdía importancia con cada día transcurrido. Seguramente si hablaba de eso con alguien más, le recomendaría un psicólogo. Alois no sabía hasta qué punto quería encontrarle una cura a su demencia.

—Tengo algo para ti, corderito. Si los golpes de esos hijos de puta no te mataron, esto sí que lo hace. —Su dueño se acercó un poco y, levantando los brazos por detrás de su nuca, jaló su suéter y la camiseta blanca que llevaba bajo este. Le mostró con un brío de orgullo su brazo, la sonrisa en su rostro era jactanciosa y arrogante.

El labio de Alois tembló al ver la tinta sobre la piel de Hendrik.

Una rosa… Hendrik se había tatuado una rosa, por él. La jodida rosa que él le dijo que se tatuara.

—¿Duele mucho? —Alois rozó el plástico transparente con un toque vacilante.

—¿Dolor? ¿Esa sensación aguda y punzante? —preguntó con sus ojos en un punto ciego, como si realmente estuviese pensando en ello.

—Sí —respondió a tientas.

Hendrik ladeó una sonrisa quedada. Presionó un pulgar sobre los blandos y tibios labios de Alois, quien acalló un pequeño gemido de dolor.

—Lo sentí una vez, supongo. Cuando te vi en el suelo de ese calabozo. —Alois pestañeó, incrédulo. Entreabrió los labios, atragantándose con un gemido—. Como te burles de mi mariconería, te boto los dientes de un golpe.

—Yo... Uhm. N-no sé. —No lograba ordenar las palabras en su cabeza. Había tanto que quería decir en ese momento, sin embargo, solo pudo balbucear estúpidamente—. Hendrik, yo…

—Ya, si te traigo tonto, lo sé. —Volvió a colocarse su suéter y le restó importancia con un encogimiento de hombros—. No tengo ni puta idea de cómo me lo hice. Anoche me emborraché con la botella de vodka de tu caja y cuando desperté ya lo tenía.

—¿Qué?

—Bueno… Tú estás medio muerto y ni en broma vas a poder tomar, así que le di un buen uso. —Una extraña irritación tomó su rostro—. ¿Qué? ¿Acaso era especial o algo? Porque si me dices que tiene que ver con ese Lian Ham o algo así, te juro que…

Alois tapó la boca de Hendrik con su mano. No quería pelear con él. Al menos, no tan pronto.

—Ian Hale. Es como mi hermano, y vendría siendo tu cuñado o algo así. —Hendrik rodó los ojos y abrió la boca, dándole un lametón a la palma de Alois—. ¡Hendrik! Eso es obsceno.

—Obsceno es lo que voy a meter en tu trasero cuando te den el alta —se burló este con un guiño que le llenó de cosquillas el vientre.

Alois definitivamente lo odiaba, demasiado. Lo odiaba tanto que ni siquiera podía pensar racionalmente y solo quería besarlo. Qué situación tan extraña.

—Por ahora —susurró, mirando la boca de Hendrik—, me conformo con que me des un beso.

—A saber qué tornillo se te zafó de tanto golpe, porque has despertado siendo un insolente.

Y Alois iba a responder, pero Hendrik lo silenció con un beso.

◆ ◆ ◆

Tres semanas después, Alois salió de la unidad médica con indicaciones de reposo. Nevin, Jack y Noah prácticamente armaron un carnaval de camino a la celda donde un gruñón Hendrik lo esperaba.

Que hubieran peleado un día antes de que a Alois se le diera el alta, era el motivo por el cual Hendrik no lo fue a buscar a la unidad médica. Lamentablemente, los celos del ojiverde eran imposibles de apaciguar y si se le había metido que Alois le coqueteaba al enfermero, nada podía hacer él para remediarlo. Alois pensó que quizá era una maldición personal lo que tenía con los enfermeros.

Sus costillas aún le dolían y necesitaban tres semanas más hasta estar completamente soldadas. Aun así, sabía que el dolor se prolongaría mucho más después de eso, incluso en su muñeca enyesada. Los medicamentos le ayudaban, pero el frío de las noches también hacía lo suyo y Alois pasó noches enteras sin poder dormir debido a sus dolencias. Quiso pedirle a Hendrik que se quedara con él muchas veces; sin embargo, sabía que su dueño no iba a ceder a cada petición suya, por lo que silenció su dolor y aguantó pacientemente.

Y ya estaba finalmente de vuelta en su pequeño oasis. Todo se encontraba como lo recordaba, a excepción del roto banquillo de madera que se encontraba bajo la mesa y un baúl viejo que había a los pies de la litera en donde Hendrik se encontraba recostado de brazos cruzados.

—¡Y aquí estamos! —exclamó Nevin entre aplausos—. Hola, Hendrik.

—Cállate, perra loca —gruñó este en respuesta, acomodándose de costado y haciendo al rubio rodar los ojos—. Dejen de armar tanto escándalo y salgan de mi puta celda o los boto a patadas en el culo.

—Pones una mano o pie en mi culo y te despiertas sin tu pequeño amiguito —desafió nuevamente Nevin. Hendrik se enderezó de inmediato con un gutural gruñido formándosele en la garganta, haciendo al rubio chillar y dar un brinco—. ¡Ay, que me orino, maricón! ¡No hagas eso!

Alois mordió su labio inferior para no romper en risa. Sus pobres costillas no lo iban a soportar.

—Ya. Vamos, Nini, que este necesita comerse el trasero de Alois o terminará con la polla atrofiada —soltó Jack palmeando el hombro de Nevin.

Noah se llevó ambas manos a la boca y, en un acto inteligente, abandonó la celda. Apreciaba demasiado sus testículos como para terminar siendo un eunuco.

Hendrik saltó de la litera, pero antes de que pudiera llegar a ellos, estos ya habían puesto en acción sus pies y corrían a pasos acelerados para alejarse de la celda.

Alois se colocó frente a Hendrik para evitar que este saliera persiguiendo a sus amigos. En los últimos días, los chicos habían comenzado a tomar un poco de confianza del rizado y si bien a él le encantaba, Hendrik no estaba muy de acuerdo con la familiaridad con la que lo estaban tratando.

—Solo estaban bromeando.

—Son unas putas insolentes y se les ha olvidado cómo deben tratarme. —Hendrik respiraba denso, notablemente enfurecido.

Alois colocó una mano sobre su pecho y ladeó una sonrisa coqueta al mismo tiempo que cargaba el peso de su cuerpo a un lado de su cadera.

—Yo no he olvidado cómo debo tratarte, dueño. —Su voz bajita y aguda, directamente sensual, fue un imán para los ojos verdes de Hendrik—. Te extrañé.

Hendrik bufó.

—Hmm, no me di cuenta. Como te la pasabas de puto fácil con el enfermero.

Alois retuvo el impulso de rodar los ojos, en su lugar, hundió su rostro en el pecho de Hendrik para inspirar hondo y deleitarse con el aroma varonil de su dueño. Las manos de Hendrik inconscientemente se posaron sobre sus caderas.

—De verdad te extrañé. Creo que me estoy volviendo loco. —Dejó un beso en la barbilla de Hendrik y sonrió al escucharlo ronronear como un gatito grande.

—¿No te lo había dicho? Mi demencia es contagiosa.

—Entonces, estamos a mano.

Hendrik se apartó con una ceja levantada y un amago de confusión en el rostro.

—¿Por qué lo dices?

—Yo también tengo una enfermedad que se contagia, Hendrik.

—¿Qué? ¿De qué mierda estás hablando ahora, pedazo de zorra malparida? ¿Qué puta enfermedad tienes?

—Estoy enfermo de amor y pronto lo estarás tú también.

—Oh, hombre... Que ya extrañaba tus mariconerías cursis. Ven aquí, puto coqueto. —Hendrik hundió sus dedos en los glúteos de Alois y con una delicadeza desconocida para él, lo apretó contra su pecho.

Sus labios no demoraron en encontrarse en un apasionado beso que ambos necesitaban, y que ambos querían. Alois finalmente se sintió como si hubiese vuelto a casa, a los brazos de su dueño.

CAPÍTULO XVI

North Collan a veces parecía tener vida. Un leviatán que se devoraba las almas que el diablo le proporcionaba y que rugía de gusto al ser bañado en sangre. Hendrik no odiaba North Collan, era su pequeña mascota.

—Mmm —tarareó Hendrik entre sueños al sentir un frío contacto en la piel de su cuello.

Se removió, abriendo sus ojos perezosamente mientras que con su mano bajo las mantas, tiraba del pequeño cuerpo de su cordero para que se apegara más a él. La nariz de Alois, sonrosada en su punta y helada debido a la crueldad de la estación, había sido la causante de la privación de su sueño.

Ya habían devuelto el suministro de luz, por lo que en cualquier momento sonaría la irritante alarma a través de las bocinas de la prisión.

Se pasó una mano por el rostro, restregando sus pestañas para eliminar los restos de sueño que persistían en él. Bufó y se aclaró la garganta, sopesando la urgente necesidad de un sorbo de agua para aplacar la sequía en sus cuerdas vocales. Quizá no debió de haber gritado tanto la noche anterior, y todo porque al rebelde de Alois se le había metido en la cabeza que Hendrik andaba sacudiéndosela con otros putos.

El problema real era que Alois aún tenía dolores persistentes en su caja torácica debido a la lenta recuperación de sus costillas, y ni hablar de su muñeca aún inmovilizada. El ambiente de North Collan no era el más indicado para un paciente en recuperación y Hendrik no iba a arriesgarse, maldita sea. No quería terminar con su miembro ensartado en un saco de huesos rotos y lágrimas.

Eso irritaba a Hendrik porque, sí, debió de haber hecho las cosas que su compañero de celda le reclamaba, dejar de ser un puto amariconado y follar a otro para sacar la calentura de su sistema, pero no lo había hecho. ¿Por qué? Porque Alois estaba jodiéndole los sesos, tan simple como eso.

Salió de la cama con cuidado.

El frío ya era algo aclimatado en él, por lo que las bajas temperaturas no lo afectaban como a los más nuevos. Esa mañana, en particular, su estómago gruñía por la falta de alimentos. Tomó una de las rebanadas de pan que Alois tan cuidadosamente racionaba y se la llevó a la boca, estando de pie con sus ojos fijos en aquel pequeño bulto durmiente.

—Alois —quiso despertarlo.

Decidió que seguía condenadamente enojado con el bastardo. Por su culpa había terminado botando su bandeja con comida y yéndose a dormir con el estómago vacío. Lo mínimo que podía

hacer ese cordero desagradecido era prepararle un desayuno decente.

Alois gruñó en respuesta y siguió durmiendo.

—Pequeña mierdecilla insolente —bufó.

Se acercó y corrió las mantas de la cama, provocando que el castaño se encogiera al sentir el frío colándose por sus ropas. Lo vio abrir los ojos, todavía levemente hinchados por las lágrimas que derramó en la discusión de la noche anterior.

—¿Qué ocurre? —preguntó con su voz suave y dulce, a pesar de matizarse con la aspereza de quien recién despierta, con esa voz que hacía hervir la sangre de Hendrik.

—Ocurre que estoy hambriento y como es tu culpa, o me preparas algo de comer o te juro que tendrás dos nuevas costillas rotas para presumir. —Supo que sus amenazas no estaban dando resultado cuando Alois rodó los ojos y estiró los brazos en busca de un beso caprichoso—. Tú lo que eres es una puta mierda sinvergüenza.

Se inclinó y con una rodilla sobre la cama, apoyado con ambas manos sobre el colchón, dirigió sus labios a los de Alois y los movió en un beso perezoso y ligero. Abrió los ojos al sentir como Alois sonreía en el beso.

—Hola —susurró en un suspiro el contrario, picoteando una vez más los labios de Hendrik.

—Aún no perdono tu escándalo de anoche, y te apesta la boca. —Se apartó y fue en busca de un vaso de agua.

—Me duele mucho la cabeza —lloriqueó el castaño, llevándose ambas manos a su frente fruncida con un amago de dolor y sus labios en un rictus tirante.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Tomaste tus jodidas medicinas?

De inmediato, buscó con la mirada las pastillas para la jaqueca que Alois había obtenido del médico.

—Uhm, no. Anoche no las tomé... ¿Por qué será?

—Porque eres un maldito paranoico que se cree con la autoridad de celarme.

Vio la bolsa café con los medicamentos de Alois en el suelo, a los pies de la cama. Se agachó y le lanzó la bolsa al mismo tiempo que estiraba su tazón de agua en dirección a Alois.

—Gracias. —Con su única mano servible y con algo de esfuerzo, sacó una pastilla de un frasco de píldoras y se la llevó a la boca. Recibió la taza que Hendrik le ofrecía y bebió el agua, rogando en un susurro audible para su maldita jaqueca terminara—. ¿Vas a entrenar hoy?

—Sí. —Hendrik caminó hasta el baúl donde, junto a Alois, guardaban todas las provisiones de comida y artículos varios que tenían. La maleta de Hendrik ya no era más que un escombro empolvado bajo la litera—. Búscame en el gimnasio antes de la cena.

—Bien. —Alois se colocó de pie y dejó la taza sobre la mesa. Inmediatamente, tembló de frío y buscó con la mirada la gruesa chaqueta invernal que Hendrik había conseguido para él. Era su tesoro.

La alarma sonó en ese momento, haciendo que Alois contrajera su expresión facial.

—Ugh —se quejó—. Maldita jaqueca.

—Castigo divino —se burló Hendrik con un frasco de champú y una rasuradora en la mano.

Alois iba a responder, pero se vio interrumpido por los gendarmes en busca de la bolsa con ropa sucia. Hendrik abrió la puerta y Alois les entregó la enorme bolsa de plástico negra.

Era uno de los privilegios de Hendrik; una vez a la semana lavaban su ropa personal y la devolvían al día siguiente, completamente seca y limpia. Hendrik sabía que Alois había comenzado a colar algunas de las prendas de ropa que no quería perder, ya que en el lavado común no se podía guardar nada y solo quedaba rogar al cielo para que los cambios de ropa que les entregaban fueran decentes.

—Vamos, a las duchas —indicó Hendrik con un gesto de cabeza.

Alois salió de la celda cargando un pequeño morral de cuero, en el cual llevaba un cambio de ropa interior y artículos de aseo personal.

Hendrik caminaba a pocos pasos de distancia de Alois. Miraba de reojo a los demás reos y empujaba cuando era necesario. No le molestaba comenzar el día botando algunos dientes y rompiendo algunos huesos.

Llegaron a las duchas ignorando el saludo de los asustados gendarmes.

Sabía que los hombres uniformados temblaban de miedo al verlo. Quizá el haber enviado los pares de ojos de los hombres que torturó como un regalo a toda la unidad de gendarmería era la razón. No pudo evitarlo. Cuando Zev lo mencionó como advertencia para el resto de los hombres que, se suponía, mantenían la paz y el orden al interior de North Collan, sus ojos brillaron con la idea.

Vio a Alois desvestirse mientras él hacía lo propio. Las furiosas marcas violáceas en la dermis del cuello de Alois lo hicieron arrugar la nariz; le molestaba la facilidad con la que, ante el más mínimo agarre brusco, la piel de Alois se exponía maltratada. Como si fuese un muñeco de porcelana que al más mínimo contacto podía quebrarse.

Escuchó un silbido de algún convicto cuando Alois se agachó para recoger su pantalón. Apretó una prenda de ropa entre sus manos y mordió su mejilla interna, porque sabía que no podía reaccionar por algo tan estúpido como eso. ¿Podía? Sabía que su corderito era vistoso, que llamaba miradas lascivas y lujuriosas con su carita bonita y ligeramente femenina.

Algunas veces pensaba seriamente en tomar su navaja y soterrársela en los ojos de aquellos hombres para dejar en claro que no le gustaba que mirasen lo que era suyo.

Alois se giró en su dirección, como si hubiera adivinado los pensamientos de Hendrik. Mantenía una sonrisa coqueta que el ojiverde estaba orgulloso de decir que le pertenecía solamente a él.

—¿Sabes, Hendrik? En realidad, yo era bastante popular antes de caer en prisión.

—Por supuesto que sí. —Se cruzó de brazos y ladeó la cabeza con una sonrisa falsa—. Con lo que te gusta andar moviéndole el culo a todos.

Alois caminó hacia el agua caliente. Los hombres se removieron de sus lugares para darle espacio a la puta del emperador y a este.

—Y todos hacían exactamente lo que yo quería. —El agua caía por su cabeza. Su brazo inmovilizado se encontraba cubierto por varias bolsas de plástico.

—¡No me digas! —ironizó—. Porque aquí sigues siendo la misma mierda caprichosa.

Alois se recogió de hombros.

—Y las mejores fiestas de Londres ocurrían en mi piso. —Observó a Hendrik de soslayo con una sonrisa torcida—. Todos querían pasar al menos una noche ahí.

Hendrik sabía por dónde iba aquel juego, incluso podía llegar a pensar que últimamente Alois disfrutaba viéndolo caer presa de los celos. A saber qué había en esa pequeña cabecita de zorro astuto.

—Seguro terminabas ahogado en pollas, ¿verdad? —Apretó el trasero de Alois y se humedeció los labios en satisfacción—. Si es que eres un maldito putito coqueto.

Alois miró la mano de Hendrik por el rabillo del ojo y luego hacia donde, a poca distancia, un hombre se forzaba a sí mismo en otro chico más débil.

Bajó la vista y tomó una bocanada de aire para recuperarse.

—Soy lo que tú quieras que sea, mi dueño —le susurró al oído.

Hendrik sintió la tribulación en su voz. Buscó aquello que había inquietado al contrario y chasqueó la lengua al ver el motivo.

De un movimiento rápido, quedó con su gran cuerpo aprisionando al de Alois, sus brazos flexionados y sus manos a los costados de la cabeza de este. El agua caliente caía por sus cuerpos, dándoles el calor necesario para poder permanecer completamente desnudos.

Dio un lametón en el cuello de Alois, encajando perfecto en aquel delicioso tramo de piel caramelizada.

—Solo debes mirarme a mí —le ordenó, no queriendo que hiciera de sus honestos ojos un recipiente para la inmundicia que los rodeaba—. Eres mío.

—Lo soy. —Alois abrazó a Hendrik con su mano disponible y besó la quijada de este, justo en la zona bajo el lóbulo de su oreja—. Soy de Hendrik Stone, del emperador... Tanto que a veces duele.

Hendrik iba a responder, a premiar la fascinante devoción de Alois y la forma en como se entregaba a él sin reserva, sin embargo, un par de ojos puestos en ellos dos lo hizo cambiar de respuesta.

—Sabes lo que ocurrirá el día que te vea coqueteándole a otro, ¿verdad?

Alois se apartó y miró a Hendrik con una expresión dolida, el azul de sus bondadosos ojos pudiendo penetrar el más resistente acero.

El ojiverde no pudo sentir culpa alguna. La necesidad de escarmentar a su amante estaba estrechamente ligada a sus más tortuosos pensamientos; unos donde Alois lo traicionaba. No sería extraño; todo el mundo lo había traicionado, incluso su propio padre.

—Yo mismo me arrancaría los ojos antes de hacerlo —le aseguró, tomando la mano de Hendrik y besando sus nudillos. Levantó la mirada y lo observó por debajo de sus bonitas pestañas—. Solo te quiero a ti.

Hendrik pasó saliva, sintiéndose extraño por dentro.

—Vale, vale —contestó en tono burlesco, intentando empujar lejos la desconocida sensación vertiginosa que le hacía cosquillear el vientre y aceleraba su pulso—. Deja de ser tan cursi, que apestas a maricón en celo.

Sus nefastas palabras fueron un susurro que únicamente ellos pudieron escuchar.

Podía ser un bastardo y burlarse de Alois, pero no lo hacía en público. Si quería que los reos de North Collan dejaran de meterse con su cordero, no podía ir por toda la prisión dándoles motivos para meterse con él.

—Te encanta que lo sea. Beso. —Los dedos de Alois se deslizaron exquisitamente por los marcados abdominales de Hendrik, trazando una línea justo al medio de sus oblicuos.

Hendrik no demoró en llevar sus labios junto a los de Alois, cerrando los ojos al sentir esa bienvenida suave y tibia, aquella manera en que los labios del médico encajaban en su boca y como los movía con cuidado mientras dejaba escapar pequeños hipidos ahogados de satisfacción.

Los besos de Alois siempre dejaban un gusto dulce en el paladar de Hendrik. Le encantaba como el más bajo se acoplaba a él y recibía las penetraciones de su lengua, dócil y excitado.

Barrió con su lengua las comisuras de la boca de Alois y tiró con sus dientes de ese caliente y lleno labio inferior. Alois se arqueó ante aquello, perdido en el salvajismo animal que tenía Hendrik para hacerlo suyo. Se separaron cuando escucharon a los gendarmes avisando sobre la restricción del horario para desayunar. Malditos aguafiestas.

—Me encanta que seas tan masoquista —bromeó el emperador, dándole un pellizcó en el glúteo.

Su cordero dio un brinco y frunció el ceño antes de ladear una sonrisa y guiñarle un ojo.

—Pero odias hacerme daño.

Y Hendrik no lo negó.

◆ ◆ ◆

Zev se encontraba en su celda. Masticaba goma de mascar mientras leía por décima vez la única edición de la revista de motos que tenía. Ya era más de medio día y pronto iría a buscar a Hendrik para que fuesen a comer.

El chico que se encontraba haciéndole un fantástico sexo oral se colocó de pie al ver que Zev no le prestaba mayor atención de la que le prestaba a su revista.

—¡¿Vamos a follar o seguirás leyendo esa mierda?!

Inclinó levemente la revista hacia adelante y levantó la vista. El moreno frente a él esperaba ansiosamente una respuesta.

Zev vio el reloj en su muñeca y se encogió de hombros.

—Lo chupas como la mierda. Solo vete. —Se guardó su floja hombría dentro del pantalón.

Volvió la vista a su lectura e ignoró las maldiciones de uno de sus muchos amantes.

Suspiró cuando quedó completamente solo y en paz. Pero aquello no duró más de cinco minutos cuando su rubio y muy eufórico compañero de celda, y novio, llegó acompañado de

Alois.

Su sonrisa brillante y carente de maldad contagió al moreno, quien lanzó la revista al suelo y se enderezó de inmediato.

—¿Qué hacen aquí? Pensé que habías dicho algo de un partido de cartas.

Nevin rodó los ojos y movió su cabeza de un lado a otro, como si no supiera la respuesta a esa pregunta.

—Nevin tuvo un ataque de perra histérica cuando fue descubierto haciendo trampas y tiró las cartas al escusado —respondió Alois.

Zev levantó las cejas y los bordes de sus labios formaron aquella sonrisa que solo Nevin era capaz de provocar en él.

—Me sentía profundamente atacado, ¡¿de acuerdo?! Los amigos no hacen esas cosas, Dios... —El rubio se sentó en la cama, cruzando sus piernas mientras veía su manicura inexistente—. Además, ni siquiera quería jugar a las cartas.

—Bebé, fuiste tú quien dio la idea de… —Hizo comillas con los dedos—. Un torneo de cartas para elegir a la reina de North Collan.

—Ya. Es que si no gano yo, no hay motivo para hacer ese torneo. *Duh*.

—Ni siquiera entiendo por qué participé en primer lugar.

—Oh, cállate, Lulú —musitó con fastidio—. Tú no participas en nada que no involucre la polla de Hendrik.

Zev sonrió al ver a su excéntrico rubio apuntando con enfado al amante de Hendrik.

—Culpable —musitó Alois con un sonrojo leve.

—Bien, demasiada información —el moreno los detuvo—. Ahora... ¿Por qué están aquí?

Nevin mordisqueó su labio inferior y señaló a Alois, quien rascaba su nuca con mejillas arreboladas y una sonrisa tímida.

—Nevin me contó que fuiste tú quien tatuó a Hendrik.

—Sí, la mayoría de sus tatuajes se los he hecho yo. ¿Qué hay con eso?

—B-bueno. Uhm... Bien, esto es vergonzoso, pero…

—¡Ay, maricón frustrado! ¡Dilo ya!

Alois quería hablar, mas los nervios estaban causando estragos en sus funciones cognitivas. Porque lo que iba a salir de su boca no eran simples palabras regaladas al viento; era una proclamación de tenencia perpetua. Era la manera que tenía para demostrar que después de esos meses en las fauces del infierno, ya se había rendido completamente y que todas sus murallas estaban desmoronadas.

Porque sin importar lo que acaeciera el día de mañana, sin importar si conseguía su libertad, él iba a permanecer para siempre encadenado. Como el prisionero que era a los pies de su cruel dueño y emperador.

—Quiero que me hagas un tatuaje. Una daga.

◆ ◆ ◆

Hendrik llegó al comedor y repasó con la mirada el lugar. Tras él se encontraba Norman, un recluso en sus cuarenta, caído por asesinato y robo con intimidación. Era un hijo de puta, pero uno bastante leal que no dudaba en seguir cada una de las órdenes de Hendrik.

Se percató enseguida de que Alois no se encontraba en el sitio que había dispuesto para el tipo singular de hombres con los que se juntaba; para que, de alguna forma, se pudieran acompañar aún en un lugar como North Collan.

—Ve por la comida —le indicó a Norman e hizo su camino hasta la mesa que se había designado para él y su grupo.

En esta se encontraba Francesco, como era usual. Comía con una sonrisa permanente en su rostro mientras coqueteaba con Jeremía, uno de los convictos cercanos a Hendrik. Este era un lunático que fue puesto tras las rejas por hacer explotar una bomba en un centro comercial, llevándose consigo la vida de diez hombres.

Hendrik no tenía especial aprecio por el hombre, pero sus creencias lo volvían un sujeto fiel y honesto. Algo difícil de encontrar en North Collan.

—Hola, emperador —saludó Jeremía.

Hendrik levantó las cejas en saludo y entrelazó sus manos por encima de la mesa.

Para su suerte, Francesco parecía demasiado hipnotizado por el hombre como para molestarlo. Quiso burlarse de él, porque le parecía estúpido que intentara darle caza al terrorista cuando este era prácticamente el único hombre en North Collan al que no le interesaba tener un agujero donde meterla.

Norman llegó con las bandejas de comida para Hendrik y para él. El ojiverde frunció el ceño al ver las hortalizas con carne y patatas sobre su plato, inspeccionando que todo estuviese en orden porque, aún si no lo quería, algunos hábitos militares eran difíciles de eliminar.

Tomó el tenedor para empezar a comer.

—¿Y qué me cuentas, amor? —Francesco colocó una mano sobre el hombro de Hendrik—. ¿Aún no te aburres de la puta fácil que traes colgado al cuello?

Hendrik ignoró las palabras de Francesco, encontrándose demasiado ocupado en digerir sus alimentos. Saciar el hambre era lo único en su cabeza en aquel momento y ni la molesta plática de Francesco iba a impedírselo; sin embargo, la mención de Alois hizo que volviera la vista hacia la mesa donde su cordero debía de estar almorzando. No estaba.

Sintió su cuerpo tensarse y se dijo a sí mismo que estaba siendo un paranoico. Tenía a sus hombres cuidando la espalda de Alois; si algo peligroso le volvía a ocurrir, él debía enterarse de manera inmediata.

—¿No puedes responder? —volvió a hablar el francés.

—Francesco —rugió Norman en advertencia. Este no conocía a Alois más allá de lo que había visto, pero al igual que el resto, sabía que mantenía a su emperador contento y eso era todo lo que le importaba.

—¿Qué? Al parecer ya no se puede hablar de la puta de Hendrik sin que salgan a

defenderlo. —Una sonrisa falsa se perfiló en su boca—. Claro, seguro también les pasa el culo y por eso lo protegen.

—Vete —demandó Hendrik, apretando el tenedor con el que pinchaba su comida.

Las palabras de Francesco, más la ausencia de Alois y no saber dónde se encontraba, comenzaban a jugarle una mala pasada.

—¿Me estás echando?

Hendrik, en un movimiento que nadie se esperó, se levantó y con su mano sobre la nuca de Francesco, lo redujo rápidamente contra la mesa de metal en la que comían. El francés se golpeó la cabeza contra la dura superficie, haciendo emerger de su garganta un quejido de dolor.

—Dije vete. ¿Vas a comenzar a desafiarme, maldita rata sucia?

—N-no, por favor, s-suéltame… Sabes que solo bromeaba.

Manoteó la cabeza de Francesco en un último golpe y volvió a su asiento.

Los enmudecidos reos, al ver que el asunto no pasaba a mayores, volvieron a sus pláticas banales.

Hendrik volvió a tomar el tenedor entre sus dedos. No dijo una maldita palabra más durante todo el almuerzo. Sintió la comida pasar con dificultad a través de su garganta y cada bocado tenía el mismo sabor a mierda que el anterior.

En un momento dado, Zev apareció a su lado. Sonreía como un niño que guardaba un enorme secreto, llevándose pequeñas bocanadas de comida y sin quitar la diversión de sus expresiones faciales al masticar.

—¿Y tú por qué cojones sonríes así? —preguntó Jeremía al terminar de beber su café.

—Por nada, por nada.

—Seguro consiguió que el rubio se la mamara —bufó Hendrik, malditamente celoso.

Alois no era muy de arrodillarse frente a él. En realidad, nunca se la había mamado, por lo que solamente podía soltar maldiciones.

—Con esa boquita que se gasta —bromeó Norman. No era secreto para nadie que este se traía un gustillo especial por Nevin.

—¡Eh! Que al puto me lo dejan tranquilo, maricones.

—No es que fuese menti-… —Hendrik detuvo sus palabras cuando vio a su amante ingresando por el umbral del comedor, acompañado de Nevin.

Sus esmeraldas hicieron contacto con los zafiros de Alois, sin embargo, Alois rehuyó la mirada. Las pupilas del ojiverde se expandieron bestialmente, tal como un depredador que veía a su presa intentando escapar y sabiendo que debía atraparla antes de que lo hiciera.

Se colocó de pie y caminó en dirección a Alois mientras él hacía la fila para obtener su almuerzo.

Alois se percató de su presencia y apartó la mirada nuevamente.

—Hen-...

—Cierra la maldita boca —gruñó. Lo tomó por el brazo sin cuidado alguno, sin importarle que fuera la extremidad lastimada de Alois.

Jaló de él hasta que salieron del comedor.

Alois lo llamaba y preguntaba la razón de su molestia. Escuchaba los lamentos de dolor por parte del más bajo, pero en su cabeza solo había una cegadora ofuscación.

Cuando llegaron a una zona levemente apartada que les brindaba algo de privacidad, Hendrik soltó por fin el brazo de Alois, y este se lo llevó al pecho para sobar la zona lastimada por su dueño.

Sus ojos se cristalizaban por las lágrimas y tenía su labio inferior atrapado entre los dientes para que no le temblara.

—¿Dónde estabas? —exigió saber el rizado.

—¿Qué? He-Hendrik, yo…

No tuvo tiempo de responder.

La espalda de Alois colisionó contra la pared; Hendrik lo besaba, aplacando su respuesta.

El emperador presionó una mano en la quijada de Alois, sosteniendo su rostro con fuerza mientras le profanaba la boca en un beso duro y cruel. Como siempre, su cordero no puso oposición alguna y se dejó subyugar como a Hendrik le encantaba. El ojiverde sintió los dedos de Alois tocarle cuidadosamente la piel del cuello en respuesta y gruñó placenteramente ante tal caricia. Sin importar cuan despiadado fuera Hendrik, las manos de Alois parecían imposibilitadas de devolver el daño.

Lentamente, los latidos del corazón de Hendrik se tranquilizaron y la ira de sus pensamientos comenzó a disiparse ante las oleadas de placer y calma que le proporcionaba el tener a su coqueto amante entre los brazos.

Raspó con sus dientes la lengua del médico, suspirando pastosamente al escuchar como Alois parecía ronronear de placer con cada movimiento de la boca de Hendrik sobre la suya.

—No me lastimes. Soy tuyo —murmuró Alois con voz ajetreada cuando Hendrik se apartó tenuemente en busca de oxígeno.

—No vuelvas a rehuirme la mirada.

—Sí.

—¿Dónde estabas? —Hendrik forzó su dedo pulgar al interior de la boca de Alois, presionando sobre la caliente y húmeda lengua de este—. ¿Por qué desapareces de mi vista? Vas a hacer que termine encadenándote a la cama, a ver si así consigo que dejes de comportarte como una puta que no tiene dueño.

Alois cerró los ojos y en cuando Hendrik sacó el dedo de su boca, le aprisionó la mano contra su propia mejilla en busca de una caricia afectiva. Su dueño estiró una de las esquinas de sus húmedos labios en una sonrisa plácida, pero no apartó su mano.

—Sí tengo dueño —proclamó Alois, sus ojos de zafiro fijos en Hendrik.

—Lo tienes.

—Solo tú… No voy a escapar, no voy a desaparecer. Eres mi dueño, Hendrik. —Levantó su mano utilizable—. Esto lo comprueba.

Hendrik vio el inicio del plástico transparente que desaparecía bajo el suéter que Alois traía puesto. Sin perder un segundo, tomó la mano de Alois y corrió la prenda de ropa dejando a la vista una perfecta piel caramelizada levemente resentida.

Sintió un picor en su garganta al ver aquellos trazos perfectamente tatuados en Alois.

Era una daga. Era él.

—Es lo que somos, Hendrik.

El emperador alzó el brazo de Alois y cerró los ojos cuando sus labios se posaron sobre el tatuaje del contrario por encima del plástico. Dejó un casto beso sobre aquella marca eterna en su piel.

Sus manos temblaban. Dolía; la sonrisa inocente y simple de Alois dolía en él, y aun así, no quería dejar de padecer aquel testarudo detrimento nunca. Pues solo quien se acostumbra al dolor, puede comenzar a encontrar placer en él.

—Gracias...

◆ ◆ ◆

Algo se sentía muy, muy bien. Era húmedo y lo instaba a levantar la pelvis, a encoger los deditos de sus pies y retorcerse. Abrió los ojos debido a la hormigueante y tibia sensación que nacía en su ingle. Tuvo que pestañear y acomodar los pensamientos en su cabeza para comprender qué ocurría, ya que definitivamente no esperaba despertar y encontrar a Hendrik acomodado entre sus piernas, tomando toda su despierta erección con la boca de manera obscena.

—He-Hendrik, ¿qué estás…? *Ah*... Mierda, sí. Justo ahí.

—Te gusta, ¿verdad? —preguntó el contrario, dándole un lametón a la vena que sobresalía en la extensión de su erección—. Puto coqueto, voy a darte un orgasmo mañanero.

—¿Qué? P-pero, ¿ahora?... No, Hendrik. Quiero bañarme primero.

—Pues te bañas después.

—¡N-no habrá agua caliente! —Su dueño ahuecó las mejillas succionando con fuerza y provocando que Alois arqueara la espalda y gimiera por lo alto—. ¡*Aah*, Hendrik!

El nombrado sonrió, apartándose y dándole un lametón a la húmeda cabeza de la erección de Alois.

—¿Quieres follar mi boca, corderito? Venga, sé que quieres…

Alois realmente odiaba a Hendrik. Porque, sí, Hendrik tenía un muy buen método de persuasión.

—Dios, sí. Sí quiero, por favor. Sí, sí, sí. —Se aferró a las sábanas de la cama cuando el ojiverde volvió a introducir su erección en la boca.

Hendrik, con sus carnosos labios alrededor de su hombría, era simplemente demasiado. No

tuvo más opción que cerrar los ojos y abandonarse en gimoteos de placer.

Llevó sus manos a la rizada cabellera de su dueño y apretó con fuerza, obligando a Hendrik a bajar en profundidad, a tomarlo todo. Lo escuchó jadear antes de que comenzara a chupar violentamente, provocando que Alois perdiera todo el control de su cuerpo. Su erección golpeaba la parte posterior de la garganta de Hendrik, cuya respiración cosquilleaba en la pelvis de Alois.

Debía admitir que el sexo oral de su dueño era, por mucho, superior a cualquier otro. Incendiaba cada conexión nerviosa de su cuerpo y simplemente no podía dejar de lloriquear por más.

—Mi-mierda, m-me voy a correr… —sollozó, aplanando sus pies en el colchón para poder levantar la pelvis y penetrar con mayor vehemencia la caliente boca de su dueño—. He-Hendrik, ya… Por favor…

Hendrik aferró sus manos en los huesos de las caderas de Alois y se hincó en un movimiento rápido de cabeza, serpenteando la lengua sobre la punta de la erección de Alois.

Gimió ahogado cuando el orgasmo lo alcanzó, corriéndose en la boca de Hendrik, quien tragó rápidamente con ojos cerrados y su propia erección enseñándose adolorida y necesitada por obtener algo de alivio. Llevó su boca hasta el interior del muslo derecho de Alois donde lamió y chupó para dejar un cardenal de beso.

—Mal-maldición —jadeó Alois agotado, su cuerpo tenso por el duro orgasmo.

Hendrik se removió de la cama y tomó una pequeña bolsa de papel. Alois frunció el ceño al ver que se volteaba para no mostrarle su contenido.

—¿Qué es eso? ¿Qué estás haciendo?

—Date vuelta, te tengo una sorpresa…

—¡No! —abucheó con un puchero formándose en sus labios—. Nos vamos a perder el desayuno, Hendrik.

—Anda, yo quiero. Deja de reclamar como un maricón y date la vuelta para que pueda follar tu culo.

—¡No pienso aceptar! Tengo hambre y quie-... *Oh,* joder, t-tus dedos… —Arqueó su espalda al sentir la intromisión de los dos resbaladizos y calientes dedos de Hendrik en su entrada—. *Agh, mierda.* Sí, sí. Ju-justo ahí.

—¿Lo sientes? Lubricados para tu delicioso trasero.

—¿D-de dónde lo sacaste?

—Eso no importa. Ahora deja de pensar en salir de esta cama y, ya que no quieres darte la vuelta, levanta tus piernas. Quiero ver ese bonito trasero que tienes para mí.

Alois iba a protestar, pero los dedos de Hendrik barriendo sobre su próstata se lo impidieron.

Se dejó sodomizar, recogiendo sus piernas a la altura de su pecho y sujetándolas con ambas manos. Su dueño sonrió ladinamente, dejando escapar un hoyuelo. Los dedos de Hendrik entraban y salían lentamente de su interior, en una fricción mojada y caliente que lo tenía

gimoteando desvergonzadamente.

Follar con lubricante era en definitiva su cosa favorita.

El cuerpo de su dueño estaba al desnudo, dejando su maravillosa contextura muscular a la vista, sus increíbles tatuajes y el sudor perlado que le recorría el torso.

—¿Te gusta, corderito? Mis dedos follándose tu delicioso culo. —Agregó un tercer dedo y aumentó el ritmo de las penetraciones. Alois hundió la parte posterior de su cabeza en la almohada entre gemidos que le impedían responder y que enloquecían al posesivo de su amante —. Eres tan caliente, tan hermoso… Mira como mueves tus caderas, intentando follar mis dedos.

—P-por favor…

—¿Qué quieres?

—A t-ti… Te quiero a ti, en mí.

—Mmm… —tarareó sonriente—. ¿Ya no quieres ir a desayunar? —Alois negó con un movimiento frenético de cabeza—. Ese es mi corderito, tan bueno para mí.

Hendrik sacó sus dedos del interior de Alois, ganándose un quejido por parte de este. Sus manos barrieron por los tersos muslos del médico hasta los glúteos de su trasero, los cuales separó con los dedos para posicionar su sexo entre ellos.

Alois lloriqueó el nombre de Hendrik al sentir como lo penetraba lentamente. Su boca se sintió seca, sus manos temblaban levemente y sentía una comezón en su vientre. Todo su cuerpo estaba caliente y sudoroso.

—Beso, por favor…

—Joder… Tan necesitado por mí, putito mamón. —Llevó su mano izquierda hasta los pliegues del trasero de Alois y presionó su pulgar justo por debajo de su anillo muscular, raspando con su uña la sensible piel. Alois vociferó un lloriqueo de dolor y placer, extendiendo las piernas para que Hendrik viera su erección, dura y palpitante—. Mira lo que me muestras, como te pongo de duro solo con mis dedos.

Hendrik se acomodó sobre Alois, dejando que las dos piernas de este se enredaran en su cadera. Comenzó a repartir un camino de besos cortos sobre el mentón y cuello del contrario a medida que oscilaba su pelvis en embestidas largas y profundas. Lamió la extensión de su afilada mandíbula y mordió uno de sus pómulos; terminó sobre sus labios en un beso duro y posesivo.

Los gemidos de Alois eran suaves y melodiosos. Las notas de su voz seducían al instinto animal de Hendrik, sus ojos cerrados y labios amaestrados dejándose mordisquear y chupar.

—Mío —susurró el rizado sobre el beso. Llevó su mano izquierda a una de los glúteos de Alois, enterrando sus dedos en la febril y transpirada piel caramelizada de su amante—. Todo esto es mío… Tú eres mío.

—Sí, soy tuyo… T-tú también eres mío —gimió, sintiendo sus labios afiebrados—. Mi dueño.

—Te encanta, ¿verdad? —Impulsó su pelvis hacia adelante para clavarse con fuerza en Alois, quien curvó su espalda y rasguñó la piel de Hendrik en respuesta mientras ahogaba sus quejidos—. Ser el único para mí…

—S-soy el único, lo soy…

—Lo eres. Solo tú, mi corderito. Solo tú.

Hendrik sonrió a gusto por la demanda de Alois en él. Jamás le había pertenecido a nadie, jamás quiso hacerlo, pero con su delicado amante la idea parecía incluso cautivadora.

Ese era el emperador, con sus codos hundidos sobre el colchón, a los costados del cuello de Alois mientras le jalaba el cabello con ambas manos. Sus frentes acabaron juntas cuando le demandó mil besos con su boca febril, la dura hombría del otro restregándose contra su abdomen bajo cada vez que lo arremetía con una tosca y lenta penetración.

—M-mierda… Es ahí, es ahí. Dios, sí. —Alois apretó el agarre de sus piernas en Hendrik, hundiendo sus talones en los glúteos de este. Su interior se apretó alrededor de la erección de su dueño—. Córrete dentro, córrete dentro, por favor…

El sudor emanaba de sus cuerpos.

Las manos de Alois recorrieron la espalda de Hendrik en caminos imaginarios, clavando sus uñas cuando el placer se hacía insostenible. Así, el orgasmo los alcanzó al mismo tiempo, repentino y tórrido. Alois abrió los ojos, regalándole una expresión rota y afiebrada a Hendrik, quien gruñó complacido y sintiendo como se corría al interior de Alois.

Hendrik se desplomó sobre el cuerpo de Alois, cuyo estómago gruñó en necesidad de alimentos. Una ronca y perezosa carcajada escapó de la boca del rizado.

—Te odio tanto —gruñó el médico con voz gastada, mejillas afiebradas y ojos somnolientos.

—Vamos por algo de comer. Esto… —Pinchó la piel del estómago de Alois—. Esto no se mantendrá rellenito si no te alimento, cordero glotón.

◆ ◆ ◆

Alois, por alguna razón que no terminaba de comprender, estaba esperando por el lunático de Hendrik en el gimnasio. Su dueño le había dicho que después del almuerzo fuera para allá, sin darle mayor explicación, y Alois obedeció porque no quería desafiarlo; al menos no en ese momento. Por lo que ahí estaba, sentando al lado de Noah con una botella de agua entre sus manos mientras observaban a hombres de gruesa contextura ejercitarse.

—Son tan lamentables —su acompañante susurró bajito—. Solo míralos.

—Como uno de esos te escuche, lo único lamentable va a ser tu trasero. —advirtió Alois a modo de broma.

No era como si alguien fuera a buscarle pelea a Noah, al menos no encontrándose Alois presente. El riesgo de terminar envuelto en una contienda con el emperador no era algo que cualquier recluso estuviese buscando, ni siquiera Ley.

Alois no podía mentir en ese aspecto, ni fingir que no le gustaba sentirse protegido gracias a Hendrik, pues le fascinaba. Era una de las principales razones por las que podía dormir en las noches; eso y que siempre terminaba demasiado agotado después de follar como animal con su dueño.

Alois no podía solo ignorar como Hendrik lo cuidaba, aún si era de manera bruta e infantil. Se molestaba si alguien miraba mal a Alois y no escatimaba en gritarle a medio North Collan si alguien se atrevía a siquiera pensar en ponerle las manos encima a él. Y a Alois le gustaba, porque una parte de su cabeza, aquella inocente y engreída, comenzaba a pensar que era porque Hendrik estaba desarrollando sentimientos hacia él.

¿Estúpido? Seguramente, pero Alois no controlaba su propio ritmo cardíaco ni la manera en que este se aceleraba cuando pensaba en Hendrik y en él como algo más que un convicto empoderado junto a su mascota, cuando pensaba en ellos como una pareja teniendo una relación normal. Y a veces se encontraba a sí mismo deseándolo así, lo cual era peligroso porque… ¡Era prácticamente ser un suicida!

Honestamente, caer por Hendrik no era una decisión inteligente. Pero Alois en definitiva no destacaba por sus decisiones racionales, así que no se estaba negando mucho a los sentimientos que nacían en él hacia su dueño. Era algo que jamás había sentido antes, y eso que había estado en tantas relaciones como le había sido posible. Sin embargo, era eso… Todo era nuevo, algo que no podía explicar, y seguramente nunca podría.

Quizás era porque estaba en prisión, quizá ya se estaba volviendo loco. ¿Le importaba? No.

—¿Cuánto tiempo más vamos a tener que estar aquí? —preguntó Noah, ya notablemente aburrido de ver a hombres levantando pesas y dejando escapar guturales jadeos—. Me dijiste que solo serían unos minutos.

—Lo sé… —Chasqueó la lengua.

Hendrik le dijo que iría a hablar con su mecenas y que no iba a tardar mucho, pero ya llevaban más de media hora esperando. No era como si tuviesen algo mejor que hacer, pero el gimnasio junto a su olor a sudor no podía ser considerado un sitio de devoción para Alois, quien hubiera podido estar ayudando en la unidad médica en ese preciso momento.

—Hablando del emperador… —Noah señaló la entrada. Hendrik entró por esta, cargando un saco sobre su hombro.

Lucía gruñón y amargado como de costumbre, con labios apretados, mandíbula en alto y un notorio ceño fruncido. Repasó con la vista el precario recinto y al encontrar sus esmeraldas con los zafiros de Alois, casi sonrió, un traicionero hoyuelo en su mejilla derecha queriendo formarse.

—Es que me lo como —susurró Alois para sí mismo, mordiendo su mejilla interna para no sonreír.

Hendrik caminó hasta ellos y dejó caer el saco al lado de Noah, quien lo saludó y fue vilmente ignorado.

—De pie —demandó, quitándose su camiseta negra en un rápido movimiento. Su esculpido torso de dios griego quedó a la vista—. Ven, sígueme.

Hendrik se alejó, mostrando su ancha y musculosa espalda marcada con grandes y rojos rasguños que cierto médico reconoció a la perfección. ¿Cómo no hacerlo? Él los hizo.

Alois prácticamente escuchó a Noah pasar saliva. Le dio un codazo, uno fuerte. Y sin importarle las quejas de su amigo, se colocó de pie y caminó al encuentro de Hendrik, quien se

encontraba alongando sus extremidades.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin comprender mucho.

—Vamos a entrenar.

—Entre-… Espera, ¿qué? —Seguramente había escuchado mal. Con un demonio, definitivamente debió haber escuchado mal.

—No te hagas el sordo, Alois. Dije que vamos a entrenar. Voy a enseñarte a pelear.

—¿Qué? ¿Por qué? ¡No! —Retrocedió dos pasos. Su cabeza se movió frenéticamente en negación. —. Yo no peleo, Hendrik. No, olvídalo.

¿Para qué iba a aprender a pelear? Era ridículo, insólito.

Hendrik avanzó hacia él, el enojo comenzando a tomar posesión de sus facciones.

—Vas a aprender a defenderte. —Lo golpeó en el pecho con su dedo índice de manera inquisidora—. Todos saben que eres débil, y eso no me gusta.

—No sé pelear —se justificó pobremente—. Nunca pude, no es lo mío. No, Hendrik… Esto es estúpido, yo no…

—Escúchame, corderito. Vas a aprender lo básico para poder defenderte, porque sabes que no siempre puedo estar pendiente de ti y si... —Tragó—. Si algo como lo de la otra vez vuelve a pasarte, me volveré loco. Lo juro.

—No ocurrirá. Yo… —No terminó. No pudo, porque Hendrik tenía razón. Él no podía asegurar que eso no volviera a ocurrir—. No me gusta pelear.

—Lo sé.

—Me estoy sintiendo muy atacado emocionalmente.

—Joder… Ya detén tu mariconería. Solo te enseñaré lo básico, y seguro te terminará gustando… Venga, hazlo por mí. —Se acercó a Alois y lo tomó del mentón, su pulgar acariciándole el labio inferior—. No quiero que pelees, ese es mi trabajo. Pero quiero que puedas defenderte, solo eso.

—¿Y si me lastimo?

—No lo harás.

Alois asintió, buscando en los recovecos de su cabeza alguna manera para zafarse de aquella actividad que, en definitiva, no quería realizar. Aguardó en silencio unos segundos, Hendrik observándolo escudriñadoramente.

—¿Podemos ir por un té primero? —Dios, eso era sin lugar a duda una de las cosas más estúpidas que había dicho en su vida. Y venga, que realmente había dicho muchas cosas estúpidas.

Hendrik rodó los ojos y se apartó.

—No. No iremos por té, zorro astuto. Ahora… Vas a ser un cordero obediente o me obligarás a llevarte a nuestra celda y darte de azotes en el culo. —Alois chupó su labio inferior. La amenaza de Hendrik sonaba como todo menos como una, algo que al parecer su dueño también notó, ya que no pudo evitar sonreír mientras negaba con la cabeza—. Ahora no, cordero

guarro. Vamos a entrenar, aún si debo obligarte.

Alois suspiró y accedió con un gruñido bajo, maldiciendo al estúpido de Hendrik, cuyos ojos parecieron brillar de la emoción.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ese es mi corderito. —Hizo un movimiento de manos, indicándole a Alois que lo imitara —. Primero, vamos a estirar ese cuerpo, así no terminarás con algún desgarro.

Alois bufó y comenzó a imitar los movimientos de Hendrik, ignorando las miradas de los demás convictos en ellos. Seguramente en sus cabezas se estaban riendo de Alois, esos malditos mandriles. Ya sería fuerte, Hendrik iba a enseñarle y entonces…

—¡Me duele! —chilló cuando Hendrik intentó hacerlo tocar las puntas de sus pies con los dedos de sus manos. Su cuerpo estaba completamente doblado hacia abajo—. Me duele, me duele, me duele.

—¡Venga, mamón! ¿Pero qué mierda? Ni siquiera estoy ejerciendo presión.

—¡Voy a llorar!

—Pues llora lo que quieras, hijo de puta. Ahora, toca tus malditos pies o te juro que voy a terminar volándote el trasero de una patada.

—¡Me estás abusando!

—¡Tus pies, Alois! ¡No te veo tocando tus pies!

Y como si no fuera ya lo bastante humillante, Alois escuchó a Noah carcajearse a gusto de su desgracia. Oh Dios, iba a vengarse con tantas ganas…

—¡Los estoy tocando! ¡¿No ves?! —gritó agudo, apenas si tocando las puntas de sus pies. ¡No era su maldita culpa ser de tamaño compacto y tener deditos pequeños!

Hendrik, maldito monstruo.

—Ya. Ahora aguanta ahí.

—Me estoy mareando. Esto no es normal, cre-creo que soy alérgico…

—¿Alérgico al ejercicio? Vamos, ni siquiera hay que tener neuronas para saber que eso es imposible, mentiroso —se burló, su mano aplanada en la espalda de Alois, obligándolo a permanecer doblado—. Y deja de quejarte, solo llevas unos segundos, Alois. —Su amante comenzó a contar lentamente en voz alta hasta llegar a veinte—. Ya, puedes enderezarte. Ahora vamos a alongar esas piernas…

—¿Qué tienen mis piernas? Pensé que te gustaban… —ronroneó, sentándose en el suelo y estirando sus piernas tal como Hendrik le indicaba.

—No me intentes coquetear, Alois.

—¡No estaba haciéndolo!

—Ya, más encima me mientes…

—Ugh, eres horrible.

Hendrik lo ignoró por completo, enfocándose solamente en los ejercicios que tenía

destinados para Alois ese día.

Siguieron por una hora, desde flexiones para los abdominales hasta saltar la cuerda, lo cual era tan ridículo que Alois no encontraba palabras para ello. ¿Qué demonios ganaba aprendiendo a saltar la cuerda? No era como si pudiera defenderse con ese conocimiento.

—¿Ya? ¿Terminamos? —preguntó exhausto y limpiando el sudor de su frente. Se sentía acalorado en todas partes, sudado y no por buenas razones. Hendrik estaba como si nada, lo cual solo incrementaba el enojo de Alois.

Recibió la botella de agua que su dueño le ofreció y caminó hasta un banquillo, Hendrik pisándole los talones. Dejó caer su cuerpo sobre la superficie de manera exagerada, ignorando el bufido del rizado.

—Sí, terminamos por hoy. Ve a limpiarte y relaja el cuerpo, mañana continuaremos. —Caminó hasta su saco, el cual se encontraba en el suelo a pocos pasos de Alois. De su interior sacó una larga venda y comenzó a vendarse la mano derecha.

—¡¿Mañana?! —gritó Alois, incrédulo—. ¡Pensé que era solo por hoy!

—¿Cómo demonios voy a enseñarte a pelear en unas horas? Ni siquiera te puedes el trasero, mamón. —Tiró del borde de la venda con los dientes para apretar.

—Puedes enseñarme a dar golpes, solo lo básico, ¿sabes?

—Ya… ¿Y de qué te sirve dar golpes si no tienes resistencia?

Alois rodó los ojos. No le importaba en lo más mínimo. ¿Acaso él iba a joder a Hendrik hablándole de medicina? No, no lo hacía.

—No lo sé, no me importa. Me duele el cuerpo, tengo sed y estoy sudando como un animal.

—Deja de quejarte. Eres un mierdecilla irritante. —Terminó de vendar sus dos manos y sacó una pañoleta del saco, utilizándola para sujetar los rizos de su cabellera—. Y ahora vete, voy a entrenar.

—¿Sabes qué? Me iré. No pienso quedarme…

La mejilla de Hendrik se contrajo, formando un atractivo hoyuelo.

—Es justamente lo que dije que hicieras.

—¡Me voy por voluntad propia!

—Sí, por supuesto…

Alois bufó y salió del gimnasio, ignorando las burlas de Noah a su espalda.

No iba a hablar con Hendrik por el resto de su vida. ¡Que se pudriera! Era el peor hombre del mundo… El más grosero, estúpido, bruto, psicópata, machista y…

—¡Eh, corderito! —Una mano se atenazó en el hombro de Alois—. ¿Y mi beso? —Mierda. ¿Podía el universo dejar de conspirar en su contra por una maldita vez?—. Venga, sin pucheros. Estira esa boquita…

Alois gruñó suave y se colocó de puntitas para picotear los labios de Hendrik, su ceño fruncido en todo momento.

—Manipulador. —Hendrik curvó sus labios, hoyuelos a la vista y cejas juguetonamente

arqueadas. Alois picoteó los labios de su dueño una vez más antes de apartarse y girar sobre sus talones. La idea de ir a recostarse sobre la cama por los próximos cinco años ocupaba toda su mente. Un generoso azote en el trasero lo hizo voltear con un intento de gruñido intimidante saliendo de sus rojizos labios; Hendrik solo sonreía—. ¡Deja de hacer eso!

—¡Como si no te gustara! —Se reía al mismo tiempo que se alejaba en un trote ligero.

Alois mordió su lengua para no gritar: “el morboso aquí eres tú, idiota”. Porque quizá y solamente quizá, Hendrik podía tener un poco, la nada misma, de razón.

◆ ◆ ◆

Una semana entrenando. ¡Una semana real, de siete días! Eso superaba incluso su récord de tres días haciendo pilates hacía dos años atrás. Y realmente merecía un premio, porque tener a Hendrik de entrenador era en realidad un infierno. Un maldito, cruel y devastador, infierno.

¡No tenía piedad! Y no le importaba si Alois lloraba, gritaba o maldecía. Lo arrastraba todos los días al maldito gimnasio y lo hacía entrenar hasta que no le quedaran fuerzas con métodos viles, ¡prácticamente inhumanos! Alois comenzaba a replantearse si Hendrik tenía conciencia, porque al parecer esta no le remordía en lo más mínimo, sin importar cuál método de tortura utilizara en Alois.

—¡Solo son diez malditas flexiones de brazos, Alois!

—¡No puedo! ¡Me duelen los brazos! —gritó, su cuerpo estirado sobre el suelo mientras yacía boca abajo, apoyado con sus manos a los costados de su torso.

—Vamos, corderito. Solo diez flexiones y comenzamos a practicar golpes —lo animó de pie al lado de Alois, quien intentaba sin éxito alguno realizar el ejercicio que Hendrik le pedía, el cual no era para nada fácil. Al menos no para él, un ser humano de gelatina—. Venga, no seas flojo… Más de lo que eres.

—¡Es fácil decirlo cuando no eres tú quien está siendo sometido a la tortura!

—¿Me quieres joder? Esto no es nada, mamón. Ya basta de pataletas y haz las putas flexiones o te pondré a correr por el patio durante todo el día.

Alois suspiró, mordisqueando su labio inferior e intentando descender. Sus brazos temblaban y sus mejillas estaban violentamente rojas debido a la fuerza que estaba ejerciendo en sus bíceps. Prácticamente, se podía apreciar una vena palpitando sobre su sien izquierda.

—¡Eso es, mamón!

—Cállate —chilló muy agudo debido a la falta de aire.

No había más reos. Alois le había exigido, casi suplicado a Hendrik que echara a todos del lugar o de lo contrario no entrenaría. Ya bastante malo era tener que humillarse frente a Hendrik y no lo pensaba hacerlo frente al resto de North Collan. Cuando estuviera al nivel de los otros reclusos, entrenaría orgullosamente rodeado de estos; antes no.

Por lo que solamente estaban ellos dos, Hendrik con una camiseta de mangas rotas y un estropeado pantalón militar, su rizado flequillo sujeto con una banda elástica y sus pies descalzos contra el suelo. Y Alois… Bueno, Alois lucía la enorme ropa de Hendrik, con un suéter negro que debía doblar en los bordes de las mangas para que sus manos no quedaran ocultas y un

pantalón corto que debía llegarle a las rodillas, pero que le llegaba a las pantorrillas.

Ese día milagrosamente no hacía tanto frío, o al menos Alois no lo sentía; quizá porque estaba sudando como un puerco, pero lo importante era que no se estaba congelando los huesos. Luego de meses en prisión aguantando el crudo clima, eso era prácticamente un regalo del cielo.

—Venga, venga. Llevas tres. Dame siete flexiones más y terminamos.

Pero qué maldito animal era. No le importaba en lo más mínimo cuán mal lo estaba pasando el pobre de Alois. Realmente no tenía perdón del cielo.

Alois expulsó el aire por la nariz, lenta y pesadamente, sus ojos fuertemente cerrados y sus labios apretados. Gotas de sudor barrieron por su mandíbula hasta sus clavículas.

Escuchó a Hendrik contaba con voz ronca y animada cada flexión que él realizaba. Se desplomó sobre el suelo cuando su dueño finalmente llegó al número diez.

No iba a sobrevivir otro día.

—Creo que... Estoy teniendo una crisis emocional. —Tenía los ojos cerrados, pero estaba seguro de que Hendrik había sonreído.

—Si entrenaras con las mismas ganas que sueltas mariconerías, esto sería una pasada.

Alois se sentó en el suelo con las piernas cruzadas en una lentitud fascinante. Recibió la botella de agua y la toalla que Hendrik le ofreció para secar el molesto sudor de su rostro.

Le dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía, y eso que era médico.

—¿Podemos tomar un descanso?

—Vale. Diez minutos y retomamos.

—Siento todo el cuerpo tirante —masculló agotado, ladeando su cabeza de un lado a otro.

—Te quejas por todo, joder. —Alois esbozó un puchero, levantando la mirada a través de sus gruesas pestañas—. Guarda lo puta para la noche, maldito coqueto.

—¡¿Podrías dejar de pensar que siempre que te miro es porque quiero follar?!

—¿Podrías tú dejar de querer follar cada vez que me miras? Soy una persona con sentimientos, Alois. No solamente un cuerpo sexy.

Alois abrió la boca, miles de respuestas picando en su lengua. No pudo decir nada. Estaba realmente literalmente abatido por las palabras de Hendrik.

—Eso es… T-tú —se atragantó—. Yo jamás… Es decir…

—Si es que, a todo, súmale que eres idiota —se burló Hendrik con una traviesa sonrisa pintada en su boca—. Estaba bromeando. ¿Cuándo me han importado a mí los sentimientos, corderito? Nunca.

Alois tragó, bajando la mirada a sus manos. Sus dedos se movieron nerviosamente, cepillándose entre ellos.

—¿Ni siquiera los míos? —preguntó con voz rota.

—Mmm —tarareó el emperador—. ¿A ti qué te parece?

—No lo sé… ¿Que sí?

—Ya, vale… Quizá tan idiota no eres —respondió, colocándose de cuclillas para quedar a la altura de Alois—. Beso.

Alois estiró el rostro, sus afiebrados labios presionándose sobre los de Hendrik en un beso suave. El emperador no demoró en acunar una de las mejillas de Alois con su mano izquierda, aferrándose a él para poder profundizar el beso. Sus dedos rasposos barriendo sobre su aterciopelada piel. Y Alois entreabrió los labios, invitándolo a entrar con su lengua, a delinear con esta cada rincón de su boca.

La respiración tibia y lenta del médico aplacaba la necesidad bestial de Hendrik por subir el nivel de aquella intimidad. Era como si nunca tuviera suficiente; siempre parecía necesitar más de Alois.

—Eh, mira qué beso más flojo —susurró sobre los labios de Alois con fingida molestia cuando se separaron, porque podía advertirse con facilidad que le fascinaban aquellos besos lentos que él le daba.

—¿No te gusta?

—Sabes que sí. Que me traes loco, mamón. —Hendrik sacó la lengua y le dio un lametón a los labios de Alois, quien suspiró flojo y sensual en respuesta. Sus ojos azules se opacaron por el deseo—. ¿Cómo es que lo haces? Tus labios están salados y a pesar de eso… tus besos son malditamente dulces.

—Porque son tuyos, mi dueño. Son lo que siento por ti. —Hendrik sonrió, dejando que Alois comenzara a besarle el rostro; sus mejillas, sus párpados cerrados, la punta de su nariz y su mandíbula, terminando en su frente—. Quiero ser dulce para ti.

—Ya eres dulce, Alois. Tanto que a veces… —*Lo asustaba*, pero no lo dijo—. Pienso que eres perfecto.

—Quiero serlo para ti, todo… —murmuró Alois.

Hendrik no le respondió, no puedo hacerlo. Porque dentro de la cabeza del emperador la sentencia de un “ya lo eres”, se gritaba con insistencia.

Alois simplemente lo sintió alejarse en respuesta, rompiendo aquel momento de intimidad que rara vez ocurría entre ambos.

◆ ◆ ◆

Hendrik se encontraba en el gimnasio, sentado sobre un banquillo y observando a Alois. Su diminuto amante golpeaba torpemente un saco de boxeo; era pésimo.

La verdad era que ya se había rendido con el médico hacía tres días atrás, pues Alois definitivamente era un caso imposible. Sus aptitudes físicas eran tan nulas como lamentables; adorablemente patético. Y lo peor de todo era que, cada vez que Alois entrenaba, quedaba demasiado adolorido como para siquiera intentar aceptar las insinuaciones de sexo que Hendrik dejaba caer durante las noches. Lloriqueaba que le dolía el cuerpo y que se rompería si no descansaba lo suficiente durante la noche.

En resumen, Hendrik por primera vez tuvo la intención desinteresada de ayudar a Alois y como resultado, su vida sexual terminó siendo arruinada, estropeada… ¡Masacrada! Su hombría

se caería en cualquier momento por el desuso y seguramente sus bolas se volverían azules. Su cerebro iba a derretirse.

Resultaba ser que dormir con Alois, pero no poder trepar sobre él y hundirse en su interior, era el peor de los castigos.

¿Quién cojones lo mandó a intentar ser un buen samaritano? No, no era su culpa. Todo era culpa de Alois, o al menos eso era lo que Hendrik se repetía.

Si tan solo Alois dejara de lucir como un conejito pomposo pidiendo ser cazado, Hendrik no andaría quedándose calvo por los peligros que rodeaban a su chico. ¡Era desquiciante! Y estaba jodiéndole los sesos.

Lo peor de todo era que Alois no mejoraba. Nada, ni siquiera un poco, y la boca de Hendrik picaba por poder soltarle al contrario la innegable verdad, que daba asco peleando. Pero una extraña y desconocida parte de él, una especie de vena amariconada recientemente descubierta que le recorría el cuerpo, no quería burlarse del Alois y lastimar sus… Sí, sus sentimientos.

Porque Alois lucía incluso emocionado de sus “grandes avances”, como él mismo decía. Avances que nadie más veía, naturalmente.

Así que sí, todo estaba mal. El mundo era un lugar gris, el apocalipsis estaba próximo, había especies en extinción, hambruna en el mundo y Hendrik no estaba teniendo sexo. Lo último era lo que más le molestaba.

—Ya, hombre. Dile a tu nene que se rinda—Zev susurró muy bajito, sacándose las vendas de las manos—. Algunos queremos entrenar y no podemos porque tu mamón está jugando a darle cariñitos al saco de boxeo.

—Shhh —siseó Hendrik, entrecejo arrugado y una seria discusión interna desatándose en su cabeza—. No está tan mal.

Zev arqueó una ceja y mordió su mejilla interna para no responder.

—Como tú digas, emperador —respondió, colocándose de pie y yendo en busca de un compañero para entrenar, ya que Hendrik no parecía interesado en quitarle los ojos de encima a Alois.

El rizado vio con ojos bien abiertos como Alois hacía retroceder su puño para que este tomara impulso y así golpear fuertemente el saco. Sintió vergüenza ajena al verlo golpear erróneamente y retroceder, trastabillando con sus pies y cayendo de bruces al suelo.

—Mierda… —maldijo, escondiendo su rostro bajo las palmas de sus manos. Las risas de algunos convictos lo hicieron gruñir.

¿Por qué demonios le hizo caso a Alois cuando este le dijo que quería entrenar en conjunto con los otros reclusos? Oh, sí… Según él, ya estaba al nivel promedio del resto de los peleadores.

Alois se colocó de pie y maldijo al saco, gruñendo por el mal estado de los artilugios de entrenamiento. Vociferó sobre la poca ética profesional de North Collan y como ningún elemento cumplía con las normas de seguridad para peleadores… como él.

—Ya, Alois. Es suficiente por hoy —dijo Hendrik, colocándose de pie y llevándole una botella con agua al muchacho, quien la aceptó sonriente.

Mierda, esa maldita sonrisa era su debilidad.

—Gracias. —Tomó la botella y le dio un sorbo, su manzana de adán bajando y subiendo—. ¡¿Viste eso?! Mis golpes están de miedo. Seguro ya saben que no deben meterse conmigo.

—… Por supuesto.

—Creo que necesito más potencia… ¿Cómo crees que mis golpes lucen? ¿Tienen buena potencia o necesito más?

—Suficiente potencia, créeme.

—¿Y el ángulo? Antes de golpear me fijo mucho, ya sabes… —Lanzó un golpe al aire en un ejemplo para demostrar su punto—. El ángulo es importante.

—… Importante, sí —respondió pestañeando con lentitud, sin comprender de qué demonios hablaba Alois—. El ángulo es importante.

Hendrik le hizo un gesto a Alois para que salieran del gimnasio, donde llevaban casi una hora; era el límite antes de que Alois comenzara a vomitar por la fatiga. ¿Cómo lo sabía? Había tenido que presenciar más de una vez a Alois reclinado en el patio y devolviendo todo por la boca.

—¿Crees que pronto pueda participar en una pelea real? Pero, no tan real, ¿sabes? Algo como, uhm… Una pelea amistosa, sin golpes reales ni nada. —Hendrik estaba tarareando los números en su cabeza, buscando mil maneras para poder mantenerse callado y no responder a las estupideces que su corderito decía. Accedió con un movimiento de cabeza y siguió caminando, sin prestar atención a Alois, quien iba tras él de parlanchín sin remedio—. Genial, porque no quiero lastimar a nadie… o que me golpeen. Tú sabes… Cuando uno aprende a pelear, debe cumplir ciertos códigos. Un poder tan grande conlleva una enorme responsabilidad.

—Hm.

—Y no creo poder controlarme si es una pelea real. Lastimaría a mi oponente.

—Ya…

—No quiero ser como el resto. Usaré mis habilidades de combate para defender a los menos protegidos y… —Un recluso que iba pasando junto a Alois lo empujó con el hombro, haciéndolo caer al suelo. Hendrik no vio lo sucedido, por lo que siguió caminando hasta que escuchó un fuerte griterío; Alois, tenía que ser Alois—. ¡¿Acaso no ves por dónde caminas, imbécil?!

—… Joder —murmuró Hendrik, pellizcándose el puente de la nariz con ojos cerrados.

El recluso miraba a todos lados, sin comprender muy bien lo ocurrido. Era un hombre gordo y grande, de rostro con cicatrices y enormes brazos tatuados. Alois lucía como una ramita de árbol a su lado.

—Uh… —Se señaló a sí mismo—. ¿Yo?

Alois le golpeó el pecho con su dedo índice, escondiendo luego la mano y no dejando al descubierto que había lastimado su dígito.

—¡Sí, a ti te hablo, perdedor! ¿Que no sabes quién soy yo o qué? ¿Crees que puedes golpearme solo porque soy pequeño? ¡¿Te gusta abusar del más débil?! —gritó, llamando la atención de todos quienes estaban alrededor—. Vale, déjame decirte algo, hijo de puta…. ¡Soy

un león! ¡¿Me escuchaste?! ¡Soy un maldito león y puedo destrozarte cuando quiera porque…!

Alois no pudo terminar su sentencia. De pronto estaba de cabeza con su cuerpo sobre el hombro de Hendrik.

—Ni una palabra más, Alois —gruñó este en demanda, verdaderamente molesto.

—¡¿Hendrik?! ¿Qué demonios haces? ¡Bájame! ¡Exijo que me bajes!

—¡Que te calles, Alois! —Hendrik llevó una mano hasta las nalgas de Alois, dejándola caer en un crudo azote que hizo al castaño soltar un quejido agudo—. Ni una maldita palabra más.

Hendrik miró al hombre y le dio un gesto vago para que olvidara lo ocurrido. Afortunadamente, el reo, frotando su regordeta mano sobre su nuca y luciendo más avergonzado que molesto, lo dejó pasar con un simple asentir de cabeza.

Alois apretó los labios y dejó de patalear, luciendo realmente molesto con Hendrik mientras este lo cargaba como un costal de papas, a la vista de todos y hasta la celda de ambos.

Al llegar, Hendrik cerró la puerta con su mano libre de un sonoro portazo y caminó hasta la litera, donde depositó a Alois sin mucho cuidado. El más bajo se enderezó como impulsado con un resorte, dispuesto a darle batalla a su dueño; sin embargo, fue empujado contra la cama nuevamente por una enorme mano de Hendrik sobre su rostro.

—¡¿Qué fue eso?! ¡Eres un grosero y…!

—Voy a follarte.

—¡¿Qué dices?! ¡No! No quiero follar… ¡Quiero pelear! ¡Les voy a demostrar a esos abusadores lo que podemos lograr los débiles!

—Alois… —Bien, iba a decirlo. Sin anestesia para que le entrara de una al cerebro—. Eres un asco peleando, el peor de todos. Me duelen los ojos al verte lanzar golpes…

—¡¿Estás bromeando?! ¿No has visto cómo me he destrozado los brazos entrenando? Esto debe ser una maldita broma —gritó con su voz aguda y entrecortada.

—¡No es broma, malparido! ¡Quieres pelear y sigues siendo la misma mierda débil del primer día de entrenamiento! —Hendrik se arrepintió medianamente de sus palabras justo al terminar de gritar.

Permanecieron en silencio unos cuantos segundos, respirando agitadamente Y sin quitarse los ojos de encima.

—¿Qué? —Alois finalmente preguntó. Su voz salió bajita y rota.

Toda la ira de sus ojos desapareció y Hendrik casi se sintió culpable. Casi.

El emperador tomó una respiración profunda y repasó su dentadura superior con la lengua, buscando en su cabeza palabras no tan suyas, no tan dañinas.

Ah, demonios.

—No eres… —Carraspeó—. No eres un león, ¿de acuerdo? No puedes ser uno, Alois. Eres un corderito, mi corderito.

Alois apretó los labios, luciendo disconforme con la situación.

—Pero… yo quiero…

—No. No hay peros, mamón. —Se inclinó, gateando para quedar encima de Alois, quien instintivamente rodeó las caderas de Hendrik con sus muslos—. Ya, eres pésimo, ¿y? A mí no me importa. Si algo no te gusta, me dices y lo arreglo. Si alguien te molesta, me dices y le rompo los huesos.

—Tú dijiste que… —Tragó—. Me dijiste que…

—Olvida lo que dije, ¿bien? —Metió sus manos por debajo de la camiseta de Alois, buscando pincharle la piel de su estómago—. No debes pelear.

—Yo… Yo pensé…

—No lo hagas. No pienses en ayudar al débil, Alois. No en este infierno. —Hendrik necesitaba que Alois borrara esa idea de su cabeza; su bondad era peligrosa y, en esa particular situación, algo vergonzosa—. No vas a pelear. No quiero que te conviertas en algo que no eres por… mi culpa.

Alois negó, manteniéndole la mirada a Hendrik y sonrojándose por todo el rostro.

—Jamás me…

—¿Dónde está mi pacífico corderito? Lo quiero de vuelta.

—No, no, Hendrik. Yo no… Mierda. —Cerró los ojos y frunció el ceño—. Creo que me dejé llevar.

—Lo hiciste. —Picoteó los labios de Alois—. Estabas como poseído.

—No sé qué me paso. Todo se sentía tan intenso y… Mierda. —Suspiró cansado, escondiendo su rostro en la curvatura del cuello de su dueño—. No puedo creer que le grité a ese pobre hombre.

—Tranquilo, sobrevivirá.

—¿Realmente soy tan malo peleando?

—El peor…

—Ugh… Bien, creo que entonces tendré que cancelar mi pelea en el Under.

—Alois, vas a terminar volviéndome loco.

—Dios, creo que yo estoy loco. ¿Qué estaba pensando? Odio el Under.

—Lo sé.

—Odio que tú pelees. —murmuró triste.

—Lo sé, mamón. Por eso… —Se recogió de hombros, con esa molesta sensación nuevamente expendiéndose desde su vientre—, me gustas tanto.

Los labios de Alois se estiraron en una sonrisa cómplice al mismo tiempo que sus brazos se enredaban en el cuello de Hendrik. Sus bocas no demoraron en encontrarse, necesitadas por confirmar esos caprichosos sentimientos que ambos tenían por el otro.

CAPÍTULO XVII

Cuando Alois vio a Ian con unas profundas ojeras y una forzada mueca que simulaba una sonrisa, intuyó que no traía buenas noticias. Se sentó frente a él, separados por aquel plástico transparente, y tomó el teléfono que les permitía comunicarse.

—Hola, Alois —saludó Ian con un dejo de agotamiento en su voz.

Alois quiso preguntar por el motivo de su expresión fatigada y melancólica, sin embargo, no lo hizo. Estaba seguro de que forzar a Ian a hablar no era el camino para ayudar a su amigo.

—Hola, Ian... No te he visto en un buen tiempo. —Sonrió—. ¿Todo bien? ¿Cómo está mi mamá?

Ian asintió y permaneció unos cuantos segundos en silencio. Agachó la mirada y rehuyó de las preguntas de Alois cuanto pudo.

Alois quiso decirle que no se preocupara, que todo tenía solución. No lo hizo, no podía ser un hipócrita. Había cosas que no tenían solución.

—He tenido algunos problemas y yo solo... Lo siento, Alois. —Ian rascó su nuca y, con un encogimiento de hombros, soltó un suspiro—. Negaron la apelación.

Alois tardó un par de segundos en procesar lo que había dicho.

—¿Qué?

—Negaron la apelación a tu sentencia. Hice todo lo que estuvo en mis manos, lo juro. —Cubrió sus ojos con la palma de su mano—. No tengo cara para verte.

Alois tragó sus lágrimas.

Si Ian no había conseguido la apelación, solamente le quedaba esperar a cumplir un año de sentencia y solicitar la libertad condicional por buena conducta.

—Hey, Ian —lo llamó, su voz sonando más rota de lo que le hubiese gustado—, tranquilo. Está bien.

Su abogado negó.

—Tu madre reaccionó tan mal, si la hubieras visto... Dios, es que no tienes idea, Alois. Ella estaba segura de que aceptarían la apelación y saldrías de aquí.

Alois no pudo evitar pensar en Lily, en cómo se debió sentir cuando Ian le dio la noticia. Dios, ¿algún día podría enmendar todo el daño que le estaba causando a la mujer que más le importaba en el mundo?

—Ian, sé que no es tu culpa y que has hecho todo para sacarme de aquí. No quiero que te

martirices…

—¿Cómo me pides eso? Eres como mi hermano y estás aquí. —Ian soltó el teléfono y llevó sus manos a su rostro, restregando sus dedos sobre sus ojos traicioneros, ya húmedos.

Alois mordió su mejilla interna. La culpa estaba provocando calambres en su vientre.

¿Entonces era así? El lamentable estado de Ian era debido a él. Al parecer, no era más que una carga para su mejor amigo y su madre.

Las ganas de llorar lo invadieron.

Pasaron más de dos minutos antes de que Ian se recompusiera y tomara nuevamente el intercomunicador.

Alois respiró hondo, llenándose el pecho de aire en un intento por tomar valor. No quería confesarle a Ian lo que ocurría con él al interior de la penitenciaría, pero debía hacerlo. Prefería dejar su orgullo de lado si eso significaba darle un poco de tranquilidad al único amigo que había velado por él.

—Estoy bien, Ian.

—No me mientas…

—No lo hago. —Se relamió los labios, apartando la mirada hacia los dedos de su mano libre que tamborileaban sobre la superficie—. Muchas cosas han ocurrido en estos seis meses, no tienes ni idea. Pero te diré algo… Nadie me ha violado, y estoy mejor de lo que imaginas.

Escuchó el resoplido de su amigo a través del intercomunicador.

—¿Qué? —Arqueó una ceja, luciendo reacio a las palabras de Alois.

—Tengo algo así como... —La palabra “dueño” fue lo primero que vino a su cabeza—. Un novio. Es un chico rudo y malo, pero me cuida.

Seguramente, Hendrik se hubiera burlado de haberlo escuchado.

—Alois. —Ian suspiró profundo, luciendo resignado tal como un padre frente a un hijo rebelde—. Ya perdiste la razón. ¿Cómo vas a tener un novio en esta mierda de lugar? Es una prisión, por el amor a Dios. Está lleno de criminales, así que no me digas que tú…

—Lo tengo —lo interrumpió—. Y estoy bien. No te lo digo para que me juzgues, lo hago porque quiero que dejes de atormentarte. No estoy siendo abusado o golpeado, incluso me alimento bien.

Ian bufó nuevamente e inclinó su rostro hacia el techo, negando con la cabeza sin apartar su vista de la luz incandescente que los alumbraba.

—Alois, ¿recuerdas la vez que te dieron en la cabeza con un fierro porque te pillaron de rodillas mamándosela al novio de tu cuñada? Ese con el que se iba a casar.

—Eh, sí. Algo recuerdo… Menudo problema, ¿no? —Alois entornó los ojos, recordando que necesitó de unas cuantas puntadas de sutura en su cabeza.

La cosa fue así: Alois tenía un apuesto novio, cuya hermana se iba a casar. El problema era que el prometido de su cuñada era un caliente pedazo de carne, además de ser un enfermero, y Alois por aquel entonces no tenía demasiada moral.

Maldición, ya estaba comprobado. Tenía un puto problema con los enfermeros.

Y qué mal novio era, por amor al cielo. Si pudiera hablar con su yo del pasado, le diría que eso no estaba bien, que nadie merecía sentirse traicionado por la persona en quien más confía.

Jodido Hendrik.

—Ya. Estoy seguro de que ahí nació el problema, porque estás demente. ¿Cómo cojones se te ocurre caer por un criminal? —Ian le reprochó con ese acento de padre huraño que Alois odiaba. El muy bastardo lo usaba desde que eran unos adolescentes hormonalmente alterados.

—Fácil, es que lo vale. Si llegaras a conocerlo, entenderías... O quizá no, pero está bien, no miento. Es el maldito emperador de este lugar y me protege.

Las palabras de Alois tenían una chispa de orgullo. Sabía en el fondo que no había mucho de lo que jactarse teniendo como amante a un criminal psicópata y sádico, sin embargo, era Hendrik… Su Hendrik.

Que lo llevara la muerte si mentía, pero tenía el pecho lleno por ser el único para su dueño.

Fidelidad; conservadora y maravillosa fidelidad. La hermosa monogamia. Alois quería abrazar las tradiciones y rechazar la modernidad. El antiguo Alois jamás hubiera entendido el porqué.

—¿Eres el prostituto de algún cabecilla?

—Lo soy.

—¡¿Y estás de acuerdo con eso?!

Alois se encogió de hombros y ladeó una sonrisa apacible.

—La mayor parte del tiempo, sí.

—¿Fue él quien te hizo eso? —Ian señaló el cuello de Alois donde un cardenal de matices rojizos y violáceos se apreciaba orgulloso a simple vista.

Alois recordó la discusión que había tenido con Hendrik antes de ir a ver a Ian.

Los celos no eran algo que Hendrik hubiese aprendido a controlar con el paso del tiempo, y la violenta firma del emperador en el cuello de Alois, aquel vestigio de la mordida que Hendrik le encajó, era una prueba de ello.

Aún le dolía la piel rota y seguramente tardaría días en dejar de punzar y sentirse afiebrado. Alois no podía dejar de comparar a su dueño con un animal salvaje, porque Hendrik actuaba como uno.

—Sí.

—¿Y quieres que no me preocupe? Maldición...

—Lo hizo porque yo se lo permití. Por eso quiero que no te preocupes.

Alois vio la resignación en los ojos de Ian, seguido por una suave sonrisa. No le quedaba más que creer en su palabra.

—¿Realmente te gusta?

—Sí. Realmente me gusta.

—¿Al menos es guapo?

Las mejillas de Alois se sombrearon de rosa y una sonrisa traviesa, que Ian conocía bastante bien, apareció perfilada en su pequeña y carmín boca.

—Créeme, es mucho más que guapo. Es caliente. —El brillo en sus ojos lo delató.

—Joder. Realmente te tiene.

—Realmente me tiene —confirmó.

—¿Y quién es? ¿Por qué está aquí?

—Se llama Hendrik y sé que fue militar antes de estar en prisión. No sé por qué está aquí.

—¿De verdad no abusa de ti?

—Bien… —Alois recordó todas las situaciones vividas con Hendrik en un inicio—. Me llevé unos buenos golpes al principio, pero oye... Estamos en una maldita prisión, así que no pienso ser un llorón al respecto. Pero te aseguro que no hay nadie aquí que se libre de tener al menos una paliza.

Descarado mentiroso. Si chillaba como nene caído de un columpio cada vez que discutía con Hendrik, pero Ian no tenía por qué saber eso.

—Sí, tienes razón. Yo solo… No lo sé. No puedo acostumbrarme a verte ahí. Y ahora estás con novio y todo... Demonios.

—Ya, basta de mí. Quiero saber más de ti y mamá. ¿Cómo está?

Alois escuchó con emoción los detalles que Ian le proporcionó. Saber lo que ocurría fuera de North Collan era un soplo de aire fresco. Había un mundo fuera de ese infierno y algún día podría volver a él.

Se despidió de su abogado, quien le entregó la carta de su madre a través de un guardia, y prometieron volver a verse pronto.

Al salir, Alois vio a cierto conocido rubio en un puesto de visitas algo apartado. Un hombre canoso y de ojos cian hablaba con él. Era extrañamente parecido a Nevin, y se veía notablemente molesto mientras movía sus manos con exageración hacia su rubio amigo, quien solo se encogía de hombros y miraba sus uñas como si no diera un maldito centavo por lo que el hombre decía. Decidió que luego le preguntaría, aunque estaba seguro de que no tendría respuesta.

Nevin tenía una extraña capacidad para jamás decir nada de sí mismo, para desviar las conversaciones cuando se tornaban sobre él. Y entre todos los reos que Alois conocía, con su actitud despreocupada y altanera, y con aquella frivolidad casi macabra que lo hacía indiferente a peleas, armas y constantes muertes, el rubio era quien más parecía esconder.

En el camino a su celda vio a Hendrik apoyado en una pared; flexionaba su pierna con su espalda y pie apoyados en la grisácea muralla mientras mantenía los brazos cruzados sobre su pecho. Lucía tan malditamente sexy que Alois sintió un tirón caliente en su ingle.

Hendrik lo vio a la distancia y le hizo un gesto con la cabeza para que caminara a su lado. Eso era algo nuevo para Alois.

—¿Ya terminaste tu cita con el maricón del Lían Yale?

—¡Ian Hale! —corrigió con una sonrisa en los labios—. Y no es gay, gracias por preguntar.

No alcanzó a caminar mucho cuando sintió un cruel y doloroso azote en su trasero que lo hizo dar un brinco.

—¡*Auch*! ¡¿Hendrik?!

Giró el rostro y vio a Hendrik a su lado, mostrando esos perfectos hoyuelos que Alois adoraba ver.

Últimamente, su trasero dolía demasiado, todo porque Hendrik parecía querer apalearlo en todo momento. No era como si a Alois le molestase en lo más mínimo.

—Camina, corderito coqueto, que cuando te enojas me calientas mucho y ahora estoy malditamente empalmado. —Le hizo un ademán con la cabeza—. Al gimnasio.

Alois mordisqueó su labio inferior y, escondiendo una sonrisa para no mostrarse encantado con las obscenidades del contrario, obedeció. Las fuertes pisadas de Hendrik opacaban las suyas, haciéndolo sentir pequeño y vulnerable a su lado.

Ignorando las peleas a su alrededor, los gritos y las maldiciones de algunos reos al interior del gimnasio, llegaron hasta el camerino de Hendrik en aquel miserable antro. Hendrik cerró la puerta tras él y Alois se quedó estático en su lugar.

Un soplo de aire caliente en su nuca lo hizo cerrar los ojos.

—Hoy vas a bajar al *under* —susurró, besando la parte posterior de una oreja de Alois.

—No quiero.

Hendrik lo agarró por los hombros con un exceso de fuerza, y obligó a Alois a girarse.

—Es una orden. —Alois pellizcó su labio inferior con los dientes y asintió, sin otra opción más que obedecer o terminar en una pelea con Hendrik.

—¿Es importante?

—Lo es que te muestres de vez en cuando.

—¿Por qué?

—Porque quiero ganar para ti —dejó caer con simpleza, con su mano grande y caliente sobre la nuca de Alois, luciendo sus endemoniados hoyuelos y una sonrisa amplia que hizo a Alois tragar duro—. Y ahora, vas a ser un buen chico y me montarás como a mí me gusta, pero cuidado con esa boquita, que como otro bastardo te escuche gemir, te rompo el culo de un azote.

El ojiverde cayó con soberbia sobre el avejentado y duró sofá de dos cuerpos que había al interior de la habitación. Alois barrió su lengua con sus dientes al ver como Hendrik golpeaba sobre su regazo, indicándole que se montara encima. Se acercó lo suficiente, inclinándose con una sensualidad coqueta que había comenzado a desarrollar solo para volver loco a Hendrik, y colocó sus manos sobre las rodillas del rizado para besar la punta de su nariz.

—Con lo que te gusta el morbo, me sorprende que no me hagas montarte en el patio, a la vista de todos.

Podía respirar el vaho de Hendrik.

—Me viene, sí, pero a mi guarro masoca me la guardo. —Estirando una mano, apretó un

glúteo de Alois, provocando que este gimiera un quejido—. Y te encanta, ¿a que sí?

—Eres mi dueño. Me encanta que me quieras solo para ti.

—Hm.

—Y has sido un dueño muy bueno. Tan bueno... Solo mío… —Apretó la rodilla de Hendrik —. ¿Verdad?

Su dueño rodó los ojos.

Quizás Alois algún día admitiría que Hendrik no era el único con problema de celos.

—Ya sabes que sí —concedió el contrario, llevando su mano al cuello de Alois y apretando con sutileza—. Mierda… No tienes una puta idea de cómo me pone esa carita de muñequito que tienes.

—Soy tu muñequito. —Se arrodilló frente a Hendrik y frotó su mano sobre la dura erección de este a través de la tela del pantalón.

Llevó su rostro hasta la entrepierna de su dueño y dio un lametón lento y pesado por encima de la ropa, su lengua quedando áspera y seca. Hendrik empujó ligeramente las caderas, luciendo impaciente y ya medio duro.

—Puta traviesa—musitó, mirando a Alois desde arriba con un deseo advertible—. Me has hecho esperar tanto por esto.

Alois apretó nuevamente la erección de Hendrik, sintiéndola endurecer bajo su toque.

—Pensé que mi trasero era suficiente para mantenerte ocupado.

Desabrochó el botón del pantalón de Hendrik con agilidad, y sensualmente, con una lentitud tormentosa para el ojiverde, Alois hizo caminar sus dedos a través de la longitud de su erecto y caliente sexo.

La boca se le hacía agua, caliente y cosquilleante ante la antelación de tener toda la erección de Hendrik entre sus labios. Sus fosas nasales se impregnaron del aroma espeso de su dueño cuando acercó la nariz y dio un profundo respiro. Se sentía como un lázaro, deleznable y tembloroso; tan excitado que su propia erección dolía.

—Para ti, corderito, siempre puedo hacer algún tiempo extra para follar esa boquita. — Hendrik entrecerró los ojos y dejó caer su mano sobre la barbilla de Alois, quien lo observó a través de sus tupidas pestañas junto a la punta de su lengua afuera, barriendo sobre el borde de su labio inferior de manera impúdica—. Anda, sé un buen chico. Métela en tu boquita.

La mano de Hendrik comenzó a repasar desde la mandíbula de Alois hasta el borde de su afiebrada oreja, frotando el tierno lóbulo y luego deslizándose hasta los mechones de cabellos que despuntaban de su nuca.

Alois sentía que estaba siendo quemado en fuego, con una fiebre lascivia e imposible de explicar apoderándose de todo su cuerpo.

La lujuria de Hendrik se reflejaba en la forma en que lo veía, sus pupilas totalmente dilatadas. Hendrik cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás cuando Alois dejó libre su erección. Era el maldito sexo oral que había estado esperando por meses y que él le había negado.

Había algo, un placer sórdido en hacer a Hendrik esperar por lo que quería.

Los labios de Alois hormiguearon cuando los llevó a la cabeza de la hombría de Hendrik, dejando un perezoso beso antes de darle protagonismo a su entusiasta lengua. El miembro palpitaba en su mano, pesada y caliente, ansiosa de mayor contacto. Y Alois, complaciente, presionó su lengua sobre la tirante y afiebrada piel, delineando una gruesa vena que sobresalía y formando así un camino húmedo a lo largo de toda la erección de su dueño.

—Joder —maldijo él en un ronroneo consumido por el placer—. Naciste para tenerme en tu boca, muñequito.

Alois no aplazó más el momento. Relajó los músculos de su garganta y lo tomó todo en su boca de una sola vez. Ahuecó las mejillas cuando succionó con alevosía, ganándose un jadeo desesperado por parte de Hendrik, quien tenía sus manos sobre el cabello de Alois, presionándose sobre él con ímpetu. Sus labios barrieron contra los suaves y cortos vellos del pubis de su dueño cuando llegó hasta la base. La cabeza de la erección de Hendrik golpeó profundo en su garganta, más abajo que cualquier otra erección que se hubiera llevado a la boca antes.

—¡Oh, joder! —maldijo este, sus labios brillantes en saliva tras haber abusado de ellos con sus dientes y lengua—. Eso ha sido condenadamente sexy, cordero maldito. Juro que me estoy derritiendo en tu boca.

Alois abrió los ojos y levantó la mirada cuando comenzó un lento movimiento de arriba abajo, jugando con su lengua y apretando la hombría de su dueño con sus profanados y rojizos labios. La saliva se aglomeraba en su boca mientras succionaba con afán, su cabeza deslizándose a una velocidad en constante aumento y sus ojos vidriosos por la dificultad que tenía para respirar.

El pene de Hendrik tenía un sabor increíble en su boca. Se maldijo internamente por no haberlo probado antes. Las notas saladas y varoniles, tan arraigadas a la esencia innata de su dueño, lo embriagan y nublaban sus pensamientos.

Hendrik se impulsaba hacia su boca, penetrándolo bestialmente mientras tiraba de su cabello con fuerza, con firmes dedos enredados entre sus castaños mechones. Alois lo dejó pujar a gusto en él, disfrutando el cosquilleo en su propio vientre al tener a Hendrik completamente desmoronado, de mejillas rojas y respiración entrecortada.

Llevó una mano a su entrepierna y comenzó a frotar por encima del pantalón su endurecido miembro, consciente de que no haría falta mucho para llegar al orgasmo. Estaba tan excitado que dolía. Pero eso significaba ser el prisionero de Hendrik; danzar en aquella delgada línea de dolor y placer, de amor y odio.

—Esto es tan bueno. Eres tan jodidamente guarro y perfecto. —Alois cerró los ojos, el presemen de Hendrik plasmándose en sus papilas gustativas—. Maldito insaciable, que te la tragas completa, como el putito masoquista que eres.

No sabía por qué o cuándo comenzó, probablemente fue desde el comienzo, pero aquel ofensivo lenguaje vulgar de Hendrik conseguía llevarlo hasta el borde. Así sucedió cuando apretó más su propia erección y se retorció de placer al llegar a su precoz, pero delicioso orgasmo. El agarre de su boca aflojó y Hendrik se empujó con más fuerza en él, tensándose por

completo antes de también correrse y soltar todo su semen al interior de la boca de Alois. El más bajo saboreó toda la esencia de Hendrik con su lengua floja y adormecida, tragando con dificultad y tosiendo ligero. Llevó la vista a Hendrik una vez más y dio un último lametón antes de apartar su rostro de la entrepierna de su dueño.

Necesitaba un cambio de ropa interior y pantalones limpios.

Limpió las lágrimas de sus ojos, sorbió su nariz y gateó hasta quedar en el regazo de su dueño, quien ya había guardado su muy satisfecha hombría.

—No quiero ir al *under* —susurró con un amurro fingido, acariciando los pequeños rizos que se formaban en la cabellera de Hendrik.

—Joder... ¿Qué voy a hacer contigo?

—No me gusta el olor y los gritos, Hendrik. Prefiero esperarte en nuestra celda, desnudo en la cama. —Empujó su nariz en la sien de Hendrik—. Tú ganas para mí y yo te espero con una recompensa

—¡Eh! Que eso se conoce como soborno y está penado por la puta ley. —Alois sonrió y dejó besos cortos sobre los labios de Hendrik.

—Entonces, merezco un castigo, dueño. —Movió su cabeza de un lado a otro para rozar su nariz con la de Hendrik en un besito esquimal—. Pero no quiero ir, de verdad que no. Por favor.

—Ya, me da igual. Al final siempre terminas haciendo lo que se te viene en gana, puto rebelde. —Manoteó suavemente la espalda baja de Alois y este se colocó de pie—. Pero te encierras con seguro, que si sigo matando hombres para defender tu puto trasero, no quedará nadie más en este jodido mundo.

—Hm, eso no suena tan mal… Solo quedaría la rosa y la daga. —Rodeó a Hendrik con sus brazos.

—No tienes remedio, mamón.

◆ ◆ ◆

Alois entró a la celda de Noah. Varios chicos ya se encontraban allí, conversando e intercambiando chismes de prisión. En realidad, no gustaba mucho de aquel ambiente de chusmerío, pero era mejor a quedarse solo en su celda, ya que Hendrik se encontraba entrenando. Además, no había visto a Nevin desde que fue a la sala de visitas.

—¡Alois! Justo estábamos esperando por ti. No tienes idea de lo que me contó un gendarme —expresó Jack, palmeando a su lado para que Alois se sentara junto a él.

—Ni idea. Suéltalo.

—Ya sé por qué Ley cayó en North Collan.

Aquello picó el bicho de la curiosidad en Alois.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te dijo? Ni siquiera Hendrik sabe por qué Ley cayó preso…

Al menos, eso creía porque la vez que le preguntó a Hendrik, este no le dijo nada.

Noah se encogió de hombros y movió su mano con desdén. Alois alzó una ceja y llegó a su

lado, sentándose y cruzándose de piernas.

Algo, un presentimiento vago, le decía que la respuesta de Jack no iba a gustarle mucho.

—Ya te dije, fue un gendarme que lo escuchó por la boca del mismo prefecto. Al parecer, Ley ha pedido que se le provea de diversión y Nicholas se la ha traído.

—No estoy entendiendo una mierda…

—¡El motivo por el que cayó en prisión, perra! ¡Le gusta torturar a sus parejas hasta matarlas! —Jack negó con la cabeza y soltó un suspiro—. Qué puto asco. Yo casi vomité cuando me contaron.

Alois ni siquiera pudo responder.

—¿Lo dices en serio? —la voz de Noah se hizo oír—. Y con lo bueno que está. ¡Es un puto enfermo!

—Sí, completamente. Y tan tranquilo que se ve, pero por lo que me contó este guardia… —Jack miró en distintas direcciones, seguramente para darle más intensidad a sus palabras—. Le gustan jovencitos y los tortura mientras tiene sexo con ellos. Aparentemente, le pidió a Nicholas que le trajera alguna víctima... O eso dicen.

—Con razón. Ya se me hacía raro que no le gustara nadie de aquí.

—Le gusta Alois —murmuró Jack con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

—¡Peor aún! ¿No ves la carita de niño que tiene Alois? Seguro lo enciende pensar en eso. Jodido asqueroso…

—Dios, no… ¿Niños? —Noah llevó sus manos a la boca. El terror y asco se retrató en sus desgastadas facciones—. Alois, ¿estás bien?

—¿Niños? —preguntó en un susurro quebrado y para sí mismo.

Negó.

Tenía la vista en el suelo, completamente mareado por las palabras de los chicos a su alrededor.

Recordó cada interacción con el peleador, la forma en que se acercó a él y cómo mostró finalmente sus verdaderas intenciones; lo enfermizo de sus palabras y cómo parecía estar obsesionado con someter a Alois.

Conocía a ese tipo de hombres, los conocía a la perfección… Tranquilos y aparentemente amables hasta que su víctima no los obedecía.

Comenzó a sentir náuseas y a hacer arcadas. Todo su estómago se revolvió y el frío se volvió tan desolador que dolía en sus huesos. Cubrió su boca con una temblorosa mano.

Necesitaba a su dueño, al hombre que lo podía proteger de los demonios de su pasado.

—Hendrik... —Se abrazó a sí mismo, comenzando a dejar surgir aquellos tortuosos recuerdos.

La sonrisa de Ley y sus palabras bien intencionadas carcomían las entrañas de Alois en ese preciso instante. Debió haberlo sabido, debió haberlo reconocido… ¿Cómo pudo ser tan idiota?

—Ay, está pálido como papel. ¡Mierda! —maldijo Noah al ver su estado—. ¿Alois, cariño?

Sintió las palmadas sobre su mejilla y negó nuevamente.

—¡Jack, ve por Hendrik que Alois se nos muere!

Los otros reos se acercaron a Alois, preocupados por los temblores de su cuerpo. Se abrazaba a sí mismo y ocultaba su rostro hacia abajo, respirando pesadamente y con dificultad. Le preguntaban mil cosas, palabras incomprensibles a los oídos de Alois.

¿Por qué no sentía el aire llegar a sus pulmones? ¿Por qué su corazón latía tan rápido? ¿Por qué no podía enfocar la vista?

En ese momento, y a causa de los persistentes recuerdos, todo dio vueltas a su alrededor. Fue transportado a su pasado, a la época donde no era más que un residente novato en un hospital cutre.

Esa mirada angelical, esos pequeños rizos y esa sonrisa suave…

Quería arrancarse la garganta para no gritar.

“Alois, no quiero ir a casa... ¿No puedo quedarme aquí contigo?”

Se tapó los oídos con ambas manos.

—No, por favor... —rogó, sacudiendo su cabeza con insistencia—. No, no, no. Basta…

“Vas a cuidarme, ¿verdad? Seré una niña buena, pero no quiero ir a casa. Mi hermano siempre se enfada conmigo... Y me castiga”.

—¡No!

Unas fuertes manos se ciñeron a sus hombros, enterrándose en su piel mientras era sacudido con fuerza.

“¿Tú eres el médico de Mia? Mucho gusto, soy Jean, su hermano mayor”-

—¡Cállate!

—¡Alois, despierta! Maldición…

Una bofetada que rompió su labio hizo desaparecer las imágenes en su cabeza.

Parpadeó con lastimeras lágrimas aventurándose por sus mejillas. Hendrik se encontraba frente a él, mirándolo seco y con el entrecejo fruncido.

—He-Hendrik... —Abrió su boca y sin saber qué decir, asesinó los fonemas al borde de su lengua. Sonidos mudos se formaron por la conjugación de bocanadas de aire en su garganta.

Alois quiso explicarle a Hendrik, contarle de aquella pesadilla que creyó superada, pero que nuevamente volvía a atormentarlo. Su dueño vio el dolor de sus ojos, la angustia que lo envolvía.

Las manos de Hendrik temblaron de rabia.

—Dime su nombre —susurró con una voz peligrosamente tranquila—. Dime su nombre y lo asesinaré.

—Y-yo...

—Solo suéltalo, corderito. No importa quién sea, lo destrozaré.

—Ley…

Hendrik se apartó de golpe. Miró hacia Jack y Noah.

—Le conté a Alois un rumor que me llegó. T-tal parece que Ley está... Cumple una condena por abuso sexual, tortura y homicidio de menores de edad.

Hendrik bajó la vista unos segundos. Fue suficiente para Alois, no necesitó más. Conocía demasiado bien a Hendrik.

—Lo sabías —acusó, su voz temblorosa y débil.

Hendrik no respondió. Tomó a Alois de su muñeca y lo jaló por los pasillos de North Collan hasta la celda compartida de ambos. Se podía ver la frustración en él, todo su cuerpo estaba agarrotado y apretaba su mandíbula con fuerza.

Apenas entraron, Alois se soltó del firme agarre de Hendrik. Estaba consternado y asustado.

Ley significaba una amenaza para él. Una tortura vigente de la traumática experiencia que alguna una vez padeció. Sus pensamientos gritaban por justicia.

Los recuerdos de esa mirada inocente e infantil fueron los que guiaron a las palabras de Alois:

—L-lo quiero muerto.

Hendrik negó con la cabeza. Miró hacia un punto más allá de Alois, no queriendo enfrentarlo.

—No puedo matarlo.

—¡¿Es un maldito asesino de niños y no puedes matarlo?! ¡Y te llamas a ti mismo el emperador!

—¡No te atrevas a gritarme!

—¡¿O qué?! ¿Me golpearás? ¿Es eso? ¡Porque es lo único que sabes hacer! Golpear a quien no puede defenderse, tú... ¡Monstruo!

—¡¿Monstruo?! ¿Es una puta broma? —Hendrik empujó a Alois con ambas manos, haciéndolo caer al suelo—. ¿Crees que es un insulto? Pues déjame decirte algo… Soy un maldito monstruo y tú, jodida puta, te has estado follando a este monstruo por meses.

—N-no…

—¡¿No?! —exclamó en un resoplido matizado de risa—. Maldito hipócrita. Pues que yo sepa, ponerla en tu culo se llama follar.

—¡Cállate, Hendrik! —Llevó sus manos directamente a sus orejas, tapándolas al mismo tiempo que cerraba sus ojos—. ¡Quiero a ese maldito abusador muerto!

—¡No puedo matarlo, Alois!

—¡No me importa! ¡Lo quiero muerto y no volverás a tocarme hasta que lo hayas asesinado! —gritó, desgarrándose la garganta con cada palabra pronunciada.

Hendrik no respondió. El silencio inundó la celda y Alois solo podía escuchar los apabullantes latidos de su propio corazón.

¿Por qué estaba exigiéndole a Hendrik acabar con la vida de una persona? ¿Quién era el verdadero monstruo ahí?

Bajó lentamente sus manos hasta su pecho y, con un terror que calaba sus huesos, levantó la mirada. Hendrik se encontraba de pie, sin expresión alguna en su perfecto y estoico rostro.

—Está bien. —Se hincó frente a Alois, entrelazando sus dedos sobre sus rodillas y dándole una media sonrisa torcida—. Pero estás intercambiando la vida de este monstruo por tu capricho.

Dejó un beso en los labios de Alois, tan frío y lejano, como una fatídica despedida.

Alois no supo cómo reaccionar y para el momento en que pudo ponerse de pie, Hendrik ya había salido de la celda hacía bastante. ¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Miró en todas direcciones, sintiéndose perdido como un barco a la deriva sin su brújula.

Sacudió la cabeza, arrepentido de haber causado la pelea entre ellos.

Hendrik le dijo que no podía matar a Ley y él debió haberle preguntado la razón. Debió de haber escuchado. ¿Por qué no escuchó? ¿Por qué jamás podía escuchar?

“¿Puedes quedarte?”

“Lo siento, cariño. Tengo que hacer unas rondas, pero vendré mañana, ¿de acuerdo?”

“Pero…”

“No, no. Nada de eso, Mía. Alois tiene más pacientes. ¿No quieres pasar tiempo conmigo?”

“Escucha a tu hermano, campanita”.

Alois gritó con desesperación, lastimando su garganta y tirando su cabello con tanta fuerza que toda su cabeza dolió.

Necesitaba a Hendrik devuelta, lo necesitaba con él.

Lo único que escuchó fue la alarma de emergencia de North Collan, aquella que sonaba solamente cuando ocurría algún acontecimiento que requería gran fuerza represiva. Escuchó algunas ovaciones, gritos y pitidos.

Quiso correr, arrepentirse de sus palabras antes de que fuese demasiado tarde, pero el sonido de disparos al aire lo hicieron congelarse en su lugar en demostración de que ya lo era.

Nevin apareció fuera su celda en ese instante. Sus ojos estaban excesivamente abiertos junto a un terror implantado en toda su fisionomía.

—Hendrik asesinó a Ley... Lo han llevado a confinamiento solitario. —El rubio sacudió su cabeza, aturdido por lo que sus propios ojos habían presenciado—. Zev dice que Nicholas... Mierda, Alois. Van a destrozar a Hendrik.

CAPÍTULO XVIII

Cuando Hendrik veía a la muerte posarse sobre los humanos, cuando los veía perder le brillo en sus ojos y respirar por vez última, se preguntaba qué sería de sus almas. Un dios inexistente no podía hacer mucho por ellas.

Algunas veces pensaba en morir meramente para saciar su curiosidad. No iba a ser difícil, solo era cosa de darse a sí mismo una puñalada certera sobre algún órgano vital y finalmente abandonar aquel mundo que tan miserable le parecía; así iba a responder a aquella pregunta que tenía desde el momento en que vio a su madre morir. ¿Por qué no lo había hecho? No lo comprendía realmente, pues había hecho bailar el cuchillo incontables veces entre sus dedos, deleitándose al pensar que sería él mismo quien decidiría su muerte y no otro. Pero nunca enterraba el cuchillo, ya que siempre había algo que recordaba no haber hecho que lo detenía. Y, para él, morir con arrepentimientos no era una opción.

La última vez que tuvo el cuchillo, creyó que sería la definitiva. Incluso la punta de la navaja ya se hundía sobre su pecho, dispuesta a perforar su carne sobre aquella zona pulmonar. No hubo nada que quisiera realmente como para perpetuar su estadía en el mundo.

Su corazón no era más que un órgano podrido, sepultado bajo tierra maldita. No sentía dolor, ni frío ni hambre. Ya lo tenía todo; era un asesino de reyes y un conquistador de bestias. Un emperador simplemente aburrido. Y esa noche había sido la indicada para abrirse paso a lo desconocido, para aventurarse en el camino que la parca le mostraba en sueños seductoramente. Pero escuchó una respiración suave y vio unos ojos de zafiro que lo detuvieron.

Recordaba haber pedido una nueva distracción para sus aburridas noches donde ya ningún cuerpo lo satisfacía, pero jamás pidió que le dieran un motivo para no enterrarse el cuchillo, sin embargo, allí estaba frente a él. Entonces, Hendrik se preguntó si había algo además de la muerte que no conocía.

Él nunca fue un justiciero o un redentor de pecados.

Todos cargaban su propia cruz, y para él Ley no era diferente. Solo era un hombre corrompido, uno de los tantos que vagaban por el mundo destruyendo todo a su paso que había terminado en North Collan. Y así hubiese permanecido de no ser porque los ojos de Hendrik, al acecho de cualquiera que intentara acercarse a su cordero, captaron como Ley lentamente volvía a Alois el único objeto de su atención. Simples miradas de soslayo por parte del oriental se convertían día a día en una hambruna calcinante hacia Alois, el pequeño bribón que caminaba pomposo y sonreía demasiado, con una inocencia que volvía loco a Hendrik y que despertaba los demonios internos en los reclusos en North Collan.

El jodido cordero no tenía idea de lo que significaba su presencia en ese lugar, mucho

menos veía las sombras que esperaban devorar no solamente su cuerpo, sino su humanidad. Hendrik lo sabía porque él era el emperador de aquellas sombras, y fue cuando Alois volvió a él luego de arrancarlo de los brazos del oriental que decidió conocer más de su enemigo declarado.

Ley Han, el único hombre que no podía matar por órdenes de Nicholas. No le fue difícil averiguar sobre él.

Nicholas le contó una noche en el *under* bajo los efectos del alcohol, como mal bebedor que era, cómo fue que salvó al oriental de la pena de muerte a cambio de que este fuera su peleador. También le comentó sobre lo despiadado que podía resultar bajo ese disfraz calmado y el tipo de diversión que debía conseguirle para mantenerlo controlado.

Y Alois era tan dócil, suave a la vista. Parecía volarse con el viento sobre su cabello, siempre rebelde sin importar cuánto intentara acomodarlo tal como un niño pequeño lo haría. La manera en que sus mejillas se pintaban de bermellón cuando se avergonzaba, como sus ojos marinos transmitían todo sin necesidad de palabras y el color de sus labios cuando los mordisqueaba nervioso... El emperador comprendió en ese momento la fijación que tenía Ley con Alois; le dio un significado a todas esas miradas desquiciadas y fuliginosas que el oriental dedicaba a su cordero.

Aun así, no debía matarlo. No obstante, ahí estaba, con una mano dentro de su pantalón mientras caminaba a paso lento. Había realizado aquella acción cientos de veces, así que sabía que debía ser rápido y tomarlo desprevenido. No iba a arriesgarse a comenzar una lucha de puños y que los guardias los separaran antes de que lograra su cometido. Si iba a ser castigado por algo, debía hacer que lo valiera.

Ley no podía quedar vivo. Alois lo quería muerto, y Hendrik iba a dárselo. Porque Alois jamás le había pedido nada, siempre entregando tanto de sí mismo y nunca pidiendo algo a cambio. Lo iba a recompensar cumpliendo su maldito capricho.

No demoró más de unos pocos minutos en llegar al gimnasio. Sabía que Ley se encontraría ahí.

Vio a los guardias, un total de tres. Iban armados y de brazos cruzados, conversando ajenos a las intenciones de Hendrik.

¿Para qué perder tiempo trazando un plan que lo libraría del castigo por desobedecer a Nicholas? Nadie más en North Collan podía matar a Ley; todos lo sabían. Hiciera lo que hiciera, nadie dudaría de que Hendrik era el único culpable.

Sus ojos se posaron sobre Zev, quien golpeaba una colchoneta pegada a la pared con patadas lamentables. Este también lo vio y no dudó antes de trotar hacia el emperador.

La mirada de Hendrik se lo dijo todo. Era aquella mirada que cruzaron la primera vez que se vieron hacía tantos años atrás, cuando aún eran hombres libres. En ese tiempo donde Hendrik vestía su uniforme militar y Zev era un importante narcotraficante.

—Cuídame al mamón.

Zev no dijo nada. Simplemente, asintió y vio como Hendrik caminaba hasta Ley.

La mano del ojiverde picó en el interior de su bolsillo, apretando la pequeña navaja que siempre cargaba consigo. Esa que tantas vidas había arrebatado creyéndose Dios.

Ley golpeaba una estructura de madera, concentrado en dar golpes certeros sin advertir la presencia de Hendrik, quien caminaba hacia él como un felino a punto de atacar.

Hendrik no buscaba darle una muerte honorable, poco le importaba que fuese por la espalda.

No podía tardar más o el riesgo a fallar aumentaría. Sus manos, expertas en las artes de la muerte, danzaron para realizar ese simple y limpio corte. Hendrik envolvió el cuerpo de Ley con una mano sosteniendo el cuchillo, la daga que sería la causante de su propio castigo.

Ley no alcanzó a reaccionar, pues el filo de la navaja cercenó rápidamente su garganta. La sangre corrió como un río escarlata y las vociferaciones de los gendarmes no tardaron en llenar el lugar.

Hendrik tomó una gran bocanada de aire antes de soltar al hombre, quien cayó de rodillas al suelo mientras se sujetaba la mutilación en su cuello en un intento desesperado por aferrarse a la vida.

—Alois te manda saludos.

—¡Manos arriba o disparamos! —Los gritos de los presentes hicieron a Hendrik sonreír.

Levantó las manos y giró en busca de Zev, quien tenía una sonrisa ladeada y negaba con la cabeza. Lo vio modular con los labios un “mamón lameculos”, haciéndolo carcajearse y olvidar lo que se le venía encima.

Quizá la mariconería cursi de Alois realmente era contagiosa, porque se estaba convirtiendo en un imbécil por su culpa.

◆ ◆ ◆

La celda de confinamiento no era algo nuevo para Hendrik. Había estado en ella un par de veces por excederse con sus castigos al interior de la penitenciaría. Eran unos jodidos exagerados, porque nadie iba a extrañar alguna de las vidas que se perdían en North Collan, y Ley no era la excepción.

Estuvo horas ahí, simplemente divagando entre pensamientos, con las piernas recogidas y las manos sobre sus rodillas mientras hacía girar un viejo anillo en su dedo. No pudo evitar que por su cabeza pasase cierto corderito. Se preguntaba cómo estaría, aunque sabía que seguramente estaba llorando. Ya lo veía y todo, seguramente acurrucado en su cama y culpándose de lo sucedido. Atrapó su labio inferior, mordisqueando una esquina de este para evitar sonreír ante la imagen.

Alois era un tonto sin remedio, y Hendrik era peor aún por encontrarse atrapado por él.

Dios, qué complicado era todo. Por un lado, odiaba que Alois llorase, pero al mismo tiempo… Mierda, cómo lo ponía de caliente cuando lo hacía mientras follaban, siempre pidiendo por más, aun cuando su cuerpo parecía agotado.

Seis meses ya con el corderito y sentía que le harían falta unas cuantas vidas más para poder conocer todo ese cuerpo pequeño y tibio.

El recuerdo de una mañana cualquiera lo asaltó.

—¿Te gusta el chocolate, Hendrik? —Alois le había preguntado aquella vez, con su voz

desgasta y su cuerpo casi encima del de Hendrik, quien miraba hacia el frente. Apoyaba la cabeza en sus manos entrelazadas tras su nuca.

Ambos estaban desnudos, cubiertos por las infinitas mantas de la cama que los protegían del frío. El emperador ya se había acostumbrado a aquellas pláticas sin sentido luego de una salvaje follada. Era imposible para Alois no salir con algún tema irrelevante una vez que terminaban de hacerlo y a Hendrik no le molestaba, incluso algunas veces se encontraba a sí mismo respondiéndole de buena gana.

—Me da igual.

—¿Lo dices en serio? Guau.

Alois se acomodó sobre el pecho de Hendrik y este arqueó una ceja, sin poder evitar la sonrisa perezosa que sus labios torcían.

—Eh, mamonazo maricón... Cuando haces eso, pareces un pulpo, ¿sabías?

Alois pellizcó su pezón.

—No soy un pulpo. Los pulpos son jodidamente feos. —Hendrik le negó con la cabeza, sonriendo y con los párpados pesados—. Entonces, ¿qué cosas te gustan?

—Comer, follar y dormir... Pelear, quizá.

—Sé más específico, quiero saber de ti.

—Es que no hay más específico, corderito. —Volteó las posiciones para quedar encima de Alois, apresándolo con sus grandes bíceps—. Mientras sea comestible, me lo como. Mientras pueda cerrar los ojos y dormir, no me importa dónde sea, lo haré... Y mientras pueda pelear para sobrevivir, estaré complacido de romper huesos y quebrar cuellos.

Los azules ojos de Alois no parpadearon.

—¿Y yo? ¿Estoy en la categoría de… mientras pueda follar no me importa quién sea?

—Estás en la categoría de... Mientras pueda follarme a mi cordero, no me importa dónde ni cuándo ni cómo, pero lo haré. Porque eres malditamente mío y voy a sodomizarte cuando se me dé la puta gana.

—¿Y si yo no quiero?

—Siempre quieres —bromeó—. Pero jamás... No podría, tú sabes. Si no lo quieres, pues no lo hacemos y me jodo, punto.

Alois se había mordido su labio inferior para atrapar una sonrisita coqueta, de esas que lograban empalmar a Hendrik en unos cuantos segundos.

—Hendrik, si te digo que te quiero…, ¿me harás daño?

—Si llegas a quererme, el daño te lo estarías haciendo tú mismo.

—Ya, es que igual sí. Quizá soy un poco masoquista y me gusta hacerme daño.

—¿Me quieres? —Hendrik le delineó el costado del rostro de Alois con sus nudillos. Su piel seguía permaneciendo suave, incluso dentro de ese pozo de ratas. Beneficios de ser un ángel, ¿no?

Pero Alois no contestó aquella vez. El beso que dejó en los labios de Hendrik fue tan

delicado, íntimo y tibio que el emperador no necesitó palabras.

Pobre Alois, si tan hubiera sabido que Hendrik no le mentía aquel día, cuando le dijo que iba a terminar lastimado por quererlo.

—Abran. —Sus pensamientos se vieron bruscamente interrumpidos cuando escuchó la voz de Nicholas a través de la puerta metálica de contención.

Sus ojos verdes pararon en el sonriente hombre frente a él.

Hendrik salió de la celda e inclinó su pelvis hacia adelante con las manos apoyadas en sus caderas para destensarse luego de tantas horas en esa diminuta caja.

—Dios, Hendrik, ¿qué haré contigo? —Suspiró, colocando una mano sobre el hombro del ojiverde para dar leves toques—. No tienes una maldita idea de lo que has hecho.

—Hm. Corté una garganta, asesiné… —Hendrik se encogió de hombros—. Nada nuevo.

Nicholas repasó su cabello perfectamente engominado. Pidió un puro a uno de los hombres tras él y lo llevó a su boca, calando hondo para llenarse de aquel humo. Hendrik se cruzó de brazos y le esperó pacientemente, sabiendo que Nicholas estaba furioso y que no iba a salir bien parado de esa situación.

—¿Sabes cuánto dinero me costó traer a Ley hasta North Collan? —Se sentó en un banco que dispusieron para él, cruzándose de piernas y sosteniendo su puro con una mano—. ¿Cuánto me estaban ofreciendo por él? ¿Todo lo que invertí para tener un peleador decente para la Fosa?

—En realidad, me importa una mierda.

Nicholas suspiró nuevamente, apuntando a Hendrik con su puro.

—Vi los videos de seguridad. Fue un asesinato por la espalda… Nunca dejas de sorprenderme, Hendrik. —El emperador lamió su labio inferior y asintió.

—Soy una caja de sorpresas.

—Y justo hoy, en día de peleas con más de trescientos mil dólares en apuestas para la pelea de Ley. ¿Qué se supone que haga ahora?

—Ahogarte en tu propia mierda es una buena opción. —Hendrik señaló el puro del hombre, y Nicholas, manteniendo su sonrisa siniestra, se lo ofreció—. Odio que fumes estas porquerías. Hacen mal para la salud.

—Eres peor que mis hijos, Hendrik.

Hendrik dio una calada al puro y se lo devolvió a Nicholas.

—Nick, estoy de buen humor, así que deberías aprovechar para dispararme ahora que te la pongo fácil.

—Bueno, la verdad es que no estoy tan molesto como debería. Aun así, Hendrik, necesito recuperar mi dinero y solo tú puedes hacer eso posible. —Hendrik alzó el mentón; conocía el mundo de Nicholas y sabía que solo había una razón para que lo mantuviese con vida—. Verás, hoy es la pelea en el *under* y como te has cargado a mi peleador, ya no tengo entretención que ofrecer. Así que estuve pensando y pensando… ¿De qué manera puedo joderme a este hijo de puta para que aprenda a obedecer y recuperar mi dinero?

Hendrik esbozó una media sonrisa, usando la yema de su pulgar para repasarse la nariz.

—Venga. —Lo repasó con la mirada—. Si con la media neurona que tienes no creo que pudieras llegar muy lejos.

—En realidad, he tenido un plan excelente. Todos saben que eres el mejor, por eso cada vez las apuestas van peor... Nadie cree tener oportunidad contra el emperador de North Collan, y los cabrones ya se han aburrido de comprar peleadores para que los mates antes de los primeros diez minutos. —Hendrik levantó las manos, palmas hacia arriba mientras se encogía de hombros. Nicholas lanzó una pequeña risilla ronca—. Entonces pensé... ¿Por qué no darles un poco de ventaja? Así animamos las cosas.

Hendrik cayó al suelo cuando un fierro fue a dar en su cabeza. Iba a levantarse para devolver el golpe cuando dos disparos en su pierna lo hicieron caer nuevamente. El grito de dolor se escuchó en todo el lugar como un rugido escabroso.

Nicholas sostenía un arma en su mano, el humo de la pólvora bailaba sobre el metal.

Los hombres de Nicholas rodearon el cuerpo de Hendrik con fierros en sus manos para destrozar al emperador, quien solo cubría la cabeza. No iba a defenderse, no si quería salir con vida de ahí.

Sus músculos se endurecían para recibir los golpes, e intentaba no respirar para evitar golpes en sus costillas. Solo debía aguantar un poco más.

—Creo que eso será suficiente ventaja. Llévenlo al under y avisen a mi círculo que hoy tendremos una función especial. —Nicholas deslizó el arma a través del costado de su rostro, sonriendo cínicamente en dirección a Hendrik—. El moribundo emperador de North Collan defenderá su reino de cualquier peleador que le traigan. No hay límites de pelea hasta que salga el sol y las apuestas estarán abiertas toda la noche.

Colocaron a Hendrik de pie, arrastrándolo por medio de sus brazos estirados.

El ojiverde abrió los ojos y miró a Nicholas, escupiendo la sangre de su boca antes de sonreírle. Maldito hijo de puta.

Nicholas miró el puro en su mano y lo lanzó al suelo, pisándolo con la suela de su zapato antes de colocarse de pie.

—Esta va a ser una noche muy productiva.

◆ ◆ ◆

Alois quiso salir de su celda en busca de Hendrik, pero Nevin se lo prohibió.

Por órdenes de Zev, debían permanecer en la celda, encerrados hasta que todo se calmara de ser posible. Quienes habían tomado a Ley como un próximo líder no estaban contentos con la muerte que Hendrik le había dado y Zev creía que podían ir a por Alois.

El castaño estaba sentado en la cama con sus manos juntas tal como si estuviese orando, mas sus pensamientos no eran otra cosa sino un vacío blanco y vago. Se sentía tan asqueroso, despreciable.

¿En qué se había convertido?

—Lulú... —La voz de Nevin se hizo oír después de muchos minutos de silencio—. Ya deja de culparte. No fue por tu culpa que…

—Lo fue, Nevin. Lo sabes tan bien como yo. Hendrik me dijo que no podía matar a Ley y yo... Mierda, no me importó. —Aún sentía el sabor del último beso que Hendrik le dio—. Le dije que era un monstruo y le exigí que matara a una persona. ¿Qué clase de ser humano soy?

Nevin suspiró con un movimiento de cabeza, luciendo igual de desconcertado, sin saber cómo sobrellevar la situación.

—Lulú, no quiero sonar entrometido, pero... ¿Qué ocurrió? Tú no eres así. Jamás le habías pedido a Hendrik que lastimara a alguien, mucho menos que asesinara. —El rubio tomó las manos de Alois entre las suyas—. Y no me mientas, perra estúpida. Quiero la verdad.

Alois miró a su rubio amigo.

Jamás había hablado de eso con otra persona que no fuera su psicólogo. Era algo que se había obligado a olvidar. Qué ingenuo había sido.

—Nini, yo… Cuando empecé mi internado de medicina pediátrica… —Guardó silencio unos cuantos segundos, buscando la forma de no quebrarse ante la verbalización de sus recuerdos—. Se me asignó una paciente. Su nombre era Mia.

—¿Una niña?

—Sí, y era tan hermosa. Dios, no tienes ni idea… —Suspiró—. Podía iluminar toda una habitación con su sonrisa. Era muy tímida, no hablaba con otras personas además de mí.

Alois se perdió en sus vagos recuerdos.

El día que se le entregó la ficha médica de su primera paciente, estuvo tan emocionado que prácticamente corrió a la habitación de la menor. Ella era un pequeño ángel, tan vulnerable y pequeña para sus diez añitos. Alois literalmente enmudeció cuando la vio sonriéndole tímidamente mientras agitaba su manito en un saludo.

Se suponía que solo sería su enfermero, pero de alguna manera se transformó en su mejor amigo. Alois le contaba cuentos y ella cantaba desafinadas canciones infantiles. Comían los postres de la cafetería a escondidas de las enfermeras y él siempre le llevaba uno que otro regalo.

Las enfermeras molestaban refiriéndose a él como Peter Pan y a Mia como Campanita. Alois más de alguna vez pensó que tenían razón.

Los padres de Mia nunca la visitaban, estaban demasiado ocupados con sus importantes trabajos como para prestarle atención a su hija hospitalizada por apendicitis.

Y fue un día cualquiera, cuando se encontraba realizando sus rondas, que lo conoció. Estaba sentado al lado de la cama de Mia, sonriendo amablemente hacia Alois. Su nombre era Jean, alto y estoico. Alois tuvo una especie de enamoramiento instantáneo por el hombre. Tan cautivado quedó que no vio el grito de auxilio en los ojos de Mia, pero estaba ahí.

Ellos avisan, usan mil maneras para pedir socorro. Buscan sin palabras el ser salvados de los demonios que les devoran lentamente, a la espera de que alguien se dé cuenta y termine con su padecimiento.

—¿Qué ocurrió con ella, Lulú?

Alois permaneció en silencio. Raspó la carne de las palmas de sus manos con las uñas; ira y asco consumiéndolo.

—Ella... Ella era abusada por su hermano mayor. Él practicaba violencia física y abuso sexual en Mia. —La voz de Alois era seca, sin emoción alguna.

—Dios... ¿Cómo supiste? ¿Lo pillaron?

—Lo vi con mis propios ojos. —Y para ese momento, Alois ya no era más que simples resquebrajos. La culpa era una víbora que le comía las entrañas—. Vi como él abusaba de ella.

—Mierda…

Una escena que nunca podría borrar de sus recuerdos, maldita y putrefacta. Sin importar cuánto lo intentase, era una herida que jamás cerraría; lo torturaría para siempre.

En esa lejana noche había sido su turno de hacer rondas nocturnas en el hospital, de vigilar a todos los pequeños de pediatría, pero Mia era la que robaba su atención. Así que no pudo detener su impulso y, pasada medianoche, se adentró en el pasillo de los pacientes en recuperación hasta su suite, una de las más costosas del hospital. Sabía que ella seguramente estaría despierta porque no dormía mucho, pues parecía tener problemas para conciliar el sueño.

Le pellizcaría la nariz, inventaría algún juego que pondría los gritos de las enfermeras en el cielo. Tantos planes, todos tan ingenuos. Sin embargo, una parte de su vida terminó cuando abrió la puerta de la habitación.

—Fue la primera persona que quise matar. —Alois no dijo nada más. No hubo necesidad.

Poco importó que el infeliz se hubiera quitado la vida para no sufrir el repudio merecido por sus actos. El daño ya estaba hecho... Y Jean no obtuvo un castigo por ello.

Le dijeron incontables veces a Alois que no era su culpa, pero sabía que solo eran vacías palabras consoladoras. Él debió haberlo visto y escuchado, haber salido de su burbuja para ver la mierda de la realidad, no obstante, no lo hizo por haber sido un idiota ingenuo.

Alois nunca pudo volver a ver a Mia. No se sentía con el derecho para hacerlo o para siquiera pedirle perdón.

Y ahora, un segundo pecado caía sobre sus hombros. El destino de su dueño estaba sellado y había sido su culpa. El hombre que podía llevarlo al cielo o al infierno a su antojo, que no le prometía las estrellas, pero que simplemente robaba partes de la luna para Alois, estaba sufriendo a causa de él.

Si Hendrik moría, no habría libertad. Alois simplemente pasaría el resto de su vida encadenado a un cuerpo sin vida, a un muerto, consumiéndose lentamente y apagándose hasta que quedara en un gris podrido con un amor carcomido por los gusanos. Sin su dueño, quedaba vacío; sepultado en vida.

No le servirían los ojos si no iba a volver a ver a Hendrik. No quería sus oídos si no escucharía más su voz, tampoco la boca si no estaría Hendrik para besarlo. No necesitaba sus manos si no iba a tocar a su dueño otra vez, y respirar le era inservible si no estaría el aroma de Hendrik en el aire.

No le importaba dejar de existir, si el motivo de su existencia le era arrebatado.

No quería la cordura, porque para querer a Hendrik había que caer en la demencia, y Alois iba a quererlo por siempre. Vivo o muerto.

Un sonido en la puerta hizo que Nevin saliera de la cama hacia la entrada bloqueada.

—¿Zev?

—El mismo que come tu culo. Abre la puerta.

Nevin movió el cerrojo de seguridad y Zev se adentró en la celda junto a un par de hombres. Vestía un pantalón corto y llevaba sus manos vendadas. Cuando era momento de pelear, esas míseras prendas de tela desgastada eran su armadura.

—Hendrik —fue lo único que dijo Alois. No le importaba nada más.

—Está vivo. —Y con solo esas palabras dichas, Alois abandonó sus innegables deseos de morir.

—¡¿Y dónde está?! ¿Qué le hicieron? —Nevin exclamó ante el mutismo de Alois.

Zev bajó la mirada, tragando duro.

—Está en el under, pero…

—¿Qué?

Alois no esperó respuesta. Empujó a Zev y, con los ojos llorosos y su alma arrancándose a cada jadeo que soltaba, corrió hasta ese lúgubre y execrable lugar.

Los latidos de su corazón eran frenéticos y dolían. Sus manos estaban congeladas y su cuerpo parecía demasiado ligero, como si fuera a caer en cualquier momento. Se sentía pegajoso, como si a cada paso que daba alguna sustancia viscosa se adhería a su piel. Quemaba como azufre hirviendo y lo hacía querer gritar.

Ignoró los gritos de Zev y las advertencias de los guardias. Empujó a quienes se ponían por delante de él, forzándose a sí mismo a respirar. Las puertas del under no demoraron en aparecer.

El gendarme frente a él sonrió con perfidia, disfrutando del dolor que Alois transmitía.

—¿Vienes a ver a tu novio, puta?

No respondió. No podía hablar.

Agarrándose de la barra metálica de las escaleras, descendió hasta el antro que tanto había evitado. El olor ya no le molestaba y los gritos ajenos no eran más que un murmullo lejano. Sus ojos estaban empapados por aquellos vestigios de lágrimas que le nublaban la visión; no podía limpiarlos porque sus manos se aferraron a su vientre plano. Fue empujado y sacudido por aquellos que estaban ahí para ver el espectáculo, haciéndolo retroceder incontables veces.

Cuando Alois pudo tener una vista clara hacia el ring, se encontró con su dueño.

Cayó de rodillas y cubrió su rostro con ambas manos, un grito gutural y desgarrador saliendo de su garganta al mismo tiempo que clavaba sus uñas en su propia carne. El sonido de la sangre salpicando lo martirizó.

¿Ese era su castigo? ¿Ver morir a su dueño?

CAPÍTULO XIX

—Hendrik, ¿qué harías si pudiéramos irnos de aquí?

El ojiverde levantó la vista de su bandeja de comida. Alois lo miraba reservado y juicioso, a la espera de una respuesta.

Masticó lentamente y tragó con ayuda de un vaso plástico de agua.

—No he pensado en eso —respondió antes de pinchar un trozo más de pollo y echárselo a la boca.

Alois sonrío.

—¿De verdad? Yo sí lo he pensado.

Hendrik le dio una mirada rápida. Un ligero brillo en sus ojos lo delató, así como la curvatura en las esquinas de su boca formando aquellos hermosos hoyuelos que derretían a Alois.

—Bah. No me extraña, con tu vena maricona... Seguro que ya tienes todo un plan, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. De hecho, hay ciertos aspectos que estaría complacido de discutir.

Hendrik rodó los ojos y, acostumbrado a las excentricidades de su corderito, le hizo un gesto con la mano para que continuar. Alois cepilló su labio inferior con los dientes, siendo delatado por sus mejillas ruborizadas.

—Venga, lánzalo.

—No pienso ser el único que haga limpieza.

—... Alois.

—No me importa, Hendrik. Trabajo de equipo o terminamos viviendo en la mierda.

—¡Pero si la limpieza se me da fatal! Olvídalo, vivimos en la mierda entonces. —Alois enarcó ambas cejas y apretó los labios—. Bien, quizá podría ayudar de vez en cuando.

—Comidas familiares una vez al mes.

—No me jodas…

—¡Mi familia es encantadora!

—Corderito —Colocó una mano sobre su hombría—, p*refiero meterla en un sartén con aceite hirviendo antes que participar en tus comidas familiares.*

—Eres odioso. —Soltó un suspiro y se llevó una cucharada de puré de patatas a la boca.

Masticó lentamente, pensando en su siguiente propuesta—. Tú te encargarás del desayuno y yo de la cena. Seguro me toca almorzar en el hospital, así que nada.

—Hm. Si eres un puto holgazán, qué desayuno vas a preparar tú.

—Por lo mismo, Hendrik. Lo preparas tú, pero no puede contener ni carne, ni frituras o mierdas de alto valor calórico. Debe ser idealmente ligero y sustancioso.

—¡Que te follen, animal! —El rostro de pánico de Hendrik era casi gracioso. Sus labios estaban entreabiertos y sus cejas profundamente fruncidas formando un pliegue.

—¡Hendrik!

—¿Pero qué mariconería me estás diciendo? ¿Quieres alguna mierda de esas que pasan en los comerciales? —Alois se encogió de hombros con una sonrisa traviesa en sus labios—. ¿Cereales con fruta y leche, un muffin recién horneado y un vaso de jugo de naranjas?

—Eso suena bien.

—Y un demonio. Comeremos costillas, patatas fritas, hamburguesas con barbacoa y café negro. —Contó con sus dedos todos los alimentos que pretendía desayunar cada día de su vida si lograban salir de ahí.

Ambos disfrutaron de aquella mentira idílica.

—No pienso desayunar eso.

—Entonces te cagas de puta hambre, jodido malagradecido. Más encima que te cocino y todo…

La irritación en la voz de Hendrik era tal que Alois tuvo que aguantar las ganas de romper en una carcajada.

No hablaron luego de eso, cada uno continuó su comida en silencio, con el médico mirando a través de sus pestañas a Hendrik, quien mantuvo la cabeza gacha con sus labios sutilmente torcidos.

—Y yo escogeré las películas que veremos antes de dormir.

—¡Vete a la mierda, maldito dictador! ¿Pero qué...? ¿Sabes que te puedo denunciar por esto?

—Dios, amas exagerar las cosas. Eres peor que mi mamá.

—¡¿Me estás diciendo amariconado, mamón sarnoso?!

—¡No!

—¡Y ahora me dices mentiroso! —Se colocó de pie con el rostro rojo en algo que Alois jamás pudo saber si era simple rabia o vergüenza.

La bandeja con comida a medio terminar fue dejada sobre la vieja mesa. Hendrik pareció ya no tener apetito y como ritual siempre que se molestaba, buscó sus guantes de entrenamiento ante la mirada silenciosa y levemente arrepentida de Alois. Sabía cuán fácil era hacer enojar a su dueño.

—... Hendrik.

—Cállate, Alois. Ya me aburrió esta mierda.

El castaño también dejó su bandeja de lado y se colocó de pie. Quedó a escasos centímetros de la espalda de Hendrik, a quien abrazó por la cintura. Su dueño gruñó, intentando que Alois lo soltara para poder colgar su saco de boxeo y comenzar a botar tensiones.

Alois mordió con suavidad la espalda de Hendrik, cubierta por un grueso suéter de lana.

—Y seguramente pelearemos mucho, quizá todos los días. Justo como ahora —prosiguió, notando como el cuerpo de Hendrik se tensaba. Apoyó su frente en la espalda ancha y muscular del ojiverde, respirando ese aroma tan familiar que amaba—. Y yo lloraré porque quizá soy un poquito sensible.

—Ya... Sensible se llama ahora. Corderito maricón.

—Y tú sabrás que la has cagado cuando me encierre en el baño y grite que no quiero verte. Entonces, harás lo que siempre haces cuando te pasas de bruto y conseguirás algo que seguramente me derretirá el corazón y hará que te perdone de inmediato.

—Luego te llevaré a la cama y reclamaré mi recompensa, atándote a la cama y follándote hasta que te desmayes.

—Y me despertaré a mitad de la noche para decirte que, a pesar de las peleas y todo, soy increíblemente feliz contigo.

—Porque eres un guarro masoca y sabes que eso hará que me caliente. Entonces te follo nuevamente. —Hendrik consiguió que Alois lo soltara. Giró sobre su eje y quedó frente al contrario que sonreía con los costados de sus ojos añil hermosamente arrugados—. Creo que podría acostumbrarme a ello.

—Creo que podríamos comenzar a practicar desde ahora.

Alois se colocó de puntitas y, con sus labios estirados, buscó un beso suave. Hendrik no demoró en dárselo, rodeándolo con sus manos para que Alois tomara impulso y se anclara a él, cercando con sus piernas a la altura de las caderas de Hendrik.

—¿La parte donde te ato a la cama?

Sus mejillas estaban rojas cual bermellón. Sus dedos, entrelazados tras la nuca de Hendrik, estaban increíblemente fríos.

—La parte donde soy increíblemente feliz por estar contigo.

—Corderito coqueto, no tienes idea de lo que estás haciéndome.

◆ ◆ ◆

Una patada directa en su pierna lastimada lo llevó al suelo.

Todo el cuerpo le pesaba. Se sentía acalambrado en distintas partes, impidiéndole realizar movimientos tanto de ataque como de defensa.

¿Cuántos bastardos iban? ¿Tres o cuatro? No podía pensar con lucidez.

—¡¿Eso es todo lo que tienes, emperador?! —gritó su oponente con una sonrisa pérfida en los labios.

Hendrik quiso burlarse de él, gritarle en la cara que la única razón por la cual podía

golpearlo era porque tenía dos malditas balas clavadas en el muslo y una paliza de fierros encima. No obstante, bien sabía que las excusas eran para los débiles.

El réferi hizo sonar el silbato, indicando que debían volver a sus respectivas esquinas.

Hendrik sacudió la cabeza, intentando que las múltiples formas tridimensionales dejaran de dar vueltas a su alrededor. Escupió la sangre de su boca y se colocó de pie; su pierna lastimada estaba empapada en sangre, aun cuando había conseguido vendarla para evitar una hemorragia.

¿Cuántos peleadores más serían? Por la sonrisa en el rostro de Nicholas, supo que faltaban al menos seis o siete.

Llegó cojeando hasta su esquina donde Jeremía le tendió una toalla húmeda y una botella de agua. Zev solo observaba en silencio, agotado por su propia pelea. Había sido la primera de la noche y la había hecho durar lo suficiente para darle tiempo a Hendrik de tomar un descanso y prepararse. Incluso armó una trifulca que le hizo ganar unos cuantos golpes de los guardias para que se calmara. Le dio igual, pues cualquier segundo ganado contaba.

Muchos querían ver caer a Hendrik, así mismo, muchos otros no. El emperador mantenía un equilibrio en North Collan, dejaba que cada quien se valiera por su propio peso y masacraba a aquellos que intentaban desestabilizar aquel orden natural.

Quienes traficaban, sabían que Hendrik no llegaría a quitarles el dinero. Quienes se sustentaban haciendo intercambio, sabían que Hendrik no llegaría a apropiarse de sus cosas. No los defendería, pero daba el ejemplo al no hacerlo y eso era más que suficiente en aquel infierno.

—Ya lo tienes cansado, Hendrik.

El emperador asintió, enjuagándose la boca y calmando la sed en su cuerpo.

Él mismo también trataba de alargar las peleas lo máximo posible para ganar tiempo. El trato era resistir hasta el alba, y mientras menos peleadores enfrentara en ese lapso, más posibilidades tenía de salir victorioso.

—Me ha dislocado un hombro. Ponlo en su lugar —le indicó a Marco, un anciano al que Hendrik le tenía cierto respeto por saber más de quiropráctica que cualquier otro médico en todo North Collan. Nunca le preguntó cómo había aprendido o por qué estaba ahí; no le importaba.

Inclinó la cabeza hacia atrás y molió sus dientes al sentir las manos del anciano presionarse en su hombro lastimado. Ahogó un gutural rugido de dolor cuando la extremidad fue colocada en su debido lugar.

—Intenta que no vuelva a dislocarlo o tendrás problemas a futuro, muchacho —recriminó el anciano, dándole un guantazo suave en la cabeza a Hendrik.

—¿Cuánto tiempo llevo con este?

—Vas para la hora dentro de poco.

Hendrik asintió. Ya iba siendo hora de terminarlo y pasar al siguiente.

—¿Qué hora es?

—Pasa de la una de la madrugada —respondió Jeremía.

Faltaban cuatro horas más.

Hendrik cerró los ojos, buscando en los recovecos de sus recuerdos algo que sirviera para poder masacrar al hombre frente a él, que sonreía ya sintiéndose el nuevo campeón.

Tenía una pierna inutilizable y un hombro en riesgo... Pero no era tan malo.

—Zev. —Su amigo se colocó a su lado—. Cuando esta pelea termine, quiero que vayas a ver a Alois y te asegures de que esté bien.

Hendrik sabía que Nevin estaba haciéndole compañía a su chico y que, a diferencia de su corderito, el loco rubio no dudaría en atravesarle los ojos a quien intentara dañarlos. Ya lo había visto defenderse anteriormente, cuando el excéntrico rubio llegó a North Collan; quizá por eso le había gustado tanto a Zev.

El réferi se paró en medio del ring, indicándoles que debían volver a la contienda.

Hendrik se colocó el protector bucal y golpeó ligeramente la espalda de Jeremía, quien le había cambiado la venda de la pierna por una nueva más apretada que detenía el sangrado.

Se sentía mareado, y la pérdida de sangre junto a los golpes comenzaban a afectar su movilidad notablemente. Sabía que debía vencerlo en el suelo para evitar perder el equilibrio y fallar.

—¿Listo para perder el título de invicto?

Hendrik ladeó una sonrisa y relamió su labio inferior.

—Puedes repetirme esta pregunta en unos cincuenta años, si es que te permito seguir con vida.

Hendrik fue el primero en lanzar un golpe. Su mano estirada, simulando una espada, se movió con una presteza magistral hasta la tráquea de su oponente, donde propinó un golpe horizontal que lo dejó sin aire unos segundos. Fue todo lo que Hendrik necesitó, bloqueando el dolor de su cuerpo y tomando el impulso necesario para lanzar una patada de costado directa al cráneo del hombre. Debía aturdirlo.

Su oponente retrocedió tres pasos, los cuales Hendrik contó.

Aplanando sus talones sobre el ring, dio un salto que le permitió agarrar la cabeza del hombre y someterla entre sus piernas, ahorcándolo con sus rodillas. Recibió golpes en las costillas y uno en la boca por parte del hombre, quien intentó defenderse ya demasiado tarde.

Hendrik se dejó caer hacia atrás, se apoyó en las palmas de sus manos y, estando de cabeza, aplicó una llave de lucha oriental. Su oponente cayó al suelo, justo como necesitaba.

Las fuerzas se le agotaban. Debía terminar rápido o comenzaría a cometer errores y dejar flancos expuestos.

Atajó el brazo del hombre antes de que pudiera asestarle un codazo en el rostro en defensa. Lo tomó con fuerza y lo colocó sobre su propio hombro lastimado, quebrándole la estructura ósea cuando tiró de él con pujanza hacia abajo. El grito de dolor llenó el *under* junto a los rugidos de los convictos. Hendrik sonrió entre una mezcla de cansancio y satisfacción, sabiendo que esa batalla ya estaba ganada.

En medio de su sufrimiento, el contrincante no vio a Hendrik yendo también a por su pierna. Un nuevo crujir tronó en los oídos de este.

El emperador se colocó de pie, jadeando y sacudiendo su cabeza debido al mareo. Su adversario quedó en el suelo, retorciéndose de aflicción por sus extremidades rotas.

Hendrik levantó un brazo con la mano hecha puño, y se giró en dirección a Nicholas, quien sonreía a su vez.

—¡¿Es todo lo que tienen?! —rugió con la sangre salpicando de su boca. Todo el *under* guardó silencio—. ¡Este es mi reino!

Su grito alzó a los espectadores, quienes ya no eran humanos, sino bestias clamando por su rey. Por el líder innato de su manada, sin juicio ni lucidez. Gritaron y vitorearon al eterno campeón.

Hendrik volvió a su esquina fingiendo no sentir dolor alguno, aun cuando todo su cuerpo se encontraba acalambrado y extenuado. No estaba seguro de soportar las horas restantes.

—¿Zev? —preguntó en un jadeo agotado.

—Fue a ver a Alois.

Hendrik cerró los ojos, descanso su cabeza antes de que llegara su nuevo oponente.

—Bebe esto con agua. —Marco le tendió un puñado de tabletas.

—¿Qué son?

—Analgésicos. Solo tómalos o me arrepentiré de dártelos.

Hendrik no demoró en llevárselos a la boca. Luego le pagaría al viejo por ellas, a sabiendas de que le costaría un ojo de la cara pese a que no tenía ni puta idea de lo que eran.

Marco también le extendió una botella con agua, sutilmente salada.

—¿Qué mierda? —dijo Hendrik al sentir el sabor en sus papilas gustativas.

—Suero oral casero. Te ayudará a hidratarte. —Hendrik gruñó, pero bebió el resto.

Vio al réferi nuevamente sobre el ring, sosteniendo el micrófono para presentar al nuevo peleador.

Hendrik se pasó una toalla húmeda por el rostro para limpiarse la sangre fresca mientras escuchaba la burda presentación de su retador.

Un hombre gigante, de más de dos metros, subió al ring.

—Sé evasivo —susurró Jeremía sobre su oreja.

Marco chasqueó la lengua. Dejó unas cuantas palmadas en el hombro de Hendrik antes de bajar del cuadrilátero.

El ojiverde se colocó de pie, sujetándose de las gruesas cuerdas.

Su ritmo cardiaco era lento y acompasado. Sus manos se sentían tullidas, demasiado frías. La pérdida de sangre lo había debilitado.

—¿Últimas palabras, emperador?

—Eso dicen todos —Rotó los hombros para destensarlos—, antes que los mande a chuparle el coño a la parca.

La nueva pelea comenzó.

El gigante lanzó un gancho directo a su quijada, haciéndolo caer de bruces al suelo. Lo obligó a colocarse de pie con un jalón en su cabello. Tenía demasiada fuerza y Hendrik estaba demasiado débil, pero aun así logró esquivar su segundo golpe al alzar su pierna y propinarle un rodillazo. Se apresuró a tomar la cabeza del contrario entre sus manos y tomó impulso necesario para darle un grotesco cabezazo en la nariz. El crujir del tabique nasal de su oponente le indicó que lo había conseguido.

Sin embargo, el puño del contrario se hundió en su diafragma repentinamente, dejándolo sin aire y dándole ventaja para propinar un golpe certero en su ojo. Cayó al suelo y se removió para esquivar la patada del gigante en su cabeza, pero le fue imposible.

—¡Levanta tu culo, hijo de perra! —escuchó la voz de Zev al mismo tiempo que su adversario lo levantaba para molerlo a golpes.

Hendrik buscó lo buscó a tientas. Pero, al igual que la primera noche en que la parca lo había visitado para tentarlo, fue acorralado por unos ojos de zafiro. Su corderito.

No pudo continuar con su vista sobre él, quien lo observaba lloroso desde el público, porque un golpe contra su pierna lesionada lo hizo gritar de dolor. Las reiteradas patadas en su abdomen lo hicieron encogerse contra sí mismo.

Pensó que todo había terminado.

—¡Sácalo de aquí! —gritó en dirección a Zev, salpicando sangre por la boca y dejando su vista borrosa de un puro ojo.

Alois comenzó a abrirse paso hacia él, empujando y lanzando patadas cuando Zev intentó detenerlo.

—¡Hendrik! —gritó hacia él—. ¡Hendrik, levántate! —¿Cómo se suponía que hiciera eso? Oh, su cordero rebelde, tan caprichoso como siempre—. ¡Tienes que levantarte o dejaré que todo North Collan me folle! ¡¿Escuchaste?!

Hendrik quiso gritarle que azotaría su trasero por eso, pero una mano se apretó en su garganta para impedírselo, levantándolo del suelo.

Llevó sus manos al grotesco brazo del hombre frente a él, al gigante que sonreía mostrando sus putrefactos dientes. Intentó soltarse por la falta de aire y porque Alois estaba viéndolo todo, siendo aquello mucho más doloroso que cualquier golpe.

Apretó sus piernas a las caderas de su contrincante, pero no lo pudo tumbar. Ya no tenía fuerzas.

—¡No! ¡No te atrevas a dejarme!

La voz de Alois era la única que escuchaba.

Su amante llegó frente el ring, sus temblorosas manos sujetándose a las cuerdas en un intento desesperado por subir para lanzarse sobre el gigante que estaba llevándose la vida de Hendrik. Zev lo sostenía, gritándole que se calmara o los guardias le llenarían el pecho de plomo a balazos. Pero a Alois parecía no importarle; sus ojos estaban embravecidos y fijos en Hendrik.

—¡Eres un maldito mentiroso, Hendrik Stone! ¡Te odio!

Su contrincante lo apretaba con tanta fuerza que sentía sus vértebras cervicales cediendo

lentamente. La risa del gigante sobre su oído evitó que perdiera el conocimiento.

—¿Ese es tu puto? —preguntó, lamiendo la mejilla de Hendrik—. Cuando sea coronado como nuevo emperador, lo haré mío.

Hendrik escupió más sangre cuando el hombre le enterró la rodilla en una patada bestial.

—¡No! ¡Suéltalo, maldito! —Alois se rasguñaba a Zev y Nevin, quienes intentaban contenerlo—. ¡Voy a matarte! ¡Juro que voy a matarte! ¡Hendrik!

Los gritos de Alois se enterraban en él como cuchillos en su cuerpo.

—¿Escuchas cómo grita por ti? Seguramente, grita igual en la cama. Y yo voy a disfrutarlo, joder cada parte de su cuerpo y luego romper sus huesos mientras ruega por piedad.

—¡Por favor, no me dejes! ¡Mi dueño, no me dejes! —Hendrik abrió sus amoratados e hinchados ojos, teniendo frente a él el rostro de su contrincante—. ¡Suelta a Hendrik, te lo ruego! ¡Suéltalo!

La mirada de su enemigo estaba fija en su corderito mientras se relamía los labios, riéndose jactanciosamente.

—Tú, hijo de perra —lo llamó en un susurro áspero. El gigante devolvió su atención a Hendrik, quien cavó un hoyuelo en su mejilla antes de escupirle en el rostro—. No vuelvas a mirarlo.

Aquella orden nació de un torrente de ira acumulado en su pecho. Porque había cuidado a Alois con tanto esmero, lastimándolo demasiado en el proceso y aprendiendo cada día cuán frágil era ese pequeño chico que siempre buscaba alguna excusa para besar sus labios y luego escapar con una sonrisa tímida. Alois era lo mejor que había en Hendrik, y no iba a permitir que un demonio malnacido lo rompiera.

Un gutural rugido emanó bestialmente de la garganta de Hendrik.

Su puño se cerró y fue a parar directamente en la rota nariz de su contrincante. Cuatro segundos y el hombre lo soltó. Hendrik aprovechó la oportunidad y se abalanzó sobre él, abrió su boca y llevó sus dientes directamente a la garganta del hombre, rompiendo la piel y desgarrándole la carne.

El gigante intentó sacarse a Hendrik de encima, pero le fue imposible. El emperador le estaba destrozando la garganta con sus propios dientes.

La sangre comenzó a brotar de la yugular del gigante y Hendrik se apartó, usando los restos de fuerza que habían aparecido en él para tomar al hombre por el cráneo y envolverlo en sus brazos contra su pecho. Oprimió con fuerza, un último bramido escapando de su garganta mientras le quebraba el cuello a su contrincante. Este, con ojos blancos y sangre cayendo por su boca abierta, cayó al suelo.

El under nunca volvería a ser el mismo después de eso.

Un hombre llegado de la nada comenzó a aplaudir, haciendo que Hendrik levantara vista y le diera su atención, al igual que el resto.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! —Sus aplausos martillaron los oídos de Hendrik.

Vestía un traje militar de alto rango, escoltado por militares armados.

Nicholas se colocó de pie con su rostro pálido al verlo.

—Se-señor...

—¡Esto ha sido maravilloso! —Se abrió de brazos, sonriendo sin dejar de mirar a Hendrik en ningún momento—. ¡Un espectáculo digno de perpetuar en nuestras memorias!

Hendrik se colocó de pie, intentando no poner peso en su pierna lesionada. Sentía que en cualquier momento caería al suelo.

Sus ojos esmeraldas no se apartaron del bastardo uniformado. Lo conocía demasiado bien.

—Pero me temo que deberá terminar aquí, o terminaré perdiendo a un gran soldado... —Miró a Nicholas y la diversión desapareció de sus ojos—. Y a un hijo.

—Co-coronel Stone. —La voz de Nicholas tembló.

—Creo que tú y yo teníamos un acuerdo, y no lo estás respetando.

Zev soltó a Alois, sin esperar un maldito segundo más para subir al ring en busca de su compañero herido. Alois fue tras él, pisándole los talones.

—Hendrik. —Solo en ese momento, el emperador quitó la vista del hombre que se encontraba a poca distancia de él—. Hendrik, ¿me escuchas?

Parpadeó con la imagen de Alois distorsionándose frente a sus ojos.

¿Era el puto cielo? No había un Alois, sino tres...

Los ojos de Hendrik se cerraron y cayó sobre el pequeño cuerpo del médico, quien abrió sus brazos para sujetarlo con la ayuda de Zev.

Alois respiró profundo, su labio inferior temblando y sus brazos apretando al enorme cuerpo malherido de su dueño.

—Vamos, debemos llevarlo a enfermería —susurró Zev.

Jeremía y Nevin estaban ahí, a la espera para ayudar en lo que hiciera falta.

El castaño levantó la mirada, sus ojos añil conectando con los fríos y secos del hombre uniformado, quien asintió con la cabeza. No sabía quién era, pero había salvado a Hendrik y eso era todo lo que le importaba. Daba igual si era bueno o malo, incluso si era aquello que más odiaba…

Alois era capaz de besar a la muerte por Hendrik.

—Vamos a estar bien —Alois susurró bajito, cargando el cuerpo desfallecido de Hendrik junto a Zev. No era consciente de sus propias lágrimas—. Vamos a estar bien, bebé.

Alois era un excelente mentiroso.

◆ ◆ ◆

Alois llegó a la unidad médica como cada mañana. Cargaba una bandeja con comida y un jarrón de café. Saludó al enfermero y médico de turno, quienes le agradecieron por su llegada. Al parecer, cierto paciente no era muy agradable con ellos.

Se miró en el reflejo de una ventana y acomodó sus rebeldes mechones con una mueca de

molestia. ¿Por qué su cabello era tan complicado? Extrañaba tantos sus cremas capilares.

Saludó a unos cuantos pacientes, todos notoriamente en mal estado, y llegó hasta la única camilla que le importaba. Sus ojos se iluminaron al ver a su dueño en ella, leyendo aquel libro de Stendhal que tanto le gustaba, por mucho que Hendrik dijera lo contrario.

—¡Al fin! —exclamó Hendrik con su voz ronca. Cerró el libro y lo dejó a un lado, irguiéndose con lentitud para quedar sentado—. ¿Por qué te has demorado tanto, puto insensato?

Alois rodó los ojos y dejó la bandeja con comida delante de Hendrik.

—Porque yo también tenía que comer.

—Oh, excelente, y que tu dueño se muera de hambre. Serás hijo de puta. —Hendrik tomó una hogaza de pan y se la llevó a la boca.

Alois se sentó a su lado, permaneciendo en silencio mientras lo veía devorar los alimentos como un moribundo muerto de hambre.

Había tantas cosas que quería preguntarle a Hendrik, pero sabía que no obtendría respuesta alguna. Decir que eso no le molestaba sería mentir, sin embargo, no quería pelear con él de momento. ¡Que casi se le murió el dueño! No iba a jugársela y terminar con un Hendrik molesto. Tenía sus métodos para obtener lo que quería de él, solo era cuestión de tiempo.

—… ¿Y? —preguntó Hendrik dándole un sorbo a su café.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? —Alois se encogió de hombros con un amago de confusión a las palabras de Hendrik. El emperador andaba con un humor algo susceptible y todo lo que le decían tendía a cabrearlo. En pocas palabras, se estaba comportando como un imbécil por estar lastimado—. Que me cuentes que has hecho. Seguro aprovechas que no estoy por ahí para joder con otro cabrón.

—… Hendrik.

—¡¿Qué?! ¿Vas a enojarte ahora? Adelante, venga, desquítate conmigo porque no puedo defenderme. ¡Por supuesto! Como el mamón amariconado está hospitalizado, démosle por culo, ¿no?

Alois se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

—¿De qué estás hablando ahora?

—¡De nada, joder! Ahora ni hablar puedo…

En ese momento, Alois no aguantó más y rompió en una estridente risa.

Amaba aquel lado irracional y tonto de Hendrik. A decir verdad, amaba todos los lados de Hendrik, ya que de cuerdo no le quedaba nada.

—Eres... —Se limpió las lágrimas de risa en los bordes de sus ojos—. Eres de lo que no hay.

—Ya...

—¿Estás enojado?

—¡No, por supuesto que no! Mi novio se la monta en mi cara como si yo fuera un puto

payaso… —Hendrik detuvo sus palabras en ese instante. Tragó grueso—. Q-que mi cor-cordero es un insolente y...

El corazón de Alois se acompasó con furiosos latidos, e incluso se sospechó que Hendrik podía oírlo. Los dedos de sus manos se ensortijaban entre sí y sus mejillas se habían encendido en rojo. Succionó su labio inferior al interior de su boca y respiró una bocanada de aire. Retuvo el aire cuanto pudo, asegurándose de que no estaba soñando.

—Soy tu novio —aseguró Alois luego de unos cuantos minutos de silencio incómodo.

—No.

—Dijiste que soy tu novio.

—No lo dije, zorro caprichoso. Esas son mariconerías cursis. Tú estilo.

—Pero lo dijiste y ahora soy tu novio.

—¡Vete a la mierda, mamón! —Hendrik lanzó la bandeja al suelo cuando de un movimiento brusco le dio la espalda a Alois.

Alois bufó y recogió la bandeja, agradecido de que antes no hubiera comida en ella, ya que Hendrik se la había comido toda al igual que el café. Dejó la superficie plástica sobre una sillita y volvió a subirse en la cama, quedando con su boca a muy poca distancia de la oreja de Hendrik.

Le dio un lametón.

—¿Recuerdas cuando te dije que lo mío era contagioso? No estaba mintiendo. —Hendrik resopló.

—Jódete, Alois.

—Ya eres mi novio, ahora solo hace falta que me quieras... ¿Crees que podrás? —Llevó sus dedos a la mejilla expuesta de Hendrik y comenzó a regalarle pequeños toquecitos.

—No —gruñó este en respuesta.

Y si Alois no conociera a Hendrik, hubiera pensado que estaba avergonzado. Y quizá sí lo estaba.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—Bueno, puedo vivir con ello. Porque yo te quiero tanto que me sobra y puedo cubrir tu parte. —Presionó un suave beso en su mandíbula, seguido de otro. Escuchó a Hendrik ronronear suavemente—. Eso es mucho, ¿sabes?

—¿Cuánto?

—Mmm… —Fingió pensárselo—. Puede cubrir esta vida y unas cuantas más. —Vio nacer un hoyuelo en la mejilla de Hendrik, mostrando una traicionera sonrisa.

Alois sonrió también, sintiéndose cálido y pleno.

Daba igual lo que pasara en el camino, incluso las veces que saliera lastimado por querer a Hendrik; no iba ni quería dejar de hacerlo.

—Maldito coqueto, vas a hacer que tenga una puta erección…

—Pues tendrás que encargarte de ella tú solo, porque no pienso meterte mano. —Depositó un último beso y se levantó de la camilla, provocando que Hendrik se volteara notablemente molesto.

—¡¿Cómo que no?!

—Uhm, bueno, sí. Verás… —Alois comenzó a jugar tímidamente con sus dedos, bajando la cabeza y mirando inocentemente a Hendrik—. Es que esas cosas yo solamente las hago con mi novio.

—¡¿Pero qué dices?! Si ya perdí la cuenta de cuántas veces te la he metido, cabrón. —Hendrik levantó los brazos, en un gesto de incredulidad genuina—. ¡Si hasta me la comes con la boca!

Alois siseó para que Hendrik bajara el volumen de su voz, notoriamente avergonzado por lo que escucharían los otros reclusos.

—Deja de ser tan sucio.

—Y tú deja de fingir cuando sabes que adoras que te folle, sea tu novio o no.

Alois frunció el ceño y se cruzó de brazos en una actitud altanera ante las palabras de Hendrik.

Iba a hacer que Hendrik le pidiera noviazgo sí o sí.

—Da igual. Desde ahora no lo hago si no es con mi novio.

—¿Y qué haces aquí entonces? Ve a buscarte un maldito novio y deja de molestarme.

Alois iba a objetar cuando un carraspeo lo hizo callar. Giró su rostro al igual que Hendrik, y toda su cara perdió color al ver a ese hombre que ya conocía a una nimia distancia de ellos.

Su vientre se contrajo dolorosamente.

—Hola, Hendrik —dijo con una voz seca y áspera, ignorando completamente a Alois.

Alois buscó la mirada de su dueño y lo que encontró fueron esos mismos ojos muertos y apagados de la primera vez que se conocieron.

—Hola, padre. O debería decir... ¿Coronel Stone?

CAPÍTULO XX

La primera vez que Hendrik vio a su padre, tenía cinco años. El cuerpo aún tibio de su madre yacía inerte en la camilla del hospital donde murió por una sobredosis de pastillas para dormir.

Él no comprendía qué ocurría; no conocía del mundo más allá de las historias fantásticas que su madre le contaba por las noches. En su pequeña inocencia, el héroe rescataba a la princesa, el malvado siempre era derrotado y al final de cada cuento había un “vivieron felices para siempre”.

El mundo tenía colores, pero cuando murió su madre, estos les fueron arrebatados de la noche a la mañana. Robert Stone, el hombre que lo engendró, fue el malhechor que lo hizo.

—*Desde hoy eres un Stone y deberás actuar como tal, Hendrik.*

Oh, pequeño inocente. No comprendió el peso de aquellas palabras hasta que fue demasiado tarde. Hasta que un día miró su reflejo en el espejo y se dio cuenta de que frente a él no había un ser humano, sino un monstruo. Justo como su padre esperaba. ¿Lo peor? No se sentía mal por serlo. Fue forjado en acero, moldeado a voluntad del hombre más desalmado que pudiese haber.

La primera vez que Hendrik tuvo que defender su vida, solo tenía doce años.

Estuvo confinado en un internado para hijos de militares, en una prisión con buenas camas y profesores aficionados en abusar de sus alumnos. Su cuerpo avistaba composiciones brutales de golpes y sus labios no pronunciaban más de unas cuantas palabras sin que comenzara a tartamudear. Era una víctima más, el eslabón débil de la cadena, y seguramente hubiera seguido así de no ser por su padre.

Jamás iba a olvidar el día en que Robert lo visitó, luego de años sin tener alguna noticia de él. Se presentó imponente con su porte recto, despojado de cualquier emoción humana. Se mofó de él en cuanto lo vio, de su pobre y lastimera condición, y fue repudiado de vil manera con solo una mirada.

—¿Así que tu profesor te golpea, Hendrik?

Hendrik no pudo responder. Simplemente, bajó la cabeza sin saber qué debía sentir en ese momento. Estaba tan perdido y desorientado, como un barco sin su brújula a la deriva, rodeado de un mar atestado de tiburones. ¿Por qué no hubo alguien que le dijera que era lo que debía sentir? Todo hubiera sido más simple.

Y lo que nunca había ocurrido, llegó a él en ese momento… Su padre acarició su pequeña y rizada cabellera, sonriendo como Hendrik pensó que lo haría un padre a su hijo. Pero no fue así, y lo comprendió cuando la puerta de la habitación se abrió y su profesor entró por el umbral de

esta.

—Al parecer, tenemos un problema aquí. —El coronel se colocó junto a Hendrik, su mano sobre el escuálido hombro del menor—. Hendrik me ha informado que ejerces violencia en él.

—Debe fortalecer su carácter.

Hendrik quiso llorar. Pudo sentir los golpes que hubieran dejado en él, esos estigmas punzantes en su lechosa piel que hubieran tardado semanas en sanar.

—Y estoy completamente de acuerdo —respondió su padre—. Así que haremos esto...

Robert Stone miró a uno de sus oficiales y este le entregó su arma. Hendrik dejó de respirar, al igual que su profesor, cuando su padre la posó frente a él.

—¿Qué demonios está haciendo?

—Fortaleciendo el carácter de mi hijo, justo como usted aconsejó. —Hendrik cerró los ojos, contando en su cabeza. Rogó para que eso no fuera más que una pesadilla—. Tómala, Hendrik.

—N-no.

Robert bufó y sacó su propia arma. El tiempo pareció detenerse cuando, sosteniéndolo firmemente, apuntó el revólver sobre la sien de Hendrik. El ojiverde temblaba, a sabiendas de que el coronel no estaba bromeando.

—Tómala, ahora. —Hendrik obedeció. Sostuvo aquel peso de plomo con manos temblorosas. El profesor retrocedió unos cuantos pasos, sin embargo, los guardias de Robert bloquearon la salida. Los gritos del hombre no demoraron en hacerse escuchar—. Dispárale, hijo.

—Po-por favor, no. No puede, no… —sollozó.

Su padre sacó el seguro del revólver.

El hombre frente a él siguió rogando. Hendrik no quería hacerlo.

La opción de dejar que su padre le disparara y terminara con todo de una vez fue casi mayor a su instinto de supervivencia.

—Dispárale, Hendrik.

—N-no puedo. —Sus manos temblaron, trémulas y frías, empapadas en sudor. Su corazón latió con tanta fuerza que su pecho dolía—. No, no. Por favor, no…

El revólver de su padre se presionó sobre su cabeza.

—Merece morir.

—No.

—Sí. Porque si no muere, seguirá golpeándote... ¿Eso quieres? —Hendrik negó con la cabeza—. Entonces, dispara. Elimina a cualquiera que quiera interferir en tu vida.

—¿Po-por qué? No quiero... No quiero ser un asesino.

—¿Qué tiene de malo ser un asesino? —preguntó su padre, como si no fuera la gran cosa, con su sonrisa pérfida y sus pupilas dilatadas—. Hendrik... ¿Crees en Dios?

—No, no sé… Sí, porque mamá...

Su padre lo interrumpió con un negar de cabeza, luciendo casi decepcionado.

—Pues Dios es el mayor asesino de la historia, hijo. Nosotros solamente estamos hechos a su imagen y semejanza. —Las bocanadas de aire que Hendrik respiraba se sentían como un caudal de agua, ahogándolo lentamente—. Ahora, contaré hasta tres y dispararás... O lo haré yo.

—Pa-padre...

—Uno. —Todo se iba a definir en ese momento. ¿Iba a morir? ¿Por qué? No quería morir por salvar la vida del hombre frente a él. Lo lastimó, le hizo daño tantas veces—. Tú tienes el control, hijo. Tú decides. —Él solo no quería seguir sufriendo. Y hacía frío, y su pecho le dolía —. Dos... —¿Entonces así era como funcionaba? ¿Su padre tenía razón? Él tenía el arma; él decidía quién vivía y moría—. ¡Dispara, Hendrik!

Y Hendrik disparó. La pólvora calcinada llenó sus fosas nasales y el arma cayó a sus pies al mismo tiempo que el hombre frente a él.

En sus ojos no hubo arrepentimiento, no hubo miedo ni dolor. Estaba en estado de shock donde no podía ni siquiera enfocar la mirada y en sus oídos lo único que se oía era un vago zumbido.

—Bien hecho, hijo. Has aprendido tu más importante lección hoy: tú decides el destino de los hombres frente a ti. Tú puedes ser Dios.

Hendrik levantó la mirada, todo frente a él siendo blanco y negro. Su músculo cardiaco apenas latía y sus manos ya no temblaban.

Su padre enarcó ambas cejas al ver la expresión mortuoria en su rostro.

—O el diablo —el futuro emperador respondió con una pequeña sonrisa y ojos muertos.

◆ ◆ ◆

—Alois, ve a ver a Nevin.

El médico giró en dirección a Hendrik, con una actitud de querer oponerse a ser apartado. No obstante, la peligrosa mirada que el emperador dirigía hacia quien se había presentado como su padre, fue suficiente para mantenerlo callado. Hendrik tampoco estaba dispuesto a ceder en ese momento.

Al final, Alois hizo lo que mejor se le daba: se inclinó rápidamente hacia los labios del rizado para depositar un fugaz beso en ellos antes de apartarse y salir a paso apresurado de la unidad médica. Hendrik lo vio desaparecer, perdiendo el calor de su cuerpo.

¿En qué momento había pasado a necesitarlo tanto? ¿A ser tan débil y depender de otro ser humano?

—Una verdadera preciosura —se burló su padre.

—¿A qué has venido?

—Luego de salvar tu miserable vida, pensé que estarías feliz de verme. —Hendrik parpadeó, sin mostrar emoción alguna en su rostro. No iba a darle el gusto a Robert de caer en su juego—. ¿Hasta cuándo continuarás dejando que tu ego te domine?

—Solo lo diré una vez más… ¿A qué has venido?

Hendrik vio a Robert bufar y negar con la cabeza.

Si su padre estaba ahí, significaba que nada bueno podía estar ocurriendo.

No había vuelto a ver a Nicholas, por lo que no pudo enterarse de qué maldita manera estaba su mecenas relacionado con su padre.

—¿No puedes hacerte una idea, Hendrik?

—¿Me extrañabas? —Repasó su mentón con los dedos, formando esa sonrisa que precedía a palabras obscenas y desquiciadas—. Qué guarro, padre, pero no me va el incesto y ya tengo culo que follar.

—Así veo. Alois Thompson.

Para Hendrik, no fue difícil suponerlo. Robert seguramente ya sabía todo sobre Alois, y decir que aquello no hacía que su pulso se acelerara, sería mentir. Él era un pésimo mentiroso.

—Adelante, ve por él. Siempre quise una razón para matarte.

—Pensé que tenías varias.

—Pero ninguna lo suficientemente deliciosa. —El emperador entornó los ojos, sin dejar de sonreír—. ¿Por qué no dejas de joder con mi puta y me dices qué demonios tienes que ver con mi mecenas?

El coronel llevó su dedo corazón y pulgar a las comisuras de la boca, delineando por debajo de su labio inferior hasta que sus dedos se juntaron al medio de esta. Un atisbo de diversión estaba reflejado en sus facciones.

—¿Nicholas? Trabajaba para mí.

Eso no se lo esperaba.

Hendrik tragó, enseñando como respuesta una expresión completamente impasible. La maquiavélica incertidumbre lo hizo apretar en puño las mantas de la camilla.

—¿Tú lo mandaste?

—Naturalmente. Debía tener un ojo puesto sobre mi querido hijo. —Hendrik molió su dentadura al apretar con fuerza. La ira ya comenzaba a alojarse en su abdomen, como un volcán próximo a estallar—. Teníamos un acuerdo simple.

—Muero por escucharlo. —Su padre se encogió de hombros.

—Te mantenía con vida y a cambio... —La sonrisa triunfal de su padre le revolvió el estómago—. Yo lo dejaba seguir haciendo sus porquerías de torneos en el under.

—Hm, ya. Bueno, quizá no te has dado cuenta, pero hace bastante tiempo que aprendí a mantenerme con vida por mis propios medios.

—Y habrías muerto el primer día en este agujero por un balazo en la cabeza debido a tu arrogancia. ¿Realmente crees que los guardias te respetan? No eres nadie sin mí, Hendrik. Yo te he mantenido con vida hasta ahora.

—No necesito su respeto. Ellos me temen ¿Quieres que lo comprobemos? —Robert ladeó la cabeza, cruzándose de brazos.

—No salvé tu trasero para verte morir dos semanas después por una estupidez. —Sonrió al decir cada maldita palabra y Hendrik ya comenzaba a ver rojo, con las instintivas ganas de matarlo haciéndose imposibles de contener.

—¿Hacerme parte del torneo también era parte del trato?

—Dímelo tú a mí. Fuiste tú quien por voluntad propia se subió al cuadrilátero la primera noche y retó al campeón del under. Nicholas solo vio la oportunidad y la tomó.

—¿Dónde está?

—Muerto.

—¿Lo mataste? —Robert asintió—. ¿Por qué?

—No cumplió con su parte del trato. Sabes que no me gusta cuando intentan joderme. —Hendrik bajó la vista, analizando las palabras de su padre—. ¿Algo que decir al respecto?

—No te quiero en North Collan, así que vas a desaparecer, o me obligarás a escapar de prisión solo para meterte una bala de plomo en el pecho.

Su padre soltó una carcajada ronca, negando con la cabeza.

—Eres un presuntuoso —se mofó—. De todas formas, no tenía pensado tomar el lugar de tu mecenas, hijo.

—Bien. Entonces, ¿qué ocurrirá ahora?

Eso era lo único que le importaba saber. Necesitaba establecer una alternativa ahora que había perdido a su mecenas y en ninguna circunstancia iba a aceptar que su padre, el culpable de que Hendrik estuviera condenado a prisión, le ayudara.

—Un hombre llamado Reynolds me contactó. Tomará el puesto de cabecilla y lo dejaré seguir con los torneos a cambio de una pequeña suma monetaria. —Sonrió—. Un buen negocio, ¿no te parece?

Hendrik sintió un tirón en sus labios al pensar en el suertudo hijo de puta de Zev. Seguro iba a andar de chulo engreído, presumiendo sobre su mecenas.

Reynolds era, dentro de todo ese nido de ratas ostentosas, el único al que Hendrik podía llegar a respetar.

—Eres una rata. —Le sonrió a su padre.

—No estás en posición de hablar, Hendrik. Has perdido a tu mecenas, y no estás muy lejos de ser el que limpia las alcantarillas de North Collan.

—Voy a seguir peleando —decretó con voz firme. La ausencia de Nicholas no influiría en nada.

—¿De verdad? ¿Y quién va a apostar por ti?

—No faltarán mecenas.

—Uhm. Interesante, pero no creo que sea posible si no doy la autorización para que continúes peleando. Reynolds debe obedecerme o todo este circo de peleas se acabará.

Hendrik comenzó a impacientarse. Su padre lo dejaba sin salida.

Le daba igual ya no pelear, pero necesitaba una manera para mantenerse a la cabeza en North Collan. Ya no solamente por él, sino por cierto coqueto chico. Lo peor era saber que los reos seguían solamente a quien demostrara ser el mejor en el *under*.

—¿Qué quieres? —Su padre hizo un amago de agradecimiento. Hendrik quiso lanzarse sobre él y romperle el cuello.

Lo vio tomar asiento en una silla lateral a su cama, cruzarse de piernas y sacar de su abrigo una cajetilla de cigarros.

—Me he enterado de un evento un tanto peculiar —comenzó. Encendió el cigarrillo entre sus labios con un metálico encendedor—. Necesito que me hables un poco al respecto… Le dicen la fosa.

Hendrik arrugó el entrecejo y chasqueó la lengua, encogiéndose de hombros.

—¿Qué quieres saber? Es un torneo de pelea, la misma mierda del under.

—Sí, comprendo eso. Pero mi duda es… —Le dio una calada a su cigarrillo y observó a Hendrik en silencio por unos segundos—. ¿Quiénes participan en aquel evento?

—¿La mafia? ¿Políticos? No lo sé, hay de todo.

—Tengo entendido que has salido campeón.

—Sí, ¿y qué?

—Volverás a participar este año.

—No lo sé. Como le arrancaste la cabeza a mi mecenas, no sé si podré participar.

—No es una pregunta, Hendrik. Volverás a participar en la fosa. Necesito que te encargues de alguien ahí. —Hendrik pestañeó flojo, dándole tiempo a su padre para que se explicara—. Me aseguraré de que estés dentro y lo matarás por mí.

Maldito. Hendrik no podía pensar de otra forma sobre su padre; era un maldito. Una rata que no podía encargarse de su propia mierda.

—Nombre.

—Ivanov. Algunos años atrás hicimos negocios que no tuvieron un buen desenlace. Se ha convertido en un asunto difícil de manejar y me estoy viendo en una situación comprometedora. Encontraré un mecenas para ti, quizá el mismo Reynolds, pero necesito que llegues a la fosa y te encargues de Ivanov.

—Eres una mierda inútil. ¿Por qué no lo haces tú mismo?

—Créeme, lo he intentado. Su seguridad es implacable, no se expone y jamás se le ve en eventos de los bajos mundos. —Robert carraspeó, sintiéndose ligeramente incómodo. Hendrik podía notarlo. A diferencia suya, su padre había demostrado con el paso de los años que los signos lo delataban.

—¿Qué te hace pensar que irá a la fosa?

Su padre fumó en silencio, consumiendo la mitad del cigarrillo antes de apagarlo contra el suelo con la suela de su zapato.

—Tengo mis contactos, amigos que participarán en esa mierda de torneo.

Hendrik mantuvo la mirada en dirección a su padre, mostrándose despectivo y fastidiado como solo aquel hombre lograba ponerlo.

—¿Amigos? No deberías confiar en tus “amigos” —Hizo comillas con los dedos— para algo así.

—No, pero no pierdo nada con asumir que irá y que de ser así, te encargarás de él. —Hendrik asintió en silencio—. Reynolds no sabe nada al respecto y prefiero que se mantenga de esta forma.

—¿No crees que Ivanov se enterará de tus movimientos y decidirá no ir?

—Es probable que ya sepa sobre mi intromisión en North Collan, que sepa sobre mi hijo y cómo lo salvé de morir. —Señaló a Hendrik con la mano extendida y una mueca de desprecio en el rostro—. Eso solamente servirá para instarlo a ir, porque seguramente querrá ver con sus propios ojos cómo mi hijo es asesinado, o encargarse de matarte.

Hendrik se hubiera burlado de no ser que odiaba como su padre y él parecían ser tan parecidos en ciertos aspectos. La macabra capacidad que ambos tenían para desestimar la vida de otra persona sin ningún tipo de culpa, sin importar si era familia o no.

Era como su padre, pero ¿qué otra opción tuvo? Fue cincelado por este en el peor de los avernos.

—Pues déjame decirte, padre querido, que no podría importarme menos tus malditos problemas. Ojalá Ivanov se vuelva tu jodido infierno personal, así como tú has sido el mío. —Lamió la comisura izquierda de su boca, esbozando una sonrisa con hoyuelos.

Robert negó, colocándose de pie y acomodando su traje al tirar de las mangas de este.

—Respuesta equivocada, Hendrik. No tienes alternativa, así que harás lo que digo o tendrás que afrontar las consecuencias. —Se acercó dos pasos y colocó una mano sobre el hombro herido del emperador, atenazando sus dedos con la fuerza suficiente para lastimar a su hijo. Hendrik apretó los puños, sin ninguna mueca de dolor en sus facciones—. Tendrás un maldito mecenas, seguirás peleando, irás a la fosa y te encargarás de ese maldito hijo de perra de Ivanov. Es una orden.

Hendrik no respondió, giró el rostro y permaneció en silencio mientras escuchaba el ruido de los zapatos de su padre contra el suelo al alejarse.

¿Cuál era la posibilidad de deshacerse de Ivanov y posteriormente de su padre?

Robert Stone comenzaba a irritarle y eso no era bueno. Hendrik no era muy bueno lidiando con la irritación. Sonrió al recordar el consejo de Alois sobre tomar clases de yoga para aprender a canalizar su enojo.

—¡¿Dónde está mi puto cordero?! ¡Tráiganmelo!

◆ ◆ ◆

—¿Estás seguro de esto, Nevin?

—Shhh —siseó el rubio.

Alois quiso protestar, pero decidió no hacerlo. No era ni el momento ni el lugar para

hacerlo.

Jack se encontraba delante de ellos, alumbrando con una linterna la vieja y oscura bodega. Era increíble lo que su amigo podía conseguir con los guardias gracias a esa boquita que tenía.

No debían estar ahí, de eso estaba completamente seguro, y como Hendrik se enterase, le caerían mil maldiciones encima y seguro algunos azotes en el culo. Últimamente, Hendrik parecía buscar motivos para bajarle los endemoniados pantalones y darle de azotes hasta que sus glúteos quedaran adoloridamente rojos y muy sensibles al tacto.

Ya habían pasado varias semanas desde que Hendrik había sido dado de alta, por lo que habían vuelto a la relativa normalidad. Solamente que su dueño se la pasaba todo el maldito día entrenando, y no era como que a Alois le molestara ver a su dueño sudado mientras levantaba pesas, pero quizá se sentía un poco olvidado.

Y ahora estaba ahí, en un acto de rebeldía, acompañando a sus dos locos amigos en una aventura para obtener prendas de ropa de un almacén. Según Jack, dentro había increíbles cosas olvidadas, o eso le había contado el gendarme. Alois solo esperaba que ninguna rata lo mordiera.

—Hendrik va a matarme —susurró, sosteniéndose del suéter gris de Nevin.

—¡Que te calles, maricón! —chilló el rubio a voz baja.

—¡Cállense ambos, joder! —Jack se volteó y pegó un salto cuando sintió una cosa sobre su pie—. ¡Mierda, una rata me atacó!

—¡Me voy de aquí! —exclamó Alois. Justo cuando se dio media vuelta, convencido de estar haciendo una salida triunfal de aquella caverna putrefacta, chocó contra una enorme caja y cayó dentro de esta—. Auch.

—¡Ay, esa cosa chupó a Lulú!

—No me chupó, imbécil. Es una caja. —Se colocó de pie, y entornado los ojos debido a la molesta linterna de Jack, estiró los brazos en dirección a sus amigos—. Ayúdenme a salir.

Alois colocó una rodilla sobre el borde de la caja de madera para salir de esta. Quizá su estatura no ayudaba mucho, ya que el maldito cuadrado le llegaba a la cintura.

—Oye, espera, ¿qué contienen esas bolsas negras? —Jack alumbró al interior de la caja, a los pies de Alois donde estas se abultaban—. Ábrelas.

—Ni loco.

—¡No seas miedoso! —exclamó Nevin con el ceño fruncido.

Alois rodó los ojos y se agachó, soltando los nudos de las bolsas de tela. Parpadeó varias veces al ver el contenido de las bolsas. Cuando levantó la mirada, apenas pudo vislumbrar el rostro de Nevin, pero estaba jodidamente seguro de que se encontraba sonriendo.

—¡Sí! ¡Gané, perras! ¡Esta noche está claro quién es la reina!

Nevin definitivamente estaba loco.

El rubio extendió los brazos y tomó su botín, olvidándose completamente de Alois, quien salió de la caja con ayuda de Jack.

Ese era el motivo por el cual se habían adentrado a esa bodega, para buscar las viejas ropas

del personal femenino que trabajó en North Collan antes de que se impusiera una política de solo hombres. Alois estuvo seguro, tan seguro de que no encontrarían nada así en la bodega que cuando Jack les contó el rumor, apostó usar un brasier si encontraban algo. De haber tenido razón, Nevin iba a tener que raparse la cabeza al cero. Estaba claro quién había perdido.

—Voy a hablar con Zev. ¡Esta noche brillaremos!

—Ya. Seguro y montas un espectáculo de modas.

—Alois, no seas ridículo. —Alois casi se sintió ofendido. Nevin hablando de ridiculez, eso sí era irónico—. ¡Haré una maldita fiesta!

Suspiró, tomando una de las bolsas por su cuenta.

Solo Nevin podía superarse a sí mismo con tanta facilidad.

Salieron de la bodega, Noah y José esperando por ellos mientras se morreaban sensualmente. Alois sintió un poquito de envidia por no ser Hendrik y él los que estuviesen dando el morboso espectáculo.

—Váyanse a su celda, conejos —se burló Jack, tomando de las caderas a José e inclinando su pelvis hacia adelante para restregarse de golpe.

Nevin miró a Alois con una ceja alzada y él se encogió de hombros. No quería ni saber qué ocurría con esos tres.

Noah, entre risitas cómplices, se apartó de su pareja y miró las enormes bolsas que tenía Nevin. Un brillo en sus ojos lo delató.

—No…

—¡Sí! —respondió el rubio.

Alois bufó y comenzó a caminar. Nunca le había divertido demasiado el fetiche del *crossdressing,* pero tampoco juzgaba a quienes lo practicaban, pues para gustos había colores.

Escuchó la charla emocionada de sus amigos a su espalda. Nevin exclamando con un acento agudo sobre cómo esa sería la mejor noche de sus vidas.

Desde que Reynolds había adquirido la potestad del under, Zev había ganado algunos cuantos beneficios y Nevin era quien más los disfrutaba. Era cosa de ver cómo se paseaba por los pasillos de la penitenciaría, prácticamente restregándole a todos que era el prostituto de uno de los mandamases.

Llegaron a la celda de Nevin, donde José los dejó para ir a avisarles a Hendrik y Zev los planes del rubio. Nevin estaba decidido a convertir esa celda en un maldito antro y quizás a Alois no le molestó tanto la idea al ver a su amigo sacando tres botellas de bourbon, tequila y vino de una vieja caja.

—Veamos qué tenemos aquí. —Comenzaron a inspeccionar las prendas de ropa. Cuando Nevin tomó un brasier pequeño de color negro, Alois se estremeció.

Cubrió su rostro con ambas manos, maldiciendo contra sus palmas mientras intentaba ignorar los gritos de sus amigos.

—De acuerdo, si voy a hacer esta mierda, no pienso estar sobrio ni en mis cinco sentidos.

—¿Quieres un porro? Podemos drogarnos primero —soltó Jack, rebuscando en los bolsillos de sus pantalones.

—Por favor, sí. —Alois juntó las palmas de sus manos y asintió reiteradas veces.

De los meses que llevaba en North Collan, algunas veces se drogaba con porros que los chicos generosamente compartían con él. A Hendrik parecía no molestarle, de cualquier forma, Alois tampoco abusaba de ello.

Se sentó sobre la cama con el brasier en mano. Arrugó la nariz al olerlo, ya que este no tenía precisamente un aroma a flores. Vio a Nevin desvistiéndose al igual que Noah mientras Jack prendía el porro, todos manteniendo una conversación completamente estúpida.

Para cuando llegaron los chicos rudos, Alois ya se encontraba completamente ido, con una botella de bourbon en la mano y el brasier ya sobre su esbelto torso. Estaba sentado sobre una superficie de madera que simulaba ser una mesa, y sonreía estúpidamente ante las bromas absurdas de Jack sobre lo genial que lucía en esa… ¿Era una falda? Lo que fuese ese trozo de tela que tenía sobre sus piernas.

No era una fiesta, eran pobres convictos fingiendo que, por una noche, no se encontraban reclusos en una cloaca de lamentos y miserias, pero se sentía malditamente bien.

—¡Por esto te quiero, rubio de mierda! —gruñó Zev, tomando a Nevin del brazo para apretar su pecho contra la espalda del rubio.

—¡Solo besa el suelo por el que camino! —respondió emocionado, sonriendo ante los besos que Zev dejaba en su nuca.

Alois casi saltó sobre Hendrik cuando lo vio entrar a la celda con su rostro agotado y unas enormes ojeras adornando sus brillantes ojos verdes. Toda su fibrosa contextura, perfectamente moldeada, lo invitaba a probarlo a base de lametones, al desnudo.

—Voy por algunos asientos —murmuró Jack y golpeó el hombro de Noah para que lo acompañara.

Hendrik llegó hasta Alois, quien se abrió de piernas para recibirlo. Sus pelvis encajaron perfectamente, y al castaño le resultó difícil no sonreír con su dueño frente a él. Además, estaba malditamente drogado... Y llevaba puesto un brasier.

—¿Qué hace mi corderito vestido así? —le preguntó al oído, tironeando de las caderas del castaño para que sus cuerpos se juntaran lo máximo posible—. Hm, tan caliente para tu dueño.

—¿Te gusta? —ronroneó. Colocó su mano sobre el duro abdomen de Hendrik, y esta se calentó al sentir la piel algo húmeda y firme de su dueño—. ¿Te excita verme así?

—Me da igual lo que te pongas encima, pero cuando me miras así…

Hendrik, sin que le importara en lo más mínimo quienes estaban ahí, tomó la mano de Alois y la colocó sobre su dura erección. Eso bastó para responder su pregunta.

Alois gimió bajito y se acurrucó en el pecho de Hendrik, dejando la botella a un lado y levantando sus brazos para rodear el cuello de su dueño.

—¡Perras en celo, dejen eso para después! —exclamó Nevin con fingida molestia, siendo bestialmente traicionado por su sonrisa brillante. Se encontraba sobre el regazo de Zev, quien

fumaba un porro—. Ahora vamos a beber hasta que olvidemos quienes somos.

Eso no sonaba tan mal.

Noah y Jack no demoraron en llegar, así como unos cuantos gendarmes, quienes se vieron en la obligación de comprobar el motivo por el que había tanto ruido en la celda del peleador de Reynolds. Solo hizo falta que vieran la molestia en el rostro de Hendrik, Zev y José para que desaparecieran, disculpándose por interrumpir.

Desde ahí todo fue una consumación de idioteces; Nevin cantó, Noah inventó juegos estúpidos y José hizo aparecer unas botellas de Ron de algún lado. Alois tomó hasta que el alcohol le hizo imposible hablar sin arrastrar las palabras y Hendrik realizó estúpidos concursos de machito chulo junto a Zev y José.

—¡Bastardo tramposo! —reclamó Zev a José cuando este le encestó a un pequeño vasito con una bola de papel arrugada.

—Ma-mal per-perdedor —bromeó Nevin, notablemente ebrio—. Siempre di-dice lo mismo cuando se corre antes que mí. Puto perdedor.

—Púdrete, rubia.

—A tu lado. —Sonrió.

Zev borró cualquier molestia de su rostro y se inclinó para dejar un beso en los labios de Nevin. Alois estaba demasiado ebrio para decir cuan linda pareja hacían, porque realmente lo pensaba. Zev y Nevin eran dos caras de la misma moneda, y en definitivamente debían casarse.

No, mejor aún… ¿Por qué mejor no se casaba él con Hendrik?

Se apartó un poco de su dueño, quien tenía una expresión ligeramente risueña mientras miraba a José intentando meterle mano a Noah, este negándose entre risas coquetas.

Lo observó a través de sus ojos desenfocados por el alcohol, con incoherentes pensamientos arremolinándose en su lengua.

—He-Hendrik...

—¿Hm? —Ahuecó su mano para arrullar el rostro del Alois y que este lo mirara. Se llevó la botella a la boca y le dio un sorbo al licor de ron, que pasó por su garganta y quemó sus músculos, haciéndolo fruncir el ceño—. ¿Corderito?

—¿Por qué no…? —Sacudió su cabeza en un intento por pasar su borrachera. Mala idea—. Mierda, estoy ebrio.

—Eso veo —se burló.

Alois, con su sonrisa floja y sus párpados caídos, hundió su dedo índice en el hoyuelo que Hendrik le obsequiaba.

—… Cásate conmigo.

Hendrik, quien se hallaba a medio beber, escupió el licor en su boca, tosiendo contra la palma de su mano mientras miraba a Alois entre desconcertados parpadeos.

Todos guardaron silencio. Nevin miró a Zev y luego a Noah. Un efecto cadena de miradas desatándose, y Alois sonreía perezoso con indiferencia hacia todos ellos.

—¿Nos perdimos de algo? —preguntó Noah.

Hendrik tragó grueso cuando Alois presionó un beso sobre sus labios, permitiéndole sentir ese tibio vaho alcoholizado.

—¿Dije…? —Cerró los ojos y apoyó su frente en el pecho de Hendrik—. ¿Dije algo malo, dueño?

La mano de Hendrik se presionó contra su nuca.

—Sí.

—*Oops*.

—… Alois. —Hendrik observó a los presentes, cuyas miradas curiosas indicaban que realmente querían saber qué había ocurrido. Encontró sus ojos esmeraldas con los de Zev y se encogió de hombros—. Es que es tonto. —Hendrik mordió su labio inferior y volvió su vista a Alois—. Un día de estos vas a acabar conmigo. Tus mariconerías... son mi debilidad.

Se apartó de Alois y con un movimiento ágil, lo tumbó sobre su hombro cual costal de papas.

—¡O-oye! —se quejó Alois, emitiendo un quejido cuando Hendrik dejó caer su mano en un azote duro y cruel sobre su trasero.

—Nos vamos —les indicó a los presentes. Al ver que todos esperaban una explicación, decidió hablar en medio de una sonrisa—: Tengo una luna de miel que celebrar.

Para cuando Hendrik lo sacó de la celda, solo faltaba un poco más de una hora para que se cortara el suministro eléctrico al interior de los calabozos.

Llegaron hasta su celda, Alois aún vistiendo el brasier bajo una holgada camiseta, que no sabía a quién le pertenecía. Hendrik lo dejó sobre sus pies para poder tirar al suelo el escueto colchón del camastro superior.

—¿Qué haces? —preguntó Alois, viendo como armaba la cama improvisada.

—Estoy… —Tiró unas mantas sobre el colchón y luego una almohada—. Estoy haciendo una cama en la que no deba preocuparme de que te vayas a golpear la cabeza con la parte superior de la litera.

Alois sintió, sin entender a qué demonios se refería.

—Te preocupas —dijo con una sonrisa floja y tonta. Hendrik rodó los ojos—. Por mí…

—Aah, joder. —Miró al médico por encima de su hombro, con una medialuna en la esquina de su boca traicionándolo—. Eres un coqueto sin remedio.

—Lo soy —concedió en un susurro, sonrisa oculta tras su puño—. Y por eso voy a… montarte.

—Por supuesto que sí. —Hendrik humedeció sus labios y, ya con la cama medio armada en el suelo, llegó hasta Alois. Tiró de la camiseta de este y lo dejó nuevamente con aquella vieja y maltrecha pieza de lencería—. Esta noche vas a hacer tantas obscenidades, corderito.

Hendrik se inclinó contra el hombro de Alois, comenzando a degustar de la piel caramelizada del castaño.

—V-voy… —Alois jadeó en busca de aire—. Te tomaré con mi lengua.

—Sí, lo harás.

Las manos de Hendrik se presionaron sobre el trasero de Alois. El contrario suspiró entre gemidos y tarareos dóciles, tirando de su cabeza hacia atrás. Hendrik prosiguió a lamer la curvatura de su cuello, degustando de su piel.

—… Y a llenarme de ti.

—Sí. Tan hermoso lleno de mí. —Con sus dientes, y chupando con fuerza entre besos, tatuó en el cuello de Alois un rojizo cardenal, empujando su dura erección sobre el otro—. Te gusta, ¿verdad?

El castaño con ojos cerrados y sintiendo la punzante sensación en su cuello, asintió tenuemente.

—M-me gusta, porque eres mi dueño. —Alois se apretó contra el pecho de Hendrik cuando este deslizó sus pulgares por debajo del brasier, hundiéndolos en sus sensibles y erectos pezones —. Mi novio, mi esposo…

—Hm... ¿No te basta con que sea tu dueño?

—N-no. Lo quiero todo.

—Eres un maldito ambicioso. —De un movimiento brusco, tomó a Alois de los hombros y lo empujó al colchón del suelo—. Un muñequito insaciable, dispuesto a dejarse follar por su dueño.

Hendrik se sentó a horcajadas de Alois y barrió sus ásperas manos por el torso curvilíneo y deliciosamente tibio de este. La erección de Alois y la suya propia se rozaban a través de sus pantalones.

—Por s-su esposo.

—Maldita sea, ¿No puedo sacarte esa puta idea de la cabeza?

Alois negó con la cabeza.

—No.

—Hm. Perra caprichosa. —Cerrando sus dedos en los cabellos de la nuca de Alois, tiró de su cabeza para volver a dejar expuesto su cuello. Se inclinó hacia adelante y mordió la quijada del más bajo, mostrándose excitado y ebrio a partes iguales.

El cuerpo de Alois estaba afiebrado, y sus labios adormecidos rogaban por un beso castigador. Buscó la boca de Hendrik y gimió de placer cuando su dueño lo devoró con avidez. Respondió perezoso a las provocaciones de la lengua foránea que lo penetraba, retorciéndose en busca de alivio para su estimulada hombría.

Se separaron tras ese beso indócil y Hendrik se deshizo de los pantalones de Alois, recorriendo lentamente las blandas piernas de este. Mordió el interior de un muslo de Alois y sonrió perversamente al escucharlo soltar un quejido de dolor y placer.

—H-Hendrik... —lo llamó desorientado, perdido en los chispazos de corriente que estallaban en cada parte de su cuerpo por donde el contrario tocaba—. Fóllame. Tómame, tómame… *Lo quiero.*

—Todavía no —se negó—, tengo que prepararte.

Alois sacudió la cabeza en un movimiento desordenado.

—No, no quiero. Házmelo ahora, quiero sentirte. Que duela, po-por favor.

—Joder. Guarro masoca.

Alois, entre movimientos lentos y sensuales, quedó a horcadas sobre Hendrik, todo viéndose levemente borroso a sus ojos. Desabrochó el pantalón de su dueño y se acomodó mejor para dejar expuesto aquel macizo miembro viril.

No quería esperar; quería sentir a Hendrik dentro suyo casi con urgencia. Necesitaba de esa conexión, ese *algo* que ocurría últimamente cada vez que tenían sexo.

Dio un lametón en toda su mano, dejando un rastro de su saliva caliente y espesa. Lubricó pobremente la erección de Hendrik y sonrió al escuchar a su dueño jadeante en anticipación. Sabía que a Hendrik le encantaba el sexo duro, y él en particular había comenzado a encontrar cierto placer en el dolor que le precedía al orgasmo.

—Estás tan caliente y duro —susurró entre un movimiento envolvente que finalizó cuando dirigió sus dedos hasta su propia entrada—. Solo por mí.

—Solo por ti —concedió.

Alois hizo un trabajo rápido al dilatarse a sí mismo, llegando a insertar dos de sus dedos antes de considerar, guiado por su ebrio y cuestionable razonamiento, que ya estaba listo para recibir a su dueño. Se deslizó, impulsándose en sus rodillas para quedar con su pelvis en altura. Su rostro estaba tenso y tenía su labio inferior dolorosamente atrapado entre los dientes.

La cabeza de la caliente hombría de Hendrik rozó su entrada y, gimiendo por el dolor, se penetró a sí mismo

—Mi-mierda, duele. No puedo… Bebé, duele demasiado.

Hendrik botó el aire de sus pulmones y entrecerró los ojos, en un goce pleno al sentir el caliente y estrecho interior de Alois envolverlo.

—Te lo advertí y no quisiste obedecer.

—No puedo… —gimoteó otra vez, intentando terminar de tomar la hombría contraria, pese a que la sensación de su piel siendo quemada por el roce le impedía bajar más.

—Ahora tendrás que aguantar, cariño —sentenció—. No pienso salir de tu trasero hasta que me haya corrido dentro de ti. —Rasguñó la piel del trasero de Alois y ejerció fuerza en sus manos para forzarlo a bajar.

El castaño dejó caer su cabeza y cerró los ojos con firmeza, un gemido áspero siendo arrancado desde el fondo de su garganta ante el dolor matizado de placer.

—Es, *aah*… Es demasiado. No… No puedo moverme.

—Vamos —insistió Hendrik—. Muévete o voy a ponerte sobre tus rodillas para castigarte.

El dolor en su piel, lacerada por las uñas de Hendrik, le dijo que no mentía. Por lo que, a pesar del daño y de la quemazón en su dilatado anillo muscular, comenzó a moverse. Apoyó ambas manos en los pectorales de Hendrik y comenzó a rodar sus caderas de manera oscilante.

—Estoy tan lleno —gimió entre respiraciones fragmentadas—. T-toca mis pezones, por favor. Te lo ruego.

El ojiverde no demoró en someterse a la súplica del castaño. Le bajó los tirantes del brasier, dejando expuestos esos dos botones rosados que lucían marcas de besos a su alrededor. Alois ahogó un lloriqueo cuando Hendrik levantó su pelvis, hundiéndose en él con fuerza. Los dedos del peleador se ensortijaron en sus pezones mientras su propia erección goteaba gustosamente borbotones de líquido preseminal, humedeciendo el vello púbico de Hendrik y provocaba una sensación tortuosamente placentera debido al roce de sus pieles.

—Joder. Tu cuerpo... Tu cuerpo es perfecto.

Sonrió ante las palabras de Hendrik, premiándolo con sensuales gemidos de placer que abandonaban sus labios, llenando la celda de música lasciva.

Las manos de Hendrik se posaron en su cintura, agarrándolo con firmeza. Supo que su dueño no podía controlarse más.

Cerró los ojos, lagrimosos ante el dolor de las crueles y toscas embestidas en su interior, y con entreabiertos labios se abandonó al martirio de placer que solamente Hendrik podía provocarle.

Los ojos de Hendrik devoraban cada movimiento de Alois, parecía querer consumirlo hasta que no quedaran ni sus huesos. Las pieles chocando sonaban obscenamente, el calor en sus cuerpos y el alcohol en su sistema creando una sensación única y hormigueante que recorría todas sus conexiones nerviosas. Se sentía quemar en placer.

—Beso —exigió Hendrik, voz rasposa y entrecortada. Se enderezó de un movimiento rápido, buscando con rabia los labios de Alois que lo seducían, rojos y húmedos, dispuestos a dejarse morder por sus dientes.

—S-sí. Beso, beso.

Colisionaron sus bocas. Hendrik rodeó a Alois con sus brazos para guiar sus movimientos con rapidez, desordenados e intensos, sonriendo con descaro sobre sus labios cuando, debido a la delatora expresión en el rostro del castaño, supo que había dado con su punto dulce.

Alois se retorció en sus brazos, derritiéndose cada vez que la erección del emperador tocaba su próstata. Hendrik parecía querer hacerlo sentir más, volverlo loco para que jamás pudiera olvidarlo. Para que el cuerpo de Alois rechazara cualquier toque que no fuera el suyo.

—Vo-voy a llegar... ¡Ah, mierda! Hendrik… Bebé. —Rodeó al emperador con sus brazos por encima de los hombros, atenazando sus manos en la nuca de este.

Hendrik lo castigó con un último beso mientras él alcanzaba un sublime y febril orgasmo. Alois apretó sus rodillas a las caderas del ojiverde por la intensa sensación a la que, por suerte, su pobre corazón aguantó.

—Ven aquí. —Hendrik salió del interior de Alois. El rizado quedó sobre sus rodillas, cerrando su mano entre los mechones de Alois para bombear su dura hombría frente a su rostro. El castaño se encontraba sentado sobre la cama, temblando por los espasmos de su reciente orgasmo—. Abre esa bonita boca.

Alois obedeció, levantando la mirada y sacando la punta de su rosada lengua. Esa simple

imagen llevó a Hendrik al infierno por unos segundos, solo para después guiarlo al cielo. Así, alcanzó el clímax con sus ojos fijos en Alois, en la forma en que su boca se llenaba con su semen caliente.

Inclinó su pelvis en movimientos involuntarios y cerró los ojos, bajando de su nube orgásmica con cada segundo transcurrido. Alois delineó con la lengua las comisuras sucias de sus labios, saboreando los vestigios de la corrida del peleador.

—Puto guarro... —acusó—. Me traes loco.

Y era esa sonrisita, aquel gesto inocente que Alois tenía siempre al finalizar, la coronación que la bestia interna de Hendrik necesitaba para calmarse. Alois demostraba que era suyo, que quería ser suyo.

Alois se lanzó sobre Hendrik, obligándolo a caer de espaldas al colchón entre risas bobas y borrachas. Se miraron a los ojos, buscando sentimientos que ni siquiera sabían que existían antes de conocerse.

—No puedes dejarme —musitó finalmente el ojiverde, con su cabello desordenado y su respiración todavía agitada. Acunó una mejilla de Alois en su mano y dejó suaves caricias en la lechosa y aterciopelada piel ajena—. No puedes.

—No, no puedo.

—No. Tú, corderito... —Negó con la cabeza, comenzando a demostrarse subyugado por primera vez—. Tú me haces humano.

—Te quiero, Hendrik.

CAPÍTULO XXI

Alois se encontraba apoyado en el marco de la ventana de la unidad médica con un cigarrillo entre sus dedos y una expresión de cansancio, la cual seguramente tenía demasiado que ver con la cantidad de miserables heridos que había atendido ese día. El personal de turno le había pedido que se quedara a cargo por algunos minutos mientras iban por algo de comer y café, y Alois no pudo negarse cuando le prometieron una taza de aquel brebaje amargo.

Vio hacia abajo, a los guardias de la prisión que parecían personas pequeñas mientras cargaban los cadáveres de los caídos de North Collan. Aquella deprimente escena hizo que se le dificultara pasar el aire por su garganta.

Recordó su plática con José, el novio de Noah, como de su propia boca salió la horrible veracidad de que North Collan solo era una de las tantas prisiones abandonadas y sin jurisdicción aparente. Quienes tenían suerte podían pedir su traslado a aquellos reformatorios donde el cumplimiento del orden era indispensable, sin embargo, pocos lo hacían. Acostumbrados al salvajismo y a la ley del más fuerte, no eran muchos quienes estaban dispuestos a cambiar de ambiente. Alois se hubiera burlado en el rostro de José, de no haber sido porque él mismo formaba parte de esos que no estaban dispuestos a dejar North Collan por otro recinto, sin importar cuán bueno fuese.

—¿Cansado, vago inútil?

Giró su rostro y vio a Hendrik y a Norman.

Le dio una calada a su cigarrillo y lo apagó contra el suelo, ya que de normas sanitarias no había muchos protocolos vigentes.

Encontró el fantasma de una sonrisa dibujado en la esquina de la boca de su dueño, y su acumulada frustración decidió que era el momento ideal para salir a la superficie.

—¿Qué mierda pasó hoy? —acusó de manera inmediata, manteniéndole la mirada a Hendrik—. Tuvimos unos diez heridos de gravedad. Tuve que lidiar con toda su porquería, Hendrik.

Con sus brazos cruzados y el viento acariciándole la nuca, él se quedó en su lugar. Simplemente, no estaba de buen humor, y sabía que Hendrik algo había tenido que ver. No le gustaba.

La sonrisa se borró inmediatamente del rostro del peleador.

—Traficantes y sus peleas de territorio. Sabes que no los soporto. —Alois llevó sus ojos al techo y suspiró—. Además, no entiendo cuál es tu maldito problema. No es tu obligación estar aquí

—Soy médico —intentó justificarse.

Aquel era un tema sensible para Hendrik.

Oh, su muy egoísta dueño. Él nunca iba a comprender la vocación de Alois ni cómo ejercer esa labor era lo único que mantenía de su vida fuera de prisión.

—Y una mierda. Estás aquí porque quieres, así que no me vengas con tus quejas de nene maricón.

Alois negó, dándole una mirada de desaprobación que hizo a Hendrik endurecer su expresión.

Oh, ¿así que así iba a ser?

—Ya está, no pienso seguir escuchándote lanzar tanta basura. Cuando dejes de ser un imbécil, búscame. —Alois intentó pasar por el costado de Hendrik, sin embargo, Norman se colocó delante de él con una expresión firme y seca que lo hizo sentir pequeño—… Hendrik.

—No he dicho que puedes irte.

—¿Y para qué quieres que me quede? ¿Para seguir insultando mi trabajo, o para pelear conmigo? —La postura del ojiverde se volvió rígida y su rostro inflexible. Tomó a Alois con aquella fiereza que lo caracterizaba y le alzó el mentón—. Suéltame, Hendrik.

Las esmeraldas de Hendrik se enfrentaban con los azules de Alois en una batalla de amantes que ambos habían aprendido a lidiar. El agarre de Hendrik era castigador y tosco, sus dedos enterrándose en la frágil contextura de Alois.

—¿Me estás dando una orden, bastardo altanero?

—No, pero me estás lastimando... Y duele. —Alois supo que la situación iba por mal camino cuando Hendrik lo soltó, ladeando aquella sonrisa que precedía al caos—. He-Hendrik, yo...

—Norman —lo interrumpió—, necesito que hagas algo por mí... Al parecer, mi corderito está molesto porque llené su santuario con sucias ratas.

—Hendrik...

—Así que corre el mensaje: desde hoy, quien se atreva a pisar la unidad médica, puede comenzar a despedirse de su miserable existencia.

—¡No! —Afianzó sus manos sobre la sudadera de Hendrik, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con desesperación. No podía hacerle eso. No podía quitarle lo único que le quedaba de su anterior vida—. Hendrik, por favor, no me hagas esto.

—No entiendo, Alois. Estoy poniéndote las cosas fáciles, así ya no tendrás que lidiar con mi porquería.

—Por favor, no. —Colocó sus manos en el rostro de Hendrik para obligarlo a cruzar miradas. Necesitaba a Hendrik devuelta, a su dueño. No al emperador cruel e inhumano—. Esto me está haciendo daño, lo sabes.

—Puto embustero —bufó, sus manos cerrándose en las muñecas de Alois—. No es verdad.

—Sí, lo es. Te quiero y por eso puedo enojarme contigo, porque sé que no vas a

lastimarme... No me demuestres que estoy equivocado.

Hendrik le apartó las manos con un empuje que hizo a Alois retroceder dos pasos.

—¡¿Y por qué estás enojado conmigo, maldita sea?!

—¡Porque soy tu novio y porque puedo tener un mal día! —Levantó los brazos en una acción exasperada. Tanto él como Hendrik estaban fallando y aprendiendo al mismo tiempo—. ¡Es lo que hacen las parejas normales, lidiar con la mierda del otro!

—Ya, ¿y de dónde has sacado tú que somos una pareja normal? —Hendrik se cruzó de brazos y Alois retrocedió, negando con un gesto tenue, luciendo irritado y agotado a partes iguales.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras. No puedo lidiar con esto ahora. —Su voz tembló. Se sentía fastidiado e incomprendido. Sus ojos vidriosos bajaron al suelo y pasó por el lado de Hendrik, siendo detenido por la imponente figura de Norman una vez más—. Muévete, Norman.

—… Corderito.

—¡No! —gritó, volteándose a Hendrik. El desconsuelo y la congoja eran palpables en su mirada llorosa—. ¡Si no vas a abrir tu maldita boca para decir que lo sientes por ser un idiota, entonces no digas nada! Tuve un mal día, vi a un hombre morir con la foto de su hija entre las manos. ¡Solo quiero un maldito abrazo y que me digas que todo va a estar bien!

Hendrik tragó grueso. Miró a Norman de reojo, quien se encogió de hombros mientras negaba. Aparentemente, era igual de inexperto que Hendrik.

—Uhm… —Rascó la esquina de su ceja—. Entonces, ¿solo debo abrazarte?

—¡Sí!

—¡¿Pero por qué no lo dijiste?! —incriminó, correspondiendo a los exasperados gestos de las manos de Alois en lo que parecía ser algo inconsciente—. No soy un maldito adivino. ¡Vengo a verte y me encuentro con que estás actuando como un bastardo indisciplinado y altanero!

—¡Tengo sentimientos!

—¡Mi polla también y nada que anda amargándote la vida, hijo de puta! —le gritó.

—¡¿Puedes dejar de hablar de tu hombría alguna vez en tu vida?! —le gritó de vuelta.

Norman se aclaró la garganta.

—Joder... Es que no entiendo qué cojones ocurre contigo hoy. Estás peor que una mujer con el chorro rojo, esa cosa.... ¿Cómo se llama?

Norman frunció el ceño, intentando recordarlo al igual que Hendrik. Alois arrastró las manos por su rostro, luciendo completamente frustrado.

—¡Menstruación y no, no estoy con la menstruación porque no tengo un maldito útero!

Hendrik parpadeó. Seguramente en su cabeza había al menos diez castigos para Alois por su actitud, pero por alguna razón no parecía pronto a enojarse. Se veía... ¿Divertido?

Y fueron las esquinas de sus labios las que se curvaron en una sonrisa, y sus cuerdas vocales las que entonaron aquella estruendosa carcajada. Como pocas veces, Hendrik había roto en una risa estrepitosa, sosteniéndose del vientre y negando con su cabeza.

Alois frunció el ceño, sintiendo un tirón en sus propios labios... Mierda, ya estaba sonriendo.

—Eres odioso —se resignó a decir. Frotó su rostro con sus manos y soltó un último suspiro antes de acercarse nuevamente a Hendrik, estirando sus brazos para recibir aquel abrazo que tanto merecía—. He tenido un día de mierda.

—Oh, mi pobre corderito. Tu dueño va a hacerte olvidar. —Acurrucó a Alois entre sus brazos, besando la frente del más bajo que llegaba exactamente a sus labios—. Todo estará bien, mamón. Son cosas que pasan, ¿sí? Todos nos vamos al cementerio en algún momento.

—Sí, lo sé. Solo fue… Dios, estoy hablando mierda incoherente. —Suspiró, arrullándose a sí mismo en Hendrik—. Gracias... —Permanecieron así unos minutos, simplemente abrazados en presencia de Norman, y de algunos reclusos que nada habían querido tener que ver en esa discusión que se escuchaba en toda la unidad médica—. Lo siento, Hendrik... No debí haberme desquitado contigo.

—No, no debiste. —Hendrik le hizo un gesto a Norman para que se fuera. No iba a ponerse en plan maricón sensible delante de uno de sus hombres.

—Se supone que es ahora cuando dices que no importa, que me entiendes...

—Es que de entenderte, no te entiendo ni una sola mierda.

—Tonto.

—Sí, igual sí, pero así y todo me quieres.

—Maldición, sí.

—Se siente bien... Esta mierda cursi. —Alois sonrió y enterró su rostro aún más en el pecho de Hendrik—. No vuelvas a desafiarme delante de alguien más, Alois. Sabes que no siempre voy a poder detenerme.

—Sí, lo sé, no volverá a ocurrir. Es que... Ya te dije, tuve un muy mal día.

—No quiero tener que lastimarte... No hagas que te lastime.

—Bien, yo no... No haré que me lastimes.

—Eres mío, y no quiero que nada te lastime. —Hendrik se apartó de Alois. El médico tenía sus ojos levemente rojos por las lágrimas que salieron poco antes. Hendrik repasó con sus dedos las esquinas de los ojos de Alois para borrar todo rastro de tristeza—. Ni siquiera yo, pero no siempre voy a poder frenarme, Alois. Estoy jodido y lo sabes. No puedo darte una relación normal…

—Lo sé...

—Debes comprenderlo. ¿Puedes hacer eso por mí?

—Puedo, sí... Está bien.

—Bien. —Hendrik deslizó sus manos por la espalda de Alois hasta agarrarlo de los glúteos, apretándolos con énfasis y sonsacando un quejido bajito y agudo en respuesta—. Es una verdadera pena corderito.

—¿Qué cosa?

—Que seamos maricones normales. —Alois iba a separarse de Hendrik para preguntarle el motivo de sus palabras, pero su dueño lo apretó más contra su cuerpo, impidiéndole hacerlo—. Si pudiera, ya habría puesto un bebé en tu panza, algo nuestro. Un mocoso con tus ojos y mi mal carácter no suena mal...

Alois sintió que iba a desmayarse. Se aferró a Hendrik

—Mierda... —sorbió su nariz—. Quiero llorar.

Hendrik comenzó a reír por lo bajo en un rumor ronco, abordando la piel del cuello de Alois.

—Propongo que lo intentemos de todas formas. Quizá si te follo mucho, algún día despiertes con mi hijo en tu barriga.

El castaño sollozó. La idea de una familia jamás le había sido apetecible hasta ese día.

—Maldición. —Se apartó levemente y buscó las esmeraldas de Hendrik. Encontró ese *algo* en su dueño que no sabía cómo explicar, pero que lo hacía caer profundo e insensatamente por él —. Ahora quiero un bebé.

—Jodido mamón.

◆ ◆ ◆

Alois suspiró un arrullo.

Estaba sudado y pocas fuerzas quedaban en su extenuado y ultrajado cuerpo. No sabía qué hora era ni cuánto tiempo había estado siendo duramente follado en su cama por Hendrik y, honestamente, no le importaba.

—¿Quién eras antes de caer en prisión? —La voz de Hendrik sonó rasposa y lenta en su oído.

—¿Hm? —tarareó, consumido por el sueño—. No comprendo...

—Venga, que el papel de idiota ya lo tiene Nevin. Cuéntame de ti, quiero saberlo todo.

Alois sonrió.

Hendrik rara vez buscaba mantener una conversación. Usualmente, era Alois quien después del sexo salía con algún tema irrelevante con la intención de poder escucharle su voz; quizá verlo sonreír.

—Oh, bueno... Creo que tenía una vida muy normal. —Le dio una calada al cigarrillo, reteniendo el humo en sus pulmones antes de comenzar a expulsarlo por la nariz.

—Háblame sobre esa normalidad. —Mordisqueó el lóbulo de la oreja de Alois, quien se atragantó con el humo.

—¡Hendrik! —Tosió, intentando que el oxígeno entrara en sus pulmones.

—Habla, no soy un hombre muy paciente. —Tomó el cigarrillo de Alois y lo apagó contra la vieja pared de concreto antes de lanzarlo en algún lugar del suelo.

—Si no lo dices, jamás me hubiera dado cuenta. —Dejó un beso en la mejilla de Hendrik—. Bueno, crecí en un pueblito pequeño y era el típico engreído, pero adorable chico que hacía

sonreír a las abuelitas y llorar a las chicas.

—¿Eras Hetero?

—No, por eso lloraban.

—Mmm...

—Después entré a la universidad y me convertí en un idiota. —Sonrió al recordar sus noches de borrachera y sexo sin importancia, sin sentimientos, y con la única finalidad de darle alivio a su promiscuo cuerpo—. Tenía esa loca idea de vivir la vida universitaria al máximo, justo como en las películas.

—¿Cómo es?

—¿Qué cosa?

—La universidad.

—Oh. Es... estresante y emocionante a la vez. Siempre hay algo que aprender, siempre hay algún profesor al que odiar. Conoces montones de personas cuyos nombres no recordarás en unos cuantos años. —Se acurrucó al pecho de Hendrik, deslizando su mano por sus pectorales.

—¿Tuviste novios?

—Sí.

—¿Los quisiste?

—No. A lo mejor les tuve cariño, pero nada más.

—Hm. —Hendrik permaneció en silencio con ojos cerrados y respiración tranquila. Alois se tensó un poco, queriendo saber qué acaecía por su mente—. Me molesta...

—Bebé, no.

—… Que haya una parte de ti que no conozco. —Alois frunció sus labios e intentó aprisionar con todo su cuerpo a Hendrik—. Como lo de la niña... No sabía que habías vivido algo así. Debiste habérmelo dicho antes. Mucho antes.

Asintió, recordando la conversación de días atrás.

Nunca buscó excusarse por haberle exigido que matara a Ley, no se sintió con el derecho a hacerlo, pero le debía a Hendrik el motivo de su capricho maldito, por lo que le expuso su pasado junto a las noches de insomnio y pesadillas, sobre lo ocurrido con Mia. Ya lo sabía todo. Y fue mucho más comprensivo de lo que Alois esperó. Cuando tomó sus manos y besó su frente mientras Alois sorbía su nariz y le pedía perdón por ser el culpable de que hubiese terminado lastimado, las palabras de su dueño fueron un bálsamo para las laceraciones de su alma y, al mismo tiempo, una lápida para su consciencia.

“No fue tu culpa, corderito. Yo lo hice porque quise. Para mí no es nada nuevo acabar con esos bastardos, así que deja de pedir perdón, ¿de acuerdo?”

Solo pudo tomar de él aquella expiación, tragándose la amargura que le provocaba la facilidad con la que Hendrik se concebía como asesino, como aceptaba sin resquemor alguno cargar con más condenas que cualquier otro ser humano.

No podía evitar preguntarse qué lo había llevado a ser así.

—Lo siento...

—No lo hagas.

No pudo decir nada más al respecto, porque Hendrik tenía razón.

—También hay mucho de ti que no conozco, Hendrik —continuó tras minutos de perezoso silencio.

—No es lo mismo.

—¿Por qué? Yo creo que sí.

—Porque es la primera vez que tengo algo realmente mío, Alois. —Hendrik se volteó, quedando con Alois bajo su cuerpo. Las miradas de ambos, ocultas por el velo nocturno, estaban fijas en el contrario—. No es lo mismo. Tú jamás entenderás lo que es crecer sin nada, sin ser dueño de tu propia vida, simplemente siguiendo órdenes para no morir. Sin aferrarte a nada porque todo podría desaparecer un día.

—No… —concedió al final—. Nunca lo entenderé.

Hendrik cerró sus ojos, sus labios adosándose a la frente de Alois en un beso suave. El peso del cuerpo de su dueño sobre el suyo se sintió reconfortante.

—Eres mío —murmuró contra su piel—. Realmente mío, todo de ti, incluso aquel Alois del pasado que no conozco… No vas a desaparecer, ¿verdad?

—No, no voy a desaparecer. —Respiró la cálida exhalación de Hendrik, deslizando sus manos para sostenerle el rostro.

Se preguntó dónde estaban realmente, porque Alois ya no se sentía en la tierra de los mortales. Ya no se sentía humano, sino solo una existencia etérea con recuerdos vagos de lo que alguna vez fue. Ese Alois le parecía tan lejano, tan extraño... Un Alois sin Hendrik, ¿cómo pudo ser eso posible?

—Soy un maldito asesino, Alois. Un demente que ha cometido tantos crímenes que necesitaría vidas enteras para poder pagar por todo lo que he hecho. ¿Nunca lo has pensado?

—Cada día desde que te conocí. —Sonrió, recordando cada batalla interna perdida.

—¿Y si todo está en mi trastornada cabeza? —Hendrik ladeó la cabeza, buscando acurrucarse en el tacto suave de las delicadas y pequeñas manos de Alois—. Tal vez lo que siento por ti ni siquiera es real, quizá solo sean los últimos síntomas antes de perder del todo la cordura.

—Eso no importa.

—¿No lo hace?

—No, porque yo soy real. Tú también... Somos reales y estamos aquí. Te pertenezco tanto como tú a mí. —Se irguió levemente para alcanzar los labios de Hendrik. Aquel roce tuvo un sabor agridulce, a veneno y almíbar—. Si lo que sientes por mí no es real, entonces jamás recuperes la cordura porque yo no lo soportaría, mi dueño.

El ojiverde sonrió. Alois no podía verlo bien, pero sabía que Hendrik estaba sonriendo, y él también lo hacía. Tenían un motivo para hacerlo porque se tenían mutuamente y era algo tan simple e ingenuo como eso; era una emoción envolvente que fácilmente podía convertirlos en

adictos.

—Puto coqueto —acusó con risa en la voz—, eso es lo que tú eres. Sabes exactamente qué mariconería decir para tenerme colado por ti.

Hendrik se acomodó entre las piernas del pálido castaño, llevando su corpulenta hombría hasta la división de su trasero. Juntaron sus frentes cuando el ojiverde se deslizó lentamente en su dilatado interior, complacido al sentir la suave y caliente estrechez envolverlo.

—So-solo te digo lo que siento, *aah*. —Alois comenzó a gemir perezoso y bajito, moviendo sus caderas con pereza y de manera oscilante.

No había aquel exceso de pasión bestial que los caracterizaba. Hendrik lo hacía lento, empujándose en Alois con sus talones contra el colchón y afirmándose con sus brazos flexionados. El morbo que los hacía morderse, jadear, sudar y rasguñar, no estaba ahí. No lo necesitaban. Alois lo sabía. Por primera vez, Hendrik solamente quería sentirlo.

Lo abrazó con cuidado, temeroso de lastimar la fragilidad que Hendrik exponía al poseerlo en ese momento. Al hacerle el amor por primera vez, aun cuando seguramente no lo sabía. Se escondió en el cuello de Hendrik donde dejó una estela de besos.

—¿Y qué sientes ahora? —Hendrik preguntó suave.

—Que me quieres.

—Eres… —Echó su cabeza hacia atrás, suspirando de placer por las delicadas caricias de Alois en toda su espalda—. Eres un muy corderito inteligente.

Los movimientos de las pelvis de ambos eran deliciosamente cuidadosos para no apresurar el final. Hendrik simplemente respiraba pesadamente sobre Alois, envolviéndolo con su cuerpo mientras se hundía en él con cada lenta penetración.

—Sabes... —Ahogó un gemido dulce y agudo en sus bordes—. ¿Sabes que estamos haciendo ahora mismo, Hendrik?

—¿Hm? Sí. —Hendrik asintió, inclinándose para besar a Alois, quien sonrió al corresponder. Los dientes del ojiverde barrían los labios de Alois cada vez que mordía suavemente.

—No, no tienes idea. —Colocó su mano en el pecho de Hendrik, sonriendo al sentir sus acelerados latidos—. Me estás dejando entrar aquí. Me estás haciendo el amor.

—… No.

—Sí, lo sabes. Es lo que es...

—Es lo que es —repitió Hendrik entre jadeos perezosos y párpados pesados—. Nosotros, tú y yo.

—Tú y yo, mi dueño. —Ninguno dijo algo más. Las palabras no eran necesarias, sus cuerpos hablaban por ellos.

Alois supo que debía hacerse fuerte, que caía en sus hombros una enorme responsabilidad de la que jamás había querido hacerse cargo antes; cuidar un corazón ajeno.

Era la primera vez de Hendrik amando a alguien, y era la primera vez que Alois quería ser amado.

◆ ◆ ◆

Hendrik bajó del ring, limpiándose la sangre de su adversario del rostro. Reynolds aplaudía lento, sin hacer alarde de la magnífica y sangrienta victoria que el rizado había conseguido para él. Ambos, a sabiendas de que no tenían mayor opción que ceder a la orden del coronel Robert, pactaron aliarse como peleador y mecenas, al igual que Hendrik lo había hecho con Nicholas anteriormente.

Sabía que no había manera de que se transformara en el favorito de Reynolds, pues aquel puesto lo tenía Zev. Por otro lado, sus beneficios en North Collan habían disminuido levemente, ya que Reynolds no aceptaba la violencia desmedida fuera del ring, motivo por el cual Hendrik tenía una restricción sobre sus acciones con los presidiarios de la fúnebre ergástula.

—Buena pelea. —Reynolds le tendió una botella de agua.

—Gracias. ¿Cómo van las cosas?

Desde la muerte de Nicholas, las peleas habían sido detenidas una temporada por motivos de remodelación. Al parecer, no todos se tomaron bien la muerte del mafioso y temieron por su propia vida. Reynolds tardó un poco en poner orden y volver a abrir el circuito de peleas, asegurándose de aclarar que ni Robert ni la policía tenía conexión alguna con el *under* y que todo había sido un desafortunado malentendido por viejos conflictos con Nicholas, lo cual ya estaba claramente solucionado.

Hendrik no le preguntó a Reynolds los métodos que usó para tomar el control de las apuestas, mucho menos a qué trato llegó con Jhon, el prefecto de la prisión. Tampoco le preguntó sobre Robert. Le importaba una mierda si su padre creía tener control sobre él porque Hendrik sabía que no era así.

—Excelente —le respondió—. Ya tenemos listo el lugar para la fosa y solo tomará unas cuantas semanas más reunir a todos los peleadores que necesitamos. No quiero repetir los errores de Nicholas, no dejaré que cualquier mierda de cerdo entre al torneo.

Hendrik sonrió.

Reynolds se tomaba aquellas peleas de manera personal. Quizá el que hubiese sido un boxeador profesional en el pasado era el motivo.

—¿Cuál es el piso? —preguntó en referencia al precio de la inscripción para los peleadores.

—Quinientos de los grandes por derecho a cada pelea.

—¿El premio?

Reynolds curvó las esquinas de sus labios en una sonrisa socarrona y le dio una calada a su puro. Su cuerpo de gran contextura lucía constreñido en aquel ajustado traje de dos piezas.

—¿Cómo está Zev? —cambió de tema el capo.

Hendrik bufó.

Zev había contraído una pulmonía de cuidado después de ser puesto en confinamiento solitario por matar a un guardia que intentó tener lo suyo con Nevin. Esas eran las restricciones de Reynolds: las muertes fuera del ring serían penalizadas con días de confinamiento solitario.

Naturalmente, nadie imaginó que Zev iba a enfermarse como la mierda por haber estado cinco días en aquella caja metálica, pero lo hizo y ahora gozaba de días de descanso en su celda, siendo cuidado como un maldito príncipe por el puto de su novio.

—Vivo.

—Con eso me basta. ¿Y tú? ¿Necesitas algo?

—Sí, que hables con Jhon. La comida ha sido una mierda últimamente. Llevo días sin ver un maldito trozo de carne.

—Me encargaré de eso. ¿Tu novio, cómo está? —Hendrik frunció el ceño a lo que Reynolds sonrió—. Tranquilo, no me van los hombres, y sé respetar lo que no es mío. Me preguntaba si él necesitaba algo.

—¿Te importa acaso?

—No, pero estoy acostumbrado al mamón de Nevin exigiéndome burradas todo el tiempo. —Se encogió de hombros, resignado—. Además, le doy una brutalidad de dinero a Jhon para poder meter sus mierdas de caprichos a North Collan.

—No luces como alguien dispuesto a perder dinero.

—Nunca dije que estaba perdiéndolo. —El hombre miró a Hendrik con ojos calculadores y una de esas sonrisas que lo decían todo—. ¿Sabes cuál es la mejor parte de hacer favores, Hendrik?

—No, nunca he hecho un favor. No soy un alma muy caritativa.

—... Cobrarlos. El día en que los favores deben ser devueltos. —Se levantó de su imponente asiento y le dio unas palmadas al hombro de Hendrik—. Espero que no lo olvides porque yo no lo haré.

—No me estás haciendo ningún favor.

—Todavía. —Sonrió—. Adiós, Hendrik. Nos estaremos viendo pronto.

Hendrik vio a Reynolds alejarse escoltado por hombres armados hasta la médula.

Debía admitir que ese mafioso era de hacerse respetar. Siempre había mantenido un perfil bajo en North Collan, como si hubiese estado a la espera del momento adecuado para hacerse con el control, y al parecer la aparición de Robert había ayudado en sus planes.

El emperador sonrió.

Siempre era bueno conocer a los suyos.

◆ ◆ ◆

Alois en ese momento no estaba nada contento, ni un poco. Quería arrancarse los pelos de la cabeza debido a la frustración.

—Es una zorra arrastrada. —Nevin estrechó la mirada a través de sus ojos celestes, su brazo rodeando a Alois por los hombros.

—Alois, deberías ir y dejar en claro que Hendrik es tuyo —susurró Noah. Extrañamente, Alois pensó que el loco de su amigo tenía razón. Incluso Nevin tenía razón, y eso era decir

mucho.

Hacía unos cuantos días había llegado un chico bonito a North Collan y Alois por primera vez en su vida se arrepintió de haberle pedido a Hendrik que salvara a alguien. Nevin finalmente había mostrado estar en lo correcto, y él tenía que aprender a dejar de meterse en los asuntos de otros. Ahora estaba pagando las malditas consecuencias con ese chico que coqueteaba descaradamente con su dueño. Incluso Francesco le parecía una mejor alternativa, quien al final se había terminado enamorando del médico que revisó sus inexistentes hemorroides. Ese bastardo.

Todo comenzó cuando aparecieron los nuevos reclusos en el patio. Hendrik jugaba un partido de baloncesto junto a sus cercanos con Zen en el equipo contrario, y Alois se encontraba animándolo a la distancia, compitiendo contra Nevin por quién ofrecía guarradas más obscenas al campeón. Y, de acuerdo, debía admitiría que algunos malos hábitos eran realmente contagiosos y en ocasiones divertidos. No obstante, su pequeña diversión se vio arruinada cuando vio a tres hombres intentando llevarse a uno de los nuevos.

Hendrik le gruñó que no se metiera, y Alois sabía que no debía inmiscuirse. Era una de las pocas situaciones que Hendrik no estaba dispuesto a tranzar con él. Sin embargo, cuando le dijo en un triste susurro que ese podría haber sido él, Hendrik pareció replantearse la situación.

Maldito bastardo, atractivo como el demonio, y psicópata... ¡Le dijo que lo defendiera de una violación, no que se comportara como un jodido príncipe de cuentos de hadas!

Naturalmente, ¿qué más podría haber esperado? Hendrik todo tenía que hacerlo a su manera y no solamente destrozó a los reclusos, sino que tomó al chico en brazos, lo sentó al lado de Alois y le palmeó el hombro. ¡A él nunca le palmeó el hombro!

Sucio guarro infiel. Que si bien no estaba siendo literalmente infiel, aun así se dejaba tocar por el nuevo llamado Javier. ¡Y el puto no se le quitaba de encima!

Ahora, estaban en el gimnasio donde su dueño lucía muy sudado con sus mejillas arreboladas por el ejercicio físico y con su cuerpo demasiado expuesto. Tenía una pañoleta en su cabeza y sus manos vendadas con desgastados trazos de tela, que en algún momento fueron blancos, golpeaban un saco de boxeo. Javier lo miraba a poca distancia, apoyado en la pared a la espera de la más mínima oportunidad para saltarle encima y ofrecerle agua, una toalla, un bocadillo, un cambio de ropas, preguntarle si tenía hambre…

—¡Ya exígele que eche al puto! —protestó Nevin.

—Me da igual —mintió.

Hendrik pasaba de todo aquel que le coqueteara, pero ese niño bonito había captado su atención y eso era algo que a Alois comenzaba a irritarle en los cojones.

—Deberías ponerlo celoso —susurró Noah y Alois rodó los ojos. Por supuesto, era tan fácil decirlo. Como si no supiera ya las consecuencias de los celos de Hendrik.

Miró hacia Nevin, que leía una revista sin prestarle atención a Zev. ¿Cómo lo hacía para aguantar las infidelidades de su moreno?

—No tengo idea de cómo soportas que Zev te sea infiel. No lo entiendo —se sinceró.

El rubio levantó la mirada, sonriendo con un deje de melancolía. Cerró la revista y sus ojos

se fijaron en el moreno que tumbaba a otro en una llave de lucha libre.

—No es tan difícil, Lulú. La primera vez que Zev lo hizo, estaba tan enojado que le dije que lo hiciera de nuevo. Muchas veces, y que ojalá fuera pronto. Porque cada vez que me fuera infiel, hacía que yo dejara de amarlo un poco y un día... simplemente dejaría de amarlo completamente y ya no habría nada más que me retuviera aquí.

—¿De qué estás hablando? No puedes irte… —Alois guardó silencio.

La sonrisa discreta y calculadora de Nevin fue un balde de agua fría sobre todo su cuerpo.

Nevin le guiñó un ojo a Alois y se colocó de pie, contorneando sus caderas en un exagerado vaivén mientras llegaba hasta el moreno, con quien comenzó a coquetear entre bromas y empujones suaves.

Alois tragó con dificultad.

No podía ser cierto. ¿Su amigo permanecía en North Collan por Zev, teniendo la oportunidad de salir de ese infierno?... ¿Lo hacía por amor a un maldito infiel?

¿Podría él hacer lo mismo por Hendrik?

Se sintió repentinamente sofocado, mareado y vacío.

Sus ojos de zafiro viajaron a Hendrik, a su dueño que, con altanería y dos profundos hoyuelos, presumía sus marcados bíceps al nuevo.

Negó.

—N-no, yo no podría...

Se colocó de pie con la vista perdida y una imperiosa necesidad de llenar sus pulmones con aire fresco.

Dios, cuán hipócrita era en realidad; profesando su amor a los cuatro vientos y jamás pensado en sacrificarse a sí mismo por dicho amor.

Comenzó a sentirse sucio e indigno.

Era la primera persona que Hendrik amaba, lo sabía aun cuando no había recibido dicha confesión. Y Alois siempre se hallaba pensando en estar él en un futuro, juntos fuera de North Collan, ambos viviendo una jodida buena vida, pero jamás sopesó la posibilidad de quedarse ahí con él.

Se aferró a las paredes para no perder el equilibrio, la brisa de la tarde abrazándolo mientras los últimos rayos de sol teñían su piel de matices dorados y anaranjados. Frenó sus pasos al sentir un tirón en su brazo. Sabía quién era… Ya había memorizado incluso su toque.

El peleador lo observó con el entrecejo profundamente fruncido, tan hermoso con su piel perlada por el sudor, labios levemente agrietados y tatuajes resaltando en su tonificada musculatura.

Cada vez que veía a Hendrik, sentía ese famoso amor a primera vista.

¿Cómo pudo ser tan iluso? Ellos no tenían un futuro fuera. Hendrik pertenecía a North Collan.

—No me jodas con celos de mierda —se defendió infantilmente—, no he hecho nada.

—Hendrik...

—¿Hm?

—No puedo. —Negó con la cabeza.

—¿De qué hablas? —Ladeó una sonrisa, tironeando del cuerpo ligero de Alois para envolverlo con sus brazos—. ¿Qué no puedes? ¿Ver cómo otros quieren ligar conmigo? Sabes que mi único masoca eres tú. Que le den por culo a ese chico... ¿Cómo se llama? Bah, me da igual.

—No, no es eso…

Presionó las palmas de sus manos sobre el pecho de Hendrik en un intento débil y fallido por soltarse de su agarre.

—¿…Alois?

—No quiero una vida aquí. —Alois tragó, sintiendo las piernas trémulas y el pecho apretado al ver el rostro de Hendrik convertirse en un poema de confusión y recelo.

—¿Qué…?

—No puedo ser como Nevin —susurró con la voz débil—. No puedo quedarme aquí por ti.

—Alois, ¿de qué mierda estás hablando?

—Pero tampoco puedo dejarte... —Para ese momento, los ojos de Alois estaban humedecidos por lágrimas. Se sentía ahogar en el paroxismo de sus propios sentimientos—. No sé, no puedo elegir... Y du-duele —sollozó con el rostro inclinado hacia su dueño, sintiéndose tan malditamente débil y sucio—. P-por favor, haz que deje de doler…

Hendrik dejó caer sus brazos y levantó el mentón, tal como siempre hacía cada vez que debía tomar una decisión. Como un emperador a punto de decretar un mandato inexorable.

—No tienes que decidir, Alois.

—P-pero…

—Shhh —siseó—. No tienes decisión porque no eres libre para elegir. Tú eres mi prisionero, y el día en que quieras escapar... —Tomó las manos de Alois y las llevó a su boca, besando los dorsos de estas—. Te mataré.

—Hen-…

—Eres mío, Alois, y no recuerdo cómo vivir sin ti. Lo siento. —Presionó un beso sobre la cabellera castaña de Alois—. Eres lo único bueno que tengo, lo único real. Así que no pienses en eso. Está bien así... Estamos bien.

—Lo estamos, sí. —Sus labios se humedecieron cuando las lágrimas llegaron a ellos.

—Sabía que ibas a llorar —se burló con un tono afectuoso e íntimo—. Jodido mamón.

CAPÍTULO XXII

Hendrik vio esa grieta en los ojos de Alois. Ese resquebrajo emocional que podía hundirlo y él no iba a dejar que eso sucediera. Hendrik no iba a dejar que Alois se hundiera. Él podía hacerlo por Alois. Después de todo, ya estaba acostumbrado a vivir naufragando en aquellas profundidades; ya estaba roto y descompuesto. Los huesos de su cuerpo ya se habían roto por el peso de las decisiones que tomó en su vida. Porque quien portara la corona, debía estar dispuesto a cargar con el peso de ella.

—N-no puedo dejarte, ¿verdad? —Alois secó sus lágrimas, arrastrando aquellas gotas saladas por sus mejillas—. No me dejarás hacerlo… No de-deberé escoger, ¿verdad?

—No sigas torturándote con eso, cabrón. —Hendrik apretó a Alois contra su cuerpo, respirando el aroma almendrado y dulce de su cabello—. ¿Por qué no vas a nuestra celda, tomas una siesta y me esperas como el coqueto insaciable que eres, desnudo en la cama?

Alois sorbió su nariz y negó con la cabeza, sonriendo debido al gran vuelco en la conversación.

—Dios. ¿Acabo de tener una crisis de pánico y me sales con esto?

—Pánico es lo que vas a tener si no te largas a hacer lo que dije en este preciso instante. —Dejó caer su mano en un azote sobre el trasero de Alois. Su amante soltó un suave quejido y frotó la zona lastimada, luciendo tenuemente más tranquilo y recompuesto—. Ve, te alcanzo de inmediato.

—De acuerdo… —Estrechó los ojos y señaló a Hendrik, inquisidor—. No quiero que sigas jodiendo con el nuevo, ¿entendido?

Una sonrisa fácil tomó sus labios y negó con diversión ante los celos del contrario

—Venga, que de cordero pasas a fiera y así no puedo. Terminaré follándote aquí mismo, vete.

Le dio un nimio golpe ficticio en un pómulo a Alois y se apoyó en la pared de brazos cruzados mientras su amante se alejaba. Hendrik mordió su labio inferior al recorrer con la mirada la perfecta anatomía de Alois, cada curva de su cuerpo dulce y esbelto. Recordó lo bien que se sentían sus torneados muslos cada vez que los apretaba con las manos, buscando meterse bajo su piel.

Esperó a que Alois estuviera lo suficientemente lejos y, perdiendo la sonrisa, bufó un gruñido.

—Sal. Sé que estás ahí.

—Das miedo, hijo de puta. —Zev salió de su escondite tras una muralla. Tomó el cigarrillo

que había acomodado en su oreja y lo prendió. Se colocó al lado de Hendrik al mismo tiempo que daba una profunda calada—. Estás consciente de lo que estás haciendo, ¿verdad?

Hendrik guardó silencio.

Odiaba que sus decisiones fueran cuestionadas y eso era algo que Zev tendía a hacer algunas veces. Siempre terminaban peleando.

—No hables como si no hubieras hecho lo mismo.

—No, no lo hubiera hecho. —Zev se encogió de hombros, botando el humo por la boca en pequeñas argollas—. Tienes que dejar de protegerlo como si fueras su maldito perro guardián, Hendrik. No puedes cargar con toda la responsabilidad, esto es de ambos. Si tu puto quiere quedarse, que lo decida él y afronte las malditas consecuencias de sus decisiones. ¿O qué? ¿Cada vez que Alois deba tomar una decisión, lo harás tú por él?

—Bah. No entiendes. —Su boca se secó. Había una amargura instalada en su pecho—. No tienes una maldita idea...

Zev negó en silencio, consumiendo el cigarrillo entre sus dedos.

—Por supuesto que sí. Yo también estuve en tu lugar.

—Alois no es como Nevin.

—No lo es. Y tampoco me haría tomar esa decisión por él, ¿y sabes por qué? Porque yo dejé que Nevin aprendiera a cargar con su propio peso. ¿En cambio, Alois? —Miró a Hendrik de soslayo—. Él simplemente llora como un jodido maricón y te tiene de lengua en el suelo, lamiendo la mierda de los cerdos.

Aquello golpeó el orgullo de Hendrik. ¿Era así como se veía?

—¡¿Y qué querías que hiciera?! —Empujó a Zev con sus manos, su voz siendo un rugido ronco y exaltado—. ¡¿Qué debía decirle?! ¿Tienes que tomar una puta decisión porque yo jamás voy a salir de este agujero? ¿Olvídate de tu familia, de tu vida y húndete en esta mierda conmigo? ¡¿Es tu decisión, no me eches tu mierda encima?!

—¡Sí! ¡Maldición, sí! —Le devolvió el empujón a Hendrik. Los gritos de ambos comenzaron a llamar la atención de algunos curiosos, sin embargo, nadie se detuvo para escuchar lo que decían. Sabían su destino de quedarse ahí—. Porque estoy malditamente aburrido de verte cargar con el peso de todos. ¿Y qué? Cuando se aburra de esta vida, cuando se dé cuenta de que no es feliz y que arruinó todo por quedarse al lado de un demente asesino, ¿qué harás? Por supuesto., lo que siempre haces… Pobre Alois, él no tiene la culpa de estar en este infierno. No le dejaste salida. El culpable eres tú, ¿cierto? —acusó con tono irónico—. No debe hacerse responsable porque él no decidió estar contigo, tú lo encadenaste. Él no tiene la culpa de haberse enamorado de un demente, ¿no? Hendrik es el culpable… ¡Siempre es la misma mierda contigo! Lo mismo ocurrió hace casi cuatro años en...

Lo interrumpió. Acorraló al único que podía considerar su amigo contra la pared, ambas manos sobre la garganta de este. Ejercía presión, sus venas marcándose sobre su piel. Los ojos de Zev estaban rojos y Hendrik no sabía si eran lágrimas o simple ira. No le importaba. Para él, en ese momento, Zev era una amenaza.

—¡No vuelvas a hablar sobre Guantánamo! No vuelvas a mencionar una maldita palabra

sobre mis decisiones, Zev. —El príncipe le sostenía la mirada, apretando su mandíbula con fuerza con su rostro completamente azorado por la falta de aire—. No quiero tener que matarte, bastardo infeliz… Pero si dejas que de tu boca salga una sola palabra que pueda joder a mi cordero, te arrancaré los ojos y haré que Nevin se los coma.

Soltó de golpe a Zev y le dio un rodillazo en el centro de su abdomen antes de alejarse.

Necesitaba estar solo, pelear con sus demonios internos o terminaría jodiendo a quien se le cruzara por delante.

Maldijo el día que decidió formar parte de aquella misión en Guantánamo. Del día que tuvo que cargar con la muerte de ciento cincuenta y dos hombres, mujeres y niños.

Maldijo el día que se coronó como el emperador.

◆ ◆ ◆

Años atrás…

Hacía años atrás, antes de ser emperador, Hendrik levantó su jarra de cerveza para chocarla contra sus camaradas. Esa noche cumplía veintitrés años; seguía vivo.

—¡Por el imbécil maricón más increíble de este maldito batallón! ¡Salud!

Hendrik negó con la cabeza, sonriendo al mismo tiempo que tragaba todo aquel licor de trigo. Arrugó el entrecejo cuando sintió el sabor e ignoró las indecencias que vociferaban sus iguales.

Estaban con sus uniformes militares, botas embarradas y completamente ebrios. Un toldo blanco los cubría de aquella lluvia tropical. Entonaban himnos de la milicia, se peleaban como animales y todos celebraban como si no hubiera mañana.

—¡Seguro que ahora andará de pijo chulo comiendo con los altos mandos!

—¡¿Qué dices?! ¡Si el marrano este apenas sabe sostener un tenedor!

Hendrik sacudió su cabeza y golpeó la mesa de madera con el jarrón de vidrio.

—Anoche no te quejabas de la forma en que sostenía tu culo —respondió con sorna, señalando al chico con el que había compartido la tienda de campaña antes.

Todos se burlaron, vitoreando y silbando como bárbaros mientras insultaban entre bromas al recientemente nombrado teniente tercero, Hendrik Stone.

—¡Era una orden de mi teniente! —se excusó el otro, simulando una mamada con la mano sobre su boca y la lengua empujándose sobre su mejilla interna.

Hendrik rompió en una risa abierta y ligeramente ebria, palmeando el hombro del chico. Ese tipo de bromas eran normales entre ellos. Naturalmente, había algunos que no estaban completamente de acuerdo con la libertina homosexualidad del teniente, pero nadie se atrevía a reclamarle al respecto.

Hendrik nunca estuvo avergonzado de ser quien era, y se había hecho respetar desde su primer día en el ejército a base de golpes y huesos rotos. La única vez que intentaron asaltarlo entre varios, estos terminaron siendo masacrados sangrientamente en venganza. Demostró que

ponerla en el trasero de un hombre en vez de una vagina no lo hacía, bajo ningún concepto, inferior.

—Eh, voy a marcar territorio. —Señaló un árbol a la distancia y Nick, su mejor amigo, le guiñó un ojo en respuesta, volviendo a su conversación con otro soldado.

Esa era su vida, dictada por su padre desde el comienzo. Sin libertad y, aun así, jamás iba a reconocerlo. Las excusas eran para los débiles y él no era débil. A los doce años tomó la decisión de vivir, sin importar los actos que tuviera que realizar para conseguirlo. Así mismo, algún día tomaría la decisión de morir.

Volvió con sus hombres, quienes de raciocinio ya no tenían nada. Eran ya simples borrachos bárbaros comportándose como burros y tirándose mierda entre ellos.

Hendrik bufó y decidió que no iba a ser el único completamente ebrio ahí.

—¡¿Y dónde demonios está mi cerveza, bastardos inútiles?!

Todos respondieron con una exclamación pesada, alzando sus jarrones y volviendo a celebrar a su nuevo teniente. El prodigio de la milicia. El niño que con solo dieciséis años comenzó a hacerse notar por su increíble desempeño en estrategias militares y constancia. El pequeño que entrenaba hasta el desfallecimiento cada día, fortaleciendo su pequeño cuerpo a base de fracturas óseas y fatiga muscular. Hendrik Stone, el chico que cuando cumplió los dieciocho años, arrojó los resultados más impresionantes de toda la escuela.

Siguió las órdenes dictadas por el coronel y entró al ejército, donde superó a los altos rangos en operaciones militares de prueba y se forjó como una leyenda; cinco años bastaron para que fuese recompensado con el rango de teniente tercero. Aun así, no le importó tener una maldita medalla en su chaqueta, porque debía seguir escalando… Debía ser el diablo y derrocar al hombre que jugaba a ser Dios.

A sus veintitrés años su nombre fue conocido por todos los altos mandos. El hijo del coronel Stone, despiadado e inteligente como su padre. Nadie tenía duda alguna que sería el predecesor del coronel. No era lo que Hendrik quería, era lo que había decidido. Porque necesitaba ser el más fuerte para sobrevivir, y ser capaz de tener el destino de los hombres en sus manos para no ser él quien padeciera a manos de su padre.

—Hendrik, despierta, joder. —Se removió con un gutural gruñido emergiendo de su garganta—. ¡Que tu padre te ha mandado a llamar, imbécil!

La mención de su padre lo hizo abrir los ojos de golpe. Se enderezó con todos los músculos de su esculpido cuerpo al desnudo. Su cabeza punzaba debido a la borrachera de la noche anterior.

Repasó con sus ojos esmeraldas toda la tienda de campaña, a los cuerpos desnudos de dos hombres durmiendo a su lado. Joder, un trío. Qué manera de pasar su… ¿Aniversario de nacimiento? Lo que fuera.

—Diles que voy de inmediato. —Movió su cabeza en un gesto para indicarle al mensajero que saliera de la tienda. Este asintió y lo dejó a solas con aquellos chicos que no recordaba haber follado, pero que en definitivamente lo había hecho—. Despierten, putas golfas. A mover el culo si no quieren que los mande a correr por toda la costa hasta que el sol se esconda.

Los chicos se removieron, despertando desorientados pero conscientes de las palabras de su teniente.

—Me duele el trasero —refunfuñó uno, buscando algo con lo que tapar su desnudez.

—Me importa una mierda, salgan y vayan por algo de comer. No quiero muertos de hambre en mi escuadrón.

Los hombres buscaron ropa a tientas y salieron de la tienda de Hendrik.

El sol aún no salía del todo y el ambiente húmedo era el típico de una isla tropical como Jamaica. Se encontraban allí para practicar técnicas de supervivencia en fraternización con el ejército de aquel país. Políticas de estado. Hendrik las odiaba, pero no estaba realmente enojado por tener unas vacaciones en aquella isla caribeña. Lo que realmente no comprendía era qué demonios estaba haciendo su padre ahí.

Se vistió a regañadientes, maldiciendo el infernal dolor de su cabeza y el pitido en sus oídos. Al salir de la tienda vio a sus hombres, ordenando y encargándose de realizar sus labores, todos igual de miserables que él por la resaca.

Hendrik cogió una botella de agua y saludó a uno de los oficiales encargados del transporte vehicular. Se subió a un carro todoterreno militarizado y, tapando sus ojos con sus lentes aviadores, le indicó que lo llevaran a la base del ejército jamaiquino.

Su cuerpo estaba sucio y apestaba a sexo y alcohol, lo ideal para ver a su padre luego de dos largos años.

—Es aquí, teniente.

—Bien. Espera aquí, esto no tomará mucho.

Bajó de un salto, acomodándose un poco su sucia camiseta militar abierta que dejaba expuesto sus marcados oblicuos. Las pocas mujeres presentes le dirigieron sus miradas ávidas y desmoronadas, y Hendrik estaba seducido a gritar que las tetas poco efecto tenían en él.

Saludó con un gesto burdo de cabeza a los superiores que se cruzaban a su paso, ignorándolos mayormente. No era precisamente un ejemplo de recato y obediencia, y todos lo sabían.

—Lo están esperando, teniente.

—Eso me han dicho.

El chico frente a él, perfectamente enfundado en su traje gris con medallas, lo guio a través de la base militar, donde el ambiente era frío y gris, algo a lo que Hendrik ya estaba acostumbrado.

Dos hombres armados con metralletas se encontraban custodiando una puerta doble. Hendrik palmeó el hombro de uno de ellos antes de tomar la puerta con ambas manos. El frío de los pomos de metal se sentía fresco y agradable en su piel mordida por el calor. Empujó con un poco de fuerza y ladeó una sonrisa al ver a ese grupo de viejos hombres sentados alrededor de una mesa redonda. Algunos conocidos, otros no tanto.

Todos tenían algo en común; eran asesinos condecorados con el honor hipócrita de una nación.

—¿Y esto? —Llevó su vista al único responsable de que lo hubieran mandado a llamar: su padre—. Si me hubieras dicho que hoy tenía que desayunar con los vejestorios, no me habría ido de juerga anoche... O quizá sí, pero en vez de follar dos culos, hubieran sido seis. Para poder pasar el mal trago de verlos a todos ustedes, cabrones.

—Tanto tiempo, hijo.

—Estoy completamente seguro de que me dirás lo mismo cuando nos veamos en el infierno.

Un hombre carraspeó. La falta de diplomacia política no era algo nuevo en Hendrik, pero aun así podía ser difícil de tragar para aquellos que no estaban acostumbrados a sus maneras no tan sofisticadas.

Hendrik tomó asiento en una de las sillas, frente a Robert. Se sacó los lentes y los lanzó sobre la superficie de metal con desprecio, repasando con la mirada a todos los hombres sentados junto a él.

—Me llegó la carta de tu ascenso. No esperaba menos de ti. —Robert dio una leve inclinación de cabeza en felicitaciones y Hendrik arrugó la nariz, luciendo desagradado y desconforme—. Hubiera sido agradable enterarme por tu parte.

—Joder, es que no quería molestarte, ya sabes. Pensé que estarías demasiado ocupado jugando a la casita con la mujer barata que es tu esposa.

—No te hemos llamado aquí para que descargues tu mierda familiar, muchacho —objetó uno de los presentes. Hendrik lo miró fijamente, enarcando las cejas y humedeciéndose los labios a la espera—. Tu padre tiene algo importante que decir.

—Ojalá que así sea, porque hasta el momento solo ha dicho mierda mientras ustedes, cretinos, sudan como cerdos grasientos para que no los mate por uno de mis famosos “ataques de demencia” —enfatizó haciendo comillas.

Ataques conocidos por todos los oficiales no tan cercanos a Hendrik, quienes lo culpaban de no saber controlarse mientras al interior de la institución se acostumbraban a esconder los abusos de bastardos corruptos y violadores. Lo culpaban de atacar a otros sin motivo, cuando la realidad dentro de las instituciones militares era mucho más oscura y macabra.

Él sabía que no era buena persona, que a sus doce años se había condenado a sí mismo solo por sobrevivir. Se había abierto camino siendo más bestia que hombre, no obstante, jamás se planteó tolerar o aceptar que crearan a otros como él.

—Robert... —Un hombre canoso de rostro arrugado miró al coronel. El sudor en su frente lo delataba, pero nadie podía culparlo por el miedo imperante hasta en sus gestos.

La reputación de Hendrik no se había forjado sola; no tenía los métodos más ortodoxos para hacerse respetar. A pesar de los tan mencionados ataques de demencia, jamás había podido ser enjuiciado, ya que no rompía ninguna regla. Todos sabían que el teniente Stone utilizaba los vacíos legales del reglamento militar para moverse a su antojo, al igual que su padre.

—Hendrik, ya basta. —La orden del coronel hizo a Hendrik gruñir, pero no refutó—. Tengo una pregunta para ti y dependiendo de lo que respondas, se decidirá tu futuro.

El teniente rodó los ojos y asintió. Los juegos mentales de Robert habían dejado de tener efecto en él hacía bastante tiempo.

—¿Quieres ser libre, Hendrik? —O quizá no.

Hendrik sintió como el ritmo de su corazón se aceleraba.

Una simple palabra con un significado que él pensó jamás conocería. Pues, ¿qué era la tan anhelada libertad? Había escuchado hablar de ella tantas veces entre tantos hombres caídos en busca de ella, en tantas guerras por conseguirla. La dulce promesa de lo único que Hendrik jamás obtendría mientras Robert lo tuviera bajo su yugo.

Miró a su padre por largos segundos, calculando qué podía querer de él, cuánto de su alma debía entregar a cambio por ella.

Tragó seco.

—¿Qué tengo que hacer?

Los hombres se miraron entre ellos y luego de aprobar con la mirada a Robert, el coronel le deslizó una carpeta con la palabra “clasificado” en ella.

—Necesitamos que viajes a Guantánamo.

Hendrik tomó la carpeta entre sus manos y, sin levantar del todo su cabeza, alzó la vista hacia los altos rangos que lo miraban. Distinguía entre ellos al ministro de defensa de los Estados Unidos; comprendió entonces qué hacía aquel puerco arrogante allí. Si estaba relacionado con Cuba, por supuesto que Estados Unidos iba a tener algo que decir al respecto. Malditos norteamericanos.

—¿Motivo? —preguntó hojeando el contenido de la carpeta.

—Hemos descubierto una base terrorista en la isla de Cuba, más específicamente en Guantánamo. No estamos completamente seguros de la ubicación, pero tenemos coordenadas que servirán para que llegues al lugar.

—Hm. ¿Y cuál es mi papel en esto?

—Su líder, Yhamir Alkahald, se encuentra en aquella base terrorista junto a sus hombres y una cantidad alarmante de armamento. Necesitamos que te encargues de ella, que la hagas desaparecer.

Hendrik frunció el ceño. Aquello parecía algo de seguridad nacional, demasiado arriesgado como para dejarlo en manos de un simple e imprudente teniente tercero recién nombrado.

—¿Yhamir? No lo creo. No se expondría en una isla pequeña como Cuba. —Negó con la cabeza. La institución llevaba años intentando darle captura a ese líder religioso solo para lamer el trasero de los norteamericanos—. De ser atrapado, no tiene salida. Es demasiado riesgoso...

—Es información confirmada, Hendrik —insistió—. Nos tomó dos años encontrar esta base terrorista. —Robert carraspeó y buscó apoyo en el ministro de defensa norteamericano, quien asintió con discreción.

—Necesitamos que líderes un grupo de hombres hasta el campamento terrorista y que coloquen minas a su alrededor. Cercarlos para que no puedan escapar y así acabar de una vez por todas con esa amenaza.

El teniente quiso burlarse, responder que ellos eran la única amenaza, sin embargo, mordió su mejilla interna y asintió en silencio. Todas las miradas estaban puestas en él

—Hm. ¿Por qué minas? Mejor lancen una bomba y ya —bromeó sin humor.

—No tenemos la ubicación exacta del lugar. Y en el tiempo que nos tome encontrarlo, podríamos ser descubiertos antes de programar un misil.

Hendrik silbó, puesto que no lo decía en serio. ¿Acaso no sabían el impacto que un misil tendría en la isla de Cuba? Bastardos sin alma.

—¿No nos estamos saltando algunos tratados de derechos humanos en esto? —Hendrik detuvo su mirada en la foto de aquel líder terrorista. Le traía sin cuidado aquel bastardo fanático de un dios inexistente; sin embargo, al parecer se convertiría en su pasaje a la emancipación de las garras de Robert.

—No creo que a las organizaciones de los derechos humanos les importe mucho. —Robert ladeó una sonrisa, la misma que algunas veces Hendrik esbozaba—. Además, no tienen por qué enterarse.

No le sorprendió las palabras de su padre. Para Hendrik, esas organizaciones no eran más que circos mediáticos que ayudaban a los hipócritas a sentirse bien por soltar miserias en ayuda a los vulnerados y damnificados.

—Entiendo. ¿Diámetro del campamento?

—Toda la información te será suministrada apenas llegues a la isla de Cuba. Se te pondrá en contacto con la persona que te servirá de guía. Es un narcotraficante que cayó hace poco por una redada.

—¿Y qué tiene que ver un maldito narco en esto? —Hendrik frunció el ceño. Las drogas jamás habían sido de su agrado, mucho menos quienes las traficaban.

—Ese maldito narco conoce Guantánamo como la palma de su mano. Nos ahorrará tiempo y recursos... No podemos exponernos a días de búsqueda, ya que podríamos ponerlos en alerta.

—¿Él está de acuerdo con colaborar?

—Algo así. Negociamos su condena si nos ayuda en esto.

—¿Nombre?

—Zev Reed.

El ojiverde asintió y se colocó de pie con la carpeta en su mano. Todos los altos mandos de la milicia imitaron su acción, algo que lo hizo sonreír de manera inconsciente.

Perros adiestrados, eso eran a los ojos de Hendrik.

—De acuerdo. Envíame un comunicado con mi fecha de partida y la información esencial. —Hendrik ladeó su cabeza y dirigió los ojos a su padre—. Tenemos un trato, Robert.

—Perfecto. Cumple tu parte y yo cumpliré la mía, es una promesa.

Hendrik dio media vuelta y salió del despacho militar.

Había escuchado rumores sobre Robert teniendo un hijo, y aquella repentina oferta de libertad se lo confirmaba. Ahora que tenía un hijo legítimo, alguien que presumir ante la alta sociedad, no iba a necesitar de Hendrik, su hijo bastardo.

El teniente sintió como si a cada paso que diera, su cuerpo desprendiera alquitrán caliente.

Una sola orden más, un último mandato de Robert y finalmente sería libre.

Tenía dos opciones: la esclavitud bajo el condecorado de un apellido inservible o la tan desconocida libertad. Hendrik ya había elegido.

◆ ◆ ◆

Llegó a Cuba tres días después. El sol aún distaba bastante de aparecer.

Quienes caminaban tras él, no emitían palabra alguna. Hendrik estaba demasiado agotado para hacer algo más que llevar sus pies a la habitación que le designaron. Su traje se pegaba a su cuerpo debido al calor húmedo, su garganta se sentía seca y sus párpados pesaban por la falta de sueño.

La base militar norteamericana estaba compuesta de los gritos hoscos de los generales, de las filas de jóvenes llevando a cabo las órdenes dictadas y del personal adyacente realizando distintas funciones a la vez.

Hendrik volteó en dirección a sus hombres. Llevó a seis de ellos con él, los mejores.

—Vayan a descansar. Cuando los necesite los mandaré a llamar. —Arregló su boina militar y acomodó sus aviadores. Lucía decente y pulcro, algo extraño en él—. Mientras tanto, tengan algo de diversión.

—¿Qué harás tú? —cuestionó Nick, acomodando el enorme bolso de provisiones y ropa que cargaba sobre su hombro.

—Dormir dos horas y levantar mi culo para conocer al hijo de puta que nos llevará hasta las coordenadas del campamento.

Se despidió con un gesto de cabeza y entró al apartado de habitaciones que se había dispuesto en aquella base. Chistó al ver su alcoba, seca y fría. Prefería mil veces dormir en tiendas de campaña o a la intemperie con el cielo nocturno como techo.

Luego de sacarse sus botas y chaqueta, se tiró sobre la cama con sus manos entrelazadas tras su nuca y su vista fija en el techo. Era una de esas malditas noches en las que al parecer todo su cuerpo gritaba por un descanso, pero su cabeza se negaba a ceder.

Cerró los ojos e intentó abandonar aquellos mortuorios pensamientos que a veces salían de las sombras para abrumarlo y a las reminiscencias sobre cada aspecto de su vida. En ese punto, ya todo formaba parte de una congoja interna. Recordaba cómo la noche anterior había tenido su navaja en la mano, a pocos segundos de emplearla en él mismo, y no lo había hecho. El recuerdo de la promesa de la dulce libertad lo detuvo. No iba a tomar aquella decisión hasta haber conocido y experimentado la independencia. Solo debía esperar un poco más.

Robert podía ser todo lo que él más despreciaba, pero hasta ese día jamás había roto alguna de sus promesas. En realidad, solo le había hecho dos promesas a Hendrik: la primera se la hizo la única vez que el ojiverde intentó escapar de él.

En ese entonces, Hendrik solo tenía dieciséis años. Envalentonado por compañeros del internado que se encontraban en una situación similar a la de él, decidieron darse a la fuga cual reos de prisión. Robert lo encontró a la semana.

Sus hombres golpearon a Hendrik hasta que no quedó de él más que un charco de sangre y

carne expuesta; Robert sonrió en todo momento. Fue ahí, cuando Hendrik estaba a pocos segundos de perder la conciencia, que su padre hizo su primera promesa:

"Si intentas escapar una vez más, te encontraré y asesinaré. Pero si obedeces y te sometes a mi voluntad, prometo mantenerte con vida, Hendrik".

Le había acariciado la cabellera y besado la frente, llenándose los labios de sangre, luego de decirle aquello. Años después, la segunda promesa consistía en darle su libertad.

Finalmente, no pudo dormir, pero aun así su cuerpo le agradeció la pequeña tregua.

Luego de limpiarse debidamente, emprendió camino hasta las mazmorras en el interior de la base militar donde tenían a los reclusos en una cárcel pequeña, limpia y de impecable seguridad. Hendrik vio a los encargados de seguridad y tomó del bolsillo de su chaqueta la carta de acceso que Robert había enviado para él.

Lo saludaron de buena gana e incluso intentaron entablar conversación con él, retrasando su entrada a las celdas. Los norteamericanos tendían a ser ligeros y tomarse las cosas con humor, algo que a Hendrik le gustaba.

—Puedes pasar —indicó un hombre después de leer la carta, señalando a los guardias armados que cerraban el paso de intrusos y dándole una innecesaria palmadita en el centro de la espalda.

—Gracias. —Hendrik mantuvo una postura altiva y erguida, digna de un oficial reconocido de alto rango. Caminó tras uno de los hombres armados hasta que este se detuvo y señaló una de las celdas con la cabeza—. Abre las rejas.

El militar obedeció y abrió la puerta construida con barrotes. En el interior de la celda había un hombre recostado, aparentemente relajado y con los ojos cerrados.

—Puedes irte —le indicó al hombre armado.

—Sí, señor.

Cuando estuvo a solas con el recluso, este soltó un sonoro suspiro y se sentó en la cama. Su sonrisa mordaz le hizo gracia a Hendrik.

—Así que tú eres el pijo de papá, ¿eh? —El recluso se colocó de pie y enfrentó a Hendrik con la mirada—. Zev Reed, un placer.

—El placer es tuyo. He escuchado algunas cosas bastante interesantes de ti, Reed. Uno de los narcotraficantes más grandes de todo el continente. —Hendrik extendió su mano para estrechar la del contrario—. Traicionado por su primo y encarcelado después de una redada.

Zev estrechó de vuelta la mano de Hendrik.

—¿Qué puedo decir? A veces la familia es complicada.

—Creo saber un poco de eso.

—Yo también he oído algunos rumores de ti desde que estoy aquí. Hendrik Stone, el hijo bastardo que Robert Stone tuvo con una prostituta. —Hendrik apretó la mandíbula. No dejaba que nadie hiciera mención de su madre—. Tu padre es un cerdo, pero como estás de bueno asumo que los genes los sacaste de ella.

—¿Acaso estás coqueteándome? ¿Te va que te la metan por el culo o qué? —Hendrik

deslizó su lengua fuera de la boca, repasando las grietas de su labio inferior y recorriendo al moreno con la mirada.

—Para nada. Tetas y coños para mí.

—Tú te lo pierdes. —Zev se soltó del agarre de manos y volvió a sentarse, sus ojos fijos en Hendrik—. Tengo entendido que sabes el motivo por el que estoy aquí, ¿me equivoco?

—No, no lo haces. Al parecer, hay un campamento terrorista y quieren que te guíe hasta allá sin ser descubiertos.

—Poniéndolo en términos sencillos, sí. —Hendrik asintió.

—Y si lo hago, mi condena se verá reducida a un año.

—Estás en lo correcto.

—De acuerdo. No es como si tuviera muchas opciones al respecto, así que tenemos un trato.

—Perfecto.

Hendrik iba a salir de la celda cuando un carraspeo de voz lo hizo detenerse.

Zev lo miraba con ojos calculadores y una mueca reacia.

—Pero tienes que saber que hace bastante tiempo que no venía a Guantánamo, por eso no estoy en conocimiento del lugar donde se encuentra esa base terrorista. Estuve dos semanas y fui encarcelado, no tuve tiempo para ponerme al día con los cambios que ha habido en la isla. —Su voz vaciló.

—No hay problema, tengo coordenadas que nos servirán como punto de referencia. Solo debes ser un buen perro rastreador y oler esos culos para llevarme hasta ellos y que yo pueda cazarlos.

—Hm, suena tentador. ¿Te importaría si quitamos la parte de oler traseros?

—Te perderás toda la diversión.

—Puedo vivir con eso —el moreno respondió con jovialidad.

—Ya veremos.

Hendrik lo barrió con la mirada una última vez y esbozó una sonrisa amplia.

Nunca le habían gustado los narcotraficantes, pero Zev podía ser una excepción.

◆ ◆ ◆

—Que me sangran los pies, bastardo animal —se quejó Zev. Hendrik gruñó y volteó con su brazo en alto, indicándole que si no guardaba silencio lo golpearía de lleno en el rostro—. Pff, y más encima me amenazas.

—Yo no amenazo. —Le dio un manotazo descuidado en la cabeza.

Zev se quejó, dándole un empujón y sin dejar de caminar, intentando mantener el paso de él y sus hombres.

—Joder, llevamos tres días sin detenernos a descansar. Voy a morir antes de que lleguemos al maldito campamento.

—Señor, Reed tiene razón. Debemos tomarnos un descanso.

El rostro de Hendrik se contrajo con amargura.

Sabía que sus hombres tenían razón, debían darse un descanso, pero no podían. No en ese momento... Faltaba poco y su ansiedad tomaba gran parte de sus decisiones.

—Descanso tiene mi polla. No vamos a descansar hasta que nos hayamos acercado al perímetro del campamento. Muévanse, perras. No quiero gastar balas innecesariamente.

Sus hombres aceptaron a regañadientes.

El sol ya se había ocultado y el reloj de la muñeca de Hendrik indicaba que eran las dos de la madrugada. Quizá podían descansar hasta el alba y después tomar algo de tiempo para alimentarse.

—Putos malcriados —murmuró en un gruñido—. Está bien, nos quedaremos aquí hasta que salga el sol y después comeremos algo antes de reanudar el camino.

Zev soltó un suspiro de alivio y se desplomó en el suelo. Se frotaba el cuello, que parecía irritado debido al collar de rastreo que habían implantado en él.

No tenían tiendas de campaña, por lo que se acomodaron sobre sus propias ropas sin demorar en conciliar el sueño gracias al cansancio. Incluso Hendrik.

Pocas horas después, el sol fue el indicador del despertar de la pequeña tropa. Zev fue el único que se negó durante algunos minutos a abrir los ojos, al menos hasta que Hendrik lo levantó de golpe y prometió desvirgar su inexistente trasero si no se ponía en marcha.

Hendrik llevaba el radio que lo conectaba directamente con los encargados de aquella misión. Operación Guantánamo, como la habían denominado, muy original. No podían llevar demasiado con ellos porque el peso de las minas explosivas ya era suficiente como para añadir provisiones innecesarias.

Llegaron hasta un caudal con las indicaciones de Zev tras otras largas horas de caminatas. El sol ya había desaparecido nuevamente y aprovecharon que a sus alrededores había árboles frutales y agua para comer y descansar las piernas.

—¿Cuánto crees que falte? —preguntó Hendrik, echándose unas bayas comestibles a la boca.

Zev bebía agua y mojaba su rostro alternadamente.

—No más de dos o tres horas. Este río está cerca del lugar que dicen tus coordenadas.

—Bien. —Miró a sus hombres, todos con la fatiga plasmada en sus rostros. Se prometió darles una semana de vacaciones cuando terminaran aquella misión—. Terminemos con esto pronto, vamos.

Zev bufó y se colocó de pie, estirando su pelvis hacia adelante para mitigar el dolor por el agotamiento físico.

Hendrik lavó su rostro con el agua del caudal, llevándose el sudor seco de sus bronceadas facciones. Sus manos callosas rasparon su rostro mientras removía los restos de tierra.

—¿Nos vamos ya, señor? —preguntó Nick, acomodándose su chaqueta.

—Sí, y como me digas señor de nuevo... —Hendrik señaló a su oficial—. Te cortaré los cojones y haré que te los comas.

—*Mmm*, señor —se saboreó.

—Eres una mierdecilla obscena.

—Sus cumplidos me ruborizan, mi teniente. —Zev miró a Hendrik y luego a Nick con una ceja alzada y sonriendo por las bromas de estos. Esperaba que lo fueran.

—Joder. —Zev miró a Hendrik y señaló a Nick con el pulgar. El chico reía estrepitosamente —. Este cabrón sabe lo que quiere.

—No debería sorprenderte. ¿No ves que tiene tatuada la palabra polla en el rostro? —El teniente tomó su morral y miró en la dirección que indicaba la coordenada de su GPS de rastreo —. ¿Por dónde?

—Déjame ver. —Zev tomó el artefacto de las manos de Hendrik. Debían caminar hacia el norte, pero como no había caminos directos para llegar, tenían que desviarse un poco—. Por acá.

Retomaron la marcha una vez más, siendo alumbrados por el firmamento nocturno mientras dejaban sus huellas en los frondosos pastizales.

En el camino, Zev le contó a Hendrik de su vida y él a su vez respondió lacónicamente con fonemas cortos. Así había sido desde el primer día. El moreno era alguien fácil de llevar y al teniente no le molestaba en particular que le contase sus desventuras en el mundo del narcotráfico, incluso en algunas veces se sorprendió a sí mismo haciéndole preguntas.

Detuvieron sus pasos en cierto punto. Hendrik miró de soslayo a sus hombres y estos asintieron. Zev también supo qué pasaba. Los gritos lejanos y las voces desconocidas les indicó que finalmente habían dado con el campamento de Yhamir Alkahald.

—Necesito que me presten atención… Zev y tres de ustedes se quedarán aquí. Si no volvemos para el amanecer, darán la señal a la base militar de nuestra captura. Los otros tres de ustedes vendrán conmigo y cercaremos el campamento en cuatro puntos cardinales. ¿Entendido? —Todos respondieron al unísono.

Zev miró a Hendrik y lo agarró del antebrazo antes de que este comenzara a alejarse.

Se miraron fijamente unos segundos en un compañerismo al cual el teniente no estaba acostumbrado. La palabra amigo nunca había tenido un profundo significado para él hasta ese momento.

—Cuida tu culo, maldito narco.

—Lo mismo digo, pijo de papá.

Hendrik esbozó una leve sonrisa ladina y golpeó el hombro de Zev antes de echar a andar sus pasos. Sabía que sus hombres quedarían en vela, haciendo vigilia hasta que saliera el sol. Esperaba no demorarse tanto.

Un acre amargo se instauró en su boca a medida que se acercaba al campamento. Se detuvo y corroboró que todos sus hombres tuvieran las minas explosivas con ellos. El plan ya lo habían hablado incontables veces, solo faltaba ponerlo en marcha.

Conectó su radio para contactar con los militares en la instalación americana. Sabía que

Robert se encontraba ahí. El encuentro que tuvieron ambos, al preludio de su salida de la base, era la prueba.

—Operación Guantánamo, 10-35. ¿Me copian? —Un chirrido debido a la intercepción de señales lo hizo repetir sus palabras tres veces más antes de que respondieran.

—Transmisión recibida. QAP.

—Estamos en posición. Repito, estamos en posición. Procederemos a colocar las minas.

—10-4, se le solicita proceder.

Apagó la radio y la enganchó en su cinturón.

Se separaron. Hendrik tomó el sur del campamento.

Con sus rodillas flectadas para no sobresalir de las grandes plantas que lo ocultaban de ojos enemigos, se deslizó hasta quedar a la distancia ideal del campamento. Alzó su cabeza, recorriendo aquella base terrorista con los ojos. Contó rápidamente la cantidad de tiendas levantadas y las chozas provisionales, así como contenedores metálicos.

—¿Pero qué demonios? No puede ser. —Eran demasiados.

¿Cuántos hombres había en ese lugar? ¿Cien? Más tal vez.

Hombres armados hasta la médula merodeaban por el campamento con sus cabezas cubiertas con turbantes y sus rostros evasivos de cualquier emoción. Soldados, al igual que él. No esperaba tal cantidad de rebeldes, pero ahí estaban y Hendrik debía cercarlos a todos para que Yhamir Alkahald no tuviese posibilidad de escapar.

Flexionó sus piernas y ligeramente cayó al suelo. Sus manos escarbaron en la tierra húmeda y densa para hacer un agujero suficientemente profundo. Sacó la primera mina de su morral.

No había vuelta atrás. Con tiempo de sobra y antes de que saliera el sol, ya había terminado.

Tomó la pequeña radio que colgaba de la parte trasera de su cinturón y contactó a sus hombres.

—Informen posición —demandó saber. Su voz era un susurro sigiloso, al igual que el de sus tres hombres, quienes respondieron rápidamente.

Todas las minas estaban puestas. Habían tenido éxito.

Acordó un punto de encuentro lo suficientemente apartado del campamento; al llegar allí, encontró a dos de sus hombres, ambos exitosos en su labor y con el miedo latente en sus rostros. Ninguno de ellos quería morir, Hendrik lo sabía.

—Contactaré al coronel. —Con sus hombres cuidándole la espalda, se sentó en el suelo y contactó nuevamente a la base. Pudo escuchar el vitoreo de los militares norteamericanos y las felicitaciones por su éxito.

Apenas cortó la transmisión, su cuerpo se puso tenso. Ya habían pasado más de diez minutos desde la hora acordada. Sintió gotas de agua en su rostro y levantó la cabeza al cielo. Una lluvia tropical se cernía sobre sus cabezas.

Hendrik bufó exasperado.

—Falta Nick —señaló con nerviosismo uno de ellos.

Hendrik lo sabía, Nick era el único que no había llegado.

—Maldito. Juro que voy a sacarle los cojones… Voy a por él, ustedes vuelvan con los otros.

—Señ-…

—He dado una maldita orden. Acaten si no desean morir aquí mismo, animales. —Sus hombres, adiestrados a cumplir órdenes, inclinaron la cabeza y volvieron al lugar donde Zev se encontraba.

Hendrik los vio alejarse y, con el sigilo de un felino acostumbrado a cazar en la selva, se abrió paso hasta el punto Este designado a Nick.

Un grito desgarrador detuvo sus pasos.

—No...

Se acercó al campamento con la respiración agitada y la visión borrosa debido a la lluvia.

Su subalterno se encontraba de rodillas en el suelo con uno de los hombres del campamento apuntándolo a la cabeza con una metralleta. Hendrik sintió su cuerpo paralizarse.

Sin pensarlo dos veces se colocó de pie y apuntó su arma de largo alcance en dirección a quienes amenazaban la vida de su subalterno. Disparó a todos quienes lo rodeaban, sin errar ni una sola vez.

Nick buscó con la vista a Hendrik, moviendo la cabeza en negación. Estaba desesperado, gritaba algo, pero Hendrik no lograba entender qué era debido a la lluvia.

A lo lejos, escuchó un llanto que lo hizo bajar el arma. De una de las tiendas salió una mujer, sosteniendo un bebé.

—… No.

El campamento terrorista comenzó a poblarse de quienes lo habitaban; civiles. Hombres, mujeres y niños. Los gritos de estos nublaron su juicio y los llantos desconsolados de quienes rodeaban a los cuerpos de los soldados asesinado por Hendrik, anclaron sus pies a la tierra.

Hendrik tomó su radio para conectarse inmediatamente con los altos mandos. Necesitaba una maldita explicación, saber qué demonios estaba ocurriendo…

Nick volvió a gritar algo en su dirección y luego su cuerpo cayó al suelo con un agujero de bala atravesándole la cabeza.

Hendrik sintió náuseas. Pudo sentir su corazón escapar de su boca, la forma en que se hundía en sí mismo con los huesos de su cuerpo rompiéndose debido al peso que comenzaba a presionarse sobre sus hombros.

—Teniente Stone al habla —murmuró sin poder apartar los ojos del cadáver de Nick, sintiendo como, por primera vez en tantos años, le temblaba la voz—. ¿Me escuchan?

—Oficial Ak32 aquí. Escuchamos.

Sus manos tiritaban como nunca lo habían hecho antes. Mantuvo su rostro fijo en dirección al campamento, observando como todos corrían, acarreando bolsos y carretas mientras los hombres armados los guiaban para sacarlos del campamento. Habían sido descubiertos.

—Necesitamos abortar misión. Repito, necesitamos abortar misión. Hay civiles aquí… Es un campamento con civiles. —Nadie respondió—. ¿Ak32?

—10-74. Se ha negado el aborto de misión.

—¡No!

—Se le ordena retirarse del lugar y volver a base. Son órdenes del coronel.

—¡No pueden hacer eso, maldita sea! ¡Hay niños aquí! —Los oídos de Hendrik se vieron ofuscados por el sonido de diversos estallidos.

Se colocó de pie, girando su rostro cubierto de tierra en distintas direcciones, a las personas intentando huir y a los cielos con nubes de humo.

Los norteamericanos habían comenzado a detonar las bombas. ¿Por qué? Era muy pronto.

Sintió un tirón que lo hizo retroceder. Giró su rostro, encontrándose con un empapado Zev sosteniendo el GPS de rastreo que compartía con sus hombres.

—¡Tenemos que irnos! —gritó.

El ruido de los estallidos tronó en los oídos de Hendrik. Todo dio vueltas a su alrededor.

—¡No! —respondió desesperado—. ¡Son civiles! ¡Hay que ayudarlos!

—¡No hay nada que podamos hacer, debemos irnos!

Hendrik se soltó del agarre de Zev, girándose en dirección al campamento. Intentó avanzar, pero fue detenido nuevamente por el contrario. Forcejeó cuanto pudo, sin embargo, por alguna razón su cuerpo estaba débil y sus piernas habían ya cedido.

La lluvia empapó su rostro, ocultando las lágrimas que descendían silenciosas y traicioneras por sus ojos opacos. Era la primera vez que lloraba desde que tenía doce años, desde que arrebató la vida de un hombre. El infierno llegó a él en ese preciso momento, mientras sus ojos se inundaban en ese mar rojo de muerte y gritos.

¿Qué había hecho?

CAPÍTULO XXIII

Alois y Nevin observaban a distancia la guerra de miradas que Hendrik y Zev parecían mantener. Estaban sentados con sus bandejas de desayuno en el comedor y sin decir palabra alguna, simplemente mirándose mientras sus bocas se atiborraban de comida. Era incluso divertido verlos ahí, sin nadie queriendo sentarse con ellos por miedo a que en algún momento estallaran. Cualquiera que estuviera a su alrededor corría el riesgo de salir lastimado.

Alois estuvo seducido a decirle a Nevin que se sentaran con ellos, quizá para molestar un poquito.

—¿Qué mierda les habrá picado a esos dos? —preguntó Noah, dándole un sorbo a su té.

—No tengo idea.

—Bah. Ya estoy acostumbrado a estos maricones y sus ataques hormonales. —Nevin rodó los ojos y se levantó, contorneando sus caderas hasta la mesa en donde estaba el emperador y su mejor amigo, o enemigo mortal; Alois ya no lo sabía con certeza.

—¿Qué crees que hará?

—Es Nevin —solo eso respondió Alois. No se necesitaban más explicaciones.

Vio como Nevin susurraba algo en el oído de Zev y este se levantaba de golpe, siendo seguido por Hendrik. Zev murmuró algo cerca de Hendrik y este gruñó antes de tocarle el hombro, asintiendo con la cabeza.

Nevin se despidió batiendo su mano, viéndolos salir del comedor como dos toros embravecidos. Al volver a la mesa, Alois estaba pestañeando con lentitud, completamente incrédulo de lo ocurrido.

—Bien, ya está —comentó Nevin con despreocupación.

—¿Qué demonios les dijiste? —preguntó Alois.

—Que hoy, mientras Zev estaba en las regaderas, un bastardo intentó acorralarme cuando fui a pedir ropa limpia. —El rubio se encogió de hombros y le dio una mordida a su rebanada de pan—. Y que me tocó en lugares privados.

Alois casi se ahogó. Inmediatamente, buscó algún signo de daño en su rubio amigo, sin encontrarlo a simple vista.

—Dios, Nini. ¿Eso de verdad pasó?

—No, por supuesto que no, idiota, pero pasará todo un día antes de que Hendrik y Zev se den cuenta y para ese momento, ya habrán hecho las paces.

—Oh…

—Sí, soy una perra muy inteligente, lo sé. —Nevin aplaudió dos veces para sí mismo con denotada arrogancia y volvió a su desayuno, manteniendo una conversación ridícula sobre cuán poco atractivos eran los nuevos reclusos.

Alois exhaló el aire de sus pulmones y estrechó los labios en una sonrisita tímida. A veces parecía que el verdadero emperador no era otro sino el loco rubio que movía a todos a su antojo.

—Bien, entonces. Si encabezamos la lista, definitivamente el más guapo es Hendrik —dijo Jack contando con sus dedos—. Luego viene Zev, Derek y Norman.

—Están locas —protestó Nevin—. Hendrik está bueno, pero Zev es mucho más sexy.

—Dicen que Hendrik puede hacerlo por horas y no cansarse. ¿Es verdad, Alois?

—Joder. ¿Por qué debería responder esto? —acusó con las mejillas calientes y teñidas de rojo.

Las bromas y curiosidad respecto al desempeño de Hendrik en la cama era algo a lo que nunca iba a acostumbrarse. Era un chico muy conservador, después de todo, dejando de lado que media prisión ya los había escuchado follar.

—¿No contaremos a los muertos? Ley era muy guapo.

—Y un asesino de menores. No cuenta —dijo Jack con una mueca de asco.

—Yo una vez se la mamé —soltó un chico de la nada. Alois parpadeó y dio un sorbo a su té, intentando excluirse de aquella narrativa.

—¿En serio?

—Sí, poco antes de que Hendrik lo asesinara. En realidad, yo ya sabía que estaba algo trastornado. —El chico se estremeció ante lo que pareció ser un recuerdo—. Decía cosas raras y me hablaba sobre obedecer y ser un buen niño.

—¿Podemos no hablar de esto? —La voz de Alois vaciló.

El recuerdo de Ley era algo que había suprimido completamente en su cabeza. Estaba muerto, justo como Jean, y ambos ya no podían lastimar a nadie.

—Nevin, tú viste cómo Hendrik lo mató, ¿verdad?

—¡Sí! Fue increíble y escalofriante. Un corte rápido en la garganta. —Nevin deslizó un dedo índice por su cuello—. Y cayó directamente al suelo.

Alois se levantó y salió del comedor.

No quería seguir el hilo de aquella conversación, no podía hablar sobre Ley o Jean sin sentir arcadas. Recordaba cuánto investigó sobre ese tipo de depredadores sexuales, siempre aparentando ser amables, pero a la vez buscando el lado vulnerable de su víctima para explotarlo.

No quería admitirlo, pero se alegraba de que estuviera muerto.

—Hey, Lulú. —Nevin llegó a su lado, colgándose de su brazo con una enorme sonrisa—. Ellos no saben sobre... Bueno, son unos idiotas. No te enojes.

—No me enojo, Nevin. Solo que… no puedo estar ahí cuando hablan sobre él.

—Y es perfectamente normal. Dejemos que esas envidiosas fantaseen con nuestros hombres

mientras nosotros vamos al patio y recibimos un poco de sol.

Alois asintió. La idea de recibir un poco de sol no parecía tan mala en ese momento. No debía ir a la unidad médica hasta pasado el almuerzo, así que tenía bastantes horas libres para no hacer nada. Como cada día.

Se sentaron en unas bancas que daban a un perimétrico cuadrado de tierra que algunos de los reclusos usaban como ring de juego para practicar. Hendrik rara vez lo hacía, ya que en su mayoría entrenaba en el gimnasio. Por otro lado, unos hombres de grandes proporciones se encontraban ahí, practicando golpes y bromeando.

Nevin gritó algunas obscenidades en dirección a ellos y ambos rieron cuando los hombres se sacaron sus camisetas y comenzaron a presumir sus cuerpos.

—¡¿Eso es lo que presumen?! ¡Pero si parecen sacos rotos de carne de cerdo!

Alois apenas pudo respirar debido a las carcajadas que brotaban de su boca. Se aferró a su estómago y escondió su rostro en sus rodillas mientras Nevin chiflaba con dos dedos al interior de su boca y sacudía una mano con desdén para que se alejaran.

—C-creo que me hice pis —susurró Alois entre risas.

—Creo que yo igual. —Nevin también reía con su rostro hacia el cielo y ojos cerrados—. Es genial tenerte aquí, Lulú. Eres el primer chico que realmente puedo llamar amigo en este hoyo de mierda.

—Tienes un montón de amigos, Nini.

—No, y lo sabes, Lulú. No es lo mismo. —Alois enmudeció su boca para conceder veracidad a las palabras del excéntrico rubio—. Solo espero que todo siga igual después de la fosa.

—¿La fosa? —Ladeó su cabeza, sin saber de qué hablaba Nevin.

—¿Hendrik no te ha hablado de eso?

—Uhm, no. No me ha dicho nada. ¿Qué es?

—Oh, Lulú. ¿Por qué siempre me toca la mierda a mí?

La mirada de Nevin cayó y Alois supo que no iba a gustarle para nada lo que el rubio estaba por contarle.

◆ ◆ ◆

Esa noche había algo diferente en el *under*. Se podía escuchar a los reos aullar, ser coyotes hambrientos de la estepa mientras la parca danzaba en el fúnebre antro, arrebatando las vidas de los caídos. El ring se estaba tiñendo de rojo para divertir a la pletórica mafia.

Comenzaban las preparaciones para la fosa.

Los capos lucían a sus peleadores como fieras de combate, llamando la atención de quienes luego soltarían grandes cantidades de dinero en apuestas, yaciendo sentados en opulentos asientos de cuero animal con mujerzuelas sobre sus regazos y habanos en sus bocas. Alcohol llenando sus copas y hombres armados los resguardabas. Estaban apartados de la casta presidiaria, de los criminales que servían para embravecer la noche con sus rugidos y sus cuerpos

menoscabados.

Ocurría en ese momento, humanos defectuosos que alentaban a las bestias arriba del ring mientras las sombras creaban dibujos en las pieles de cada hombre y mujer presente; mientras ocultaban miradas y pérfidos deseos. Se podía oler el sudor, la sangre y la humedad, el sabor de la tristeza y la desesperación, así mismo como el anhelo por la victoria.

Alois se encontraba ahí, sentado en el regazo de Hendrik mientras observaba con ojos desérticos a dos hombres intentar quitarse la vida mutuamente mediante golpes. Su respiración era pausada y sus labios estaban húmedos por la cantidad de besos que Hendrik había dejado en ellos; salados y devotos. Cada beso cargado de deseo y lujuria, profusos de sal.

Apretaba una mano en el muslo de Hendrik sin apartar la vista de los peleadores. Todo su cuerpo estaba cubierto por una capa de sudor perlado debido al calor que consumía el lugar. Y Hendrik lamía su nuca, repasando con sus ásperas manos vendadas los suaves brazos de Alois.

Vio como uno de los hombres caía al suelo, cubierto en sangre.

Cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, apoyándose en el hombro de Hendrik. Su dueño lo tomó como una invitación y buscó su cuello, él ladeando la cabeza para dejarle expuesto toda aquella extensión de caliente piel para que lamiera y mordiera a gusto.

—Me enferma cómo te miran —susurró Hendrik lamiendo el lóbulo de su oreja.

—¿Quién me mira?

—Todos. —Alois esbozó una leve sonrisa. Los celos de Hendrik eran algo que no iba a cambiar. En ese punto, ya no deseaba que cambiaran—. Tengo que quebrar unos cuantos huesos y después nos largamos a nuestra celda.

—Sí…

—Hoy voy a lamer cada parte de tu cuerpo. Voy a devorarte con mi boca, Alois.

—S-sí, lo harás, ¿verdad? —susurró para sí mismo—. Vas a consumirme…

Alois llevó sus ojos a las luces del techo y gimió ante las caricias de Hendrik.

Esa noche todo se veía borroso. North Collan consumía sus días, sus vidas, pero para Alois no era más que un tiempo aislado, una dulce pesadilla de la cual no quería ser despertado.

Era la tercera vez que visitaba aquel antro de muerte, pero era la primera vez que realmente quería estar ahí.

Vio de reojo a Zev sentado sobre un sofá con una morena montada en su regazo, balanceándose como una meretriz profesional ante un sultán. Nevin se encontraba a poca distancia, vociferando junto a Noah mientras miraban la pelea, ignorando por completo al príncipe y su descarada infidelidad.

La mano de Hendrik se cernió sobre su abdomen, posesiva y firme, sacándolo de su pequeño trance. Gimoteó de placer cuando Hendrik comenzó a recorrer su ingle, despojado de cualquier escombro de pudor.

¿Cuántos porros había fumado? No lo recordaba con exactitud, pero habían sido los suficientes para aligerar el peso de su alma. Estaba perdido, arrasado por la corriente hasta el escondrijo del pecado. Cegado por una necesidad enfermiza de tener a su dueño con él, el miedo

también presente como una bestia hambrienta, carcomiéndole las entrañas.

Ese día se había enterado de la fosa y una parte de su cordura se había perdido.

Nevin le acabó contando sobre aquella macabra entretención que organizaban los capos de Europa. Alois se negó a creerlo e ingenuamente le pidió a Hendrik que no participara, tan patético, abrazándose a él como si su vida hubiera dependido de ello.

"No puedo hacer eso, corderito. Sabes que no puedo... Pero lo que sí puedo hacer es destrozar a cada hijo de puta y volver aquí pronto para amarrarte a la cama y que grites mi nombre mientras te hago mío. Y no me mires así, vamos. No tienes nada de que preocuparte. Es lo mismo del under, y ya he participado otras veces… Confía en tu dueño, ¿sí?"

Su dueño iba a participar en aquel combate, en aquella denigrante pelea donde sería expuesto como bestia de sacrificio para el deleite de aquellos con dinero y poder. Un juego sórdido donde solo un hombre iba a ser coronado como vencedor. Solo uno sobreviviría y el resto terminaría pudriéndose bajo tierra, comidos por gusanos.

Y ahí estaba, tragándose cada sobrante de humanidad solo para tener los brazos de Hendrik a su alrededor un poco más, observando a los peleadores de prueba, quienes eran una burda distracción realizada por Reynolds para encender a los posibles inversores de apuestas. ¿El verdadero motivo? Presumir al emperador de North Collan, a la leyenda urbana de la que se hablaba en los ghettos penitenciarios.

—¿Qué te parecen los nuevos?

Alois levantó la vista. Reynolds se encontraba de pie con una mujer colgando de brazo, de curvas prominentes y sonrisa falsa. Devoraba con los ojos a su dueño.

—Mierda de ratas —se limitó a responder Hendrik.

—Supuse que dirías eso. —Se carcajeó, palmeando el hombro expuesto de Hendrik—. ¿Qué te parece si entras al ring y enfrentas a cuatro de mis chicos? No creo que te sea difícil. Después de todo, solo son mierda de ratas.

Alois sintió a Hendrik sonreír contra la piel de su nuca.

Permaneció en silencio, con la vista fija en Reynolds.

—De acuerdo. Destrozo a estos pobres diablos y me largo.

—Por supuesto.

El médico se levantó seguido de su dueño, quien le jaló el cabello de la nuca con fuerza para obligarlo a exponer su tráquea. Hendrik, con su vista fija en el mecenas, delineó con su lengua el cuello y la mandíbula de Alois, dándole un azote en el trasero antes de alejarse lentamente.

—Tienes un novio muy posesivo —comentó Reynolds con una sonrisa en los labios.

—No tienes idea. —Alois volvió a sentarse.

—Quizá no me recuerdes, muchacho, pero ya nos hemos visto antes. —Reynolds frotó su mano sobre el hombro de Alois y bebió de su copa. El castaño lo miró de reojo, con recelo ante lo que este podía llegar a decir el hombre y pensando que, entonces, no estuvo equivocado cuando tuvo esa sensación de conocer al mecenas de Zev—. Una vez atendiste a mi hija y ella

nunca dejó de hablar del doctor que le regaló una corona de princesa.

Alois sintió un tirón en su vientre.

—No la recuerdo —mintió. Por supuesto que lo hacía.

—Una lástima.

Reynolds se fue y Alois puso cada sentido de su cuerpo en la pelea a realizarse frente a sus ojos.

Hendrik tenía su cuerpo bañado en una capa de sudor, sus manos vendadas pobremente y sus pies descalzos. Cuatro hombres lo rodeaban, pero Hendrik no les daba mayor importancia mientras ladeaba su cabeza de un lado a otro.

Antes de que el réferi diera paso a la pelea, el emperador señaló al lugar donde Alois se encontraba. Su corazón se detuvo en ese preciso instante.

Hendrik, sin quitar sus ojos de Alois, hizo un puño con la mano que lo señalaba y lanzó el primer golpe, enganchando directamente en la quijada de uno de sus rivales.

—¿Sabes qué quiso decir con eso? —preguntó Zev, sentándose a su lado. Alois quiso decirle que se apartara porque apestaba a perfume barato, pero decidió callar—. Sin sus puños, un peleador no puede defenderse.

—Hm. Entonces, ¿yo soy sus puños?

—¿Y qué mierda voy a saber yo? No tengo idea, Hendrik está loco. —Alois sonrió y negó con la cabeza, tragándose la amargura al ver como Hendrik hacía caer uno a uno a los hombres frente a él con facilidad—. Realmente odias esto, ¿verdad?

—Sí, no tienes idea cuánto…

—Nevin me dijo que sabes sobre la fosa… No te preocupes, la muerte le tiene demasiado miedo a Hendrik como para venir a por él.

Alois soltó un suspiro flojo y asintió.

No quería tener una conversación sobre la fosa, solo quería... Dios, no sabía lo que quería, pero no iba a pensarlo en ese momento porque Hendrik llenaba cada espacio de su cabeza.

Nevin llegó hasta ellos y se sentó en el regazo de Zev, contando como un peleador prometió vencer a Hendrik para demostrar su sincero amor hacia él.

—Una lástima —susurró Nevin viendo al peleador en el suelo, empapado en sangre—. ¿Qué vamos a hacer después de esto? Hay demasiada adrenalina en el aire para irnos simplemente a dormir.

—Hendrik y yo tenemos... asuntos importantes que hablar.

El rubio rodó los ojos y acurrucó su mejilla en el hombro de Zev.

—Solo di que Hendrik va a partirte el trasero, maldito suertudo. —Zev arrugó el entrecejo y le dio una mirada confundida a Nevin, quien no comprendió por qué lo miraba así—. ¿Qué? ¿Dije algo malo?

—Hablas como si tú no fueras a tener el mismo destino. —Nevin ladeó una sonrisita y tocó la punta de la nariz de Zev.

—Eres. Tan. Divertido. No vas a tocarme después de haber tenido a esa guarra montándote.

Alois solamente pudo reírse al ver el rostro del moreno deformándose al mismo tiempo que Nevin se colocaba de pie y se iba, despidiéndose de Alois con un movimiento ligero de mano. Zev chistó y se colocó de pie. Alois lo vio hablar con Reynolds y luego salir del *under*, seguramente en busca de cierto rubio peligrosamente celoso.

Volvió su vista al ring. Hendrik pisaba la cabeza de un hombre y levantaba los brazos, celebrando su indiscutible triunfo. Una bestia entre tantas, una bestia que lentamente había devorado el corazón de Alois.

◆ ◆ ◆

Alois caminaba con Hendrik a sus espaldas, escuchando los jadeos excitados de su dueño que ronroneaba en su oído palabras obscenas y comprometedoras. Ambos estaban brutalmente excitados, siendo menesterosos de contacto físico, de meterse bajo la piel del otro.

—Vas a tener un sabor tan bueno en mi lengua.

—L-lo tendré, s-sí. Solo para ti.

Hendrik llevaba una mano dentro del pantalón de Alois, con sus dedos enterrándose en los carnosos glúteos del más bajo. Ignoraban las miradas ajenas, demasiado absortos en su propio mundo.

De repente, fueron interceptados por una pequeña y delgada figura. Alois gruñó con molestia, mirando al chico frente a ellos con una toalla y una botella de agua.

—¡Hendrik! Te vi pelear en el under y fue increíble.

Alois apretó sus labios y respiró pesadamente, molesto de ser detenido a pocos pasos de la celda de ambos donde liberaría su dolorosa erección.

—Gracias, ¿uhm…?

—¡Javier! No olvides mi nombre, Hendrik. —El chico estiró la toalla y la botella de agua en dirección al rizado—. Vi que no tomaste nada de agua al bajar del cuadrilátero. Es peligroso porque…

—Javier... —lo interrumpió Alois. Iba a reclamar por su abrupta y muy molesta interferencia hasta que vio la mano de Hendrik estirarse para recibir la botella de agua.

—Gracias, cabrón. —Hendrik se colocó al lado de Alois, sacando sus manos del cuerpo del más bajo, quien ahogó una protesta—. Entonces, me viste pelear. ¿Te gustó?

—¡Sí! Fue increíble. Me dieron ganas de subir al ring y felicitarte. —Alois frunció el ceño al ver la mirada coqueta del chico en Hendrik—. De besarte y… Uhm, lo siento…

Hendrik estaba malditamente sonriendo. Alois estaba malditamente enojado.

—Hmm, ¿y me lo dices frente a mi cordero? Eres un atrevido. —La voz de Hendrik fue ronca y lenta, demasiado provocativa. A Alois le revolvió el vientre.

—Bien, parece que sobro. Los dejo para que puedan conversar a gusto. —Sin decir nada más, se apartó a grandes zancadas.

Quiso gritar de la frustración al ver que su dueño no lo seguía.

¿Estaba celoso? ¡Sí, maldición! Estaba asquerosa y condenadamente celoso. Quería devolverse y arañar todo el rostro del puto de Javier, arrancarle el pelo y patearlo en los cojones… ¡Maldito regalado! ¿Que no veía los chupetones de besos que Hendrik tenía en el cuello? Venga, que todo North Collan sabía que Hendrik era suyo, solo suyo. ¡Y no pensaba compartir una mierda de su dueño!

Entró a la celda y contó hasta veinte antes de decidir asomarse sutilmente por el marco de la puerta, sus dedos aferrados a la puerta metálica y los celos jodiéndolo demasiado. Su cabeza apenas se asomó unos segundos y todo su rostro se calentó al haber sido descubierto por Hendrik, quien miraba fijamente a la celda mientras Javier hablaba emocionado.

¡Qué hijo de puta!

Bufó, avergonzado y molesto, frotando las palmas de las manos en sus muslos.

Pensó en alguna manera de vengarse, de molestar a Hendrik justo como él lo estaba haciendo. ¿Celos? No, imposible. ¿Enfrentarlo? No, seguro iba a terminar frustrado y llorando. ¿Pedirle que no lo hiciera? Jamás, tenía algo de dignidad... Quizá no, ya no estaba seguro de nada.

Miró su reflejo en el trozo sucio de espejo que había sobre el arcaico lavamanos. Sus ojos se estrecharon y una sonrisita ladina se instauró en su boca. Sí, su dueño iba a pasar una maldita mala noche.

Se sacó toda la ropa, quedando solamente en una sudadera manga larga algunas tallas más grandes que él. Se sentía avergonzado, ligeramente ido por el efecto de los porros y algo excitado por el morbo que le provocaba lo que iba a hacer.

Esperó a su dueño de piernas cruzadas sobre la cama, quien no tardó en aparecer. Sonreía como un maldito hijo de puta con la barbilla levantada y ojos opacos.

—Hola, corderito. ¿Me estabas esperando? —Alois guardó silencio y se abrió un poco de piernas, mostrándole a Hendrik que no llevaba ropa interior alguna—. Ah, joder. Delicioso y guarro.

Hendrik se arrodilló entre las piernas de Alois, sus manos amasando y enterrándose en los torneados y blandos muslos del castaño. Comenzó a dejar besos en una rodilla de Alois, pellizcando su piel con sus dientes.

Alois lo observó en silencio unos cuantos segundos.

—¿Te divertiste hablando con Javier?

El peleador resopló contra su piel.

—No molestes, sabes que me joden los celos. No hice nada. —Una mano de Alois se cernió en la cabeza de Hendrik, apretando sus rizos. Lo separó de golpe de sus piernas.

Su dueño levantó la mirada con un gruñido bajo emergiéndole de la garganta. Alois siseó, negando con su dedo índice.

—No esta noche, mi dueño.

—¿Qué?

—Dije... —Empujó a Hendrik con su pie, haciéndolo caer hacia atrás—. No esta noche.

—Alois… —Apretó los puños y negó, respirando hondo mientras sus pupilas se dilataban —. No me quieras joder, porque voy a enfadarme por culpa de tu juego de mierda. No hice nada con el otro cabrón y lo sabes.

Alois recogió los hombros. La excusa agravaba la falta.

—Dije que no. ¿Vas a hacerlo igual? Adelante, eres mucho más fuerte y yo no puedo resistirme demasiado. —Alois estaba pisando un terreno peligroso, era consciente de ello. Relamió su labio inferior—. Vamos, solo oblígame.

Se abrió de piernas y deslizó las manos por sus muslos hasta su desnuda entrepierna. Hendrik pasó saliva, su vista fija en los lentos y sensuales movimientos de Alois.

—… ¿Qué haces?

—Solo debes hacerlo, someterme. —Se llevó dos dedos a la boca y comenzó a lamerlos, mirando directamente a Hendrik, quien se colocaba de pie. El ojiverde intentó acercarse una vez más, pero Alois estiró su pierna y lo detuvo con el pie sobre su pecho. Sus dedos abandonaron brevemente su cavidad bucal—. Dije que tendrías que obligarme. No te lo haré fácil.

Los ojos del emperador se abrieron en desconcierto.

—¡Venga, mamón! Tú quieres esto... ¡Es-estás ahí! —Lo señaló con las palmas de las manos abiertas, sus palabras eran torpes y ásperas—. ¡Te estás abriendo de piernas y me dices que no quieres!

Alois ingresó y luego sacó los dedos de su boca, ya completamente ensalivados. Sus mejillas estaban calientes al igual que el resto de su cuerpo.

—Puedo abrirme de piernas, pero no voy a dejar que me folles, Hendrik —Alois recogió sus pies y, sin quitar su vista del ofuscado rizado, se acomodó sobre la cama con sus rodillas sobre el colchón y su trasero en altura, completamente expuesto—. ¿Lo quieres? Tendrás que obtenerlo a la fuerza.

Y ambos sabían perfectamente bien que Hendrik jamás haría algo así.

Su dueño gruñó y giró rápidamente, golpeando su puño contra la mesa donde descasaban las pertenencias de ambos. Sus nudillos crujieron contra la madera, la frustración pareciendo brotar por cada poro de su piel.

La frente de Alois estaba pegada al colchón, su respiración era suave y aguda. Dejaba escapar suspiros y gemidos bajos deliberadamente mientras mordía su labio inferior, tocándose obscenamente la carne de sus glúteos. Giró el rostro buscando conectar con la mirada desquiciada de su dueño.

—Joder, mírate. —Hendrik comenzó a caminar por la celda como un león enjaulado frente a una deliciosa presa, sin poder hacer nada más que verla—. Solo... mira ese bonito culo. Mierda.

Alois llevó sus dedos ensalivados hasta el pliegue de su trasero; arqueó su espalda y palpó siniestramente toda la extensión de piel antes de comenzar a jugar consigo mismo.

—*Ah… Mmm* —tarareó un ronroneo, conectando de vez en vez sus ojos con los de Hendrik. Su propio cuerpo reaccionó al perverso juego que había maquinado con su hombría

despertándose eróticamente contra su abdomen—. Es-estoy tan apretado. Y no puedes sentirlo, mi Hendrik.

—Joder. —Hendrik frotó su rostro con una mano, negando con la cabeza y sin dejar de caminar de un lado a otro—. Estás disfrutando esto, ¿verdad? Maldito infeliz.

Alois no respondió porque sí lo hacía, pero no iba a admitirlo en voz alta.

Castigar a Hendrik… ¿Quién diría que sería tan satisfactorio?

El aroma de las sábanas lo hizo suspirar discretamente. Olían a Hendrik, a su dueño. Se sentía tan sucio por estar ahí, jugando con su entrada frente a él. Lloriqueó tímidamente cuando comenzó a follarse con su dedo corazón, adentrándolo hasta que su nudillo tocó piel.

—Como disfrutas tú solo, tan puta... T-tan apretadito. —Su dueño balbuceó, una enorme erección marcándose en su entrepierna. Se acercó al lateral de la cama, observando fijamente el movimiento de los delgados dedos de Alois. Pasaba saliva con dificultad, moviendo sus manos y frotándolas contra su nuca en un gesto de ansiedad—. Vamos, corderito. Quieres que lo haga yo, sé que quieres que lo haga yo.

—N-no.

—¡¿Pero cómo no?! ¡Estás rogándome que te folle! —Alois apenas negó con un movimiento delicado de cabeza—. So-solo un poco... Déjame, solo un poco

—No.

Hendrik pareció perder toda cordura en ese momento. Jaló sus cabellos y bufó antes de salir de la celda dando con un enorme portazo. Alois sonrió sin detener el movimiento estimulante de sus dedos.

Contó los segundos. Un total de trece antes de que Hendrik volviera a ingresar a la estancia. Parecía desesperado, casi herido.

—¡Y sigues haciéndolo, mamón hijo de puta! —Alois jadeó, serpenteando sus caderas sin responder a las palabras de Hendrik—. No puedes estarme haciendo esto…

—*Ah*, es-está tan... —Ahogó un gemido y estiró un brazo por sobre su frente, aferrándose a las sábanas—. Caliente. M-mi interior está... caliente. Siento que… mis dedos se derriten.

—Ya. —Hendrik parpadeó en un estado de entumecimiento y conmoción que le prohibía hacer cualquier cosa además de mirar como Alois se daba placer a sí mismo—. Endemoniada fiera, mira como tu trasero succiona tus dedos… No puedes estar satisfecho con eso, sabes que no. Venga —Alois concedió, soltando un bajito “sí” solo para desesperar a Hendrik—. ¿Sí? ¿Sí, verdad? D-déjame a mí, a tu dueño. Mi corderito…

—¿M-me quieres solo a mí? —gimió, buscando que Hendrik le contestara como deseaba—. ¿Solo follarme a mí?

—Sabes que sí. Solo a ti, mamón.

—*Aah.*… Yo también. —Se ahogó, sus propios dedos barriendo sobre su próstata. Serpenteó sus caderas, imitando la forma en que montaba a Hendrik. El emperador respiraba pesado y lento, luciendo realmente afectado—. Mmm, te quiero so-solo a ti.

—Sí, sí, sí. —Asintió con desesperación—. Déjame hacerlo, precioso. M-mi lengua quiere

tanto follarte. Déjame hacértelo.

Se arrodilló detrás de Alois, raspando con sus dedos en el trasero de este. Acercó su rostro y frotó sus labios sobre el expuesto anillo de músculos, cepillando la punta de su lengua en el espacio entre los dedos de Alois y su orificio.

—Pero es-estoy tan enojado. —Hendrik negó con la cabeza—. T-tú eres tan malo conmigo.

—No, no lo soy. Quiero ser bueno... Joder, no me hagas esto. —Tomó la muñeca de la mano con la que Alois masturbaba su propia entrada—. Vamos, ya está bien. Lo lograste, me tienes… Déjame comerte el trasero.

Hendrik enterró su rostro en la división del trasero de Alois una vez más, mordiendo los dedos del médico para que dejara de follarse con ellos.

—… Javier.

—No le hablo, no lo miro. ¡Me da igual! Solo déjame follarte… —Alois sonrió con su rostro pegado al colchón.

—¿No más?

—No, no más. —Dio un lametón y gimió al ver como Alois sacaba sus dedos, dándole la vía libre para que enterrara su lengua.

Alois sabía que tan desesperado estaba Hendrik; lo conocía. Su dueño parecía tener una fijación oral con su trasero. No había un solo día que pasara sin que Hendrik lo devorara.

Hendrik no tardó un solo segundo en comenzar a follar a Alois con su lengua, mordiendo con malicia mientras sus manos se aferraban a los glúteos del más bajo. La saliva escurría por las comisuras de la boca del ojiverde, sus ojos cerrados mientras intentaba respirar pesadamente por la nariz.

Alois se retorcía de placer, sin querer masturbar su erección para no alcanzar el orgasmo tan pronto. La sensación de los llenos labios de Hendrik chupándolo con insistencia lo hacía ahogar jadeo tras jadeo.

—H-Hendrik...

—*Aaah*… Cállate. —Mordió una mejilla del trasero de Alois—. Joder, quiero castigarte, Alois. Voy a castigarte por rebelde.

—N-no. No quiero…

—Sí quieres. —Hendrik volvió a succionar y enroscó su lengua, disfrutando del sabor de Alois. Empujando con fuerza para poder sentir la suavidad de sus paredes internas en la punta de su lengua—. Quiero ver tu culo rojo. Te quiero llorando por mí. Eres mío.

Hendrik limpió su ensalivada barbilla y frotó sus manos contra las mejillas del trasero de Alois, mordiendo su labio inferior.

—*Hmm*, ¿vas a azotarme?

—Sí. —Y Alois no tenía idea de cómo era que los papeles habían cambiado, pero estaba demasiado fascinado, drogado y excitado como para que le importara—. Quiero que te duela. Voy a hacer que te duela y te vas a correr por eso.

Alois iba a protestar, pero no pudo. En su lugar solo pudo soltar un sollozo lastimero al sentir la mano de Hendrik dejándose caer sobre su trasero en un azote feroz. Intentó alejar su adolorido trasero, pero la mano de Hendrik se aferró a su vientre impidiéndole hacerlo.

Su salvaje dueño dejó caer el segundo azote y Alois gimoteó, removiéndose entre lágrimas. Un juego tan sórdido e íntimo que no dejaría practicar a nadie más que a Hendrik.

—Mira ese color, tan rojito. —Hendrik se inclinó y lamió la piel de Alois—. ¿Duele? ¿No más?

—Arde... M-más. —Lloriqueó sin vergüenza al tercer y cuarto azote. Hendrik pasaba de acariciar su trasero a azotarlo y dolía como el infierno—. Ya n-no.

—Bien. —Hendrik se bajó su pantalón de chándal, dejando expuesta su pesada y gruesa hombría. El líquido preseminal brotaba de ella y este jadeó ronco cuando la tomó con una mano, alineándose en el pliegue del lastimado trasero de Alois.

Alois no dijo más, simplemente sintió a Hendrik penetrarlo de golpe, adentrándose en su interior de una sola estocada. Sus paredes cedieron con una dulce quemazón asentándose en su anillo muscular. Cimbró su espalda y los dedos de sus pies se recogieron.

—Mierda, quiero hacértelo tan fuerte. —Alois mordió el dorso de su mano, intentando aplazar el orgasmo que se formaba en su vientre. Hendrik embestía contra su próstata movimientos salvajemente certeros y profundos—. Mío, te siento tan mío.

—*Ah*... Sí, lo soy, l-lo soy.

Por las mejillas de Alois corrían saladas lágrimas de placer y su boca parecía derretirse con cada gemido que se ahogaba en ella. Sentía la erección de Hendrik en su vientre, tan caliente y dura. Lo deseaba siempre, sentirlo así. Pertenecer completamente a él.

—Vamos, amor, suelta tu mariconería cursi. Sabes que me encanta cuando lo dices tú.

Alois gimoteó y buscó las palabras en los recovecos de su cabeza. Sus rodillas se sentían adormecidas y, con cada acometida del sexo de Hendrik en su trasero, era empujado hacia adelante. Las manos de Hendrik se pasaban por su transpirada espalda, hundiéndose en su cintura y marcando el ritmo de las penetraciones.

Llorar de placer, algo que jamás había experimentado hasta que conoció a su dueño.

—T-te quiero —sollozó.

—Me quieres. —Hendrik sonreía con ojos cerrados y cabeza hacia atrás, impulsando su cadera para penetrar lenta y deliciosamente a Alois—. Eres el único que puede decir eso.

—*Ah, ah*… Sí, solo yo.

—Solo tú. —Hendrik se inclinó hacia adelante y comenzó a besar los hombros de Alois, mordiendo la caramelizada y sudada piel—. Eres el único que tiene derecho a quererme.

—*Mmm*, sí… B-beso. —Alois giró el rostro, necesitando el gesto con urgencia. Hendrik besó su mejilla y prontamente encontraron sus bocas—. T-te quiero, mi dueño. Mi Hendrik…

—Mi Alois... —Hendrik sonrió, tirando del labio inferior de Alois antes de apartarse para volver a morder y besar su afiebrada nuca, dejando violentas marcas en él.

El castaño se aferró a las mantas. Jadeó desesperado, perdiendo el control de su cuerpo y

con su pecho dolorosamente frenético. No pudo anunciarlo, simplemente estalló en un calor incandescente que le recorrió todo el abdomen. Se corrió duro y fuerte.

Se desplomó a los segundos, siendo sostenido por las manos de Hendrik, quien seguía hundiéndose en su interior.

—¿Quieres que me corra dentro? —preguntó juguetón, con el cuerpo laxo de Alois recibiendo sus duras penetraciones—. Dímelo. Sé mi corderito coqueto y dime lo que quieres.

Alois sentía su boca seca, y su cuerpo aún se estremecía debido al orgasmo que Hendrik había provocado con sus constantes embestidas.

—D-dentro.

—¿Dentro? Hm, ¿ya ves? Por esto, si fuéramos unos animales, serías mi hembra… *Aah* —Alois jadeó. Una mano de Hendrik tiró de sus cabellos castaños—. Te gusta, ¿verdad? Que folle tu culo y me corra dentro... Ser malditamente llenado por mí.

—S-sí, quiero que me llenes… Quiero ser tu hembra, *aah*.

—Puto guarro. —Hendrik atrapó su labio inferior con fuerza mientras expulsaba toda su esencia al interior de Alois.

Cuando acabaron los espasmos de su orgasmo, salió del interior de su amante y dio un último azote a su adolorido trasero. Buscó con sus ojos algo para limpiar a su amante, quien se encontraba completamente extenuado en la miserable cama.

—Hendrik —suspiró.

—¿Sí?

—Prométeme que vas a volver…

Hendrik se detuvo de golpe con un paño en sus manos a punto de ser humedecido.

Alois hablaba de la fosa. Ambos habían evitado el tema, aun cuando el ojiverde sabía cuán atormentado se encontraba Alois por aquel torneo.

—No me gusta hacer promesas.

Comenzó a empapar el paño con el agua del lavamanos.

—Por favor —pidió Alois tras un par de segundos. Hendrik se volteó en su dirección y lo encontró desnudo y con la piel perlada, hecho un ovillo de costado. Sus ojos estaban rojos e hinchados, hipaba suave y sorbía por su pequeña nariz—. Dime que vas a volver, que nunca alguien más va a poder tenerme porque seguirás siendo mi dueño. Siempre…

Hendrik tragó saliva, enseñándose mortificado ante la petición del castaño. Bajó la mirada a sus pies y soltó una bocanada de aire.

—… No puedo.

Y algo se quebró dentro de Alois en ese momento.

CAPÍTULO XXIV

Nevin caminaba hacia su celda. Llevaba una carga de ropa nueva en los brazos, cortesía de Reynolds. Era una maldita perra feliz. Una sonrisa perlada le surcaba la boca de la felicidad.

Las cosas en North Collan marchaban bien y él, en particular, estaba agradecido de la calma que había en aquella fúnebre penitenciaría desde que Reynolds había asumido el control del *under*.

Nunca imaginó que estaría dentro de ese lugar tanto tiempo ni que decidiría quedarse ahí. Mucho menos por amor, pero ya le daba igual. Estaba en North Collan por Zev, y eso no era un secreto.

Decir que su padre estaba enfurecido con él por querer quedarse era decir lo menos. De su madre ni siquiera había tenido noticias y eso era en realidad lo único que le generaba cierta angustia. Ella era una mujer de salud delicada y por más que intentara obtener algo de información sobre el estado de ella, todo era en vano.

Esas eran las consecuencias de su decisión, una que continuamente se cuestionaba, porque… ¿Realmente valía la pena quedarse en North Collan por un hombre que le era infiel la mayor parte del tiempo? La respuesta era un no, porque bajo ningún motivo Zev lo valía. El problema real era que a Nevin no le importaba.

Sin embargo, él sabía que en algún momento debía de dimitir de su amor por el moreno y salir de North Collan. Sabía que había un mundo afuera esperando por él, uno oscuro que no le permitiría tener un romance de cuentos de hadas. Como único sucesor de su padre, había un imperio anhelándolo, donde el amor sería su talón de Aquiles; su debilidad. Nevin prefería negar la realidad y pensar que y Zev y él vivirían juntos para siempre.

Llegó a la celda y su sonrisa cayó cuando vio a Zev de pie, abrochándose el pantalón. Otro hombre se encontraba en la cama, luciéndose exactamente como alguien que acababa de ser follado.

El pecho de Nevin se encogió, sus manos temblaron y la respiración comenzó a dificultársele. Nunca comprendería por qué Zev hacía eso, por qué le era infiel.

—Rubio… —Zev susurró con cuidado, intentando acercarse a Nevin, quien a su vez retrocedió.

—No —respondió tajante. No quería explicaciones, las había dejado de necesitar mucho tiempo atrás—. Estoy cansado de esta mierda. —Bajó la mirada y soltó la ropa en el suelo—… Estoy tan cansado.

—Nevin, bebé. —Zev le dio una mirada al otro chico que lucía aterrado, exigiéndole sin palabras que se largara. El que hubo sido su amante pocos minutos antes no demoró en

marcharse, dejándolos solos—. Sé que la jodí, pero…

—¿Sabes qué es lo peor? Que cada día me cuesta más ignorar lo que haces. —Sonrió, volviendo su mirada a Zev—. No sé por qué quieres que deje de amarte, pero créeme que yo también quiero hacerlo…

Las peleas ya no eran como antes. Nevin ya no le gritaba a Zev que dejara de ser infiel; ya no había rabia, solo decepción.

El moreno negó con la cabeza y pasó al lado del rubio, golpeándolo ligeramente con el hombro antes de salir de la celda.

¿Por qué Zev intentaba alejarlo? ¿No quería que Nevin lo amara? Ojalá fuera tan fácil para Nevin hacerlo, el controlar la manera en que se sentía por Zev, pero no lo hacía. Sus sentimientos eran persistentes y caprichosos y, mientras más intentaba dejar de amar al moreno, más lo necesitaba. Era una dependencia enfermiza que tarde o temprano iba a terminar destruyéndolo.

Nevin miró la cama con asco, inclinándose hacia ella para sacar las sábanas. Las arrancó de un tirón y salió de su celda, donde lanzó la ropa de cama con un grito ahogado en su garganta. No duró ni tres segundos en el suelo para cuando fue recogida por otro reo que pasaba por ahí, sonriendo agradecido a Nevin, quien bufó y se adentró nuevamente a su mazmorra.

Si de él dependiera, quemaría el colchón…

Se encaramó a la cama superior y se recostó en esta. Ya era tarde y servirían la cena en cualquier momento. Les diría que se llevaran la comida de Zev. Que se muriera de hambre por hijo de puta.

Sonrió al pensar en su propia fechoría, tan ridícula y a la vez satisfactoria. Quizá debía hacer algo peor como pagarle con la misma moneda y follarse a otro hombre. Sin embargo, una molesta voz llamada conciencia le dijo que, si se entregaba a otro, destrozaría a Zev hasta el punto de no poder repararlo luego… Porque su moreno era, a diferencia de él, tan débil. Y Nevin lo amaba demasiado.

Escuchó la puerta abrirse y se inclinó hacia adelante. La figura de un arrepentido Zev se encontraba frente a él.

Débil. Todo en él gritaba débil.

—No lo entiendo, rubio. No entiendo por qué me amas… Y me jode como no tienes idea. —Tenía los ojos irritados, había estado llorando. Nevin sabía que Zev no era bueno admitiendo su calidad de humano, justo como Hendrik, pero sin la armadura que este portaba—. Esto me aterra, Nevin.

Nevin apretó sus dedos en las mantas de su cama, intentando calmar la respiración que salía por su pequeña nariz. Sus ojos celestes no demoraron en aguarse.

Todo dolía, todo se sentía demasiado. El amor era una mierda; una que necesitaba tanto.

—¿Por qué quieres una razón, imbécil? —preguntó con una risa ácida—. No hay una razón y no tienes que entenderlo…

Zev negó, avanzando lentamente hasta el camarote. Subió al colchón superior junto a Nevin, quien se cruzó de piernas, abrazándose a sí mismo. Intentó tocar al rubio, sin embargo, este se apartó.

Nevin no podía dejar que Zev lo tocara, al menos no en ese preciso momento donde solo eran ellos dos en un mundo inservible.

—Perdón —dijo Zev como tantas otras veces—. Soy… Soy una mierda, ¿bien? Lo sé. Y aun así sigues conmigo, ¿no sabes lo aterrador que es eso? Me haces creer que… que me aceptas, con toda mi mierda y eso… Joder, eso es algo que nadie más había hecho, Nevin, solo tú. Y si me entrego y te doy esa cosa marchita que tengo en mi pecho, y después me dejas… Me matarás, no podré soportarlo.

—¿Cómo crees que me siento yo? —sollozó con la vista en su regazo—. Te entregué esa cosa que tengo en mi pecho pensando que lo cuidarías, y no lo hiciste. S-solo me lastimas, siempre. Y, y yo tampoco puedo soportarlo… Siento que me muero cada vez que estás con otro —finalizó, esbozando una sonrisa lastimada—. Pero soy… soy valiente y no huyo de esto. No huyo de nosotros.

Nevin se llevó una mano al pecho, al lugar donde se encontraba su corazón.

No sabía de qué otra manera decirle a Zev lo que sentía, ya lo había dicho todo con anterioridad. Era un bucle del que no podían salir. Estaban encadenados el uno al otro.

—No sé cómo no huir —confesó el príncipe de la prisión—. He huido durante toda mi vida, rubio. Siempre, de todos. Y no sé, no tengo una maldita idea de cómo cuidar tu corazón.

—Lo sé.

—A pesar de todo… Para mí, solo eres tú, rubio loco. No hay nadie más en este mundo por quien daría mi vida con una sonrisa. —Tomó las manos de Nevin y besó los nudillos de estas. Su barba raspó la pálida piel de su amante—. El resto son cuerpos y tú… Tú eres un universo.

“Son solo cuerpos”, pensó Nevin con amargura, porque Zev tenía razón y sus infidelidades dolían mucho menos que el motivo por el que era infiel; para apartarlo, para hacer que Nevin lo dejara de una vez por todas. Zev llevaba todo ese tiempo intentando que Nevin rompiera con él y se fuera de la maldita prisión.

—Dímelo —exigió con la voz en un hilo.

Zev sonrió, sabiendo lo que Nevin le demandaba.

—Te amo, lo sabes. Sabes que te amo y que estoy loco por ti. Que eres mi jodido mundo, mi todo.

—A veces desearía no saberlo —respondió el contrario, tragando un sollozo. Realmente deseaba no ser consciente de que, pese a todo, Zev lo amaba tanto como para morir por él.

—Yo también, rubio… Porque así no necesitaría huir.

◆ ◆ ◆

Alois se aferró a Noah, cubriendo sus ojos en el pecho de su amigo, quien solo sollozaba al igual que él.

Los ajenos gritos de dolor nublaban sus pensamientos. El olor metálico de la sangre y del polvo invadía cada respiración errática de sus fosas nasales. Sus hipidos se veían opacados por los ruegos de perdón de aquellos convictos.

No tenía la culpa, él se los dijo. Les advirtió que lo soltaran, les dijo que Hendrik se enojaría...

—¿Qué dijiste? —Hendrik pasó el dorso de su mano ensangrentada por el contorno de su pómulo, limpiando las gotas de sudor—. Solo... repite lo que dijiste, maldito perro embustero.

En el desértico patio, rodeados por un tumulto de convictos enardecidos que vitoreaban, Hendrik miró a los dos bastardos que tenía de rodillas en el suelo.

—Él... Él que-quería. —Temblaba. Su nariz estaba rota y su dentadura resquebrajada por los crueles golpes del emperador—. Lo j-juro, emperador.

—Oh. —Hendrik lamió una comisura de sus labios—. Estás intentando decir que... ¿Dices que mi puto fue el que los sedujo?

—P-por favor, no-nosotros no que-queríamos.

Hendrik asintió, dándose media vuelta y caminando hacia Alois. Lo tomó de la muñeca, dándole un jalón hacia su cuerpo lejos del de Noah. Y Alois era tan ligero, tan suave y delgado.

Hendrik renegó con un bufido al ver su bonito rostro empapado en lágrimas, cubierto de miedo.

—Hen-…

—Cállate. —Arrastró a Alois con él hasta aquellos hombres, rodeándolo posesivamente con un brazo. Su mano tiró de los castaños cabellos de la nuca del médico y bajó la mirada hacia los bastardos que habían intentado coquetear con Alois, que habían intentado poner sus manos en él —. Mírenlo... ¡Mírenlo! —Los golpeados convictos levantaron la mirada. A la distancia, los guardias reían y disparaban al aire, emocionados por la entretención que Hendrik estaba ofreciéndoles. Nadie tenía los suficientes cojones como para acercarse y decirle que se detuviera —. ¿Lo ven? —Tomó el rostro de Alois con sus manos, apretando sus dedos en su afilada quijada. El castaño gimoteó, sorbiendo su nariz sin dejar de llorar—. ¿Ven esta carita bonita? ¿Este cuerpo que parece rogar por ser follado?

—Hendrik, p-por favor —rogó Alois.

El emperador levantó una rodilla, impulsándose para dejar caer una patada en la cabeza de uno de los reos.

—¡Pregunté si lo ven! —Uno de ellos asintió, mirando con terror a su compañero, cuya mandíbula colgaba desencajada de su rostro—. Bien… Ahora, el problema con este mamón es que... no pudo haber sido él quien los buscó.

Zev tenía a Nevin tomado por la cintura y el rubio miraba sin expresión alguna la macabra escena frente a sus ojos. Había sido él quien le avisó a Hendrik de unos reclusos molestando a Alois en el patio.

La fosa sería pronto, en menos de un mes y no podían quedar dudas de la jurisdicción de Hendrik durante su ausencia. Había que recordarles con sangre lo que ocurría con aquellos que intentaban acercarse a Alois. La benevolencia no era una cualidad en el emperador, y nadie debía olvidarlo.

—¿Saben por qué? —Hendrik volvió a hablar, obligando a Alois a ladear su cabeza para dejar expuesto un costado de su cuello. Pasó sus dedos por ahí y dejó un beso suave sin quitar la

mirada de los agonizantes hombres en el suelo—. Porque este corderito dice que me quiere, y le creo. Porque dice que es mío, y le creo. —Levantó la mirada, sus ojos desbordantes de una malsana ira. La sonrisa estrecha de sus labios no podía significar nada bueno—. Creo en cada maldita palabra que dice. Y si él dice que ustedes lo jodieron, entonces ustedes lo jodieron. Si dice que ustedes, cabrones, deben morir, pues deben morir. ¿Les ha quedado claro? —Alois se escondió en el pecho de Hendrik, respirando con dificultad entre sus hipidos—. ¿Ven? Es un jodido mamonazo asustado, no un puto regalado.

Alois intentó acallar su llanto cuando Hendrik lo rodeó con sus brazos.

La mirada esmeralda del emperador seguía en los moribundos frente a él. No era suficiente castigo, jamás sería suficiente.

Dejó un beso en el cabello de Alois y esbozó una torcida sonrisa lóbrega, mostrando sus perfectos hoyuelos.

—¿No ven cómo me lo asustaron, hijos de puta? Con lo feliz que estaba mi corderito esta mañana, y ustedes… —Soltó a Alois, haciéndolo tropezar y caer de bruces al suelo. Nevin llegó a su lado y lo levantó, sonriendo con tranquilidad—. Ustedes lo han jodido todo, y ahora estoy malditamente cabreado.

—Shhh —siseó Nevin ante el llanto del médico. Miró de soslayo a Hendrik en busca de aprobación para llevárselo; el ojiverde le hizo un gesto para que lo haga—. Vamos, Lulú.

Él sintió sin ser capaz de levantar la mirada del suelo.

Hendrik esperó que Alois estuviera lo suficientemente lejos y volvió la atención a sus víctimas.

—Zev.

—¿Sí?

—¿Qué castigo sería bueno para aquellos que confunden a mi mamón con un prostituto regalado? A los que no entienden que su palabra es mi palabra, y mi puta palabra es la ley. —Miró en distintas direcciones, sus ojos repasando cada rostro aterrado y buscando algún signo de rebelión, alguna señal para poder aplastar a quien osara desafiarlo.

—Bueno, a lo mejor no es culpa de ellos. —Zev encendió un cigarrillo y caminó hasta los hombres, hincándose en el suelo y ladeando su cabeza con una sonrisa—. A lo mejor es culpa de sus pollas. Seguro que si se las cortamos dejaran de usarlas para pensar.

—Hm… —Hendrik frunció el ceño y frotó su mentón—. Sí, eso es. Tienes razón.

Los reos susurraron, sintiendo lástima por los hombres a punto de ser castrados sangrientamente. Con el sol quemando sobre sus cabezas y sus cuerpos deshidratados y malolientes, nadie podía irse de allí, temerosos de ser considerados rebeldes.

Hendrik sacó su navaja de un bolsillo de su pantalón, mirando de reojo a los guardias que dieron su aprobación con un asentir de cabeza.

—Me pregunto cuántos miembros tendré que cortar cuando vuelva de la fosa. —Miró a su alrededor, apuntando con el filo de su navaja a cada convicto—. ¡No crean que se van a librarse de mí! Cada hijo de puta que intente tomar lo que es mío…, sufrirá un destino peor que la muerte.

El destino de los rebeldes fue sellado con la navaja de Hendrik bailando en su mano, enterrándose luego en la entrepierna de una de sus víctimas.

◆ ◆ ◆

—¿Estás mejor? —preguntó Nevin acariciando la espalda baja de Alois.

—Sí. Fue... algo difícil de digerir en el momento.

—Está bien, Alois. No tiene que gustarte la forma en que Hendrik se hace con el control de North Collan. No tienes que fingir que no te importa.

—No lo hago, no. —Apretó el borde de su camiseta, sus dedos enroscados en la tela mientras sorbía por la nariz—. Es solo que... No lo sé, Nevin. Creo que jamás podré acostumbrarme a esto.

—Y es por ser así que el anormal de Hendrik te cuida tanto, Lulú. Porque eres genial. —Deslizó su mano derecha por los cabellos desordenados de Alois—. Eres genial, Lulú, lo eres...

Alois no respondió, porque no sentía más que un consuelo lastimero en las palabras del rubio.

Miró a Nevin, quien le tendía un vaso de agua. Lo llevó a su boca y pasó aquel líquido cristalino por su garganta, pensando en lo ocurrido con aquellos dos hombres a manos de su dueño.

Se encontraban en la celda de Nevin, ya que estaba más cercana al patio. Debido al precario estado emocional en el que se encontraba Alois, el rubio decidió que lo mejor sería no pasearse por los pasillos de North Collan.

—¿Crees que los mató?

—No lo sé. Supongo que sí —respondió Nevin con un encogimiento de hombros, acostumbrado a ver muertes día tras día. Se había endurecido.

El castaño soltó un suspiro y bebió todo el contenido del vaso.

Hendrik apareció en ese momento junto con Zev y Norman, el gigante de dos metros que a Alois en particular le caía muy bien.

—Vamos —señaló Hendrik.

Alois asintió y se despidió de Nevin con un movimiento ligero de mano.

Caminaron en silencio hasta la celda de ambos donde Alois se agachó frente al baúl en el cual tenía un pequeño botiquín médico.

Hendrik se lavaba la cara, arrugando el rostro debido a una cortadura en su barbilla. Alois quiso preguntarle cómo fue que la obtuvo, pero no pudo formular palabra alguna.

El castaño se sentó en un taburete con el botiquín sobre sus piernas. Sacó el algodón y el antiséptico.

Él nunca le decía a Hendrik que quería curarle sus heridas, Hendrik tampoco le pedía que lo hiciera; sin embargo, ahí estaban como las otras tantas veces, sin importar el motivo. Hendrik hincándose frente a Alois sin expresión alguna, ambos absorbiéndose con la mirada en un

fárrago de azul y verde.

Las manos de Hendrik se posaron sobre las rodillas de Alois, quien comenzó a limpiar la herida del emperador.

—¿Duele mucho? —Pasó la mota de algodón con desinfectante por la barbilla de Hendrik. Su dueño frunció el ceño y apuntó con su dedo índice a la zona lastimada—. Sí, ¿duele mucho?

—¿Me lo hiciste tú?

—… No.

—Entonces no duele.

Alois sonrió. Sus mejillas sonrosadas y sus ojos añiles aún vidriosos por las previas lágrimas, expresando un irracional y desbordado cariño por aquella bestia lastimada.

—¿Qué significa eso?

—Solo tú puedes hacerlo, lastimarme.

—No digas eso. Yo no podría, jamás…

—Lo sé —respondió Hendrik con notas suaves de voz, cariño silencioso en su mirada floja —. Porque me quieres.

—Te quiero mucho. Muchísimo —respondió de manera inmediata.

Su emperador asintió y estiró el rostro, buscando picotear los labios de Alois, quien no tuvo suficiente con solo un beso y terminó repartiendo un total de seis besos cortos sobre la boca Hendrik.

—Tienes que ser más cuidadoso. En esta fecha llegan bastantes criminales y no todos me conocen. O no me conocían...

—Lo sé, es que y-yo solo... Mierda, solo me senté ahí, ¿sabes? No hice nada de lo que dijeron. No les hablé, solo me senté a esperar a los chicos. Y-yo nunca… —Las palabras de Alois salían balbuceantes y temblorosas.

—Hey, hey, mírame. Tranquilo. —Llevó una mano al rostro de Alois, acariciando con sus nudillos la tersa y cremosa piel del contrario—. Te creo, lo sabes.

—Lo sé, sí. —Alois se inclinó hacia adelante, pegando su frente con la de Hendrik—. Te quiero... Me quieres.

—¿Cómo puedes tú decidir eso?

—Porque soy tuyo y sé que estoy aquí… —Dio pequeños toques con su dedo índice al pectoral izquierdo de Hendrik.

—Hm. Cuando se trata de palabras, siempre ganas. —Entreabrió la boca y le dio un lametón al labio superior de Alois.

—Es porque soy un zorro astuto.

◆ ◆ ◆

Hendrik entró en la oficina de Jhon. Su cabello, ya más largo, era tapado por una pañoleta

negra, y su torso estaba cubierto por una sudadera de cuello alto y mangas rotas. Llevaba sus manos vendadas, puesto que había estado entrenando cuando fue solicitada su presencia en el despacho del prefecto.

Vio el pequeño pino navideño que adornaba una esquina de la oficina y quiso soltar un bufido sarcástico. Solo faltaba una semana para navidad. Aun así, en North Collan nadie lo celebraba, ni siquiera los creyentes. Hendrik odiaba la fecha, quizá por eso nadie se atrevía a proponer su celebración.

—¿Qué ocurre? —preguntó sentándose frente a Jhon.

—Hola, Stone. No nos habíamos visto desde...

—Desde que fuiste a lamerme el culo al saber que mi padre era el coronel Stone. Sí, lo recuerdo. —Hendrik esbozó una sonrisa mordaz. Nunca iba a olvidar cuando Jhon lo llamó para decirle que admiraba el trabajo de su padre.

—Solamente me tomó por sorpresa. Nunca dijiste nada al respecto.

—¿Qué razón tendría para decirle a la marioneta de Nicholas sobre mi padre? No eres nadie, Jhon. Solamente eres un peón en manos de los que tienen el poder. —El rostro de Jhon se contrajo ante las palabras de Hendrik.

—Bueno, quizá este peón sí tenga algo de poder. —Estiró una carpeta en dirección a Hendrik—. Un abogado ha solicitado la libertad condicional para uno de los reclusos de North Collan y aún no decido qué hacer… ¿Ahora quién lamerá el culo de quién, Hendrik? —Hendrik tomó la capeta en sus manos. El oficio legal adjuntaba la solicitud para la libertad condicional bajo fianza del recluso Alois Thompson—. Tiene una conducta intachable, buenas referencias del personal de la unidad médica y un prontuario intachable antes de haber caído en North Collan. Solo debo hacer una llamada y estará fuera para mañana. Qué lástima, ¿no? Perderás a tu perra.

Hendrik no quitaba sus ojos de la ficha de Alois, de la foto de su corderito el día en que fue fichado. Tan miserable con notorias ojeras y un mundo vacío reflejándose en sus ojos.

No pudo evitar sonreír al ver la estatura marcada en su ficha. Luego lo molestaría por eso.

—Veinticuatro. —Hendrik atrapó su labio inferior con los dientes. Soltó un suspiro y le lanzó la carpeta de regreso a Jhon, sus ojos esmeraldas fijos en el prefecto, quien aparentaba mantenerse calmado. El sudor de su frente lo delataba—. ¿Él lo sabe?

—No todavía. Quise mostrártelo primero.

—Bien... Aún no hagas nada con eso. —Hendrik se colocó de pie y miró nuevamente el pino navideño, ladeando una pequeña sonrisa—. Navidad, eh.

—Me pides que no haga nada, pero ¿qué gano con eso?

Hendrik rodó los ojos, y con un salto rápido digno de un mercenario acostumbrado a danzar con la muerte, estuvo de cuclillas sobre el escritorio de Jhon, sosteniendo su navaja sobre su garganta.

—Mantenerte con vida. —Jhon no respiraba, su rostro había perdido todo color—. No lo olvides que eres mierda de cerdo, Jhon. Mierda que puedo barrer cuando se me dé la gana. No me obligues a llamar a mi jodido padre y tener que pedirle un favor.

—N-no puedes...

—No termines esa frase. No me gusta ser desafiado y lo sabes. —Retiró la cuchilla de la garganta del prefecto y bajó del escritorio, volteándose para salir—. No hagas nada con el caso de Alois todavía. No dejes que se entere tampoco.

Salió de la oficina de Jhon sintiendo su cuerpo pesado, sus hombros adoloridos y su cabeza punzante. En esos momentos, lo único en su cabeza era ir donde Zev y romperle el rostro de un guantazo. Maldito narco, siempre tenía razón.

Ser el responsable de la condena de Alois no era tan fácil como imaginó que sería.

◆ ◆ ◆

Alois caminaba por los pasillos de North Collan con su mirada gacha y un destino en mente.

Respondió con la mirada a quienes lo saludaban desde una distancia prudente, siendo conscientes del infortunio que sufrirían si llegaba a los oídos de Hendrik que alguno de ellos se había acercado demasiado a quien había tomado el papel de su hembra personal.

Él no sabía si estaba haciendo lo correcto, pero Hendrik se negaba a hablar, así que no le quedaba otra salida más que buscar las respuestas en la única persona que parecía saber algo de su dueño. Necesitaba encontrarle un motivo a la actitud renuente de sentimientos que Hendrik llevaba demostrando en los últimos días. Porque su dueño parecía perdido en un bucle, carente de emociones y apartado del amor que Alois le profesaba.

Había vuelto a dormir en la cama superior, a mantenerse en silencio la mayor parte del tiempo y a evitar las caricias cálidas que Alois intentaba dejar con cuidado en él. El sexo y los besos no escaseaban aun así, pero dejaban un gusto acre en el paladar de Alois. Ser follado y luego desechado, abandonado en una cama fría y vacía, comenzaba a consumir la poca confianza que había adquirido en los brazos de Hendrik.

Su dueño no estaba bien, y Alois necesitaba descubrir el por qué o terminaría siendo arrastrado con aquella corriente inestable y fatua. El presentimiento de que era su culpa hacía sentir su pecho oprimido la mayor parte del tiempo.

Le preguntó incontables veces qué andaba mal, pero Hendrik simplemente le decía que nada, que solo estaba cansado y que no quería lidiar con sus escenas de sentimentalismos estúpidos.

Alois intentó llegar a él, pero le fue imposible.

Se asomó a la entrada de una celda donde Zev se encontraba tatuando a un reo. Toparon sus miradas y el moreno ladeó una sonrisa, apagando la máquina y palmeando la espalda del gordo hombre frente a él.

—Terminaremos después, vete.

—Bien.

Alois se movió de su lugar, dándole espacio al convicto para que saliera de la celda.

Zev se colocó de pie, limpiando la indumentaria que había utilizado y lavándose las manos

en el precario lavamanos de la celda. Alois esperó en silencio, abrazándose a sí mismo y observando con parsimonia cada movimiento del novio de su amigo.

—¿Dónde dejaste a mi chico rubio? —Zev preguntó con un atisbo de diversión.

—Dijo algo sobre ayudar a Jack con la “remodelación de su celda”. —Alois hizo comillas con sus dedos.

Zev negó con la cabeza. La sonrisa en ningún momento abandonó sus labios.

Una vez que tuvo sus manos limpias, sin restos de sangre ajena ni tinta, se sentó sobre un taburete y le señaló a Alois la cama que estaba frente a este.

—¿Quieres saber algo divertido?

—He tenido unos días algo apagados, así que me vendría bien algo para sonreír.

Se sentó frente a Zev, apoyando los codos en sus rodillas y entrelazando sus dedos por debajo del mentón para sostenerse el rostro.

—Cuando llegué a North Collan me juré nunca follar el culo de ningún tío. —Zev tomó un cigarrillo y lo encendió, ofreciéndole a Alois, quien negó con la cabeza—. Y lo cumplí, hasta que un día llegó cierto chico, un pijo mamón con aires de grandeza… Yo estaba en las regaderas con Hendrik y Nevin entró como si nada. Llevaba solo un día en prisión y ya todos querían tener su culo.

—Supongo que Hendrik estaba incluido.

—Espero que no. —Alois apresó su labio inferior para no sonreír y se acomodó para escuchar el relato de Zev. Nevin podía ser un parlanchín perico, pero no hablaba mucho de su pasado—. En ese momento, se le tiró un hombre encima y Nevin creo que se hizo pis del miedo. Yo sentí algo de pena, pero eso es algo común aquí, así que no interferí.

—¿L-lo violaron?

—Nah. —Zev cerró sus ojos y esbozó una enorme sonrisa, pareciera que su pecho se llenaba de orgullo al recordar aquel pasado—. El tipo intentó follarse la boca de Nevin y mi rubio loco le arrancó el pene con los dientes.

—¡Oh por Dios! —Zev soltó una risita baja.

—Deberías haberlo visto, Nevin de rodillas limpiándose la sangre del mastodonte que se retorcía en el suelo de dolor. Incluso los guardias se sorprendieron... Creo que todos tocamos nuestras pollas en ese momento, intentando resguardarlas de ese loco que amenazó con cortar el miembro de cada hombre que quisiera abusar de él.

—P-por alguna razón, no me sorprende.

—A mí me enamoró en ese instante. Bastante jodido ¿no?

—S-sí, un poco.

—Llevaba tanto tiempo sin meterla y dije... Bueno, si es por este rubio, no me importaría mucho volverme maricón. —Zev señaló a Alois con el cigarrillo—. Y gran parte de culpa la tiene Hendrik. Me jodía día y noche sobre lo bien que se sentía tener un culo apretado donde meterla.

—Eso suena como algo que Hendrik diría. —Sonrieron, seguidos por un silencio reconfortante. Zev fumó su cigarrillo tranquilamente y Alois simplemente lo observó. En un punto, distintas dudas comenzaron a filtrarse por su cabeza, cada una más melindrosa que la anterior—. ¿Cómo conociste a Hendrik?

—Pensé que nunca te animarías a preguntarlo… Fuimos compañeros hace algunos años. Tuvimos que trabajar juntos en un… encargo que su padre nos hizo.

—¿El coronel?

—El mismo hijo de puta. Pero algo salió mal, así que las personas equivocadas se enteraron y Hendrik tuvo que cargar con la culpa. Yo ya estaba jodido de antemano y simplemente no me dieron lo prometido.

—Tengo el presentimiento de que es mucho más complicado que eso.

—Sí, pero no me corresponde a mí hablar sobre el pasado de Hendrik. Deberías preguntárselo a él, Alois.

—Lo he pensado, pero… —Alois negó con la cabeza y se encogió de hombros—. No quiero preguntar algo que pueda lastimarlo.

—¿Qué se siente?

—¿Disculpa?

—Acabas de decir que no quieres preguntar algo que pueda lastimarlo… ¿Qué se siente ser el único que puede dañar a Hendrik?

Los ojos de Alois se abrieron con sorpresa. No esperaba aquellas palabras de Zev.

Abrió su boca sin nada que responder. Todo en su cabeza había hecho un cortocircuito.

Dolió, en su propio pecho dolió.

—E-eso... N-no lo sé.

—Déjame preguntarte algo, Alois. —Zev se inclinó en dirección a Alois, entrecerrando los ojos y esbozando una sonrisa vil—. ¿Qué harás? Has sido un ejemplo durante todos estos meses, por lo que no será difícil que te den la libertad condicional.

—He-Hendrik dijo que...

—No me jodas. No me malditamente jodas. ¿No has visto la mierda que es su vida? Cada día, una parte de Hendrik se pudre y él mismo lo dijo, que eres lo único bueno en su vida. Sabes que él jamás podría tomar la tuya.

Alois bajó la cabeza, consciente de la veracidad en las palabras de Zev. Recordaba la desesperación en los ojos de Hendrik cuando le dijo que no podía decidir, cuando había orillado a su dueño para él no tener que tomar una decisión.

—No sé qué hacer —se sinceró—. Mierda, no me imagino una vida sin él, pero... no quiero quedarme aquí. No puedo.

—Nadie quiere quedarse aquí, Alois. —Zev le regaló una sonrisa empática—. Además, ese hijo de puta no vale que pases el resto de tu vida aquí. Yo tampoco lo valgo, Nevin lo sabe, y aun así me escogió. ¿Puedes decir lo mismo?

—Z-Zev, yo no... Nosotros…

—Tú lo sabes perfectamente. Sabes que tienes una buena vida fuera y que dejarla por un bastardo asesino está mal. Sabes que Hendrik no lo vale, que no te merece.

—… No.

—Hendrik también lo sabe.

—Es-estás equivocado.

—No lo estoy. Debes tomar una decisión, Alois. Hendrik no merece ser escogido, tú y él lo saben... y no es justo que lo hagas cargar con el peso de tu libertad. No lo es. —Zev palmeó una rodilla de Alois—. Escogerlo, aun cuando no lo vale... Aceptar que estás tomando la decisión incorrecta, que estás hundiéndote por un bastardo asesino que no merece vivir. ¿Eres lo suficientemente hombre para hacerlo?

—Yo… —Alois permaneció en silencio.

Sentía todo su cuerpo agrietarse y llegaban a sus oídos los sofocados latidos de su corazón. Él había ido para obtener una respuesta por el alejamiento de Hendrik, pero ya no la necesitaba.

—No seas como su padre. No lo hagas cargar con la responsabilidad de algo que no es su culpa... —Zev vio por el rabillo del ojo. Nevin se encontraba ahí con su mirada dirigida a Alois —. Si vas a hundirte aquí, no busques tu expiación en los sentimientos de Hendrik por ti.

No pudo responder.

Se colocó de pie y salió de la celda, arrastrando sus pies sin siquiera mirar a Nevin o a Zev. A cada paso su cuerpo se sentía más pesado y su respiración más densa. Quienes pasaban a su alrededor no eran más que maniquíes, adornos en un mundo donde no existía nadie más que él y Hendrik.

Pensó en su vida antes de North Collan, en el té que bebía todas las mañanas al llegar al hospital, en las tardes de juegos de mesa con su madre y en las alocadas fiestas a las que solía arrastrar a Ian.

Realmente quería vivir aquella vida con Hendrik. Quería despertarse cada mañana en la cama de ambos, tener discusiones de pareja y reconciliarse a las horas después. Quería planificar vacaciones y pelear con su novio sobre el color de las cortinas para el salón.

Sintió una mano posarse sobre su hombro y al girar vio el rostro de Nevin. Su amigo sonreía con un dejo de amargura.

Envolvió con sus brazos a Alois y suspiró con pesar antes de separarse.

—Alois, no le hagas caso a Zev. A veces se comporta como si fuera el hermano mayor de Hendrik.

—Pero tiene razón.

—Sí, pero la mitad de lo que dijo es pura mierda egoísta. —El rubio pellizcó la nariz de Alois—. No es fácil decidir quedarse aquí. Yo a menudo estoy cuestionándomelo...

—Pe-pero tomaste una decisión. —Los zafiros de Alois vagaron en distintos puntos. Los reos entraban y salían de su campo de visión mientras buscaba algún lugar donde fijar la mirada —. ¿Cómo lo hiciste?

Nevin suspiró.

—Imagina que hoy es el último día de tu vida… ¿Con quién querrías pasarlo?

Alois tragó con dificultad.

La vaga imagen de sus seres queridos pasó rápidamente por su cabeza, pero al final solo una persona prevaleció.

—Con Hendrik.

—¿Y si mañana fuera el último?

—Con... Con Hendrik.

—Ahí tienes tu respuesta. Cada día de tu vida podría ser el último, Lulú. Tú decides con quién quieres pasarlo.

Nevin dejó un rápido beso en la mejilla de Alois antes de girar sobre sus talones y comenzar a caminar. El castaño solo lo vio alejarse, con aquella respuesta llenando su pecho de emociones beligerantes.

A paso quedado llegó a la celda que compartía con Hendrik, al lugar que podía llamar hogar dentro de North Collan. Su dueño se encontraba ahí. Sostenía aquel libro que seguramente ya había leído más de una vez.

Alois sorbió su nariz y restregó sus ojos, borrando las lágrimas que había en ellos. Cruzaron miradas y el rostro de Hendrik inmediatamente se contrajo. Bajó de la cama y llegó de unas cuantas zancadas hasta Alois, cuyo rostro acunó entre sus grandes y rasposas manos.

—¿Te lastimaron? ¿Quién fue?

Alois negó, soltando un suspiro errático en su composición.

—Hendrik, solo necesito que me respondas algo… ¿T-tú me escogerías a mí? Si pudieras salir ahora mismo de aquí, si pudieras ser libre, ¿aun así me escogerías?

Las facciones del rostro de Hendrik se tensaron, incluso sus manos sobre las mejillas de Alois se sintieron rígidas. Bajó la mirada unos cuantos segundos, respirando pesadamente.

—Creo que... hay una parte de mi pasado que deberías conocer.

Cuando Alois vio las esmeraldas de Hendrik, sintió un vacío tan grande apresándolo que sus propias piernas flaquearon. ¿Cómo era posible que sintiera en carne propia la desolación de su dueño?

Hendrik se sentó en la cama con Alois sobre su regazo.

El médico no quería preguntar, no quería abrir la puerta a un pasado que podía lastimar a su dueño; sin embargo, fue Hendrik quien con un suspiro melancólico decidió a hablar:

—Cuando era... Hace unos años... Mi padre y varios militares de alto rango me inculparon por una misión fallida donde murieron muchas personas. —Hendrik cerró los ojos y frotó sus labios en la mejilla de Alois—. Algunos dijeron que no fue mi culpa…, pero sí lo fue. Yo debí haberme asegurado de que no hubiera civiles antes de… Bueno, da igual. Podría haberme lavado las manos y culpar a otros, pero eso no va conmigo.

—Decidiste cargar con el peso de esas muertes. —Alois hipó, sorbiendo su nariz.

—Podrías decirlo de esa manera, pero... me gusta pensar que fue el precio a pagar por mi libertad.

—… No entiendo.

—Para mí, Alois, North Collan fue… la llave a mi libertad. El día que caí en este hoyo, fue el día que pude escapar de la tiranía de mi padre. —Alois asintió, sin comprender realmente las palabras de Hendrik, aun así no se atrevía a preguntar más. Era demasiado cobarde para eso—. Es por eso que no puedes preguntarme si podría escogerte a ti sobre mi libertad. ¿Recuerdas la vez que dijiste que te había hecho el amor?

—Sí... Me hiciste el amor.

—Tú dices que eso es hacer el amor. Yo… Yo digo que eso es encontrar la libertad. Escogerte a ti es escoger mi liberación. No importa dónde esté, contigo soy libre.

Alois esbozó una sonrisa. Colocó sus manos sobre las de Hendrik y agitó flojo sus pestañas, dándose el valor para admitir algo que había querido ignorar por meses.

La imagen de su familia y de su vida fuera de North Collan se enterraba en su pecho. Sentía culpa y un peso sobre sus hombros. Iba a lastimar a tantas personas con su decisión, con su egoísmo, pero debía hacerlo. Tenía que cargar con el peso de sus decisiones.

—Eres... un asesino. —La nuez de Hendrik bajó y subió—. Un demente. Un… Mierda, eres todo aquello que siempre desprecié, Hendrik.

En los labios de su dueño se perfiló una sonrisa que no llegó a sus ojos, acostumbrado a oír aquellas palabras.

—… Sí.

—Sí. Y, aun así, te quiero tanto... —Las lágrimas corrían por los ojos de Alois, su voz salía temblorosa y aguda. Un arrullo melancólico—. Es mi culpa. Me enamoré de todo lo que eres, incluso de lo que más odio de ti.

—Alois…

—Cállate, ¿quieres? Esto no es fácil... —El castaño pasó el dorso de sus manos bajo sus ojos, tomando aire y acallando pequeños hipidos—. Extraño mi vida fuera de este infierno. Extraño a mi mamá y a Ian... E-extraño levantarme en las mañanas y pensar en mis pacientes. Dios, lo extraño tanto...

—Cor-corderito, no.

—Y tú… Tú estás jodido. Y la mitad del tiempo odio todo lo que haces, odio quién eres. —Alois no pudo continuar mirando a Hendrik; se sentía humillado y abatido, expuesto por cada palabra que salía de su boca—. Se-sería mucho más fácil culparte de esto, ¿sabes? Decir que es porque... porque a veces eres bueno y por eso me enamoré de ti, pero no es así. Me enamoré de ti porque eres tú. Y lo acepto, todo de ti, incluso lo que odio. Y no cambiaría nada.

—¿Q-qué estás diciendo?

Había un amago de confusión e incredulidad en el rostro de Hendrik. Alois no podía culparlo, él mismo estaba confundido y asustado.

—D-digo que acepto que seas un asesino, un demente... Dios, acepto toda la jodida mierda

que eres, Hendrik. Y es mi culpa, lo acepto porque quiero... —Tomó una profunda bocanada de aire—. Porque quiero estar contigo, lo he querido desde el principio. Todo de ti, aun si no lo mereces.

Su dueño negó con la cabeza.

—¿Por qué me estás diciendo esto? Me quieres joder, maldito hijo de puta... Me quieres joder.

—L-lo digo porque si hoy o mañana o el día después, fuera el último día de mi vida… No quiero pasarlo con mi mamá ni con Ian, mucho menos con mis pacientes. —Tomó el rostro de Hendrik, acariciando con sus dedos pulgares las mejillas de este—. Quiero pasarlo contigo.

—¿Qué estás intentando decir? —Parpadeó, inclinando levemente su cabeza hacia un lado.

Alois se colocó de pie y estiró sus brazos en un acto de resignación.

—No voy a pedir la libertad condicional.

Silencio. Fueron consumidos por un doloroso silencio.

El más alto esbozó una pequeña sonrisa, tan leve que apenas era perceptible. Se colocó frente a Alois y delineó el labio inferior de este con su pulgar, sin apartar su mirada de los índigos que había frente a él.

—¿Por qué?

—No lo sé, no lo quiero saber —confesó—. No sé si mis sentimientos puedan servir como excusa. No sé si pueda decir que lo hago porque te quiero.

—No lo valgo.

—No, pero aun así te necesito. La vez que estuviste cerca de morir en el *under* pensé que moriría contigo... Todo pareció desaparecer, todo dejó de importar. —Escondió su rostro en el cuello de Hendrik, respirando por la nariz para llenarse del aroma de su dueño—. No quiero pasar el resto de mi vida aquí, quiero pasar el resto de mi vida contigo.

—¿C-cómo lo haces? Soltar tanta mierda cursi de una sola vez. —Rodeó a Alois con sus brazos y soltó un largo suspiro, hundiendo su nariz en los cabellos castaños del más bajo—. Mierda, creo que... ¿Estás escogiéndome?

—Lo estoy.

—Mierda.

—Sí.

Hendrik se separó de Alois, buscando rápidamente sus labios para poder fundirse en un beso. En un movimiento lento y suave donde sus bocas encajaban a la perfección. El más bajo buscó la lengua de Hendrik, mordiéndola con sus dientes y gimiendo bajito cuando Hendrik lo asaltó con premura. Se impulsó con sus pies, quedando de puntitas y con los dedos de sus manos aferrándose al suéter de su dueño. Hendrik recorría cada recoveco de su boca, haciendo hormiguear todo en él. Se derritió con lágrimas en sus ojos y mejillas arreboladas.

Fue cautivo de sus apabullantes sentimientos por el hombre que lo besaba.

—Eres mío, solo mío. Me escoges a mí... Joder, m-me quieres.

—Te quiero.

—Eres un maldito guarro masoca, mira que venir a enamorarse de mí —se burló con un dejo de cariño en la voz—. Toda una vida es mucho tiempo.

—Sí, lo es, ¿verdad?

—Lo es. —Hendrik asintió—. Gracias. Voy a hacer que valga la pena, lo juro.

Alois juntó su nariz con la de Hendrik. Respiraron el vaho del otro y juntaron sus labios una vez más, abandonándose en besos cortos.

—Vas a ir a esa mierda de la fosa, y volverás.

—Lo haré... Lo haré.

Ambos podían estar engañándose, sin embargo, a ninguno le importaba.

—Mi mamá va a odiarte.

—Sí. Puedo apostar que sí. —Hendrik dio un lametón a los labios de Alois—. No creo que la haga muy feliz saber que su conejito decidió quedarse en la cueva del lobo para ser comido una y otra vez.

El más bajo se ocultó en el pecho de Hendrik, soltando leves sollozos. No era de felicidad. Eran de culpa y dolor, de saber qué rostro pondría su mejor amigo cuando le dijera que no quería la libertad condicional. Eran lágrimas ácidas al pensar en su madre, en el dolor que iba a causarle...

Lloraba porque estaba cargando con el peso de su decisión.

CAPÍTULO XXV

Alois estaba sonriendo. La aspereza del filtro de su cigarrillo acariciaba el borde de sus labios mientras le daba una profunda calada. A poca distancia, Hendrik reclamaba y gruñía fastidiado porque su viejo y decadente saco de boxeo finalmente había terminado por romperse del todo.

—Seguro que ahora usará tu trasero para practicar —se burló Noah, ganándose una risita baja en respuesta.

Zev intentaba tranquilizar a Hendrik explicándole que existían dos sacos más de boxeo y que podía utilizar otro, pero no. Su dueño parecía tener una pequeña e infantil ligadura emocional a ese bulto de cuero azul y arena que se encontraba en el suelo.

—¡No quiero otro! —gritó en un arrebato.

Alois rodó los ojos y botó el humo por la boca.

Hendrik era alguien bastante caprichoso y cuando su poca paciencia se sumaba, el resultado no era muy agradable.

—¿Qué le pasó al cavernícola de tu novio? —preguntó Nevin llegando al lado de Alois.

Tenía un pómulo hinchado y teñido de matices rojizos. Alois frunció el ceño y recordó la escena del desayuno donde Nevin se peleó con uno de los chicos de la mesa por una estupidez.

Sí, una completa estupidez, ya que definitivamente no era algo muy importante quién tuviera el cabello más rubio y bonito; sin embargo, Nevin había reaccionado bastante mal cuando el otro chico le dijo que solamente era “un mal teñido” con pelo como paja. Un espectáculo digno para comenzar el día, con Hendrik celebrando la “pelea de gatas” como lo había gritado a todo pulmón con Zev vitoreando a Nevin de fondo.

—Rompió su saco de boxeo —respondió Alois con voz traviesa—. Y ahora está como yegua en celo.

—Hombres —se burló el rubio tomando el cigarrillo de los labios de Alois.

El médico se encontraba sentado en aquella banca donde siempre se juntaban para ver a los chicos entrenar. Si aquello fuera una mala comedia norteamericana, serían algo así como las porristas, pero Alois no tenía pompones ni falda, solamente un desgastado chándal y una camiseta dos tallas más grandes que mantenía el aroma de Hendrik. Tampoco animaba, y aun así a Hendrik parecía gustarle verlo ahí. No lo decía, pero Alois podía ver atisbos de sonrisas en el rostro de su dueño cada vez que él aparecía por la puerta para quedarse horas sentado, sin hacer nada más que fumar y ver a Hendrik lanzar golpes.

—Oye, Lulú, ¿cómo está Jack?

—Mejor. En unos días saldrá de la unidad médica.

—Genial.

Nadie dijo nada más al respecto. No querían recordar el suceso del día anterior cuando Jack fue pillado en las regaderas, abusado y golpeado. Era el único del grupo que no tenía a alguien que velara por su seguridad y lo marcara como propio, dando la oportunidad a los abusivos para hacer y deshacer con él.

—Mira quién viene. —Señaló Noah a la entrada. Javier se encontraba ahí con sus ojos de cachorro en busca de Hendrik—. ¿Todavía piensa que Hendrik lo protege?

Alois se encogió de hombros.

Como Hendrik lo había defendido una vez, y debido a que el chico prácticamente vivía pisándole los talones, al parecer se había generado un pensamiento colectivo de que el chico era otro protegido del emperador.

Preferiría que no fuera gracias a Hendrik que el trasero de Javier estuviese a salvo, pero tampoco iba a desmentir tales rumores. Su conciencia no lo iba a dejar dormir si llegaba a hacerlo. Quizá estaba siendo hipócrita, fingiendo actuar por el bien de alguien más cuando lo único que quería era no sentir culpa, pero no le importaba.

Vio al chico caminar hasta Hendrik y, para su grata sorpresa, su dueño lo miró en el acto. Pasó saliva y le dio un sorbo a una botella de agua que reposaba en el suelo, y Alois tuvo que apretar los labios para que estos no se curvaran en una sonrisita triunfal. En su lugar, sacó el cigarrillo de sus labios y, sin quitar la vista de Hendrik, se llevó su dedo corazón a la boca. Lo introdujo en sus rosados y tiernos labios de manera mundana, succionando con mejillas ahuecadas. Un pequeño recordatorio de lo ocurrido.

—Puta golfa —se burló Nevin en un chillido susurrante y golpeando el hombro de Alois—. Alguien va a azotar tu trasero esta noche.

Los ojos esmeraldas de Hendrik se ampliaron y su garganta se cerró, impidiendo el paso del agua y provocándole un ataque de tos muy poco disimulado. Alois sacó el dedo de su boca completamente ensalivado y le guiñó un ojo al emperador que respiraba lenta y pastosamente, limpiando su barbilla mojada.

Alois ya sabía cómo jugar.

Hendrik alzó una mano y con un gesto de desdén le dijo a Javier que se alejara. El chico intentó protestar, pero el emperador susurró algo a su oído. Alois vio como Javier perdía todo rastro de color y asentía con una inclinación de cabeza antes de desaparecer por la puerta.

Un látigo de libido corpóreo y picante recorrió la espina dorsal de Alois y se alojó en su ingle cuando Hendrik, con una sonrisa indecente, gesticuló con la cabeza que iría al camerino. Quería que lo siguiera, Alois estaba seguro.

Volteó su rostro para ocultar el azoramiento de sus mejillas. Su labio inferior entre sus dientes y una sonrisita suave dejándose apreciar por estos, un claro signo de que comenzaba a perder la cordura.

—Mañana es navidad, ¿aquí lo celebran o algo? —preguntó Noah con un dejo de emoción en su voz.

—Yo dejo que Zev me rellene como pavo, ¿eso cuenta?

—¡Qué puto asco! —protestó Noah.

Alois tapó su rostro, ahogando una risotada. No quería escuchar más al respecto, ya sabía demasiado de la vida sexual de Nevin, por lo que simplemente se colocó de pie e ignorando los chiflidos y palabras obscenas de sus amigos, caminó hasta el camerino de Hendrik.

No tocó la puerta, simplemente ingresó con sus ojos opacos por el deseo ante las firmes y varoniles curvas que se presentaban frente a él. Hendrik le dio una corta mirada antes de comenzar a pasar un paño húmedo por su abdomen. Sonreía mostrando sus hoyuelos.

—Corderito obediente.

—¿Qué le dijiste?

—¿A quién?

—Javier.

—Que si seguía jodiendo… —Recogió los hombros—, les diría a todos que podían hacer lo que quisieran con él. ¿Feliz?

—… Sí.

Realmente se había vuelto una persona horrible.

Alois se colocó tras Hendrik. Llevó sus dedos a la ancha y robusta espalda de su dueño, sus yemas pareciendo que se derretían al mismo tiempo que comenzaba a acariciar largos trazos de piel. Eran caricias suaves y delicadas, jamás podría tocar de otra forma a su peleador.

Besó una marca de piel que resaltaba sobre una escápula de Hendrik, una línea gruesa que seguramente guardaba una leyenda.

—Tus cicatrices…

—¿Sí? —Hendrik tiró su cabeza hacia atrás. Alois ronroneó, colocándose de puntitas y tirando del lóbulo de su oreja con los dientes.

—Las he besado todas, mi dueño —susurró.

Deslizó sus manos por la cintura de Hendrik, arrebatándole el paño húmedo para adjudicarse la deliciosa tarea de limpiar el sudor del cuerpo contrario. En sus oídos se escuchaba la respiración lenta y apacible de Hendrik, contrarrestando con los latidos de su corazón frenético.

Hendrik negó y dejó caer las manos a sus costados.

—Tendré muchas más con los años.

—Sí, lo sé.

—No siempre serán lindas. No siempre querrás besarlas.

—Pero lo seguiré haciendo. —Hendrik colocó una mano sobre las de Alois. Su risita ronca era un imán para Alois—. Siempre.

—Pequeño masoca. —Alois frotó la punta de su nariz en la espalda de Hendrik, dando pequeñas y suaves mordidas en su piel. Hendrik se volteó, sus callosas manos vendadas

acunando los pómulos filosos de Alois, deslizando sus pulgares por la aterciopelada piel del más bajo. Era uno de esos momentos espontáneos que Hendrik nunca ofrecía y que Alois no buscaba, pero que simplemente ocurrían—. Hay tantas cosas buenas en ti, corderito mamón. Siento que podría simplemente sentarme y pasar toda una maldita vida viéndote.

—Hendrik…, estás siendo muy cursi. —Sonrió feliz, dolorosamente feliz, con una chispa en la mirada y un rubor en sus mejillas.

—Completamente maricón, lo sé. —Hendrik dejó salir un suspiro y pegó sus labios a la frente de Alois—. Si alguien se entera de esto, azotaré tu trasero.

—Deberías comenzar a buscar nuevos castigos.

—Debería, sí, pero no hay nada como darte de azotes mientras me ruegas para que te folle. —El castaño se presionó contra el cuerpo de Hendrik, perezoso y consentido en busca de más mimos que Hendrik lentamente había aprendido a entregarle. Caricias que Alois jamás supo que quería hasta que se enamoró de Hendrik—. Corderito, mi corderito.

—Tuyo.

—Sí, tan mío... Eres mío.

Respiraron quedamente en el otro, el lento pasar de los segundos acoplándose al latido de sus corazones. Alois se apartó de Hendrik y buscó adosar sus labios en un tibio y cuidadoso beso, que era escaso dentro de la pasión bestial con la que se deseaban todo el tiempo. Hendrik correspondió, paseando su lengua por la cavidad bucal de Alois; saboreó el tabaco y la espesa saliva del más bajo, quien gimoteaba de placer por las caricias que Hendrik le daba al recorrer sus apetitosas curvas.

—Te quiero. Te quiero tanto, Hendrik —susurró perezoso, embriagado en el dulce licor de sus sentimientos.

—Solo esas dos palabras, Alois.

—¿Hm? —Hendrik besó sus labios, sus párpados y su frente.

—Cuando ellos… —Tomó una mano de Alois y la colocó sobre su pecho—. Cuando mis demonios quieran lastimarte, solo dime esas dos palabras.

—No van a lastimarme.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque son parte de ti, al igual que yo —Hendrik iba a responder, pero Alois colocó un dedo índice sobre sus labios, torciendo una sonrisa traviesa y seductora—. Sí, soy un corderito mamón.

◆ ◆ ◆

Hendrik se encontraba en la celda de Norman. Fumaba un cigarrillo, algo poco usual en él. Observó a Zev, quien se encontraba trabajando en un nuevo tatuaje sobre la piel de Norman. El aroma de la sangre se sentía en el aire, algo habitual en North Collan.

—Norman —preguntó con cierta comezón en su vientre—. Tú estás casado, ¿verdad?

Zev detuvo su trabajo y apagó la máquina. Volteó su rostro en dirección a Hendrik, una ceja

perfectamente arqueada.

—Sí, desde hace diez años... Una mujer increíble.

—Ya. Uhm... Tú, bueno… —Carraspeó. Dio una nueva calada a su cigarrillo, sin mirar a Zev y a su maldita sonrisa burlona—. ¿Cómo se hace esa cosa del nacimiento?

—¿Nacimiento?

Norman y Zev se miraron con confusión por las palabras de Hendrik.

El moreno comenzó a pasar un algodón con pomada desinfectante por la piel de Norman, quien arrugó el entrecejo, pero no se quejó.

—Sí, eso… Nacemos un día y cada año... se hace una cosa.

—¿Estás hablando de celebrar un cumpleaños?

—Puto cavernícola —se mofó Zev con una pequeña risita.

—¡Bueno, venga! ¿Qué voy a saber yo de estupideces amariconadas?

—Hendrik... Los cumpleaños son de conocimiento general. Todos sabemos lo que es un cumpleaños.

Las palabras de Norman fueron como un golpe directo al vientre de Hendrik.

No, no todos lo sabían.

—Bien. Supongo que soy el único pedazo de mierda que nunca supo que tenía cumpleaños hasta que fue internado en una academia.

Zev borró todo rastro de diversión en su rostro. Abrió la boca para hablar, pero Hendrik ya estaba demasiado molesto. Apagó el cigarrillo contra el suelo y salió de la celda de Norman con la irritación punzando en sus sienes.

Aún lo recordaba, cuando su padre lo ingresó en el internado para hijos de militares...

Él no sabía lo que era celebrar un cumpleaños. Su madre jamás le había dicho que tenía uno. Una mujer deprimida, sumida en fármacos y drogas que vivía contando cuentos de hadas, ¿qué podría saber ella de los cumpleaños? Los cuentos jamás tenían cumpleaños. Solo hablaban de príncipes, castillos y dragones.

Se enteró por su maestro de deportes un día cualquiera. Era un hombre seco y hosco que vio su ficha médica y palmeó su hombro. Las palabras salieron simples de su boca sin saber que era la primera vez que Hendrik las oía.

—Feliz cumpleaños atrasado, Stone.

Hendrik, un pequeño niño que no comprendía a qué se refería, lo miró directamente a los ojos.

—¿Qué es un cumpleaños y por qué es feliz?

Tan pequeño, tan infantil e inocente. Sus ojitos brillaron cuando su profesor le explicó a qué se debían aquellas felicitaciones. Hendrik le creyó cuando le dijo que su nacimiento era algo que debía ser celebrado cada año, que era importante. Fue por eso que cuando vio a su padre, tres días después, le contó al respecto. Le dijo con orgullo que había estado de cumpleaños. Pensó que su padre también palmearía su hombro, que le diría las mismas palabras que su profesor. No

fue eso lo que obtuvo…

—*¿Tu cumpleaños? ¿Realmente quieres que celebre el día que una prostituta trajo al mundo a un bastardo que no quería?*

Y Hendrik jamás volvió a hablar de aquel día.

Llegó a la celda y, por suerte, Alois no se encontraba en ella.

No le molestaba su mierda de vida. Estaba resignado de buena gana a ella, pero ahora se había convertido en un pequeño inconveniente el haber sido criado como si fuese una piedra en un zapato.

No sabía de cumpleaños, de citas, navidades ni de noviazgos. No sabía vivir. Hendrik creció sin saber lo que era dar algo que no fuese dolor o muerte.

Sus manos picaron y un vértigo lo hizo apoyarse en la pared. Golpeó la parte posterior de su cabeza contra el duro concreto, sintiéndose impotente, como una abominación de lo que una persona debía ser... ¿Cuánto tiempo más seguiría jugando a ser humano?

Escuchó una sonrisita y vio a Alois en el marco de la celda despidiéndose de Nevin con una mano. Su chico se quedó rígido al verlo, solo fueron unos segundos antes de que bajara la mirada y luego, al levantarla, le diera a Hendrik la única maldita cosa que estaba bien en su podrida vida.

—… Es tu sonrisa.

—¿Qué?

—Nada... —Restregó su rostro con una mano y suspiró cansado.

Alois se sentó en la cama y palmeó su regazo, invitando sin palabras a que Hendrik reposara la cabeza ahí. No sabía cómo lo hacía, pero Alois parecía tener la solución a todo. El ojiverde llegó hasta él y se acomodó de costado, aferrándose con una mano a los suaves muslos de Alois.

—Corderito…

—¿Sí? —Su voz fue un arrullo. Alois comenzó a acariciar una mejilla de Hendrik.

—Mañana es tu cumpleaños.

El silencio los consumió, solo se escuchaban las voces ajenas a las afueras de la celda.

—S-sí, lo es. ¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa mucho. —Cerró sus ojos, intentando mitigar el dolor de cabeza que lo hacía querer darse con un martillo en el cráneo—. No voy a celebrártelo, Alois.

—¿Uh? B-bien, supongo. No estaba esperando algo.

—No sé cómo hacerlo —suspiró, sintiéndose derrotado—. No tengo idea de qué se hace en los cumpleaños... Una vez creo que lo celebré, pero no estoy seguro. Me ascendieron a teniente y nos embriagamos toda la noche. Terminé en un trío...

—Oh...

—No quiero embriagarte por tu cumpleaños y tener un trío, ugh. A-acaso tú… ¿Quieres tener un trío? —Se irguió para mirar a Alois. Sus ojos verdes, grandes y expresivos, lucían casi amedrentados.

—No, no quiero tener un trío. Eres muy amable por preguntar —respondió con fingida molestia. Su sonrisa divertida y picaresca lo delataba

—Bien. —Hendrik salió de la cama y comenzó a caminar por la celda, hallando una lacerante ansiedad en lo profundo de su pecho, sintiéndose estúpido—. Seguro que el Ima Heyn, o cómo se llame, te celebraba enormes fiestas.

—Ian Hale, Hendrik. Y sí, Ian es un amigo muy dedicado y siempre se juntaba con mi madre para organizar algo por mi cumpleaños.

El peleador se encogió de hombros.

—Lo que sea. No pienso quebrarme la cabeza por una mariconada. Es solo un maldito día. —Alois tenía su labio inferior entre los dientes. Entrelazó sus dedos y miró al otro con la cabeza inclinada. Sus pestañas se batían flojamente en cada parpadeo—. ¡No me mires así, guarro!

—Hendrik…

—Es solo un maldito día —repitió, intentando convencerse a sí mismo—. ¡¿Y cómo cojones se te ocurre nacer en navidad?! ¿Qué eres? ¿Jesús o alguna mierda así?

Alois se colocó de pie y cerró la puerta de la celda. No quería ojos indiscretos en ese momento.

Su dueño tenía el rostro tenso y una vena sobresalía de su sien, algo que solo ocurría cuando estaba muy frustrado.

—Hendrik, yo...

—¡¿Sabes lo increíblemente jodido que es eso?! Ahora resulta que me estoy follando a la puta reencarnación del maricón crucificado.

—Escúchame, yo no…

—¡Y ni siquiera me lo habías dicho! ¿Es así como funciona esta mierda del noviazgo? ¿Tengo que enterarme de estas mariconerías por una puta ficha prontuaria? —Vio a Alois negar con la cabeza y soltar un suspiro. Hendrik iba a reclamar, pero el más bajo caminó hasta él y cayó de rodillas al suelo sin darle oportunidad—. ¿Corderito…?

—Voy a chupártela.

—… Oh. —Y Hendrik sintió su garganta secarse de golpe.

Por alguna razón, se olvidó el porqué se había enojado en primer lugar. En ese momento, lo único ocupando su mente era la lasciva y obscena imagen de Alois arrodillado frente a él, relamiéndose los labios y dejándolos mojados. El chico de ojos añil levantó la mirada al mismo tiempo que comenzaba a jugar con el borde del pantalón de Hendrik, atrapando la tela con sus dientes y tirando de ella como un cachorro juguetón. Inconscientemente, Hendrik enterró sus dedos en la desordenada cabellera castaña de Alois. Sintió la foránea respiración caliente y húmeda del médico sobre su piel, despertando su pesada hombría.

—Mira que hacerme callar así, bastardo inteligente. ¿Tenías ganas de chupármela, puto coqueto? —Alois asintió. Sus apetitosos labios dejaron un camino de besos bajo el ombligo de Hendrik—. ¿Quieres que folle tu boca?

—Sí, lo quiero mucho. —Jadeó, su boca aguándose ante las notas saladas que dejaba la piel

de Hendrik en sus labios. Crispó sus dedos en el chándal de Hendrik y, lentamente, deleitándose con la tensión de los muslos de este, le bajó el pantalón hasta los tobillos.

Hendrik tiró su cabeza hacia atrás. Las manos de Alois, esbeltas y suaves, se sentían como el roce de una pluma sobre su piel, y provocaban en él un morbo que jamás había sentido con nadie. Sentía un profundo deseo de sodomizar al chico de rodillas frente a él, quien dejaba besos y lametones a su paso.

—Métela en tu boca —demandó con la voz ronca y densa. Alois tomó la erección de Hendrik, sus dedos envolviéndola mientras acercaba sus mojados labios para besar toda su generosa longitud—. Dije métela en tu boca, guarro desobediente.

—S-sí, mi dueño.

Abrió su pequeña y tibia boca, dejando la punta de su lengua pegada a su labio inferior. Apenas colocó la erección de Hendrik en su boca, cerró los ojos, dejándose follar de una cruda y rápida penetración. Gimió, una ligera respiración saliendo por sus fosas nasales y la parte posterior de su garganta cosquilleando al sentir la hombría de Hendrik golpear en ella.

—Mírame. Quiero que me mires. —El tono de voz de Hendrik era lento y demandante.

Se impulsó con sus talones aplanados en el piso frío para volver a arremeter en esos rojizos y afiebrados labios. Alois obedeció, manso ante las palabras de su dueño, tomando todo lo que Hendrik metía en su boca. Sus ojos azules estaban brillosos por los primeros atisbos de lágrimas, hundido en el placer de la sumisión. Hendrik podía advertir el leve dolor que sus grandes manos, aferrándose a los mechones de cabellos del contrario, le provocaba. Lo miraba desde abajo con sus brazos caídos a los costados, sin fuerza alguna para moverse. Su cabeza en un dulce vaivén agreste que adormecía su razón.

—No hay nada como follar tu boca. Esa carita coqueta que me pones. —Alois ahuecó sus mejillas y apretó sus labios alrededor de la hombría de Hendrik, forzando una fricción estrecha —. Mierda...

Pequeños trazos de saliva corrían por las comisuras de la boca de Alois. Todo su cuerpo temblando en espasmos de placer al mismo tiempo que sus mejillas se afiebraban en un sensual carmín. Luciendo completamente drogado y con la mirada esmeralda de Hendrik sobre él, deslizó una mano sobre su propia erección. Comenzó a acariciarse lánguidamente, con sus caderas serpenteando por inercia en busca de más contacto.

Hendrik se tensó y comenzó a aumentar el ritmo de las penetraciones en su abusada boca.

—Eres como una jodida gata en celo. ¿Vas a tragarlo todo? —suspiró en un jadeo excitado. Alois intentó asentir, pero parecía demasiado extenuado para hacerlo. Hendrik sonrió tenue, una oleada de placer golpeando cada parte de su cuerpo al ver cómo su chico intentaba respirar, barriendo con sus dientes la tensa y caliente piel de la erección del emperador. Hendrik gruñó y se impulsó por última vez, corriéndose en caliente al interior de la boca de Alois—. Córrete, amor. —Alois, tragando toda la esencia de Hendrik, había dejado de tocarse a sí mismo. Quiso negar con la cabeza, pero un apretón en sus cabellos se lo impidió—. He dicho córrete. Hazlo para mí.

Alois tembló y asintió con algo de esfuerzo.

Dejó de tragar, sin sacar el miembro de Hendrik de su boca, y retomó su masturbación.

Hendrik presionó la cabeza de Alois a su entrepierna, llevado por aquel instinto bestial que lo poseía durante el sexo. Como respuesta, el contrario se removió, estremecido por el orgasmo que se acentuaba bestialmente en su erección. Su dedo pulgar jugó en la punta de su pene y el aroma del sudor de Hendrik le impidió pensar con claridad. No pudo aguantar más. Gimoteó un llanto lastimero y contrajo su vientre cuando finalmente estalló en un delicioso orgasmo.

Se separó de Hendrik y limpió sus labios con el dorso de su mano. El ojiverde se agachó y volvió a colocarse su pantalón de chándal, sin poder evitar sonreír como el hijo de puta que era, luciendo satisfecho y complacido.

—Boquita de muñeca y carita de puta, ¿cómo podría alguien no caer por ti? —Se agachó y tomó el mentón de Alois, presionando un beso sobre los hinchados y afiebrados labios del contrario—. Eres precioso.

Alois pestañeó, exhibiéndose agotado.

—… Te quiero —susurró con voz gastada.

—Coqueto. —Sonrió en respuesta—. Mi hermoso Alois, solo mío.

◆ ◆ ◆

En una sala de visitas particulares, sin la molesta separación del vidrio blindado, Zev se encontraba frente a Reynolds. Su mecenas lucía serio y acongojado; apenas había hablado desde que se saludaron.

Zev decidió no preguntar qué ocurría, simplemente esperaba a que su mecenas decidiera hablar, así que limitó sus acciones a beber una lata de cerveza y mirar el techo.

Tenía que volver pronto para ayudar a Hendrik con una mierda de sorpresa para Alois o algo así; no le había entendido mucho cuando Hendrik se lo dijo.

Ah, y el rubio. También tenía que ver a Nevin y comprobar que estuviera bien después de la visita que en ese mismo instante su padre le estaba haciendo. Nevin siempre quedaba afectado cuando ese hombre iba a visitarlo. Zev no lo entendía, puesto que nunca tuvo padre, pero eso no le impedía cuidar de su alocado rubio cuando este se encontraba mal por alguna pelea con su padre.

—¿Sabes algo, Zev? —soltó Reynolds de la nada—. La primera vez que te vi pelear, sentí algo… Algo que no sentía desde que había comenzado a boxear años atrás. —Tanteó en un bolsillo de su chaqueta por cigarrillos—. Lucías tan elegante y confiado arriba del ring, como si supieras exactamente de qué manera destruirías a tu oponente.

—¿Qué demonios ocurre contigo, hoy? Esta mierda cursi no es normal.

Reynolds se carcajeó por la mirada de pánico de Zev.

—Y luego resultó que no solo eras un buen peleador, sino una maldita buena persona.

—Venga, Reynolds…

—Me hubiera gustado tener un hijo como tú, Zev. —Sonrió melancólico—. Quizá las cosas hubieran sido distintas.

El moreno bajó la mirada.

Sí, quizá para él también hubiera sido bueno tener un padre, alguien que lo alejara de la mierda en la que se metió a tan temprana edad.

—Hubiéramos sido un par especial —bromeó el príncipe—. Puedo imaginarlo y todo. —Volvieron a callarse, compartiendo el cigarrillo de Reynolds—. Pero no lo somos…

La sentencia de Zev hizo a Reynolds sonreír.

—No, no lo somos… Tú solo eres mi peleador, el bastardo al que mantengo en este hoyo a cambio de victorias en el cuadrilátero. —Reynolds se colocó de pie y abrió su chaqueta, sacando un sobre de esta—. Sin embargo, estamos juntos en esto.

—¿Qué es eso?

—Ahora es cuando todo termina, hijo.

La mirada mortificada de Reynolds no vaticinaba nada bueno. Le extendió el sobre a Zev, quien lo recibió con recelo y lo rasgó, sacando un papel doblado de su interior. Sus ojos miel se abrieron desmesuradamente y sus manos comenzaron a temblar.

—Al menos no envejeceré en prisión.

◆ ◆ ◆

Era navidad. Era la jodida navidad y Alois sentía molestosas mariposas asentándose en su vientre.

Hendrik actuaba extraño y misterioso desde que se levantaron. No había ido a desayunar al comedor y tampoco a entrenar, pero Alois lo había visto a la distancia. Estaba cargando una pequeña caja... No hubiera sido extraño de no ser porque Hendrik se dio cuenta y al cruzar miradas con Alois, todo su rostro se colocó de un intenso rojo.

Y ahora se encontraba en el patio, matando el tiempo porque Hendrik le había prohibido terminantemente entrar a la celda de ambos. Alois, al pensar en un castigo, estuvo seducido a desobedecer.

Noah se encontraba a su lado, coqueteando con José sin vergüenza alguna. Alois bufó y al girar el rostro vio la delicada figura de Nevin a la distancia.

Se colocó de pie, corriendo hasta su amigo.

—¿Nevin? Dios, ¡¿qué le pasó a tu cara?! —Alois llevó sus manos hasta la golpeada e hinchada cara del rubio. Los ojos rojos e hinchados de Nevin indicaban que había estado llorando.

Alois miró a Noah, quien había llegado a ellos en ese instante. Él se encogió de hombros sin tener mayor idea de lo que ocurría.

—Es-está bien, Lulú.

—¡¿Cómo va a estar bien?! Estás todo golpeado, Jesús. ¿Quién demonios te hizo esto? —La sonrisita débil de Nevin hizo que los propios índigos de Alois se aguasen—. Nini, ¿qué pasó?

El rubio tomó las manos de Alois entre las suyas y soltó un suspiro.

—Yo... Joder. —Nevin bajó la mirada, suaves hipidos saliendo de su boca. Intentaba

retenerlos, pero era más fuerte que él—. Amo a Zev.

—¿Qué?

—¡¿Él te hizo esto?! —preguntó Noah molesto.

Alois comenzó a sentir la irritación palpitando en su pecho.

—¡No! Es... Es un maldito idiota, y siempre está jodiéndola... —Soltó una risita mientras sorbía su nariz. Volvió sus ojos celestes hacia Alois—. Pero puedo jurar que es mío. Es mi maldita alma gemela, Alois.

—Nini...

—Mi padre... Él pensó que ya era hora de sacarme de aquí. —El médico sintió que todo el suelo bajo sus pies se tambaleaba. Perdió el equilibrio y se sujetó de Noah—. Falsificó mi petición de libertad co-condicional y sobornó para que fuese aceptada.

—Mierda, esto no... D-dime que no es v-verdad. —Las palabras de Alois se pronunciaron como balbuceos torpes, sin saber qué decir y luciendo completamente perdido—. P-puedes hablar con Zev, ¿no? Reynolds puede... Hendrik y Zev…

Nevin se tensó ante el nombre de su moreno. Sacudió su cabeza en negación.

—N-no quiere.

—¿Qué…?

—No me quiere... No me quiere aquí.

—Eso es... imposible —susurró Noah. Alois no se había percatado, pero sus ojos se encontraban aguados y sus mejillas húmedas—. Mierda, Nini. No le hagas caso, seguramente está dolido porque va a extrañarte, pero sabes que te quiere. Solo... Debes hablar con él, debes intentarlo.

—Nevin —susurró Alois. Su voz ya no sonaba vacilante—. ¿Qué ocurrió?

Y hablaba del motivo por el cual Zev había decidido dejarlo marchar.

—Él… —no continuó. Lucía como alguien pronto a quebrarse en cualquier instante—. No puedo decirles.

Nevin se desplomó ahí, temblando y lamentándose. Sus lágrimas se mezclaron con la sangre fresca en su bonito rostro cubierto por cardenales.

Alois sabía que había algo más, sabía que el moreno no dejaría ir a Nevin así nada más.

Quiso apartarse del rubio y correr a los brazos de Hendrik, esconderse del dolor en la implacable armadura en la que su dueño lo resguardaba del mundo.

—¿Volverás…?

El rubio sonrió a Noah.

—Ni siquiera sé si seguiré viviendo. ¿No lo ven? Estoy completamente jodido por ese imbécil.

Alois tragó cada palabra que amenazaba con salir de su boca. Ahogó cada sentimiento en su pecho. No quería que Nevin se fuera, no quería perderlo... Nevin era parte de su vida en North

Collan, sin embargo, no podía pedirle que no se fuera.

Negó con la cabeza y dio media vuelta. No pensaba despedirse y, como el cobarde que era, huyó. Los gritos de Nevin tronaron en sus oídos y vanamente cubrió sus orejas con ambas manos. Su labio inferior temblaba mientras lo mordisqueaba con fuerza para no dejar escapar un sollozo.

Era su cumpleaños y su regalo había sido perder a su amigo.

Un paso, luego otro... Se desmoronó un poco más a cada segundo, respirando pese a que no quería hacerlo.

Llegó hasta aquella celda y se paró en el umbral de la puerta con ojos lagrimosos e inspeccionando al hombre que se encontraba sentado en el suelo, apoyado sobre la pared con una jeringa en su mano y la expresión de la muerte reflejada en su mirada.

Alois había ido en busca de Zev, pero no lo encontró. Halló un aparente cadáver que aún respiraba y cuyo corazón aún latía.

—M-me quitaste a Nevin —reprochó—, no lo detuviste… Tú no… ¡Él se habría quedado por ti!

—¿A quién le hablas? —respondió el peleador, sin reparar en el cuerpo de Alois, tal como un hombre ciego.

—¿Zev…?

—Él… Él está muerto —ironizó. Bajó la mirada a su mano, moviendo sus dedos alrededor de la jeringa utilizada en su cuerpo, la droga haciendo efecto en su sistema—. La parte fea del amor, Alois, es que siempre termina matando a las personas.

CAPÍTULO XXVI

—¡Eh, rubio guapo! ¿Los ángeles como tú tienen nombre?

—Arranca pollas. Nos nombran a base de nuestros dones.

Zev sonrió.

Su cuerpo estaba entumecido sobre el suelo, soltando pequeños espasmos debido a la gran cantidad de heroína en su sistema. Por su cabeza se bifurcaban ambiguos recuerdos enturbiados por su miserable condición.

—¿Sabes? No me vienen los tíos... Pero por ti, rubio, haría una excepción.

—Venga, que ni me la has visto y ya la quieres en tu culo, ¿eh, moreno? Con guarros como tú, las putas quedan sin trabajo.

Su exagerado acento irlandés y la forma en que siempre tarareaba sobre el cuello de Zev antes de quedarse dormido…

—¿Te gusto acaso? Porque tienes la típica pinta de cabrón insoportable que se cree muy macho por follar solo con mujeres.

La manera en que sus mejillas siempre se pintaban de rosa y cuando gimoteaba como un niño consentido enojado por cualquier estupidez.

—Tú y yo, Zev... Somos tan distintos que cuando estamos juntos, encajamos perfectamente.

Su rubio loco... Su mocoso insolente que vivía en una maldita prisión como si fueran Las Vegas y él un adolescente con una tarjeta bancaria sin límite.

Nevin era distinto, no necesitaba nada del mundo; podía crearse uno propio. Zev había caído profundo por eso, tan feroz y a momentos tan dulce. Zev jamás podía anteponerse a sus acciones, porque el rubio siempre conseguía sorprenderlo. Y su despedida no había sido la excepción...

—No voy a llorar, maldito hijo de puta. No pienso llorar delante de ti... No creas que por salir de este hoyo vas a olvidarme. No pienses que yo voy a olvidarte. Me llevo lo que es mío, tu puto corazón, y juro que no voy a devolvértelo jamás.

Zev no le respondió, porque Nevin tenía razón, Zev jamás iba a pedir su corazón devuelta. Preferiría morir antes de hacerlo; sin fe y destrozado, hundiéndose.

Nunca supo cuánto dolor podía llegar a sentir un humano antes de enamorarse. ¿Por qué las personas querían hacerlo? Era absurdo. Era sufrimiento, solo lamento. Era el deseo de sentir dolor, porque sin él... no se sentiría vivo.

Ya no se sentía con vida.

◆ ◆ ◆

Alois lavó su rostro, tratando de contener la respiración dentro de ese baño de mala muerte con descascaradas paredes rayadas, dos reos inhalando neopreno en un rincón y un sollozo desgarrador al interior de un cubículo; seguramente de otro eslabón débil.

El reflejo en el espejo torturaba su cabeza. La imagen de Nevin llorando, de Zev en el suelo sonriendo junto a sus últimas palabras. Una frase simple, torpe y sin sentido. La reafirmación de que el amor no siempre era un regalo, algunas veces era una maldición.

“El amor mata”.

¿Lo hacía realmente? Aunque ya no podía negarlo ni ponerlo en tela de duda. Él moriría por Hendrik y su dueño mataría por él.

Salió de aquel maloliente lugar y, a paso débil, destinó su trayecto a la celda donde seguramente encontraría a Hendrik.

El nudo en su garganta le hacía difícil tragar, el escozor de sus ojos por las lágrimas derramadas hacía que quisiera tumbarse en algún rincón de North Collan y simplemente dormir. No sabía si estaba temblando, pero se sentía ligero.

Se paró a un lado del marco de la puerta. Los pensamientos se confrontaron en su cabeza al oír los reclamos de Hendrik al interior de la celda.

—¡Venga, anciano! Dijiste que esta mierda funcionaba.

—¡Es una radio, Hendrik! Y aquí no hay señal. Me pediste una radio y aquí está.

Oh, así que su dueño había conseguido la colaboración del abuelo.

Alois sonrió, estrechando los labios y apretando los costados de su suéter con los dedos. La rasposa tela se friccionaba con fuerza contra su delicada piel.

—¡¿Y qué cojones se supone que haga?! Esto es tu culpa, viejo cabrón. Dijiste... esa cosa de la música y toda esa mierda.

—Tranquilo, Hendrik. Puedo ver si alguien tiene música o algo.

Alois reconoció la voz de Norman.

—¡Ya deberías haberla conseguido!

Negó con la cabeza y se alejó.

Sabía que debía entrar y decirle a Hendrik que su compañero, que su mejor amigo, estaba mal por la partida de Nevin. Pero no podía hacerlo, no quería actuar bien. Necesitaba de aquello, ser egoísta. Sentirse sucio, culpable.

Alois siempre pensó alto de sí mismo. Siempre se sintió orgulloso de ser quien era; amaba ser el chico guapo, el buen médico y la gran persona. El amante juguetón y poco fiel que compensaba su desazón en el amor con su lealtad al trabajo, a los amigos y su familia. Pero luego se enamoró.

Ahora quería ser sucio, egoísta y cruel. Quería proteger a la persona de quien se había enamorado y apartar a quienes podían lastimarlo. Quería ser el único que pudiera dañar a Hendrik, porque sabía que jamás lo haría. No quería compartir ni ver a su dueño mal por otro.

Hendrik era solamente suyo; se lo había ganado y tenía el derecho a hacerlo feliz y no dejar que nadie los arruinara. Zev era ese nadie...

Había dejado ir a Nevin, había dejado marchar a uno de los pilares de Alois. Y no iba a cederle también la felicidad de Hendrik. Que se hundiera, que sufriera la pérdida y cargara con el peso de sus decisiones; justo como él mismo lo había predicado tiempo atrás.

Deambuló por los pasillos de North Collan, fumando un cigarrillo tras otro hasta que sintió una mano posarse sobre su hombro. Volteó su rostro y vio a Norman, imponente y de rostro serio parado frente a él.

—Hendrik ha mandado a llamar por ti. —Alois bajó la cabeza, asintió y soltó el cigarrillo que había entre sus dedos, pisándolo con la suela de su zapato—. ¿Estás bien?

—Sí. Solo… Ha sido un día largo. —Se encogió de hombros y ladeó una sonrisa falsa. Norman frunció el ceño, pero no dijo nada—. ¿Está muy cabreado? —preguntó al mismo tiempo que volvía a la celda, con Norman pisándole los talones.

—Como no tienes idea. Amenazó al abuelo con obligarlo a tomar la orina de los reclusos si no conseguía algo de música. Para acompañar el ambiente y las... velitas.

Alois se detuvo en seco. Giró y la sonrisa de Norman, burlona y sincera, hizo que su corazón diera un brinco. El hijo de puta no mentía.

—¿Velitas?

—¡Eh! Fue mi idea. —Palmoteó su pecho con falso orgullo—. Que el marrano de tu novio no tenía idea de cómo hacer una cena romántica.

—Estás lleno de mierda —se burló volviendo a caminar.

—¿Puedes creer que no sabía cómo es un cumpleaños? Solo sabía que debe comerse pastel. —Alois hizo un gesto con la mano y Norman chistó con la boca—. Y botó las ollas con comida que estaban preparando los cocineros cuando le dijeron que no podían conseguirle un maldito pastel.

—Suena completamente a Hendrik.

—Es como ver a un niño cavernícola. Me agrada.

—Un muy obsceno niño cavernícola —corrigió Alois.

Norman se despidió a pocos pasos de llegar a la celda.

Alois nuevamente se vio en un bucle de emociones a solo unos pasos de entrar. Estaba feliz, emocionado... Quería tanto eso, vivir del amor que Hendrik estaba dándole. Y eso lo convertía en una mierda porque había alguien más sufriendo, alguien que necesitaba del apoyo del rizado.

Alzó el rostro y tomó una bocanada de aire.

Estaba dispuesto a ser mierda, porque Hendrik lo merecía. Porque Alois lo necesitaba.

Tocó la puerta con golpes suaves y retrocedió un paso. Sus mejillas estaban arreboladas y un cosquilleo travieso se asentaba en la parte baja de su estómago. Escuchó a Hendrik maldecir y luego un silencio de largos segundos.

Cuando Hendrik abrió la puerta, tuvo que ahogar un gemido desvergonzado.

—¡¿Por qué te ves así?! —reclamó respecto al estropeado estado de Alois, muy a diferencia de Hendrik, quien lucía muy limpio y olía varonilmente a perfume—. No jodas, que pareces un saco de tripas podridas. No, ve a limpiarte y luego vuelves.

Hendrik cerró la puerta y Alois se quedó de pie.

—Uhm… —Parpadeó.

La puerta volvió a abrirse. Hendrik tenía una camiseta y una bolsa entre sus dedos. La estiró en dirección a Alois, quien abrió la boca para decir algo, sin embargo, la puerta volvió a cerrarse apenas recibió la bolsa.

—¡Con el culo oliendo a rosas! ¡¿Entendido?! —lo oyó gritar.

Alois miró el interior de la bolsa. Había jabón, una rasuradora y un cepillo dental... Pero no había pasta de dientes.

—¡No hay pasta dental! —gritó golpeando la puerta con sus nudillos.

—¡Consigue goma de mascar o algo! Pero vuelves limpiecito, cordero sucio.

Rodó los ojos y, con la bolsa aferrada a sus brazos al igual que su camiseta limpia, caminó hasta los baños. Dos gendarmes se encontraban ahí, conversando tranquilamente mientras dentro de las regaderas…

—¡Oh, joder! ¡Váyanse a su celda! —gritó, apartando la vista de la escena de sexo en vivo que estaba frente a sus ojos.

Un muy mojado Noah se encontraba siendo muy penetrado por un muy mojado José.

—¡En-envidia! —gritó Noah entre un gemido placentero.

Alois bufó y caminó al interior.

No era la primera vez que presenciaba un acto de sexo en vivo; no obstante, sí era primera que veía a Noah ser atravesado, y no era algo que quisiera retener en su memoria.

Mientras se desvestía, escuchó los gemidos de su escandaloso amigo de fondo.

Apretó los labios y tomó el jabón. A esa hora ya no había agua caliente, ya que se suponía que nadie se bañaba después de la hora estipulada. Pero qué extraño, nadie seguía las reglas.

Se apresuró a entrar a una regadera con la barra de jabón; entró en la regadera más apartada de su jodido amigo e ignoró los histéricos gemidos y las palabras obscenas de la boca de José. También a los otros reclusos que se masturbaban mientras veían a la encendida pareja.

Alois pocos recuerdos tenía de lo que significaba el pudor. Con casi un año en North Collan, seguramente ya todos los reos habían visto su cuerpo a esas alturas.

Vio por el rabillo del ojo como José le daba una nalgada a Noah y salía de las regaderas. Su amigo le guiñó un ojo y caminó, en su flamante desnudez, hacia Alois.

—¿Cómo lo llevas? —Le preguntó por Nevin, Alois estaba seguro.

—Bien, supongo. —No quiso decir nada más. Se iba a quebrar nuevamente si volvía a pensar en lo poco probable que era volver a ver al rubio.

—¿Le dijiste a Hendrik?

—No. Él está haciendo todo eso para mí y yo n-no... —No pudo terminar. No sabía qué tan patética sonaba su excusa.

—Hey, tranquilo, está bien. Te lo mereces, has aguantado mucha mierda. Solo… deja que fluya. Todo pasará, ¿sí? Algunos nos quedamos aquí, otros no. Con el tiempo nos acostumbraremos a todo eso.

—Sí, tienes razón...

—Solo disfruta con Hendrik. José irá a ver a Zev ahora, le dirá a Norman y cuidarán que no haga alguna estupidez.

—Él estaba...

—¿Lo viste?

—Sí. —Apretó la barra de jabón y dejó que las gotas de lluvia artificial golpearan la piel de su rostro—. Seguro se metió drogas... Muchas.

—Sí, seguro lo hizo. La partida de Nevin nos afectó a todos. Imagino que para Zev es mucho peor.

—¿Por qué lo hizo? Él, ellos… Pensé que Nevin jamás dejaría a Zev.

—No lo sé, Alois. No pienses en eso, no te mortifiques. —Noah se encogió de hombros y palmeó con cariño su mejilla antes de volver hacia José, quien lo esperaba completamente vestido.

Su amigo tenía razón. No debía darle vueltas al asunto, aun así no podía dejar de hacerlo. Quizá porque tenía miedo, porque ni esa estúpida pareja había tenido su “felices para siempre”.

¿Qué quedaba para él y Hendrik? Su dueño debía dejarlo pronto a un maldito lugar desconocido y ser un carnero para entretención de ricos. Él solo podía quedarse en prisión con la esperanza de que volviera y luego, cada día, dar las gracias por tener a Hendrik a su lado. Por no perderlo en alguna pelea, en algún tiroteo. ¿Cómo iban a tener su final feliz así? No había uno. No en North Collan.

Limpio, oliendo a manzana verde con menta y no a rosas, volvió a la celda de ambos. Tocó la puerta y Hendrik la abrió de inmediato, como si hubiera estado impacientemente esperando.

—¡¿Pero dónde mierda fuiste a lavar tu culo?! —Alois rodó los ojos—. No me ruedes los ojos, puto insolente.

Alois entornó los ojos y levantó su dedo índice directamente hacia Hendrik con el sermón picando en su lengua.

—Estás siendo grosero, nada romántico y muy infantil, señor Stone.

Hendrik molió sus dientes al apretar la mandíbula, luciendo realmente ofendido por aquel simple sermón. Alois casi nunca sermoneaba a Hendrik, y cuando lo hacía era tan políticamente correcto que este realmente se sentía como si hubiera hecho algo mal.

—No lo soy —reprochó infantilmente.

—Sí, lo eres.

Y Alois pudo haber muerto en ese preciso instante.

Su muy chico malo, cavernícola e infantil novio, hizo sobresalir levemente su labio inferior durante una fracción de segundo. Fue un apenas reconocible gesto; hubiera pasado desapercibido para cualquiera, menos para Alois. Hendrik había hecho un puchero.

—Bien. Es tu cumpleaños y no vamos a joderla. Eres un insolente, pero puedo dejarlo pasar. —Se removió y le sostuvo la puerta a Alois para que entrara.

Alois atrapó su labio inferior, viendo como Hendrik pasaba saliva con dificultad, notablemente nervioso al indicarle que entrara. Sintió su ritmo cardiaco acelerarse demasiado.

Un pasito, uno tras de otro, cortos y dudosos. La incertidumbre estaba en sus movimientos mientras se adentraba a la celda.

—Bien... Es así, ¿no? —preguntó Hendrik a su espalda. Alois estaba conteniendo la respiración—. S-se supone que así es como va esta cosa. Norman dijo que... Ya sabes, que tú sabes de esto.

No era una cena elegante en un hotel cinco estrellas como lo había celebrado toda su vida. No había un costoso champán ni copas de cristal. No había costosos presentes envueltos en papeles metálicos, ni su móvil sonaba lleno de mensajes por parte de sus cercanos felicitándolo. No estaba en compañía del hijo de un importante empresario, de un modelo conocido, ni de un apuesto enfermero.

Era una celda fría con paredes opacas debido a la suciedad impregnada en ellas. Una litera maltrecha con dos camas cubiertas por roñosas mantas, un lavamanos con el grifo oxidado y ropa apilada en un rincón. Simplemente era una celda con una mesa de madera cubierta por una manta vieja, una botella a medio consumir de Dandelion and burdock con dos tazas a los lados junto a la cena.

—Sé que es... pobre —dijo Hendrik repasando su nuca—. No quise pedirle nada a Reynolds... Quería hacerlo yo mismo. Es mi mierda, así que no quería que él consiguiera nada para ti.

Alois negó con la cabeza de manera entusiasmada. Su cuello llegó a doler.

Dos pequeñas velas, cada una dentro de un pequeño vaso de vidrio, estaban encendidas y con sus rojizas llamas agitándose inquietas. Alois vio los dos platos con comida, seguramente ya fría, tal como siempre estaba en North Collan.

—Es... —Su labio inferior tembló al igual que su voz—. Perfecto.

—Entonces... ¿Te gusta? —preguntó Hendrik apartándose de Alois.

Caminó hasta la vieja radio que tenía enchufada y presionando el botón “reproducir”. Un disco comenzó a girar y una lenta melodía invadió el lugar.

—Sí. —En el centro de la mesa estaba un plato con tres muffins y trozos de chocolate partidos alrededor—. Me gusta.

Alois repasó todo con los ojos, una y otra vez, obligándose a guardarlo en su cabeza para hacerlo una parte inolvidable de su vida. Quería malditamente demasiado sonreír, pero no podía hacerlo. Estaba entumecido, congelado con la única capacidad de mover sus cuencas oculares de un lado a otro.

Había un pequeño pino navideño al lado de la cama adornado pobremente, sin luces de

colores ni costosas esferas como las que solía mandar a pedir su madre cada navidad. Hendrik se percató de que Alois miraba el pino navideño; esbozó una sonrisa traviesa y lo apuntó con la cabeza.

—Lo robé de la oficina del prefecto. —Alois pestañeó—. Bueno… y ahora, ¿qué hacemos? —Alois caminó hasta Hendrik, posó su mano sobre el pecho de este y se colocó de puntitas, dejando un suave beso en la barbilla de este—. ¿Corderito?

—Gracias, bebé.

—Es jodidamente raro cuando me dices bebé, ¿sabías?

—Sí, pero no pienso dejar de hacerlo. —Hendrik arrugó la nariz para esconder una sonrisa.

—Bien... Puedo soportarlo si lo dice el mamón. —Se dieron un corto beso, luego otro y otro. Alois se acurrucó en el pecho de Hendrik y respiró su aroma. La mezcla de piel y agua perfumada lo cautivaba—. Por lo que entendí, primero comemos, luego te doy tu regalo y después tú me agradeces dejándome hacerte cositas malas.

El castaño negó con una boba sonrisa traidora. Hendrik no sabía, simplemente estaba repitiendo lo que le contaron, y eso hacía que el corazón de Alois latiera furiosamente.

Era el primero, estaba tomando tantos primeros de Hendrik... ¿Cómo podría devolvérselo?

Se apartó, buscando sus ojos esmeraldas, ese bosque de matices profundos donde podía perderse sin miedo alguno.

—Hendrik, tú siempre dices que yo soy bueno, pero… ¿Y si no lo fuera? No lo sé, solo digo… —Alois cerró los ojos al sentir los dedos de Hendrik barriendo sobre sus labios—. Si no fuera esa buena persona, si fuera... mierda. Solo mierda con un rostro bonito y... quizá un trasero perfecto, ¿qué harías? —Hendrik estiró los labios. Sonreía con un dejo de burla destellando de sus ojos esmeraldas.

—Las malas personas... Nunca se preocupan por ser mierda, solamente lo son. —Pellizcó la nariz de Alois—. Tú te preocupas mucho, todo el tiempo. Piensas y piensas... Te duele hacer algo cuando sabes que no está bien. Eso no lo hacen las malas personas.

—Pero…

—Y tu trasero debería ser glorificado porque sí, es como muy perfecto.

—No puedo negar eso —respondió con una alegría apagada.

—¿Qué ocurre, corderito? Estás extraño.

Alois enterró mentalmente un puñal en su vientre, sintiéndose culpable por soltar sus inseguridades en ese momento, cuando menos debía. Cuando solamente debía sonreír y ser bueno para Hendrik, porque él merecía eso.

—Así son las personas enamoradas, bebé. Extrañas.

—Bien... ¿Siempre serás así? Es raro. —Soltó a Alois y lo repasó con la mirada—. Al parecer, el amor te hace jodidamente melancólico y no, me quita el morbo. Así no lograré que se me pare.

—¿Podrías dejar de darle importancia a tu pene cuando es mi cumpleaños?

—Alois, esto no sería un cumpleaños sin mi pene como regalo. Ya sabes, mi pene es… —Levantó sugerentemente las cejas, ladeando una sonrisa coqueta con hoyuelos a la vista—. La crema del pastel.

—Dios…

—El champán para el brindis.

—Ya cállate. —Intentó silenciar a Hendrik colocando ambas manos sobre la boca de este—. Entendí, sí. Tu pene se lleva el protagonismo hoy, solo… deja de mencionarlo.

Hendrik asintió reiteradas veces y Alois sacó sus manos.

—La piñata de dulces.

—¡Hendrik! —gritó con una carcajada emergiendo de su boca.

—Ya, vale, vale… No más. —Guio a Alois hasta la mesa e incluso corrió el pequeño taburete cojo para él. Alois estaba seriamente pensando en agradecerle a Norman por haberle enseñado eso a Hendrik—. Bien, esto... ¿Voy bien?

—Perfecto.

—De acuerdo... —Se sentó frente a Alois, mirando la comida con el ceño fruncido—. ¿Solo comemos o hay que hacer algo antes?

Alois pensó en hablarle sobre algunas costumbres religiosas, pero no lo encontró necesario. Ninguno de ellos estaba especialmente ligado a Dios.

—Podemos solo comer, o hablar si así lo quieres...

—Hablar suena bien. Sí, puedo hablar...

—Entonces, ya que es mi cumpleaños… —Tomó el tenedor y picó un trozo de papa dorada que había en el plato plástico—. Supongo que puedo hacerte algunas preguntas y serás honesto en contestarme.

Hendrik sirvió licor en las dos tazas y se encogió de hombros.

—Seguro. No es como si tuviera algo que esconder.

—Bien. ¿Siempre fuiste gay?

Se miraron con picardía, ambos jugando con sus platos de comida y luego llevándose pequeños bocados a la boca.

—No lo sé. Cuando me di cuenta de que quería follar, solo había chicos a mi alrededor y veía culos todo el tiempo, así que... supongo que sí. —Alois frunció el ceño. No le gustó esa respuesta... Sonaba más a alguien que no tuvo otra opción—. No me mires así. Luego intenté follarme uno que otro coño, pero no pude. Las mujeres no van conmigo.

—¿Lo intentaste?

—Sí, por supuesto, pero ni siquiera pude pararla. —Tenía una mueca de desagrado en el rostro—. Y esas cosas, ya sabes. Las cosas que rebotan...

—Pechos —completó por Hendrik, una risita escapando dócil de su garganta

—Sí, eso, los pechos... ¿Cómo pueden gustarles esas masas de carne? —Negó con la

cabeza. Alois para ese momento tapaba su boca mientras reía a carcajadas. Hendrik lo apuntó con el tenedor, tragando un trozo de carne que se había llevado a la boca—. Me gustan los cuerpos de los hombres y sobre todo... Me fascina tu cuerpo, es perfecto.

—Gracias… —murmuró—. Eso fue… Fue muy lindo.

Alois se ruborizó y volvió la vista a su plato. Se sumieron unos cuantos minutos en un cómodo silencio bajo la música de fondo, una vieja balada romántica.

Hendrik vio el plato de Alois, aún con demasiada comida para su gusto.

—Ven aquí, voy a darte de comer —expresó como si nada. Palmeó sus muslos y le indicó a Alois que se sentara en ellos. El castaño, avergonzado y con su labio inferior siendo mordisqueado, obedeció. Hendrik pasó una mano por la espalda baja de Alois, rodeándolo mientras con su mano libre pinchaba trozos de carne—. Quiero que comas más.

—¿Qué? No, ¿por qué? —preguntó confundido.

—Porque de solo imaginarme esto… —Apretó las caderas de Alois, seguido de sus muslos y sus brazos—, más carnosos, más grandes... Me entra un pedazo de morbo.

—Hendrik, ¿te excitan los gordos?... ¿Eso te pone caliente? —preguntó en un susurro. Aquello sonaba a una especie de fetiche sexual y era algo que no esperaba para nada.

—No todos los hombres quedamos satisfechos chupando huesos de pollo. Algunos tenemos los cojones para decir que nos gusta la carne.

Y Alois amaba malditamente mucho a Hendrik.

—Deberías andar por el mundo predicando esa filosofía. No tienes idea de cuántas niñas atendí... pequeñas y preocupándose por los pliegues que se formaban en su vientre.

—Bah, estupideces... Cuando crezcan se darán cuenta de que pueden saltar en cualquier polla, sin importar cuántos kilos tengan. Menos en pollas mariconas como la mía o la tuya —bromeó—. O en cualquier… ¿Coño? Sí, eso… Si les gustan los coños, pues ya lo tienen. Los kilos dan igual, que las personas son más que eso. Creo.

—¿Crees?

—Hm. Es que, en realidad, a mí me da igual cómo se vean las personas. Solo te quiero ver comer porque te quiero saludable y no siendo un saco de huesos al que le puedo romper la cadera si lo follo muy duro.

—Eso ha sido lindo y muy, muy guarro —se carcajeó por lo bajo, dejándose alimentar por Hendrik, quien le reclamaba lo poco que abría la boca para comer en comparación a cuando se tragaba su erección—. ¡Hendrik, no puedo más! Me estás dando de tu plato y del mío. Eso es trampa.

—¡Pero qué blasfemia, eh!

Bromas, risas tontas y comentarios obscenos. Besos fugaces y roces de piel que los hacían sonreír con brillo en la mirada. En ese momento, Alois amaba estar enamorado de Hendrik, y era notorio que Hendrik amaba que Alois estuviera enamorado de él.

Terminaron de comer y brindaron por el nacimiento de Alois.

Hendrik le contó sobre el pastel, omitiendo la parte donde arruinaba la cena de todos los

reclusos y en su lugar, se quejó de la mala voluntad de los empleados de la cocina.

Una nueva canción sonó, Alois la conocía. Era antigua, de su época universitaria. Siempre veía a las parejas enamoradas llenar la pista de baile cuando sonaba, pero él nunca la bailó.

Tomó la mano de Hendrik y se acunó contra la palma de esta, igual que un cachorro mimado.

—Hendrik, ¿bailarías conmi-…?

—No —negó, tajante.

—¿Qué?

—No. Olvídalo, no bailo. Eso está fuera de mi maldita liga, ni lo pienses. —Alois se colocó de pie y cruzó sus brazos a la altura de su pecho.

Era su jodido cumpleaños y quería que Hendrik bailara con él.

—Hendrik.

—Prefiero cortarme el miembro y comérmelo.

—¡Dios! ¿Por qué siempre terminas mutilando tu miembro? —la voz de Alois fue un susurro agudo.

—Porque sé que la amas y que sufrirías si no la tengo. Venga, si eres un putito travieso —ronroneó, colocándose de pie. Llevó sus grandes manos al trasero de Alois y lo apretó con fuerza mientras hacía un camino de besos por su dulce cuello.

—Mierda —gimió, intentando mantenerse en una línea y no ceder ante los deliciosos mordiscos que su dueño le daba bajo el mentón—. ¡Quiero bailar contigo!

—No —susurró en su oído, dándole un tirón al lóbulo de su oreja.

—Vamos, por favor...

—No, Alois.

El médico se inclinó hacia atrás, tomando distancia.

—¿Podemos negociar? —Tenía un puchero en los labios y sacudía sus tupidas pestañas con insistencia.

Hendrik le dio un lametón a su nariz y enarcó una ceja.

—¿Tienes algo que ofrecer?

—O bailas conmigo o me dejas hacer de activo —musitó con aire desafiante, ojos estrechos y sus dedos presionándose en los hombros de Hendrik.

—¿Activo? —coreó con diversión—. Estás malditamente bromeando.

—¡Lo digo en serio! —se quejó con voz firme pero suave, no podía ser de otra forma con Hendrik.

—Alois, no puedo imaginarte metiéndomela por el culo. Es como, simplemente... imposible.

—También tengo pene, gracias —comentó con su refinado y marcado acento.

Hendrik se remojó los labios y esbozó esa sonrisa triunfal que Alois amaba y odiaba.

—Y es muy lindo. Me dan ganas de apretarlo y manosearlo mientras te retuerces de placer, pero no es material para meter en un culo.

—Hendrik, me estoy sintiendo muy ofendido.

—Es como... chiquitito y lindo.

—¡¿Qué?! ¿Qué mierda acabas de decir? —Alois tenía el ceño profundamente fruncido, molesto y con su boca notablemente abierta. Se apartó de Hendrik con gestos exagerados de brazos—. ¡No la tengo pequeña!

—Chiquitita y linda, como una fresita —se mofó, su dedo pulgar e índice entornado el tamaño de una fresa pequeña.

—¡Cállate! Esto es malditamente humillante. No la tengo pequeña, tú la tienes anormalmente grande, maldito burro.

—Mira, que yo te dejo el culo sin problemas, pero… Ya sabes, tampoco podrías dilatarme. Tus manitos son... realmente diminutas. Mira esos dedos, podría usarlos como mondadientes. —Tomó las manos de Alois y las besó.

El castaño intentó apartarlas, pero Hendrik no se lo permitió.

Estaba notoriamente enojado y avergonzado. Puto Hendrik, siempre terminaba jodiéndola.

—No puedo creer toda la mierda que estás soltando en este momento. Es mi maldito cumpleaños y me estás diciendo que mis dedos no son lo suficientemente buenos para dilatarte… ¡Y que la tengo pequeña!

—Además, te mueves como conejo. Es excitante si eres la hembra, pero... No, sería jodido si lo hicieras sobre mi culo.

Alois logró soltarse y empujó a Hendrik. El uso desmedido de todas sus fuerzas resultó en un movimiento tan suave que el ojiverde no se removió ni un centímetro. Su dueño inmediatamente lo tomó por las caderas, bruta y posesivamente.

—¡Para de una maldita vez! —demandó, golpeándole el pecho con las palmas de las manos —. Antes de entrar en prisión era un muy alabado activo.

—Por supuesto, corderito —se burló. Su sonrisa era tan amplia, sus ojos brillaban tanto y sus manos se aferraban con tanta fuerza a las caderas de Alois que este simplemente no podía estar molesto.

—¡Lo digo en serio! No siempre voy a querer recibir. También quiero ponerla, ¿sabes?

—Bien, algún día. No tengo problema en pasarte mi culo. —Hendrik miró su propia mano, alzó su dedo pulgar con picardía y se lo mostró a Alois—. Será como tener esto, puedo soportarlo.

—¡Hijo de puta! ¡No la tengo como tu maldito pulgar! —Hendrik frunció el ceño y volvió la vista a su mano. Empuñó todos los dedos, dejando solamente el meñique alzado y volviendo a mirar al médico. El rostro de Alois se tiñó de rojo por completo. Empujó a Hendrik, ahora sí molesto—. ¡Detente!

Se dio media vuelta, pero antes de que pudiera dar dos jodidos pasos, fue envuelto por unos

grandes y tonificados brazos. Bufó e intentó inútilmente soltarse.

—Hendrik…

—Bailaré contigo. —Alois gimoteó, pisando fuerte con el pie al igual que un niño pequeño. ¿Cómo iba a negarse a eso?

—Y… Y me dejarás hacerte cucharita. —Tentó su suerte, pero Alois estaba enojado. Iba a por todo, Hendrik tendría que hacer muchas cosas si quería ser perdonado.

—¿Qué? ¿Cucharita?

—Que al dormir, me dejarás hacerte cucharita. —Escuchó la ronca risa de Hendrik en su oído y se estremeció. Odiaba tanto no poder enojarse con él, era frustrante y encantador.

—Bien... Haremos cucharita.

—Es un trato.

Alois se volteó y encontró los ojos de Hendrik. Encontró sus labios, sus dientes, su nariz... Encontró el rostro de su dueño y se enamoró una vez más de él.

—… Me ves.

—Lo hago.

—Da miedo. Nadie más me ve, nunca.

—No le diré a nadie lo que veo. Tu secreto está a salvo conmigo.

—¿Qué secreto?

—Que me quieres.

—Eso no es un secreto, corderito. —Hendrik se inclinó y juntaron sus bocas. Consagraron sus labios e hicieron bailar sus lenguas al ritmo de la música.

El más bajo rodeó al emperador por el cuello y comenzó a moverse, lento y pausadamente.

Dejó que Hendrik lamiera los bordes de sus labios, que los mordiera y que barriera con la lengua cada rincón de su boca. Cuando fue suficiente, el hambriento beso comenzó a menguar, a ser solo un suave roce entre sus bocas mientras el médico guiaba al peleador en un lento vals. No tenían buen ritmo, Hendrik era rígido. Solamente se mecía de un lado a otro, pero Alois estaba tan cautivado que no lo notaba.

—Te amo, Hendrik. —Y lo dijo así, tan suave y simple, como una brisa de primavera. Porque sus sentimientos eran tantos que necesitaba explicarlo de la manera más simple.

El emperador se detuvo. Alois lo escuchó tomar una gran bocanada de aire y luego sintió un beso ser depositado en su frente, sobre sus rebeldes mechones de pelo.

—Eres increíble. —Sonrió sobre la frente de Alois—. El regalo debía hacértelo yo a ti.

—Tú eres mi regalo, mi dueño —susurró con el rostro escondido en la división del cuello de Hendrik. Retomaron el torpe y poco prolijo baile, descompasado de la música.

—Tú eres... Tú eres el mío. Sí, eres mi regalo… Mierda, eres para mí, Alois.

—Soy tu regalo —confirmó, remontándose al hecho de que su dueño jamás había celebrado su cumpleaños—. Gracias por vivir, Hendrik, todos estos años… —Se le fracturó la voz—. Por

vivir todos estos años, soy tu regalo. Soy tu feliz cumpleaños.

Y Alois silenció el ardor en su pecho. Porque esa noche la felicidad, la dicha y plenitud era para Hendrik, no para él.

♛♛♛

Hendrik no vio a Zev en el desayuno. No lo vio en las regaderas ni en el gimnasio.

Caminó molesto e irritado por los pasillos hasta la celda de su amigo. Al entrar, vio a un chico tirado sobre la cama de Zev con cardenales amoratados en su cuerpo desnudo. Hendrik sintió como su cuerpo se ponía rígido ante la escena. Eso no era común en Zev, él jamás lastimaba a nadie de no ser necesario.

Se acercó al cuerpo y sacudió al chico, haciéndolo despertar.

—Zev, ¿dónde está? —preguntó con voz demandante.

El chico negó con la mirada perdida y se encogió en sí mismo cuando Hendrik maldijo en un gruñido. El ojiverde lo soltó con desdén; no le importaba ese pobre diablo. Solo era uno más, uno del montón...

Había tenido la mejor noche de toda su puta vida y ahora el hijo de perra de Zev le estaba arruinando el humor. Iba a joderlo a patadas en el culo.

Caminó, buscando por distintos lugares y preguntando a algunos reclusos, quienes le informaron que Zev se encontraba en la unidad médica por una sobredosis de heroína. Fue encontrado a tiempo por Norman, de lo contrario hubiera muerto.

Al llegar vio a Norman y a José, ambos lucían sin vida. Parecían temerosos y cabizbajos.

Sus facciones delataban algo malo, Hendrik lo sabía.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí? —preguntó al moreno, quien tenía la vista fija en el frente.

Zev no respondió.

Hendrik miró a Norman y José, ambos negaron con la cabeza y salieron del lugar. Estos ya estaban al tanto de la noticia que Zev tenía que darle a Hendrik.

El emperador se inclinó hacia el moreno y tomó su rostro con ambas manos. Intentó enfocar su mirada.

—¿Qué ocurrió? —No era una pregunta, estaba exigiendo saber qué había ocurrido.

Le dolía, aun cuando jamás fuera a admitirlo. El dolor de Zev era como el suyo propio, era aquel compañerismo que no podía explicar.

Zev colocó su mano sobre la de Hendrik y finalmente lo miró a los ojos, sus gruesas pestañas largas se sacudieron al mismo tiempo que una sonrisa se formaba.

—… Voy a la fosa.

Cada palabra tronó en los oídos de Hendrik, se coló en su cabeza y se repitió miles de veces en solo unos segundos. Sintió el flujo sanguíneo de su cuerpo detenerse.

Era una sentencia, un nuevo pecado que debía ser cargado en la espalda del emperador; una nueva cruz.

—¿Qué dijiste?...

—Reynolds me dijo que... este año debo ir a la fosa.

—No. —Negó con su cabeza de un lado a otro. No iba a aceptar eso, no pensaba hacerlo—. ¡No! ¡No puedes estar diciendo esta mierda!

—Vas a tener que matarme, Hendrik.

—N-no. —Un decreto que no podía ser cumplido—. Lo mataré… Ma-mataré a Reynolds. No puede hacer esto.

—Hendrik, tú solo detendrás el latido de mi músculo cardiaco… Porque yo ya morí cuando aparté a Nevin de mi lado.

CAPÍTULO XXVII

—¿Por qué? —preguntó conteniendo la ira, voz profunda y lenta, como un rugido vibrante emergiendo por sus cuerdas vocales.

Reynolds estaba sentado frente a Hendrik con grandes ojeras violáceas en su rostro. Aquella contextura atlética que provenía de su época como boxeador profesional resaltaba en su suntuoso traje. El mecenas soltó un suspiro y negó con la cabeza; Hendrik supo que el asunto era más serio.

—Ten. —Sacó del bolsillo interno de su chaqueta un papel doblado a la mitad y se lo extendió al emperador, quien lo recibió con un amago de desconfianza.

"Un pequeño recordatorio de quién soy yo y quién eres tú. Irás a la fosa y harás lo que te encargué o tendré que hacer una llamada y asegurarme de que trasladen a tu puto a una lejana penitenciaría".

Nuevamente su padre. El recuerdo de la conversación que tuvo con el hombre picaba en sus intestinos. ¿Quién demonios era el tal Ivanov y por qué razón su padre lo quería muerto?

—Maldito enfermo. —Arrugó el papel moliendo sus dientes, sus nudillos blancos debido a la fuerza con la que empuñaba las manos—. Maldito infeliz…

—No puedo hacer nada, lo siento. Tengo las manos atadas, y si no pongo a Zev en la fosa, estoy jodido. —Hendrik negó con la cabeza.

Alois no podía convertirse en su punto débil. No podía arriesgarse. Su... Su chico no podía salir lastimado. Era ingenuo y suave, sonreía demasiado. Hendrik amaba que Alois sonriera demasiado porque las mejores sonrisas eran las que él le daba.

—Debe haber una maldita forma, Reynolds. No puedes hacerme esto... ¡No puedes hacerle esto a Zev!

—¡¿Crees que yo quiero esto?! —gritó arrebatando la carta arrugada de las manos de Hendrik y lanzándola al suelo—. Tu padre no ha dejado de joderme los cojones desde que tomé los torneos.

—Voy a matarlo. Debo matarlo.

—Robert sabía que querrías hacer eso… No está, intenté contactar con él y se ha ido a un congreso en Estados Unidos. Dejó órdenes y corrió, justo lo que podría esperarse de una rata cobarde. —La voz de Reynolds estaba llena de desprecio, Hendrik podía casi palparlo.

—Debería haberlo matado cuando pude.

—Sí, pero no lo hiciste.

—No puedo matar a Zev.

—Entonces, él tendrá que matarte a ti.

—Debe haber otra manera.

—No la hay, y si me preguntas... —Reynolds se colocó de pie e hizo un gesto a uno de sus hombres para que le entregasen un puro; necesitaba fumar—. Espero que gane Zev. Así, si tú murieras, tu padre dejaría de ser un grano en el culo.

Hendrik asintió. Era verdad, para Reynolds sería mucho más fácil si simplemente muriera, pero no quería hacerlo; ya no quería morir.

Se mantuvieron en aquella roñosa y fría habitación mientras el mecenas fumaba su puro.

Hendrik no dejaba de pensar, buscaba maneras de cambiar los hechos o alguna salida de escape. Nada, no había nada. La realidad lo golpeaba, haciendo caer pedazos de su muralla de defensa. Robert seguía teniendo poder sobre él, no iba a dejarlo libre. Hendrik jamás sería libre…

Luego recordó a Alois. Recordó sus ojos de zafiro, su respiración tranquila y sus muecas de enfado. Recordó la vez que encontró la libertad con él, algo que su padre jamás iba a arrebatarle.

—Reynolds... Necesito que me hagas un favor.

Y su mecenas sonrió, botando el humo por la nariz y negando con la cabeza. Los hombres en deuda siempre tenían un sitio reservado para él.

◆ ◆ ◆

El emperador se encontraba sentado al lado de Zev en la celda del príncipe, compartiendo la que sería su última botella de whiskey.

La crueldad con la que los días pasaban de manera fugaz se podía besar en su existencia. Parecía ser que, con cada parpadeo dado, un nuevo amanecer se ceñía sobre ellos. Hendrik sentía la noche demasiado corta y que le faltaba vida para la cantidad de besos que aún debía repartir en el cuerpo de su chico. Sentía que sus manos jamás terminarían de recorrer toda aquella cremosa y dulce extensión de piel, que sus oídos aún no habían escuchado todos los gemidos que Alois podría cantar sobre su oído.

Hendrik sentía que podría apuñalar al tiempo hasta derrocarlo, hasta hacerlo desangrar mientras se reía con crueldad por su vil intento de separarlo de Alois, pero no podía hacerlo porque el bastardo no se mostraba frente a él. Se escondía tras la luna y el sol, torturándolo y recordándole con el correr de las horas que lo inevitable, cada día, se acercaba más.

—Es una mierda, ¿no? —Zev sonrió con la botella sobre sus labios y los ojos idos por la droga—. Enamorarse.

—Tú sabes más de eso —Hendrik se burló en respuesta, arrebatando la botella de sus manos —. Tú eres el jodido maricón enamorado...

—Oh, vamos. No me la pusieron fácil —intentó defenderse sin sentir ni un solo ápice de molestia—. El rubio parecía sacado de una maldita película de niños ricos. Tú lo viste, ¿verdad? Como Nevin parecía... volar. Malditamente volar.

—Eran los porros.

—… Sí.

Sonrieron, sus ojos fijos en una lamentable muralla.

—¿Y tú qué dices? No estás mejor que yo. El corderito te tiene amarrado de los cojones.

—Al culo.

—¿Lo quieres?

—No —respondió, sus ojos desbordantes de amor.

—¿No? Ya, seguro ahora me saldrás con alguna mierda de que no lo quieres porque lo amas. —Zev rebuscó a tientas su cajetilla de cigarros.

—Joder, no. —Dio un sorbo y limpió las comisuras de sus labios—. El amor déjaselo al corderito. Los monstruos como yo no estamos hechos para amar. Solo para... odiar y ser odiados. Para causar dolor, para lastimar.

—No te veo lastimándolo.

—Entonces estás ciego. Si lo amara, sería muy distinto. Me han contado sobre esa mierda del amor y lo he visto, y es lo que Alois siente por mí. Es algo cálido, bondadoso, y limpio…, sin esperar recibir algo a cambio. Alois hace eso por mí, me malditamente ama.

—¿Seguro que no estás enamorado?

—No lo estoy.

—Quiero decir, yo genuinamente pensé que lo amabas. —Recibió la botella de licor que Hendrik le ofrecía.

El ojiverde no pudo evitar que las comisuras de sus labios se estiraran en una sonrisa. Repentinamente, sentía la necesidad de un cigarrillo.

—Eso no es amor. Lo que siento por Alois es tan sucio, Zev, que tendría una condena peor que la muerte.

Zev se atragantó con su bebida, tosiendo mientras una risa se filtraba por sus labios.

Siseó y pasó una mano para rodear a Hendrik por los hombros.

—Eso, amigo mío, es algo que solamente tú dirías. —Hendrik no pudo desmentir ese hecho —. Así que una condena peor que la muerte, ¿eh? ¿Por qué?

—Porque sería capaz de matar a cada ser viviente de este mundo por él… Y lo peor es que lo haría con una sonrisa en el rostro, como un maldito demente.

—Y dices que no es amor, pedazo de mierda maricona.

Bebieron en un cómodo silencio hasta que Zev comenzó a hablar sobre la época en que llegaron a North Collan, ambos enojados con el mundo. Los recuerdos salían a flote a medida que el contenido de la botella bajaba; Zev parecía recordarlo todo.

Se rieron de la vez en que Hendrik, demasiado ebrio, había intentado meterse en los pantalones de Zev, y Nevin, aún más ebrio, le había quebrado una botella en la cabeza por los celos. En aquella época no fue tan divertido como lo era ahora al recordarlo, ya que el rubio tuvo

que esconderse dos semanas del emperador por la amenaza de raparlo completamente y de golpearlo hasta que todo en él fuera de color morado.

En un momento, el alcohol se acabó y lo único que seguía mojando los labios de Zev eran las lágrimas que caían por sus ojos. Hendrik apenas pestañeaba, con su estómago apretado y su mano izquierda apretándose firmemente a una mano del moreno.

Era su hermano, sin importar que no compartieran sangre. Ambos eran lo más cercano que tenían a una familia.

—Mierda, debería haber follado al rubio loco una vez más. —El rostro de Zev era nostalgia, de alguien recordando y ahogándose deliberadamente en sus recuerdos para mantenerse cuerdo.

—Y yo debería estar haciendo eso en este momento, no embriagándome con un vago apestoso.

Zev se llevó una mano a la entrepierna y apretó su ingle.

—Sí, igual es el sudor de mis bolas. No me he sentido de humor para tomar un baño.

El ojiverde arrugó el entrecejo y se apartó cuando Zev intentó tocarlo con la mano que había apretado sobre su pantalón.

—Puto cerdo. Salúdame a la fauna que tienes allá abajo entonces.

—Hm, podrías saludarla tú mismo. Solo debes acercarte con la lengüita afuera.

—Imbécil. Estoy retirado de las bolas sudorosas, solo culos que huelen bien para mí.

—Ya. Cuando nos conocimos querías que oliera culos podridos y ahora andas muy engreído, todo porque te follas a un maldito príncipe.

—Un maldito principito, no puedo negarlo. —Zev golpeó el hombro de Hendrik con el suyo.

—¿Dónde dejaste a tu mamón?

—Jugando al doctor en la unidad médica.

Zev le ofreció un cigarrillo a Hendrik, quien aceptó de buena gana. Juntaron sus rostros para encenderlos con la misma llamarada del encendedor. El moreno golpeó a Hendrik cuando este le dio una calada a su cigarrillo y botó el humo sobre los ojos de Zev.

Por alguna razón, había tanto que hablar. Nunca habían encontrado algo que quisieran contarle al otro hasta ese momento. Y ahí estaban, Zev aprendió que Hendrik tenía cuatro pezones. El ojiverde aprendió que Zev había practicado la religión musulmana en su infancia.

El tic tac no se detenía y la angustia crecía. El pecho de Hendrik se encogía cada vez que levantaba la vista y se topaba con el viejo reloj de pared del moreno. Se escapaba, a cada respiración, una parte de su vida. Pensó que debía contarlos, cada maldito segundo para que así quizá duraran más. Parecería que así el tiempo no transcurriría con tanta rapidez como lo hacía.

—Zev, necesito que me pases a tu bebé.

—¿A mi bebé? ¿Con qué fin?

El moreno entrecerró los ojos, mirando fijamente a Hendrik.

—Porque antes de que dejemos esta mierda, necesito ponerle cadenas a mi corderito, o no

podré liberarlo.

Y esa fue la primera vez que Zev vio los ojos de Hendrik humedecerse.

◆ ◆ ◆

Alois frotó su cuello para pasar el cansancio acumulado en sus hombros. No hubo gran número de heridos, sin embargo, no tenía energía. También fue el último día en que ayudaría en la unidad médica. ¿El motivo? Dudaba seriamente de poder levantarse de la cama una vez que Hendrik partiera a la fosa, lo cual ocurriría en tres días.

Sus ojos dolían, irritados por la cantidad de lágrimas derramadas en los últimos días. Cada noche, luego de follar hasta que caían agotados en la cama, en una tortura silenciosa, se aferraba a Hendrik y lloraba sobre su pecho. Su dueño jamás le decía nada, respetaba su dolor y vivía el propio a su manera.

Hendrik fingía no verlo, Alois lo sabía. Él se estaba desmoronando y Hendrik estaba consciente de eso. Quizá Alois estaba siendo patético, sumergiéndose en aquella cloaca de dolor sin importarle que Hendrik llegara a sentir lástima por él. No podía ni quería evitarlo. Simplemente no podía renegar ningún sentimiento que Hendrik evocara en él, lo bueno y lo malo. Estaba malditamente enamorado de todo, incluso si eso lo convertía en un Alois patético y llorón.

Caminó viendo a los convictos, todo tan distinto. North Collan lucía más lúgubre que de costumbre, nadie parecía siquiera esforzarse en lucir como un ser humano. Ante los ojos de Alois, eran solo cadáveres cuyos cuerpos aún funcionaban.

Entró a la celda y, como siempre, como seguiría siendo hasta que su cuerpo yaciera bajo tierra muerto e inerte, su corazón se aceleró al ver a su dueño.

—Tarde, corderito. Pensé que te habías quedado de guarro por ahí. —Alois rodó los ojos, sin evitar que una sonrisa se formara en su boca.

—¿Para qué la máquina, Hendrik? —El ojiverde le dio una mirada de soslayo a Alois, sin responder a su pregunta, sonriendo destruido y resignado—. ¿Hendrik?

—Ven aquí. —Acomodó un taburete frente a él y lo tamborileó con la palma de la mano.

Alois, con un amago de confusión en el rostro, obedeció. Se sentó frente a Hendrik, quien tenía la mirada fija en aquella pequeña máquina de tatuajes. Sobre la destartalada mesa había un pequeño frasquito con tinta negra y varios paños limpios.

—¿Un tatuaje? —preguntó sin entenderlo del todo.

—No. Dame tu mano izquierda. —Buscó la mano de Alois y la llevó a su boca, besando sus nudillos. El corazón del médico latió violentamente, haciéndole doler el pecho—. Estas son mis cadenas, Alois. Es mi regalo para ti.

Alois tuvo que forzarse a parpadear. Sus ojos azules escocieron y su labio inferior fue retenido por sus dientes temblorosos. No podía hablar, era solo un mero espectador de aquella muda promesa.

Cerró los ojos al sentir la aguja enterrarse en su piel, al sentir como aquellas cadenas se ceñían a sus huesos. Hendrik estaba siendo cruel, como nunca antes, con sus apagados ojos

verdes enseñándose vidriosos y con una mano temblorosa sosteniendo la de Alois.

Fueron pocos minutos, pero se sintieron como cientos de años, cada uno más doloroso que el anterior. Cuando Hendrik terminó, Alois no era más que un cuerpo inerte y etéreo, sumido en un sueño del cual no lograría despertar jamás.

Las lágrimas acariciaban sus mejillas, su mirada de océano encontrándose fija en Hendrik, quien sorbía su nariz y restregaba furiosamente el dorso de su mano sobre sus ojos verdes para eliminar cualquier indicio de llanto en ellos.

Alois bajó la vista y respiró erráticamente. Su mano lucía pálida y temblorosa frente a él, con su dedo anular ensangrentado. Gotas escarlatas resaltaban como piedras preciosas sobre la tinta negra.

—Una argolla.

—No, son cadenas. —Alois hipó en su sollozo débil, viendo como Hendrik tomaba su mano y besaba aquel tatuaje de anillo. Los labios de su dueño quedaron teñidos de un tenue rojo, al igual que sus traicioneros ojos—. Es mi condena para ti. Jamás podrás olvidarme.

—¿Po-por qué lo dices así? —Comenzó a hiperventilar—. Ha-hablas como... Lo dices así. N-no, no digas esta mierda. Hablas como si quisieras dejarme un recuerdo... ¡¿Por qué estás haciendo esto?!

Alois recogió su mano y se colocó de pie, negando con la cabeza. Su respiración estaba exaltada, preso del pánico.

—Alois, no. —Hendrik se apresuró a llegar a él. Acunó su rostro y presionó un beso en sus labios y luego su frente—. No es así, no lo es.

—V-voy a morir… Si no vuelves, voy a morir —susurró sobre los labios de Hendrik.

—No lo harás.

—¡¿Y tú qué sabes?!

Alois intentó empujar a Hendrik, mas el fuerte abrazo en el que se vio envuelto frustró su intento por apartarse. Hendrik cubría todo su cuerpo, besándole la frente y siseando para tranquilizarlo.

—Estamos bien, amor —susurró—. Estamos bien.

—Vas a dejarme.

—Nunca.

—Mierda, esto está mal. E-está tan mal —sollozó, su rostro sobre el pecho del ojiverde—. Me siento jodido, Hendrik. Estoy como… Dios, estoy enfermo.

—Estás enamorado de mí, por supuesto que está mal.

—Tengo miedo de que te vayas —confesó, excavando con sus dedos en la espalda de Hendrik, aferrándose a él—. ¿Y si nuestros caminos no vuelven a unirse, Hendrik? No lo soportaré.

—Entonces, seguiré tus pasos. Solo camina y no te detengas, corderito. Porque te alcanzaré, lo prometo.

—Tus palabras son una mierda —habló entre lágrimas, hipando y sorbiendo su rojiza nariz —. Eres una mierda, eres el peor novio. Te odio.

—Bueno, dame algo de crédito… Eres mi primer novio, lo estoy intentando.

—¡Cállate! Se supone que ahora deberías ser grosero y hacerme reír. Te odio… No, no es verdad. Te amo, mierda. Te amo tanto y no, no eres mi novio. Me pusiste un maldito anillo, eso no lo hacen los novios. Jódete. —Hendrik soltó una risilla, sus labios sobre la frente de Alois. Sin querer soltarlo, sin tener la fuerza para apartarse. Era capaz de dar todo lo que pudiera por poder quedarse allí, en los brazos del chico con el que había conocido la libertad—. Esto es para siempre, ¿verdad? No vas a aburrirte de mí, ¿cierto? Mierda, parezco una jodida adolescente.

—Nunca podría aburrirme de ti, Alois. Tú eres todos los sabores. Dulce, salado, ácido y amargo; contigo lo tengo todo.

Alois se apartó de Hendrik, su rostro lucía espantado. Entornó los ojos y recorrió al ojiverde con la mirada.

—¡¿Qué te hice?! Yo era el cursi de la relación. Me siento inútil.

—Me hiciste feliz y libre —respondió encogiéndose de hombros.

—Ya mátame, ¿quieres?

—Ya cállate y bésame, corderito coqueto.

◆ ◆ ◆

Dio un golpe, luego otro con mucha más fuerza. El cuero del saco de boxeo se hundió debido a la fuerza del impacto. Jadeó, agotado.

Alois no estaba llevándolo bien, se estaba desmoronando frente a sus ojos.

Dio una patada de costado y dos ganchos.

—Hendrik, detente. —La voz de Zev lo hizo pausar sus golpes—. Llevas ocho horas frente a ese maldito saco. Es suficiente.

Hendrik negó con la cabeza. Estaba comenzando a sentirse mareado, asqueado.

—No sé qué hacer —confesó—. Lo estoy lastimando, Zev. Lo estoy convirtiendo en una cosa... en mierda.

El moreno dio un suspiro y se acercó a Hendrik para quitarle las vendas de las manos.

—Es tu última noche aquí y la estás pasando con ese maldito saco de arena. No me jodas con tu mierda. Ve con Alois.

—¿Cómo puedes estar tranquilo? Tú sabes que, bueno... Maldición, sabes que voy a… —No pudo acabar con aquella sentencia de muerte.

Zev le dijo que se había resignado al destino que le esperaba, que tarde o temprano iba a pasar y que, al final, todos morían. Hendrik siempre había pensado de esa misma manera, jamás había tenido apego por la vida… Hasta que conoció a Alois.

¿No debería ser igual para el moreno? ¿Cómo podía aceptarlo con tanta facilidad?

—Ya viví todo lo que debía vivir —respondió con calma, palmeando los hombros del

rizado. No obstante, sus ojos delataban al miedo. Hendrik podía reconocer el temor en los hombres.

—No quieres morir.

—Por supuesto que no, pero todos debemos morir, Hendrik. Sabes cómo funciona esta mierda... Sabes que, si no lo haces tú, alguien más lo hará. —El ojiverde guardó silencio, la vista fija en el suelo.

—¿Por qué? —preguntó luego de unos crudos minutos de silencio.

Esa era la única pregunta que se repetía en su cabeza. La única interrogante sin responder. Y lo estaba comiendo vivo… Lo estaba destrozando.

¿Por qué le tocó una madre drogadicta? ¿Por qué ella murió?

¿Por qué su padre no pudo amarlo? ¿Por qué tuvo que irse con él?

¿Por qué tuvo que matar a su profesor? ¿Por qué comenzó a pelear? ¿Por qué se hizo fuerte?

¿Por qué quería vivir?

¿Por qué no pudo escapar? ¿Por qué nadie lo mató?

¿Por qué quiso morir?

¿Por qué aceptó ir a Guantánamo? ¿Por qué quería ser libre? ¿Por qué tuvo que conocer a Zev?

¿Por qué su padre lo traicionó? ¿Por qué esas personas tuvieron que morir?

¿Por qué tuvo que caer en prisión? ¿Por qué entró en los torneos?

¿Por qué conoció a Alois? ¿Por qué Alois lo amaba? ¿Por qué encontró la libertad con él?

¿Por qué tenía que matar a su hermano?

¿Por qué...?

—Porque nacemos prisioneros, Hendrik. —El pecho de Hendrik se encogió—. Incluso un emperador es prisionero de su trono.

Su cuerpo se agrietó. Hendrik podía ver las grietas de su propio cuerpo, como si fuese una vasija de greda llena de agua que se filtraba dolorosamente por sus largas fisuras.

—No quiero ser prisionero. —Se sentía pequeño, vulnerable. Se encogió en sí mismo, justo como lo había hecho aquel chico de doce años antes de tener que cargar un arma—. No más, po-por favor.

Zev atrapó su labio inferior y se volteó para salir de ahí, restregando sus ojos furiosamente para desaparecer las lágrimas. No podía consigo mismo ni con Hendrik. No podía con Nevin, y con todo el peso que le estaban designando. Era demasiado para alguien que no estaba destinado a ser un emperador.

Hendrik quedó solo y perdido, siendo aquel pequeño niño que buscaba desesperadamente una brújula para hacer navegar su barco por los crueles océanos. Mientras caminaba hasta el único lugar donde podía encontrarla, miraba aterrado a todos lados, clamando en su cabeza por redención.

Llegó a la funesta celda, sintiendo aquel aroma dulzón que había allí desde que Alois estaba con él, mezclado con el polvo y la humedad. Vio las bandejas con comida intactas, vio la cama... Su hermoso chico, tan frágil de romper, estaba hecho un ovillo bajo las mantas.

Hendrik no sabía cómo sacarlo de ahí. No quería herirlo, ya no se veía capaz de hacerlo. Pero él solo sabía lastimar… Si tocaba a Alois, terminaría hiriéndolo; así había sido desde que se conocieron.

Se sentó en el borde de la cama, con la vista en sus zapatos y sus manos entrelazadas sobre sus rodillas separadas.

—U-un día... —recordó, la última historia que escuchó de su madre—. El diablo despertó y… estaba enamorado. Pero no era el amor que se le enseñó en el paraíso, era algo completamente distinto.

Alois se removió en la cama, corriendo las mantas para ver a Hendrik.

—¿Hendrik? —Estaba casi afónico.

—Era algo que había sido creado solo para él y su ángel. Era algo de ellos. Nadie más podía sentirlo, ni vivirlo... Ni siquiera ellos, porque ese día cuando el diablo despertó y finalmente supo lo que sentía…

—He-Hendrik, no, por favor.

—… Habían pasado mil años. —Se giró hacia él con la tentativa de una sonrisa triste, mostrando su hermoso rostro melancólico—. Y el ángel debía volver.

—No. —Alois negó con la cabeza. Sorprendentemente, aún quedaban lágrimas en sus ojos —. No va a volver, no puede.

—Sí puede. Porque él pertenece al paraíso.

—No lo hace, no más. Él… —Se aferró a Hendrik, enterrando sus manos en la camiseta de su dueño—. Él perdió sus alas, él no recuerda cómo volar.

—Yo te daré alas nuevas.

—¡No quiero alas nuevas!

Hendrik colocó las yemas de sus dedos sobre los temblorosos labios de Alois y cerró los ojos, pensando en cómo hubiese sido su vida si aquella brújula hubiera aparecido antes de que el barco se hubiera destrozado y hundido en el mar.

—Déjame desnudarte… —susurró con voz ronca y temblorosa.

Alois bajó el rostro, soltando suaves hipidos mientras las manos de Hendrik lo despojaban lentamente de su ropa. Era la primera vez que Hendrik lo trataba con tanto amor y tanta delicadeza, y era la primera vez que le dolía la forma en que Hendrik lo tocaba.

Hendrik lo empujó suavemente para que cayera de espaldas, recostando su cabeza en la almohada. Alois siguió cayendo; cerró los ojos, enseñando su pecho desgarrado en aquel íntimo ritual. Los dedos de Hendrik recorrieron temblorosos su piel, como si no quisieran tocarla.

—E-eres tan hermoso, amor —susurró al tenerlo desnudo frente a sus ojos—. No hay una sola parte de ti que no sea hermosa.

—P-por favor —suplicó, sin saber el qué y demostrándolo en sus ojos hurtados por el miedo.

—Lo que sea, mi ángel. —Se inclinó hacia Alois y besó sus párpados cerrados, humedeciéndose la boca con las lágrimas del sollozante castaño.

—S-solo ámame por favor. D-dime amor, bebé... Cuídame, porque estoy destruido, Hendrik, y necesito tanto que me ames…

—B-bien, lo haré... Yo… —Sorbió su nariz y barrió con sus labios sobre los de Alois. Acunando su rostro con ambas manos—. Eres mi amor, eres mi bebé... Lo eres todo, Alois. Todo.

Alois asintió, colocando sus manos sobre las de Hendrik.

—So-sostenme así. —Hipó, su voz siendo un arrullo lastimero—. Solo sostenme, por favor, Hendrik.

—Lo hago, amor... Te estoy sosteniendo. —Las lágrimas de los ojos de Hendrik cayeron sobre las mejillas de Alois, empapándolas—. Maldición, esto duele. Esto no es... no es esa mierda de hacer el amor. Duele, Alois.

Como si estuviese albergando al infierno mismo en su pecho.

El índigo de los iris de Alois se veía intensificado por el rojo a su alrededor. Tan destruido y hermoso.

—Lo sé. Duele porque… nos estamos lastimando, tanto. Mierda, el amor no debería ser así, Hendrik… No debería, esto no puede ser amor.

Hendrik inclinó su cabeza hacia atrás, sorbiendo su nariz y parpadeando para que el agua en sus ojos no le nublara la vista.

—Voy a... Voy a besarte —susurró, comenzando a descender hasta los pies de la cama—. Todo tu cuerpo. Mierda, voy a... No sé qué estoy haciendo.

Tomó un pie de Alois, frotando sus dedos pulgares en el dorso de este. Comenzó a presionar sus labios en la tibia y suave piel, humedeciéndola con los rastros de aquellas gotas traicioneras que escapaban de sus ojos. Lo abordó entre besos, tal como dijo, a cada parte del cuerpo de Alois. El ojiazul tapaba su rostro con ambas manos, abandonándose en un llanto desgarrador, temblando cada vez que sentía un nuevo beso de Hendrik ser depositado castamente en su piel.

—No llores, p-por favor. No llores —Hendrik susurró sonriendo, siendo consciente de que él hacía lo mismo—. Cuando lloras, pierdo las ganas de vivir.

Alois negó con la cabeza, descubriendo su rostro. Estaba aterrado.

—M-me vas a dejar.

—No, amor. No lo haré.

—Prometiste que no me dejarías ir, que me matarías antes, lo dijiste. So-solo hazlo, por favor. N-no puedo vivir sin ti. No quiero que me dejes marchar.

—No te estoy dejando marchar Alois, ¿no lo entiendes? —Hendrik siguió besando los muslos de Alois, dejando ligeras caricias apenas perceptibles—. No te estoy liberando a ti, me estoy liberando a mí mismo. —El llanto de Alois se incrustaba en el pecho de Hendrik.

—Pusiste un anillo en mi dedo.

—Porque quiero que me recuerdes siempre. —Hendrik respiró profundamente sobre el vientre de Alois, plano y estirado. ¿Qué había pasado con aquella pancita que tanto amaba?—. Debes comer, amor. Prométeme que comerás.

—No voy a comer… No voy a vivir. —Movió su cabeza en negación, su garganta doliendo por el esfuerzo usado para poder seguir hablando a pesar de la irritación de sus cuerdas vocales.

—Lo harás, vivirás y deberás comer.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿Cómo me pides que viva? Sin ti no tengo un hogar donde hacerlo.

—Tendrás uno nuevo.

—No, no entiendes. Tú eres mi hogar, Hendrik.

—Alois… —Tragó, sintiendo que cada sentencia de su chico era como recibir un disparo tras otro, sobre su pecho abierto y con el corazón al descubierto.

—No debería ser así... No debería. Tú me dijiste que irías a la fosa y que volverías, ¿por qué hablas como si fueras a morir?

—Porque estoy cansado de llevar la corona, Alois. —Siguió besando cada superficie de la piel del castaño, embriagándose en su dulce aroma—. Porque estoy cansado de ser un prisionero.

Y porque, llegado el momento, no sería capaz de arrebatarle la vida a Zev.

Hendrik llegó a las clavículas de Alois, pasó sus dedos por ellas, sabiendo que jamás podría encontrar otro lugar en el que quisiera vivir.

—Y-yo soy tu prisionero —gimió el contrario, tirando del rostro de Hendrik para poder encontrarse con aquella mirada del verano. Con la verde pradera de esos ojos que se habían vuelto el motivo de su existencia—. D-dime que lo soy. Dime que soy tu prisionero.

—No, amor, tú... eres mi libertad. Tú, Alois Thompson, naciste para liberarme.

CAPÍTULO XXVIII

Esa noche, de aquella dulce y vil manera, el cuerpo de Alois fue expiado con besos dulces y bañado con lágrimas amargas. Su alma fue cercenada, escindida y dolió sin sangrar.

No era una historia de amor digna de ser contada, era sucia y dolorosa. Lo de ellos era peligroso, los hacía vulnerables y débiles. Tal vez no era amor, quizá Hendrik tenía razón y solo era un síntoma de la irrevocable demencia en la que ambos habían caído. Una enfermedad, una leucemia de sentimientos demasiado propagada para poder ser detenida. De ser así, no habría enfermedad más dulce en el universo ni muerte más esperada.

Alois recordó, en un paseo tenue por su memoria, cada momento vivido con Hendrik. Lo bueno y lo malo, las lágrimas derramadas y cada muro derrumbado. Las peleas, las risas, las palabras hirientes y los arrullos. El placer que encontraban en el cuerpo del otro, los besos que se demandaban mutuamente; había tanto.

Sus primeros meses en North Collan, como Hendrik intentaba apartarlo de él, y como Alois se negaba a ser apartado. Como se dejaba herir por su dueño y le exigía al mismo que lamiera sus heridas, sanándolo hasta que aprendiera a tocarlo sin lastimar.

Los ojos de Alois pesaban, sin embargo, sus parpados se negaban a caer.

Ambos recostados de costado sobre la dura superficie llamada cama con ojos hinchados y brillantes por las lágrimas, mirándose sin tener nada más que decir, puesto que habían vertido toda emoción en el otro cuando hicieron el amor, cuando encontraron la libertad una vez más. Eran cuerpos desnudos y el sudor de ambos se mezclaba en un suave aroma, uno que Hendrik sentía en su paladar; había besado y degustado cada recoveco del cuerpo de Alois.

La poca luz solo le permitía a Alois vislumbrar la silueta de Hendrik, pero no necesitaba más. Había memorizado cada aspecto de su dueño, cada imperfección, y cada cicatriz. Deslizó una mano vacilante hasta la quijada de Hendrik y arrastró sus dedos por toda la perfecta extensión de esta.

—Amor —suspiró Hendrik sobre los labios de Alois, su voz desgastada siendo ronca y lenta.

—¿Hm?

—Amor... M-mierda, quiero decirte así cada día. Solo… mi amor.

—Lo harás... —contestó en un arrullo suave. Alois sabía que Hendrik estaba sonriendo, y eso dolía.

—Mi amor, mi amor... E-eres mi amor, solo mío. Aquí estamos y... tú eres eso, amor. Nadie más lo fue y nadie más lo será, solo tú.

—¿Me dirás que me amas?

—¿Necesitas que te lo diga?

—No.

—¿De verdad?

—Sé que lo haces, sé que me amas.

—Le dije a Zev lo que siento por ti. Él dice que es amor, pero yo digo que es algo distinto... —Hendrik dejó un beso débil en los labios de Alois; estos estaban afiebrados, rojos por las mordidas y lamidas—. Que no puede ser amor, que tú me amas... Eso, lo que tú sientes, es hermoso. Es como… limpio. Es brillante…, como tú.

—Hendrik, ¿por qué piensas que solo hay una manera de amar?

—No lo sé. No... No tengo idea. Antes de ti, ni siquiera podía imaginarme pronunciando esa palabra. Solo te tengo a ti de ejemplo.

Y Alois jamás encontraría a otro ser humano más hermoso que Hendrik, tan roto y hermoso, tan ingenuo y cruel. Su dueño era una antítesis en su existencia, y Alois amaba eso. Alois amaba todo.

—Tú me amas, Hendrik.

—¿Lo hago realmente? ¿Estás seguro?

—Lo estoy. Me amas, más de lo que cualquier humano podría llegar a entender.

—Pero no es... No me gusta amarte así. No es como tu amor, esto es... sucio.

—No importa. Está bien tu forma de amarme, Hendrik.

—¿Sí?

—Porque nadie me había amado así antes. Nadie me amará así en el futuro. —Alois comenzó a acariciar la parte posterior de la cabeza de Hendrik, a rozar sus dedos con el cabello de su dueño—. Quizá es un amor sucio, pero el oro en bruto también lo es.

—No soy oro, Alois. Soy alquitrán.

—Y yo un alquimista. —Entrelazó sus dedos con los de Hendrik. Su pequeña mano pareció desaparecer en la del más grande—. Por ti me convertí en uno.

Eso era todo. La sintaxis de su historia, sucio alquitrán y un hombre ambicioso que aprendió el secreto para convertirlo en oro.

Hendrik sonrió, presionando incontables besos en el rostro de Alois. Ya no lloraban, ya no quedaban lágrimas, solo dolor y una máscara sonriente. Acomodándose, Alois rodeó a Hendrik con sus brazos y se humedeció los labios antes de comenzar a besar el cuello del ojiverde, a degustar con su boca las notas de sudor que permanecían en aquella piel. Dejó a Hendrik posicionarse entre sus piernas y gimió en un susurro al sentir el calor y el peso de su cuerpo.

Las manos de Hendrik acariciaban los bordes de sus muslos con lentitud y era tan suave, tan apacible. Alois se preguntó si así se sentiría el ser acariciado con una pluma.

—Entonces, ¿yo te amo? —susurró Hendrik sobre su oído y apretó un suave agarre en su cadera.

Alois solo podía rogar por que quedaran marcas permanentes, que cada caricia de Hendrik quedara grabada en su piel.

—Me amas, sí.

—Tú me amas a mí.

—Lo hago.

—¿Por qué? No soy material para... amar. Es ridículo, Alois. No deberías hacerlo, solo podrías… No lo sé, dejar de amarme.

Alois sonrió.

Como si Hendrik le hubiera dejado alguna alternativa. Para el momento en que se dio cuenta, ya había caído dolorosa y profundamente.

—No quiero, no lo haré —respondió y bajó ambas manos, agarrando las mejillas del trasero de Hendrik para apretarlas. Hendrik gruñó sobre su oído—. De todas maneras, muchas gracias por el consejo, amor.

—Bebé.

—¿Hm?

—Yo te digo amor, tú me dices bebé. ¿No es así como funciona?

Los labios de Alois se truncaron en un rictus amargo. Tenía tanto que enseñarle a Hendrik, tanto.

—Sí, tienes razón. T-tú eres mi bebé.

—¿Alguna vez le dijiste así a alguien más? No quiero compartir.

—Eres una cosita celosa, y no. Nunca, nadie más. Solo tú.

—Solo yo —repitió, sonriendo contra la mejilla de Alois—. Solo yo, amor.

—Ese soy yo.

—Sí. —Hendrik se separó, apoyándose en sus brazos y quedando por encima de Alois—. A veces pienso que... Me gustaría que todos en el mundo tuvieran un Alois Thompson en su vida.

—¿Lo dices en serio? —preguntó con un dejo de diversión. Cerró los ojos y mordió su labio inferior al sentir las rasposas manos de Hendrik repasando su vientre.

—Sí, pero no tú. Tú eres mío. Solo quisiera que tengan un Alois que los hiciera encontrar un propósito a sus vidas, que los salvara. Quizá si ellos, todos, tuvieran a alguien como tú… —Alois deslizó sus manos en busca de las de Hendrik. Entrelazaron sus dedos y Alois llevó las manos de Hendrik a su boca para besar sus nudillos, las cicatrices de estos cepillaron sus labios—. Entonces, el mundo no sería tan injusto.

—Hendrik, dices que...

—Que lo que se me quitó es tan poco al lado de lo que he ganado. —Se inclinó hacia adelante y frotó su nariz contra la de Alois, sus manos aún fuertemente entrelazadas—. Tú. Lo que he ganado eres tú.

Ese fue el peor momento para que el suministro de luz volviera a la celda, porque el

Hendrik frente a los ojos de Alois se veía tan pequeño y vulnerable.

—Hazme el amor —gimoteó, su garganta sintiéndose acre.

Los movimientos de Hendrik eran lentos, agotados, y Alois estaba tan enamorado. No quería ni siquiera sentir placer físico, él solo quería y necesitaba tanto sentir a Hendrik.

—Sabes, amor, si te hubiera conocido antes en aquella época cuando era un mocoso —Hendrik negó con la cabeza, riéndose por lo bajo—, seguramente hubieras sido mi primer flechazo, como, de amor adolescente y todo eso.

—… Hubiera sido mutuo.

—Lo habríamos discutido.

—Definitivamente —respondió Alois en un suspiro. Ambos sonrieron con ojos somnolientos de ojeras violáceas y cuerpos lánguidos—. Bésame, bebé. Tan solo… deséame. Quiero tenerte dentro de mí.

Hendrik cerró los ojos y juntó su frente a la de Alois. Respiraron el aliento del otro, sintieron los latidos acompasados de sus corazones, la desolación y el amor que picaba bajo sus pieles.

Los labios febriles y entreabiertos del médico fueron una invitación para la lengua de Hendrik, que encajó sobre ellos de manera idílica en un comienzo suave. Hendrik bebió y tragó cada gemido que Alois le regaló, y se bañó en el bálsamo de su boca mientras las yemas de sus dedos se deslizaban hasta la ingle de Alois. Barrió su suave capa de vello y jugueteó con la punta de su miembro que lentamente se endurecía.

La espalda de Alois se arqueó y los dedos de sus pies se enroscaron entre las sábanas, enterrando sus uñas en la caliente espalda de Hendrik mientras su boca era devorada y embestida de manera dulce y dolorosa. Tal como el proceso de convertir alquitrán en oro.

—T-te amo —sollozó agudo, boqueando por aire. Hendrik lamió la punta de su nariz y volvió a besar sus labios.

Alois repitió aquellas dos palabras, rompiendo el interminable beso, una y otra vez. Más tiempo, solo eso pedía. Más tiempo para decírselo, para que aquellas palabras se grabaran en Hendrik.

Dos dedos de Hendrik comenzaron a jugar en el periné de Alois, tanteando la humedad en su piel. Alois protestó infantilmente por la tortuosa espera a la que Hendrik estaba sometiéndolo, su propio cuerpo anteponiéndose a los deseos de su corazón agotado y dolorido. Pero no importaba, estaba dispuesto a pagar cualquier precio si eso significaba unirse una vez más a Hendrik al hacer el amor por última vez, rogando por que no lo fuese.

—Debería ser ahora, aquí —lloriqueó en los labios de Hendrik al sentirlo hundirse en él. La quemazón en su entrada lo hizo tensarse bajo el cuerpo de su dueño.

El cuerpo de Hendrik encerrando el de Alois, tórrido y acerbo, negado a dejar que su amante escapara del calor de sus brazos. El emperador tomó el rostro de Alois con una mano, acunándolo para poder acariciar su mejilla con el pulgar.

—¿Qué cosa? —preguntó cuidadoso, sin comenzar aún ningún movimiento de caderas.

—… Nuestro fin.

Y Hendrik, con sus ojos comenzando a verse vidriosos, inclinó su cabeza ratificando las palabras de Alois.

—Eres tan hermoso. Haces que sea tan fácil ser cautivado por ti.

Las mejillas de Alois se ruborizaron.

Sabía que se veía horrible, que no era más que una sombra del hombre que fue antes de entrar a North Collan, y aun así, Hendrik lo hacía sentir como si fuera la personificación de la belleza.

Solo eran unos tontos. Un emperador enamorado de su prisionero; qué masoquista y qué dulces idiotas.

—T-tú hiciste que fuera tan difícil amarte. —Se encogió con un jadeo, sus talones presionándose en la parte posterior de los muslos de Hendrik para aferrarse más a él.

—Nunca quise que me amaras.

Y Alois quiso protestar, porque Hendrik había nacido para ser amado por él. En cambio, silenció sus palabras y se dejó ahogar en quejidos de dolor y placer. Las penetraciones de Hendrik eran lentas y profundas, ardiendo en su piel.

Hendrik rodó sus caderas en cada estocada que propinó para hundirse en Alois mientras respiraba lento sobre la piel de Alois, su frente pegada a la curvatura de su cuello.

—Pero, mierda… Lo hago, te amo —Alois sollozó al sentir los dientes de Hendrik mordisqueando la piel de su cuello. Se sintió lleno, saturado de emociones mientras Hendrik devoraba todo de él—. Te amo.

—… Beso —pidió su dueño como respuesta.

—Beso.

Llevó sus manos al cabello de Hendrik y tiró de él, amedrentando su boca. Poco importaba el dolor en sus maltrechos labios, necesitaba que Hendrik le entregara hasta el último beso que poseía.

Sus cuerpos ya no sudaban, ya no estaban calientes, solo yacían tibios y extenuados. Y así continuaron como dos idiotas que no sabían cuándo detenerse, sus erecciones decayendo por momentos y reviviendo cuando las estimaciones se volvían demasiado intensas.

No podían culparlos, tan solo no había manera de controlar aquel sucio y tan horrible sentimiento llamado amor. Simplemente no podían salir de él, atrapados y borrachos. Y aturdidos como lo estaban, cayeron en un profundo y cruel sueño.

Alois cerró sus ojos contra su voluntad y Hendrik descendió el ritmo de sus embestidas hasta que su cuerpo solo cubría el de Alois.

—Vas a odiarme y yo moriré amándote —susurró Hendrik en el oído de Alois, quien ya no podía escucharlo.

◆ ◆ ◆

Alois sintió su cuerpo ser removido con cuidado. Parpadeó para acostumbrarse a la luz cuando pudo despertarse. Su cuerpo estaba agotado, pesaba y su cadera dolía demasiado. De esa forma, reunió pocas fuerzas para girar el rostro y ver quién lo levantaba.

En ese instante, el mundo cayó a sus pies.

—¿Qu-qué haces aquí? —preguntó casi afónico, su garganta probablemente irritada. Se sentó, pero un mareo lo hizo volver a cerrar los ojos. Todo su cuerpo se estremeció en una ola de frío, sintió náuseas junto a unas ganas de vomitar. Negó con la cabeza, comenzando a perderse en un sentimiento pegajoso y negro—. N-no.

No pudo decir nada más.

Se removió cuando una mano intentó posarse en su hombro.

Hendrik no podía. No...

Llevó ambas manos a su boca, aguantando las arcadas. Su cabeza punzaba y se sentía desorientado.

—Alois…

¿Cómo podía ser que le quedaran lágrimas?

—… N-no.

—Alois, hermano.

¿Por qué? ¿Qué había hecho para que Hendrik lo lastimara de esa forma? No lo merecía, ¿verdad?

—P-por favor, no... Duele. —Llevó una mano a su pecho, su respiración comenzando a salir agitada y errática de su pecho. Estaba hiperventilando—. No...

—Alois, mírame.

Alois se negó. Cerró sus ojos e intentó calmar su propia respiración mientras rogaba que la persona a su lado desapareciera, para que todo fuera una pesadilla. Pero las pesadillas no podían lastimar y él estaba siendo herido.

—Vete —rogó bajito, vulnerable.

—Alois, es hora de ir a casa.

Abrió los ojos y giró su rostro. Ian se encontraba a su lado, sonriéndole con empatía y lástima. Alois no quería su maldita lástima.

—Mi casa es Hendrik… M-mi hogar es él.

Sentía tanto frío, roto y descompuesto; se estaba convirtiendo en un cadáver cuyo corazón solo latía.

Ian suspiró y sacó una hoja del bolsillo de su pantalón. Se la extendió a Alois, quien la recibió con manos temblorosas y la sostuvol frente a sus ojos, leyendo las pocas líneas escritas con tinta negra.

“El día que llegaste a North Collan, se cumplían tres años desde que asesiné a cientos de inocentes. Ese día estaba decidido a darle fin a mi existencia, pero no lo hice. Tú entraste en esa celda y, al verte, supe que no iba a morir sin antes conocer algo que me fue negado desde que

nací. Me mostraste el azul de tus ojos y te odié en ese preciso instante porque sabía que iba a terminar enamorado de ti. Me arrebataste la corona con tanta facilidad, corderito, que solo puedo darte las gracias... Gracias por bajar al infierno por mí, por liberarme. Por darme un motivo para respirar, por darme una razón para poder decir que te amo”.

Y en North Collan jamás se escuchó un grito más desgarrador.

Ian se aferró al cuerpo de Alois. Intentó contener los espasmos de su amigo, de sostener sus manos para que dejara de rasguñar su pecho desnudo. No obstante, Alois continuó gritando, despedazándose las cuerdas vocales tras cada ahogada bocanada de aire y sacudiéndose en un intento desesperado por soltarse de Ian.

—Alois, por favor... —su abogado rogó en un sollozo, meciéndolo en un abrazo—. Es hora de volver, hermano. Es hora...

El castaño sollozó de dolor y peleó por apartarse del abrazo de su amigo. Su piel se quemaba y no quería ser tocado, ¿por qué Ian estaba tocándolo? No podía, no tenía derecho. Iba a hacerlo desaparecer; si lo tocaba, iba a hacer que el aroma de Hendrik en su piel desapareciera. No podía permitirlo. Gritó e intentó rasguñar los brazos de Ian. Intentó soltarse con todas sus fuerzas.

—¡Suéltame! ¡No me toques! —vociferó en su llanto, enfocando la vista en el tatuaje en su dedo anular.

“Es mi condena para ti. Jamás podrás olvidarme”.

La piel de su dedo quemó. Necesitaba arrancárselo. Hundió las uñas sobre sus dígitos antes de que Ian lo detuviera, sosteniéndolo de las muñecas.

—¡Alois, por favor, detente! —demandó en una súplica.

Pero él no podía entender qué estaba diciendo el contrario. Su voz se oía como un eco lejano.

Lentamente, sus movimientos desesperados amenguaron. Sus ojos desorbitados viajaron por toda la celda y todo dio vueltas, todo se volvió negro. Alois se desmayó en los brazos de Ian, quien se aferró a él empapado en lágrimas.

Solo había visto una vez a Hendrik, no lo conocía, pero le hizo una promesa e iba a cumplirla.

“No te conozco, Ian Hale, pero te estoy entregando mi corazón; cuídalo. Porque vivo o muerto volveré por él”.

—Vamos a superar esto, Alois —Ian susurró acariciando el rostro pálido de su amigo—. Lo prometo.

◆ ◆ ◆

Hendrik repasó, con la punta de sus dedos, el collar de rastreo que se encontraba encadenado a su cuello. Zev estaba a su lado, ambos con la vista fija en el paisaje desértico que se veía a través del vidrio blindado. Reynolds se encontraba sentado frente a ellos, fumando un puro mientras ojeaba una sección del periódico. Dos hombres armados con metralletas en sus manos los acompañaban. No tenían expresión alguna y Hendrik se preguntó cuántos segundos le

tomaría arrebatarles un arma y asesinarlos a todos. Pero quería tentar a su suerte.

—Vas a arrepentirte —Zev soltó de la nada—. Deberías haberte despedido.

El ojiverde sabía a qué se refería.

Ya se estaba arrepintiendo, pero no hubiera soportado apartarse de Alois así, en un adiós que quizá sería definitivo. Después de todo, no era tan valiente.

—No pude. Si Alois me hubiese pedido que me quedara, habría matado a cualquiera que intentara impedírmelo —contestó con tranquilidad, sin mover un solo músculo facial y sintiéndose tan vacío como lo estuvo años atrás.

El mafioso levantó la vista de su periódico, pero no dijo nada. Zev, por su parte, ladeó una pequeña sonrisa y golpeó su hombro contra el de Hendrik.

Volvieron a estar en silencio. Los esperaban horas de viaje y ninguno quería agotarse con charla innecesaria.

La fosa se realizaba en distintas localizaciones, dependiendo del capricho de los malditos mecenas. Reynolds no había querido decirles nada al respecto. Hendrik no podía estar menos interesado, porque fuera donde fuera, el resultado iba a seguir siendo el mismo: muerte. Un espectáculo de humanos, quienes se arrebataban la vida unos a otros en una recreación de los antiguos gladiadores en los coliseos romanos. Eran esclavos, una entretención para hombres podridos.

—¿Todavía no podemos saber dónde será? —insistió Zev en dirección a Reynolds, quien asintió con la cabeza—. ¿Entonces?

—Tailandia —respondió el mecenas.

Y eso Hendrik no se lo esperaba.

—¿Tailandia? —preguntó desconcertado. Nunca la fosa se había hecho fuera del paíspaís, al menos no en los años en que él participó. Vio como Reynolds esbozaba una sonrisa ladina y su ceño se frunció en respuesta al mecenas—. ¿Por qué mierda en Tailandia?

—Ya lo sabrás, Hendrik. Todo a su debido tiempo. —Se encogió de hombros y reparó en el aspecto demacrado del ojiverde antes de chasquear con la lengua—. Deberías dormir, luces del asco. Te necesito bien para impresionar a los apostadores.

—Como un maldito perro de pelea —voceó con mordacidad.

—Sí, exactamente.

—Sabes… —soltó Zev con diversión—, esto de viajar fuera del país será un poco difícil porque...

—¿Hm? —Reynolds frunció el entrecejo y se inclinó hacia adelante cuando Zev le indicó con una mano que lo hiciera.

—No creo que Hendrik tenga pasaporte vigente —susurró bajo, señalando a su acompañante con el pulgar.

Reynolds estalló en una ronca carcajada que hizo a Hendrik bufar. Volteó nuevamente el rostro hacia la ventana, ignorando las burlas del moreno y las risas de Reynolds. No se sentía con ánimos para responder, su mente ingeniosa y su irónica labia no estaban del todo disponibles en

ese momento.

Cerró los ojos y respiró hondo, recordando los últimos besos que dejó en la piel de Alois antes de salir de la celda. Cómo delineó su perfecta cintura y respiró el perfume de su cabello, cómo besó la argolla en su mano como una promesa muda. Solo podía esperar a que Ian, el famoso Ian, cumpliera con su palabra.

Reynolds los había juntado unos días antes por petición de Hendrik. Tuvo que hablar con el hombre que Alois hacía llamar su hermano, pedirle que cuidara a Alois porque sabía que se desmoronaría cuando él partiera.

Podía escuchar el llanto de Alois tronar en sus oídos, sus reproches y sus miedos. Sentía el dolor de su chico como si fuera el suyo propio, y era simplemente demasiado. La parte posterior de su garganta escocía cuando pensaba en eso, su pecho se sentía apretado e irremediablemente la angustia se recluía en él.

El resto del trayecto hasta el avión que los sacaría del país pasó lento y pesado. Escuchó sin prestar real atención a todas las advertencias de Reynolds, a las normas de seguridad y la manera en que se dispondría de la fosa ese año.

Todo sería en una casona apartada y construida años atrás, con una estructura de subsuelo ideal para peleas donde, quienes presenciarían el espectáculo, verían desde las alturas como aquellos miserables se quitaban la vida unos a otros. Era como un pequeño coliseo. Reynolds no podía conformarse con algo menos extravagante que eso. Hacer viajar a todos los mecenas solo era parte del paquete de excentricidades que se exigían en el renovado evento.

Hendrik le preguntó por la lista de mecenas, esperando encontrar el nombre de Ivanov en ella. Su entrecejo se frunció al verlo anotado junto al nombre de un peleador que parecía ser latino. A ese hombre, el único que parecía ser un grano en el culo de su padre, iba a darle un buen uso.

Le dijo a Robert que se mantuviera alejado de Alois o tendría una razón para matarlo. Sobre aviso no hay crimen, era el lema de Hendrik.

—Entonces, ¿cuántos luchadores seremos? —preguntó Zev a Hendrik, quien tenía la lista.

—Quince. ¿Nos harán pelear a todos? Así fue el año anterior, pero solo éramos ocho. —Reynolds negó con la cabeza.

—Tres grupos de cinco cada uno. Al final se enfrentarán solo tres.

—Asumo que no estaré en el mismo grupo que Hendrik... Me gustaría mantener mis tripas dentro de mi estómago lo máximo posible. —El humor burlón de Zev se contagió en Hendrik.

—Hay otras maneras de sacarte las tripas. Ponme el culo y te las enseño.

—Adorable —farfulló el mecenas con una leve sonrisa—. Sí, Zev. No estás en el mismo grupo que Hendrik. Cada día se presentará un grupo distinto, así que serán tres días de eliminatorias y en el cuarto...

—La pelea final —terminó Hendrik.

—La pelea final —repitió Reynolds, afirmando con la cabeza.

—¿No habrá putas? Hendrik me contó que el año pasado hubo muchas.

—Sí. Putas, alcohol y drogas, pero no para ustedes. —El moreno bufó—. Quiero evitar contratiempos innecesarios. Hacerlo lo más profesional posible, si logro explicarme.

—No es muy profesional matar a tu contrincante —murmuró con tranquilidad el ojiverde.

—Hendrik tiene un maldito buen punto. Podrían ser dos ganadores... Dos chicos calientes y refinados como nosotros.

Reynolds bajó la mirada, escondiendo una sonrisa. Se encogió de hombros y negó con un movimiento de cabeza. Eso era imposible.

—Eh, tranquilo cabrón. Sabemos cómo es esto. —Se apresuró a decir Zev—. Pero no perdía nada con intentarlo.

Guardaron silencio unos cuantos minutos. La incomodidad podía palparse en el aire.

—¿Tienen hijos? —preguntó de la nada el capo. Zev enarcó ambas cejas y negó. Hendrik rodó los ojos con fastidio, como si no hubiese quedado suficientemente claro que para él un mundo perfecto sería donde llovieran penes de los cielos. Penes de ángeles con ojos azules y cabellos castaños, muchas gracias—. Yo tengo una hermosa hija.

—¿Hija? Me imagino que debes ser un hijo de puta con quienes quieran acercarse. —El rostro de Reynolds se enfrió.

—Sí. Ella es un ángel... —Sus palabras se sintieron como veneno espeso—. Solía tener un hermano, un chico que salió de mi sangre.

Hendrik entornó los ojos en dirección a Reynolds.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Zev con un dejo de desconfianza.

—Se suicidó. O eso fue lo que dictaminó el servicio forense.

—¿Y la verdad es...?

—Lo asesiné. —El emperador sintió un tirón en las esquinas de sus labios. No creía en las coincidencias, solo en lo inevitable—. Y tengo una pequeña deuda con la persona que salvó a mi hija.

CAPÍTULO XXIX

Da el veneno con miel, así no lo notarán y serán felices hasta que sea demasiado tarde.

Su mano tembló al firmar los papeles legales de la libertad condicional. Ian se aferró a él en todo momento, pero él no podía siquiera mirarlo a los ojos. En ese momento no sentía nada más que repulsión por el que era su mejor amigo.

Estaban en una grisácea oficina con un hombre de expresión aburrida que le indicaba a Ian todo el procedimiento a seguir.

—Entonces, ¿todo está en orden? —preguntó Ian al delegado.

Alois no levantó sus ojos del suelo.

—Sí. Mientras se mantenga alejado de problemas no lo veremos nuevamente por aquí. El arraigo nacional se revocará dentro de tres meses. —El abogado asintió y le extendió la mano al encargado de los trámites judiciales.

—De acuerdo, muchas gracias. —Se colocó de pie con uno de sus brazos sosteniendo al médico, al chico de facciones filosas que parecía a punto de desmayarse.

Estaba marchito.

Vulnerable.

Roto.

Sucio.

Enamorado.

Estana enamorado de Hendrik, y siempre sería suyo. El tatuaje en su dedo anular que escondía celosamente era prueba definitiva de todo aquello.

Parpadeó con lentitud, sin enfocar la mirada en nada.

—Vamos, Alois.

Se dejó arrastrar por Ian hasta la salida de North Collan como un perdedor, sin nada en sus manos además de la historia tatuada en su cuerpo, con tinta y cardenales de besos.

Escuchaba algunos gritos y vociferaciones a su espalda a medida que se alejaba; eran las bestias de Hendrik, los súbditos del emperador.

Alois sonrió. Porque su historia no moriría, había quedado plasmada en aquellas paredes de concreto y barrotes oxidados. Había testigos, hombres caídos sin alma que atestiguarían en el más allá cómo el emperador del leviatán cayó por un simple prisionero. Cómo ese prisionero le

entregó todo, hasta el tuétano de sus huesos.

Un amor tan dulce, tan intenso. Lo hacía curvar sus labios en una sutil sonrisa el solo recordar la forma en que Hendrik lo veía cada vez que terminaban de follar, con tanta devoción y miedo... Porque Alois era el único que podía amarlo y el único que podía dañarlo.

Al principio, incluso contaba las sonrisas de Hendrik, las reales, porque temía que no hubiese más. Perdió la cuenta con el tiempo y ahora lo lamentaba. Porque quería recordarlas todas, tenerlas presente cada vez que cerrara los ojos.

—Alois, ¿estás escuchando? —Ian chasqueó sus dedos frente a Alois, quien parpadeó y sacudió la cabeza, enfocando la vista en el abogado—. Te decía que hoy te quedarás en mi piso y mañana iremos a tu casa, ¿de acuerdo?

Alois se encogió de hombros. Como si le fuese a importar alguna mierda dónde Ian lo llevara.

Se sentó en el asiento trasero del vehículo de su amigo, mirando al techo de este. Cuando el abogado comprobó que Alois tuviera el cinturón de seguridad puesto, se sentó en el asiento del conductor.

Alois bajó la vista a su mano izquierda. Su resentido tatuaje de anillo nupcial estaba frente a sus ojos. Llevó la mano a sus labios y besó su dedo anular, sus ojos cerrados y una desoladora angustia propagándose por su torrente sanguíneo.

El vehículo se puso en marcha y Alois se dedicó a mirar por la ventana.

Estaba libre, fuera de prisión, lejos de aquel sucio mundillo de criminales. Sin embargo, no podía apreciarlo, no podía disfrutar del aire que llegaba a sus pulmones ni mucho menos de la idea de que esa noche dormiría en una cama blanda y que podría tomar un baño en el enorme jacuzzi de Ian. No podía disfrutar de la libertad de su cuerpo, puesto que su corazón seguía rehén.

—Lily está realmente feliz, Alois. Ha preparado todo para que estés a gusto, incluso compró las últimas versiones del FIFA. —Soltó una risilla, negando con la cabeza—. Lily comprando videojuegos… Nunca deja de sorprenderme.

—Mmm...

El abogado suspiró y no dijo nada más, entendiendo que no era el momento para iniciar una conversación.

—… Voy a comer —murmuró Alois de la nada.

—¿Qué?

—Voy a… comer mucho. Me haré una bola de tanto hacerlo. Vamos por algo de comida, quiero comer todo. Yo... no lo sé. ¿Podemos?

—Sí, sí, por supuesto. Iremos por comida. ¿Quieres algo en especial?

“Quiero que comas, corderito”.

—Lo que sea, solo...

—Comprendo.

Alois reposó su cabeza en el asiento del vehículo, sus desganados ojos sin desviarse del temporal paisaje que pasaba frente a él.

—… Rosas —murmuró bajo.

—¿Dijiste algo?

—¿Podemos pasar a comprar rosas?

—Por supuesto, hermano. Lo que quieras.

—Rosas, muchas... Una daga también.

—Alois...

—No puede haber rosas sin dagas, Ian. No puede. —Ian no respondió, continuó con su vista fija en el volante—. Y velas. —Alois comenzó a pellizcarse la piel de sus dedos con sus uñas, dejando pequeñas marcas rojas en la dermis maltratada—. C-cremas antisépticas, algodón y vendas... Las necesitará, Ian. Cuando vuelva, necesitaré curar sus heridas. ¿Podemos pasar a comprar eso primero?

—Podemos...

—Bien. Lo necesitaremos.

Alois bajó la vista a su mano y frunció el ceño al ver una delgada línea de sangre en su dedo índice debido al toque demasiado fuerte e insistentemente que ejerció en la zona. ¿Cuándo ocurrió? No recordaba haber sentido ningún dolor.

El resto del viaje fue en silencio. Alois no pensaba nada en particular; no podía pensar en nada. Simplemente se acurrucó en su asiento, cerrando los ojos cuando el cansancio lo hizo presa fácil del sueño.

◆ ◆ ◆

Alois definitivamente no estaba preparado para ver a las personas transitando tranquilamente en la calle. El miedo lo envolvió como una pasta densa y ácida que quemaba su piel. Se acurrucó en el asiento, sacudiendo su cabeza en negación cuando Ian le dijo que se bajara para que fueran a comprar todo lo que Alois quisiera.

—¿Quieres quedarte aquí? —preguntó el abogado al ver que Alois no quería bajarse.

—Sí, uhm… Puedes ir tú y comprarlo todo, ¿por favor? —Su amigo suspiró.

—¿No prefieres que vayamos directo a mi casa y mañana compramos todo?

—¡No! —se apresuró a decir—. No puedes. Solo trae todo... Yo estaré aquí. —Alois comenzó a rascar nuevamente sobre el dorso de su mano.

Necesitaba esas cosas, de verdad lo hacía. Hendrik iba a volver, podía hacerlo en cualquier momento. Entonces, sí. Él realmente necesitaba todo eso.

—Bien, traeré la comida, insumos médicos, velas y… rosas.

—Y la daga. Si traes rosas, trae la daga.

El abogado miró a Alois con el ceño fruncido. Boqueó para decir algo, pero al final decidió guardar silencio. Ratificó con una inclinación de cabeza y se bajó del auto, colocando el seguro

en las puertas y la alarma.

Alois lo vio alejarse y se encogió en su asiento mientras miraba a las personas que transitaban, todos tan ajenos al dolor que él se encontraba padeciendo. Sintió miedo en ese momento, porque todos lucían atemorizantes, como si pudieran lastimarlo en cualquier momento por no pertenecer ahí.

No era North Collan, era peor. Era el mundo libre, algo que él en ese instante desconocía. No estaba entre sus iguales, entre prisioneros, estaba entre hombres libres. Algo que él ya no volvería a ser jamás.

Vio a una alegre pareja caminar tomados de la mano y llevando a un enorme y revoltoso perro con una correa mientras sonreían y hablaban de la vida. Alois sonrió, bañado en los recuerdos que Hendrik dejó en él.

—¿Un perro? —le preguntó el ojiverde, acariciando los cabellos castaños de Alois que reposaban en su regazo.

—Uno grande y gordo. Que duerma a los pies de la cama y se queje cuando le digas que no puede dormir ahí.

—Corderito, ¿hay algo que no tengas planeado?

—Por supuesto que no. Me ofendes. —Alois levantó su cabeza del regazo de Hendrik para poder sentarse a horcajadas de él. Pinchó la nariz de su dueño con el dedo pulgar e índice, sonriendo en todo momento—. Serán tres niños. La mayor la adoptaremos en nuestro octavo aniversario y a los otros dos los adoptaremos cuando nuestra niña nos deje para irse a la universidad.

—¿Qué? —Hendrik frunció el ceño y negó con la cabeza—. No, ¿por qué tiene que irse? ¿Acaso la universidad exige que los mocosos dejen sus casas o alguna mierda así?

—Bueno, no literalmente, pero querrá tener su espacio, novios, amigos, tal vez fiestas.

—Ya está castigada y aún no la conozco.

Y así pasaron toda la tarde de aquel día, entre besos flojos mientras hablaban sobre lo que sería sus vidas hasta que envejecieran juntos, donde habría un Alois de manos débiles y arrugadas preparando el té de la tarde para llevárselo a su esposo, quien se encontraría partiendo la leña para la chimenea al anochecer.

Oh, dulce ironía.

—No lo tenía todo planeado, Hendrik... Nunca decidimos el nombre del perro, tampoco te dije qué quería de regalo para nuestro primer aniversario. No hablamos sobre quién llevaría a nuestra hija al colegio, ni quién se encargaría de ayudarla con las tareas.

Se resignó con un movimiento ligero de cabeza. Subió las piernas al asiento para poder abrazarse a ellas y ocultar su rostro.

Le costaba respirar, comprender el lugar donde se encontraba en ese preciso instante. No lograba asimilar el cambio. Su pilar, el ancla que lo mantenía en tierra, ya no estaba a su lado. La bestia que lo protegía del mundo, que velaba sus sueños y lamía sus heridas, le había sido arrebatada. Su primer amor... Su rosa.

—Dijiste que harías que valiera la pena, Hendrik —le reprochó a su ausencia con dolorosas lágrimas queriendo salir, pero viéndose imposibilitadas debido a la fuerza con la que cerraba sus ojos.

Un golpe en la ventana lo hizo saltar en su lugar, atemorizado se encogió al mismo tiempo que levantaba la vista.

Ian se encontraba afuera del auto, levantando dos enormes bolsas y con un ramo de rosas bajo el brazo. El abogado sacó la alarma y abrió la puerta del asiento de Alois, inclinándose hacia adelante para pasarle la bolsa con comida rápida.

—Hamburguesa con doble tocino y sin pepinillos, no lo he olvidado —bromeó con un dejo de orgullo. Alois tomó la bolsa de papel y esbozó una mueca que intentaba ser una sonrisa, pero que fallaba garrafalmente. La alegría desapareció del rostro de Ian, quien suspiró y palmeó el hombro de Alois antes de cerrar la puerta y dirigirse al asiento del piloto—. Ya tengo todo lo que me pediste, y en casa nos espera una temporada entera de tu serie favorita. A la noche podemos llamar y pedir comida china o pizza para la cena.

—De acuerdo.

—Además, llamé a tu mamá. Está realmente contenta de saber que mañana podrá verte. Te ha extrañado un montón, todos lo hemos hecho.

El abogado puso el vehículo en funcionamiento y Alois tomó la hamburguesa con sus manos, apenas abriendo la boca para tomar un bocado. Las náuseas eran casi insostenibles, pero comería. Porque Hendrik volvería y se enojaría si lo veía delgado.

Él regresaría, lo haría.

Y con aquel pensamiento repitiéndose como un eco obsesivo e intrusivo en su cabeza, e ignorando las arcadas y la manera en que su garganta se cerraba ante cada bocado de comida, lo devoró todo. Respondió lacónicamente a las alegres palabras de Ian, quien lo felicitó por comer con tantas ganas, sin saber que Alois se sentía morir con cada mascada.

Sorbió su nariz y restregó sus ojos, eliminando la salada traición que ellos querían expresar. Se había comido todo, pero no era suficiente.

—¿Hay más?

—¿Más? ¿Otra hamburguesa?

—Sí...

Ian miró por el espejo retrovisor y frunció el ceño, bajando la velocidad del vehículo al mismo tiempo que alcanzaba una de las bolsas de comida que había en el asiento del copiloto.

—Ten. —Alois se estiró para tomar la bolsa—. Es la mía, así que tiene todo lo que no te gusta.

—No importa. —Sacó la hamburguesa y la observó con asco, con ganas de devolver todo por la boca.

—¿Alois?

—¿Hm?

—… No, no es nada. —Ian guardó silencio al ver como su amigo se torturaba,

atragantándose con grandes bocanadas de comida.

Un mordisco, luego otro. Se comió la hamburguesa con sus ojos firmemente apretados. Siguió con las papas y los aros de cebolla. Apenas masticaba la comida, puesto que solo necesitaba tragar. Cuando hubo acabado, limpió su boca con el dorso de su mano y sostuvo su vientre. Dolía, pero ¿qué importaba? Todo lo demás ya dolía, así que su estómago no hacía mayor diferencia.

—¡Llegamos! —Ian se adentró al lujoso complejo residencial donde vivía y estacionó su moderno vehículo—. Bien, vamos... Te encantará cómo está todo. Remodelé y ahora se ve mucho más amplio.

—Ian...

—¿Sí?

—Detente.

—Pero Alois...

—No, solo no lo hagas... No intentes esta mierda ahora, por favor. ¿Podemos comenzar mañana a fingir que todo está bien? Por hoy quiero dormir.

—De acuerdo. —Ian no dijo nada más. Aceptó en silencio las duras palabras de su amigo y lo ayudó a bajar del auto.

Alois se veía tan frágil y marchito, como si fuera a quebrarse en cualquier momento. Ian lo rodeó protectoramente con su brazo y lo dirigió hasta el interior de su departamento en uno de los últimos niveles. Un enorme y asoleado pent-house, amoblado modernamente y sin un rastro de suciedad.

El castaño apenas reparó en el aspecto del lugar. Después de todo, y a sus ojos, ese lujo era insignificante. Caminó directamente al sofá y se dejó caer en él con la cabeza apoyada en el respaldo y sus ojos cerrados.

—¿Quieres darte un baño? —preguntó Ian con sutileza, dejando las bolsas y las rosas sobre la superficie de su enorme cocina americana—. No demoraré nada en prepararlo.

—Sí, eso estaría bien. —Suspiró—. Gracias.

—No te preocupes. —Le indicó con las manos que se quedara donde estaba—. Tú solo espera aquí y yo prepararé todo, ¿sí? Espérame un poco.

Alois tuvo ganas de responderle que no iría a ninguna parte, pero su boca simplemente no pudo ejercer movimiento alguno y aún si lo hiciera, no saldría ningún fonema de ella.

Vio a Ian trotar en dirección al corto pasillo que daba a las puertas de las habitaciones y de los baños. Lo escuchó maldecir y rebuscar cosas, gritándole cada cinco segundos a Alois que tenía todo listo. Finalmente, un ajetreado Ian apareció frente a él, sonriendo triunfal.

—Ya está listo, señor Thompson.

—Gracias, Hale.

—No tienes de qué.

Alois se colocó de pie y caminó hasta el baño, seguido por Ian. Su amigo lucía optimista,

algo que lo desconcertaba de tantas maneras. ¿Acaso había algo en él que indicaba que se sobrepondría a la falta de Hendrik? Porque de ser así, lo erradicaría en ese preciso instante.

Se adentró en el baño y vio la enorme bañera llena de agua y espuma. Ambas cejas se dispararon en dirección al techo.

—¿Burbujas?

—Sí, recuerdo que te gustaban. —Ian parpadeó y miró a Alois casi con pánico—. ¿Ya no te gustan?

—¿Eh? No. O sea, sí me gustan, es solo que no imaginé que… —No terminó de hablar. Simplemente se encogió de hombros y frotó sus manos entre ellas—. Olvídalo, estoy divagando mierda.

—¿Estás seguro? Puedo llenar la bañera de nuevo. Solo dame un segundo y…

—Está perfecto así —lo interrumpió con una sonrisa conciliadora—. Gracias, Ian.

—De acuerdo, yo estaré por aquí. Si necesitas cualquier cosa, solo debes llamarme, ¿bien?

—Gracias.

—No, no, está bien. Solo... tómate tu tiempo.

—Bien…

Ian miró la bañera y luego a Alois. Dio media vuelta y salió del baño con una notoria expresión de angustia reflejaba en su rostro.

Alois sonrió al meter la mano y sentir la espuma acariciar su piel. El agua se encontraba en su punto. Comenzó lentamente a desvestirse, recordando las veces que se bañó con agua fría por culpa de Hendrik y sus folladas mañaneras, aquella lasciva intimidad carnal que los hacía ocupar el tiempo de las duchas y del desayuno entre las ásperas mantas de la pequeña y dura cama de Alois.

Se adentró en el agua, sujetando con sus huesudas manos el borde de la inmensa bañera. Retenía la respiración en su pecho sin poder terminar de creer que realmente se encontraba ahí, en la casa de Ian. Que no era todo un sueño pasajero donde en cualquier momento despertaría en una vieja y dura cama, gruñendo porque Hendrik lo había destapado.

Cerró sus ojos y comenzó a disfrutar de la sensación del agua abrazándolo, su cuerpo destensándose a medida que pasaban los minutos. No quería hacer nada más que estar ahí, inerte y somnoliento, dejándose llevar por el vapor que entraba en sus fosas nasales.

Unos ligeros toques se hicieron escuchar en la puerta. Alois se crispó en una primera reacción, mirando con terror a la entrada del baño; estaba mecanizado. Le tomó unos segundos comprender que no estaba en North Collan, que no se trataba de alguien intentando hacerle daño solo porque no estaba Hendrik para protegerlo. Bufó al entender que era Ian con su desarrollada faceta de mamá gallina quien se encontraba tras la puerta.

—Estoy vivo —farfulló en voz alta, lo suficiente para que Ian escuchase.

¿Realmente lo estaba?

—Oh, bien. Eso... Eso era todo.

¿Qué definía si realmente estaba vivo? No podía ser la miserable condición de su corazón bombeando sangre, o de sus pulmones llevando oxígeno a su cuerpo. La vida no podía ser eso, no después de haber amado a Hendrik.

◆ ◆ ◆

—No vuelvas a desaparecer así de mi vista, Alois —regañó Hendrik, cruzado de brazos en una pose rígida y distante. Alois sabía que merecía aquel sermón.

—Lo siento.

—Venga, pues me importa una mierda si lo lamentas o lo que sea que sientes.

—Hendrik… Ya.

No quería reñir con su dueño, pero tampoco sabía de qué manera apaciguar el enfado de este. No debió haberle hecho caso a Nevin, maldito rubio hijo de puta. Por supuesto que no era buena idea esconderse de Hendrik solo para llamar su atención.

—¡¿Ya?! ¿Eso es todo lo que vas a decir, maldición? —gritó con agresividad. Su voz ronca se asemejaba al rugido de una bestia—. ¡¿Me has tenido buscándote todo el jodido día y eso es lo único que me dices, maldita puto?!

Alois atrapó su labio inferior con los dientes. Estaba de pie, apoyando su espalda en la sucia pared. Sus ojos, fijos en el suelo, ya lucían vidriosos por las lágrimas, y porque dolía tanto cuando peleaban. Sintiéndose tan vulnerable, no pudo evitar encogerse en sí mismo, abrazándose.

—N-no pensé que… que te preocuparías —mintió. Sabía que Hendrik se volvería loco buscándolo, por eso lo había hecho, pero qué idiota había sido.

Hendrik se dejó caer en la cama, luciendo casi derrotado. Restregó su rostro con las palmas de sus manos y dejó escapar un suspiro.

—Que no me preocuparía, por supuesto —se mofó Hendrik—. Como la maldita bestia no tiene sentimientos, que se joda, ¿verdad?

Alois negó con desesperación. No, él jamás podría pensar así de Hendrik, no después de todo lo que habían pasado juntos.

Dio pasos temblorosos hasta llegar a su dueño y se dejó caer en sus rodillas, buscando arrullarse en Hendrik. Sus manos se aferraron a los muslos del rizado, trémulas y torpes. En sus ojos no había sino un ruego mudo, la necesidad de reconciliarse con el hombre que poseía su corazón.

—Es porque te amo —susurró apenas—. Y hago cosas estúpidas porque… porque quiero tu atención en mí, siempre.

—¿Qué? —Alois tragó.

—Es eso, Hendrik. T-también s-soy nuevo en esto, ¿sí? No sé cómo… cómo buscarte y a veces… A veces quiero que te preocupes por mí. —Tragó de nuevo, sintiéndose humillado—. Que me busques.

—¿Es una puta broma, corderito?

—No...

—Es que, mierda... Eres… Joder —bufó, estirando los brazos para envolver a Alois, para meterlo bajo su piel de ser posible—. Mamón, ya me preocupo por ti, ¿de acuerdo? Y toda esa mierda cursi de la que siempre hablas... —Sonrió, frotando su nariz contra la mejilla del contrario—. Pues yo ya la siento por ti.

—No… —Ahogó un sollozo—. ¿No me mientes?

—Nunca, no a ti.

Y Alois prometió no volverlo a hacer, no volver a desaparecer. Pero por supuesto que lo haría nuevamente.

◆ ◆ ◆

El tiempo transcurría cruelmente lento. Pasaba tardes completas sentado en el suelo con sus ojos fijos en el enorme ventanal de su piso, observando el cielo desde el alba hasta que la luna se cernía orgullosa.

Estaba aislado, consumiéndose lentamente.

Sus manos pasaban ocultas tras enormes suéteres, escondiendo dolorosas llagas que no comprendía en qué momento se había hecho. Sus cuencas oculares resaltanban de manera prominente debido a su delgadez, pues, sin importar cuánto comiera, nada podía quedarse en su estómago. Pero lo intentaba, realmente comía, tanto que a veces le dolía.

Las palabras de Hendrik lo mortificaban al ver su propio peso en la balanza de su baño. Ni siquiera podía verse frente a un espejo, porque odiaba lo que se reflejaba en él. La marchita imagen de un cuerpo en descomposición; gris y opaco.

Lily y Louis tuvieron un encuentro sensible, lleno de llanto por parte de ambos. Después, Lily e Ian pasaban días enteros con Alois, intentando rescatar algo de lo que alguna vez fue; sin éxito. No lograban comprenderlo, y Alois no los culpaba por eso; al contrario, estaba agradecido de que ellos no comprendieran el desahucio que había en él. Era un sentimiento mortífero, como una alimaña que día a día se alimentaba de los restos de su mísera existencia. Le costaba tanto respirar que Alois pensaba que en cualquier momento dejaría de hacerlo.

Su piso era un caos de rosas frescas y marchitas, todas esparcidas por el suelo y perfumando cual inciensos las paredes. Alois se negaba a tirarlas, se negaba a soltar el sabor de sus besos, el calor de su cuerpo. Alois se negaba a dejar a Hendrik, era suyo por derecho. Él había tomado esa pequeña planta marchita, pisoteada y seca. Él había comenzado a regarla con sus lágrimas, a cimentar la tierra y alimentarla con los rayos del sol. Por eso nadie tenía derecho a quitársela.

Se encontraba doblando pulcramente las vendas para guardarlas en el botiquín de insumos médicos que cuidaba. Sabía que Hendrik no le pediría que lo curara al volver, nunca lo hacía, pero Alois lo haría de todas formas. Así era como ellos funcionaban, no necesitaban palabras para entender al otro. Un amor mudo en palabras, que gritaba con el alma y se vislumbraba en sus miradas.

Nadie podía negarlo, nadie podía decir que Alois no gritaba con todo su ser cuánto amaba a Hendrik cada vez que lo miraba.

—Y ya está. —Cerró el botiquín, como lo hacía cada día.

Un amago de desagrado se dibujó en su rostro al ver el dorso de sus huesudas manos llenas de rasguños y cicatrices, y su tatuaje de anillo irritado por las veces que Alois clavó sus uñas en él.

Se colocó de pie y caminó al balcón.

Ese día Ian había quedado en ir a almorzar con él, pero no había podido llegar debido a un problema con un cliente. Alois había dejado de escuchar sus excusas a los pocos segundos de que comenzó a darlas. No le importaba realmente, Ian estuviera ahí o no, nada sería distinto.

Su madre se había mudado con él, segura de que su presencia lograría ayudarlo, sin embargo, no fue así. Nadie podía ayudarlo porque para eso debían arrancarle el alma. Pese a eso, Lily era comprensiva y Alois no podía amarla más por eso. Se sentaba horas con él y le leía historias de amor como la suya, tragedias que quedaron plasmadas en la historia de la humanidad. Lily le decía que había otros como él, infaustos prisioneros del amor, pero que, a la larga, todo libro tenía un final.

Pensó en intentar dormir una pequeña siesta en el balcón. Siempre podía dormir de día, no de noche, no cuando los demonios salían a jugar para atormentarlo. A crear ilusiones en su cabeza donde aún se encontraba en North Collan, donde miraba a su alrededor y todo parecía haber cambiado. Las paredes eran las de su celda y estaba ahí, pero sin su dueño. Y Alois gritaba, desgarraba su garganta en cada bramido clamando por Hendrik, rogando que no lo lastimaran y rehuyendo de los intentos de su madre por tranquilizarlo.

Se sentó en el balcón, barriendo el pulido suelo con los dedos de sus pies mientras sostenía un cigarrillo y un encendedor entre sus dedos. Lo llevó a su boca e inhaló profundo para que sus pulmones se llenaran de aquel grisáceo humo.

Todo resultó irónico, como cada día consumía alquitrán en cada cigarrillo que se llevaba a los labios. Pero sólo eran simples divagaciones de un ángel caído. Un ángel sin alas que deambulaba en el paraíso sin razón de ser.

Consumió su cigarrillo con parsimonia, disfrutándolo mientras observaba flojas nubes pasar frente a sus ojos. Lo que alguna vez fue una vista soñada, un piso en las alturas que lo hacía sentir más cerca del cielo, ya no era más que una tortura.

Escuchó el sonido del timbre y se colocó de pie con el ceño fruncido. Nadie lo visitaba, e Ian junto a Lily tenían llaves del lugar. Apagó la colilla de cigarro contra la línea de tinta en su dedo anular sin siquiera mover un músculo facial, y se colocó de pie para abrir la puerta.

Arrastró sus pies lastimados por las espinas de las rosas que pisaba sin darse cuenta, y llegó a la puerta. Al abrirla, su corazón aceleró sus latidos. Un hombre de mediana edad y con una expresión indescifrable se encontraba frente a él.

—¿Sí?

—¿Alois Thompson?

—S-sí, soy... Soy yo.

—Tengo una carta certificada para usted. —El extraño hombre mostró un sobre blanco—. Necesito que me firme aquí, por favor.

Alois extendió las manos para tomar el formulario que el desconocido le entregaba. Con algo de desconfianza, colocó sus datos y firmó, resultándole imposible no fijarse en sus manos temblorosas. Cuando acabó, devolvió el formulario y el hombre le entregó el sobre sellado y estampado.

—¿Quién lo envía? —preguntó al ver que el desconocido se volteaba para desaparecer.

—En la carta aparece el remitente, señor. Si me disculpa… —Sin decir más y con una leve inclinación de cabeza, el hombre desapareció para tomar el elevador.

Cerró con cuidado la puerta.

Pudo sentir su pulso golpear en las sienes, sus piernas trémulas y un nudo en su diafragma.

Sin tomar asiento y mordiendo su labio inferior con tanta fuerza que sangraba, vio el remitente del sobre. Leyó el contenido de la carta, y fue todo muy rápido; las lágrimas comenzaron a caer de sus fanales de zafiro. La sonrisa que se formó en sus labios fue hermosa, una curvatura sutil mientras respiraba con dificultad.

Dejó la carta caer al suelo y comenzó a tomar las rosas esparcidas por el piso, una a una, acunándolas contra su pecho. Hizo varios viajes, cargando montones de ellas hasta su enorme baño. Las depositó todas en la bañera mientras esta se llenaba con agua fría.

Sin dejar de sonreír en ningún momento y con su visión borrosa debido a las lágrimas, caminó hasta su habitación. Tomó los caramelos que le habían sido prescritos para poder conciliar el sueño y volvió al baño.

Oh, tonto ingenuo de su dueño. ¿Realmente creía que iba a poder deshacerse tan fácilmente de él?

Al parecer, no le había quedado claro que Alois ya conocía el camino al infierno. Que, si pensaba escapar de él, entonces Alois lo iría a buscar.

Se introdujo en la bañera sin quitarse la ropa; su cuerpo apenas se inmutó por el contacto con el agua fría. Las rosas, algunas marchitas y otras en su esplendor, lo rodearon con inocencia al ser las únicas testigos de las últimas líneas escritas en esa historia de amor.

Alois ingirió los caramelos, uno por uno hasta que no quedó más que un frasco vacío con la etiqueta de un potente somnífero.

Su cuerpo comenzó a relajarse y sus párpados a pesar. Fue como abandonarse en el aire, tan ligero mientras se deslizaba hacia abajo hasta que el agua cubrió todo su cuerpo. Quedó sumergido, al igual que las rosas.

Las lágrimas dejaron de caer en ningún momento. Así mismo, tampoco dejó de sonreír, ni siquiera cuando sintió su cuerpo ser removido con brusquedad del agua y unos gritos tronaron como un eco en sus oídos.

—¡Alois!

“...Mediante este medio me es lamentable comunicarle el fallecimiento del presidiario Hendrik Stone. Mis más sinceras condolencias. Atte. Robert Stone”.

CAPÍTULO XXX

El viaje a Tailandia no fue agradable, ni siquiera digno de un ser humano. Fueron sacados del país peor que animales de circo, en jaulas de contrabando con solo una mísera botella de agua y una sola cubeta para orinar, así durante horas y horas de vuelo. Su espacio era tan nimio que apenas podían estirar sus extremidades, y el escaso oxígeno tampoco ayudó.

Así fue como llegaron a Tailandia, Zev apagándose con cada hora transcurrida y Hendrik perdiendo poco a poco cualquier esperanza de mantenerse con vida.

De no haber conocido a Alois, a Hendrik le hubiera resultado tan fácil simplemente morir para salvar a Zev. Hacía un tiempo atrás, ni siquiera lo hubiera pensado dos veces, pero ya no era aquella bestia indómita cegada por sus instintos. Solo era un lastimado coyote adiestrado, dispuesto a obedecer con tal de volver a su hogar. Con tal de volver a su chico.

Reynolds se había negado a dar mayores detalles sobre la pelea y la localización, solo les indicó que, una vez instalados en la oculta casona, esperarían unos cuantos días a que llegaran todos los mecenas y sus peleadores para comenzar la fosa. Hendrik pensó que no sería nada del otro mundo, sin embargo, jamás estuvo preparado para lo que se presentó frente a sus ojos.

No era una simple casona, era una fortaleza construida magistralmente para los más pérfidos pasatiempos. Estaba rodeada por enormes murales, todos custodiados por hombres armados hasta los dientes, escondida tras kilómetros de árboles y espesos pastizales.

Bajaron del vehículo blindado que los transportaba con sus collares de localización apretados en sus cuellos. Zev miró todo y bufó, hundiendo la punta de sus desgastadas botas militares en el fango mientras negaba con un movimiento ligero de cabeza.

—No puedo creerlo —dijo el moreno.

Hendrik ni siquiera tenía palabras.

—Fue usada como casa de prostitución en otra época —murmuró Reynolds con un puro en la boca, señalando los enormes ventanales de vidrio que dejaban ver enormes jaulas de tortura—. No tuve tiempo para modificar la ornamentación.

—Hijos de puta —salió de la boca de Hendrik con tanto veneno que pudo saborearse.

—Así es el mundo, chicos. Ahora, vengan conmigo.

Con pisadas fuertes y haciendo un esquema mental de la distribución del lugar, Hendrik caminó tras Zev hasta el interior de la casona. Algunos hombres se encontraban ahí, moviendo muebles y limpiando las superficies, embelleciendo el lugar cuyas paredes gritaban los mudos lamentos de su pasado.

Era inmenso, con escasa luz y paredes tapizadas con oscura gamuza bordó. Los candelabros

colgaban del techo y el aroma a incienso era espeso, casi tóxico. Había opulentos muebles empolvados en un rincón y el suelo de madera crujía con cada pisada.

—¿No podías escoger un lugar menos tétrico?

—Tiene su razón de ser, Zev —replicó Reynolds mientras bajaban una larga escalinata—. Esta propiedad no existe realmente. Nadie sabe de su existencia además de mis hombres.

—Hm. ¿Y a qué se debe tanto misterio?

—Simple precaución. No quiero que nada salga mal.

Llegaron al final de la escalera, un nivel bajo tierra. El ojiverde no estuvo impresionado al ver las celdas de barrotes metálicos, al igual como si fuera una perrera. Un hombre se encontraba ahí, con una metralleta en sus brazos.

Reynolds les señaló las celdas que ocuparían y ambos ingresaron sin poner mayor resistencia. ¿Por qué habrían de ser tratados como personas?

Hendrik se sentó en la que sería su cama y gruñó al sentir la superficie rígida. Incluso el viejo colchón que tenía en North Collan era mejor que eso.

—Esto es mierda —se quejó.

Zev saltó en su cama y soltó un quejido de dolor cuando su espalda impactó con la dura superficie.

—Lo siento, chicos. Ya les dije que esto fue algo... improvisado.

El moreno miró a Hendrik y luego a Reynolds. Hendrik correspondió la inquietud de Zev. Su patrocinador lucía nervioso y eso no le gustaba para nada.

—¿Cómo lo harás con los mecenas y peleadores? —preguntó Zev, cambiando de tema.

—Serán transportados hasta acá en vehículos que no les permitan ver el camino.

Hendrik se cruzó de brazos y una ceja de su rostro se enarcó en un amago de incredulidad.

—¿Aceptaron eso?

—Soy un hombre honorable, Hendrik. Mi reputación no es algo que pueda tomarse a la ligera. —Reynolds se movió lo suficiente para que el guardia tuviera acceso a las celdas y pudiera cerrarlas con llave—. Lamento esto... Es por, ya saben, precaución.

—No hay problema... Solo un loco dejaría sueltas a dos bestias. —Sonrió Hendrik, seguido por Zev.

—Sí, bueno, gracias por comprender... Ahora debo irme, hoy a la noche llega alguien importante.

—¿Y puede saberse quién es?

—Oh, sí. No lo han visto antes. En realidad, nadie lo ha visto... Le gusta mantenerse en privado. —Se llevó las manos a los bolsillos y miró directamente a Hendrik—. Ivanov, un gran amigo mío.

La mandíbula de Hendrik se tensó en ese momento.

—¿Ivanov?

—Sí, ¿lo conoces, Hendrik? Tu padre ha tenido algunos problemas con él.

—Eso escuché. ¿Cómo sabes de la relación entre él y mi padre? —Reynolds sonrió.

—Ya tendremos ocasión de hablar de eso.

Cuando Reynolds abandonó la habitación, Hendrik se permitió abandonar su postura tensa y erguida. Bajó la mirada a sus botas militares, pensando en las palabras de Reynolds y sacando conclusiones al respecto.

Entonces, Reynolds sabía de los problemas que mantenían Ivanov y su padre. ¿A qué estaba jugando ese hijo de puta?

—Amigo, sea lo que sea que estés pensando... No vale la pena.

—Zev, como es tu primera vez en la fosa, no puedes notarlo, pero… el torneo de este año es completamente diferente a los anteriores.

—Sí, bueno... Todo esto de Tailandia y la casona, imposible no notar algo extraño.

El emperador asintió en silencio.

Las veces anteriores que participó, jamás se tomaron tantas precauciones ni alargaron tanto el evento. Era la primera vez que duraría tantos días y que se harían grupos de pelea. Quizá era el estilo de Reynolds, pero Hendrik no podía dejar de pensar en cómo todo estaba teniendo un aroma putrefacto.

—No puedo creer que vayan a traer putos y no nos dejen probarlos.

—Olvídalo, Zev. Dios nos vigila y la infidelidad... es pecado —susurró Hendrik al ver la picardía en los ojos de Zev. Una sonrisa ladina se perfilaba en su rostro.

El moreno soltó una pequeña carcajada.

—Creo que lo último que Dios verá en tu historial será tu infidelidad.

—Sí, pero es el único pecado que no he cometido. Puedo usarlo a manera de comodín.

—¿Hablas en serio? ¿Ni una sola vez? —preguntó con una ceja enarcada, notoriamente no convencido de lo que Hendrik decía.

—¿Engañar al corderito? No, desde que me lo follé la primera vez jamás estuve con otro.

—¿Y antes de eso? Ya tenían todo ese rollo maricón, no lo niegues.

—¿Antes de eso? Antes de eso no existía como humano. Era un simple animal que follaba por instinto.

—Imbécil, te pones como Nevin con sus mariconerías de nene escandaloso. —Sonrió Zev con nostalgia en sus ojos pardos.

—Hm. ¿Te recuerdo a él? ¿Te excita acaso? —ronroneó Hendrik, guiñando un ojo cuando Zev lo miró de reojo con el ceño fruncido.

—Seguro, ponme el culo a través de los barrotes.

Ambos soltaron pequeñas risas apenas audibles y no hablaron más después de eso.

Hendrik no podía dejar de pensar en las palabras de Reynolds. Todo daba vueltas en su cabeza mientras intentaba hacer conexiones, buscando salidas alternativas para poder escapar de

ese lugar sin tener que comprometer la vida de Zev o la suya para eso. Pensando en Robert y su amenaza, en Ivanov. Tenía que buscar una forma para acercarse a su padre, para acabarlo.

Inevitablemente, todos sus pensamientos volvían a Alois a cada segundo. Su amor, quien seguramente estaba esperándolo. ¿Cómo no pensar en él? Era imposible borrar el sabor de sus besos suaves, la melodía de su risa y la sensación aterciopelada de su piel cuando le hacía el amor.

Hendrik se quedó dormido con una ligera sonrisa en su rostro, recordando que por primera vez en su vida había hecho algo bien. Porque Alois estaba a salvo, cuidado por su familia.

Alois era lo único bueno que Hendrik había hecho. Lo había cuidado, amándolo... Solo a él.

◆ ◆ ◆

Finalmente, todos estaban reunidos. Los mecenas se encontraban en la villa que Reynolds había dispuesto para la fosa. Los peleadores estaban de pie, todos encadenados en una hilera con sus manos esposadas mientras los peces gordos brindaban con champagne y disfrutaban de los curvilíneos cuerpos de las anfitrionas profesionales.

Hendrik no reconocía a ninguno de los mecenas, algo que le fue imposible ignorar. ¿Qué había pasado con los de siempre? Con los mafiosos que a veces participaban en el under que siempre hablaban entusiasmados de la fosa.

Quería hablar con Reynolds, exigirle que le dijera qué cojones ocurría con todo ese maldito circo.

Al parecer, Zev no se había dado cuenta de nada por estar demasiado ensimismado viendo a las bailarinas en la pole. Él, por su lado, no podía dejar de preguntarse cuál sería Ivanov, su objetivo. Asimismo, su vista recaía cada tanto en los otros peleadores. Debía admitir que algunos de ellos no parecían mayor problema, sin embargo, otros pocos destilaban el mismo aroma a veneno que él.

—¿Aburrido? —preguntó a su espalda una voz suave y lenta, como el serpenteo de una culebra.

Volteó y se encontró a un jovencito de rostro absurdamente atractivo y con ojos de un azul tan duro como frío. Era hermoso como Alois, pero a diferencia de su corderito, aquel chico parecía la efigie de un dios perdido.

—No —respondió escuetamente.

El chico se posicionó a su lado e hizo bailar el champagne en su copa.

—Soy Lucien.

—Hendrik.

—¿Cuántos años?

—Perpetua, ¿y tú?

—Perpetua —coreó, mirándolo de soslayo con una media sonrisa tan gélida como seductora —. ¿En dónde?

—North Collan.

—Oh, chico rudo, ¿eh?

—Eso dicen. —Lo observó beber en silencio, advirtiendo la forma en que tragaba y se relamía los labios lentamente. Miraba a los presentes como un reptil escogiendo su presa—. ¿Qué haces aquí?

La sonrisa del chico se ensanchó con discreción.

—Pensando en invertir.

—¿No eres un convicto?

Con una risilla muriendo como un tarareo entre sus labios, le dio una mirada por encima de su copa.

—Soy muchas cosas. —Guiñó un ojo con fácil y calculada coquetería, y se apartó un paso —. Cuídate, Hendrik. Diría hasta una próxima vez, pero algo me dice que no nos volveremos a ver.

Lo vio desaparecer en aquel mar de personas, entre pasos confiados y altaneros que se yuxtaponían al collar de rastreo pendiendo de su cuello y su uniforme de prisión. Solo cruzaron unas palabras y el chico dejó una fuerte impresión en él. Una forma distinta de poder, algo que distaba de lo físico y se concentraba en su presencia, en su confianza.

—¿Divirtiéndose? —Hendrik giró su rostro y vio a Reynolds, quien lucía notablemente ebrio. Un hombre armado se encontraba tras él. El capo hizo un movimiento con la mano y el hombre le entregó un manojo de llaves, que posteriormente lanzó a uno de los peleadores. El convicto las miró sin entender qué hacer con ellas—. Pueden quitarse los grilletes de los tobillos y unirse a la diversión. No ha sido idea mía, agradézcanle a Ivanov.

Zev observó a Hendrik de inmediato, quien no ejecutó movimiento alguno de sus músculos faciales. Solo esperó a que el manojo de llaves llegara a él para sacarse los grilletes.

Los peleadores comenzaron a dispersarse, todos ellos con sus manos aún esposadas y seguramente al tanto de los muchos hombres armados que rodeaban todo el lugar. Solo un suicida intentaría escapar.

Hendrik se quedó en su lugar, a diferencia de Zev, quien no demoró en correr a la mesa del buffet y comenzar a beber como un maldito alcohólico. El ojiverde no podía darse aquel lujo, era el único momento que tenía para buscar a Ivanov y ejecutar el mandato de su padre.

Intentó moverse por el sitio, todos sus sentidos alertas prestando atención a las conversaciones de los demás mecenas. A esos malditos cerdos sumidos en la ostentosidad de los lujos y la culminación de la carne, con mujeres de sonrisas falsas menoscabando en sus cuerpos para poder sobrevivir en la guerra de aquel sucio mundo.

Hendrik tomó una copa para no llamar indeseada atención, sonriendo a algunos de los mecenas y respondiendo concisamente cuando le preguntaron si él era el famoso emperador del ghetto penitenciario. Se jactó a regañadientes de sus victorias pasadas y se negó a tocar cuerpo alguno cuando se los ofrecieron; en su cabeza no había nada más que un enredo de ideas que necesitaban tomar forma para salir de él.

Sintió una mano colocarse en su hombro y se volteó para ver a Reynolds sonreír con su usual puro en la boca. Le indicó a Hendrik que lo siguiera y el emperador así lo hizo.

Frente a frente, en un juego de sillas poltronas, se miraron en silencio.

—Y aquí estamos —dijo el mecenas abriendo sus brazos. Hendrik simplemente inclinó su cabeza hacia abajo en aquiescencia—. ¿Sabes algo, Hendrik? Todos los días me cuesta creer que esto es real.

—¿El motivo? —murmuró.

—Bueno, verás... Hace algunos años, mi carrera se vio aplastada, como todos ya saben. Me quedé sin patrocinadores, sin personal y sin nada en mis manos, más que cuentas y una familia rota. —Miró sus manos y soltó una sonrisa. La nostalgia comenzó a invadir su rostro—. En esa época, tuve que viajar por muchos lugares buscando a alguien, quien fuera que pudiera tenderme una mano. Estaba tan preocupado por encontrar la manera de no hundirme que no me di cuenta de cómo mi familia se estaba hundiendo.

—Un trago amargo, ¿verdad? —Hendrik no era especialmente una persona paciente; sin embargo, cualquier cosa que Reynolds le dijera podía servirle.

—No tienes idea. —Le dio una calada a su puro y llevó la vista al techo—. Y fue por mi negligencia que no me di cuenta de lo que ocurría con mis hijos… Con mi hijo.

—Ve al grano, Reynolds. No soy estúpido.

—Alois.

—¿Qué ocurre con él? —preguntó con su voz notablemente más ronca y cortante. Odiaba que el nombre de su amante saliera de la boca de otro hombre.

—Creo que ya lo sabes, debes de saberlo. Mataste a un hombre por él, a uno de la misma estirpe que mi hijo. —Hendrik pasó saliva por su garganta, asintiendo con un ligero movimiento de cabeza. Había hecho algunas suposiciones cuando Reynolds mencionó algo sobre eso al salir de North Collan. Las posibilidades eran nimias, pero existentes—. Me tomó un tiempo recordar su nombre, pero fue una sorpresa cuando comprendí que el médico que salvó a mi hija se encontraba en ese nido de ratas. Que había perdido su título de médico y que su reputación jamás volvería. Fue como verme en un espejo.

—La niña... Mia, ella es tu hija —aseguró. No necesitó más para hilar aquel embrollo de palabras que Reynolds soltaba balbuceante.

—Sí, la niña más hermosa del mundo. No tienes idea.

—¿Alois sabe que tú eres su padre?

—Si no es estúpido, entonces sí, lo sabe.

Hendrik permaneció en silencio, preguntándose por qué Alois no le había dicho nada al respecto. ¿Por qué su corderito intentaba mantener para sí mismo aquellas cosas que lo dañaban? ¿Acaso no sabía que Hendrik estaba dispuesto a lo que fuera solo para poner una sonrisa en sus labios?

Repasó sus labios con su dedo pulgar, siseando con la cabeza. Reynolds no estaría hablando de ello sin algún motivo.

—¿A qué viene todo esto, Reynolds? No creo que esta verborrea de sinceridad venga sin un propósito.

El mecenas se encogió de hombros.

—Solo quería contártelo, cómo es de pequeño el mundo, cómo todos los caminos terminan cruzándose alguna vez. Pero sí, quizá hay algo más.

—No podía ser de otra manera —se burló el emperador.

—¿Sabes para qué sirve el poder, Hendrik? No creo que realmente sepas lo que es tenerlo. —El rizado gruñó, el sonido de la música aplacando la vibración de su garganta en protesta—. Pero es algo increíble; es estar en la cima y verlos a todos. Es decidir el destino de los hombres.

—Suenas como alguien que conozco —bufó con molestia.

—Pero también es una responsabilidad. Es un ancla que te mantiene con los pies en la tierra, porque el poder no lo puedes conseguir solo. Hay dos maneras, y es si lo obtienes pisoteando a los demás o empujándolos hacia arriba, así ellos estirarán sus brazos y te ayudarán a llegar a la cima.

Los labios de Hendrik se estiraron en una sonrisa irónica. Las curvas de sus comisuras dejaron a la vista sus hoyuelos, aquellos que Alois solía pinchar con sus dedos mientras le decía que tenía mejillas de bebé. Y quizá a Hendrik le gustaba lo empalagoso que podía llegar a ser su amante.

—Una utopía, Reynolds. Eso es un maldito cuento de hadas. La única opción es pisotear al resto.

—Dices eso, pero haces totalmente lo contrario. —Señaló a Hendrik con su puro, sin dejar de sonreír—. Es por eso que me gustas, muchacho.

Y Hendrik no podía dejar de ser él, sin importar el momento.

—Qué lástima, pero estoy prácticamente fuera del mapa. De otra forma, quizá... No, tampoco. Lo siento, no me vienen los traseros arrugados. —Se encogió de hombros.

Reynolds ladeó una sonrisa y levantó ambas cejas de manera sugestiva.

—Para eso tengo a Zev.

—¡Agh! —Hizo arcadas, estremeciéndose por el simple pensamiento—. Mierda, voy a vomitar.

Fue inevitable que ambos se riesen a gusto. Hendrik nunca había tenido mayor relación con Reynolds, aun cuando Zev aseguraba que era el mejor sujeto del planeta.

—Entonces... ¿Qué harás con mi corderito? —preguntó luego de unos cuantos minutos de cómodo silencio en los que ambos le habían dado de tragos a sus vasos de licor.

Reynolds alzó su vaso y con los ojos brillantes que destilaban orgullo, habló:

—Le devolveré lo que le arrebataron. —Su voz fue fuerte, como una proclamación inminente.

Hendrik sintió como una sonrisa se formaba en su rostro. La reprimió apretando los labios.

Ahora sí tenía un motivo para emborracharse hasta perder la conciencia.

—¿Es en serio? —preguntó para confirmar lo que había escuchado. Y por el bien de Reynolds, más le valía que no fuera una puta broma o Hendrik le arrancaría los intestinos.

—Lo es. Su honor como médico, su título... Incluso unas disculpas públicas. Haré que laman el suelo por donde camina, porque tengo el poder para hacerlo y porque le debo un favor... ¿Ves, Hendrik? Esto es lo que tu padre nunca te enseñó. —Fue un golpe duro escuchar eso, pero era la verdad.

Hendrik bajó su rostro y dejó su copa en el suelo, permaneciendo en silencio unos cuantos minutos mientras jugaba con los anillos de sus largos dedos. Alois recuperaría su vida, su verdadera vida, y Hendrik no podría ser parte de ella; porque jamás pudo pertenecer a ese mundo en el que Alois se crio.

Pero qué masoquista, disfrutar tanto de aquel dolor lacerante en su pecho al saber que su ángel se alejaba de él para volver al mundo libre y limpio del que era parte.

—Gracias —susurró para sí mismo, sin embargo, Reynolds lo escuchó.

—No lo hago por ti, lo hago por él. Por mi hija.

—Él es parte de mí —fue lo único que pudo responder.

Bebieron en silencio después de eso, aceptando las copas de licor que las anfitrionas les ofrecían. La misión de encontrar a Ivanov se difuminaba en un rincón de la cabeza de Hendrik, mas no podía hacerla su prioridad.

Alois volvería a ser médico y él jamás podría verlo. Se perdería su sonrisa cansada al llegar del trabajo, sus historias de cómo pequeños pacientes lograban hacerlo rabiar y reír al mismo tiempo.

—¿Y qué te ha parecido este evento? —preguntó Reynolds de la nada.

—… Distinto.

—Por supuesto que sí. Los mecenas que están aquí son un pedido especial. Cada uno fue cuidadosamente elegido. —El entrecejo de Hendrik se frunció. Reynolds se colocó de pie y le indicó que lo siguiera. Hendrik comenzó a caminar unos cuantos pasos por detrás de él, teniendo los ojos de Zev fijos en ellos mientras sutilmente salían del salón donde la majestuosa fiesta se llevaba a cabo—. ¿Recuerdas lo que dije sobre buscar un hombre que me tendiera una mano?

—Lo recuerdo.

—A ese hombre le debo todo lo que soy ahora.

Subieron unas escaleras, Hendrik giró su rostro y vio a Zev al pie de estas, apoyado en la pared. Se miraron unos segundos y Hendrik comprendió que el moreno se quedaría ahí. Su leal hermano, dispuesto a cuidarle las espaldas aun cuando sabía que Hendrik podría matarlo en unos cuantos días.

—¿A dónde vamos?

—Quiero que conozcas al hombre al que le debo todo, Hendrik.

—¿Tendré el placer de conocerlo?

—Lo tendrás... Aunque creo que ya esperabas conocerlo. —Hendrik no se sintió seguro con eso. Todo en su cabeza comenzó a sonar como alarmas en rojo debido a la actitud enigmática de Reynolds. Se pararon frente a una puerta de madera opaca y Reynolds le indicó a Hendrik que la abriera—. De hecho, creo que viniste a la fosa con la única intención de conocerlo.

—¿De qué…? —Las palabras de Hendrik murieron en su boca cuando vio a la persona frente a él. Sintió como si toda la sangre se hubiese drenado de su cuerpo. Un inevitable mareo lo hizo aferrarse a la puerta—. ¡¿Tú?!

—Hendrik, te presento a Ivanov, mi salvador y también... mi jefe.

—Hola, emperador. —Ivanov sonrió, pasando la lengua por sus labios y dejándolos brillantes.

◆ ◆ ◆

El emperador estuvo suspendido en el tiempo, intentando comprender cómo había terminado siendo una pieza en aquel juego de ajedrez entre titanes, como todos esos años no había sido más que un peón a la orden de los grandes. Siempre pensó que, después de la traición de su padre, podía prever cualquier acontecimiento, pero las pasadas horas le demostraron que no era así.

Se sentía estúpido, usado e indefenso. Un día lo era todo, estaba en la cima, y al siguiente ya no era nadie. Solo era una herramienta más con una única última misión.

Ya no era Robert quien controlaba su vida, era Ivanov.

Hendrik tocó los barrotes oxidados frente a él, ásperos y fríos. Cerró los ojos, agachándose para poder tocar con sus rasposas y lastimadas manos el suelo de tierra y piedrillas.

Ya no le quedaba tiempo. En realidad, nunca lo había tenido, no desde que conoció a Alois. En ese momento el tiempo dejó de funcionar para él.

—Solo somos nosotros, ¿verdad?

Hendrik asintió a la voz de Zev. Solo eran ellos, solo dependía de ellos.

Ya habían pasado la primera ronda, ambos victoriosos en sus peleas como era de suponer. Estaban en la pelea final, sus cuerpos exhibiendo cortaduras y cardenales de los golpes del día anterior, donde Hendrik tomó la vida de cuatro de los mejores peleadores del mundo y demostró por qué se le llamaba el emperador. Todo ante la vista orgullosa de Reynolds.

No había dormido, ninguno de ellos dos. Quizá porque tenían demasiado que hablar o quizá por el miedo. Porque sí, aquella sensación que solo se hacía presente en él cuando se trataba de Alois, se encontraba de nuevo embargando su cuerpo. Había pocas posibilidades de que saliera con vida, lo sabía, y estaba dispuesto a correr el riesgo por la promesa de Ivanov. Él era el único que podía ponerle un fin a la tiranía de su padre.

Lo único que apaciguaba el ardor en su pecho era que el peso de la corona ya no estaba más sobre sus hombros, ya podía ser libre; aun si moría ese día. Por primera vez, realmente se sentía completo. Lo había tenido todo porque había tenido a Alois.

—Será rápido, Hendrik. Lo prometo...

Hendrik miró a su hermano, a Zev. Vio el temblor en sus manos y el miedo en sus ojos.

—No dudes, cabrón. Solo hazlo.

—Sí, lo sé. No te dolerá Hendrik, lo juro. Yo… Mierda.

Zev comenzó a respirar profundamente para calmarse. Un peleador se encontraba tras ellos,

esperando que se levantara la reja para salir a la fosa donde se masacrarían los unos a los otros, en aquel pasillo de ladrillos viejos y húmedos como las antiguas cárceles donde los gladiadores esperaban su turno antes de entrar a las arenas del coliseo.

Y ocurrió.

Se escuchó el sonido chirriante de los barrotes al rozar con las cadenas que los levantaban y los tambores siendo golpeados por hombres, indicándoles así que debían salir y posicionarse en sus lugares. Estaban a punto de ser devastados por las sucias y sangrientas armas que los mecenas lanzarían a la fosa.

Según las reglas, cada arma solo podía utilizarse una vez para asesinar a un contrincante. Si se intentaba reutilizar, el peleador quedaría automáticamente descalificado, lo mismo era decir que sería asesinado de un disparo.

Hendrik trotó hasta su lugar y levantó el rostro. La mafia bebía mientras gritaban agitados, embravecidos por el glorioso final que aquel evento tomaría. Juganban a ser dioses en el olimpo, sin saber el futuro que se les había destinado.

La fosa ya no era más que un hoyo en la tierra con paredes de cemento marcadas con sangre seca y rasguños del metal que dejaron las espadas al enterrarse en ellas. Hendrik había tocado aquellas paredes el día anterior mientras tomaba vidas para sobrevivir.

Los tambores sonaban al compás de los latidos del corazón del emperador, cada vez más fuertes y rápidos. Las risas de los opulentos mecenas taladraban sus oídos y el brillo delator en los ojos de Zev lo hacía tensar su cuerpo. Zev no podía llorar, no en ese momento.

El sonido de un gong fue la señal para que los mecenas comenzaran a lanzar armas a destajo. Hendrik corrió hasta una lanza, apresurándose a lanzarla en dirección al otro peleador, quien la esquivó ágilmente.

Zev fue el siguiente en lanzarse sobre el peleador contrario con una corta espada curvada, similar a una guillotina. El peleador comprendió en ese instante que se habían aliado para asesinarlo. Cuando cayó al suelo, tomó un puñado de tierra y lo lanzó en los ojos de Zev, quien retrocedió de manera instintiva.

Fue el turno de Hendrik de ir por la presa.

Comenzaron a lanzarse golpes y el ojiverde maldijo internamente la velocidad del hombre así como su enorme contextura. De fondo, podía escuchar los gritos de aliento hacia el peleador y hacia él.

Una nueva ronda de armas cayó y todo se decantó cuando el peleador se volteó para tomar una espada. Pero Zev fue más rápido, se abalanzó contra él y enterró su guillotina en el cuello del hombre, cercenándole la garganta.

Un río de sangre los salpicó y la verdadera travesía comenzó en ese momento.

Cuando el cuerpo del hombre cayó con el arma incrustada en él, Zev no demoró en ir por una daga que se encontraba a solo unos pasos. Hendrik corrió y tomó unas manoplas que esperaban en el suelo y que tenían púas en los nudillos.

Escuchó el grito de Reynolds, la palabra que terminaba todo.

Giró para enfrentar a Zev, quien comenzó a mover su brazo con agilidad para intentar

propinarle alguna puñalada. Hendrik lo esquivaba con rapidez, ambos encontrando sus piernas en ágiles patadas. El ojiverde quiso felicitarlo por lo mucho que había mejorado en eso. Sin embargo, Zev se agachó y tomó un puñado de tierra sin que Hendrik se diera cuenta, repitiendo la técnica que el otro peleador había empleado en él. El emperador no alcanzó a esquivar el polvillo que rápidamente entró en sus ojos.

Sonrió.

Solo hizo falta un segundo y Zev lo hizo. Clavó su puñal en el abdomen de Hendrik y le dio un final a todo.

El emperador apretó su abdomen. La sangre tibia comenzó a correr entre sus dedos y todo su cuerpo comenzó a adormecerse. Cada vez que respiraba, lentamente el aire acariciaba con suavidad sus deteriorados labios.

Logró parpadear, sus ojos enraizados en la tierra manchada de carmín. Se sintió aturdido, con un pastoso acre comenzando a impregnar su boca.

Zev lo observó de pie con su rostro lleno de magulladuras y el puñal ensangrentado en una mano. Dejó caer la daga al suelo frente a Hendrik y se volteó, mirando por sobre su hombro una última vez a su eterno compañero.

—Aquí termina todo, emperador.

Hendrik Stone, el monarca del infierno más cruel existente en la tierra, caído por mano de su propio hermano, observó la daga y escuchó el grito de Zev.

Una sonrisa se esbozó en sus labios al mismo tiempo que levantaba el rostro. El cielo de matices celestes sobre su cabeza lo hizo sentir victorioso. Había sido el emperador e iba a morir siéndolo, habiendo conocido todo; la libertad y el amor.

Su último pensamiento se lo obsequió a Alois, a su libertador personal, a su único amor. Y era tanto lo que sentía por ese chico que incluso el dolor desapareció de su cuerpo al recordarlo, al conmemorar su último beso y el perfume de su cabello.

Todo en su visión se tornó lentamente de color negro. Un último suspiro salió seco de su boca y cayó de costado al suelo, su piel siendo acariciada suavemente por una brisa de aire mientras la muerte danzaba a su alrededor, esperando el momento para arrebatar su alma.

CAPÍTULO XXXI

Alois intentó detener los latidos de su corazón. No logró conseguirlo gracias a que su madre llegó en el momento idóneo y lo sacó del agua.

Desde ese día ella buscó recuperar a su hijo, salvarlo de esa oscuridad que lo devoraba día a día; sin comprender que era imposible para Alois ser algo más que un cadáver obligado a seguir respirando.

—¡Alois, abre la puerta! —gritó su madre desesperada, ejerciendo presión en el pomo de la puerta para intentar abrirla sin éxito.

Alois negó, gritándole que se fuera, que no quería ver a nadie. Su delgado y fatigado cuerpo temblaba, todo él siendo un caos en su existencia. Sin espacio para el razonamiento, su destrozado corazón vociferando por él.

Ese día los demonios jugaban con Alois, distorsionaban todo frente a sus desenfocados ojos, enseñándole recuerdos de Hendrik, de los días que se amaron.

Y Alois solo quería arrancarse la piel, desaparecer para que dejara de doler. Ya no podía seguir soportándolo. Era ácido y quemaba, una y otra vez. No sanaría nunca, Hendrik no se lo permitiría.

La luz molestaba sus ojos, el aire que entraba en su pecho le hacía doler los huesos de sus costillas y el sonido de las voces que no eran la de Hendrik hacía que le dolieran los oídos, que los cubriera.

—Por favor, hijo... —sollozó su madre, golpeando la puerta con suavidad—. S-sal de ahí, ¿sí? T-tengo una nueva historia. E-es para ti, amor. Es de las que te gustan.

Alois dejó de pellizcar la piel de sus manos y miró en dirección a la puerta.

Cuentos, historias de amor con finales eternos. Algo que él con Hendrik no tuvo, el fantasma de un para siempre siendo lo único que lograba devolverle un poco de cordura.

Se colocó de pie, ayudándose en la cama. Sus delgadas piernas no eran más que piel y huesos. Trastabillando con sus descalzos pies, llegó hasta la puerta. Al abrirla, vio a Lily, su madre, que sonreía y respiraba entrecortado.

—Y-yo…

—Shhh —siseó Lily—. Está bien, amor… Está bien, ¿sí? —Abrazó a Alois, permitiendo que su hijo se aferrara a ella y sollozara pidiendo perdón entre hipidos—. No, amor, no me pidas perdón. Todo estará bien. Eres fuerte, mi bebé. Eres tan fuerte… Hendrik estaría orgulloso de ti, ¿bien? Porque estás viviendo, justo como él quería que hicieras.

Alois asintió.

La culpa creció en su vientre, porque su madre tenía razón. Hendrik le dijo que viviera, que comiera y él no lo estaba haciendo.

—M-me va a odiar —hipó, tragando sus lágrimas y sorbiendo su nariz—. E-estoy horrible y me va a odiar.

—No, amor, eso es imposible. ¿No me dijiste que él te ama? El amor es tan perfecto que no repara en cómo lucen las personas. —Lily se separó de Alois y limpió sus mejillas, repasándolas con sus pulgares—. ¿Quieres hablarme un poco de él y luego te leo la historia?

Alois asintió y dejó que su madre tomara su lastimada mano. Lily fingió no ver las heridas y rasguños en esta, guiando a su hijo hasta el salón donde ambos se sentaron en un mullido sofá.

—Lo siento —susurró nuevamente el castaño—. N-no quiero ser esto…, p-pero no sé cómo detenerlo.

—Alois, está bien. Ya te lo dije… No te sientas culpable, ¿de acuerdo? —Alois asintió, barriendo sus fluidos nasales con la manga de su suéter—. Ahora, ¿qué quieres recordar?

Alois apretó los labios mientras pensaba. Quería recordarlo todo, pero no diría eso.

Lily siempre lo dejaba hablar de Hendrik. Era la única forma en que podía dejar salir un poco de todo el amor que guardaba en su pecho; tanto amor que parecía iba a rasgarle el corazón y desbordarse.

—Él… —comenzó—. Era muy estricto. —Sonrió al recordar la rutina militar de entrenamiento de Hendrik—. Y-y yo una vez… me enojé tanto porque siempre estaba entrenando. Así que… entré al gimnasio y… rompí su saco de boxeo favorito.

Recordaba como Hendrik se había puesto histérico al ver su saco azul rasgado después de darle solo un golpe. Hendrik pensó que era culpa suya por golpearlo muy fuerte.

—Ay, cariño. —Lily se carcajeó con una discreción cuidadosa, palmeando el muslo de Alois—. Me imagino cómo reaccionó.

—F-fue divertido.

—Estoy segura de que lo fue.

Continuaron platicando. Alois le contó sus aventuras y desventuras en North Collan. Todo lo relacionado con su dueño, aun si Lily ya había escuchado esas historias, él necesitaba contarlo. Mil veces; por siempre.

Miró por el ventanal que daba al balcón, sintiéndose tan cansado y somnoliento, a pesar de no haber hecho nada en todo el día, de no haber puesto un pie fuera de casa.

Ian había intentado que lo hiciera, que dejara el piso y saliera con él, pero Alois solamente conseguió llegar al elevador antes que el pánico lo inundase y tuviese que volver corriendo entre sollozos asfixiados a su habitación.

—Ahora, hijo —continuó su madre al tantear que nuevamente lo perdía—, ¿aún quieres que te cuente la historia?

—…Sí, sí. Por supuesto.

—Bien… Este libro lo encontré hoy. Me gustó mucho la portada, ¿sabes? —Lily se colocó de pie y caminó hasta una mesita de adorno donde una bolsa de papel marrón se encontraba reposando—. Cuenta la historia de cómo el rey del infierno, el emperador de los demonios, se enamoró de un ángel.

Alois tragó, vagos recuerdos quemando en él.

—¿U-un emperador?

—Sí… —Lily tomó cautela por la reacción de Alois—. ¿Quieres que lo lea o lo dejamos para otro día?

—¡No! —gritó, aferrándose con uñas a la tela del sofá—. Léelo, léelo, por favor.

—Bien, amor. Tranquilo. —Caminó para sentarse al lado de Alois. Su hijo no demoró en acurrucarse a su lado, luciendo tan vulnerable y frágil que estrujaba su pecho—. Voy a comenzar.

—El final…

—¿El final? —preguntó Lily..

—Puedes comenzar… leyéndome el final. Por favor.

—Oh. *Uhm*… Sí, claro. Bien, veamos. —Abrió el libro a solo unas páginas del final—. El rey de los demonios sangró, viendo cómo sus alas eran cercenadas de su espalda, cómo sus garras le eran arrancadas de las manos. Sus colmillos se usarían para forjar espadas y su piel para hacer armaduras de fuego.

—¿…Qué? No, ¿p-por qué le están haciendo eso? —susurró agitado, sintiendo un mareo asentarse en su cabeza.

—Alois, no lo sé... Leámosla desde el comienzo, ¿sí?

—¡No! El final… Solo dime el final.

Lily suspiró y llegó a la última página.

—El ángel ya no era un ángel, y el emperador de los demonios no era un emperador. Solo eran ellos dos siendo algo que se había escapado de las manos del creador. No eran hombres mortales o deidades celestiales. Y el universo forjó un paraíso solo para ellos, para que estos seres pudieran vivir ocultando su amor. Porque un amor como el de ellos era tan intenso y extraordinario que era considerado una maldición. Fueron encerrados allí, porque nadie más debía saber que una vez existió un emperador que entró al paraíso para robarse al ángel del que se había enamorado.

◆ ◆ ◆

Cuando Alois salió del hospital, con su madre levantando su mentón con orgullo e Ian sonriendo sinceramente, supo que finalmente la pesadilla había terminado. Pese a que no lo había superado, y nunca lo haría, sabía que aprendería a vivir con ello.

Fue una tortura que duró muchas lunas, seis meses de ellas. Ahora se encontraba dejando atrás un peligroso historial médico que incluía tres intentos de suicidio, autolesiones, desorden alimenticio, ansiedad y depresión. Eran medallas de batallas ganadas, pugnas que no hubiera

ganado de no ser por el apoyo incondicional de su familia. Alois jamás podría pagarles todo lo que habían hecho por él.

Sí, había perdido a su rosa, ya no quedaba de ella más que los recuerdos. Y eso era suficiente para que Alois pudiera seguir respirando día a día, era suficiente para que tomara el tenedor y se llevara comida a la boca.

Él se enamoró, y amó y seguiría amando a la misma persona hasta que exhalara su último aliento; estaba orgulloso de poder hacerlo. Pero ya no intentaría frenar los latidos de su corazón para poder bajar al infierno y encontrarse con su dueño, estaba dispuesto a esperar pacientemente a que se encontraran cuando el destino lo demandara. Mientras tanto, viviría con el corazón en mano, gritándole al mundo que no fue digno de presenciar algo como lo de ellos.

Su alma sanaría con el tiempo, cuando las voces de su mente se silenciaran. Tiempo, eso era todo lo que Alois tenía a su favor, e iba a ser suficiente. Se lo había prometido a Lily, le prometió que viviría, porque su amor por Hendrik había sido eso, una representación de todo lo que era la vida. Lo bueno y lo malo, el amor y el odio, la luz con sus respectivas sombras. Ellos lo fueron lo todo.

Guardaron las maletas de Alois en el maletero, su madre sonriendo en todo momento.

—Entonces, esto sería todo —dijo la mujer al cerrar el maletero.

Sus palabras iban mucho más allá, Alois lo sabía.

—Bien, ¿ahora a dónde vamos? —preguntó el médico al subirse al auto de su madre, en el asiento del copiloto. Ian se sentó en la parte trasera.

—A casa —respondió su madre alegre.

Alois aún no podía pronunciar aquella palabra sin sentir que se ahogaba. Quizá algún día lo lograría.

—B-bien... Vamos.

El viaje fue ameno, los tres conversando sobre el montón de cosas que debían hacer ahora que Alois estaba oficialmente dado de alta y como Lily había organizado un fin de semana que incluía la maratón completa de sus series favoritas. Alois e Ian no se miraron, pero ambos tenían sonrisas fingidas al saber que serían obligados a ver temporadas completas de aburridas historias de amor.

Llegaron al piso de Alois, quien parpadeó varias veces al no reconocerlo. Estaba completamente remodelado, ya no era el mismo lugar que dejó meses atrás cuando intentó quitarse la vida por tercera y última vez.

—¡¿Te gusta?! —preguntó su madre emocionada mientras Ian llevaba las maletas de Alois a su habitación.

—Eh, sí... En realidad, sí. —Y no mentía. Todo lucía cálido y acogedor.

—Me esforcé mucho para que quedara así, por lo cual es bueno que te guste y que no debas volver a la clínica porque tu mamá te castró con un cuchillo de cocina.

Alois respondió entre risas y caminó hasta su madre para envolverla en un abrazo, porque estar ahí, entre sus brazos y escuchando su corazón junto a su voz familiar, era lo mejor del

mundo, la única fuente de amor inagotable que tenía desde que su rosa ya no estaba con él.

Ian apareció a los segundos, mirando su teléfono móvil con el entrecejo arrugado.

—Yo debo volver a la oficina, Alois. Me llamó mi secretaria y me dijo que... —Ian permaneció en silencio unos segundos y luego suspiró—. En realidad, me hubiera gustado decírtelo de otra forma.

Alois rompió el abrazo y se volteó en su dirección con el ceño fruncido y sus ojos fijos en Ian.

—¿Me perdí de algo? —preguntó alternando su mirada entre Ian y Lily. Ambos se miraron con complicidad.

—Bueno... No quería decirte nada hasta no estar seguro.

—Ian, por amor al cielo, solo habla de una vez.

—Me llegó un oficio judicial la semana pasada.

—Oh, bueno... Es sobre, uhm. ¿Es sobre mi caso? —Ian asintió levemente en lo que Lily se abrazó a sí misma.

—Alois, cariño... Sé que deberíamos habértelo dicho de inmediato, pero realmente queríamos que primero salieras de la clínica. No fue nuestra intención ocultarte nada y…

—Mamá —la interrumpió, Lily tendía a balbucear cuando se ponía nerviosa—. Está bien, lo comprendo. ¿Qué dice el oficio, Ian?

—Eso es... Bien. Estás limpio.

—¿Qué?

—Estás completamente limpio, hermano. —Alois se preguntó si tanta medicación lo había dejado estúpido, porque realmente no comprendía las palabras de su mejor amigo—. Se encontraron pruebas, no sé cómo, pero lograron demostrar que todo este tiempo fuiste inocente.

Los orbes del médico se abrieron con incredulidad. ¿Cómo podía ser eso posible? Ellos habían hecho lo inalcanzable para demostrar que Alois era inocente y todo fue en vano.

—¿Qué? Pe-pero, ¿cómo? Es decir, alguien... —Tragó con dificultad—. ¿Alguien siguió con mi caso?

—Así parece. Aún no tengo todos los detalles. Esta semana me presentaré en el juzgado y veré la resolución del juez y las pruebas. No quería decirte nada todavía, pero todo indica que... —Sonrió amplio y con ilusión en su mirada—. Recuperaras tu título de médico, Alois.

Alois miró a su madre, quien asintió con efusión.

—Yo… —Tragó, negó y buscó algo que indicase que Ian mentía.

Su madre palmeó su hombro.

—Te dejaré a solas con Ian para que no te sientas agobiado, ¿de acuerdo?

Alois asintió en silencio.

Pensó que caería al suelo. ¿Volvería a ser médico? ¿Era verdad?

—Pe-pero... —No sabía qué decir. La mano de Ian se colocó sobre su hombro.

—Escucha, no estoy completamente seguro…, pero creo que esto tiene que ver con alguien que tú conoces.

—¿Que conozco? Ian, amigo. Por favor, ten en cuenta que estuve meses tomando pastillas que me hacían sonreír al ver una manzana...

—Bien, es solo que... Cuando me llegó el oficio, lo primero que hice fue contactar a la parte demandante y exigirles una explicación. Hablé con el padre del bastardo de tu exnovio...

—Alex.

—Sí, ese. La cosa es que, no sé cómo decirlo, pero el hombre sonaba realmente asustado. Me pidió perdón y dijo que haría lo que sea, pero que, por favor, lo perdonáramos. Estuve realmente perdido cuando eso ocurrió, por eso no quise decirte nada. Le dije a Lily y ella me aconsejó que investigara un poco antes de decirte... y lo hice.

—Por supuesto que le hiciste caso a mi mamá.

Ian rodó los ojos a las palabras de Alois.

—Voy a ignorar eso. Pero el punto es que encontré algo bastante interesante. Las acciones del hospital que te acusó de asesinato por negligencia médica fueron recientemente compradas por un grupo de inversionistas de Irlanda.

—¿Irlanda?

—Así es. Y dentro de ese grupo, un nombre me sonó. Lo recordé porque hace años... Ya sabes, yo era un gran admirador del boxeo.

—Ian, necesito que vayas al maldito grano porque me está dando migraña.

—Charles Reynolds, ¿lo recuerdas?

Cada pieza comenzó a encajar. Las palabras de Ian tomaron forma, porque sí, Alois lo recordaba. Imposible olvidar al padre de Mia, su pequeña princesa. Imposible olvidar al mecenas de Zev.

—... No sé qué decir.

—A mí también me tomó por sorpresa, créeme. —Si Alois pensaba en ello, Ian también sabía del hombre. No sabía de su clandestina participación en el under, pero sí que era el padre de la pequeña Mia. ¿Cómo no iba a saberlo? Cuando fue él quien lo acompañó en todo ese horrible proceso—. Al principio, su nombre solo se me hizo conocido, luego recordé la demanda que le pusieron al hombre por haber descuidado a su hija y cómo testificaste a su favor.

—Mia siempre hablaba bien de su papá —Alois buscó el sofá y se dejó caer en él, sujetando su cabeza con ambas manos—. Parecía ser un buen hombre.

—Lo sé.

—P-pero él... —Apretó los labios, sin saber qué decirle a Ian.

No había vuelto a saber de Reynolds, no había tenido el valor para ir a la prisión y buscar a Zev o Nevin. No era tan fuerte para verlos a la cara sin sentirse sepultado en vida.

—Escucha, aún no puedo asegurarte nada. Son solo suposiciones mías, pero sabes que rara vez me equivoco.

—¿Crees que él me ayudó?

—Lo creo.

—Debo hablar con él... D-debo... —Alois se colocó de pie y caminó en busca de las llaves del auto de su madre.

—¡Alois, espera!

—¡No! No entiendes, Ian, esto no es... Mierda, necesito que me lleves con él.

—Alois, no sabemos si realmente tuvo algo que ver, además de que no tengo idea de dónde vive. —El médico miró el suelo, respiraba agitadamente y su boca se sentía seca—. Escúchame, iré a mi oficina y veré la resolución del juez. Resolveremos primero la devolución de tu título médico y luego nos dedicaremos a buscar a Reynolds, ¿de acuerdo?

Alois asintió y se dejó envolver en un abrazo de Ian. Se reconfortó, intentando calmar la respiración de su pecho.

—Tengo miedo, Ian...

—Todo estará bien, hermano. Lo prometo. —Y Alois sabía que Ian, a diferencia de él, siempre cumplía sus promesas.

◆ ◆ ◆

Era cosa de algunos días, de los malos. Cuando sus ojos se abrían para comenzar nuevamente, sentía tanto dolor y tanta desolación que le era imposible no presionar su rostro contra la almohada y abandonarse a sí mismo entre lágrimas ácidas y tibias mientras gritaba hasta que sus cuerdas vocales quedaban resentidas.

Se repetía a sí mismo que debía hacerlo, por Lily y por Ian, por sus futuros pacientes. Debía seguir respirando aun cuando ya no tenía un motivo para hacerlo. Y lo estaba haciendo con toda su fuerza de voluntad, con los sobrantes de su corazón marchito y seco, lo hacía.

Alois no podía hablar de Hendrik sin quebrarse por dentro. No podía poner en palabras simples los secretos que convirtieron su amor en una eterna epifanía. Porque nadie lo entendería, a nadie le dolería. Nadie era merecedor de saber la manera en que se amaron.

“Cuando te toco, corderito coqueto, es como… No lo sé. Es como poder respirar nuevamente después de haberme ahogado bajo el agua”.

Se levantó de la cama y fue directamente al baño.

Ese día finalmente iría en busca de la verdad. Después de semanas de investigación, Ian había logrado dar con el paradero de Reynolds, o quizá Reynolds había dejado que dieran con él. No estaba completamente seguro de cuál era el caso.

Lavó su cabello bajo la lluvia artificial y restregó su cuerpo con una barra de jabón.

“Déjame lavar tu cabello, puto derrochador... Que me cuesta dos cojones conseguir una botella de champú”.

Sonrió, presionando sus dedos en su cuero cabelludo. Ya se había acostumbrado a ello, a estirar sus labios cuando se caía un pedazo de su corazón. Nadie lo notaba, era su máscara; era la manera en que el dolor se hacía real a través de su cuerpo. Y Alois sonreía siempre, porque

nunca dejaba de doler.

Frotó su rostro con ambas manos, viendo las dos horribles cicatrices trazadas en sus muñecas. Era el recordatorio de la segunda vez que intentó detener los latidos de su corazón, demasiado drogado como para siquiera recordarlo.

Quizá pasó demasiado tiempo bajo el agua, pero era un ritual necesario para él, para esos días donde la ansiedad lo abrazaba. Hizo su rutina de siempre al salir del baño, vistiéndose rápidamente y abriendo las cortinas y ventanas al pasar por el salón hasta la cocina. Hizo un expreso con manos diestras en el manejo de su cafetera consentida y lo bebió en tres sorbos antes de ir por su móvil para llamar a su madre y a su terapeuta.

—Hola, Lily —saludó con el móvil en su oreja, caminando lentamente hasta el balcón para tomar el fresco de la mañana.

Había dejado de vivir con su madre hacía poco más de una semana, cuando su terapeuta consideró que ya era posible para él retomar el ritmo normal de vida.

Conversó con Lily a gusto, escuchando todo lo que tenía que decir sobre sus diversas actividades con sus amigas y respondió con cariño en la voz a cada pregunta que su madre le hizo. Prometió ir a visitarla al día siguiente.

Fue como Ian dijo. Su reputación como médico fue restablecida y logró una disculpa pública por parte del director del hospital junto a una enorme indemnización económica, una que Alois realmente no quería, pero que Ian se empeñó en obtener. En realidad, tampoco le molestaba el deportivo rojo que se había comprado con parte de la indemnización. Mucho menos a Ian, quien era prácticamente el conductor del deportivo, ya que apenas lo veía le arrancaba las llaves de las manos.

Para Alois, lo único realmente gratificante había sido volver a trabajar como médico pediatra. Podría volver con aquellos niños que esperarían efusivamente por él cada día, que lo ayudarían a manejar la ardua tarea de continuar viviendo, aún cuando había perdido las ganas de hacerlo.

Escuchó el timbre y frotó su nuca con las yemas de los dedos de sus manos mientras se hacía camino de manera perezosa hasta la puerta. Un sonriente Ian fue a quien se encontró.

—¡¿Dónde están?! —preguntó, haciendo referencia a aquellas piezas metálicas que significaban más para él que todo en su vida.

Alois rodó los ojos y le indicó una mesita de adorno a la entrada donde se encontraban las llaves del deportivo. Ian prácticamente corrió hacia ellas.

—¿Estás listo? Ya vamos, vamos.

—Por Dios, Ian. Solo llévate el maldito auto y cásate con él.

—¿Se puede? Es decir, ¿nos has visto juntos? Somos perfectos. —Acunó las llaves en sus manos y las besó como quien besaría a un canario—. Ahora sé que el amor es real.

—Sí, como sea. Voy por una chaqueta.

—Te esperaré abajo con Emy.

—¿Emy? —preguntó con el ceño fruncido.

—El nombre de mi chica. —Besó de nuevo las llaves y Alois negó con la cabeza.

—¿Le pusiste nombre a mi deportivo?

—¡Hey! No le hables así... No es una cosa.

—Estás loco.

Ian sonrió e hizo sonar las llaves al rodar el llavero por su dedo índice. Salió del piso mientras Alois fue por su chaqueta, tomando su billetera y las llaves de su piso al mismo tiempo. Palmeó el bolsillo de su pantalón en busca de su móvil.

Apartó los mechones de cabello que caían por su frente y, con el caminar ligero que lo caracterizaba y que le hacía ganar uno que otro cumplido, llegó al deportivo donde un enamorado abogado lo esperaba. Su mejor amigo estaba prácticamente cantándole una serenata al vehículo a la vez que acariciaba el volante. Alois estaba pensando seriamente en regalarte el deportivo.

—¿Listo? —preguntó el castaño, sentándose en el lugar del copiloto. Se colocó los lentes de aviador que había guardado en la guantera.

—Nací listo. —Ian le dio un guiño y encendió el motor, haciéndolo sonar con pedantería antes de quemar el asfalto al partir a toda velocidad. Alois bufó y rodó los ojos, una sonrisa plasmada en su rostro.

Estaba asustado, emocionado y con un nudo en su vientre que le había hecho imposible comer algo. No podía ser de otra forma. Finalmente, vería a Reynolds, al mecenas que llevó a Hendrik a su muerte. Sí, Alois lo había odiado. Había querido tenerlo frente a sus ojos para poder arrebatarle la vida, tal como Reynolds lo había hecho con Hendrik al llevarlo a la fosa; sin embargo, en algún momento se resignó y luego lo aceptó, perdonando al mecenas desde la honestidad de su estropeado corazón. De cualquier forma, ni Reynolds ni la muerte lo iban a separar del emperador. Y con ese pensamiento enraizado en su cabeza, la paz se había hecho un pequeño lugar en su desolada alma.

Ahora solo quería saber los motivos que tuvo Reynolds para ayudarlo, también quería saber cómo murió Hendrik, sus últimas palabras y por qué las peleas en el under habían sido clausuradas tal como le dijeron a Ian cuando intentó averiguar sobre Zev y Reynolds en North Collan.

—¿Estás bien? —preguntó su abogado luego de una hora de viaje. Alois inclinó su cabeza hacia abajo.

—Sí, solo... algo conmocionado. Sabes que esto es, bueno, difícil para mí.

—Podemos posponerlo.

—No, no podemos, Ian. Necesito saber, necesito... Ya sabes.

—Sí, lo sé. Tranquilo. —Ian palmeó un muslo de Alois, regalándole una sonrisa.

—Eres demasiado bueno conmigo —suspiró—. ¿Por qué nunca me enamoré de ti?

—Porque somos hermanos y sería raro.

—Buen punto. No me viene el incesto.

—Y porque siempre te quejas de que mis pies apestan.

—¡Es verdad! Dios, ¿has visto un médico? Que no es normal.

—No, creo que me gusta. Es como... mi perfume personal.

—¡Asco! Ahora recuerdo por qué no tienes novia. —Alois fingió temblar, sus labios apretados y su nariz arrugada.

—En realidad...

—No —Alois lo interrumpió.

—¿Qué?

—No, no puedes tener novia. No vas a tener novia. Tu futuro es ser un viejo soltero con muchos perros y que se embriaga en costosos bares.

—Hermoso.

—Lo sé. Y me llamarás por teléfono a las cinco de la madrugada para decirme que no puedes manejar por estar borracho.

—Suena como algo que tú harías.

—Por supuesto que no, soy un hombre casado. —Alois le mostró su mano izquierda a Ian, moviendo su dedo anular donde el tatuaje de anillo lucía radiante.

Ian rodó los ojos, sin embargo, sonrió. Que Alois hablara de Hendrik como si todavía estuviera en su vida era algo a lo que ya se había acostumbrado. Era la forma en que Alois podía lidiar con el dolor.

El resto del viaje fue placentero. Alois habló como pocas veces lo hacía, con una enorme sonrisa en su rostro. Le contó a Ian anécdotas de Hendrik y él. Era ameno, sí, porque Ian no sabía que Alois mordía con fuerza su mejilla interna hasta hacerla sangrar cada vez que se callaba. Nadie sabía que Alois moría con cada paseo a su pasado.

Alois le contó como a veces se escondía de Hendrik, solo porque le gustaba saber que su dueño se volvía loco buscándolo por todo North Collan, y porque los abrazos que Hendrik le daba cuando finalmente encontraba su escondite eran los mejores; los más fuertes y tibios.

Cuando el castaño se dio cuenta, ya habían salido de la carretera para adentrarse en un sendero al interior de un bosque. Miró a Ian con cierta duda y su amigo le explicó que Reynolds se encontraba en su casa de campo junto a su hija.

Finalmente, se estacionaron a las afueras de una enorme casona hermosa construida sobre una base de piedras de cantera. Alois apenas esperó a que Ian apagara el motor para salir del deportivo de un salto, prácticamente corriendo hasta la puerta de entrada. Madera maciza chocó contra sus nudillos al tocar la puerta, la cual no demoró en abrirse.

La boca de Alois se secó y los recuerdos, todos, cada uno de Hendrik y él, se agolparon en su cabeza. Sintió un mareo y fue sostenido por las grandes manos del hombre.

—Hola, Alois.

—Hola, Reynolds. —El mecenas sonrió y su abogado llegó a los pocos segundos. Sintió la mano de Ian colocarse en su espalda baja—. Vengo por respuestas.

El mecenas le regaló una sonrisa sincera y negó con la cabeza.

—No es aquí donde vas a obtenerlas, pero quiero que pasen. Hay alguien que quiere verte.

Alois botó el aire de sus pulmones y miró a Ian antes de adentrarse en la casa, sintiendo sus piernas flaquear a cada paso. Reynolds los guió hasta el salón principal.

El castaño no fue consciente de las lágrimas que recorrían sus mejillas hasta que sintió ese delgado cuerpo abalanzarse contra él.

Su pequeña princesa lo abrazaba como si su vida dependiera de ello.

—Mia…

—¡Peter! —gritó la pequeña, interrumpiéndolo.

Alois se inclinó para envolverla en un abrazo. Besó los cabellos de la pequeña, quien llevaba orgullosamente la corona que él le había regalado tantos años atrás. Estaba hermosa, grande, y sus ojos aún brillaban como diamantes.

—Hola, campanita.

El abogado, luciendo completamente desorientado, miró a Reynolds, quien estaba perdido en la escena de su hija y Alois.

—¡Te estuve esperando! Lo hice porque me prometiste que volverías por mí. ¡Y cumpliste!

—Sí… —susurró con la voz fracturada. Estaba sobrepasado de emociones. Su cuerpo temblaba y todos sus pensamientos habían hecho cortocircuito.

Mia se separó de Alois y, usando el dorso de una mano, limpió sus hermosos ojos llorosos con fuerza. Era una niña fuerte, de eso no había duda. La pequeña sonrió, levantó sus manitos y se sacó la corona de su cabeza. Ella colocó la corona que Alois le había regalado sobre la cabeza de este.

El labio inferior de Alois tembló. Quiso gritar.

—Mia... No.

—¡Ahora te toca a ti llevarla! —Alois negó con la cabeza, desesperado—. ¡Sí, tú lo dijiste! Que si yo llevaba la corona hasta que volvieras por mí, después la llevarías tú y ambos seríamos de la realeza.

Y Mia no sabía. En su inocencia la pequeña no sabía el peso que caía sobre Alois al tener aquella pieza de juguete sobre su cabeza.

Ian palmeó su hombro y Alois limpió sus lágrimas con las puntas de sus dedos.

—Mia, amor, después podrás jugar con Alois. Primero tengo que hablar con él, ¿de acuerdo?

La jovencita hizo un puchero y asintió con la cabeza. Abrazó a Alois por última vez antes de salir con pequeños pero fuertes pasos del salón principal.

—Está enorme, pero sigue... Ella…

—Mia ha quedado estancada en la época que vivió contigo en el hospital. La llevé a diferentes especialistas y muchos de ellos me han dicho que se debe al abuso sexual que sufrió y todo el daño emocional que vivió en aquellos años. Está con un especialista, dice que con los años logrará reponerse... Aunque no dice cuántos.

—L-lo siento. Yo…

—No es tu culpa, Alois, tampoco es mía. Me tomó años comprenderlo. Quien ocasionó el daño fue el único culpable. Algún día, tal como yo, lograrás entenderlo. —Alois bajó la mirada, sin aceptar del todo las palabras del mecenas—. Ven.

Tomaron asiento en un enorme sofá y Reynolds les habló más sobre la condición de Mia. Sin necesidad de preguntas, con su corazón en mano, el hombre les contó el infierno que vivió cuando descubrió que su hijo mayor violaba a su pequeña y como gracias a Alois no la había perdido, alegando que siempre le estaría agradecido por eso. También le dijo lo mucho que le sorprendió encontrarse con Alois en North Collan.

El médico escuchó todo, respondiendo con dificultad a las preguntas que Reynolds le hacía y agachando la cabeza cuando el mecenas le dijo que había escuchado sobre su estadía en el hospital por sus intentos de suicidio.

—Lamento todo esto, Alois. Es..., no sé cómo decirlo. Creo que la vida nos ha puesto en el camino del otro una y otra vez.

—Eso veo —respondió vacío. Se sacó la pequeña corona de la cabeza, dejándola reposar sobre sus rodillas.

—No pude dejar que llegaras a mí antes, lo siento por eso. No podía exponer a mi hija, exponerte a ti… Ni a quienes protejo.

—Yo lo comprendo, es solo que… —La mano de Ian se colocó sobre la suya. Alois sonrió a su hermano del alma—. Reynolds, necesito saber cómo murió Hendrik. Lo necesito saber porque Hendrik… Él es parte de mi ser. Y cada día siento que hay una parte de mí extraviada, que me falta la mitad del alma.

El mecenas apretó los labios y comenzó a jugar con sus dedos.

—Él dijo lo mismo, ¿sabes?

—¿Lo dijo? —Su ritmo cardíaco se aceleró.

—Sí, cuando le dije que... A decir verdad, le conté que estaba en deuda contigo y que haría todo lo que estuviera en mis manos para ayudarte, y él me dio las gracias. Yo le dije que no debía hacerlo, que lo hacía por ti, no por él, y entonces... —Reynolds estiró una mano y señaló con su palma extendida a Alois—. Me dijo que tú eras parte de él.

—Lo sigo siendo. —Tragó seco—. Lo seguiré siendo.

—Él me dio un mensaje para ti antes de su última pelea. —Alois abrió la boca para decir algo, pero ninguna palabra salió de ella—. Él dijo: si muero, lo haré viendo el cielo porque es el lugar donde tú y yo nos encontraremos.

Y Alois sonrió.

—N-no puedo. —Las comisuras de sus labios dolían—. No puedo dejar de sonreír. No puedo...

—Alois...

—Nunca podré dejar de hacerlo. —Sus ojos estaban irritados y rojos. El índigo en ellos destacaba debido al rojo a su alrededor.

—Alois, escúchame... Si muero, lo haré viendo al cielo porque es el lugar donde tú y yo nos encontraremos.

El médico frunció el ceño. Estuvo en silencio unos cuantos segundos hasta que lo comprendió. Llevó ambas manos a su boca, ambas temblando.

Recordaba aquella conversación. Una noche como tantas, con Hendrik a su lado acariciando las curvas de su espalda hasta el nacimiento de sus caderas, ambos embriagados del otro. Su dueño le había hablado sobre aquel lugar que se asemejaba al paraíso.

“Ese lugar es como el cielo... Algún día te llevaré porque mereces verlo. Mereces ver el paraíso porque tú perteneces a él”.

—Grand… —susurró con voz tiritona, apenas audible—. L-la isla Grand Anse.

Los labios de Reynolds se curvaron en una sonrisa.

◆ ◆ ◆

Fue cuando Hendrik abrió la puerta, expectante de conocer finalmente a Ivanov, el hombre que su padre quería muerto, que se encontró a la persona que jamás esperó encontrarse.

—¡¿Tú?!

—Hendrik, te presento a Ivanov, mi salvador y también... mi jefe.

—Hola, emperador.

—¡¿Pero qué mierda estás haciendo aquí, Nevin?!

—¡Ay, maricón! No grites que me pones nervioso.

Hendrik miró a Reynolds y después a Nevin, sin comprender absolutamente nada de lo que ocurría.

—Lo mejor será que tomes asiento, Hendrik. —El mecenas intentó tranquilizarlo colocando una mano en su hombro.

—¡No me digas qué hacer! —rugió Hendrik, tomando a Reynolds y empujándolo contra la pared. Su antebrazo ejerció presión en el cuello del hombre—. ¡Zev!

—¡Cállate, imbécil! —gritó Nevin.

—¡Zev!

—¡No llames a mi novio, hijo de puta!

Hendrik vio el revólver que Reynolds cargaba en el borde de su pantalón. Lo sustrajo y soltó a Reynolds, retrocediendo y apuntando a Nevin, quien rodó los ojos.

—¡¿Cómo quieres que no lo llame?! ¡¿Quién eres en realidad?!

—¡Pero si ya me conoces, cabrón!

—¡Hendrik! ¡¿Qué ocurre?! —escuchó la voz de Zev a través de la puerta seguido por fuertes golpes.

Los ojos de Nevin se abrieron con desmesura y el emperador se negó a bajar el arma. Reynolds suspiró con una mano en la frente, luciendo resignado.

—¡Dime por qué mierda has dicho que eres Ivanov! —demandó saber, su entrecejo tan fruncido que llegaba a doler. ¿Qué mierda estaba ocurriendo ahí?

—¡Hendrik!

—Primero, dile que se vaya —el irlandés susurró apenas audible, sacudiendo su cabeza de un lado a otro con tanta rapidez que pareció romperse el cuello—. Se va a enojar conmigo, Hendrik. Dile que se vaya, primero tengo que hablar contigo.

El desconcierto en el rostro de Hendrik podía llegar a ser divertido en otra circunstancia.

—¡¿Hendrik, por qué demonios no me respondes?! —la voz de Zev sonaba desesperada.

El mecenas sacó un puro de su cigarrera metálica con una calma que se contraponía a los ánimos alterados de Nevin y Hendrik.

—Si no dejas que Nevin hable —murmuró con total tranquilidad—, puedes irte olvidando de ver nuevamente a Alois.

El corazón de Hendrik se saltó un latido.

—¡Nada! ¡Estoy bien! —gritó finalmente, confiando en las palabras del mecenas.

Nevin suspiró aliviado, llevándose una mano al pecho.

—¡Abre la puerta, Hendrik!

—¡Solo espérame ahí!

Escucharon a Zev gruñir un poco más antes de gritar que estaría fuera de la habitación.

Reynolds caminó hasta el irlandés.

—¿Estás bien?

—Sí, solo me asusté. —El rubio sonrió.

El arma en ningún momento dejó de apuntar a Nevin.

—¿Me van a decir que mierda ocurre aquí o tendré que disparar?

—Deja el drama de perra herida y toma asiento, Hendrik. Lo que voy a decirte es importante.

Hendrik gruñó en respuesta, pero obedeció. Se sentó al frente de Nevin. Aún tenía el revólver sin seguro sobre su regazo, dispuesto a usarlo en cualquier momento. No importaba que tuviera sus manos esposadas, eso no sería dificultad para apretar el gatillo.

—De acuerdo... —Nevin tomó una bocanada de aire y su rostro risueño cambió drásticamente a uno firme y seco, una expresión que el emperador jamás había visto en él—. Primero, Ivanov es el nombre que usa mi padre para hacer negocios. Así nos mantenemos protegidos de posibles enemigos.

—¿Eres su hijo? —preguntó Hendrik con la voz áspera.

—Lo soy. —Asintió con la cabeza—. Y como bien tú sabes, Robert, tu padre, ha mantenido ciertos conflictos con mi padre por algunos años ya.

—Solo supe que tu padre se ha convertido en una amenaza para Robert.

—Sí, bien. Puedes agradecerme por eso. —Nevin estiró una carpeta en dirección a Hendrik,

quien al tomarla comenzó a ver su contenido. Su rostro se mostró sorprendido al ver las fotos, facturas, documentos... Pruebas de cada ilegalidad cometida por Robert.

—Esto... Joder.

—Años de trabajo, Hendrik.

—¿Cómo lo conseguiste? ¿Por qué?

—Guantánamo.

—¿Qué…? —preguntó Hendrik, ahogado.

En el rostro de Nevin se esbozó una pequeña sonrisa.

—Hace algunos años, el coronel Robert hizo un importante negocio con mi padre. Contrabando de armas militares... Le vendió cinco cargamentos de armas militares a mi padre, y todo habría quedado bien de no ser porque Robert fue descubierto en su crimen. —Hendrik bufó. No era nuevo para él escuchar sobre su padre siendo una rata—. Tu padre aseguró que no había cometido tal infracción y emitió una orden internacional de búsqueda a los cargamentos de armas.

—¿Dieron con las armas?

—Sí. No les fue difícil dar con ellas, puesto que Robert sabía dónde estaban.

Reynolds no decía palabra alguna. Se mantenía en silencio como perro fiel al lado de Nevin.

—Ya. Eso quiere decir que Robert se jodió a tu padre. Pero, ¿dónde me involucra esto?

—¿Te calmas un poco, hijo de puta? La historia se pone buena justo ahora —exclamó Nevin, luciendo ofendido.

—Vale, como sea. Continúa. —Señaló al rubio para que continuara su relato.

—Entonces… Mi padre se quedó sin armas y sin el dinero. Sin millones de euros. —Hendrik silbó.

—¿Qué hizo tu padre al respecto?

—¡Se volvió loco! Quería llenarle el pecho de plomo a Robert.

—Debería haberlo hecho —bufó el rizado.

—Concuerdo. —Se encogió de hombros—. Pero no es idiota, y recuperar el dinero era más importante. Tenía pruebas que demostraban que Robert había sido quien le vendió las armas y prometió usarlas en su contra si no le devolvía el dinero.

—Mi padre devolviendo dinero... Estoy seguro de que eso no ocurrió.

—No, no ocurrió. —El rostro de Nevin lucía amargo y decaído—. Por supuesto que no devolvió el dinero. Robert es un ratero y decidió que era mucho mejor intentar deshacerse de mi padre que pagar su deuda.

—Eso sí suena a Robert. Solo un hijo de puta como él haría algo así. ¿Y lo mató?

Nevin apoyó un codo sobre el escritorio y acunó su barbilla en la palma de una mano.

—En esa época, mi hermano mayor y su esposa estaban en una misión de ayuda a un campamento de refugiados ilegales en Guantánamo. Mi padre fue con ellos para ayudar en lo que

le fuera posible. Siempre ha sido un hombre de corazón blando y ayudar a los desprotegidos es la forma en que conserva los pies en la tierra. Ya sabes, el trabajo de hombres como mi padre no es muy ortodoxo. —Nevin soltó un suspiro y sus labios se fruncieron en un rictus amargo—. Pero mi madre cayó enferma y mi padre tuvo que devolverse ese mismo día. No le dijo a nadie...

—Nevin, dime que no es… N-no.

Hendrik no necesitó más información, ya todo había tomado forma en su cabeza. Ahora, después de tantos años, finalmente tenía el motivo por el cual su padre había asesinado a todas esas personas. Todo por intentar deshacerse de un hombre.

—Robert usó sus contactos en el gobierno de Estados Unidos para llevar a cabo el asesinato de mi padre.

—Fue por eso que me mandó a ese campamento, para que matara a tu padre y así no tener que pagarle nada.

—Todo por el maldito dinero. —Reynolds palmeó el hombro de Nevin, sabiendo que la parte más difícil era la que seguía—. Mi hermano y su mujer murieron esa noche, Hendrik. Murieron junto a los cientos de civiles...

Hendrik sintió los dedos de sus manos entumecerse. Quiso vomitar.

—Nevin…

—No tienes la culpa, lo sé. No pasé más de un año en prisión contigo y Zev por nada. —El ojiverde bajó la vista. No se sentía capaz de ver a Nevin a la cara—. Seguro que Robert se sorprendió cuando mi padre lo contactó al poco tiempo, exigiendo el dinero de vuelta... Divertido, ¿no crees? Robert movió todos sus contactos para matar a un solo hombre y… este no murió.

La risa ácida de Nevin perforó los oídos de Hendrik.

—¿Por qué no se vengó en ese entonces?

—No imaginábamos que Robert sabía la verdadera identidad de mi padre. Además, tú sabes que todo ocurrió bajo el marco legal de la milicia norteamericana y que lo hicieron pasar como una operación antiterrorista de Estados Unidos. Robert no aparecía ligado bajo ningún aspecto a lo ocurrido. Por otro lado, nos costó un largo tiempo conseguir el nombre del culpable, puesto que fue mantenido como secreto de estado.

—Mierda...

—Pero todo secreto termina por saberse. Cuando descubrimos que había sido Hendrik Stone, hijo de Robert Stone…, no hicieron falta más pruebas. —Tamborileó con sus dedos sobre la mesa—. Tú ya estabas en prisión, cumpliendo tu condena.

—Ya… —Tragó con dificultad—. Estaba pudriéndome en North Collan por culpa de Robert.

—Fue en ese entonces que mi padre conoció a Reynolds y le dijo que necesitaba su ayuda, pero Reynolds no podía acercarse a ti.

—Yo estaba con Nicholas.

—Exacto. Y Nicholas trabajaba para tu padre, así que Reynolds no podía acercarse sin

levantar sospechas. Fue entonces que decidí entrar yo mismo en el juego, aunque mi padre no quisiera. Conocí a Zev y encontré una oportunidad única. Reynolds sería su mecenas y por efecto, seríamos cercanos a ti.

—Mierda… ¿Robert no sabía de ti?

—No. Ni de mí, ni de mi hermano. Nuestro padre siempre cuidó nuestras identidades.

Hendrik asintió, intentando procesar todo en su cabeza. De alguna manera, ya todo encajaba y tenía una respuesta.

—Zev va a matarte.

—Me ama.

—Nos mentiste. Le mentiste. —La voz de Hendrik sonó profunda y lenta. Un amago de tristeza surcaba sus cansadas facciones—. Nos usaste.

—¿Qué debía decirles? La verdad siempre sale a la luz, Hendrik. Solo hay que ser paciente. Y no los usé, solamente usé la oportunidad.

—Alois. ¿Él sabía? —preguntó con miedo en la voz, sintiéndose vulnerable. No iba a soportarlo, que Alois le hubiera mentido. Prefería morir ahí mismo.

—Créeme, él no estaba en mis planes. De hecho, Reynolds casi se orinó en sus pantalones cuando lo vio contigo. —El mecenas bufó y Nevin lo miró de reojo—. ¿Qué? No es mentira.

Hendrik sintió que podía volver a respirar.

—¿Y ahora qué? ¿Para qué mierda me has traído aquí? Sé que quieres algo de mí, Nevin. Así que dilo de una maldita vez.

—Los hombres que están aquí…

—¿Qué con ellos? —interrumpió Hendrik.

—Son los aliados que tu padre mantiene en los bajos mundos. Sus conexiones y sus protectores. Son quienes no han dejado de buscar la manera para destruir a mi padre por petición de Robert. —Esbozó una sonrisa de satisfacción—. Y los junté a todos… Los amarré a mi dedo meñique, Hendrik.

—¿Lo dices en serio? —Nevin asintió—. Joder, Zev tenía razón. Estás demente.

—Un poco, pero créeme, no podía ser de otra forma. Necesito a tu padre vulnerable, Hendrik. Lo necesito expuesto porque créeme, voy a acabar con él. Lo pisotearé hasta que ruegue por piedad y luego, cuando no le quede nada…, le cortaré la garganta.

—No estás buscando simple venganza —afirmó.

—No. Esto no es venganza, Hendrik. Es un castigo… y serás tú quien lo ejecute.

Se miraron en silencio. En el rostro de Nevin no había más que convicción férrea.

—¿Sabías que Zev vendría a la fosa? —Nevin negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Se suponía que solo tú pelearías. —Suspiró, molesto—. Mi padre y Reynolds iban a encargarse de todo, de que ganaras para que volvieras a prisión con un mensaje…

—¿Un mensaje?

—Sí, un mensaje para Robert de que Ivanov iría por él, que conocía su talón de Aquiles y a sus socios. Pero hubo un cambio de planes. Tu padre descubrió que un hijo de Ivanov estaba en North Collan y metió a sus hombres para descubrir quién era, por eso mi padre me sacó de ahí. Y por eso su urgencia con que te deshicieras de mi padre.

—Por eso me presionó con Zev y amenazó con hacerle lo mismo a Alois. —Finalmente, dejó el arma sobre el escritorio. Estiró sus manos en dirección a Reynolds, quien de inmediato le sacó las esposas—. Esto está demasiado jodido. Entonces, ¿qué debo hacer? ¿De qué manera vas a usarme?

Al final, eso era todo. Siempre usado, siempre siendo un peón del tablero de ajedrez. A eso se limitaba su vida.

—Necesito que mates a todos los mecenas que han venido.

—¿Qué? ¿Hoy?

—A todos y cada uno, Hendrik. Pero no hoy, esta noche solamente los verás y memorizarás sus rostros. Háblales, salúdalos… Preséntate como Hendrik Stone y confírmales que eres el hijo de Robert.

—¿Por qué? Mierda, tu mente está retorcida.

—Porque necesito que testifiquen que el hijo de Robert Stone ha muerto. Ellos pensarán que estás muerto y le dirán a tu padre que lo estás, porque lo estarás.

Hendrik resopló, sintiéndose agotado. Tanto luchar durante toda su vida solo para terminar siendo una herramienta.

Se repasó el cabello con una mano.

—Entonces, moriré y después me encargaré de matar a los bastardos que ayudan a Robert.

—Lo harás.

—Y mi padre verá a sus socios caer, uno a uno. Eso lo volverá loco. Conozco a Robert, y cuando algo comienza a amenazarlo, comete muchos errores.

—Exactamente.

—¿Y si no lo hago? Si no te ayudo con esto.

—Lo harás. Porque odias a Robert tanto como lo hago yo.

—Odio que me conviertan en una marioneta, Nevin. He pasado demasiados años siéndolo.

—Será la última vez, Hendrik, pero te necesito en esto, no podría ser alguien más. No puedo correr ningún riesgo, mucho menos cuando hay vidas en juego. Reynolds, Mia, Alois y su familia... Zev. Todos ellos están expuestos mientras tú vivas, porque tu padre sabrá que puede usarlos para llegar a ti.

—… Entonces, ¿debo morir?

—Debes hacerlo.

Hendrik le mantuvo la vista a Nevin durante varios minutos, su cabeza finalmente logrando hilar todo lo ocurrido desde aquella operación en Guantánamo.

—Sé lo que has planeado, Nevin, no necesitas decírmelo. Pero hay una posibilidad de que todo se vaya a la mierda, y lo sabes. Sabes perfectamente que puedo morir de verdad.

—Lo sé, pero no puedo dejar que sigas con vida. Eres un peligro para quienes amas mientras sigas en el mapa... Y no puedo dejar que mates a Zev.

Nevin tenía razón. Hendrik lo sabía, había pensado en ello durante noches completas. En cómo su amor por Alois no era más que una debilidad, una maldición que podría servirle a Robert para manejarlo a su antojo.

—Lo haré.

—Por supuesto que lo harás. —Se miraron en silencio unos cuantos segundos—. No podemos cometer ningún error, Hendrik... Ninguno.

—Lo sé, rubio. Créeme, lo sé.

Y así comenzó. Fueron horas de plática, de entrega de información y de secretos revelados sobre la vida de su padre. Nevin le dijo todo, le contó como Robert era una amenaza para muchas personas y como una de esas personas era Alois. Su amado chico, quien seguramente no tenía idea de que Robert estaba custodiándolo, manteniendo un ojo encima de cada movimiento que hiciera. Hendrik apretó sus puños con tanta fuerza al escuchar aquello, sobre Robert vigilando a Alois, que sus uñas se enterraron las palmas de sus manos.

Acordaron cada paso a seguir, cada movimiento y una salida alternativa en caso de fallar. No sabían cuánto tiempo le tomaría a Hendrik deshacerse de todos esos hombres. Estimó algunos meses, y Nevin le dijo que debían ser lo más rápidos posible, dejando a Robert sin tiempo para planear un contraataque.

Con Hendrik muerto, Alois y Zev ya no estarían bajo la mira de Robert. Serían inservibles para sus propósitos. Aquella idea lograba tranquilizar a Hendrik, darle una paz que no había encontrado en semanas.

Finalmente, su padre desaparecería de su vida. Sería libre de verdad.

Reynolds les mencionó que ya tenía listo el cambio de directorio para North Collan, por lo que apenas terminara la fosa sería asignado un nuevo director a la prisión y las peleas serían clausuradas. Su nexo con Robert quedaría acabado en ese momento. Se escondería unos cuantos meses hasta que Robert no fuera más una amenaza y cuando eso sucediera, se encargaría de ayudar a limpiar la imagen de Alois.

Cuando Robert cayera y no quedara de él más que un simple nombre, Hendrik dejaría que Alois se encontrara con él. El punto de encuentro sería un lugar que solo Alois lograría comprender. La playa de Grand Anse en la isla de La Digue, un lugar que Hendrik tuvo la oportunidad de visitar una vez en su vida. Cuyo mar era del mismo color de los ojos de Alois y cuyas arenas eran doradas como su piel. Sin lugar a duda, era el paraíso. El cielo...

—Los cuerpos de los muertos serán enterrados esa misma noche —dijo Nevin sin dejar de mirar a Hendrik—. Necesito que tu cuerpo esté ahí cuando comiencen a enterrarlos, que vean que estás siendo enterrado, así no habrá dudas.

—Ya, entonces me entierran con los muertos, genial —resopló.

—No será tan terrible... —Nevin se encogió de hombros—. Cuando terminen de enterrar los

cuerpos se celebrará la fiesta de clausura. Reynolds se encargará de que el terreno alrededor de la fosa esté despejado.

—¿Quién me sacará de la tierra?

—Yo.

—¿Tú? Vale… —Recorrió a Nevin con la mirada, una sonrisa sardónica haciendo aparecer sus hoyuelos—. No es que… no crea en ti, rubio, pero vamos… No te puedes ni los cojones de Zev y vas a poder sacarme de la tierra.

Nevin se vio horrorizado por las palabras de Hendrik. Se llevó una mano al pecho e hizo chistar su lengua contra el paladar.

—¡Soy un hombre macho, cariño! ¿Verdad, Reynolds?

—Uh…

—¡Reynolds!

—Bien. Sí, como sea… —El mecenas carraspeó, incómodo por tener que mentir.

—Solo dime que no vas a cansarte y tomar un descanso mientras me estoy asfixiando bajo tierra.

Nevin bufó y entornó los ojos en dirección a Hendrik.

—Deja de ser un imbécil.

—No lo soy, simplemente no sé cuánto tiempo pueda aguantar bajo tierra con un hoyo en mi abdomen.

—No te quejes, en North Collan te hicieron cosas peores.

—Seguro dices eso porque Zev pasa cavándotela en el agujero del culo.

—Amén por eso. —Sonrieron levemente antes de recuperar la compostura—. Escucha, no serán más de diez minutos, es todo lo que necesito que aguantes. Te sacaré de la tierra y nos largamos.

—¿Y Zev?

—Debe volver a North Collan o Robert podría sospechar. No pienso arriesgarme.

—¿Cómo estás seguro de que no intentará hacerle nada?

—No lo estoy, pero no puedo retroceder. Reynolds tiene algunos de sus hombres dentro y ellos se encargarán de que a Zev no le ocurra nada. Por otro lado, el nuevo director tiene algunas deudas con Reynolds.

Hendrik miró al mecenas, quien dio una leve inclinación con la cabeza.

—Bien...

—Entonces, eso sería todo.

—Cabrón, hijo de puta. Cuando esto termine voy a patear tu culo con tanta fuerza que Zev no tendrá donde meterla, lo juro. —El rubio golpeó su mejilla interna con la punta de su lengua simulando una felación—. Puto.

Nevin sonrió, pero solo duró unos segundos antes de que su rostro cayera y mirara en

dirección a la puerta.

—Ahora salgan y díganle a Zev que pase...

Hendrik se colocó de pie y le dio la mano al rubio antes de girar sobre sus talones.

Reynolds abrió la puerta y Zev de inmediato se despegó de la pared en la que estaba apoyado. Miró con recelo a su mecenas y su rostro se alivió al ver que Hendrik estaba bien.

—¿Todo bien?

—Imposible —gruñó el ojiverde. Reynolds cerró la puerta tras él—. Allá dentro hay alguien que muere por tener tu polla en su culo. —Señaló la habitación.

—¿Qué…?

—Solo entra de una vez y no grites... Solo no, no lo hagas.

El moreno frunció el ceño, pero obedeció a Hendrik.

Al abrir la puerta, el rostro de Zev palideció con tantas emociones en su cara en tan poco tiempo. Abrió la boca para decir algo, seguramente gritar, sin embargo, un par de labios se estrellaron contra los suyos. El moreno fue jalado al interior de la oficina de Nevin por unas manos ansiosas, con la puerta cerrándose a su espalda gracias a la ayuda del mecenas.

—¿Esperamos? —preguntó Hendrik con una mueca de asco en el rostro. Reynolds negó con la cabeza—. Perfecto.

Reynolds volvió a esposar las manos de Hendrik y bajaron las escaleras, ignorando los gritos al interior de la habitación. Unos hombres armados impedían que alguien más pasara el umbral que daba a la oficina donde Nevin estaba con Zev.

Hendrik perdió la noción de la hora en un punto. ¿Cuánto tiempo había pasado? Dos horas o quizá tres.

Todos los capos estaban demasiado drogados y ebrios como para notar la ausencia del moreno, quien finalmente se dignó a aparecer. Tenía los ojos rojos y sus labios hinchados. Su cabello era un caos y su cuello presentaba inmensos cardenales de besos.

Hendrik rodó los ojos al ver que Zev sonreía.

—Linda noche, ¿no? —preguntó el moreno parándose a su lado.

Reynolds conversaba con uno de los mecenas a gusto mientras unas guapas mujeres estaban bailándole.

—Omíteme detalles.

—Estaba tan malditamente apretado, joder.

—Imbécil.

—Y sus besos, mierda. Había olvidado lo bien que se siente besarlo.

—¿No estás molesto? Nos mintió. —Zev negó con la cabeza y luego se encogió de hombros.

—Nevin puede hacer lo que quiera conmigo, Hendrik... No me importaría si me traiciona, estoy loco por él.

—Maldito loco.

Ambos permanecieron en silencio y se miraron de reojo. No querían sonreír, no querían demostrar que una pequeña chispa de esperanza se había instalado en ellos.

—… Lo haré bien, Hendrik. Lo prometo.

—Lo sé.

—Tienes que decirme dónde debo hacerlo para no tocar algún órgano vital.

—Después.

—Bien... Lo haré bien. Te daré la mejor puñalada de tu vida y terminaremos con esta mierda, lo prometo.

—Ya cállate, pareces hasta emocionado, maldito demente —gruñó el rizado.

—¿Qué puedo decir? Siempre quise enterrártela.

—Lo mismo le dices a todos.

Nunca cambiarían. Hendrik estaba seguro de eso.

Y la fiesta llegó a su final, con los hombres felices y las mujeres con los bolsillos llenos. Con Hendrik bebiendo una última copa de champán, su sabor burbujeante recordándole a la sensación en sus labios cuando dejó un último beso sobre la piel de Alois antes de marchar.

◆ ◆ ◆

Fue cuando la fosa comenzó que Hendrik sintió miedo. Zev podía realmente arrebatar su vida en la pelea final. Porque él mismo podía cometer un error y poner en peligro la vida de Alois, incluso podía morir mientras cometía cada asesinato de la lista que Nevin le había entregado. Pero todos sus miedos desaparecieron cuando sintió la daga enterrarse en su abdomen, cuando vio el cielo azul y su cuerpo se desplomó en el suelo.

El miedo desapareció cuando murió, cuando Hendrik Stone dejó de existir y el título de emperador recayó en Zev.

Ya era de noche y en la casona la música resonaba sobre las paredes. Los hombres de Reynolds custodiaban que nadie saliera, dándole paso libre a Nevin, quien llegó hasta la fosa común de cadáveres. Su cuerpo se mimetizó con la noche gracias a su ropa negra. Cavó con rapidez mientras las manos le temblaban y las gotas de sudor se acumulaban en su frente. Nada les aseguraba que todo fuera a salir bien.

—Venga, hijo de puta… —susurró. Sus manos se hundieron en la tierra, removiendo cuerpos en busca de Hendrik. Hasta que lo encontró.

El corazón de Nevin latía con fuerza desmesurada, la adrenalina recorriendo su torrente sanguíneo. Todo el peso recaía en el rubio, en que hiciera bien su parte. El labio inferior de Nevin tembló, sus ojos se irritaron debido a las lágrimas que rogaban por salir y humedecer sus mejillas. Se apresuró a sacar al ojiverde de la tierra, comprobando que su corazón aún latía y que respiraba.

Hendrik demoró en reaccionar, desesperando a Nevin, quien le rogaba a la noche que ya despertara. Y finalmente lo hizo, tosiendo levemente y sintiendo un lacerante dolor en su

abdomen.

Hendrik lo sabía, la muerte esa noche había ido por él.

—Eres un maldito inmortal —reía Nevin entre lágrimas, vendando el abdomen de Hendrik —. Vale, ya está… Vamos.

Hendrik se negó a hablar; no iba a gastar energías innecesariamente. Cada respiración dada era una lucha por permanecer con vida.

Nevin ayudó a Hendrik a colocarse de pie. Estaban nerviosos, las manos de Nevin llenas de tierra y la herida de Hendrik punzando en su abdomen, imposibilitándole el moverse con facilidad. Había perdido demasiada sangre.

—Zev dice que metértela fue la mejor sensación del mundo. —Dejó a Hendrik apoyado sobre un árbol cercano antes de caminar a la fosa de los cadáveres y devolver la tierra removida a su lugar.

—¿Ce-celoso? —jadeó con una mueca de dolor en su rostro.

—Casi —respondió. Nevin aplanó con su pie la tierra que removió para sacar a Hendrik, preocupado de no dejar ninguna pista.

Hendrik apenas si pudo sonreír- Estaba mareado y recuperando el aire que tanta falta le hizo. Lo que en su cabeza se sintió como horas, no habían sido más de unos cuantos minutos desde que fue enterrado hasta que Nevin pudo comenzar a escarbar en la tierra para sacarlo.

El rubio tenía todo magistralmente planeado para que pudieran salir de la casona sin ser vistos, traspasando una conveniente abertura en el muro que rodeaba la casona, con los mecenas apartados en su celebración, vigilados por Reynolds y Zev en la fiesta para que nadie saliese al lugar donde yacían los cuerpos de los combatientes caídos.

Ocultos tras el velo de la noche, Hendrik se dejó guiar por Nevin, ya que él mismo no se encontraba en condición de tomar decisiones.

—Ya casi, perra. Casi lo logramos —el rubio musitó en un susurro, prácticamente arrastrando a Hendrik con él.

El rizado quiso sonreír por la altanería del rubio, mas no pudo. Su boca estaba demasiado seca y su lengua se sentía pesada. Su cabeza dolía y el frío estaba acrecentándose en su cuerpo.

—Nos están esperando cerca, Hendrik. Aguanta un poco más y toda esta mierda pasará, lo juro.

Hendrik asintió con debilidad, demasiado ido como para hacer algo más.

Fue cuando sintieron el aire cambiar que finalmente pudieron respirar tranquilos, arriba del todoterreno blindado que los llevaba al lugar donde Hendrik se recuperaría de su dolorosa herida.

Lo habían logrado y así, sonrieron victoriosos. La cacería comenzaba.

◆ ◆ ◆

—Estás oficialmente muerto. Tu padre incluso pagó una lápida con tu nombre en un cementerio para militares —dijo Reynolds llegando a un vendado Hendrik en recuperación.

Después de todo, Zev no lo había hecho tan bien y esa maldita puñalada casi le costó la vida.

—Quién diría que se siente tan bien estar muerto —respondió el rizado, sentado en un viejo y blanco sofá con una lata de cerveza en una mano y un trozo de pizza en la otra.

La noticia de su muerte se esparció rápido. Todos lo sabían, Robert incluido.

Según Reynolds, Robert había sido pillado de sorpresa con la noticia de la muerte de Hendrik. No lo había creído en un comienzo; sin embargo, muchos fueron los testigos que vieron a Hendrik ser apuñalado y enterrado. Lo habían cremado junto al resto de peleadores muertos a ojos de los demás.

—El imbécil prácticamente me culpó por tu muerte.

—No me sorprende. ¿Cuánto ha pasado? Debería aceptarlo de una maldita vez. Que se compre otro perro y ya.

Habían transcurrido algunas semanas desde el final de la fosa y Robert no tuvo más opción que aceptar que había perdido a su mejor peón.

Reynolds carraspeó, llamando la atención de Hendrik, quien alzó ambas cejas con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó al ver que Reynolds rascaba sus rodillas con ambas manos, ansioso—. Dime por qué luces como mierda vomitada. —Reynolds gruñó, frotándose la desprolija barba que le había crecido los últimos días.

—Tu padre le envió una a… —Se aclaró la garganta—. Le envió una carta a Alois.

El rostro de Hendrik palideció.

—… No.

—Le informó de tu muerte.

—Reynolds, di-dime que… —Buscó aferrarse a la camisa del hombre, casi con desesperación—. Dime que mi corderito está bien.

—Sí, lo está, aunque… Mierda. —Corrió la mirada—. No está muy bien, ¿de acuerdo? Él… —Tomó una bocanada de aire—. Alois intentó quitarse la vida.

Hendrik no dijo nada, dejó que sus manos cayeran a sus costados y fijó su vista en el techo. Reynolds balbuceó algo más, pero Hendrik no pudo prestarle atención.

¿Por qué su padre había hecho eso? Quizá porque incluso pensando que Hendrik estaba muerto, quería seguir torturándolo. O quizá porque sabía que solo Alois y él lamentarían la muerte del emperador por motivos distintos. Y ahora su ángel estaba sufriendo por su culpa.

Al parecer, Alois siempre iba a sufrir por causa de él, porque Hendrik jamás podría ser lo que él necesitara.

—¿Hendrik? ¡Hey, Hendrik! —El ojiverde parpadeó. Nevin se encontraba frente a él—. Maldición, ya me estabas asustando, mierda maricona.

—A-Alois… —No pudo decir más.

—Está bien —lo tranquilizó el rubio—. Es difícil para él, pero estará bien. Te lo prometo,

¿sí? No te preocupes por eso ahora.

—¿Que no me preocupe? —preguntó con ironía, la rabia pincelando sus palabras—. ¡Estoy haciendo toda esta mierda por él! ¡Para protegerlo a él! ¡¿Y dices que no me preocupe?! —Se colocó de pie, pese a que la herida punzó en su abdomen. Dio un paso hacia Nevin, pero Reynolds se interpuso—. ¡Si algo le pasa por tu mierda de plan, juro que voy a matarte, Nevin!

El labio inferior de Nevin tembló y sus ojos comenzaron a apreciarse vidriosos. Había dolor en su rostro, quizá por la culpa o quizás el miedo.

—¡No le pasará nada! —gritó, secándose las lágrimas con rabia—. Conozco a mi amigo y será fuerte. Voy a confiar en él, Hendrik.

Hendrik golpeó reiteradas veces contra una pared cercana. Sus puños se molieron contra la madera mientras intentaba, sin éxito, apagar la rabia que le mordía el cuerpo.

Alois lo era todo para él, todo. Y si algo le pasaba, si resultaba herido por las acciones de alguien más, Hendrik ni siquiera encontraría consuelo en la muerte.

—Lo juro, Nevin… —murmuró, pegando la frente contra la pared y con una calma que bordeaba el peligro—. Yo estoy haciendo mi maldito trabajo, pero si Alois paga el precio por esto, vas a desear haber muerto en Guantánamo, porque me pasaré el resto de mi vida dándote caza.

—Hendrik…

Volteó y, a pesar de que Reynolds se interponía entre ellos, pudo verlo directamente a los ojos.

—Has hecho un trato conmigo… Y todos saben qué ocurre cuando haces un trato con el jodido diablo y no le pagas lo prometido.

—Lo sé.

Así transcurrieron días, semanas y meses. Cada día estaba más cerca de su objetivo, tachando uno a uno los nombres de la lista y ahogándose con cada noticia que le llegaba sobre Alois; queriendo correr a su lado cuando se enteró de que el amor de su vida había intentado dejar de vivir una vez más. Se volvió loco cuando Nevin le contó que Alois lo había vuelto a hacer, que las muñecas de Alois quedarían marcadas para siempre con los estigmas de su intento por descender al infierno. Ambos estaban marcados por distintos motivos; el cuerpo de Hendrik con medallas de cada batalla ganada y Alois por batallas casi perdidas.

El único consuelo que obtenía era saber que Alois las besaría como prometió hacerlo. Porque en ese momento, mientras sus manos se presionaban sobre la garganta de aquel hombre y Nevin sonreía a su espalda, se acababa la cacería.

Lo vio botar su último aliento y apartó sus manos, llevando una hasta su espalda baja para sacar del borde de su pantalón su arma. Disparó dos veces en la frente del hombre para asegurarse de que no quedara vivo. Una sola vez había cometido el error de no asegurarse que el hombre estuviera muerto, y tuvo que perseguirlo durante una hora.

Limpió con la manga de su camiseta la salpicadura de sangre que había en su rostro. Al por fin levantarse y sentir la mano de Nevin en su hombro, supo que el final estaba por llegar.

—Ahora déjamelo todo a mí, Hendrik.

Asintió.

—¿Cuánto tiempo te tomará arruinar a Robert?

—No lo sé. Será poco, lo prometo...

—De acuerdo.

Hendrik tomó el bidón de gasolina y lo esparció sobre el cadáver del hombre. Fue Nevin quien le prendió fuego. Al final, ambos salieron de aquella mansión dejando a su paso cadáveres de los hombres que habían sido contratados para proteger al último mafioso de la lista.

—Nos veremos pronto, Hendrik.

—Puedes apostar que sí.

Se dieron la mano, dando por sellado su pacto.

Aquella noche la luna les sonreía, porque ella lo había presenciado todo. Ella había sido un testigo silencioso y había visto como Hendrik quitó cada vida. En su mudez, tal como una diosa que lo observaba desde el olimpo, lo animó a continuar y le recordó cada noche el motivo por el cual lo hacía; le recordó a Alois. Y ya había terminado, ahora solo debía esperar. Lo haría en aquel paraíso terrenal, en el lugar donde Alois recuperaría sus alas.

◆ ◆ ◆

Alois bajó del avión, apretando con demasiada fuerza aquel papel en sus manos temblorosas. No había dormido en todo el viaje, ni mucho menos lo había hecho antes.

El clima de La Digue era cálido, su brisa era fresca y el cielo era tan brillante que dolía mirarlo. Las personas lo saludaban amablemente mientras esperaba su maleta.

No sabía qué encontraría ahí, no sabía si quería saber… Tenía una dirección y una esperanza. Tenía un hogar al cual volver. Sentía hormigas recorrerle todo el cuerpo de solo pensarlo. Quizá debió haberle hecho caso a Ian y haber dejado que lo acompañara, porque realmente le estaba costando mantenerse de pie.

A punto de sufrir un colapso mental por el tiempo que estaban demorando sus maletas en aparecer, recordó que debía llamar a Ian y decirle que había llegado bien. Finalmente, vio aquellas valijas grisáceas que le pertenecían. Una parte de él quería dejar ahí mismo todo su equipaje, tomar el primer taxi y correr al lugar que salía escrito con tinta en el papel; una dirección que había memorizado. Por otro lado, necesitaba aplazar ese momento y comprender que no estaba soñando, que era real.

Tomó sus maletas y salió del aeropuerto en dirección a un servicio de taxis para turistas. En ese momento, agradeció las clases de francés que su madre lo obligó a tomar, puesto que en La Digue se hablaba aquel idioma más que el inglés. Saludó a un conductor y le mostró la dirección, diciéndole que no tenía problemas con pagar el precio que el hombre pedía.

El viaje a Grand Anse pasó lento y doloroso. Alois tuvo que mantener la vista fija en sus manos para no pellizcar sus dedos, pues había prometido no volver a hacerlo.

El conductor intentó comenzar una plática con él, no obstante, Alois no encontró suficientes palabras para responderle. El paisaje pasó casi inadvertido frente a sus ojos y poca atención prestó al hombre que le hablaba sobre los puntos turísticos de la isla. Al médico no le importaba; no era el clima ni la playa lo que convertiría aquel lugar en su paraíso, era él. Era Hendrik.

La velocidad del taxi lentamente disminuyó y cuando el vehículo frenó frente a una casa, Alois sintió que vomitaría. Pero, Dios, ¿cómo iba a siquiera hacerlo? No había probado bocado alguno desde hacía más de un día.

Cerró los ojos e intentó regular la respiración que salía ajetreada por su pecho. Sus manos estaban entumecidas y su labio inferior temblaba.

El hombre le indicó que ya habían llegado y se bajó del taxi para ayudar a Alois con las maletas. El castaño, sin poder controlar el movimiento trémulo de sus manos, le pagó la cantidad acordada al bajar. Agarró sus maletas y dio un paso, sintiendo sus ojos aguarse y sus pestañas húmedas tras cada segundo transcurrido. Su piel estaba erizada por la anticipación, sus oídos escuchaban el piar de algunas aves y el sonido de las hojas al bailar con el viento. Su cabello revoloteaba por la brisa.

Y la lluvia cayó sobre él. Tropical, cubriendo la tierra caliente. Cada gota cristalina mojó su piel, pegando sus ropas a su cuerpo. Fue repentina, y aunque lo pilló desprevenido, no le importó. Ni siquiera se hubiese percatado de ella si no fuese porque la tinta en el papel frente a sus ojos comenzó a borrarse.

Sus pies avanzaron sobre la tierra mojada hasta llegar a una pequeña casa. Las maletas quedaron detrás cuando avanzó hacia la entrada del lugar, y ya no podía importarle menos. Su mano trastabilló cuando quiso golpear la puerta con sus nudillos. Luego de dudar varias veces, por fin lo hizo. Tocó la superficie de madera con fuerza, sin embargo, el latido de su corazón fue lo único que hizo eco en sus oídos. Y golpeó, una y otra vez, pero nadie salió a su encuentro.

Finalmente, el peso de sus lágrimas fue demasiado y sus pestañas no pudieron retenerlo. Sollozó sin cobardía y desesperado, hipando y sorbiendo su nariz entre ruegos miserables para que Hendrik apareciera frente a él. Y así, siguió dando golpes con ambas manos, boqueando el nombre de su dueño y suplicando que fuese verdad. Debía serlo, porque él había vuelto a su hogar. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no aparecía frente a él?

Siguió golpeando la puerta durante un tiempo incierto, hasta que sus dedos y nudillos se amorataron con cardenales. Y aun así, nadie abrió para él. Fueron sus piernas las traicioneras que lo hicieron detenerse y caer al suelo, sin fuerzas.

Se llevó ambas manos a la boca para ahogar sus gritos.

Entonces, ¿era así? Ya no había ningún hogar al que regresar.

Pero ¿por qué? ¿Por qué lo había llevado a esa isla? ¿Cuál era el propósito de conocer el paraíso si el dios de su credo no se encontraba en él?

Luego de un tiempo inexacto, se aferró a la puerta y logró ponerse de pie. Caminó hasta sus maletas y giró para salir de ahí.

Ese hermoso lugar no sería su hogar si Hendrik no estaba en él. No sería el paraíso.

—P-por favor —rogó a la nada, a quien pudiese escucharlo, caminando bajo la lluvia de

manera miserable. Las ruedas de sus maletas hicieron eco contra el suelo al girar sobre la tierra empapada—. Devuélvanmelo, por… por favor. Dios, por favor…

Y quizás alguien escuchó su ruego, quizás ese lugar sí era el paraíso. Porque en ese preciso momento, como si alguien le hubiese prendido fuego a su cuerpo incluso bajo la lluvia, se sintió quemar. Fue encerrado por unos brazos y fue hecho prisionero, una vez más.

—Soy yo —llegó a su oído, suave, mágico e irreal. Como un hechizo.

Su voz.

Quedó congelado unos segundos, solo con aquellas dos palabras haciendo un bucle en su cabeza. Giró sin salir de su encierro, y vio su rostro.

Sus ojos.

—E-eres tú… —susurró apenas, tragándose cada hipido.

Su boca.

—Mírame —pidió al ver los ojos perdidos de Alois—. Mírame. Somos nosotros, tú y yo. Como debe ser...

Con inevitable incertidumbre, levantó las manos y acunó el mojado rostro del hombre frente a él. Deslizó las puntas de sus fríos dedos por las facciones de él, repasando con dedos temblorosos cada borde y relieve de su rostro. El ancho de su frente, el terciopelo de sus pestañas, el largo de su nariz, las curvas de sus labios y la extensión de su mandíbula.

—¿E-eres real?

Le sonrió con hoyuelos en las mejillas y ojos cansados donde el verde se mezclaba con una silenciosa tristeza.

—… Lo soy.

—Mi dueño.

Era Hendrik. Era su Hendrik, su dueño, su amor. Era su emperador.

Tragó, separó los labios y su voz quedó atrapada entre el amor y el miedo, encadenada por la posibilidad de que todo simplemente desapareciera en una fracción de segundo y ellos no volviesen a estar juntos.

Llovía con fuerza, dificultándole la vista y erizándole la piel, y Alois no podía apartar la mirada del hombre que se había hecho de trono, corona y espada en su corazón. Tenía tanto que decirle y simplemente no podía hacerlo. Porque dolía demasiado, y porque finalmente volvía a vivir. Su cuerpo comenzó a sanar en ese preciso instante, y dolía sentir como cada herida era abierta para que pudiera sacar la gangrena y curarse correctamente.

Hendrik separó los labios y Alois negó con desesperación.

—Mírame —pidió nuevamente, y Alois sollozó

—Hendrik…

—Voy a decirlo ahora —sentenció el hombre de rizos empapados y cicatriz en su labio.

Levantó a Alois del suelo, tomándolo por la parte baja de su trasero y haciéndolo enredar los muslos en su cadera.

—Dilo…

—Te amo.

—Dilo de nuevo.

—¡Te amo! —gritó Hendrik.

—¡De nuevo! ¡Dímelo! —Alois se aferró al emperador por su cuello, pegando sus frentes frías por la lluvia.

—¡Que te amo, te amo, Alois Thompson! —gritó con los ojos cerrados, girando sobre sus talones.

Alois ya no podía sonreír, y fue horrible. Fue melancólico como se hundió en el más doloroso llanto, demandándole a Hendrik que le gritara al mundo una y otra vez que lo amaba. Fue caótica la colisión entre sus bocas y como cayeron al suelo en un beso que exigía el todo del otro.

—Te amo, te amo. Maldito infeliz, te amo —Hendrik sollozó en el beso. Sonreía, Alois podía sentirlo—. Mi rosa.

La verdadera, la única rosa cuyas espinas podían clavarse en su piel.

—Mi daga, la única que puede lastimarme.

Sus cuerpos ardiendo febriles mientras se aferraban entre sí, con sus corazones latiendo desbocados. Se miraron como si fuera la primera vez que lo hacían, enamorándose de lo que se reflejaba en sus ojos.

Comenzaba una nueva historia, dejando atrás las anteriores. Dejando en el pasado al ángel que había olvidado cómo volar al enamorarse del emperador del infierno. El sucio alquitrán y el alquimista codicioso. El prisionero y su dueño.

Y eso eran ellos dos y esa era su historia.

EPÍLOGO

Era de esas mañanas, cuando tanteaba la cama y estaba demasiado frío. Aquello indicaba que llevaba bastante tiempo solo entre las sábanas, y lo odiaba.

Se levantó maldiciendo por lo bajo, frotando sus ojos con los dedos pulgar e índice de una mano. Sentía la garganta seca y un leve dolor de cabeza. Buscó con la mirada sus zapatillas de dormir, aquellas que Alois lo obligaba a tener para que no caminara descalzo por la casa. A veces Alois podía ser un grano en el culo, y por a veces era prácticamente la mayor parte del tiempo, lo cual provocaba que Hendrik quisiera ponerle un tapón en la boca. No lo hacía, pero la idea parecía cada vez más tentadora, como aquella vez en que Alois lo sermoneó durante tres horas por haber manchado su sofá color capuchino con salsa barbacoa.

Abrió las cortinas y tuvo que parpadear reiteradas veces para acostumbrarse a la luz, ya que era un día malditamente soleado. Aunque para ser honesto, ya se había acostumbrado. Ni siquiera podía imaginarse viviendo nuevamente bajo un cielo gris y pisando tierra húmeda por el frío. Hendrik había aprendido a odiar el frío.

Respiró profundamente al abrir la ventana, el aroma de las malditas gardenias que debía regar cada tarde a las seis con treinta minutos, por órdenes de Alois, llegó gratamente a sus fosas nasales. Jamás admitiría que le gustaba la fragancia de aquellas diabólicas flores.

Salió de la habitación principal, de aquel aposento que tenía el perfume de Alois en las sábanas de la cama, con algunas fotos enmarcadas en una chueca repisa de pared. Paredes que Hendrik insistía eran blancas y Alois gritaba, como si fuera la peor ofensa, que eran de color crema de nieve.

Buscó rápidamente en la pequeña y rústica cocina, frunciendo el ceño al ver la cafetera encendida. Se suponía que Alois dejaría de beber café, se lo había prometido. Salió al jardín trasero, a ese pequeño Edén de árboles frutales donde Hendrik había armado un magnífico set campestre para que pudieran pasar sus tardes recostados en cómodos y grandes sofás de exterior bajo la sombra de los árboles.

Encontró a Alois acurrucado en sí mismo, con la mirada perdida en algún punto y una taza cerca de sus labios. Tenía sus piernas recogidas con los pies descalzos y los labios levemente morados, lo que implicaba que llevaba demasiado tiempo en el jardín, seguramente desde la madrugada. Su piel reflejaba con soberbia los rayos del sol. Llevaba una de las enormes sudaderas de Hendrik que ocultaba sus curvas y un simple bóxer, sin ser consciente de cuán vulnerable se veía al usar la enorme ropa del ojiverde.

Hendrik caminó pausadamente hacia Alois, sin decir nada; algunas veces era así. No había sido todo un cuento de hadas desde su reencuentro, y distaba bastante de serlo. La libertad tuvo

un enorme precio, uno que no pagó solamente Hendrik, pues había días malos donde Alois no podía con los recuerdos de aquellos meses donde pensó que Hendrik estaba muerto. Y despertaba, sintiéndose perdido, temiendo del mundo. Buscaba apartarse, sin percatarse de cuánto lastimaba a Hendrik con eso. Por lo general, estaban bien. Debían estarlo.

Ya había pasado un año desde que se reencontraron en La Digue, aquella isla de clima y paisaje soñado. No había sido tan difícil para Alois lograr aquel cambio en su vida sin levantar sospechas, no con Nevin cubriéndole la espalda.

Oh, el maldito rubio hijo de puta. Nevin, a quien Hendrik no había vuelto a ver desde que mataron al último socio de Robert. En realidad, Reynolds mencionó algo de las caipiriñas en el caribe junto a Zev. ¿Cómo era que el puto de su hermano había salido de prisión? Hendrik no tenía idea y Reynolds se negaba a darle detalles. Algunas veces ocultar cosas de quienes se ama, era la única forma de protegerlo, suponía.

Y con ellos ocultos y protegidos, todo transcurría con una deliciosa y peligrosa calma, con el conocimiento de que en cualquier momento su teléfono sonaría y le avisaría que el momento del último golpe había llegado. La consumación del plan maestro de Ivanov contra Robert Stone, aquel designio que llevaría a Hendrik a disparar una última vez.

Alois ya no debía tener miedo, ni nadie cercano a él, puesto que de su padre ya no quedaba más que una sombra en un registro militar. Robert había caído lentamente cada día durante los meses que Hendrik y Nevin se dedicaron a dejarlo desprotegido y vulnerable. Luego de un maldito año, con la certeza de que su padre ya no tenía jurisdicción ni protección de las fuerzas militares del Reino Unido y era ya solo un coronel jubilado con múltiples cargos imputados en los tribunales de justicia, Hendrik finalmente era libre. Podía dormir tranquilo, con unas cuantas armas guardadas estratégicamente en la casa donde pasaba sus días con Alois.

Aquel acogedor y fausto paraíso llamado hogar era donde ambos debían estar. Donde había leños mal cortados en el pórtico junto a un par de zapatos con barro, donde había juegos de cortinas que no combinaban porque Hendrik se negaba a que Alois fuera el único que tuviera voz y voto en la decoración; orgullo de macho al estilo Hendrik. Eran ellos quienes convertían aquella casa en un hogar. Era Alois con sus suaves bailes en las mañanas mientras preparaba el desayuno al ritmo de la música junto a Hendrik maldiciendo cuando alguna de las lluvias espontáneas de la isla se dejaba caer a los pocos minutos de que hubiese tendido la ropa en los cordeles. Y lo amaba malditamente demasiado. Incluidos los días malos donde su Alois no era suyo, sino una sombra presa del dolor de su pasado.

Y era una rutina donde el ojiverde, cuyos rizos ya se apreciaban mucho más largos, llegaba hasta Alois para besar sus fríos labios y acunar su rostro con ambas manos. Se miraban en silencio durante minutos, hasta que Alois finalmente parecía recuperar la noción de sí mismo, del lugar donde se encontraba.

—Hey, hola —suspiró Hendrik sobre los labios de Alois.

—… Hendrik.

—Me dejaste solo en la cama. Sabes que odio cuando lo haces.

—Lo siento. —Su voz estaba cargada de culpabilidad.

—Y estás bebiendo café. Prometiste no hacerlo.

—Y-yo… —Hendrik besó sus labios, haciéndolo callar.

—Vuelve, ¿sí? Vamos, te necesito.

Hendrik se sentó frente a Alois. Llevó su nariz al cuello del castaño y olisqueó su piel. Alois siempre olía como el sol y el verano. Dejó unos pocos besos en la barbilla del contrario, barriendo con sus labios la piel caramelizada del chico que suspiraba bajito y avergonzado.

No mentía. Lo necesitaba para respirar y seguir viviendo. Quizá por ese motivo podía entender el sufrimiento de su compañero, del amor de su vida. Del único amor que había tenido en su vida.

Sintió la manzana de Adán de Alois bajar y se apartó.

—De verdad estás aquí —Alois murmuró con mejillas ruborizadas, mirando a Hendrik de la misma forma que lo miró cuando se reencontraron.

—Siempre, tú y yo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí… Tú y yo.

—¿Dónde estamos, mamón?

Alois parpadeó y giró levemente su rostro. Parecía desconcertado, como si no pudiese creer que todo eso fuera real.

Hendrik vio las muñecas del castaño y tragó, sintiendo un nudo en la garganta. Un asesino que se había enamorado de un suicida; qué dulce era el veneno de la estupidez llamada amor

—¿... En casa?

—Sí, estamos en casa. ¿Me ves?

El médico asintió.

—Te veo.

—Estoy aquí. —Quitó el café de Alois de sus manos y dejó la taza sobre el suelo. Sonrió y picoteó los fríos labios foráneos. Las manos de su chico estaban frías, lo sintió cuando las tomó entre las propias y le besó el tatuaje de su dedo anular—. ¿Sientes eso? Mis besos son reales. Toca mi rostro.

Alois arrulló el rostro de Hendrik, acariciando los suaves pómulos de su dueño con las yemas de sus pulgares.

—No vuelvas a dejarme, Hendrik.

—No lo haré, lo sabes.

—No lo sé, pero, por favor, no vuelvas... —Negó con la cabeza, tristeza y resignación en sus ojos—. No vuelvas a hacerlo.

Hendrik sabía que Alois jamás podría perdonar que lo hubiese dejado. Él mismo no podía perdonarse, y a menudo se cuestionaba el proceder del plan de Nevin. Quizá debió haberle dicho a Alois sobre el plan, quizá debió haber matado a su padre mucho antes, apenas salió de la fosa. Quizá nunca debió morir y hacer que Alois intentara seguirlo. Había tantos quizás.

Puso un dedo sobre el ceño fruncido de Alois.

—Ya, mira qué feo te ves. Venga, regálame una sonrisa. Solo una —coqueteó, acariciando el mentón de Alois con sus dedos.

Y cuando Alois atrapó su labio inferior, intentando contener una de esas risitas que hacían al corazón de Hendrik comenzar una orquesta, supo que, una vez más, todo estaba bien.

—Maldito tramposo —suspiró Alois, dejando escapar aquella sonrisa traicionera. Se formaron pequeños pliegues a los costados de sus ojos.

—Lo soy. ¿Te has enojado?

—Sí, estoy furioso —bromeó.

—Hm. Venga, grúñeme ahora, sabes que me calienta.

Alois rodó sus ojos y se estiró para llegar al oído de Hendrik. Pellizcó el lóbulo de su oreja y dio un suave lametón.

—Grrr —susurró. Arrugó la nariz, mostrando sus pequeños dientes.

—Joder. —Hendrik soltó un pequeño y fingido temblor. Comenzó a reírse al igual que su chico, quien le golpeó el hombro en un gesto juguetón—. Ven, vamos a tomar desayuno

Se levantó y estiró su mano, la cual fue tomada por Alois. Lo ayudó a colocarse de pie. Para Hendrik, era imposible no amar lo pequeña que lucía la mano de Alois en la suya.

—¿Dónde te quieres sentar? —preguntó Alois una vez en la cocina, colocando cuatro rebanadas de pan en la tostadora.

—A tu lado.

—Como siempre. —Sonrió—. Me refiero a si quieres desayunar en el comedor o en la cama.

—En la cama.

—Siempre quieres estar en la cama, Hendrik. Ni siquiera sé para qué compramos un comedor —se quejó con una falsa molestia.

—Porque te encanta cuando te follo en él —se burló, colocándose tras de Alois, quien vertía hojas de té y cáscara de naranja en una tetera.

Besó la nuca del más bajo y gruñó cuando escuchó el sonido del timbre. Besó tres veces más la piel contraria y, rascándose muy poco atractivamente la entrepierna, llegó hasta la puerta de la entrada. Observó por la mirilla y su ceño se frunció al no ver a nadie.

¿Qué demonios?

En primer lugar, ¿quién los visitaría a esa hora? No era que tuviesen muchas amistades; ninguna, en realidad. Podía ser una broma, por supuesto, pero eso nunca era una opción cuando se trataba de él, por lo que tomó el revólver de la funda de cuero enganchada a la parte posterior de una mesita de adorno al lado de la puerta. Fue una cosa de segundos, con su ritmo cardíaco más bajo de lo normal y todos sus sentidos alertas.

Abrió la puerta apuntando con el arma, con el pensamiento de disparar y luego ir por Alois. Tenía un bolso con dinero oculto no muy lejos de ahí, solo debían ir por él y…

—¡Hola, señor! ¿Quisiera ayudar a las niñas exploradoras comprando una caja de galletas?

Hendrik, aún con su brazo en alto y su dedo índice en el gatillo, bajó la vista. Una sonriente niña de trencitas que vestía de verde y llevaba una boina, cargaba un carrito lleno de cajas de galletas.

—¿Qué…? —Parpadeó.

—¿Galletitas? —preguntó la niña, entornando los ojos y mirando con recelo el arma que Hendrik sostenía. El rizado inmediatamente escondió su mano tras su espalda y se aclaró la garganta con un carraspeo—. Diez cajas.

—¿Disculpa? ¿Diez…?

—No le diré a nadie lo que vi, si me compras diez cajas de galletas.

Decir que Hendrik quedó estupefacto y con su cerebro haciendo cortocircuito, era poco. Le mantuvo la mirada a la niña, quien en ningún momento se mostró intimidada.

—Es-espera, maldita mocosa… ¿Me estás extorsionando?

—Este es un mundo muy difícil, señor. Y uno a veces debe aprender a romper ciertos códigos para sobrevivir en él. —Se encogió de hombros—. Además, quiero ganar la medalla a la mejor vendedora.

Hendrik bufó y se agachó, negando con la cabeza.

—Mira, pequeña perra, así no es como funcionan las cosas. ¿No sabes quién soy yo? —gruñó, imitando un animal feroz y mostrando los dientes.

La maldita mocosa ni siquiera parpadeó.

—¿Hendrik? —escuchó la voz de Alois y de inmediato se colocó de pie, guardando rápidamente el arma en la funda bajo la mesita—. Oh, hola, pequeña —saludó Alois, apoyando su cabeza en el hombro de Hendrik.

—¡Buenos días, señor! —respondió la menor con la enorme sonrisa de un ángel que no cometía un solo pecado.

—¿Estás vendiendo galletitas? Eso es adorable.

Hendrik vio la luz en los ojos de Alois. Estaba realmente seducido a desbaratar el plan maligno de la mocosa, quien asentía con tanta energía que Hendrik esperaba, se desnucara.

—¡Sí! Y su esposo dijo que me compraría diez cajas.

Alois alzó ambas cejas y luego miró a Hendrik.

—¿Diez cajas?

El rizado miró a la mocosa, quien con su mano simulando un revólver, fingía que se disparaba a sí misma.

—Ehm… Bueno, sí. ¿El acto bueno del día?

Alois agudizó la mirada y lo observó con recelo por unos cuantos segundos.

—Tú nunca tienes un buen acto del día.

—¡Puedo empezar desde ahora!

—Mmm… Bien, fingiré que te creo. —Volvió a mirar a la pequeña y sonrió—. Dame un

segundo, iré por el dinero.

Cuando Alois desapareció de la vista de Hendrik, quien le había regalado una enorme sonrisa, el ojiverde volvió a agacharse frente a la niña.

—Escúchame, zorra manipuladora, esta será la primera y última vez que quiero ver tu cara. —La apuntó con su dedo índice. La niña cruzó los brazos alrededor de su pecho y rodó los ojos —. No me ruedes los ojos, cabrona altanera.

—No se lo tome personal, señor —susurró con una resignada diplomacia que hizo ver a Hendrik como el verdadero mocoso entre los dos—. Son solo negocios, y tengo que ganar mi medalla.

—No me interesan tus medallas ni qué… —Se detuvo al ver una medalla de color azul, del mismo color de los ojos de Alois—. ¿Y esa de qué es?

—¿Qué cosa?

—Esa, la más linda. La azul.

—Es la medalla de la valentía. Me la gané cuando…

—Me importa dos cojones tu historia —la calló—. ¿Cuánto quieres por ella?

—¡¿Qué?! ¡No! —Colocó su pequeña mano sobre la medalla—. No está a la venta.

—Oh, sí que lo está —le dijo intentando sonar amenazador. Estiró la palma de su mano y dobló sus dedos reiteradas veces—. Dámela, mocosa.

—No le voy a dar mi medalla de valor. Por. Ningún. Motivo.

—¿Me estás desafiando, pequeña perra?

La pequeña iba a responder, pero guardó silencio y sonrió al ver a Alois aparecer con su billetera en mano.

—Lo siento, cielo. No encontraba mi billetera. Dime cuánto es por las galletitas.

—Son seiscientas rupias.

Alois parpadeó y asintió levemente, sacando el dinero de la billetera. Puesto que la isla de La Digue pertenecía al estado de Seychelles, tenían su propia moneda. El nivel de vida en La Digue era simple, basado en el turismo y con sus contras al igual que todos los países.

La niña aceptó feliz el pago, guardando el dinero en un bolsito cruzado de cuero que hacía juego con el resto de su vestimenta.

—Bien, llevaré cinco de estas cajas. Tú llevas el resto, Hendrik. —El rizado asintió, sin dejar de ver a la menor.

Cuando su chico se fue, volvió su atención a la menor.

—¿Haremos esto por las buenas o por las malas? —preguntó el emperador con voz tranquila y lenta, más ronco de lo usual.

—Inténtelo.

Las comisuras de la boca de Hendrik se estiraron en una sonrisa, con hoyuelos y todo.

◆ ◆ ◆

Alois se encontraba untando mantequilla en las tostadas cuando Hendrik apareció en la cocina. Sonreía orgulloso mientras acomodaba su camiseta blanca de mangas cortas. El más bajo frunció el ceño al ver la pequeña medalla enganchada en el pecho de Hendrik.

—¿Y eso?

Hendrik la palmeó con dos de los dedos de su mano izquierda.

—Medalla de valentía. Me la gané.

Y si Alois no conociera tan bien a Hendrik, quizá le hubiera creído, pero era esa sonrisa tan encantadora la que lo delataba.

—Oh por Dios, dime que no se la quitaste a la niña —rogó, sin esperanzas.

Hendrik sacudió su cabeza en negación.

—No, no... —Frunció el ceño y mordió su labio inferior—. Define quitar.

—Mierda.

—¡No la va a extrañar! —protestó infantilmente—. Además, seguro que ni le importan las medallas. ¡Yo la merezco! ¡La gané limpiamente!

Alois soltó un suspiro y se frotó el rostro, reprochándose a sí mismo por querer sonreír.

—Fingiré que te creo —ironizó, sin estar verdaderamente molesto—. Anda, ven a desayunar, que después debemos ir a la playa.

Hendrik asintió y se sentó junto a Alois, besando su mejilla y tomando su taza de té caliente.

Aún era temprano, pero Alois amaba dar largos paseos cada mañana por Grand Anse y Hendrik amaba acompañarlo. No había mucho por hacer en aquella isla. No tenían necesidad económica, ya que sus cuentas bancarias en La Digue estaban deliciosamente llenas gracias a cierta empresa irlandesa que pagó con intereses los servicios de Hendrik.

Y la vida era tranquila; olía a mar y sol. Esta consistía en ellos dos haciendo el amor a todas horas, plantando semillas que nunca germinaban y que hacían a Hendrik maldecir a la jodida madre naturaleza que parecía tener preferencia por Alois y sus malditas gardenias. También se basaba en Alois comprando insumos médicos cada viernes para salir en su todoterreno a los campamentos pobres durante los fines de semana y ayudar a quienes no poseían los recursos para tener atención médica. Era Hendrik sintiéndose orgulloso de Alois, de todo lo que él daba sin esperar nada a cambio. Al final, todo se resumía a ellos dos, a lo que aprendían del otro día a día. Y, para Alois, Hendrik era una caja de pandora que había sido abierta sin miedos ni dudas. Completamente entregado a él, su dueño se mostraba honesto e inexperto, ansioso de aprender sobre aquella vida que le fue denegada desde su infancia. Por eso no era de sorprender que tuvieran una colección de películas *Disney* en la estantería del salón. Películas que veían cada domingo por las noches mientras comían palomitas.

Alois jamás olvidaría el rostro de Hendrik la primera vez que vio *“El rey león”*, o las miles de amenazas que le hizo a *“Scar”*.

Naturalmente, algunas cosas no cambiaban, pero ya no eran sino los condimentos que servían como excusas para terminar teniendo sexo desenfrenado y bestial. Y esas “cosas” aludían estrictamente a Alois siendo un maldito coqueto y Hendrik siendo un dueño celoso. Como la vez

en que Alois llegó contando con un orgullo desbordante en el pecho cómo un chico de dieciocho años había intentado ligar con él en la playa y que más de tres hombres habían alabado las curvas de su cuerpo; el resultado fue exactamente el que Alois había esperado y decir que al día siguiente no se podía las caderas no era mentira.

Y ahí estaban, Hendrik gruñendo como mejor sabía hacer al haber perdido el juego de "piedra papel o tijera", por lo que le tocaba lavar los platos del desayuno mientras Alois se daba una rápida ducha. Quizá aquello era lo que más les costaba balancear, y no era que Hendrik no quisiera ayudar a Alois, era que... que no quería ayudar a Alois. ¡Odiaba limpiar!

Para Hendrik, la limpieza era en definitiva la maldita cosa más tediosa del mundo y, para su gran suerte, su abusador corderito tenía una jodida obsesión con que todo estuviera reluciente la mayor parte del tiempo.

Hendrik iba a pedir el divorcio algún día. Quizá...

No, nunca. Jamás, para ser exactos.

Porque preferiría recibir un tiro en los cojones y que le rompieran cada hueso del cuerpo antes de separarse de Alois; y también no estaban realmente casados, porque no lo necesitaban. Ningún papel de un juzgado iba a decirle a Hendrik si podía o no tomar a Alois como suyo por el resto de su vida.

Así que como él era "Hendrik soy el emperador del mundo Stone", tomó a Alois una tarde cualquiera y lo llevó de paseo a un arrecife poco conocido, oculto entre rocas y corales. Había sido uno de los días muy malos, de esos donde sin importar cuántos besos compartieran, Alois parecía estar lejos de él, tan lejos que le carcomía las entrañas.

Y sí, el lugar era hermoso, pero Hendrik nada más tuvo ojos para el chico que mojaba sus pies a la orilla de las cristalinas aguas con su piel dorada opacando el brillo del sol. Fue ahí donde entre besos mientras devoraba su cuerpo y le hacía el amor como nunca antes lo había hecho, que le juró amor eterno, fidelidad y cuidarlo en la salud y la enfermedad.

—Eres mío. Eres Alois Thompson, el único amor de mi vida y ya. Eso es todo, mamón. Naciste para mí, para que pueda amarte y cuidarte siempre, ¿entiendes? Siempre. —Alois lo miraba abrumado y con sus mejillas ruborizadas de manera violenta. Con sus ojos vidriosos y labios hinchados, húmedos. Respiraba apenas audible entre sutiles hipidos, y Hendrik no encontraba la forma de protegerlo en ese momento. ¿Cómo proteger a Alois de sí mismo? Nadie nunca le había enseñado, no sabía cómo—. Mírame, amor. ¿Me ves? Estoy aquí, contigo. Eres el único que respetaré y al que le seré fiel. No hubo otro antes, no habrá otro después. Eres mío y te tomo ahora y te digo que a mis ojos, ya eres mi esposo. Naciste para serlo, solo tú. Y como se le ocurra a la muerte intentar separarnos, le meteré su guillotina por el culo.

Su chico no había tardado mucho en encontrarle el sentido a las palabras de Hendrik y, con una sonrisa tatuada en los labios, no había dejado de sollozar mientras le besaba el rostro y recitaba sus propios votos matrimoniales.

Sus pieles estaban calientes a causa del sol, tan calientes. Hendrik sentía que Alois se derretía en sus brazos. Sentía que lo tenía ahí, finalmente. Desmoronado y tembloroso, con su cuerpo perlado por el sudor y trazos de piel teñidos de matices rojos debido al sol.

—Y tú eres mío. Eres Hendrik Stone, la persona por la que soy capaz de bajar al infierno

una y mil veces con tal de estar a tu lado. —Intentó acunar el rostro de Hendrik, sus manos luciendo tan pequeñas y frágiles que el rizado no pudo evitar girar su rostro para besarlas—. He tomado tanto de ti, que te siento parte de mí. Eres parte de mi ser porque eso somos, piezas de repuesto que al juntarlas forman un todo. ¿No lo ves así? ¿No sientes cómo muero para volverme aquello que necesitas? Porque sé que soy el único que puede hacerlo. Porque lo que el mundo busca en el amor, es aquello que jamás será suficiente para nosotros. Y voy a hacerlo siempre, a amarte de la única forma que puedo hacerlo y a mirarte solo a ti, porque si no eres tú, entonces no lo merece. A mis ojos, te volviste mi esposo cuando pusiste aquel anillo en mi dedo, y hoy te digo que te acepto como tal y que esto es lo que somos.

Escribían su propia historia. Tenían su propio mundo sobre la tierra, y eso lo era todo. Era suficiente el solo poder despertar juntos; daba igual donde fuese. Prisión o un paraíso… El lugar se resumía a nada para ellos.

◆ ◆ ◆

Alois salió de la ducha y caminó hasta la cocina con una pequeña toalla húmeda amarrada a sus pronunciadas caderas. Se apreciaba en él una pequeña pancita, una con la cual Hendrik tenía una leve, enorme, obsesión. Su cabello mojado dejaba caer gotas de agua por su torso y perlaba su cuerpo. Vio a Hendrik, quien se secaba las manos con el paño de la cocina, y le sonrió con una descarada coquetería.

Ese era, sin lugar a duda, Alois buscando atención. Y Alois buscando atención era el preludio al sexo.

—Hendrik… —susurró, acariciando con su dedo índice una de las manzanas que se encontraba en la fuente de la fruta sobre la mesa de la cocina.

—¿Hm? —Hendrik respondió, fingiendo desinterés y sin mirar a Alois.

Tomó una caja de jugo de naranjas y fingió que comenzaba a estudiarla. Oh, qué interesante era leer el etiquetado de la caja. Así que calorías y carbohidratos, todo muy científico, y a él le encantaba la ciencia. Por ningún motivo se estaba haciendo el difícil.

Alois caminó hasta quedar frente a Hendrik, quien en un perezoso parpadeó sacó su vista del cartón de jugo, y comenzó a jugar con el dobladillo de su camiseta de forma traviesa.

—Creo que tenemos un problema —murmuró levemente sonrojado, con la cabeza agachada y levantando la mirada.

—¿Un problema? —Alois asintió y tomó las manos de Hendrik, retrocediendo paso a paso hasta salir de la cocina, sin tropezar gracias a Hendrik mirando por él. Llegaron hasta el salón principal donde Alois empujó a Hendrik sobre el mullido sofá. La brisa fresca de la mañana entraba por los ventanales abiertos cuyas cortinas de muselina blanca ondeaban—. ¿Un problema muy serio?

El lugar olía a incienso de cacao y calidez. Olía a hogar.

Las pupilas de Hendrik, para ese instante, ya se habían dilatado. Se humedeció las comisuras de la boca con la punta de la lengua.

—Sí. Se acabó el lubricante que teníamos en la ducha.

—¿En serio?, pero si ayer quedaba —preguntó con una ceja arqueada.

Alois mordió con fuerza su labio inferior y soltó la toalla que se ceñía a su cintura.

—Pues ya no queda. Acabo de usar lo que quedaba.

—Oh…

No alcanzó a decir nada más, ya que Alois, en un movimiento rápido y certero, quedó sentado a horcajadas sobre él, comiéndole la boca en un beso hambriento y haciendo endurecer su hombría bajo los pantalones de chándal que llevaba puestos.

Se besaron con avidez, Hendrik recorriendo la cavidad bucal de Alois con su lengua y mordisqueando sus labios. La piel de su amante se sentía suave y olía a jabón perfumado.

Alois gimió el nombre de Hendrik en el beso, agónico e implorante. Comenzó a rodar las caderas en un duro vaivén que hizo a Hendrik soltar un ronco jadeo.

—Espera, espera, mamón —intentó entre risas y sin dejar de darle cortos besos a Alois, quien intentaba desesperadamente intensificarlos.

Peleó con las demandantes manos del contrario para poder sacarse su sudadera por encima de la cabeza y quedar con el torso descubierto. Cicatrices se apreciaron en sus hombros y abdomen.

—Quiero sentirme lleno de ti —demandó el castaño en un gimoteo.

Las manos de Alois recorrieron su torso, rasguñando con deliciosa crueldad hasta llegar a su ingle. Antes de que Hendrik pudiera entender qué demonios estaba ocurriendo, el contrario ya había dejado expuesta su hombría y se había penetrado a sí mismo encima de ella, ahogando un gemido de dolor y placer.

Sí, ese era su Alois, quien algunas veces gustaba de ver a Hendrik como un consolador de goma. Y Hendrik lo amaba por eso.

Alois estaba apretado y tibio en su interior. Se mordía el punto de articulación de su dedo índice con los labios húmedos debido a la saliva que dejaba escapar.

Hendrik acercó su rostro y pellizcó con los dientes la piel del dedo que Alois mordía.

—Vas a.… Vas a acabar conmigo —jadeó con dificultad y sin apartarse.

Presionó sus manos en los huesos de las caderas de Alois mientras este echaba hacia atrás la cabeza y gemía con labios entreabiertos. Hendrik se dejó caer de espalda y apoyó su cabeza en el reposabrazos del sofá, disfrutando de la increíble vista con ojos consumidos por el deseo. Los movimientos lánguidos y egoístas de su amante lo empujaban hacia el placer.

—¿Te sientes lleno?

—*Hmm*, sí… Mu-mucho.

—¿Quieres más? —Levantó una mano y le dio un pesado azote—. Vamos, sé que quieres más. Muévete.

El castaño se estremeció ante el calculado golpe, apretando sus paredes internas y provocando que el rizado gruñera de placer. Y, tal como le ordenó, no demoró en acelerar el movimiento de sus caderas con maestría con sus manos aplanadas sobre los pectorales de

Hendrik, gimoteando de placer mientras sus rodillas se presionaban sobre el sofá en una búsqueda por darse impulso.

Hendrik disfrutó viéndolo cabalgar encima de su erección, hecho un lío de jadeos y gemidos, con mejillas afiebradas y un rostro azorado. Dio un lametón a la palma de su mano y la llevó a la erección de Alois, cuyo líquido preseminal goteaba. Comenzó a masturbarlo lento y torturador, presionando su pulgar sobre la cabeza de la erección de Alois y haciéndolo soltar un suave y agudo sollozo.

—Mírate, mi putito —ronroneó—. Me montas tan bien y… Joder, te ves tan perfecto. —Su abdomen se tensaba cada vez que Alois se dejaba caer en él, provocando una apretada fricción alrededor de su erección.

Llevó sus manos hasta los glúteos de Alois y apretó con fuerza, sintiendo sus dedos calar en la caliente piel.

—Beso —rogó un desarmado Alois.

Hendrik se irguió para someterse al pedido de su chico. Le besó los labios con delicadeza, contrastando las animales penetraciones que forzaba en él con sus grandes manos al hacerlo subir y descender, rápido y profundo.

—Voy a salirme. Date la vuelta y levanta el culo, corderito —demandó antes de atacarlo con un beso crudo y salvaje.

Alois se dejó devorar, bebiendo gemidos de placer y sintiendo su boca derretirse.

Se separaron cuando la necesidad de aire se hizo impostergable, el castaño respirando agitadamente entre gimoteos sin inhibición alguna. Hendrik lo ayudó a voltearse, y Alois quedó sobre sus rodillas y con un costado de su rostro hundido en un almohadón del sofá, su trasero en altura y sus manos sobre los glúteos de este, separándolos y dejando su abusada y afiebrada entrada completamente expuesta.

—Vas a mantener tus manos así, amor. —Alois consintió con un leve movimiento de cabeza y miró de reojo a Hendrik, quien lo sujetó de los hombros antes de hundirse en él una vez más.

—He-Hendrik... Mierda. A-así, quiero. Tan profundo.

—Tú quieres lo que yo voy a darte.

—P-por favor.

—¿Quieres rogar? Debiste habérmelo dicho antes, puto masoquista. —Una mano de Hendrik descendió hasta la entrepierna de Alois y envolvió sus dedos sobre la erección de este, apretando sobre la hendidura en el glande.

—N-no, Hendrik.

—¿No qué, amor? Pensé que querías rogar. Vamos. —Aumentó el ritmo de las penetraciones y Alois dejó escapar un sollozo que hizo a Hendrik sonreír desde la esquina de su boca.

El sudor cubría sus cuerpos y ambos respiraban jadeantes, con la extenuación comenzando a hacerse presente.

—V-voy... Mierda, bebé. Hendrik, me corro...

—No, aún no.

—Por fa-favor, *aah*… Por favor, bebé. Me siento tan lleno, Hendrik, y ne-necesito…

Hendrik apretó con más fuerza la erección de Alois y su chico soltó un hipido fracturado, negando con la cabeza en desesperación por poder liberarse. Se inclinó hacia adelante y lamió la espina dorsal de Alois, provocándole un escalofrío.

—Te voy a soltar, pero no te vas a correr, ¿de acuerdo?

—No, no, no —suplicó—. No puedo. No me sueltes.

—Venga, sí puedes. Prométeme que no vas a correr. Quiero que lo hagas en mi boca.

Alois sollozó pequeños ruegos y finalmente aceptó. Hendrik soltó su erección y se enfocó en su propio placer, cerrando los ojos y disfrutando la sensación de cada estocada que le propinaba al contrario. El calor se formó en su vientre bajo, haciéndolo tensar su estómago y los dedos de su mano. Gruñó y se corrió, dejando caer su frente perlada por el sudor en la afiebrada nuca de Alois, llenándolo mientras este le seguía rogando entre jadeos.

Hendrik respiró unos cuantos segundos, intentando calmar las pulsaciones de su corazón. Salió del interior de Alois y lo hizo voltearse. Se encontró con el contrario luciendo perdido y eróticamente destrozado entre uun lázaro de respiraciones erráticas, ojos rojos y labios temblorosos. Ante la mirada de Hendrik, se tapó la boca con el dorso de su mano, intentando no hipar.

El rizado no dijo nada, simplemente se agachó, dejando un camino de besos desde el vientre del contrario hasta llegar a su ingle; la erección de Alois descansaba pesada y caliente contra su abdomen. Colocó las piernas de Alois sobre sus hombros y llevó tres de sus dedos hasta el anillo muscular foráneo, penetrándolo con sus dígitos al mismo tiempo que abría la boca e introducía toda su erección, deslizándola por sus afiebrados labios y recorriéndola con la punta con la lengua.

Alois arqueó su espalda y enroscó los dedos de los pies. Se corrió en ese preciso instante, con los dedos de Hendrik barriendo sobre su próstata y la punta de su erección chocando contra la parte posterior de la garganta del ojiverde.

Hendrik tragó, su nuez bajando y subiendo, con los ojos cerrados mientras pausadamente respiraba por la nariz. Continuó jugando unos cuantos segundos con el miembro de Alois en su boca, provocándole espasmos al contrario quien le rogaba para que lo soltara. Finalmente, se apartó sin sacar sus dedos, los cuales comenzó a serpentear con lentitud.

Lo besó varias veces, pellizcándole la piel con sus dientes.

—Quiero metértela de nuevo —murmuró con una sonrisa delatora—. ¿Me dejas?

El castaño negó.

—N-no puedo.

—Sí puedes.

—Necesito… Necesito aire —jadeó entre respiraciones profundas.

—Me necesitas llenándote, reclamándote como mío. —Sacó sus dedos del interior de Alois,

quien se removió.

—Solo dos, tres minutos —pidió con los ojos cerrados.

Hendrik tomó sus tobillos y levantó sus piernas.

—Mejor ahora.

—Hendrik, yo… ¡*Ah*! —gimoteó al sentir como Hendrik lo penetraba nuevamente.

—Lo haré lento —prometió, girando el rostro y mordiendo el tobillo de Alois.

—Sí, sí, lento. Solo... Beso. —Hendrik acomodó las piernas de Alois a los costados de sus caderas y se inclinó sobre los labios de este, comenzando a besarlo sin moverse aún, dándole algo de tiempo para recuperarse—. Te amo —susurró Alois.

—Y yo te amo a ti. Amo tu cuerpo. —Deslizó una mano por un muslo de Alois—. Amo tus besos, tu aroma, tus gemidos de putito escandaloso. —Picoteó sus labios—. Amo que seas tú.

Alois sonrió, dejando escapar un suspiro antes de esconderse en la curvatura del cuello de Hendrik, respirando el aroma de su piel.

—Estás aquí —susurró con sorpresa. Después de tantas lunas, todavía seguía sin poder creerlo.

—Siempre.

◆ ◆ ◆

Alois estaba en cama, quizá un poco molesto porque las caderas le dolían como un puto infierno, y porque su paseo a la playa había quedado pospuesto. Todo por la bestia que tenía por esposo.

Leía un libro, acomodándose el marco de los lentes sobre la nariz y mirando de soslayo a Hendrik, quien dormía una siesta acurrucado a su lado.

El castaño bufó con cariño, estirando una mano para acomodar un mechón rizado que le caía a Hendrik sobre los ojos. Su dueño respiraba tranquilo, vistiendo solo un bóxer. Buscó los pies de Hendrik y barrió los talones de este con sus dedos.

La brisa de la tarde entraba por la ventana abierta y si ponía atención, podía escuchar los zumbidos de pequeñas abejas recolectoras de polen a las afueras, seguramente degustando el néctar de sus amadas gardenias. Finalmente, lo tenía, aquello que tanto anheló durante su estancia en North Collan; tenía a su dueño y una vida con él, días llenos de alegrías, a veces peleas y lágrimas. Pero también noches de besos y caricias suaves. Y lo amaba tanto, literalmente tanto que a veces dolía. Le era imposible no recordar las veces que estuvo a punto de perder todo eso cuando intentó quitarse la vida.

Nunca podría agradecerle lo suficiente a su madre e Ian, a aquella familia que dejó en Londres cuando volvió a los brazos de Hendrik. Algún día volvería a ellos con Hendrik tomando su mano, cuando fuera el momento y se sintiera bien. Cuando los días malos dejaran de aparecer.

Aunque entendía, en términos médicos, por qué le ocurría, eso no significaba que supiera cómo detenerlo. Investigó al respecto y pensó en ver a un psicólogo, sin embargo, no se sentía preparado para hablar de eso tampoco. No podía hablar de cómo algunas mañanas despertaba

desorientado, sin ser consciente de lo que lo rodeaba. ¿Cómo explicar que esas veces se sentía tan ligero y adormilado? Era como un sueño frío que no le permitía pensar con claridad. Y entonces todo volvía a él, todos los recuerdos dolorosos. Su época en North Collan, las cosas que vio ahí, los bramidos de los reclusos, el frío, el hambre, las peleas, la separación con Hendrik, la carta de Robert, y sus manos cubiertas de sangre... Él hundiéndose con las sombras y voces que le gritaban: "¡Esto no es real, Alois! Hendrik te dejó, ¿recuerdas? Él se fue y murió".

De esa forma, todo se volvía borroso y espeso. Le costaba hablar y respirar. Su piel picaba y solo podía pensar en alejarse, en correr, sin embargo, sus piernas apenas si podían mantenerlo en pie. Era Hendrik quien lo sacaba de aquel submundo que lo atrapaba. Siempre estaba ahí para él, para traerlo de vuelta y besar sus labios, prometiéndole que todo estaría bien. Alois creía en él, y no podía ser de otra forma. Por eso estaba esperando y aprendiendo a sobrellevar su pasado, para poder disfrutar el presente.

La posibilidad de volver a ejercer quedó relegada. Necesitaba ese tiempo para él, para conocer a Hendrik y lo que ambos estaban formando. Necesitaba tiempo para sanar. Su vocación prevalecería férrea al paso del tiempo, de eso estaba seguro, así que podía hacerlo. Podía ser egoísta una vez más.

Cerró el libro y se acomodó de costado, su cabeza reposando sobre sus manos aplanadas encima del almohadón. Miró a Hendrik y a los detalles de su rostro.

¿Quién lo diría? Todavía podía recordar la primera vez que vio a Hendrik dormir a su lado. Estaba tan nervioso que apenas si podía respirar.

Sonrió y se acercó con cuidado para besar la punta de su nariz. Tan ensimismado se encontraba, deleitándose con cada respiración de Hendrik, que dio un brinco al escuchar un conocido tono de llamada. Giró su rostro y antes de que pudiera sentarse para buscar el móvil, Hendrik tomó su brazo y lo detuvo.

—Es para mí —le dijo, sin amago alguno de calidez.

Alois vio la tensión en el rostro del ojiverde. Sus facciones estaban contraídas con amargura.

—… Bien.

Observó en silencio a Hendrik levantándose de la cama y caminando hasta la cómoda donde guardaba aquel móvil, el único nexo que mantenían con su pasado. El corazón le pulsaba con fuerza y sus manos se apretaban al edredón de la cama.

Hendrik se aclaró la garganta y llevó el móvil a su oreja.

—Nevin. Bien, gracias. Sí, está aquí.... De acuerdo, comprendo. Sí, todo bien. No te preocupes... Está bien. Te avisaré cuando viajemos.

Hendrik colgó la llamada y miró a Alois. Solo eso hizo falta para que se levantara con rapidez y corriera a su lado, levantando los brazos y envolviéndolo con estos. Hendrik no necesitaba hablar, solo su mirada melancólica y aterrada bastó para que Alois supiera qué ocurría.

Había llegado el momento. Había que ponerle final a la tiranía del hombre que jugó a ser Dios y arrastró a su pequeño hijo en aquel pérfido juego.

—Todo estará bien, bebé. Lo prometo —susurró Alois.

—Llegó la hora, amor. Finalmente. —Había miedo en la melodía de la voz de Hendrik.

—Yo estaré a tu lado, Hendrik. No tendrás que volver a pasar por esto solo. Ya no lo estás, estoy yo.

—Sí, lo sé. Es solo que... Mierda, nunca pensé en este momento. Qué idiota.

—No. No, amor, está bien. —Se separó y acunó el rostro de Hendrik, dejando varios besos ligeros y castos sobre sus labios. Todo su ser gritaba y arañaba en necesidad de proteger al ojiverde.

Hendrik posó sus manos sobre las del castaño.

—Te amo. Te amo tanto, Alois. No puedo estar sin ti, no puedo.

—Nunca tendrás que estar sin mí, te lo prometo. Y te amo también. Te amo a ti, solo a ti. Todo estará bien, confía en mí.

Su dueño asintió y se inclinó para poder ocultar su rostro en el cuello de Alois.

—No quiero tener que volver a matar a nadie, corderito. Ni siquiera a Robert —susurró con cautela.

Una mano de Alois se posó en la nuca de Hendrik y comenzó a dejar suaves caricias.

—No, mi dueño, no entiendes... No tendrás que matar a nadie. Ya no es tu deber hacerlo.

—Sí lo es, debo acabar con esto. —Suspiró—. Mierda, jamás quise ser esto, te lo aseguro. Jamás quise… ser un jodido demonio.

—Hendrik, mírame.

Hendrik obedeció y se apartó para poder mirar a Alois. Lo recibió con una sonrisa forzada.

—Amo a tus demonios y amo la sangre con la que has manchado tus manos.

—Alois…

—Y amaré tener las mías manchadas por ti. Ya no estás solo, ¿no ves?

—No te dejaré hacerlo.

Alois pegó su frente a la de Hendrik y cerró los ojos.

—Solo debes confiar en mí, Hendrik. Vamos a ir y tomaremos al mundo.

—… Tú eres mi mundo.

—Y tú mi emperador —sentenció.

Con incierta melancolía, había llegado la hora en que debían volver y enfrentar a Robert, terminar con él. El castaño no sabía si estarían bien, solo les quedaba confiar al igual que tiempo atrás cuando la parca se detuvo ante el verde en los ojos de su emperador, quien yacía en el suelo con sangre saliendo de su abdomen y el rostro cubierto de tierra; y la muerte, subyugada y atemorizada, decidió que no era momento para llevarse su vida.

◆ ◆ ◆

El viaje a Londres ocurriría en una noche de nubes cubriendo las estrellas del firmamento. De viento cruel y demonios ocultos tras las sombras de los árboles. En el aeropuerto de La Digue los esperaba poco personal, todos silenciados por cuantiosas sumas de dinero en sus cuentas bancarias. Tenían un avión privado listo para Hendrik y Alois que los llevaría a su destino.

No fue fácil para ambos separarse de su hogar, de aquella casa escondida que había atestiguado lo mejor de ellos y de su amor. Cada rincón encerraba cientos de recuerdos, ternura, pasión, risas y peleas. Y ahora debían dejarlo todo; debían enfrentar aquel pasado que los destrozó.

—Tus… Tus dedos están fríos —dijo Hendrik, una sonrisa lastimada apreciándose en su rostro.

—¿Lo están? —preguntó el médico con voz rota y rasposa. La prueba de su incesable llanto estaba pincelada en su rostro, en sus mejillas aún húmedas y en sus ojos rojos.

Estaban tomados de las manos, apretándose con fuerza el uno al otro mientras eran llevados al aeropuerto en un todoterreno que Nevin había dispuesto para ellos, manejado por uno de sus hombres de confianza.

Aún no dejaban la isla y ya la extrañaban.

—Sí —susurró Hendrik con su rostro fijo en la ventana. No había mucho que ver en aquella oscuridad, sin embargo, no quería voltear el rostro. No soportaba el dolor y el miedo en el rostro de su amante.

El ruido sordo de las ruedas sobre el camino de tierra zumbaba en sus oídos. Todo sintiéndose demasiado, doliendo demasiado.

¿En qué momento se había vuelto tan vulnerable? ¿Qué había hecho Alois con él? Era imposible para Hendrik comprender cómo había cambiado tanto, cómo había pasado de ser un demonio salvaje e invencible a un miserable humano asustado. ¿Cómo podría volver a ser él? Lo necesitaba. Debía recuperar el veneno que solía correr por su torrente sanguíneo para enfrentar a su padre.

—Hendrik…

—¿Sí?

—Gracias. —El rizado tragó y se armó de valor para girar el rostro. Alois, con sus marcadas ojeras, le sonreía—. Por ser valiente.

—Corderito, no… —Negó, cerrando los ojos—. No lo soy.

—Lo eres. Eres tan valiente, mi dueño. Lo eres todo, ahora. Y no necesitas volver a ser el hombre que tu padre quería que fueras —le aseguró como si hubiese podido leer sus malditos pensamientos.

—¿Qué mierda sabes tú? No tienes idea de lo que siento. No digas que soy valiente cuando estoy… —“Asustado”, pensó. No pudo decirlo.

—Bebé, no... —Alois ahuecó la palma de su mano izquierda para arrullar una mejilla de Hendrik—. No hagas eso. No odies de ti lo que yo más amo.

—¿Y qué es lo que amas? ¿Que sea un hijo de puta asustado? ¿Que sea débil? ¿Qué es,

Alois? —Sus palabras fueron duras, carentes de calidez. Había tanta impotencia acrecentándose en él. Tenía ganas de gritar, de detener el maldito vehículo y salir corriendo.

—Todo. Lo amo todo, Hendrik. ¿No te sientes así conmigo? ¿Hay algo de mí que no ames? ¿Que odies? —El ojiverde frunció los labios. No, no había nada de Alois que no amara—. Amo que te sientas asustado, débil, y que a pesar de eso, estés aquí. Dispuesto a toda esta mierda sólo por mí, por nosotros.

—… Mierda. —Sonrió, negando y soltando un movimiento ligero de hombros—. Eres tan malditamente bueno con las palabras. El mejor, lo juro.

Alois relajó sus tensas facciones y apoyó un costado de su cabeza en el hombro de Hendrik, acurrucándose en él.

—Solo… quiero ser lo que necesitas.

—Ya lo eres. —Giró su rostro para besar los cabellos castaño miel de su precioso amante—. Eres más de lo que necesito, más de lo que esta mierda de mundo merece.

Hendrik se acomodó para rodear los hombros de Alois con sus brazos, atrayéndolo más hacia sí mismo. Necesitaba de él, de su calor y del aroma de su piel. Alois no era únicamente el amor de su vida, era su otra mitad.

Hendrik era cadenas, Alois era la libertad.

El resto del viaje ambos permanecieron en silencio, deleitándose con la respiración acompasada que tenían. Con un único consuelo: estaban juntos.

Llegaron al aeropuerto donde los hombres de Nevin estaban esperándolos. Diestros en sus labores, cargaron las maletas de Hendrik y Alois mientras estos, sin soltarse en ningún momento, subían al avión. No pasaron por el procedimiento común, no había forma en que lo hicieran. Hendrik estaba legalmente muerto; no tenía papeles ni una identidad falsa. Era una sombra que se movía a escondidas del marco legal. Sería demasiado riesgoso tener un documento que acreditara su existencia. Sin importar el cambio de nombres, una identidad era rastreable y por ello, una soga al cuello.

Al igual que los asesinos a sueldo, que los narcotraficantes buscados por la policía internacional y que los hombres cuya existencia debía ser borrada de la faz de la tierra, Hendrik se movía de otras formas. Ocultaba su presencia con dinero, cerrando bocas con balas de plomo, escudándose tras la muralla que Ivanov había puesto para protegerlos a él y Alois.

—Cuánto lujo —se burló Hendrik al entrar al avión.

Vio hacia los enormes asientos de cuero en color beige, el suelo alfombrado y luces suaves. Había ostentosos adornos por todos lados y una rubia sonriente en un formal traje de dos piezas.

—Bienvenidos, señor Stone y señor Thompson.

—Hola —saludó Alois, agitando su delicada mano.

Hendrik simplemente hizo un movimiento de cabeza. Lo suyo no era la amabilidad.

—Mi nombre es Lizbeth y me complace decir que estaré a cargo de sus necesidades durante el viaje. —Señaló un par de sillones—. Pueden tomar asiento cuando deseen.

Alois fue el primero en sentarse, sin quitar los ojos de Hendrik, quien silbó al ver el minibar

surtido de costosos licores.

—Hendrik… —gruñó entre risas.

El rizado arrugó la nariz intentando contener una sonrisa. Caminó hasta donde estaba el más bajo y se sentó a su lado, abrochando su cinturón de seguridad.

—¿Podemos ver una película? Será una mierda de viaje largo, y si no puedo meterle mano a mi mamón, necesitaré una distracción… Ya sabes.

Alois rodó los ojos, ruborizándose contra su voluntad.

—Por supuesto —respondió la rubia con una enorme sonrisa que seguramente debía de doler—. Tenemos una gran cartelera de películas. Una vez despeguemos, podrán encender el proyector.

Señaló el techo donde un moderno proyector de películas se dejaba ver.

Hendrik asintió y ambos escucharon en silencio el procedimiento a seguir. Ya que era un vuelo de índole confidencial, no aterrizarían en el aeropuerto de Londres, sino en las afueras donde al parecer, Ivanov tenía su propio aeropuerto privado.

—¿Nevin irá por nosotros? —le preguntó Alois a Lizbeth.

Extrañaba al rubio alocado y, por otro lado, quizá todo dejaría de sentirse tan amargo con su presencia. Nevin lograba de alguna forma que todo se sintiera mejor.

—Lamentablemente, no estoy en conocimiento del itinerario del señor Holik.

—Oh, sí. Está bien… —Se acomodó un mechón de cabello tras la oreja.

—Tranquilo. Seguro Nevin ya está esperando por nosotros.

Alois exhaló por la nariz, esbozando una mueca que intentaba pasar por sonrisa. No podía estar tranquilo, realmente no podía. Todo en él rogaba por quedarse en la isla, en su hogar.

—¿Puedo tener algo para beber? —preguntó cambiando el tema.

—Sí, por supuesto. Inmediatamente les traigo bebestibles.

Cuando la rubia desapareció, el de ojos azules pudo soltar un poco de la tensión de su rostro, acurrucándose mejor al lado de Hendrik y olisqueando su cuello en profundas respiraciones.

—Venga, mamón. No te pongas como fiera en celo. Te dijeron que no podemos follar arriba del avión —bromeó el peleador.

Alois pinchó su brazo en venganza, sonriendo idiotizado de amor.

Finalmente, con tres escoltas sentados tras ellos, un carro de bebidas preparadas a su disposición y una enorme cartelera de películas en sus manos, el avión despegó.

◆ ◆ ◆

El clima gris y frío de Inglaterra les dio la bienvenida. Y ellos solo querían decirle adiós.

Había una densa neblina y una brisa gélida que lograba meterse dentro de la ropa de Alois, provocando que sus dientes castañearan y que sus labios adquirieran un color apagado. Llevaba

encima la enorme chaqueta de Hendrik, no obstante, el frío no amenguaba.

—Esto me trae recuerdos —susurró el rizado en su oído, tocando con sus dedos los labios tiritones del más bajo—. ¿Te acuerdas?

Hendrik rodeó con un brazo a Alois por encima de sus hombros, mirando con ojos asesinos a cualquiera que se acercara a hablar con ellos. Se sentía amenazado.

No importaba que estuvieran rodeados de los hombres de Ivanov, todos estos armados hasta los huesos. Aun así, no se sentían seguros estando de vuelta en Inglaterra.

—S-sí —balbuceó Alois en respuesta, sin aguantar una sonrisa nostálgica al pensar en su primera noche en North Collan, en cómo tiritó de frío y de miedo—. Qué tiempos…

—Eras un coqueto atrevido, lo recuerdo bien. Bueno, aún lo eres.

Un despliegue de tres hombres llegó hasta ellos y Hendrik alzó el mentón, esperando que ese circo terminase pronto.

—Por aquí, por favor —solicitó uno de los desconocidos. Les señaló el camino con palabras lacónicas y firmes. Vestía un traje negro y llevaba lentes de aviador.

El aeropuerto era pequeño y estaba rodeado por pastizales verdes; se encontraba en medio de la nada, con galpones de metal y un estrecho centro de aterrizaje.

Hendrik avanzó por el camino señalado, Alois aferrándose a él en todo momento. Se adentraron en uno de los galpones de metal donde varios vehículos blindados se encontraban estacionados. Había poca luz y todo olía a humedad, a musgo. El piso de cemento agrietado sonaba bajo las suelas de los zapatos y Alois estaba seguro de que podía escuchar las respiraciones de todos los presentes, puesto que nadie hablaba.

El hombre que les indicó el camino se acercó hasta uno de los vehículos y abrió la puerta. Los ojos de Alois se agrandaron con exageración al ver bajar de este a su viejo amigo Nevin, la reina de North Collan.

Lucía mejor que nunca, con un traje gris opaco ceñido a su delgado cuerpo y una camisa rosa pastel por debajo, desabotonada al comienzo que mostraba el centro de sus clavículas.

Hendrik se burló de su aspecto pomposo y de su nuevo color de cabello, el cual había pasado de un rubio platinado a un castaño claro. Nevin no dijo nada, simplemente caminó apresuradamente hasta el castaño y estiró sus brazos, siendo cariñosamente recibido por Alois en un abrazo apretado.

—Maldita perra suicida, te extrañé —lloriqueó Nevin con voz temblorosa.

Alois no pudo aguantar la desbordante sensación de nostalgia y cariño, permitiendo que algunas lágrimas escaparan de sus ojos. No supo cuánta falta le había hecho Nevin hasta ese momento. Hasta que sintió un nudo tirante en su vientre y un peso de plomo en el pecho.

El mayor respiró sobre el hombro del castaño, frunciendo los labios para acallar cualquier lloriqueo traidor.

—Venga, putos mamones. Dejemos eso para después. Se me están congelando las bolas aquí —gruñó Hendrik al ver que ni Alois ni Nevin tenían intención de terminar su abrazo.

El rubio se carcajeó y se separó de Alois, tomando su rostro con ambas manos y limpiando

las lágrimas de sus mejillas con las puntas de sus pulgares.

—Mírate, estás hecho un dulce —halagó Nevin, pellizcando las mejillas de Alois con fuerza.

—Vale, vale. El lesbianismo no me pone —siguió entrometiéndose el ojiverde, resentido porque no estaban tomándolo en cuenta.

—Te extrañé tanto, Nini. Y ahora estás aquí… Mierda, de verdad estás aquí. —Hendrik resopló con un mohín de cejas fruncidas y labios apretados—. Estás todo guapo con tu traje de diseñador. Joder, rubio.

—¡Ay, maricón! ¡Me avergüenzas! —gritó, recuperando aquel tono de voz que usaba en North Collan—. Además, tú sí estás de muerte, hijo de puta. Todo bronceado y sexy…

—Joder. —Hendrik miró al hombre que los condujo hasta Nevin y se encogió de hombros —. ¿Puedes creer que aguanté un año de esto en prisión? —Nevin gruñó y estiró su mano, aporreando en bruto a Hendrik por su comentario—. ¡Hey! —se quejó el ojiverde, sobando su hombro con exageración—. ¡¿Viste eso, corderito?! ¡Me golpeó!

Alois rodó los ojos, sonriendo con cariño a Hendrik. Se separó de Nevin para ver la terrible y lacerante herida que este dejó en su dueño.

—Sobrevivirás —diagnosticó, dejando un beso en el hombro de Hendrik y volviendo su atención a Nevin—. ¿Y Zev?

—Nos está esperando en nuestra casa—dijo con orgullo, pecho lleno y ojos brillantes—. Hemos estado algo ocupados últimamente… Ya podré contarles todo, pero vamos. No es bueno que estemos mucho tiempo aquí.

El castaño les hizo un gesto para que entraran al vehículo tras él. Alois y Hendrik no demoraron en seguirlo, dejando que aquella sensación de incomodidad lentamente comenzara a desaparecer.

El viaje fue todo menos silencioso. Nevin y Alois no lograban dialogar sin interrumpirse constantemente, cada uno teniendo demasiado que contar.

Alois le mostró orgulloso a Nevin la sortija nupcial de oro blanco que Hendrik llevaba colgando de su cuello con una cadena, oculta de miradas indiscretas.

—¡Pero si es hermosa!

—Lo sé, yo la escogí —dijo Alois con vanidad.

—La que te di yo es mejor —jugueteó Hendrik sobre el oído de Alois, tironeando el lóbulo de su oreja.

—¡Ya! ¿Es que nunca dejarán de estar calientes? Un año follando en una isla paradisiaca y todavía no se calman.

—¿Celoso? —inquirió el castañol con una sonrisa mordaz, acurrucándose en Hendrik, quien besó un costado de su cabeza.

—Sí, por supuesto —ironizó—. Como Zev no me come el trasero todas las noches…

—¡De acuerdo! Demasiados detalles, Nini —exclamó Alois con horror en su rostro.

Nunca, jamás, se acostumbraría a Nevin hablando de su vida sexual. Quizá ya estaba traumado.

Hendrik soltó una risa ronca, de esas que nacían en su vientre y crecían hasta salir por sus llenos labios sandía. Una risa de las que enamoraban a Alois.

Nevin siguió molestando a Alois con detalles de su condimentada vida sexual junto a Zev durante el resto del viaje, chillando orgullosamente sobre el moreno y su gran aguante.

Tanto Alois como Hendrik estaban absortos en la conversación con Nevin, por lo que no se percataron cuando el vehículo se adentró en la propiedad del irlandés.

—Ya estamos llegando —se percató Nevin al reconocer la entrada de arbustos pulcramente podados y rosales pertenecientes a su hogar—. ¡Van a amar mi hogar!

—Mientras no sea una mansión de paredes rosadas y con un lago de cisnes, me conformo —murmuró Hendrik.

—¿Quién tendría un lago de cisnes, imbécil? —preguntó Nevin con altanería.

—Menos mal…

—Eso ya pasó de moda. Yo tengo un centro de equitación personalizado.

Y por alguna razón, a Alois no le sorprendía.

Se estacionaron en la entrada de la enorme residencia. La mansión de Nevin era impresionante, como un museo clásico de enormes paredes blancas y con una monumental escalinata de piedra adornada con arbustos y rosales a sus costados. Una serie de pilares con enredaderas decoraban la fachada, todo rodeado de un cuidado jardín con pastizales verdes y árboles exóticos.

—Maldito rico bastardo —se quejó Hendrik, cabeceando de un lado a otro.

Nevin ladeó su cadera hacia un lado de manera exagerada, atenazando las manos en su cintura.

—¿Qué esperabas? Soy la puta reina de la mafia inglesa.

—Por supuesto que lo eres. —Sonrió Alois, condescendiente.

—¡Lo soy!

—Eso dije, amor.

Los hombres de Nevin no demoraron en bajar las pertenencias de la pareja, a espera de nuevas instrucciones.

—Vamos, vengan por aquí. —Caminó unos cuantos pasos y gracias a dos porteros, la enorme puerta doble se abrió para él.

—¿Es en serio?

—Lo es —respondió Nevin al ver la expresión apabullada de Hendrik—. Y esta ni siquiera es la casa principal.

—El infierno me libre de conocer la casa principal.

—Le diré a mi padre que dijiste esto.

Hendrik refunfuñó y enredó los dedos de una mano junto con los de Alois, ambos entrando al mismo tiempo a paso lento. Algo cohibidos por el lujo, pues ya estaban acostumbrados a lo simple, a su casa de cortinas descambiadas y silvestres árboles frutales.

—¿Y mi hombre? —preguntó Nevin a un señor de avanzada edad, quien lucía un rostro serio e inexpresivo.

—El señor Reed está al teléfono con su padre. Bajará de inmediato.

—Vale. Avísale que estaremos en el jardín. —Dirigió su mirada a la pareja—. Vamos a tomar unas bebidas de mientras.

—En realidad… —Alois carraspeó—. Me gustaría tomar un baño. ¿Es posible?

—Oh, sí. Claro que sí. Mierda, soy un asco de anfitrión.

Nevin se disculpó diez veces más antes de guiar a Hendrik y Alois a la que sería su habitación. Amplia, de paredes beige con enormes ventanales y un balcón con un juego de terraza que invitaba a desayunar en él.

—Joder, qué buen dineral te has ganado vendiendo el trasero, ¿eh, rubio?

—Ya sabrás tú de eso, ¿no? —respondió con las cejas alzadas, lento y con un acento exagerado.

Alois sonrió.

—¿Hay toallas?

Hendrik se dejó caer en la cama con los hombros relajados y una expresión fatigada.

—Sí. Aquí, ven. —Nevin caminó hacia la puerta que conducía al baño de la habitación.

—Voy con Nevin.

—Ve. —Hendrik le lanzó un beso a Alois.

Nevin volvió a los minutos, y el sonido de la lluvia artificial bajo el grifo era la prueba de que su corderito ya se encontraba bajo el agua.

—Le dije a Alois que iremos por Zev. Luego nos alcanza. —Hendrik arrugó el gesto—. Tranquilo, bestia, que no le pasará nada. Tendrían que matar a cien hombres para llegar a esta habitación.

—Bien. —Se colocó de pie, acomodando su cabello rizado que ya le llegaba a los hombros —. Llévame con tu dueño.

Nevin sonrió cálido. Aquella palabra era todo para ellos, para los sobrevivientes del leviatán.

—Vale, emperador.

Salieron de la habitación sin decir mucho.

Hendrik estaba cansado. Una vez se relajó, pudo notar el cansancio que lo hacía arrastrar los pies, mas no dijo nada al respecto; ya habría tiempo para descansar, toda una vida.

—¿Cómo es lo de tu padre con Zev?

Nevin resopló, acomodándose el cabello.

—Demasiado tercos los dos. Siempre están peleando, pero en el fondo se adoran.

—Tu padre es… —Carraspeó—. Complicado.

Hendrik conoció al padre de Nevin durante la época en que se encargó de aplastar a los insectos que rodeaban a Robert. Era, sin lugar a duda, un hombre de pocas palabras, pero letales, de rostro melancólico y ojos escudriñadores.

Para el hombre, Zev había llegado en el momento justo. Leal y conocedor del mercado, asquerosamente enamorado de su único hijo; Zev no demoró en convertirse en la mano derecha de Ivanov.

—Ugh, dímelo a mí. Estar rodeado de hombres es agotador. —Hizo ondear su dedo en un círculo imaginario—. Necesito más amigas.

Llegaron a un despacho, donde cierto moreno de cabello corto y engominado se encontraba con una carpeta abierta entre sus manos.

—¡Zev, mira a quién te traje!

Zev levantó la vista y lanzó la carpeta al escritorio, sobre el cual tenía apoyada su cadera.

—Hey —le dijo a Hendrik con mirada afligida y una sonrisa suave que escondía tantos años de camarería.

Hendrik caminó hasta Zev. Nevin resopló, mirándose las uñas.

—Hey… —Estiró su mano y Zev la estrecho.

—¿Van a besarse o algo? —bufó el castaño al ver un aura rosada envolviendo al par.

—¿Me extrañaste, narco?

—Tanto como tú a mí…

Se miraron sin decir más, simplemente sonriéndose mutuamente y añorando más tiempo para hablar de sus vidas.

—¡Ay, basta! No lo soporto —Nevin se colocó entremedio, separando al antiguo emperador y al príncipe de North Collan con sus manos aplanadas sobre los pechos de ambos hombres—. No me obliguen a tomar medidas extremas. No quiero darte con la botella en la cabeza de nuevo —amenazó al rizado.

—Ya, rubio. —Zev le pellizcó una mejilla—. Me ponen los celos, pero necesitamos que Hendrik mantenga su cabeza sobre el cuello.

Nevin gruñó.

—Vale.

Hendrik llevó los ojos al techo y se apartó, dejándose caer sin mucha clase sobre un sofá con las piernas extendidas y hombros relajados, su cabeza apoyada en el respaldo.

—¿Cuándo vamos por Robert? —preguntó conciso.

—Aún no —murmuró Zev, sentándose frente a Hendrik—. Ivanov quiere estar presente cuando todo termine.

—¿Y dónde está? —Miró a Nevin, quien mordisqueaba su labio inferior, nervioso.

—Se encuentra en Brasil… Ha ido a cerrar un negocio allá. —Tragó lento.

—¿Brasil?

—Sí. Está tomando el control del sur de las Favelas. Es peligroso, pero un buen negocio, ¿sabes? —Se encogió de hombros—. Además, Zev está ayudando a que se haga con el control y todo; aún tiene algunos contactos de antes de caer en prisión.

Hendrik no lucía feliz con la información. No entendía el motivo por el cual sus amigos se metían en esa mierda, pero tampoco los cuestionaba. No era nadie para juzgar.

—Solo cuídense de la mierda, ¿de acuerdo?

Zev sonrió cálido. Sabía que esa era la manera en que Hendrik mostraba su preocupación.

—Tranquilo, que este tigre tiene nueve vidas —dijo, intentando aligerar el ambiente—. Y mi gatito es inmortal. —Le guiñó un ojo a Nevin, quien se mordisqueó el labio inferior, sonriendo con coquetería.

—Como te metan plomo en el pecho, veremos qué tan inmortal eres. —Zev soltó un resoplido, escondiendo una risa al mismo tiempo que le daba un sorbo a su vaso de whisky—. ¿Cómo fue que saliste de prisión?

La pareja frente a Hendrik sonrió con complicidad.

—Hendrik, mejor muere de anciano y no de curioso.

—Hijos de puta…

La puerta se abrió y un recién bañado Alois entró en la habitación. Sus ojos estaban levemente vidriosos y su cabello aún húmedo, con mejillas rojas y labios hinchados. Todo su cuerpo tibio perfumaba el lugar.

—Fuiste a tomar un baño y pareciera que vienes saliendo de una orgía en el mismísimo paraíso.

—Tu jacuzzi es un sueño —suspiró Alois, ignorando el comentario de Zev. Caminó hasta Hendrik y se sentó en su regazo. Su dueño prácticamente ronroneó al tenerlo de vuelta.

—¡Lo sé! No te imaginas la diversión que se puede tener ahí.

—Nunca entenderé cómo conviertes toda tu vida en simples anécdotas sexuales.

—Simple. —Apuntó a Zev sin dejar de mirar a Alois—. Él convierte mi vida en una película porno gay. Muy gay.

—¿Cuándo dejamos de hablar sobre el miembro de Zev en tu trasero y me dices qué ocurrirá con Robert?

—Por eso nunca fuiste popular en North Collan —se quejó el castaño—. Ya te dije. Esperamos a que llegue mi padre y vamos por él.

—¿Cuándo será eso? —preguntó mirando a Zev. El moreno se aclaró la garganta con un puño cerrado sobre sus labios.

—Tomará un vuelo hoy a la noche, así que volverá mañana…

Alois jadeó por la respuesta. No esperaba que fuese tan pronto.

—¿Y Robert? ¿Dónde se encuentra?

—Hace un mes aproximadamente que reside en Holmes Chapel. —Hendrik tragó, sintiendo el calor abandonar su cuerpo. Se aferró a Alois, barriendo con sus dedos sobre el vientre del más bajo—. Tengo una carpeta con toda la información al respecto, te la pasaré cuando… ¿Ocurre algo?

Hendrik negó.

—No, es solo… Creo que estoy cansado.

Hendrik permaneció en silencio el resto de la conversación, sintiéndose aliviado cuando Alois sugirió que fueran a descansar hasta el mediodía, muy a regañadientes de Nevin, quien quería pasar todo el día junto a Alois.

En ese momento, Alois no podía pensar en otra cosa que no fuese la manera en que Hendrik se había tensado ante la mención de Holmes Chapel.

Volvieron a su habitación con la promesa de ser despertados para el almuerzo.

Ya recostados en la cama, los dedos de los pies de Alois acariciando los tobillos de Hendrik, se miraban en silencio. Una mano de Hendrik acariciaba la mejilla de Alois, su pulgar trazando líneas imaginarias.

—¿Qué ocurrió en Holmes Chapel?

Hendrik resopló con amargura. Parecía imposible ocultarle algo a Alois.

—Yo nací ahí, en ese pueblo. Y… como que aún lo recuerdo.

—¿Quieres hablarme de eso?

—No lo sé.

—Está bien. —Frotó la punta de su nariz contra la de Hendrik—. No tenemos que hablar si no quieres.

—Mi madre era una buena mujer —susurró con ojos cerrados. El recuerdo de las tardes buenas, esas donde su madre no necesitaba sumirse en fármacos para dormir, bailaba en su cabeza—. Ella… tenía problemas, pero era buena. Ya sabes, sus demonios no la soltaban, pero quizá… —Tragó—. ¿Quizá me quería?

Alois asintió casi con desesperación, los dedos de sus manos enroscándose en el suéter de Hendrik.

—L-lo hizo. Ella te quería y por eso te dio un corazón tan hermoso, bebé. Por eso ella… —Ahogó su impotencia.

—Hey, amor. Ya, está bien, ¿sí? Está bien. —Hendrik estiró un poco el rostro y besó la boca de Alois, lento y suave. El contrario respondió a su tacto, relajándose instintivamente—. Tú me amas.

—Te amo.

—Y eso es lo único que necesito.

—Lo único —repitió Alois.

—¿Y tú, corderito? —Alois se sacudió de hombros, sin comprender a qué se refería su

dueño—. ¿Estás seguro que no quieres ver a tu mamá? ¿A Ian?

Alois tragó, negando con un gesto vago de cabeza. Ya habían hablado de eso antes de viajar. Hendrik le había propuesto hacer una visita corta a su familia. Alois se negó.

—No es el momento para eso.

—Podemos hacer que sea el momento.

—Hendrik, no. Solo… Ahora no, por favor.

—Bien —resopló, intentando apartarse de Alois, pero fallando debido al fuerte agarre de este.

—No te alejes, hace frío.

—No entiendo por qué no quieres verlos —insistió.

—No lo sé —reconoció este con voz trémula y cargada de culpa—. Quizá no estoy listo. Y-yo… No puedo, ¿bien?

—Amor… —Hendrik suspiró sobre el cabello de Alois, enredando sus brazos en la curvilínea espalda del castaño—. No quería presionarte.

—Lo sé… Y sé que quieres, ya sabes, conocer a mi familia y todo, pero… No ahora, lo siento.

—Vale. Como tú quieras.

Alois no pudo decir nada más. La culpa pesaba demasiado en su boca porque sabía que para Hendrik era importante conocer a su familia, conocer lo que era una; algo que él nunca tuvo. Pero Alois simplemente no estaba listo para enfrentarlos, para verlos y revivir esos seis meses que pasó alejado de Hendrik. Ellos eran el recordatorio de su relación con la muerte.

—Te amo —susurró Alois a los minutos, la única expiación que podía encontrar a su egoísmo.

—Ya duérmete…

—¿Me amas?

—Sí.

—¿Incluso si hago esto? ¿Si te hago daño? P-porque lo estoy haciendo… —Quería llorar.

—Incluso si me haces daño —Hendrik respondió, repitiendo las palabras de Alois.

Y quizá era el cansancio, pero Alois sintió su voz tajante, tan distante que comprimió su pecho.

—Vale.

No hablaron después de eso. El cansancio emocional los abatió y no tuvieron otra opción sino dormir. Enlazados tanto como les era posible, respirando el aliento del otro, y Alois escuchando los lentos latidos del corazón de su dueño.

El tictac del reloj les recordó que en solo unas horas más, todo terminaría.

◆ ◆ ◆

Conocer a Ivanov fue algo que Alois solo podía describir como escalofriante. El hombre no habló directamente con él; en realidad, con nadie. Simplemente, entró al enorme salón donde todos se encontraban y besó a Nevin en la mejilla para luego sentarse en el imponente sofá individual que, a ojos de Alois, perfectamente podía asemejarse a un trono. Escuchó en silencio, al igual que todos, la información sobre Robert que Zev estaba otorgando.

Desde la muerte en cadena de sus socios, Robert perdió su inquebrantable muralla de protección. El rumor de la muerte de sus amigos se expandió rápido y quienes podían haberlo ayudado, prefirieron cerrarle la puerta por miedo. No más ministros, ni jueces, no mafia ni fuerzas gubernamentales; Robert estaba solo. Ya no habría manera de sacarlo de prisión si Ivanov mostraba todas las pruebas incriminatorias de las fechorías de Robert. Sin embargo, no era una condena en prisión lo que buscaban para él. Era la muerte.

—Su casa suele estar resguardada. —Zev miró a Hendrik—. Nada de lo que no puedas encargarte.

El ojiverde asintió.

—Entonces, ¿cuándo partimos? —preguntó Nevin, colocándose de pie—. Necesito hacer mis maletas y…

—Tú no vas. —Todos giraron su rostro. Ivanov había hablado—. Te quedas fuera desde ahora. Tú y Zev.

—¡¿Qué?¡ ¡No puedes estar hablando en serio! —Nevin caminó hasta su padre con la rabia filtrándose por sus bonitas facciones. Lucía horrorizado con lo que Ivanov había demandado—. ¡¿Sabes cuánto he esperado por esto?!

Ivanov respiraba lento y no movía ni un músculo facial.

—No me importa, Nevin. No vas a ir.

—¡No me harás esto! No puedes… —las últimas dos palabras salieron ahogadas.

Alois buscó con la mirada a Hendrik, quien le dijo con un dedo índice sobre los labios que permaneciera en silencio.

—Rubio…—intentó Zev, parándose tras Nevin y sujetándolo con suavidad de los hombros.

—¡Suéltame! —Se removió—. ¡Fue mi hermano quien murió por su culpa! No me dejarás fuera de esto.

Ivanov no dijo nada más. Se colocó de pie y dirigió su mirada a Hendrik.

—Partimos en una hora. —Hendrik inclinó su cabeza en ratificación y presenció como el mafioso dejaba el gran salón.

Nevin ahogaba un llanto en el pecho de Zev y Alois tenía su vista fija en el suelo, sintiéndose completamente enajenado a lo que ahí ocurría. Todos eran parte en eso y, aun así, él parecía no tener nada que ofrecer.

—Corderito. —Alois levantó la mirada. Los ojos de Hendrik estaban fijos en él—. Tú también te quedarás aquí.

—No —respondió con calma—. Y si te vas sin mí, Hendrik… —Tragó amargo—. Juro que no me encontrarás cuando vuelvas.

Se enfrentaron con la mirada, el azul de Alois bebiendo del verde de Hendrik, poniendo todo de sí para no quebrarse. No sabía si podría cumplir su amenaza y dejar a Hendrik, seguramente no. De cualquier forma, Hendrik no estaba dispuesto a arriesgarse.

—De acuerdo —concedió—. Irás conmigo… —"*Solo no me dejes, moriría si lo haces*". No pudo terminar la frase, pero Alois vio el miedo en sus ojos.

—No es justo. —Nevin hipó—. Hi-hice todo esto… —Sus hombros se sacudían debido al llanto—. Y no podré… No tendré mi venganza.

—La tendrás —aseguró Alois, colocándose de pie. Nevin giró sobre sus talones para verlo —. Yo tomaré tu venganza, Nini. Lo juro.

—Siempre… —Tomó aire, limpiándose las lágrimas—. Siempre supe que eras… una maldita perra sádica.

Alois sonrió. Sus labios picaron por responderle que no, él no era un sádico. Era un maldito masoquista enamorado, y eso… Eso era mil veces más peligroso.

◆ ◆ ◆

Holmes Chapel era increíble, como sacado de un cuento de hadas y Alois no podía creer que Hendrik, su esposo, hubiera nacido ahí. En aquel lugar de pintorescas calles despobladas y de abundantes árboles, donde la calma podía respirarse en el aire a través de sus llanuras verdes. El cielo gris no mitigaba la magia del hermoso poblado.

Alois quería más tiempo para recorrer las calles, para tomar la mano de Hendrik y pasear durante las noches mientras el olor a tierra mojada se impregnaba en sus ropas. Sabía que no era posible, no mientras se encontraran allí con el único propósito de mancharse las manos con sangre.

Se estacionaron a tan solo unas pocas cuadras de la casa donde Robert vivía junto a su familia. Los hombres de Ivanov junto a Hendrik, habían entrado para desarmar al personal de seguridad. No importó cuántas veces Alois insistiera en entrar con ellos, Hendrik se negó tajantemente. Por lo que se encontraba a la espera de un maldito llamado telefónico.

—¿No le temes? —preguntó de repente el jefe de la mafia.

Alois volvió el rostro hacia él, entornando los ojos.

—¿A quién?

—A Hendrik. —El castaño bajó la mirada hasta sus dedos, los cuales frotaba entre sí con nerviosismo—. No debería haber preguntado eso, lo siento.

—No más de lo que él me teme a mí —respondió con sinceridad. Ivanov no dijo nada más, simplemente se mantuvo con su vista fija en la ventana—. Así es como funciona para nosotros.

—Hmm —tarareó Ivanov, frotándose la mandíbula—. Ya veo...

El teléfono sonó en ese preciso momento, la melodía aguda martillando en Alois.

—Es hora de ir, señor —dijo el conductor del vehículo, poniéndolo en marcha.

El capo asintió. Apenas llegaron, bajó del auto junto a Alois y dos de sus hombres, quienes iban con sus armas desenfundadas y alertas para disparar ante el más mínimo movimiento. Alois

se encogía en sí mismo con cada paso dado, contando los segundos para ver a Hendrik y meterse bajo su piel.

Se adentraron en la enorme propiedad, Ivanov pasando sobre los cadáveres sin siquiera inmutarse. Alois sintió profundas arcadas formándose en su estómago; estaba aterrado. Fueron guiados hasta el salón principal, donde un hombre que Alois reconocía muy bien, se encontraba atado y amordazado sobre una silla. Hendrik estaba tras él, limpiándose una mancha sangre en su mejilla izquierda con el dorso de una mano.

—Finalmente, te tengo —murmuró Ivanov—. Después de tantos años, te tengo justo donde quería.

Alois quiso caminar hasta Hendrik, pero este lo detuvo con una mirada de advertencia que le gritaba que se alejara sin necesidad de palabras. Alois atrapó su labio inferior con los dientes y se mantuvo en su lugar.

—Ya mátalo y termina con esto de una vez —exigió Hendrik sin mirar al hombre, su padre.

Ivanov asintió y sacó su arma.

—Voy a terminar con esto, pero será a mi manera. —Apuntó con el arma a Hendrik.

Alois se sintió desmayar en ese momento.

—¿Qué est-…? —Alois se llevó una mano al pecho. Su respiración entrecortada no enviaba suficiente oxígeno a sus pulmones y una presión en sus sienes lo hizo ver manchas negras.

—Siempre pensé en tomar mi venganza con tu hijo —dijo el capo. Una sonrisa agria le oscurecía el rostro—. Luego me enteré de que es solo un pobre coyote a tus órdenes, pero… — La puerta se abrió. Uno de los hombres de Ivanov cargaba un pequeño niño sollozante—. Este sí es tu hijo, ¿verdad? Uno que amas, quizá tanto como yo amaba al mío. Al hijo que tú me mataste.

El mafioso cambió la dirección del arma en su mano, llevándola al pequeño, quien lloraba intentando soltarse.

Hendrik permaneció en silencio, su rostro palidecido y sus ojos desmesuradamente abiertos, enfocados en el menor. Apenas si respiraba. ¿Ese era el hijo de Robert? ¿Su hermano…?

Robert negaba con la cabeza, removiéndose de su silla con desesperación, sin embargo, las cuerdas le impedían colocarse de pie. La mordaza en su boca ahogaba sus gritos.

—Ivanov… —advirtió Hendrik, su voz ronca y feroz. Sus pupilas estaban dilatadas y el aire salía pastoso por sus fosas nasales—. No te atrevas.

—Quédate fuera de esto, Hendrik. Solo te traje para que Robert vea cómo acabará todo. Su primer hijo a mis órdenes y el segundo… muerto. —Hizo bailar el arma sobre su mandíbula, sonriendo jactancioso—. Aunque no estarás mucho tiempo separado del mocoso, te lo aseguro. Yo mismo te enviaré con él.

Hendrik miró al niño y luego a Ivanov, quien volvió a apuntarle al menor.

Alois temblaba en silencio, sin saber qué hacer en esa situación; cómo salvar la vida del niño sin poner la de ellos en riesgo.

—No dejaré que mates a un niño inocente. —Hendrik se acercó a Ivanov con pisadas toscas

y agarró el revólver que este tenía, presionando sus dedos con fuerza sobre el metal. Sus ojos miraron fijamente al mafioso—. Considéralo un favor.

—Hendrik, apártate.

El rizado hizo caso omiso a las palabras de Ivanov y tomó su arma por la fuerza. Miró de soslayo a Alois, quien parecía haber dejado de respirar horas atrás. Su piel estaba pálida y sus enormes ojos opacos.

—No mires, Alois. —El nombrado asintió y cerró los ojos ligeramente, sin dejar de temblar cual hoja en el viento. Hendrik caminó hasta posicionarse tras su padre—. ¿Recuerdas esto, Robert? ¿Lo recuerdas? Porque yo jamás pude olvidarlo. —Alois abrió sus ojos. No podía hacer lo que Hendrik le había pedido, aun cuando quería. Su dueño empezó a maniobrar con el arma en su mano. La atenta mirada de Alois e Ivanov estaba en él, en lo que hacía con el revólver—. Tú hiciste algo similar conmigo. Ya sabes, toda esa mierda de jugar a ser Dios. ¿Lo recuerdas?

—¿Qué estás haciendo, Hendrik? —demandó saber el capo con sus puños cerrados y todo su rostro contraído en ira.

—Estoy dándole la oportunidad a Robert de salvar la vida de su hijo —respondió mirando a Ivanov—. Ya sabes cómo va esto, ¿no, Robert? —Esbozó una sonrisa forzada, tan falsa como su aparentada calma—. Por supuesto que lo sabes. Yo te apunto y tú apuntas a tu hijo. Te doy tres segundos y le dispararás, o lo haré yo. —Colocó el arma sobre las piernas de Robert—. Es hora de… ser Dios, padre.

Soltó las cuerdas de las manos de Robert, quien temblaba.

—Apúntenle —ordenó Ivanov al ver que Robert iba a tomar el arma—. Desvía tu objetivo del crío y les llenaré el pecho de plomo a ambos.

Los ojos de Robert estaban aguados, balbuceaba palabras incomprensibles bajo la mordaza sin quitar la vista del menor, quien no dejaba de llorar, de llamar a su “papá”.

—Uno… —contó el ojiverde. Su mano sosteniendo un revólver, esta temblaba notoriamente.

Hendrik estaba mal, asustado. Alois podía verlo, cómo su sombra parecía querer tragárselo.

—Dos… —Sacó el seguro del arma y cerró los ojos.

Alois jadeó y sus pies se movieron por cuenta propia. No le importó la advertencia de su dueño. Necesitaba estar ahí para él, para salvarlo de sus demonios. Hendrik lo había dicho, que solo dijera aquellas dos palabras y ellos se calmarían. Así que pegó su pecho a la espalda de Hendrik y lo rodeó con sus brazos, olvidándose de cómo el aire se había tornado tóxico y de cómo los lamentos perforaban su pecho.

—Te amo —suspiró a su único, a Hendrik.

El ojiverde tragó su dolor, su culpa y relamió sus labios, el último número encontrándose en la punta de su lengua.

—T-tre-… —Robert disparó y Alois dejó morir en sus labios un grito, sus ojos firmemente cerrados.

La risa sádica de Hendrik llenó la habitación. El arma no estaba cargada, había sido una

trampa. Hendrik le había quitado las balas ante la vista de Alois e Ivanov.

—Hi-hijo de puta… Realmente ibas a dispararle a tu hijo solo para vivir. —Lágrimas comenzaron a caer violentamente por sus mejillas. Temblaba de ira, con sangre amarga corriendo por sus venas—. A ese niño que no pidió nacer como tu hijo, que no merece nada de esta mierda. Ibas a matarlo.

Ivanov negó con un movimiento de cabeza, sin poder creer tal nivel de inhumanidad y maldad.

—Llévense al niño —demandó el capo, tomando asiento en una silla de esquina y destensándose los hombros—. ¿Y ahora qué? Este infeliz me ha cagado la venganza. —Su voz era una mezcla de decepción y profunda tristeza—. Matar a tu propio hijo, un niño inocente… Qué pedazo de mierda, ¿no? Sácale la mordaza.

Uno de sus hombres obedeció y sacó la cinta adhesiva de la boca de Robert y Hendrik se paró frente a él. Alois se encontraba a su lado, siempre a su lado; sus menudos dedos apretaban con fuerza el suéter del ojiverde.

—Hendrik, hijo —suplicó de manera inmediata, prácticamente afónico.

—¿Cómo me dijiste?

—Hen-…

—¿Hijo? —se burló—. No, Robert. Yo dejé de ser tu hijo mucho tiempo atrás.

—N-no, Hendrik. Vamos… E-res mi hijo —imploró—. No puedes hacer esto. Soy... Somos de la misma sangre. Somos familia.

Alois negó, agitando su cabeza de lado a lado. El descaro de Robert irritaba en su piel. Era como estar frente a una vertiente de odio y maldad, una mezcla de ruidos torturadores para el alma. Sucio, tan sucio destilando su mierda por cada poro de piel. Y Alois solo quería sacar a Hendrik de ahí, tomar a su dueño y protegerlo de esa abominación que tanto daño le hubo causado, que lo rompió.

—No eres nada mío. Solo la mierda que me usó en el pasado.

—Yo soy tu familia. Yo, yo…

—Él n-no es nada tuyo —dijo Alois con voz rota.

—¿Es que no lo entiendes, Hendrik? E-eres como yo. El diablo, ¿te acuerdas? Quien hace el mal en el mundo… Somos iguales, no puedes…

Hendrik ladeó una sonrisa, la boquilla del revólver acariciando sus labios.

Robert cerró los ojos con fuerza, una gota de sudor cayendo por su sien izquierda.

—Oh, no. Te equivocas, padre. Siempre quise decírtelo... El trabajo del diablo nunca ha sido hacer el mal. Eso lo hacen los humanos, porque ellos aman la maldad. —Deslizó el dorso de su mano libre por el costado del rostro de Alois, quien no apartaba la vista de Robert—. No como los ángeles.

Alois se acurrucó al lado de Hendrik, sus dedos deslizándose lentamente por el brazo de su dueño hasta llegar a la mano con la que este sostenía el revólver. Besó la marcada mandíbula de Hendrik, y condujo la mano de su esposo para que este apuntase a su padre.

—El diablo no es quien hace el mal. Él es... —Alois se lamió los labios y posicionó su dedo índice sobre el de Hendrik, ambos con la posibilidad de apretar el gatillo. Los labios de Alois se curvaron con vesania—. El trabajo del diablo es castigar a quienes hacen el mal. A quienes juegan a ser Dios.

Hendrik tragó. Su mano tembló y sus ojos verdes, acentuados por el rojo a su alrededor, se llenaron de lágrimas.

Alois se hundió en él, respirando suave sobre el oído de Hendrik. Murmuró unas palabras y, sin más, presionó el gatillo tomando la venganza de las manos de Hendrik y el título de emperador. La sangre salpicó sobre ellos, quemándoles la piel. Cambiaron el mundo que conocían, porque Alois había demostrado que no solo estaba dispuesto a morir por Hendrik, también a matar.

—Se acabó… —jadeó Ivanov, ocultando su rostro tras ambas manos—. Finalmente…

No fueron capaces de prestar atención a las palabras del capo, simplemente salieron de aquella casa maldita con sus manos tomadas y la vista fija en el frente. No volverían jamás.

El viento chocaba en sus rostros, secándoles los labios y haciendo bailar las hojas caídas de los árboles.

—Corderito…

—¿Sí? —Giró su rostro. El perfil de Hendrik se apreciaba majestuoso ante sus ojos. Era su dueño, siempre su dueño.

—Algún día… quiero un hijo contigo —declaró con convicción.

Alois sintió su corazón detenerse y todo el flujo sanguíneo de su cuerpo congelarse.

—¿U-un hi-hijo? —preguntó con voz suave y aguda. Completamente sobrecogido en sentimientos cálidos—. ¿U-uno real? Uno con… Ya sabes… Un mo-mocoso con mis ojos y tu mal carácter.

—Sí.

—V-vale. Un hijo… —repitió para sí mismo. Voz quebrada y tartamuda—. Tendremos un hijo —susurró sin poder creérselo.

La idea era tan mágica como beber de un manantial sagrado, pero al mismo tiempo, era aterrador. ¿Ellos? ¿Un hijo? Un pequeño que dependería completamente de ellos. ¿Podrían hacerlo? Con la vida que llevaban, estando ocultos.

Sus manos temblaban, sin embargo, no era consciente de ello.

—No te asustes. Vamos a estar bien… Lo sé.

—Pero… —Sacudió su cabeza. No se sentía merecedor de aquella felicidad. No él, quien tantos pecados cargaba.

Su corazón latía a un ritmo frenético, podía sentirlo en su pecho. Dolía.

—Nada nos separará. Te lo juro. —Ahuecó sus manos teñidas de sangre sobre las mejillas filosas de Alois y besó sus labios—. ¿Sabes por qué? —Alois negó apenas—. Porque esa hija de puta me tiene miedo.

—¿Quién?

—La muerte.

Alois suspiró y cerró los ojos. Sin poder negar las palabras de su dueño, porque en ese final; en el de ellos…

—Solo tú podrías hacerlo, mi dueño.

—¿Qué cosa?

—Hacer de la muerte… tu prisionero.

Temed a la muerte, pero temed más al emperador que la controla.

FIN

ESPECIAL NAVIDAD

23 de diciembre del 2021.

"All i want for christmas is you" cantaba un emocionado Hendrik Stone, con luces navideñas chispeando alrededor de su cuello y una serie de esferas doradas a sus pies. Elegía las figuritas de madera que colgaría en las ramas de su árbol navideño, un muy tradicional y poco cuestionable manzano. Nadie dijo que la vida en Grand Anse no tendría sus dificultades, pero él era bueno adaptándose a las situaciones, exmilitar y todo eso. Si pudo estar bajo tierra con una puñalada en el abdomen, perfectamente podía decorar un manzano como árbol de navidad.

De la cocina salía un aroma almibarado y cálido, la mezcla de esencias que junto a los dedos de Alois se convertían en poco reconocibles galletas de jengibre. El plan era, en teoría, visitar esa misma tarde la fiesta del vecindario y desear una increíble navidad. Por supuesto, Hendrik no hacía las cosas a medias. Con el paso de los años, se había tomado bastante en serio las tradiciones del lugar, prueba de ello eran los tres trofeos que exhibía orgullosamente en su salón, cada uno correspondiendo a mejor postre navideño, mejor disfraz de santa y mejor casa adornada. Este año iba por la medalla de espíritu navideño sobresaliente, un reconocimiento al vecino que más ayudase durante todo ese mes y que se mediría por la cantidad de estampillas que recibiera por parte de los locatarios.

Escuchó unos golpes en la puerta y, sin descolgarse las luces del cuello con su torso descubierto y el cabello tomado en una coleta baja, trotó la corta distancia hasta la entrada de su casa. Su semblante sonriente cambió por completo al ver de quién se trataba.

Se cruzó de brazos con el cuerpo rígido y la mandíbula en alto, tal como lo había hecho tantas veces antes en el *underground* cuando reconocía la fiereza de un contrincante.

—Hola, Hendrik —lo saludó una voz chillona que Hendrik había aprendido a odiar.

—Hola... Nancy —la saludó, mordiéndose la lengua para evitar las palabras perra, cabrona, hija de puta, malparida, mala persona, mujer horrible, bruja, demonio, y otras tantas que un experto en léxico como él podía enunciar sin problema.

Aquella mujer de rizos bien formados, con sus aros de perlas y apretada argolla marital, de vestido con lunares y bien planchado, era de todos los oponentes que Hendrik había tenido, la más imbatible.

La mujer llegó a Grand Anse con su esposo dos años atrás y, tal como ellos, provenían de Inglaterra. En un principio, la relación fue amistosa, tanto como podía pedírsele a un exconvicto y militar, pero todo cambió cuando tuvo la osadía de arrebatarle a Hendrik la placa de vecino honorario.

Quizá Hendrik pudo haberle perdonado ese desliz. Después de todo, ya era un hombre

nuevo, deconstruido y un ejemplar a la sociedad. No obstante, desde ese entonces las competencias solo aumentaron y la mujer se convirtió en su enemiga declarada.

—Como hoy es la fiesta del vecindario, hice muchos pasteles y pensé en venir a dejarles algunos. —Intentó mirar por detrás de Hendrik, al interior de la casa—. ¿Está Alois? Podría aprovechar para saludarlo.

—No está —aseguró, tapándole la visión al levantar el brazo y afianzar los dedos en el marco de la puerta.

—¿Hendrik? —se escuchó en la cercanía, una traidora y dulce voz—. ¿Quién tocó la puerta?

Nancy lo miró con una ceja alzada y media sonrisa.

—¿Decías?

Hendrik rodó los ojos, resoplando y bajando el brazo en lo que podía decirse una batalla perdida. De todas las traiciones que había experimentado alguna vez, esa era la peor.

—Sí está, pero está ocupado.

—Solo tomará tres minutos.

Hendrik entrecerró los ojos, sin moverse de la entrada.

—No lo hará.

—¿Qué cosa?

—No te dará la estampilla —aseguró sin estar seguro, porque Alois era imposible de predecir. Aquella pegatina de glitter con un santa regordete sosteniendo un trofeo era lo único que no había podido sacarle a su chico, sin importar cuánto lo intentara.

Por supuesto, los instintos de víbora de Nancy no podían subestimarse y tal como él, seguramente estaba buscando recolectar las últimas estampillas habidas entre los vecinos.

La contraria ensanchó su sonrisa y, empujando su cuerpo por el lado de Hendrik, entró forzosamente a la casa de este.

—Eso lo veremos... ¡Alois! —saludó Nancy al llegar a la cocina, con una ejemplar sonrisa y levantando la bandeja de pasteles para que estos fueran apreciados por Alois—. Le decía a Hendrik que me sobraron algunos pastelillos y pensé en ti.

Hendrik llegó tras ella, pisándole los talones con una expresión de irritación que era imposible de ocultar. Se descolgó del cuello las luces navideñas y, tras dejarlas sobre la mesa central de la cocina, tomó atención al chico que ahí se encontraba.

A su chico; un Alois de cabello corto y ropas holgadas, de rostro saludable que en sus manos ya no cargaba heridas de pellizcos o cortes. Era un Alois que Hendrik había cuidado día y noche, cuando quería y cuando no, cuando le sonreía, lloraba o peleaban. Un Alois que olía a sol, a libertad y a todas las cosas que Hendrik amaba.

—Y yo le decía a Nancy que estamos demasiado ocupados para recibir visitas.

Alois pestañeó un par de veces, alternando la mirada entre ella y Hendrik con un atisbo de sospecha. Era un chico listo, y Hendrik lo amaba.

—Eso es muy amable de tu parte. Yo... —Miró el desastre de harina, azúcar y huevos que era su cocina en ese momento—. No tengo nada listo aún.

—No te preocupes, no vine esperando comida. Estoy llena de ella. Albert realmente espera una gran cena... —Dejó la bandeja y miró a su alrededor en busca de algo que Hendrik sabía perfectamente qué era.

—Pierdes tu tiempo, bruja —murmuró pasando por su lado en busca de un vaso de agua. Considerando la expansión de su criterio cultural y lo que había visto en el mago de oz, bien podía lanzárselo y esperar a que se derritiera.

Alois se aclaró la garganta y recibió los pasteles con una advertible incomodidad.

—Uhm, creo que sé de qué va esto —murmuró, llevando la bandeja de pasteles hasta la nevera. Se rascó la nuca y con las mejillas siendo pintadas en rojo, le dio una mirada de culpabilidad a Hendrik—. En realidad...

—No —lo detuvo Hendrik, su índice en alto y los ojos abiertos de par en par—. No te atrevas.

Nancy chasqueó con la lengua contra el paladar en una sonora protesta. La insatisfacción que las palabras de Alois le provocaron no pasó desapercibida para ellos.

—¡Necesitaba ayuda con las bolsas! —se excusó con risa en la voz y una disculpa en los ojos.

Alois había dado la estampilla. A alguien más, no a él. Ahora Hendrik entendía la frase de dormir con el enemigo.

—Supongo que Hendrik tenía razón. Están ocupados y no quiero abusar de su hospitalidad. —Apuntó con su pulgar por encima del hombro hacia la entrada—. No se molesten, sé dónde queda la salida.

—Pff —resopló Hendrik, cubriendo su boca y tosiendo la palabra "perra" de manera disimulada.

Alois se dio cuenta.

—Gracias por los pasteles, Nancy. Nos veremos en la fiesta de la tarde —se despidió, insistiendo en acompañarla a la puerta y haciéndole un gesto de advertencia a Hendrik.

El antiguo, y por lo visto ya nada respetado emperador, maldijo entre dientes. En un intento por olvidar la traición de su chico, salió de la cocina al jardín donde una caja con decoración navideña de exterior esperaba por él.

¿Quién necesitaba de Alois? Podía conseguir estampillas por su cuenta. Era un hombre fuerte e independiente.

—Hey, viejo —lo saludó al pasar cierta niña que en su momento había sido exploradora y que ahora comenzaba el maravilloso proceso de la preadolescencia. Le hizo un signo de amor y paz con los dedos y Hendrik correspondió con su pulgar y meñique en alto.

—Hey, pequeña perra —respondió, comenzando a decorar la valla que delimitaba su jardín con la enredadera de pino artificial.

Se agachó sobre sus talones y escuchó unos familiares pasos sobre el césped a su espalda.

Su ceño se frunció de manera automática al imaginar de quién se trataba. Un par de suaves manos le cruzaron por encima de los hombros y se entrelazaron por delante con una seguridad que pasaba por alto la molestia de Hendrik.

—¿Qué haces? —murmuró Alois sobre la oreja de Hendrik.

—Me rindo al capitalismo.

—Y lo haces excelente.

Tomó un santa de felpa de la caja de adornos y lo usó para golpear a Alois en la mejilla.

—No me hables, estoy enojado. —Intentó alejarse sin mucho éxito.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—¿Hablamos de eso?

—No aún. —Sacudió la cabeza.

—Pero, Hendrik...

—No seas tóxico, dame mi espacio.

—Dios, eres imposible. —Alois se apartó y Hendrik escondió una sonrisa—. Ven conmigo, bebé. Vamos.

—No quiero.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

Alois se encogió de hombros, decidiendo respetar el "espacio personal" que Hendrik había conocido en un informativo medio social.

—Bien... Cuando quieras hablar, estaré en la cocina. —Le dio una palmadita doble en el hombro y comenzó a devolverse.

—Alois —lo llamó, volteando la mitad del cuerpo y haciendo que su chico se detuviera.

—¿Sí? —Alois se giró hacia él.

—Amor. —La expresión de confusión de su esposo le divirtió—. Me dijiste bebé, me faltaba responder.

—Eres un idiota. —Rebuscó en su bolsillo con una media sonrisa y acortó la distancia hasta Hendrik, inclinándose hacia abajo para quedar cerca de él. Sacó finalmente la anhelada estampilla y, tras darle un lametón, la pegó en su frente—. Ten.

Y antes que Hendrik pudiera responder, Alois cerró la discusión con un beso corto y le acomodó un rizo tras la oreja.

—No pienses que es gratis. —Otro beso y se apartó—. Te espero en la ducha.

Hendrik se quedó en silencio, observándolo marchar con el calor de sus besos en los labios y el entrecejo fruncido mientras la estampilla permanecía en su frente.

—Aah —suspiró—. Mierda, cómo lo amo.

Se colocó de pie y dejó caer el santa de felpa de regreso a su caja, siguiendo los pasos de Alois y reconociendo sin problemas que, una vez más y como había ocurrido desde el primer momento en que se conocieron, él era el perdedor en esa relación.

◆ ◆ ◆

24 de diciembre del 2021

Eran las ocho de la madrugada y el sol entraba por el velo corrido de la ventana. Alois se removió con pereza, estirando el cuerpo y parpadeando varias veces para empujar lejos el sueño. Utilizó las palmas de sus manos contra el colchón y se sentó sobre la cama, mirando de un lado a otro y bostezando abiertamente en la ausencia de cualquier testigo.

Era la mañana de su cumpleaños y con seguridad, tal como había ocurrido los años anteriores, Hendrik debía estar preparando algo para él. Desde aquella vez en North Collan, en esa celda fría y que se llevaba de Alois los mayores tormentos, su esposo nunca había dejado pasar aquel día sin hacerlo el más especial del año. Admitía que la expectativa era algo a lo que no podía renunciar. Los sentimientos que nacían en su pecho al saber que Hendrik se consagraba desde su corazón a él, que pasaba horas y días planeando de qué forma pintar su vida y sacarle una sonrisa, era algo que Alois esperaba durara más que un para siempre.

Su emperador amateur de la vida, amante de aquella simpleza que la mayoría pasaba por alto y daba por garantizada; de un día soleado, una planta que florecía o una tostada con buen sabor. Era un enamorado desvergonzado e insolente que no seguía las pautas de lo correcto, que desbordaba a Alois con besos, caricias y susurros dulces, como si estuviera contra reloj y el resto de los años que les quedaban no alcanzaran para todo lo que debía darle. Un Hendrik que se comía la vida como miel a cucharadas y que, tras cada bocado, compartía con Alois lo que había sentido.

Se levantó de la cama, estirando los brazos por encima de su cabeza con su pantalón de dormir cayendo hasta el filo de sus caderas. Abrió la ventana, e intentando arreglar con algo de pereza el desastre que era su cabello a esa hora de la mañana, salió de la habitación en dirección a la cocina.

—¿Hendrik? —preguntó tras cruzar el umbral. Al no encontrarlo, frunció el ceño y buscó en el salón principal, luego en el jardín y finalmente, como última alternativa y ya prácticamente habiéndose rendido a que Hendrik no estaba en la casa, fue al garaje.

"¿Dónde estás?"

Envió el mensaje de texto, olvidándose de su móvil para ir por un baño temprano.

En Grand Anse, al vivir del turismo, en navidad los carnavales cercanos a la playa eran ya una costumbre y Hendrik junto a Alois tenían por tradición asistir todos los años, cenar temprano y luego volver a casa para ver una película, y lo que viniera después de eso.

Ya estando a mitad de su ducha, Alois escuchó el motor del poco humilde y para nada necesario deportivo clásico que cierto Zev Malik había mandado a exportar para Hendrik en su casi cumpleaños. Un modelo que sin importar cuántas veces recorriera la isla, siempre sacaba silbidos y volteaba miradas. ¿Mantener un perfil bajo después de llevar a cabo una operación de

venganza a los capos de la mafia y al servicio militar de Estados Unidos? Innecesario, aparentemente.

—¿Lou? —escuchó cuando Hendrik abrió la puerta del baño.

—Ya voy saliendo —aseguró, con acondicionador en el cabello y aún bajo la regadera.

—Vale. Cuando termines ven al salón. —Hendrik cerró la puerta solo para volver a abrirla tres segundos después—. Con ropa.

Alois no pudo aguantar una fugaz carcajada ante la insinuación.

Tras la ducha, obedeció las palabras de Hendrik y se vistió adecuadamente. Secó su cabello con una toalla pequeña, y sintiendo demasiada hambre, pensó en desviarse a la cocina y tomar de la nevera alguna pieza de fruta, pero se detuvo en el pasillo y negó. Probablemente, Hendrik había comprado ya el desayuno.

—¿Dónde anda-...? —preguntó a las puertas del salón, deteniendo la oración al ver una silueta femenina que realmente no esperaba.

Quedó de pie con los labios entreabiertos, sus enormes ojos azules consumidos por la confusión y cientos de emociones. Miró a Hendrik, a su estratega esposo que enseñaba una sonrisa cautelosa, y luego regresó la vista a la mujer.

—¿Feliz navidad? —titubeó ella con una emoción desbordada que le hizo temblar la voz.

—¡¿Mamá?! —exclamó Alois en respuesta, cortando los pasos hacia ella y lanzándose a sus brazos estirados con tanta fuerza que la hizo retroceder—. ¡Oh, mierda! ¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo?!

—Lo veníamos planeando desde hace unos meses. —Hendrik repasó la punta de su nariz con dos de sus dedos, inquieto de manera advertible y viéndose más nervioso que el propio Alois o su madre.

Alois negó, sintiendo sus pestañas húmedas mientras se aferraba a su madre y modulando un silencioso "te amo" que solo hizo crecer la sonrisa de Hendrik.

El castaño reparó en el aspecto de su madre; Lily parecía no haber cambiado nada. Seguía llevando una sonrisa brillante y cálida, unos ojos honestos y cargados de bondad. Seguía siendo la persona que Alois más admiraba y que siempre necesitaría en su vida.

—Dios, no lo puedo creer —rió Alois tras separarse de su mamá para limpiar las lágrimas en los ojos de ella—. Realmente pudiste venir, pensé que jamás lo harías.

Porque no era seguro. Aún si ya nadie pisaba sus sombras, la posibilidad de ser el objeto de la venganza de alguien siempre existiría, porque esa era su corona y Alois estaba más que dispuesto a pagar por ella.

—Hendrik hizo prácticamente todo —confesó ella con los imborrables años delineando las expresiones de su rostro—. Me sentí como en una película de espías.

—¿Estarás por varios días?

—Sí, tres semanas.

—¿De verdad? Dios, no esperaba que...

—Ya te lo dije —lo interrumpió—, Hendrik se encargó de todo. Incluso hizo coincidir el

viaje con mis vacaciones. Se supone que estoy en Miami con mis amigas.

—¿Cómo...? —Volteó hacia Hendrik.

—No fue nada —desestimó el nombrado, repasando su nuca con la mano y desviando la mirada a las bolsas de comida en un intento por apartar la atención de él—. Iré a preparar el desayuno de mientras. Imagino que tienen mucho de qué hablar y, bueno, yo... Ya saben. —Señaló en dirección a la cocina y tomó las bolsas sin esperar respuesta de ellos, pasando por alto la mirada que Alois y su madre compartieron.

Ella le guiñó un ojo a Alois, susurrando sobre su oreja que aprovecharía de enviarle un mensaje a Ian para avisarle que llegó bien a la isla, y que él podía ayudar a Hendrik con las bolsas mientras tanto. Agradeció la complicidad de su madre, y siguiendo los pasos de su dueño, llegó junto a él a la cocina. Tiró del borde de su remera y pegó la frente a su espalda mientras Hendrik comenzaba a guardar en las gavetas todo lo que había comprado.

—Ve con tu mamá, zorro insolente.

—Mhm. Ya voy, solo dame tres segundos. —No fue necesario verlo para saber que Hendrik sonreía—. ¿Sabes? Nunca esperé esto.

—¿Qué cosa?

—La vida que tenemos.

—Ujum —protestó, volteando y tomando la cintura a Alois en sus manos, atenazando sus dedos por encima de su espalda baja—. ¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Eres feliz? —Pegó su frente a la de Alois—. Dime, corderito, ¿logré hacerte feliz?

Alois asintió, cerrando los ojos al sentir el beso que Hendrik empujaba sobre el costado de su labio inferior. Se escondió en su cuello y respiró el aroma amaderado y robusto de su piel.

—Cada día, a cada segundo y con cada te amo, Hendrik.

Hendrik estrechó el abrazo, dejando que Alois se refugiara en él durante el tiempo necesario, repasando con caricias el nacimiento de su espalda.

—Entonces, yo también soy feliz.

.....

La playa de Grand Anse estaba llena de transeúntes, turistas y locatarios que, al igual que ellos, disfrutaban de los parajes navideños que la isla tenía para ofrecer. Su madre caminaba por delante con una cámara en mano, fotografiando todo y luciendo un sombrero floreado que Hendrik había insistido en comprar cuando ella mencionó lo bonito que le parecía.

Alois caminaba junto al dueño de su tatuaje, quién le sostenía la mano mientras masticaba goma de mascar con total indiferencia a quienes lo rodeaban y destinaban más de una o dos miradas a su trabajado torso desnudo. Alois lo miró de reojo, apreciando como un tonto enamorado la forma en que el cabello suelto le cepillaba los hombros y las trenzas que él le había amarrado durante la tarde resaltaban por encima de sus rizos.

—Hendrik.

—¿Hm?

—Me gustas mucho.

Hendrik lo miró de soslayo con una media luna cavándole un hoyuelo en la mejilla. Se llevó el dorso de la mano de Alois a los labios y depositó un beso en él, y Alois no pudo ocultar su sonrojo. Para su desgracia y la de Hendrik, tampoco pudo ocultar la incomodidad que le provocó un par de comentarios a su espalda. Fueron balbuceos homofóbicos que hicieron a su emperador tensar los hombros y enderezar el cuerpo. El más bajo tiró de su mano, indicándole con la mirada que no lo hiciera.

—No vale la pena —le aseguró en un susurro, recibiendo por respuesta la negación de Hendrik.

—Si se meten contigo, lo vale todo.

Soltó la mano de Alois y volteó el cuerpo, usando una de sus manos para empujar hacia atrás el cabello que le caía por el rostro. Repasó con la mirada al trío de turistas ebrios que habían insultado a ambos por igual.

—Adelante —ofreció, indicándoles con la mano que tenían la posibilidad de insultarlo a la cara—. Vamos, hijos de puta. ¿Qué decían de mi hombre? Los escucho.

Los turistas se miraron entre sí, bufándose entre ellos con risas ahogadas en saliva.

La mamá de Alois tomó a Hendrik de la muñeca para preguntarle qué ocurría y él, en pocas palabras, le indicó los insultos que había recibido. No tardaron en llamar la atención de otras personas, y Alois volvió a llamar a Hendrik, insistiendo con un repentino pánico que no era necesario pelear por una estupidez y que mejor fueran a casa. Para su suerte, tuvo el apoyo de Lily, quien con palabras duras pero amables le recordó a Hendrik que no debía exponer a Alois, o exponerse él, de manera innecesaria y mucho menos por basura como esa.

Hendrik bufó, susurrando un "jódanse" cuando Lily envolvió su brazo en torno a él y comenzó a tirar de ellos en otra dirección.

—Lo siento, Lily —se disculpó minutos después, cuando la adrenalina y molestia del momento parecía haberse disminuido.

—No te culpo, cariño. Si no estuviéramos en una situación... delicada, yo misma les habría dado con mi bolso.

—Debería haberles botado unos dientes.

—O todos, a ver si con eso dejaban de hablar mierda.

—Dios —murmuró Alois, comenzando a comprender por qué su madre parecía adorar con incomprensible devoción a Hendrik—. Ya pasó, podemos olvidarlos, ¿sí? Aún tenemos que ir a cenar.

—Vale, vale, corderito —murmuró el contrario, con el entrecejo aún fruncido al igual que su madre.

Alois pensó que el tema había acabado. No obstante, entendió que no iba a ser así cuando después de la cena y ya estando de regreso en casa, con su madre durmiendo en la habitación de

invitados y las copas del postre vacías sobre la mesa, Hendrik le dijo que iría por cigarrillos y que volvería pronto.

—No hagas nada estúpido —le advirtió cruzado de brazos cruzados y usando un chaleco que le pertenecía al contrario.

—No lo haré.

—La última vez terminaste casi muerto.

Hendrik rodó los ojos, limitándose a besar la mejilla de Alois antes de salir de casa y asegurarle una vez más que volvería en seguida, que mientras tanto encendiera la chimenea para cumplir con la última de sus tradiciones navideñas.

Contrario a su humor e irritado por la testarudez de Hendrik, por ese temple de pólvora que asomaba en los peores momentos, puso una película navideña en el televisor y se sentó a fingir que le prestaba atención. Solo aguantó una hora antes de pausarla y colocarse de pie para ir a tomar un té. Calentó el agua, miró la hora en su teléfono y se permitió estar completamente indignado en la soledad de su cocina. Rebuscó en las alacenas de la cocina por el chocolate y los malvaviscos, dejando todo preparado para el momento en que su idiota esposo volviera a casa.

"**Ya dejó de ser pronto, ven a casa**" envió por mensaje y luego advirtió el registro de llamadas perdidas en su teléfono. Sonrió con facilidad al ver de quién se trataba y no demoró más de dos toquecitos en la pantalla para llamar a cierto ocupado y muy criminal amigo.

—*¡Lou!* —le respondió un muy emocionado Nevin, su voz delatándolo de manera inmediata.

—¿Estás ebrio?

—*Es navidad. ¡Por supuesto que estoy ebrio! ¿Cómo estás? Pensé que no responderías hasta mañana. ¿Cómo llegó tu mamá?*

—¡¿Lo sabías? —exclamó entre risas, no sorprendiéndose al confirmar que era el único que no sabía del viaje de su madre a Grand Anse.

—*Duh, yo ayudé a Hendrik. ¿Cómo está ese idiota? Por favor, dime que tu madre lo odia.*

—Tu plan falló, lo adora. ¿Estás con Zev?

—*No conozco a ningún Zev. Soy un dios griego y estoy en el olimpo.*

Negó para sí mismo, pudiendo adivinar de qué se trataba. La relación entre ellos era algo que Alois mayormente no comprendía, pero que de ninguna manera no se atrevería a juzgar. Desde su salida de la prisión no tenía la intención de hacerlo con nadie. El mundo ya tenía suficiente de eso; parecía estar lleno de críticos de la vida, catadores de la hegemonía humana que subjetivamente calificaban de qué forma estaba bien vivir y de qué forma no. Y alguien como él, que había besado la sangre en las manos de quien más amaba, le bastaba con tener su respiración para sentirse afortunado.

—Nevin, es navidad y mi cumpleaños. Hazme un obsequio, ve y haz las paces con él.

—*No cambias, Lulú.*

—¿Eso es bueno?

—*Lo mejor. Mañana te llamaré, ¿sí? Ahora estoy demasiado ebrio y hay un portugués*

queriendo tomar shots de mi abdomen.

—Vale, vale. Solo cuida dónde dejas que te meta la lengua —lo sermoneó, intentando evitar la risa y con una expresión de desconfianza que esperaba Nevin pudiera percibir a través del tono de su voz.

Se despidió de él un par de veces más, repitiéndole incansablemente que seguía siendo su rubio favorito, aun cuando ya no era rubio. Finalizó diciéndole que hablarían más cuando Nevin pasara la resaca y qeé le mandaría saludos a su madre de su parte. Quedaron en que programarían unas vacaciones donde pudieran verse próximamente.

Ya habiendo colgado la llamada, miró el reloj en la pared de la cocina. Era pasada la medianoche, y por lo visto, Hendrik había decidido ir a cosechar el tabaco con sus propias manos. Resopló dejándose caer en el sofá con el antebrazo sobre sus ojos y pensando en que quizá lo mejor sería irse a dormir. La sala era alumbrada por las luces bajas en las paredes, permitiendo que sus ojos descansaran y que todo la estancia estuviese sumida en una bruma de sombras cálidas.

—Idiota —murmuró como un hechizo tras unos largos minutos de angustiante silencio, obteniendo como respuesta el sonido de las llaves en el cerrojo y luego los sigilosos pasos de Hendrik.

Saltó del sofá y con sus pies descalzos, caminó cuan rápido pudo hasta llegar a su dueño. Sus manos se levantaron por instinto y sus dedos se fijaron en las mejillas de Hendrik, utilizando sus ojos como magistrado para juzgar si el contrario había sufrido daño alguno. La conocida sensación de angustia en su pecho lo hizo recordar días pasados y de sus ojos se desprendió aquel dolor que Hendrik le había prometido que no volvería a sufrir.

—Lou, estoy bien —le aseguró Hendrik, colocando sus manos sobre las de Alois y enseñándole, contrario a sus propias palabras, los cardenales que orgullosos sobresalían de sus nudillos.

—Hiciste algo estúpido —sentenció, tomando las manos de Hendrik y fijando la vista en las heridas de su bronceada piel—. Te dije que no era necesario.

Hendrik negó, suspirando y soltándose del agarre de Alois para sacarse la chaqueta.

—Ellos te insultaron, corderito —comenzó, colgando la chaqueta en el perchero al lado de la puerta—. Y yo… No puedo dejar que nadie diga algo malo de ti. Si fuera de mí, pues me aguanto y ya. Pero fue de ti. —Hizo una pausa—. De mi chico.

Alois lo siguió al interior de la casa hasta el salón del comedor, observando en silencio mientras Hendrik se hacía con las tazas preparadas para ellos.

—No lo entiendes, Hendrik. Prefiero un par de palabras estúpidas que verte herido. Esto... —Tomó una de las manos con las que Hendrik sostenía una de las tazas para levantarla frente a su cara—. Esto me lastima mucho más que cualquier idiotez que puedan decir unos desconocidos.

—Solo es un rasguño —insistió—. No estará ahí mañana, pero lo que ellos dijeron... No lo podría olvidar aunque quisiera.

—¿Y si te denuncian a la policía? ¿Si llegan aquí y se descubre que...?

—Hey, hey. Nada de eso, mamón. Confía en mí, ¿sí? —Le apretó un moflete e intentó sacarle una sonrisa, fallando al ver que la expresión severa de Alois no se relajaba—. Vamos, sabes que puedo ser un idiota, pero al menos soy uno precavido.

—No quiero un idiota precavido. Quiero uno que se mantenga lejos de los problemas.

—Pero...

—Prométemelo.

—No quiero. Te jodes, porque si el día de mañana alguien más viene y...

Alois le cubrió la boca.

—Promételo. Es mi cumpleaños, no puedes decir no. —Hendrik abrió la boca y tomando por sorpresa a Alois, procedió a morder la palma de su mano—. ¡Hendrik!

—Lo prometo, lo que quieras. Pero solo por hoy. —Besó la extensión de piel que había mordido y sostuvo a Alois de la nuca con su mano libre, inclinándose hacia él para continuar sobre su boca, siendo recibido por la intimidad de un beso.

Alois lo dejó hacer con su boca a gusto, robar de él más que bocanadas de aire y dóciles gimoteos, saborear la ternura afiebrada de sus labios y probar por completo su lengua. No supo cuánto tiempo estuvieron así, enfrentándose en un beso eterno que dejaba pasar mordiscos y succiones obscenas, pero cuando Hendrik finalmente se apartó, insistiendo en que debía preparar los chocolates con malvaviscos y continuar la jodida tradición de ellos, Alois tenía ya los labios abusados y afiebrados.

—Siempre juegas sucio —murmuró en protesta y recibiendo el chocolate caliente que Hendrik le ofrecía.

—Aprendí de ti, zorro astuto.

Hendrik tomó asiento en el sofá principal. Palmeó sobre su regazo y Alois se sentó sobre él, permitiendo que le rodeara la cintura con una mano. El rizado besó la hendidura en su labio superior tres veces seguidas, arrancando de Alois una risita susurrante y cantarina. Hendrik simplemente se quedó en silencio, observándolo. Ante eso, Alois se removió sobre sus muslos con nerviosismo y con una vergüenza mordiéndole el centro del vientre, sabiéndose protagonista de la mirada silenciosa de su dueño.

Se acomodó un mechón, bebió de su taza y tras carraspear, intentó desviar su mirada a la chimenea. No funcionó. Los ojos de Hendrik clavados en él robaban toda su atención.

Rio por lo bajo, ocultándose bajo la manga de su suéter.

—Hendrik, ¿qué haces? —preguntó finalmente, con mejillas y orejas rojas.

Hendrik se encogió de hombros con esa simpleza que lo caracterizaba.

—Me enamoro de ti.

—¿De nuevo? —acusó para ocultar su inadmisible vergüenza, limpiando con el pulgar los restos de chocolate de la comisura ajena.

—Sí. Me lo haces fácil. —Chocó su taza con la de un sonrojado Alois en un brindis cómplice—. Como en la historia.

—¿Cuál? —inquirió este, demorando un par de segundos en comprender de qué hablaba—. ¿La historia del ángel en el infierno?

Hendrik empujó su nariz sobre la de Alois.

—Sí. ¿Sabes cuántas veces se enamoró de él el demonio? —Alois sacudió su cabeza, relamiéndose y con el pulso galopando en su cuello—. Se enamoró mil veces, una por año.

"Mil veces", pensó, contemplando lo honesto y simple que se mostraban aquellos ojos verdes frente a él.

Hendrik hacía del amor algo tan simple, algo que no necesitaba explicación o justificación.

—Vas a decírmelo, ¿verdad? —susurró, dejando la taza a un lado para poder abrazarse al contrario por su cuello—. Cada vez que eso ocurra, cada vez que te enamores de mí.

Ofreció de buena gana su mejilla para el beso que Hendrik se dispuso a darle, sintiéndolo asentir contra su piel.

—En esta vida y en las que sigan, Alois Thompson.

ESPECIAL SAN VALENTÍN

13 de febrero del 2022.

—¿Pero estás seguro? —preguntó Alois por décima vez, mirando cada diez segundos por el ventanal del salón que daba a la colorida calle, y enseñándose tan nervioso que cualquiera creería se trataba de una conversación ilegal.

Bueno, en parte lo era.

—Que sí, maricón. Me gasté una puta fortuna en investigadores para que fuese información confiable.

—Bueno, Nevin… Pero la otra vez dijiste lo mismo.

—¡Pero qué iba a saber yo que se equivocaron al registrar a ese imbécil!

—Me sentí tan avergonzado ese día… —gruñó contra el móvil, recordando como, tres años atrás, había sido el momento más humillante de su vida. Y eso, considerando su época en North Collan, era demasiado.

Si era muy honesto, la vergüenza de ese día no fue lo peor, sino que todos creyeron que, finalmente, habían dado con el cumpleaños de Hendrik. El deportivo que Zev le obsequió era el recuerdo constante de aquello. Cuando Hendrik aclaró el asunto, Alois no le habló por dos días luego de que el rizado se negara a decirle cuál era realmente su fecha de nacimiento. Simplemente le restó importancia, asegurando que el gesto era suficiente y que ya debía dejar de preocuparse por esas mariconerías. Como si no tuviera importancia, como si la conmemoración del día en que nació el amor de su vida no mereciera nada. Ese bastardo infeliz. Sin embargo, si Hendrik era obstinado, Alois era peor.

—Ya, bueno. Nadie dijo que debías bañarte en crema batida y esperarlo con un lazo en el cuello.

—Fue tu idea —le recordó.

Nevin rompió entre risas al otro lado de la línea telefónica. Alois estaba considerando el homicidio.

—Y deberías agradecérmelo, porque mal no lo pasaste, maricón. No me engañas.

Alois negó, chasqueando con la lengua.

—No hablaré de eso. Solo… Por favor, prométeme que esta vez sí has conseguido el día.

—Te lo prometo por mi hermano.

La voz de Nevin fue más prudente que de costumbre, y la mención de su hermano no era

algo que se tomase a la ligera. Supuso que podía confiar en él.

—Vale, vale. Entonces, ya está. Catorce de febrero…

—Quién lo iba a decir, ¿verdad? Que el marrano ese que tienes nació el puto día del amor. Es que ya, hasta entiendo por qué lo ocultó.

—Déjalo en paz. Uno no elige qué día nacer.

—Yo sí. Bueno, mi padre…

—Adiós, Nevin.

—De nada, muñeco. Le mandas mis condolencias a la dignidad de Hendrik.

—En tu nombre. —Colgó la llamada y tomó del aire una respiración profunda.

El cumpleaños de Hendrik. Su primer cumpleaños.

Dios.

Observó la hora. Hendrik pronto regresaría del gimnasio y él tendría que comenzar a actuar natural, lo menos sospechoso posible. Podía hacerlo, podía aguantar las próximas veinticuatro horas sin arruinar la sorpresa.

Cerró los ojos y comenzó a repetir en su cabeza que todo saldría bien una y otra vez.

—Alois, ¿quieres un té?

—Lo voy a arruinar, mamá.

Volteó para mirar a la mujer de su vida con enormes ojos asustados. Ella, con una expresión de desconcierto matizado con diversión, le sonrió de vuelta y caminó hasta él. Tomó sus manos y palmeó el dorso de estas de la misma forma que lo había hecho siempre.

—Probablemente lo arruines —sentenció con una sonrisa cálida que no acompañaba a sus palabras.

—¡Mamá! —la protesta salió estrangulada de su garganta. Ni siquiera ella tenía esperanzas en él.

—Bueno, en mi defensa… Nunca fuiste muy bueno preparando cosas. Siempre ocurría algo, como si tuvieras una maldición. ¿Recuerdas cuando quisiste celebrar el día de las madres?

—No fue mi culpa que casi me atropellara un auto. —Y que terminara con una pierna fracturada.

—O cuando fue el cumpleaños de Ian y organizaste esa lujosa fiesta en el hotel…

—¡¿Qué culpa tengo yo de no saber nadar?! —Su novio de ese entonces había decidido tirarlo a la alberca y prácticamente había arruinado el cumpleaños de su mejor amigo.

—Y así tengo incontables antecedentes, hijo.

—No estás siendo justa.

Realmente no era culpa de él que siempre ocurriera algo. Y si no recordaba mal, la única vez que intentó hacer una cena para Hendrik, en la época que estaban en prisión, no terminó muy bien.

Mierda. Quizá sí tenía una maldición.

—Debería cancelar todo —murmuró con pánico advertible en el rostro.

—¿Lo harás?

—No. —Negó—. Necesito que distraigas a Hendrik por el resto del día.

—Lo suponía. —Suspiró, acunando su mejilla para dejar en ella una caricia—. Le diré a Hendrik que me acompañe de compras y conseguiré insumos médicos. Algo me dice que los necesitaremos.

Alois, indignado pero considerando las posibilidades de que en efecto los necesitasen, rodó los ojos y no protestó. Acompañó a su madre por un té y cuando el reloj ya marcaba pasado las diez de la mañana, escuchó el motor del deportivo de Hendrik y posteriormente el sonido de la puerta al ser abierta.

Su rizado, como un hábito adquirido del que jamás iba a deshacerse, tenía por rutina entrenar todos los malditos días durante la madrugada. Había conseguido una membresía en un gimnasio y se había interesado, más de lo que a Alois le gustaba, en algunos de los deportes que allí se impartían. Boxeo, particularmente. ¿Le agradaba saber que su dueño seguía peleando, aunque fuese por diversión? No, en lo absoluto. Pero había cedido de la misma forma en que Hendrik cedía sobre varias cosas respecto a él. Al menos, rara vez llegaba a casa con algún golpe que lo hiciera preocuparse. Y ese día, por suerte, no era la excepción.

Hendrik entró a la casa con una ladina sonrisa de millón de dólares, con goma de mascar siendo el tributo entre sus dientes. Su cabello, de generosos rizos, caía empapado por sobre sus hombros y llevaba consigo su bolso del gimnasio y un bronceado que podía agradecerse al clima tropical de la isla.

Alois, tal como lo había practicado mentalmente por horas, lo vio y lo recibió sin hacer nada en absoluto sospechoso. O eso creía, porque su subconsciente al parecer había decidido que era perfectamente normal esconderse tras una puerta.

—¿Alois? —tanteó Hendrik al observar cómo el castaño se había escurrido desde el salón principal y escondido tras la puerta de la habitación de ellos.

Él, desde su lugar, y fingiendo que miraba hacia el anclaje metálico de la puerta, se aclaró la garganta.

—Oh, hey. Volviste temprano…

Hendrik frunció el ceño, riendo con una advertible confusión. No lo culpaba.

—Corderito… —Se rascó la esquina de una ceja—. ¿Qué cojones haces?

—Es temporada de arañas —mintió—. Estoy… viendo si necesitaremos fumigar.

Lo cual era, sin lugar a dudas, una muy buena excusa. Si se la hubiese dado a alguien de 5 años y no al hombre que lo conocía mejor que nadie en el maldito mundo.

—Hm… —murmuró el ojiverde, luciendo escéptico y masticando discretamente su chicle. Se acercó con una ceja enarcada y una media sonrisa peligrosa asomando desde la esquina de su boca, pintándole un hoyuelo y haciendo que Alois comenzara a sentir el pulso galopar en su cuello. Cerró la puerta y dejó a Alois expuesto—. ¿Y encontraste algo?

—No, nada. —Recogió los hombros con el cuerpo rígido y una sonrisa tirante—. Qué

suerte.

El exmilitar lo observó de arriba abajo y negó.

—Venga, dime qué ocurre.

—¿Qué? Pff, ¿qué va a ocurrir? Nada, no es… Ya te dije, las arañas.

—Arañas… —coreó, aplanando una mano en la puerta e inclinándose hacia el rostro del contrario. Alois tomó una quebrada respiración y el aroma a loción y jabón fresco de Hendrik le llenó la nariz—. Me viste llegar y corriste a buscar… arañas.

—… Sí.

Mierda.

Hendrik tomó el mentón de Alois, empujando su pulgar sobre el labio inferior del más bajo.

—Puto mentiroso —ronroneó sobre su boca—. Dime la verdad.

Alois negó.

—No estoy… No miento.

—¿Estás seguro, amor? —Raspó el filo de los dientes incisivos de Alois con la uña, forzándolo a abrir la boca.

—S-sí… —susurró con dificultad.

—Ya. —Hendrik presionó sus labios sobre el hueso de la mandíbula foránea, justo por debajo de su oreja, dejando un beso fantasma en la piel de Alois—. Es que no te creo, cabrón —le susurró al oído.

El más bajo pasó saliva con dificultad, repitiéndose incontables veces que tenía que ser fuerte. Era el primer cumpleaños de Hendrik y en definitiva no lo iba a arruinar. Podrían torturarlo y de su boca no saldría absolutamente ni una palabra.

—Es… En realidad… —Crispó sus dedos en la camiseta del contrario, a la altura de su pecho. Tenía que pensar en algo, pronto. Ya—. Yo… Yo quiero follar.

Hendrik abandonó su oreja para mirarlo a los ojos, una sonrisa imposiblemente grande y ambas cejas levantadas en su rostro. Lució tan arrogante como la primera vez que se vieron cuando logró que Alois le pusiera la boca para un beso.

—Lo sabía —se jactó con diversión en la voz. Alois quiso rodar los ojos y lo hizo, solo para, un segundo después, sobresaltarse cuando la mano grande y pesada de Hendrik fue a dar en su trasero—. Eres un bastardo coqueto, y yo voy a…

Tocaron la puerta. Ambos se miraron y Alois jamás había amado tanto a su madre como en ese momento. Por el ceño fruncido del rizado pudo asegurar que él no pensaba lo mismo.

—Hendrik, cariño —lo llamó—. ¿Puedes venir de compras conmigo?

Su rizado se sacudió en un gesto leve, repasando su dentadura con la lengua y sin quitarle la vista de encima, tal como un depredador al que le han prohibido ir por su presa.

—Te salvaste. —Le dio dos suaves bofetadas en la mejilla y se apartó—. Por ahora. —Tomó una chaqueta del armario y le dio una última mirada de soslayo a Alois antes de salir de la habitación—. ¡Voy, voy!

El castaño se llevó una mano al pecho, cerrando los ojos y agradeciendo por esa salvada.

—Todo va a salir perfecto —se repitió entre profundas respiraciones. Escuchó el motor del deportivo de Hendrik—. O muy mal…

◆ ◆ ◆

14 de febrero del 2022

Era el día, el más importante de todos. Que se jodiera el resto, porque había llegado la maldita fecha y él pasó toda la tarde anterior preparándolo todo.

Alois miró la hora en la pantalla de su móvil. Aún estaba algo oscuro y ni siquiera las aves habían comenzado su orquesta matutina. Eran las seis de la madrugada. Quizá la emoción había hecho que despertara más temprano de lo habitual. Solo un poco.

Consideró volver a dormir, lo intentó y falló. Volteó de un lado a otro, mirando a distintas partes de la habitación y finalmente intentando contar ovejas. La cama se le había hecho repentinamente incómoda y había una sensación extraña revoloteando en su pecho; ansiedad. Bufó, miró a Hendrik y la molestia desapareció.

Qué idiota enamorado.

—¿Hendrik? —susurró de costado, observando a su dormido amante. Le picó la mejilla con el índice—. ¿Estás durmiendo?

—Hm… —tarareó el rizado en un gruñido, volteándose y dándole la espalda sin ningún tipo de vergüenza. Eso le trajo ciertos recuerdos a Alois y se vio forzado, como un acto de orgullo, a tirar de las mantas para destaparlo—… ¿Qué pasa, corderito?

—No puedo dormir.

Hendrik gruñó, se volteó y con ojos somnolientos lo observó por unos segundos. Se apoyó sobre un antebrazo para erguirse de costado y sonrió con pereza.

—Es porque no follamos anoche, ¿verdad?

—¡No! Por Dios, no todo significa que quiero follar, Hendrik.

—Ya. —Hizo un puño con su mano y recostó sobre este su mejilla—. Pero ayer parecías bastante interesado, caza arañas.

Alois se cubrió el rostro con ambas manos, dejando salir un quejido de frustración.

—Ya olvídalo —demandó.

—Nunca.

El castaño bufó.

—Voy a preparar el desayuno.

Hendrik comprobó la hora en su reloj de muñeca, que descansaba en la mesita al lado de la cama.

—Son las putas seis de la mañana, cordero demente.

—Ave que se levanta temprano, consigue el gusa-… —Se detuvo. Hendrik levantó las cejas

sugerentemente varias veces—. Dios, te odio.

—Me amas.

—Lo hago. —Le lanzó un almohadón al salir de la cama y tomó un almidonado cárdigan que descansaba a los pies de esta—. Sigue durmiendo. —Mientras se colocaba la prenda, vio a Hendrik recibir el cojín y colocarlo tras su cabeza, manteniéndole la mirada con tanta insistencia que Alois no pudo evitar removerse al sentirse intimidado—. ¿Qué…?

El rizado metió una mano bajo la manta.

—Me la voy a jalar pensando en ti.

—Eres imposible. —Alois sonrió sonrojado.

Hendrik le lanzó un beso y Alois, poniendo los ojos en blanco, salió de la habitación.

Tal como lo advirtió, pasó las siguientes dos horas preparando el desayuno. Nada muy elaborado, pues no quería levantar sospechas tan temprano. Solamente un jugo recién exprimido de naranjas, frutos rojos picados, pancakes con chispas de chocolate, tostadas con queso fundido y tomates asados, huevos benedictinos y yogurt natural con distintos cereales.

Su madre lo encontró colocando el último plato en la mesa.

—¿Qué tal? —le preguntó al verla tomar asiento.

—Excelente, no va a sospechar nada.

—¿Eso crees?

—No. —Tomó la tetera y se sirvió agua caliente—. ¿No quieres poner de inmediato el pastel?

—Shhh —siseó con su dedo índice sobre su boca, luciendo histérico—. Vas a arruinar la sorpresa.

—Alois, cariño, ya estás haciendo ese trabajo tú mismo…

—¿Qué trabajo? —preguntó la víctima al llegar, luciendo recién bañado y obscenamente relajado.

Alois negó. Hendrik definitivamente se la había jalado.

—Una cita —declaró, sacándose el delantal de cocina amarrado a su cintura y con una sensación cálida expandiéndose en su pecho al ver como Hendrik saludaba a Lily con un beso en la mejilla y posteriormente se lo daba a él—. Para nosotros.

—¿Hoy? —Alternó la mirada entre Alois y Lily—. ¿Dónde iremos?

—Es secreto. Y seremos solo nosotros dos.

Hendrik entrecerró los ojos, pero no protestó. Miró la mesa y tomó una tostada con movimientos lentos, luciendo como lo haría un espía en una cena con el bando enemigo.

—Vale… Una cita —Tomó un huevo benedictino y lo colocó sobre su rebanada de pan para darle una mordida—. A un lugar secreto. ¿Debo llevar armas?

Lily irrumpió con una carcajada, y a Alois le hubiese gustado reír también si no fuese porque sabía que su dueño hablaba jodidamente en serio.

—No, preferiría que no.

—Si tú lo dices… —Tragó y aceptó la taza de café caliente que Lily le ofreció—. Gracias, ma'am. Por cierto… ¿Desde cuándo desayunamos así?

Alois se atragantó sobre su tasa y la pesada mano de Hendrik fue a dar a su espalda en unas palmadas no tan amables.

—Es mi culpa —lo salvó nuevamente su madre—. El otro día mencioné que me gustaría algo así de vez en cuando.

—¿Es así? —Miró al castaño y él, con toda la sutileza del mundo e intentando contener la tos, asintió al punto de parecer que iba a quebrar su cuello—. Ya veo…

—¿Alguien quiere un pancake? —cambió el tema Lily.

Alois iba a estar eternamente en deuda con ella.

Ahora solo quedaba llevar a cabo la segunda parte. La cita y la sorpresa.

◆ ◆ ◆

Hendrik terminó de amarrar sus zapatillas, el reloj de su muñeca marcando el mediodía. Se colocó loción en la palma de la mano y la pasó por su barbilla y cuello en un par de palmadas, con el reflejo del espejo enseñándole la persona en la que, a veces no podía creer, se había convertido.

Las heridas ya no encontraban una entrada en su cuerpo y de ellas solo se avistaba, como recuerdos imborrables, cicatrices varias por toda la extensión de su piel. Si era honesto, habían dejado de doler muchos años atrás, pero Alois parecía no creerle, y siempre dedicaba algo de tiempo a besarlas y a murmurarle que cada una de esas marcas eran parte de su historia y que él las amaba por eso. Por supuesto, Hendrik caía un poco más por él cada vez que hacía eso. Y lo demostraba incluso cuando no quería hacerlo, como un jodido perro adiestrado siguiendo cada palabra de Alois como si fuese una orden, anhelando como premio un solo atisbo de su sonrisa. Con toda seguridad, aquello hubiera sido humillante para el emperador de North Collan, no obstante, ese ya no era él. Y cada día daba las gracias por eso, por tener el lujo de ser un hombre enamorado al punto de la locura, y por tener una vida normal.

Aunque quizá no tan normal, considerando que Alois se las arreglaba para siempre romper la rutina de ellos, como el último día en que había estado actuando extraño. Para ser más exacto, había estado actuando extraño desde hacía los últimos días. Y no, Hendrik realmente no comprendía el motivo. Pensó varias veces qué podía ser lo que tenía a su esposo luciendo ansioso y nervioso la mayor parte del tiempo. ¿Quizá era la falta de sexo? Teniendo en cuenta que, por la presencia de la madre de su esposo, no habían podido hacerlo con la frecuencia acostumbrada.

Estrechó los ojos y aplanó ambas manos sobre el lavamanos, mirándose a través del reflejo mientras aquel pensamiento comenzaba a tomar forma y a encajar con las actitudes previas de

Alois; el espectáculo tras la puerta solo porque quería follar, la falta de sueño, y las miradas insistentes, pero evasivas.

—Puto insaciable —murmuró con risa en la voz, sintiéndose ganador de aquella encrucijada.

Tenía que ser eso, ¿qué otro motivo tendría Alois para comportarse así? Como un maldito adicto al crack al que le han quitado su droga.

—¿Hendrik? ¿Ya estás listo? —se escuchó al otro lado de la puerta. El rizado salió y barrió sobre la silueta de cierto castaño antes de esbozar una sonrisa triunfal que hizo al más bajo fruncir el ceño—. ¿Qué…? ¿Por qué me miras así?

—Ya sé qué te ocurre y de qué va todo eso.

Lo vio pasar saliva y fue como si hubiese sonado una campanita arriba de su cabeza, anunciándolo ganador.

—¿L-lo sabes?

—Sí. —Alois se cubrió el rostro con ambas manos y los dedos de Hendrik fueron a parar en sus caderas—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque… —Lo observó a través de sus cautelosos y grandes ojos azules—. Pensé que te molestaría.

—¿Molestarme? —Negó—. Me encanta.

—¿De verdad? —Dejó caer su frente sobre el hombro de Hendrik—. Dios, menos mal…

—Aah, joder. Corderito idiota —se burló—. Si andabas acumulado, solo tenías que avisarme…

Alois se apartó de su hombro, mirándolo como si le hubiesen salido tres cabezas.

—¿A-acumulado?

—Hm. —Hizo el ademán de bombearlo frente a él—. Ya sabes…

Por la expresión horrorizada del castaño, intuyó que no estaba del todo en lo correcto. Sin embargo, su chico demoró una fracción de segundo para pasar del horror al alivio y Hendrik, nuevamente, solo terminó con incógnitas sin respuesta.

—¡Sí! —exclamó el castaño con una sonrisa demasiado grande y tirante—. Estoy caliente y definitivamente es por eso que he actuado así. Acumulado, sí. Me descubriste.

Una ceja de Hendrik se levantó.

—¿… Es así?

—Absolutamente. —Le tomó las manos y las deslizó desde sus caderas hasta su generoso y

muy pronunciado trasero—. Eres tan intuitivo, mi dueño… Mierda, no puedo creer que lo notaras.

Y bueno, cualquier duda que tuviese Hendrik al respecto, quedó sepultada entre el beso que Alois sacó de su boca y el roce de sus erecciones por encima de la ropa. Era un hombre simple, qué remedio.

—*Hum*. Ya, ya… —jadeó Alois, rodando sus caderas contra las de su esposo con insistencia —. D-después, Hendrik. Tenemos reservación para almorzar y mi mamá…

El rizado sonrió sobre los labios foráneos, con un calor construído en su vientre y su hombría ya dura por la fricción.

—¿Y me harás salir así? —le interrumpió. Hizo el ademán de meter sus manos por debajo de los, absurdamente ajustados, pantalones de Alois, pero este lo detuvo con el cuerpo tan rígido como el de un gato en una pelea sobre un tejado.

—Mierda, no —gruñó en una mezcla de frustración y excitación. Se inclinó hacia atrás antes que Hendrik pudiera asestarle un nuevo beso—. Se te bajará sola.

—No. —Lo buscó y chupó su labio—. Haz que me corra y luego nos vamos.

—¡Mi mamá…!

—Está en su habitación. Será rápido…

Alois pareció debatirse entre sus opciones y, finalmente, chasqueó la lengua contra el paladar y se dejó caer de rodillas.

Sí, Hendrik tenía razón. Definitivamente su chico había estado actuando así por la falta de sexo.

◆ ◆ ◆

El día había sido, si Hendrik tuviese que ponerlo en palabras simples, confuso. En primer lugar, Alois lo llevó a almorzar a un lugar tan jodidamente costoso y elegante que ni siquiera pudo saborear un bocado sin sentir que resaltaba, justo como un maricón lo haría en una reunión de conservadores religiosos. Absolutamente todos lo observaban y murmuraban sobre su falta de etiqueta y por la mala pronunciación al nombrar los platillos franceses del lugar. Sin lugar a dudas, su corderito no tuvo el mismo problema, puesto que parecía moldeado para aquella vida costosa. Sabía qué vino pedir, cómo tomar la copa, de qué forma desenvolverse para verse elegante y no forzado, y hasta cuál era la maldita cuchara para la sopa o el tenedor de la ensalada. Él ni siquiera sabía que había una cuchara especial para la sopa.

Y luego el postre. Fue tan pequeño que Hendrik pensó que era solo un bocado. Alois, con una sonrisa afectuosa, pero jodidamente molesta, le dijo que aquello era para limpiar el paladar antes del postre.

Él no se molestó por nada de lo sucedido, qué va. Ya era un hombre maduro, capaz de expresar sus emociones sin invalidar las de Alois, de tener una conversación de manera pacífica con la intención de buscar una solución, y había aprendido a no enojarse por idioteces.

—Me corto los cojones antes de volver a comer en un lugar así —maldijo al salir del restaurante, golpeando su hombro contra el del mesero que, para su mala suerte, había decidido cruzarse en su camino.

Alois se disculpó con el trabajador, dándole a Hendrik una mala mirada mientras caminaban hacia el deportivo del rizado.

—Genial, porque tampoco pienso volver a invitarte —le aseguró, colocándose sus lentes aviadores y acomodándose un mechón de cabello que caía por su frente.

—¿No? —Abrió la puerta del lado del conductor y le dio una sonrisa falsa—. ¿Y a quién vas a invitar, hm?

—Imbécil.

Alois se sentó en el asiento del copiloto y dio un innecesario portazo, cruzándose de brazos y piernas en una postura que indicaba la molestia que sentía en ese momento.

—¿Eso era necesario? —Hendrik preguntó.

—No sé de qué hablas.

—La puerta, cabrón. ¿Tenías que cerrarla así?

—No lo sé. —Lo miró de reojo—. ¿Era necesario que te comportaras como un imbécil solo porque no estás acostumbrado a comer en lugares así?

—Pues no me habría comportado como un imbécil si me hubieras advertido que vendría a un lugar así.

—¡Era una sorpresa! —protestó, gesticulando con ambas manos—. Pensé que te gustaría, no lo sé, hacer algo distinto. Comer en un lugar bonito.

Hendrik bufó.

—¿Que me gustaría a mí o que te gustaría a ti? —inquirió.

Alois volteó el rostro hacia la ventana.

—Dios, eres insoportable.

—Ya. —Echó a andar el motor y desaparcó el auto—. Entonces, hasta aquí llegó la cita, ¿verdad? No te voy a joder obligándote a soportarme.

La mano de Alois se cerró en un puño.

—No. —Solo eso dijo, pero sonó tan firme que Hendrik no tuvo más remedio que frenar en

la salida del estacionamiento del restaurante y voltear en dirección al contrario—. No vamos a terminar el día así.

No fue una orden, fue una petición de armisticio. Fue Alois, con sus grandes y expresivos ojos azules, recordándole a Hendrik que ellos eran más que eso, más que una absurda discusión o un desacuerdo. Eran más que palabras hirientes o miradas fastidiadas.

El rizado repasó su mejilla interna con la lengua, meditando cómo podía expresar la forma en que se había sentido al interior de aquel restaurante. Porque decir que había cambiado, que ahora era mejor persona, era muchísimo más fácil que realmente serlo, y constantemente se encontraba peleando con la moldura de su vida y la crueldad que había usado siempre como una segunda piel.

—Lo siento —murmuró finalmente—. Jamás había ido a un lugar así y… No lo sé.

—Hendrik… —Alois tiró de su manga, buscando que Hendrik entrelazara sus dedos con los suyos—. Yo también lo siento, y tenías razón… Pensé en un lugar que me gustaría a mí y no… No consideré cómo te sentirías tú.

El rizado lo observó en silencio y recogió un hombro, bajando la vista hasta su regazo.

—Ya está, también fue mi culpa. No debería haberla tomado contigo. Sé que esto es parte de tu mundo, Alois, y no lo sé. Solo me jodió un poco ver que somos de dos mundos distintos.

—No, no. No es así. Hey, mírame. —Lo tomó de la barbilla y lo hizo voltear el rostro—. No somos de mundos distintos, ¿de acuerdo? No somos de ningún mundo, solo del nuestro.

Hendrik cogió la mano con la que le sujetaba el mentón y besó el dorso de esta.

—De acuerdo —coreó.

Compartieron una mirada por varios segundos.

Un auto tras ello les tocó el claxon, instándolos a salir del camino. El más alto volvió a echar a andar el motor, con el cuerpo ya relajado y el peso en sus hombros desapareciendo. Y solo eso, saber que una vez más lo habían superado y que tras todos esos años juntos seguían poniéndose el uno al otro como una indiscutible prioridad, hizo desaparecer el nudo en su vientre para reemplazarlo por algo cálido que ya sabía distinguir a la perfección.

—Ahora, la segunda parte de la cita…

—¿Hay más?

—Sí, y estoy seguro que esto te va a gustar —Alois dijo con convicción.

Y no estuvo equivocado. Porque lo había llevado a un autocine a ver su película favorita, con grandes vasos de gaseosas y palomitas, ubicados en una posición privilegiada a poca distancia de la enorme pantalla donde se proyectaba el film.

Hendrik miró a ambos lados, sorprendido al ver que, así como ellos, había muchas otras parejas. Supuso que sería por lo buena de la película. En ese momento, su chico comenzó a rebuscar en sus bolsillos.

—¿Qué necesitas? —le preguntó.

—Dejé mis cigarrillos en casa.

—¿Quieres que vaya a comprar?

—No, no. Voy yo.

—Nada de eso, quédate aquí. —Abrió la puerta y, tras dejarle un beso fugaz en los labios a Alois, bajó del auto.

Caminó hasta el puesto donde se vendía de todo y frunció el ceño al ver la decoración excesiva; había globos rojos con forma de corazón, peluches de parejas de osos, guirnaldas, confeti, y toda clase de cursilerías.

Parpadeó un par de veces y revisó la fecha en su teléfono. Era catorce de febrero, el jodido día de los enamorados.

—¿Qué va a querer, señor? —preguntó la chica tras el mesón, interrumpiendo sus pensamientos.

—Uh… —Apuntó en dirección a los cigarrillos—. Una cajetilla, por favor.

Ahora tenía sentido. Eso era, el maldito día del mocoso en pañales, el alado ese que andaba con el jodido arco y la flecha. Mierda, ¿entonces no era porque estaba caliente…?

—… ¡Señor! —Hendrik sacudió su cabeza.

—¿Sí?

—Le preguntaba si también va a querer encendedor.

—Sí, uno. —Miró la pareja de osos de peluche en una de las vitrinas—. Y esos… ¿No tienes más grandes?

La chica negó.

—Solo así. —Apuntó a un enorme león de felpa que reposaba en una esquina sobre una mesa. A simple vista, se podía asumir que sobrepasaba el metro y medio de altura.

No parecía realmente un león, le faltaba el aspecto fiero de uno. Pero supuso que eso era lo que las personas esperaban de las cosas así, de los peluches. Una maricona ternura, como el día de San Valentín. Fecha que él había olvidado.

—… Me lo llevo.

Cuando Alois lo vio regresar con el león bajo el brazo, la sonrisa se deformó en su boca.

Hendrik entró al auto y sentó el enorme peluche sobre las piernas del contrario, aclarándose la garganta y sin saber cómo empezar a disculparse.

Había sido un maldito imbécil, mientras que Alois seguramente había pasado los últimos días planeando el maldito día del… amor, para ellos. Y bien, era una mariconería de las más insoportables de todas, pero si a Alois le gustaba, pues a él también.

—Hendrik… —Alois señaló al león sobre sus piernas—. ¿Qué es esto?

—… Un peluche —respondió tras incómodos segundos, repasando su nuca con una mano.

—Eso veo. Y lo compraste porque… —Le indicó con la palma de su mano que continuara la oración.

—Ya lo sabes —murmuró, y Alois negó—. Venga, sí lo sabes.

—Vas a tener que deletrearlo.

—Hoy… —Carraspeó, mirando hacia el proyector de la película con un rostro firme y severo.

Alois parpadeó un par de veces.

—¿Sí…?

—Que es hoy.

—¿Qué cosa?

—Ese día.

—¿Ese día?

—Ah, joder. —Empujó hacia atrás los rizos que caían por los costados de su rostro, sintiéndose avergonzado como un maldito puberto—. San Valentín, hijo de puta. Que es el maldito día de San Valentín.

—Oh… ¡Oh, sí! Es hoy.

—Ya, no te hagas el sorprendido, zorro astuto. Ya sé que por eso montaste todo esto. —Hizo una redondela con su índice.

Alois se mantuvo en silencio unos segundos.

—Sí, sí, por eso fue. Por San Valentín. —Tomó su gaseosa e hizo sonar la pajilla al succionar, mirando hacia el proyector al igual que Hendrik—. Tienes razón. —Miró a Hendrik de reojo—. Entonces…, es por eso que trajiste a este chico rudo.

—Pensé que te gustaría. —Arrugó la nariz—. Me recordó a…, ya sabes, cuando quisiste pelear en el under y me decías que eras un león.

—En esta casa no hablamos de eso —zanjó con rojas mejillas, acusándolo. Hendrik contuvo

una risa con los labios juntos—. Pero me ha gustado mucho.

—¿Sí?

—Mhm. Es cursi, como tú.

—Y una fiera como tú.

—Lo llamaré Valentín. —Hendrik se inclinó y besó su mejilla.

Supuso que no sería tan malo comenzar a celebrar ese día también.

Por suerte, el resto de su cita no estuvo para nada mal. La película fue genial, aunque haya sido una lástima que se la perdieran por estar la mayor parte del tiempo comiéndose la boca. Luego caminaron por la costa tomados de la mano, aunque nuevamente se perdieron el atardecer por haber encontrado el lugar perfecto tras las rocas para meterse mano mutuamente. No obstante, y a pesar de que gran parte de los planes de Alois habían fracasado, Hendrik estaba decidido a complacer al castaño en lo que restaba de la noche.

Su chico decidió llevarlo a un bar amigable y cercano por unas copas, y él, como el dominante de la relación, se dejó arrastrar a pesar de que no le gustaban los lugares donde había pista de baile. Estaba seguro, por algo llamado instinto de supervivencia, de que Alois se volvería peligroso en un ambiente propicio. Su intuición se probó correcta cuando se encontró a sí mismo en medio de la concurrida pista, tras diez shots de tequila, unas cuantas cervezas y un último brindis con ron y cola.

Sí, estaba ebrio. Y también lo estaba Alois.

—Me prometiste que haríamos lo que yo quisiera —susurró este, mordiendo su oreja y arrastrando las palabras debido a la embriaguez—. Y que nunca romperías tus promesas.

—Corderito…

—Solo déjame guiar. —Colocó las manos de Hendrik en sus caderas. Probablemente, se estaban ganando más de un par de miradas indiscretas, pero como el bar era abiertamente para maricones como ellos y no eran los únicos en la pista montando un jodido espectáculo, la razón de las miradas no le molestaba, no tanto—. No tienes que hacer nada.

Hendrik ladeó la cabeza en un gesto vago.

—¿Es así? ¿Solo tengo que dejarte joderme la cabeza? —Alois se volteó y, con un meneo lento de caderas, presionó su trasero contra la media dura erección de Hendrik.

—Sí… —Levantó un brazo y posicionó su mano en la nuca de Hendrik—. Solo deja que me divierta contigo.

Hendrik mordió la esquina inferior de su labio, respirando del contrario la mezcla de su perfume y el olor natural de su piel.

—Venga. —Forzó su mano sobre el vientre de Alois, deslizando su pulgar por el borde de su pantalón y hacia abajo—. Vuélveme loco, putita.

Y Alois, con sus mejillas afiebradas, sudor sonrojándole la nuca y sin ningún tipo de inhibición debido al flujo del alcohol en su sangre, hizo exactamente eso. Hizo de Hendrik el objeto de movimientos obscenos y lentos, de miradas flojas y cargadas de deseo. Los hizo sudar, tocarse y excitarse, besarse de tantas formas que sus bocas se enseñaron abusadas y rojas.

—¿Ves cómo todos me miran? —susurró Alois con ojos cerrados, moviéndose sensualmente en un vaivén acorde a la pesada y lenta música. Hendrik, pegado a su espalda y sabiendo por dónde iba el juego de su amante, gruñó en respuesta, clavándole las uñas en las caderas con tanta fuerza que le arrancó del pecho un jadeo—. *Hmm*… Matarían por ser tú.

—… Y yo los mataría por eso. —Arrastró una mano a través del cuerpo del castaño, pasando por su abdomen y pecho, subiendo por su cuello y finalmente dando con su mandíbula —. Por querer lo que es mío.

—Tan celoso, mi dueño…

—No te imaginas cuánto, amor. —Sus dedos índice y corazón irrumpieron entre los hinchados labios de Alois, forzándose al interior de su boca mientras, con una fuerza dominante, le afirmaba la mandíbula—. Chúpalos. —El castaño obedeció, el movimiento circular de su lengua envolviendo los dedos de Hendrik y sin dejar de bailar—. ¿Te gustan? —El más bajo asintió con un gemido ahogado siendo opacado por la fuerte música—. Cuando lleguemos a casa, los usaré para follarte hasta que llores, hijo de puta.

No, no lo hizo cuando llegaron a casa. Porque tras salir del bar y tomar un taxi, felizmente ebrios y con sonrisas tontas en sus bocas, Alois nuevamente fue adoptando una postura nerviosa y a la defensiva.

¿Eso de joder la cabeza de Hendrik? Aparentemente se lo había tomado demasiado literal.

—¿No me vas a decir qué mierda ocurre ahora? —exigió saber tras llegar a la casa, soltando las llaves sobre la mesa del comedor y con Alois cerrando la puerta principal del salón.

—… Sí, es solo que… —Aplanó sus manos en el pecho de Hendrik y lo hizo retroceder hasta un sofá. Podía apreciarse en él una pesada inquietud, un distanciamiento que hacía al rizado apretar la mandíbula con fuerza. Ver a Alois de esa forma era algo a lo que no creía poder acostumbrarse, y que no le dijese el motivo, solo lo empeoraba—. Espera aquí.

—¿Por qué demonios no me dices qué pasa contigo hoy? Pensé que era por el día del amor y esa mierda, pero parece no ser eso…

—No te puedo decir. Es una sorpresa.

—Sorpresa —repitió con un suspiro cansado—. Preferiría que simplemente me dijeras de qué va todo esto.

—No puedo… Pero es la última parte, lo prometo. Solo dame unos minutos.

—Como quieras, pero primero le avisaré a tu madre que llegamos.

—No es necesario… —Lo empujó de regreso al sofá cuando este hizo el amago de levantarse.

—¿Por qué? —Hendrik frunció la frente.

—No está.

—¿Y dónde está?

—Uhm… En un hotel.

—¿Por qué…? Oh. —Ahora tenía sentido y, como consecuencia, una sonrisa no demoró en aparecer en su rostro, empujando lejos la irritación previa. Sabía que Alois quería follar, lo sabía. ¿Su intuición? Jamás fallaba—. Vale, vale. Me espero aquí.

Alois asintió, y del bolsillo trasero de su pantalón sacó una venda. Una maldita venda.

—Es para que no me espíes —se excusó mientras la amarraba sobre sus ojos.

—Jamás me atrevería —mintió, dejándose hacer con una sonrisa tenue y frotando las palmas de sus manos sobre sus muslos—. No demores mucho.

—No lo haré. —Dejó un rápido beso sobre los labios de Hendrik y, tras apagar la luz, desapareció. No demoró mucho, y antes de que el rizado pudiera comenzar a llamar por él, sus pasos se escucharon de regreso—. Ya puedes sacarte la venda.

—¿No prefieres hacerlo tú? —sugirió con voz almibarada y ronca.

—Tengo las manos ocupadas.

—Hm, eso me interesa. —Procedió a quitarse la venda con movimientos prestos. Y de todo lo que esperaba encontrar frente a él, un Alois sosteniendo un pastel de cumpleaños con velitas encendidas, no estaba en sus opciones—. ¿Qué…?

—¿Feliz cumpleaños? —tanteó el castaño con una sonrisa temerosa y masticando su labio inferior en un mohín de nerviosismo.

La sonrisa cayó del rostro de Hendrik, dando lugar a una expresión incómoda. Su pecho se sintió apretado y fue en ese momento en que se dio cuenta de aquello que había olvidado.

—¿Qué…? ¿Por qué luces así…? —Alois se apresuró a preguntar, luciendo en honesto pánico—. ¿No te gusta? Dios, sabía que esto era mala idea. Hendrik, perdón, yo no…

—Hey, no. Tranquilo. —Hendrik saltó del sofá y en pocos pasos llegó hasta él. Ahuecó la palma de su mano y acunó la mejilla de Alois—. No es por eso, corderito. Solo me tomó por sorpresa.

Intentó sonreírle, no obstante, falló.

Alois apartó la mirada.

—Te dije que era una sorpresa —murmuró el castaño.

—Bueno, no me esperaba *esta* sorpresa.

—Lo odias, ¿verdad?

Su esposo sacudió la cabeza, sus hombros desplomándose lastimeramente. Hendrik se sintió culpable, roto y sin posibilidad de arreglo al notar cómo, algo tan simple como disfrutar un cumpleaños, le había sido arrebatado desde tan temprana edad.

—… Un poco —confesó al final. Se relamió y negó, intentando poner rápidamente en orden sus pensamientos mientras recuperaba de las manos de Alois el pastel—. Pero no es por lo que tú crees… —Lo dejó sobre la mesa del comedor y pasó saliva un par de veces, usando sus manos sobre su boca y nariz en un gesto de incomodidad que sabía no pasaría desapercibido para el contrario—. Yo, mierda, mamón… No recordaba que hoy era mi cumpleaños.

—Sí me di cuenta… —Se dejó tironear por Hendrik y no opuso resistencia cuando este lo levantó y sentó sobre la mesa, a un lado del pastel.

La oscuridad de la noche les otorgó una intimidad cálida, fracturada únicamente por la luz anaranjada de las pocas velas que se derretían sobre el pastel.

—No. Es decir, no hoy, sino que no recordaba qué día era. —Separó las piernas de Alois y se encajó entre estas, permitiéndole al castaño rodearlo por la cintura. Necesitaba esa cercanía en ese momento, probablemente su chico también—. Pasaron demasiados años desde la última vez que pensé en él y… supongo que simplemente me olvidé de la fecha.

Alois pareció comprender a qué se refería, y el dolor hizo un poema de su rostro.

—¿Es verdad que nunca lo celebraste?

—Nunca —confesó, solo para mantenerse en silencio después de eso, con la vista perdida en el pastel de cumpleaños al lado de Alois, observando a las llamas anaranjadas bailando de un lado a otro.

—¿Qué ocurre, bebé? —Alois le preguntó ante su gusto.

—No me gusta —Hendrik murmuró en respuesta.

—¿Qué cosa?

—Que lo hayas descubierto… El día que nací.

—¿Por qué?

—Porque no siento que sea algo para festejar, el que yo haya nacido. No siento que debamos… celebrarlo.

Y era una estupidez siquiera darle un pensamiento a eso. Le hubiera gustado simplemente olvidar que ese día existía; sin embargo, estaba seguro que el hombre que había elegido por compañero de vida, no lo dejaría hacer eso.

—Hendrik, yo no celebro eso… —le confesó, soltándolo y comenzando a besar uno a uno los nudillos de una de sus manos—. No lo hago por ti, lo hago por mí. Porque es el día más importante para mí, ¿sabes por qué?

—No...

—Porque es el día en que nació el amor de mi vida, que llegó el alma que complementa la mía. Y si no te gusta pensar en este día como tu cumpleaños, puedes pensar en eso.

Una sonrisa de bordes suaves y tibios se dibujó en la boca del rizado.

—Eres un…

—Corderito mamón, sí. —Picoteó los labios de Hendrik, interrumpiéndolo—. ¿No vas a soplar las velitas? Puedes pedir un deseo primero.

—Sería inútil. —Lo miró directamente a los ojos—. Mi deseo ya se cumplió.

Las mejillas del más bajo se pintaron de rojo, y aunque intentó ocultar su sonrisa mordiendo su labio inferior, Hendrik pudo apreciarla en toda su magnificencia.

—Deja de hacerme competencia o terminarás siendo el mamón de la relación —murmuró con la voz hecha un susurro.

—Me llevas demasiada ventaja para que eso ocurra.

Alois rodó los ojos.

—Sopla las jodidas velas.

Hendrik obedeció, pensando en que quizá si lo veía de esa forma, como el día en que ocurrió algo bueno para Alois, no odiaría tanto pensar en ese día. Por Alois, seguramente sería capaz hasta de llegar a amarlo, porque le era imposible no amar algo de él.

◆ ◆ ◆

No comieron pastel, pero prometieron hacerlo al día siguiente. Estaban demasiado cansados, con la borrachera de horas atrás ya siendo un recuerdo, y ni siquiera habían follado. Cuando Hendrik mencionó que no entendía por qué no habían hecho nada, Alois atribuyó al haber pasado un día “lleno de emociones” y sugirió que se fueran a la cama a dormir. A dormir sin haber hecho nada, porque claramente creía que Hendrik tenía cojones de hierro.

Dentro de la ducha, el agua tibia cayó sobre el rostro de Hendrik y realizó un recorrido hasta

el resto de su cuerpo. La agradable temperatura desterró por completo la tensión que acumularon sus músculos durante el día. De manera mecánica, lavó su cuerpo y pasó las manos por su cabello para enjuagar los restos de champú.

Escuchó que tocaban la puerta, la cual no demoró en ser abierta. Alois entró con varias toallas dobladas sobre sus brazos, y guardó unas cuantas en el pequeño armario del baño y se acercó a la ducha para colgar las restantes.

—¿Cuándo será el día que recuerdes revisar si hay toallas en el baño?

Hendrik bufó bajo la cascada de agua y se giró para mirarlo.

—No me moriré por salir de la ducha sin toalla.

Alois apoyó un puño en la cadera y resopló.

—No, pero hará que tenga que trapear el piso. —Apuntó, rodando los ojos—. Sin duda no es la mejor manera para celebrar tras una cita.

Hendrik observó la postura altanera de Alois, la manera en que ladeó ligeramente la cadera y alzó la barbilla para verlo con una pizca de desafío en el espejo azul de sus ojos. Le hizo sonreír y pasar la lengua por su labio inferior.

—Ya —dijo, deslizando la puerta de cristal de la ducha, el vapor del agua caliente escapando. Captó con diversión la manera en que los ojos de Alois recorrieron rápidamente su cuerpo desnudo—. Aprovechando tu amabilidad con la toalla, ¿por qué no me alcanzas la botella que está en el gabinete en el espejo?

Alois frunció las cejas un instante, como si sospechara algo de la intención tras ese sencillo favor, pero finalmente accedió con un encogimiento de hombros. Con sus pies descalzos, recorrió las baldosas del baño hasta el espejo y abrió el mismo para observar lo que había dentro.

—¿La botella de jabón? —preguntó, haciendo el ademán de tomarla.

—No —respondió Hendrik desde la ducha—. La botella negra.

Tomó la botella y volvió hasta la puerta de cristal. Le tendió el envase a su esposo, dispuesto a dejarla en su mano y salir del baño, pero Hendrik le dedicó aquella sonrisa que perfilaba sus labios en una mueca peligrosa. Y Alois, que conocía aquel gesto tan bien, tomó un áspero respiro segundos antes de que todo sucediera.

Hendrik lo tomó de la muñeca y tiró de él hasta llevarlo dentro de la ducha. Cerró la puerta de cristal y se aprovechó de la inestabilidad de Alois sobre las baldosas húmedas para dejarlo bajo la cascada de agua.

—¡¿Qué mierda, Hendrik?! —se quejó, dando un manotazo sobre su pecho, tosiendo cuando tragó algo de agua.

—El agua es agradable —Hendrik se excusó simplemente, soltando la muñeca ajena y en

cambio rodeando el cuerpo más pequeño entre sus brazos para apretarlo contra su cuerpo—. Quédate conmigo, corderito.

—¡Pudiste pedirlo amablemente!

—Estoy siendo amable… —susurró mientras cerraba sus dedos sobre el cabello de Alois y le obligaba a estirar el cuello, para así inclinarse sobre la piel expuesta—. ¿No quieres quedarte?

Alois emitió un sonido diminuto, un suspiro tan bajo que casi pasó desapercibido por el ruido de la ducha. Pero no para Hendrik, que sonrió contra el pulso que golpeaba en sus labios.

—No lo sé —le escuchó responder—. ¿Debería?

—Te puedo convencer —Hendrik susurró.

—¿Cómo lo harás?

—Es mi cumpleaños…

Un gruñido salió como protesta de los bonitos labios de Alois

—Eso es jugar sucio.

—Sí. —Le dio un lametón a la extensión de su mandíbula—. Cuando se trata de ti, no tengo códigos.

Subió hasta los labios del castaño y comenzó mordisquearlos y chuparlos, forzando que los abriera y así poder empujar dentro su lengua, intensificar aquel beso mientras se dejaban empapar por el agua de la ducha.

—¿Vamos a hacerlo aquí? —preguntó Alois entre jadeos desacompasados, la respiración de ambos colisionando junto al vapor mientras Hendrik comenzaba a desabrocharle el pantalón—. Mhm… Deberíamos ir a la cama.

—También lo haremos en la cama. —Hendrik sonrió con altanería y, sin ningún apuro porque aquel preludio terminase, volvió a atacar su boca. El beso fue más duro y animal, sin ninguna otra razón de ser que desarmar a Alois, volverlo un desastre de gemidos de piel roja y caliente. Lo restringió contra la pared y cuando, con algo de dificultad, finalmente lo tuvo desnudo, lo volteó con una de sus manos—. Porque es mi cumpleaños.

Mordió la nuca de Alois y chupó su bronceada piel hasta que pudo apreciarse en esta un rojizo cardenal.

—Ngh… Deja de decir eso —demandó, apoyándose con ambas manos contra la pared—. No es justo…

—Lo que no es justo… —Le quitó el frasquito negro que hasta ese momento había estado sosteniendo entre sus dedos—. Es la facilidad con la que me pones, hijo de puta —Lo abrió, haciendo girar la tapa con sus dientes—. Sostén tu trasero con ambas manos.

Alois lo observó por encima del hombro y negó.

—No me vas a lubricar con champú, Hendrik.

—No es champú.

—¡¿No lo es?! ¡¿Entonces, por qué me pediste esa botella?!

La sonrisa cínica de Hendrik, con dos grandes hoyuelos y el filo de sus dientes a la vista, fue la única respuesta que le dio al más bajo.

Bajó la vista a su trasero y, con la mojada palma de su mano, le dio un azote.

—Te di una orden —susurró contra su oreja—. No me hagas decirla dos veces.

Alois dejó salir un suspiro tembloroso y llevó ambas manos a sus glúteos en un movimiento lento y titubeante. Los separó y apoyó el costado de su rostro en la fría pared.

—Bueno… —Se relamió y comenzó a arrastrar las puntas de sus dedos por la espina dorsal de Alois, perdido en la magnífica vista que el contrario le ofrecía; tan dispuesto para él—. Feliz cumpleaños para mí.

—Mierda, Hendrik. Cállate —demandó el castaño con ojos cerrados, temblando y ruborizado hasta las orejas.

—¿Por qué? ¿Estás avergonzado después de tantos años haciendo esto? —Bajó hasta quedar de rodillas y, con la vista fija en el tierno anillo muscular expuesto, se lubricó los dedos de una mano. Tanteó la zona, sonriendo ante el movimiento de la pelvis de Alois que acusaba cuánto lo deseaba, quizá tanto como él—. Al menos tu jodido cuerpo sí es honesto.

—Yo tambi-… *Hhm.* —Se sobresaltó cuando Hendrik, inclinado sobre él, mordió su trasero.

Con el agua de la ducha manteniendo sus cuerpos calientes, mezclado con el agotamiento del día y el alcohol de la noche, todo se convirtió en una vorágine de movimientos desordenados y exceso de mordiscos y lametones. Hendrik comenzó con la presión justa de un dedo corazón para irrumpir en la intimidad de Alois, comenzando a penetrarlo y dilatarlo con movimientos rápidos y una excitación que podía verse en su propia hombría. No demoró mucho en tener tres de sus dedos dentro del contrario, y en tenerlo pidiendo por más, este asegurándole entre gemidos y con su propia erección erguida y goteando que ya era suficiente, que no necesitaba que lo preparase más.

Hendrik se colocó de pie y tiró de él con una mano en su cadera para que levantara más el trasero. Al más bajo no le quedó otra opción que afirmarse en la pared, gimoteando de dolor y placer cuando un antebrazo de Hendrik se presionó sobre su nuca, inmovilizándolo con dureza.

—¿Esto quieres? —jadeó sobre su oído, frotando su hombría en la división de su trasero y dejando marcas en su filosa cadera debido a la fuerza con la que enterraba sus dedos—. ¿Que te

folle hasta que no puedas estar de pie? ¿Que me corra en ti hasta que no puedas tomar más?

Alois, con un movimiento pobre de cabeza, asintió.

—…*Mhm*. Eso… Eso quiero —susurró en una confesión—. Quiero sentir que soy tuyo.

—Joder, sigues siendo… *aah*. —Se alineó en su entrada, dejando caer la frente en el antebrazo con el que inmovilizaba al contrario—. Sigues siendo un puto masoca, Alois.

Lo penetró haciendo rodar las caderas, levantando los talones del suelo y apuntando a encontrar con rapidez la zona de placer que desarmaba a su chico. El estremecido gemido que Alois le obsequió hizo eco en su cabeza, y llevó su mano a la erección contraria y comprobó con una mirada rápida que se había corrido, solo con eso, solamente con su pene penetrándolo. Fue como si hubiesen soltado la correa que hasta ese momento lo tenía amarrado.

Desde ese punto en adelante, todo fue una composición de embestidas lentas y rápidas, de movimientos oscilantes y otros crudos, de un encuentro tan frenético como intenso. Chupó incontables tramos de piel, dejó huellas con sus uñas y dedos y lo folló como la bestia que a veces dejaba ver. Y que, en realidad, era.

Las puertas de cristal estaban empañadas, las huellas de sus dedos irrumpiendo sobre ellas debido a que se había afirmado en más de una ocasión. La botella de lubricante yacía olvidada en el suelo al igual que las ropas.

—H-Hendrik, ya no puedo más. ¡*Ah*! —gimoteó el castaño ante las insistentes y despiadadas acometidas con las que el rizado lo penetraba.

—Sí puedes. Deja que me corra una vez y vamos a la cama —le prometió. Pegó su pecho a la espalda ajena cuando, con sus dedos, lo sostuvo por la parte delantera de su cuello, apretando lo suficiente para que las respiraciones salieran erráticas a través de sus labios mojados y entreabiertos.

El interior de Alois lo apretó, y maldijo entre dientes al saber que eso había sido a propósito; sin embargo, encontrándose demasiado ido en placer y siendo llevado únicamente por sus instintos, no encontró palabras para protestas y solo pudo continuar empujándose en él en busca del orgasmo.

—No tan fuerte… *¡Ah, ah!* —gimoteó, sus piernas flaqueando y teniendo que ser sostenido por Hendrik, quien, sin poder aguantar más, se corrió dentro de Alois, mordiendo el tramo de piel y músculo que se hallaba entre su cuello y hombro.

La ducha, después de eso, transcurrió en un par de segundos. Ninguno quería detenerse ahí, así que follaron dos veces más en la cama antes de irse a dormir.

En cuando Hendrik despertó en la madrugada con los matices del cielo cambiando de color, sintió un peso conocido en su dedo anular. Se removió con pereza, apartando algunos mechones de sus ojos y enfocando la vista en su mano izquierda. Sonrió al ver que en torno a su dedo se

cerraba una argolla de matrimonio. Miró al chico a su lado y besó su mejilla al comprobar que, tal como él, llevaba una argolla idéntica a la de Hendrik sobre el tatuaje de su dedo.

Ahora comenzaba a entender por qué los cumpleaños eran jodidamente felices.

Y, suponiendo que no podría volver a dormir debido a que la maricona emoción contenida en su pecho se lo impedía, se levantó y, tras tomar su teléfono, caminó hasta la cocina por una taza de té caliente. Con el jarrón en mano y llevando tanto el torso como los pies desnudos, salió a la terraza y respiró del aire húmedo y fresco de la mañana.

Entre sorbos y con una sonrisa idiota que le sería imposible de borrar durante el resto del día, envió un simple mensaje a cierto compañero.

"Tú sabías".

Solo eso.

Zev no demoró en llamarlo de regreso.

—Feliz cumpleaños, hijo de puta.

—Son unos cabrones —acusó con una sonrisa al borde de su tazón—. Pero lo dejaré pasar porque no estuvo tan mal.

—Bah, conociendo a tu mamón, seguro se montó todo un panorama.

—Lo hizo, pero ya sabes que por eso me gusta. —Escuchó el sonido del agua del grifo de la cocina y supuso que Alois había despertado—. ¿Cómo has estado tú? ¿Todo bien?

—Bueno… Así como primicia, te tengo algo.

—¿Qué hiciste?

—Me convertí en mecenas.

Mecenas. Zev se convirtió en un maldito mecenas, en la clase de hombres que Hendrik más había despreciado aquellos años.

Cerró los ojos y se forzó a respirar lento, a no dejar que eso le afectara. No era su vida, después de todo. No tenía nada que ver con él. Él había dejado ese mundo. Ya no era un maldito perro de pelea.

—No me jodas, cabrón —intentó bromear—. ¿De verdad?

—De verdad.

—Pero… ¿Cómo demonios?

—Hace poco mis papeles terminaron de arreglarse. Ya estoy limpio y soy oficialmente dueño de un casino.

—Zev… ¿Estás seguro que quieres meterte en esa mierda? —tanteó con cautela y con un

tono de voz por debajo de lo normal.

—Supongo que eso lo dirá el tiempo. Por ahora, solo sé que es una parte de mí de la que no puedo deshacerme.

—Solo ten cuidado, bastardo.

—Lo tendré. Y no te preocupes, eh. Tampoco me interesa involucrarme mucho, solo ir a algunas peleas y divertirme como lo hicieron con nosotros alguna vez.

Tragó seco.

—¿Ya tienes peleador?

—Lo tendré. Estuve interesado en uno, pero no quiso ser mi peleador. ¿Sabes cómo le dicen?

—¿Cómo? —preguntó sin querer saber realmente.

—Emperador. Estuve averiguando y era un guardaespaldas de élite antes de caer en ese hoyo… Me recordó un poco a ti, solo que no es tan amable. Tampoco maricón.

—Eso dicen todos —resopló en una risa.

—Pensé lo mismo.

—¿Y Nevin? ¿Está de acuerdo con que participes del under?

—No lo sé, me dejó para navidad.

Hendrik resopló. Esa relación era una maldita montaña rusa.

—¿De nuevo? ¿Qué hiciste esta vez?

—Te lo acabo de contar, me uní al under.

—Estás desperdiciando una buena vida, Zev… No seas tan imbécil.

Zev se mantuvo en silencio unos largos segundos.

—Supongo que… no todos los demonios podemos vivir fuera del infierno.

El rizado guardó silencio, sin saber qué responder.

Sintió los pasos de Alois y posteriormente sus brazos cerrarse en torno a su cintura.

—Llegó mi mamón, hablamos luego.

—Como digas. Cuídate, emperador.

—Ese ya no es mi lugar.

Colgó la llamada y colocó su mano por encima de la ajena, con la mirada perdida en el cielo que comenzaba a iluminarse a causa del presuntuoso sol. La luna ya se encontraba relegada por

todo el resto del día.

—¿Cómo está Zev? —preguntó su esposo, desperdigando besos en su espalda.

Hendrik recogió los hombros.

—No lo sé, corderito… —Suspiró—. Solo espero que termine bien.

—¿Por qué lo dices? ¿De qué hablaron?

—Del under. —Sintió a Alois tensar su agarre—. Pero no es tan malo…

—¿Por qué lo dices?

—Porque, al parecer, el infierno tiene nuevo rey y la parca un nuevo enamorado.